

LA VERDADERA
Mística Tradicional

POR EL

R. P. M.^o Fr. Juan G. Arintero, O. P.

DIRECTOR DE «LA VIDA SOBRENATURAL»

Esto firmus in via Dómini, et in veritate sensus tui et scientia; et prosequetur te verbum pacis et justitiae. (Eccl. 5, 12).

Et cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos. (Joan. 8, 2).

Non enim possumus aliquid adversus veritatem, sed pro veritate. (2 Cor. 13, 8).



CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

EDITORIAL FIDES (APAR. 17)
CONVENTO DE S. ESTEBAN
SALAMANCA



LA VERDADERA MÍSTICA TRADICIONAL

DEL MISMO AUTOR

- El Paraíso y la Geología**, 1890.
La Universalidad del Diluvio.—Vindic. del Card. González, 1896.
La Evolución ante la Fe y la Ciencia.—Conferencia, 1900.
Crisis científico-religiosa.—Discurso, 1900.
La Creación y la Evolución, 1901.
Declaración brevísima de «El Cantar de los Cantares».
La Sulamitis: María Inmaculada ideal del alma religiosa.
Epifanía mística.
Reseña biográfica de M.^a de la Reina de los Apóstoles.
 (Todos estos trabajos *agotados*).

El Diluvio Universal, demostrado por la Geología , Vergara, un vol. en 8. ^o , 674 págs.	5 ptas.
La Evolución y la Filosofía cristiana: Introducción general y Libro I: La Evolución y la Mutabilidad , un vol. en 4. ^o , papel vergé, XII-190-560 págs.	8 —
Libro II: La Evolución y la Ortodoxia (aún sin publicar).	
El Hexámero y la Ciencia moderna , en 4. ^o , 303 (agotado).	
La Providencia y la Evolución , 2 volms. en 4. ^o	
1. ^a Parte: Mecanismo y Teleología (agotada).	
2. ^a Parte: Teleología y Teofobia , VIII-326 págs.	4 —
Desenvolvimiento y Vitalidad de la Iglesia , 4 volms.	
El 1. ^o contiene: Introducción general y Lib. I: Evolución orgánica , IV-4 ⁸ págs.	4 —
Vol. 2. ^o , Libro II: Evolución doctrinal , IV-152 págs.	4 —
Vol. 3. ^o , Libro III: Evolución Mística (2. ^a edic.), 746 págs.	9 —
Vol. 4. ^o , Libro IV: Mecanismo Divino de los Factores de la Evolución Eclesiástica , 448 págs.	4 —
Cuestiones Místicas (2. ^a edic. corregida y aumentada), 1 vol. en 4. ^o , 612 (cartoné, 7,75).	7 —
Cantar de los Cantares: Exposición Mística , 512 págs.	6 —
Grados de Oración (3. ^a ed. corregida y aumentada), Vergara.	3 —
Unidad y grados de la vía espiritual , según las Moradas de Santa Teresa (1923)	0,50
Influencia de Sto. Tomás en la Mística de S. Juan de la Cruz y Sta. Teresa (1924)	0,50
Los folletos Unidad de la vía espirit. en la tradic. dominic. — Misión cosantificadora de M.^a como Esposa del E. S. — Ideal que se ha de proponer en la formación de los Seminaristas (agotados) van ahora incluidos en	
La verdadera Mística tradicional	5 —

~~~~~

Hállanse de venta en la Residencia del Autor (Dominicos de Salamanca) y en las Administraciones de *El Smo. Rosario* (Vergara, Guipúzcoa) y de *La Ciencia Tomista* (Claudio Coello, 114—Madrid) y en las principales Librerías Católicas.

# LA VERDADERA MÍSTICA TRADICIONAL

POR EL

R. P. M.<sup>o</sup> Fr. Juan G. Arintero, O. P.

DIRECTOR DE «LA VIDA SOBRENATURAL»

Esto firmus in via Dómini, et in veritate sensus tui et scientia; et prosequetur te verbum pacis et justitiae. (Eccli. 5, 12).

Et cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos. (Joan. 8, 2).

Non enim possumus aliquid adversus veritatem, sed pro veritate. (2 Cor. 13, 8).



---

---

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

---

---

EDITORIAL FIDES (APAR. 17)  
CONVENTO DE S. ESTEBAN  
SALAMANCA



# APROBACIONES

---

## NIHIL OBSTAT

FR. ALBERTUS COLUNGA, O. P., S. TH. BACH.  
FR. SABINUS M. LOZANO, O. P., S. TH. BACH.

### Imprimatur

FR. LUDOVICUS GETINO,  
*Prior Prov. Hisp., O. P.*

(Madrid, 31 de Enero de 1925).

## OBISPADO DE SALAMANCA

3 Februarii, 1925

### Imprimatur

DR. ZEPYRINUS ANDRES,  
*Vic. Cap.*

## PROTESTAS DEL AUTOR

---

1.<sup>a</sup> Todas nuestras opiniones van sometidas a la corrección y al infalible dictamen de la S. M. Iglesia Católica, cuyo sentido es el nuestro, y en cuyo seno queremos vivir y morir.

2.<sup>a</sup> En conformidad con los decretos Pontificios, las calificaciones de *santo* o *venerable* y otras análogas no tienen más valor que el de una piadosa apreciación privada, sin ánimo de prevenir el inapelable fallo de la misma Iglesia.

---

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.

## PRÓLOGO

---

Este libro es casi todo una simple colección o refundición de artículos publicados en varias Revistas con ánimo de aclarar o restaurar en su antigua pureza muchas verdades muy consoladoras, capaces de alentar a las almas pías en su ascensión a Dios, y muy olvidadas u oscurecidas en estos tres últimos siglos, de lamentable decadencia espiritual, en que con la creciente frialdad causada por el ambiente de racionalismo o indiferentismo que se respiraba, llegó a estragarse tanto en muchos autores y directores el sentido cristiano, que hicieron pasar por tradicional una espiritualidad más que sospechosa, a veces rayana en semiquietismo, y casi siempre muy refractaria a la verdadera vida mística, tan apreciada de todos los grandes maestros de espíritu. Pues con falsos pretextos de humildad inducían, aun a las personas más fervorosas, a resistir a las mociones e ilustraciones del Espíritu Santo y contristarle así de continuo, en vez de enseñar a todos los fieles a invocarlo incesantemente y disponerse como es debido para recibirlo y dejarse poseer de El más y más hasta depender en todo de su dulce moción y dirección, y quedar así renovados y deificados para proceder normalmente *a lo divino*, como fieles hijos de Dios, *qui Spiritu Dei aguntur* (Rom. 8, 14).

Ese miedo a las comunicaciones divinas es muy propio de los que se han empeñado en separar totalmente la *Mística* de la *Ascética*, haciendo creer que ésta basta a la generalidad de los cristianos, y la otra está reservada para almas extraordinarias; o lo que es lo mismo, que para la «santidad ordinaria», a la moderna, basta el simple ejercicio de las virtudes sin contar para nada con los siete preciosísimos dones del E. S., como si los hubiéramos recibido para tenerlos

ociosos.—Así con invocar muchas veces a Santa Teresa, disuaden de leer sus obras o desnaturalizan su doctrina, para enseñar una mística contrahecha y manifiestamente pseudo-teresiana, caracterizada por la famosa «*contemplación adquirida*», de antemano excluída por la mística Doctora.

Como, sobre todo, contra esta dañosa invención del siglo xvii, por ser origen de tantísimos desaciertos, tuvimos que escribir en varias ocasiones y responder a réplicas e insistencias, resultaron inevitables—para cerrar la puerta a nuevos subterfugios—algunas repeticiones que, aunque a veces parezcan algo molestas, no dejan de ser muy necesarias, a fin de corroborar, aclarar o completar las exposiciones o refutaciones ya hechas, y dejar la verdad, en lo posible, plenamente esclarecida.

Por lo demás, aunque publicados esos artículos en distintas épocas, la identidad de miras les hará ofrecer suficiente unidad de plan.

Esperamos, pues, que el conjunto satisfaga los piadosos deseos que tantas buenísimas almas han mostrado de tener a mano la aclaración de ciertas dificultades y la refutación de tantos errores inveterados con que desde hace siglos se viene desfigurando la verdadera mística, y desconcertando a sus sinceros amadores, a la vez que se les desanima. Estos quizás hallen aquí un manualito en que se resume la más importante doctrina tradicional, que no podrá menos de confortarlos y orientarlos con los purísimos destellos de la verdad divina, libre de tantos prejuicios como aún la ofuscan o desfiguran, y restituída, en cuanto nos ha sido dado, a su pleno y primitivo esplendor.

Salamanca. Convento de S. Esteban, día de Sta. Teresa,  
15 de Octubre de 1924.

**Fr. Juan G. Arintero, O. P.**

# INTRODUCCIÓN

---

## LA VIDA MÍSTICA Y LA VIDA SOBRENATURAL (1)

---

**LA VIDA SOBRENATURAL**, en sentido lato, es la misma vida cristiana, la divina vida de gracia, en cualquier grado que se posea y de cualquier manera que se practique o se viva, aunque sea tan remisa, tan humana, tan baja y rastrameramente, y tan ahogada de tendencias contrarias, que apenas se den señales de ella.

Así la viven, expuestos a perderla a cada paso, muchísimos cristianos que, olvidados de su dignidad de hijos de Dios, suelen proceder en casi todo como los hijos de este mundo; y por no darse cuenta del inestimable tesoro que en sí mismos llevan, y no saber apreciarlo y utilizarlo cual conviene, muy pronto llegan a quedar despojados de él, cayendo y recayendo en pecados graves, en los cuales suele sorprenderlos la muerte sin claras señales de sincero arrepentimiento.

En un sentido más propio y menos lato, es esa mismísima vida cristiana cuando empieza a mostrarse como tal, con un proceder más o menos propio de hijos del Altísimo, y que por lo mismo contrasta con los viles y rastrosos procederes del mundo; es decir, cuando se procura de veras cultivarla y desarrollarla, ahogando o superando cuantas tendencias se le opongan o traten de impedirle; de tal suerte, que se logre vivir cual convie-

(1) Cf. *La Vida Sobrenatural*, núm. 1.º (Enero 1921).

ne, con espíritu de fe, de un modo cada vez más digno de nuestra santa vocación, progresando siempre de virtud en virtud; cuando, en suma, «renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria y justa y piamente, esperando el feliz cumplimiento de las divinas promesas y el advenimiento glorioso de nuestro gran Dios y Salvador J. C., que se entregó a Sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado y purificarnos para Sí como pueblo acepto, seguidor de buenas obras (Tit. 2, 12-14).

Finalmente, en sentido propio y estricto, es esa vida de la gracia de N. S. cuando ya de hecho se vive de una manera adecuada a ella, o tal como debe vivirse, que es «sobrenaturalmente», o como dice Sto. Tomás, *supra modum humanum*.—Y así la viven los que ya han alcanzado del Eterno Padre «ser corroborados en la virtud por su Espíritu, en el hombre interior, para que Cristo more por la fe en sus corazones: arraigados ya y cimentados en la caridad, para poder comprender con todos los Santos, cuál sea la anchura y la longura y la altura y la profundidad; y conocer también la caridad de Cristo que sobrepuja a todo entendimiento, para quedar así llenos de toda plenitud de Dios» (Eph. 3, 16-19).

Tal es el ideal que el Apóstol propone al verdadero cristiano, cualquiera que sea su estado y condición.

En estas dos últimas acepciones, la propia y la menos propia, es como nos proponemos estudiar y dar a conocer la *vida sobrenatural* con sus inefables misterios y encantadoras maravillas, dejando para la moral casuística los esbozos que en su primera acepción, o en sentido lato, pueda ofrecer mientras aún permanece como paralizada, sin dar muestras apenas de nada sobrenatural...

La vida de la gracia es realmente *vida divina*, es una participación verdadera de la misma vida que eternamente viven las tres Divinas Personas; es la *vida eterna inmanente en los que son «nacidos de Dios»* (I Joan. 3, 9; cf. *ib.* 13).

Puesto que la gracia santificante es «un sér divino que hace al hombre hijo de Dios y heredero del cielo»,

la vida sobrenatural que con ese nuevo ser recibimos es la propia de los hijos adoptivos del mismo Dios que viven, o al menos procuran seriamente vivir, como tales, es decir, de un modo verdaderamente *sobrenatural, sobrehumano, divino*, en que *de tal suerte resplandece en ellos su luz*—la luz de vida—*que viendo sus buenas obras los hombres, glorifiquen al Padre Celestial* (Mt. 5, 16).

**¡Cuán pocos son, pues, los cristianos que tal nombre merecen!** ¡Cuán poquísimos los que así lucen, los que esa vida misteriosa viven!... ¡Cuán pocos hay, aun entre los que pasan por devotos y «ejemplares», que así vivan, como debe vivir el justo (1), *de su fe*, es decir, *sobrenaturalmente*, y que por lo mismo edifiquen de veras, que alumbren y no entenebrezcan!...

Y por vivirla tan mal, de una manera tan remisa, sin dar apenas señales de que tal tesoro escondido llevan, por eso anda tan en tinieblas el mundo, por eso la hoy llamada «piedad», en vez de ser *útil para todo*, como lo es la piedad verdadera (2), resulta las más de las veces tan estéril.

Los más de los que se dicen cristianos, y aun de los que de tales se precian, son sí, hasta cierto punto, hijos de Dios, pero viven como si no lo fueran, *humanamente*, como los demás hombres, cuando no *mundanamente* como los hijos de este siglo...; a semejanza del niño, que es hombre, pero vive como un animalito y aun sin gana a veces de llegar a ser lo que las nacientes luces de su razón empiezan a dictarle. Mientras vivan en gracia tienen como en germen en sus corazones las virtudes infusas, con los siete dones del Espíritu Santo y los carismas especiales que a cada cual suele conferir este divino Espíritu para la común edificación (3); pero tan encubiertos, tan sepultados y olvidados suelen llevar estos ricos tesoros, que en vez de emplearlos como deben, condúcense los más como el siervo perezoso que mereció ser privado de su talento y arrojado en las «tinieblas exteriores» (Mt. 25, 25-30).

(1) *Rom.* 1, 17; *Gal.* 3, 11. (2) *I Tim.* 4, 8.

(3) *I Cor.* 12, 7; *I Petr.* 4, 10.

**¿Y cómo han de vivir los hijos de Dios?** ¿Cómo han de proceder para portarse como tales, y no ser siempre «niños volubles que se dejan llevar de cualquier viento» (1), ni imitar el proceder de los «hombres» ¿Cómo?... —Procurando asemejarse en todo al «Varón perfecto», al divino Modelo, al Unigénito del Padre, que apareció entre los hombres «lleno de gracia y de verdad, para que de su plenitud todos recibamos». Y recibiremos, dejándonos poseer más y más del Divino Espíritu que en nosotros mora como dulce Huésped y Consolador de las almas, y como ayo y maestro y guía, y como Señor y Vivificador, que desea ejercer en ellas su pleno dominio, y de hecho lo va ejerciendo y haciendo sentir su amorosa presencia a medida que le atendemos y nos dejamos llevar de sus santas mociones e inspiraciones, despojándonos más y más del hombre viejo y vistiéndonos del nuevo (2); procediendo según el Espíritu de que vivimos (3), sintiendo y gustando las cosas del espíritu, y no las carnales o humanas (4); de suerte que, teniendo ya bien despiertos y ejercitados los sentidos espirituales, podamos entender y aun hablar el lenguaje de la justicia y de la sabiduría (5) y hasta sentir y percibir en lo íntimo del alma el testimonio del mismo Espíritu Santo que «atestigua a nuestras conciencias que somos realmente hijos de Dios, y siendo hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, si con El padecemos para ser con El glorificados» (6).

Para eso, en efecto, hemos recibido el *espíritu de Dios* y el *sentido de Cristo* para conocer bien los dones que nos han sido dados (I Cor. 2, 12-16).

Estos son, pues, los verdaderos y fieles hijos de Dios, los adultos en Cristo, los que sienten bien ya las cosas divinas, los que penetran y gustan, con los dones de inteligencia y de sabiduría, los altos misterios del Reino de Dios (7), que como dice Sto. Tomás (8), «están reservados para los perfectos». —Estos son los que ya em-

(1) *Eph.* 3, 14. (2) *Col.* 3, 9. (3) *Gal.* 5, 25. (4) *Rom.* 8, 5.

(5) *Hebr.* 3, 13 14; I *Cor.* 2, 6, 13; Cf. S. THOM. in *h. l.*; in *Rom.* 8, 14; in *Gal.* 5, lect. 7: «Si ergo Spiritu vivimus, debemus in omnibus ab ipso agi... In vita spirituali omnis motus noster debet esse a Spiritu Sancto».

(6) *Rom.* 8, 16-17. (7) *Mt.* 11, 25; 13, 11. (8) 2-2, q. 171, Prol.

piezan a vivir cual conviene, es decir, «sobrenaturalmente», la *vida sobrenatural*, o sea la *vida interior* que así se vive bajo las continuas ilustraciones del Espíritu de la verdad y en trato íntimo y familiar con las tres Divinas Personas (I Joan. 1, 3; Apoc. 21, 3) que allí en los corazones moran como en su templo predilecto (1).

Y esa es la con otro nombre llamada *vida espiritual*, por ser la propia de los que viven *según el espíritu*, o sea de un *modo sobrehumano*; y es por último, la VIDA MÍSTICA, que sólo por ese *divino modo* de proceder se caracteriza.

Por tanto, la *vida sobrenatural* en su acepción más propia, se identifica con la *vida mística* tomada en sentido estricto y en cuanto sinónima de *vida interior* y *vida espiritual*; y en su acepción ménos propia también viene a confundirse con la misma vida mística en su lenta preparación, o sea tomada en sentido amplio, en cuanto abarca todo el proceso de nuestra renovación y santificación.

Por tanto, así como todos somos llamados a ésta, y la voluntad de Dios es que todos seamos perfectos, santos e inmaculados (2), así todos por El somos llamados a la plenitud de la vida espiritual, que consiste en quedar plenamente poseídos y animados de su divino Espíritu Santificador, de modo que logremos beber en el torrente de sus delicias o en la fuente de sus íntimas comunicaciones que constituyen la vida propiamente MÍSTICA.

Así a todos nos está N. S. esperando con los brazos abiertos, y a todos nos dice con amor (Joan., 7, 37-38): *Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba... y de su corazón correrán ríos de agua viva...*

«Venid, a estas místicas aguas, todos los sedientos, nos dijo ya por un Profeta, *venid y bebed de balde vino y leche... Oídme y comed el bien, y se deleitará en la grosura espiritual vuestra alma... Pues he aquí que lo dí* (al divino Espíritu, simbolizado por estas aguas) *para testigo de la verdad a todos los pueblos, y para guía y preceptor de las gentes*» (Is. 51, 1-4).

Así nadie tiene excusa para rehusar esta invitación, ni pretexto para decir que no le interesa esta doctrina.

(1) Joan. 14, 23; I Cor. 6, 19-20. (2) I Thes. 4, 3; Eph. 1, 4.

«Para todos, dice muy bien el P. Weiss, O. P. (1), es la Mística... Desecharla es descuidar la propia salvación... No hay, pues, estado, condición u ocupación que autorice a nadie para decir que no le interesa la Mística...

«La vida mística, asegura enérgicamente el Padre Louismet, O. S. B. (2), es la vida cristiana normal, completa, tal como debía ser vivida por todos, en todas partes y en todas las circunstancias; mientras la vida cristiana tal como la practica la inmensa mayoría del pueblo, es sencillamente anormal y monstruosa, privada de sus más preciosos frutos».—Pues, en efecto, no llega, a pesar de los años, a la madurez espiritual.

«La vida cristiana, afirma a su vez Dom Marchaux (3), debe estar toda ella bañada en estas grandes y vivificadoras luces de los dones del E. S., y penetrada de estas unciones que desprenden el alma y la fortalecen. Donde se echen de menos..., la religión quedará reducida a formulismos... y será incapaz de resistir a las causas disolventes, al respeto humano, al menoscabo de los intereses y al ímpetu de las pasiones... Así se explica la impotencia de los cristianos de nuestros días para rechazar las audacias saerflegas de la impiedad: viven muy de su propio espíritu y muy poco del divino».

**En extremo lamentable** es la ignorancia de estas doctrinas, por la cual no sólo están desiertas las *vias de Sión* (4), cosa que lloran amargamente los ángeles de paz (Is. 33, 7-8), sino que va quedando *desolada toda la tierra, por no haber quien recapacite en su corazón* (5), sobre las altas verdades de que debe informarse toda nuestra conducta.

«Preguntad, dice el P. Terrien, S. J. (6), no ya a los cristianos de puro nombre, sino a muchos de los que se glorían de profesar su fe y aun de practicarla, cómo entienden su *filiación divina* y el estado de gracia, el más estimable después del de la gloria; y al oír sus res-

(1) *Apología del Cristianismo*, Conf.<sup>a</sup> V, n. 9. (2) *The Mystical Life*, 1918, p. 4. (3) *La Vie spirituelle*, N.º 5.

(4) *Thren.* 1, 4. (5) *Jerem.* 12, 11.

(6) *La Grâce et la Gloire*, Introd.

puestas veréis con cuánta razón podría Jesucristo repetirles: *¡Si conociérais el don de Dios!*... Lo más que suelen figurarse es que viven en paz con El y tienen perdonados sus pecados... Mas en cuanto a esa tan maravillosa y divina *renovación* que se verifica dentro de los corazones, a esta *regeneración* que transforma hasta en lo más íntimo la naturaleza y las facultades de los hijos adoptivos; a esta *deificación* que hace del hombre un dios...; estas cosas cuán pocos son los que las conocen y meditan. Y lo que de ahí resulta es que estimen muy poco lo que tan mal conocen, y que no se esfuerzen por adquirir, conservar y acrecentar ese tesoro ignorado... Y la culpa de esto recae en gran parte sobre aquellos que por su vocación están encargados de instruir a los fieles... Apenas hablan de estos misterios... Y no se diga que son materias demasiado elevadas para que puedan ponerse al alcance de los simples fieles... No procedieron así los Apóstoles... ¿Qué son las Epístolas de S. Pablo sino una constante predicación de los misterios de la gracia y de la filiación divina? Y sin embargo iban dirigidas a todos los cristianos... Decir que los de hoy carecen de la cultura necesaria para entender estas cosas, es olvidar la acción del Divino Espíritu que interiormente *abre la inteligencia de los fieles para que comprendan las verdades que se les anuncian, y conocen los dones que se les han hecho* (I Cor. 2, 12).

A dar a conocer lo mejor posible estos inefables misterios de la VIDA MÍSTICA, y desvanecer tantas confusiones y prejuicios o engaños que aún suele haber acerca de ella, es a lo que se ordenan estas humildes páginas.

---

## CAPITULO PRIMERO

---

### Necesidad de la Mística en la vida cristiana (1).

#### I.—Exigencias del espíritu cristiano.

*Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus. Gal. 5, 25.*

Refieren los Evangelistas S. Mateo (c. 5) y S. Lucas (c. 6) que viendo N. S. las muchedumbres que de todas partes, y hasta de los pueblos infieles como Tiro y Sidonia, acudían a El para escucharle y ser curados de sus enfermedades, subió a un monte donde con toda solemnidad, ante los que allí a lo alto le siguieron, comenzó a promulgar la Nueva Ley de gracia diciendo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos...* Y así prosiguió declarando cuáles eran las demás bienaventuranzas, en las cuales, según dice Sto. Tomás (in *Mt.* 5), se resume y a las cuales se ordena toda la ley cristiana. Porque a esas divinas alturas es hacia donde todos debemos tender para ser fieles discípulos del Salvador.

Mas como las bienaventuranzas, según dice muy bien el Catecismo, son *las mejores obras de las virtudes y dones del E. S.*, síguese que, sin ejercitar y poseer ya en muy alto grado todos los siete dones—con los cuales guardan ellas íntima correspondencia y de los cuales dependen—, nos será imposible realizar ni aun

(1) Cf. La Vida sobrenatural, t. 2, p. 251 y 401. Memoria presentada al Congreso de Terciarios Dominicos en el 7.º Centenario de N. P. S. D. de Guzmán, celebrado en Oviedo, Agosto, 1921.

imperfectamente el grandioso ideal que a todos nos propone el divino Maestro (1).

Y para eso precisamente los recibimos ya en el bautismo junto con la gracia santificante y las virtudes infusas, y se corroboran en la confirmación, para que los cultivemos con la fidelidad a las divinas inspiraciones, y ejercitándolos bien podamos pronto llegar a esas hermosas regiones donde está toda la felicidad que en esta vida cabe.

De no cultivar tan preciosos talentos, sin duda que mereceremos el castigo del siervo perezoso que sepultó el suyo; y cultivándolos, no solamente proseguiremos viviendo del divino Espíritu que anima a cuantos viven en gracia de Dios, sino que nos dejaremos poseer de El más y más hasta el punto que El venga a ser en verdad nuestro Dueño y Maestro, nuestro ayo y conductor, y el verdadero motor y regulador de todas nuestras acciones; y así lleguemos a proceder en todo según el Espíritu, y no según los juicios y pareceres humanos.

En eso mostraremos ser fieles hijos de Dios, pues lo son, como dice el Apóstol (*Rom. 8, 14*), *los que de su divino Espíritu son movidos*.

Y tales son los que hoy tanto se echan de menos, los verdaderos pacificadores del mundo, los realmente *pacíficos*, los cuales, por mostrarse así poseídos del espíritu de paz y caridad y benignidad, merecen ser ya desde ahora llamados *hijos de Dios*.

Así a los tales desde luego les dice Jesús (*Mt. 5, 13 16*): *Vosotros sois sal de la tierra, y luz del mundo; pues con sus palabras y ejemplos deben preservar a otros de la corrupción y alumbrar a los que yacen en tinieblas, disipando tantos errores y engaños y haciendo que a la vista de sus buenas obras glorifiquen los hombres al Padre Celestial...*

Para esto—y no para que le contristemos y resistamos (*Eph. 4, 30; Act. 7, 51*), expuestos a extinguirle (*I Thes. 5, 19*)—se nos ha dado ese divino Espíritu que derrama la caridad de Dios en nuestros corazones (*Rom.*

(1) «Beatitudines dicuntur solum perfecta opera, quae etiam ratione suae perfectionis magis attribuuntur donis quam virtutibus.—S. Thomas, 1-2, q. 7, a. 2.

5, 5), y nos da testimonio de que somos hijos de Dios, y si hijos, herederos—, y así nos mueve a llamarle con el nombre de ¡Padre! (Rom. 8, 15-17). Y para esto se nos han dado sus dones, para que podamos atender a sus inspiraciones santas, seguirlas fielmente y dejarnos poseer y conducir de El, como lo son todos los justos, de los cuales es *guía y conductor el Divino Espíritu* (1).

Por eso los dones del E. S., como dice Sto. Tomás (2-2, q. 52, a. 2, ad 1), nos ponen en estado *pasivo*, en que ya no somos nosotros propiamente quienes obramos, sino Dios en nosotros y por nosotros, pues ya no obramos—como se obra en la *vida ordinaria, ascética* o «activa»—, según las propias iniciativas ni siguiendo las normas de nuestra razón, sino según la moción y normas divinas; y así es cómo ese nuevo proceder resulta «sobrehumano», *espiritual*, sobrenatural y *divino*, propio de hijos de Dios (2).

Y como tal es lo característico de la *vida mística*, es indudable que sin ella nos será del todo imposible llegar a la plenitud y madurez de la vida cristiana, seremos cristianos informes, en quienes aún no está bien formado J. C. (Gal 4, 19); pues tendremos aún por cultivar y desarrollar las mejores facultades de tales; seremos como niños mal criados, sin educar para la vida del Reino de Dios, puesto que aún no oímos las enseñanzas del interior Ayo y Maestro de toda verdad, que es quien nos ha de enseñar a orar y obrar y tratar a Dios como conviene (Joan. 14, 26; Rom. 8, 26-27).

Por eso creemos que es una aberración lamentable y una verdadera contradicción pensar que para nada hace falta al mística a la generalidad de los cristianos, que es como un artículo de lujo, reservado para los muy privilegiados, y que a la mayoría—que forman como «la plebe»—les basta lo que llaman una *vida ordinaria*, y deben dejarse de «singularidades» que no están para ellos: ¡cómo si nos fuera posible cumplir bien nuestros más ordinarios deberes sin los dones del E. S...! Y éstos, bien cultivados, ponen en estado pasivo o estado místico, ya que sus actos son otros tantos actos de vida

(1) *Is.* 63, 14.

(2) Cf. S. Thom., III Sent. d. 34, q. 1, a. 1 et 3.

mística, sin la cual no hay madurez perfecta en las virtudes (1), y con la cual, por tanto, es preciso absolutamente contar para la vida cristiana integral, y por lo mismo para una vida social del todo conforme a las normas evangélicas.

Porque es una verdadera anomalía y aun una monstruosidad, querer *vivir del Espíritu de Cristo*, como es menester para permanecer en gracia y cumplir nuestros deberes, y no procurar vivir *según el Espíritu de Cristo* que se nos ha dado como Señor y conductor y Maestro, al mismo tiempo que como vivificador, y que nos vivifica para dominarnos y hacernos proceder a lo divino; por lo cual se nos manda creer *in Spiritum... Dominum et Vivificantem...* Y por eso también el Apóstol dice y repite (*Gal. 5, 25*): *Si vivimos del Espíritu, vivamos también en el Espíritu y según el Espíritu*. Pues *si andamos en espíritu* y procedemos según el Espíritu, añade, *triunfaremos de todas nuestras malas inclinaciones; y siendo llevados del Espíritu, es como quedaremos libres* de todas las esclavitudes del mundo (*Gal. 5, 16-18*).—Por lo cual advierte Sto. Tomás admirablemente que así como para vivir como hombres necesitamos proceder según las normas de la recta razón, así para vivir como verdaderos cristianos, como *hombres espirituales*, debemos ser en todo movidos del Espíritu Santo (2).—Pues en ese altísimo orden nuestra po-

(1) «Los que tienden a la perfección por la vía de las prácticas y de los actos metódicos, dice el P. Lallemant, S. J. (*Doctr. Spirit.* pr. 4, c. 5, a. 1), sin abandonarse a la dirección del Espíritu Santo, no tendrán nunca esta *madurez* y *suavidad* de la virtud que es propia de sus *frutos*. Siempre sentirán dificultades y repugnancias; y siempre tienen que luchar, siendo no pocas veces derrotados, incurriendo en faltas; mientras los que van bajo la divina dirección por la vía del simple recogimiento, practican el bien con un fervor y un gozo dignos del Espíritu Santo, y sin combatir, alcanzan gloriosas victorias; y si necesitan luchar, lo hacen con gozo. De ahí se sigue que las almas tibias tienen en la práctica de la virtud doble trabajo que las fervorosas que a ella se entregan sin reserva; porque éstas tienen el gozo del E. S., que se lo hace todo fácil, y aquéllas tienen que combatir sus pasiones y sienten las debilidades y flaquezas naturales que impiden la suavidad de la virtud y hacen que sus actos sean difíciles e imperfectos».

(2) «Homo spiritualis non quasi ex motu propriae voluntatis,

bre razón, aun ayudada de la luz de la fe y de la prudencia cristiana, vacila y no logra proceder con el deseado acierto sino en cuanto es movida y dirigida del Divino Espíritu (1).

Así vemos cuánto yerran acerca de las cosas espirituales y cuán mal entienden el sublime Sermón de la Montaña, en que se trazan las normas generales de la verdadera conducta cristiana, los que tan sólo por las luces ordinarias se guían, mostrando no tener aún despierto y ejercitado el *sentido de Cristo*, con el cual podemos—como por experiencia—conocer las cosas del espíritu, descubrir las maravillas de la vida interior o espiritual, que es «un mundo lleno de encantos» (I Cor. 2, 14-16; Eph. 1, 17-18; 3, 18-19; I Joan. 5, 20).

## II.—Los perfectos cristianos y los mundanos.

Después de enseñar las bienaventuranzas, indica N. Señor el camino que a ellas conduce, que es el de la perfecta justicia, la cual no se contenta con excluir las malas obras, sino que prohíbe lo mismo hasta la menor falta de palabra o pensamiento, aunque sólo Dios la vea. De todo habrá que darle estrechísima cuenta, hasta de

*sed ex instinctu Spiritus Sancti inclinatur ad aliquid agendum*. S. Thom. in Rom. 8, 14.

«Así como en cuanto hombres, observa el P. Grou, S. J. (*Le don de soi-même*, X), debemos seguir en todo la razón, sin permitirnos jamás cosa alguna que ella repruebe; así en cuanto cristianos, debemos en todo seguir al Espíritu de Dios, sin separarnos de El jamás. Cualquiera disposición interior o acción exterior, que el divino Espíritu no reconozca por suya, es censurable en un cristiano, o por lo menos no le merece ninguna alabanza y le es del todo inútil para su salud.—Según esta regla, que es indiscutible, ¡cuántas obras resultarán perdidas para el cielo! ¡cuántas horas vacías en la vida de la mayor parte de los cristianos!—¿Y de dónde les viene esta inmensa pérdida sino de no haberse entregado a Dios para ser en todo gobernados de su Espíritu?»

(1) «Non ergo perfecte stare potest ratio humana, nisi secundum quod est recta a Spiritu divino... Si ergo Spiritu vivimus, *debemus in omnibus ab ipso agi*... In vita spiritali omnis motus noster debet esse a Spiritu Sancto».—S Thom. in Gal. V. lect. 4 et 7.

la menor palabra ociosa (*Mt. 12, 36*), y no se saldrá de la cárcel del Purgatorio hasta haber satisfecho por todo, sin excluir ni un céntimo (*Mt. 5, 26*).—A la ley del talión sustituye la del amor que triunfa del mal con excesos de beneficios, ordenando amar a todos nuestros prójimos, aun a los mayores enemigos, como a nosotros mismos, hablar a todos con sencillez infantil, hacer bien a los que nos aborrecen, bendecir a quienes nos maldicen, y orar por quienes nos persiguen y calumnian... *Así seréis, dice, hijos del Altísimo, que es benigno aun con los ingratos y malos (Lc. 6, 27-35).*

«*Sed, pues, vosotros perfectos como lo es vuestro Padre celestial*» (*Mt. 5, 48*).

Y lo seremos, si procuramos en todo configurarnos con el mismo divino Maestro que apareció entre nosotros «lleno de gracia y de Verdad, como Unigénito del Padre», y viva imagen suya, para ser nuestro Modelo; pues *será perfecto aquel que sea como su Maestro (Lc. 6, 40)*. El cual sabemos que en todo era conducido del Divino Espíritu (*Mt. 4, 1; Luc. 4, 1, 14*) y no buscaba en nada su gloria, sino la del Padre, cuyo mayor beneplácito cumplía siempre (*Joan. 8, 29-50*).

Así quiere que sólo por complacer a Dios hagamos nuestras buenas obras, no buscando en ellas para nada el aplauso humano, porque entonces habremos recibido ya nuestro premio. Por eso debemos procurar en lo posible, hacer nuestras limosnas, oraciones y penitencias privadas, de modo que sólo sean patentes a los ojos divinos, disimulando nuestras austeridades con la alegría del rostro, y pidiendo a Dios ante todo la honra de su santo Nombre, el cumplimiento de su santísima voluntad y la pronta venida de su reino a nosotros; pues *buscando ante todo el reino de Dios y su justicia, todo lo demás nos vendrá como por añadidura (Mt. 6, 9, 10, 33)*.

Este reino divino que todos los cristianos debemos ante todo buscar, y desear y pedir, y que de hecho llegaremos a poseer, según se promete en la primera bienaventuranza, cuando tengamos el corazón bien desprendido de todo lo que no es Dios, ese reino, dice el Apóstol (*Rom. 14, 17*), no consiste en nada terreno, ordenado a satisfacciones materiales, *no es cosa tocante*

a comidas y bebidas, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.

Y esta *justicia de Dios* que así debemos buscar con su reino la resume el mismo Salvador en *tratar a todos como deseáramos ser de ellos tratados; que en esto está toda la ley y los profetas* (Mt. 7, 12). En otro lugar dirá que se resumen éstos y la Ley en el gran mandato de *amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y potencias y con todo el espíritu, y al prójimo como a nosotros mismos* (Mt. 22, 37-40; Mc. 12, 30-31).

Aquí está, pues, el resumen de toda la santidad y de toda la verdadera perfección cristiana a que todos rigurosamente estamos obligados a aspirar (1), y que consiste en la consecución de nuestro último fin, que es el mismo Dios, al cual nos unimos de veras y le poseemos con la *perfecta caridad* que en ese compendioso mandato se nos encarga a todos.

Mas para eso hay que llegar hasta quedar poseídos del mismo divino Espíritu que con el don de sabiduría nos embriague en el santo amor y así *ordene en nosotros la caridad* (Cant. 2, 4) de modo que, enajenados de lo terreno, olvidados de nosotros mismos, no vivamos ya sino como *miembros vivos de Cristo, cuya vida está escondida toda con El en Dios* (Col. 3, 3): y tal es la *vida mística*.

\*\*\*

En un principio vemos cómo todos los fieles procuraban conformarse muy de veras con este sublime ideal, y así todos, dice S. Lucas, «*tenían una sola alma y un corazón en el Señor*»: y por eso S. Pablo acostumbra a llamar *santos* a todos los fieles.—Tales, en efecto, necesitaban ser en su generalidad mientras la profesión cristiana implicaba una tan completa rotura con el mundo, que de éste nada podían esperar, según el Salvador les anunció, sino odios y persecuciones (Joan. 15, 18-20).

(1) «Nec vero quisquam putet ad paucos quosdam lectissimos id pertinere, ceterisque in inferiore quodam virtutis gradu licere consistere. *Tenantur enim hac lege omnes, nullo excepto*». Pío XI, Encicl. sobre S. Fr. de Sales, 26 Enero 1923 (A. A. S. XV, 50).

Más con la conversión de Constantino y la derrota del paganismo, empezaron a ser muchos los que alardeaban de convertidos, pero que entraban en la Iglesia con miras terrenas y atraídos de ventajas materiales, quizá más que por amor a J. C.; y muchos más los que con esos ejemplos se figuraban que, supuestos aquellos adelantos—los *adelantos modernos* de entonces—bien se podía ya seguir a J. C. sin renunciar al mundo y sobre todo sin renunciarse a sí mismos ni abrazar la cruz: ésta para ellos ya no está de moda, no es de buen gusto ni de «buen tono»; el hablar de la cruz es como una necedad o locura para todos esos que se dicen cristianos, pero viven como mundanos (I Cor. 1, 18-24), con los cuales parece que se nos metió de lleno el mundo en casa, para que así tengamos un enemigo doméstico más... Entonces, digo, se nos metió de lleno: que ya en vida del Apóstol empezaba a meterse, según él se lamenta escribiendo a los Filipenses (3, 18-20): *Muchos son los que andan huyendo como enemigos de la cruz de Cristo... gustando de cosas terrenas, y teniendo por dios a su vientre, y cuyo fin es la perdición. Mas nuestra conversación está en los cielos: y así esperamos al Salvador, N. S. J. C.*

Lo que el Apóstol decía así «llorando», deberíamos lamentarlo hoy y llorarlo con lágrimas de sangre, pues es el más fatal de cuantos engaños han padecido y padecen tantos que no sólo se dicen cristianos, sino que se precian de ese nombre, y sin embargo huyen de la cruz de Cristo como los mundanos... Y así no podrá Jesucristo reconocerlos por suyos.

*Quien quiera venir en pos de Mi*, nos dice a todos el divino Maestro (Mt. 16, 24), *niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*.—Imposible seguirle y ser sus discípulos—, y por tanto fieles cristianos—sin abrazar por su amor nuestra cruz.—«*Quien no toma su cruz y me sigue*, declara El terminantemente (Mt. 10, 38), *no es digno de Mi*.—*Y así cualquiera de vosotros que no renuncia a cuanto posee, no puede ser mi discípulo*» (Lc. 14, 33).

Por tanto, aun cuando la renuncia *efectiva* no se exija en rigor sino a quienes hayan sido llamados al

Apostolado o a la vida religiosa, la *afectiva*, implicada en las ocho bienaventuranzas, a todos se nos exige so pena de dejar de ser reconocidos por seguidores de Cristo, o sea por fieles cristianos; los cuales deben aspirar a ser como otros *crístos*, configurándose más y más con el divino Modelo. Para lo cual necesitan vivir en continua abnegación y crucifixión, «despojándose del hombre viejo, con sus malas inclinaciones y vistiéndose del nuevo que se va renovando en el conocimiento», y que «según Dios es creado en verdadera santidad y justicia» (*Col.* 3, 9-10; *Eph.* 4, 22-24). Esto sería imposible si Dios no lo obrara en nosotros, reduciéndonos a secundar (pasivamente) la acción del divino Espíritu, de quien son *místicamente* llevados los hijos del Altísimo.

Para eso nos mostró el Eterno Padre aquella portentosa caridad, de hacer que, por esa real participación de la vida de su Unigénito, *nos llamemos hijos de Dios y lo seamos: por lo cual el mundo no nos conoce*, según dice el Discípulo Amadó (*I Joan.* 3, 1-3), *porque tampoco lo conoce a El.—Hijos de Dios somos ya ahora... y algún día lo veremos tal como es. Mas todos los que esta esperanza en El tienen se santifican, así como El es santo.—De este modo seremos ciertamente herederos de Dios y coherederos de Cristo, pero a condición de padecer con El, para ser también con El glorificados* (*Rom.* 8, 17).

Así todos los que son de J. C. no sólo han renunciado de veras a las máximas y gustos del mundo, sino que viven siempre negándose, renunciándose y muriendo a sí mismos para vivir cada vez más en Dios y de Dios, a fin de que Dios viva y reine en ellos.—«*Los que son de Cristo*, dice el Apóstol (*Gal.* 5, 24), *han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias*». Mas si «*llevamos siempre en nuestros cuerpos la mortificación de Jesús, es para que también la vida de Jesús se manifieste hasta en ellos*», o sea «*en nuestra carne mortal*» (*II Cor.* 4, 10-11).

De este modo los buenos cristianos tienen como el Salmista (*Ps.* 24, 15) «*sus ojos siempre puestos en el Señor, porque El es quien les ha de librar de los lazos*» que los enemigos les tienden: *tienen su corazón*

donde está todo su tesoro (Mt. 6, 21), y su conversación en los cielos (Phil. 3, 20). Y así viven muertos al mundo, llevando una vida escondida con Cristo en Dios, para que cuando se manifieste el que es su misma vida, con El aparezcan gloriosos (Col. 3, 3-4), como verdaderos hermanos y coherederos e imitadores fieles suyos, que, contemplándole a cara descubierta, en El mismo van transformándose de claridad en claridad, como movidos de su divino Espíritu (II Cor. 3, 18).

De ahí que solamente quienes de este amoroso Espíritu de adopción se dejan llevar y gobernar, y reformar y hacer y transformar—*quicumque enim Spiritu Dei aguntur*—merezcan ser tenidos por verdaderos hijos de Dios (Rom. 8, 14); y quien en realidad no tenga el Espíritu de Cristo, ese no será suyo (*ib.* 9).

Estas palabras del Apóstol de las gentes son para hacer temblar a tantísimos cristianos de nuestros días, que fácilmente se preciarán de tales, pero en quienes apenas se ve señal ninguna de espíritu cristiano, mientras que del mundano las dan muy claras a todas horas y en todas partes, aun en el templo, a donde les vemos acudir de rutina por considerarlo quizá como de «buen tono», pero con una inmodestia tal que provoca las iras divinas.

Por de pronto es indudable que son muchísimos los que hoy tienen más de mundanos que de cristianos: y como *nadie puede servir a dos señores* (Mt. 6, 24), es claro que para vivir esclavos del mundo y de sus perversas modas y maneras, han tenido que renunciar implícitamente a Jesucristo; puesto que *quien ama al mundo no puede tener la caridad de Dios* (I Joan. 2, 15).

Así es como se encuentran tan dominados de las tres grandes concupiscencias que trastornan el mundo (*ib.* 16), que sólo entienden y gustan y hablan de cosas mundanas, de placeres y regocijos, y de honras, riquezas y vanidades; y no gustan ni entienden lo tocante al espíritu (Rom. 8, 5), no saben *a qué sabe Dios*, ni tienen la menor idea de la inefable dulzura que El tiene escondida para los que le temen (Ps. 30, 20), y que está cifrada en las bienaventuranzas, que son, como hemos dicho, la suma, principio y fin de la Ley Evangélica.

¿Cuántos hay que se precian de cristianos y, sin embargo, lejos de poner ahí su verdadera felicidad—viviendo desprendidos de todo lo que es pasajero y usando de ello como de simple medio para lograr su último fin—, la ponen en todo lo contrario, pegándose a esos medios y convirtiéndoles en fines, olvidados de las terribles amenazas que contra los que así obran fulmina Jesucristo?

Esos, por «amar la vanidad y buscar la mentira» (Ps. 4, 3), se empeñan en trastornar los altísimos planes del Dios de la Verdad; y así permite hoy Dios que sean víctimas de los terribles trastornos sociales que de ese modo han ocasionado.

### III.—La vida religiosa y las bienaventuranzas.

Quando empezó a generalizarse el fatal olvido de los misterios de la Cruz, que constituyen el fondo mismo de la vida cristiana, contentándose muchísimos de los que la profesaban con sólo cierta tintura exterior, y viviendo por lo demás muy llenos del espíritu mundano, suscitó el Señor los grandes ascetas y las primeras órdenes religiosas, que para mejor desprenderse de todo lo terreno y triunfar de las tres concupiscencias que dominan al mundo, renunciaban a todo no sólo con el afecto, sino también efectivamente para no pensar en otra cosa sino en vivir como perfectos cristianos y en seguir de veras y lo más de cerca posible a J. C., ya que a cuantos de veras le sigan, prometió El que *no andarían en tinieblas*, como andan los que viven fascinados con las falaces máximas y maneras mundanas, *sino que tendrían luz de vida* (Joan. 8, 12).

Y en eso consiste precisamente la *vida religiosa*, decía en cierta ocasión el P. Weiss, en *tomar en serio las máximas evangélicas y procurar vivir según ellas*, para dar verdaderos ejemplos de vida a cuantos viven en el siglo y hacer que en todos reviva y reflorezca el espíritu cristiano.—Así en cada una de las grandes Ordenes, que, según las necesidades de los tiempos, fueron suscitadas por Dios, encarnó El como una especialísima

participación del espíritu de J. C., a fin de que todas unidas se completen y ofrezcan al mundo una viva y acabadísima imagen o representación del Divino Modelo, y muestren a todos cómo es posible que cada cristiano, si quiere, venga a ser *alter Christus*.

Los que sintiéndose animados de vivos deseos no sólo de imitar muy de veras al Salvador, sino de fomentar en lo posible la obra especial de alguna de esas grandes Ordenes, no han recibido la especialísima vocación que los miembros de ellas necesitaron para hacer, mediante los tres votos, dicha renuncia efectiva, si contentándose con la afectiva se comprometen, en cuanto su estado secular lo permite, a practicar esa particular imitación y cooperación, constituirán unidos las respectivas Terceras Ordenes, viviendo en el mundo, pero sin pertenecer al mundo (*Joan. 15, 19; 17, 15-16*), y constituyendo así uno de los más poderosos y eficaces medios de renovación social cristiana, haciendo que en toda suerte de estados pueda respirarse el puro ambiente evangélico.

Así mientras los Terciarios franciscanos procurarán distinguirse por su gran menosprecio del mundo, los de N. P. Sto. Domingo—del portentoso *«hombre del Señor»*, del celosísimo pregonero evangélico, suscitado por Dios para fundar la primera Orden Apostólica—deben procurar resplandecer con aquel singular candor, pureza y santidad de vida que a él le distinguía, y participar de su espíritu de sacrificio y del ardentísimo celo por la gloria de Dios y bien de las almas en que él se abrasaba, puesto que, según se lee en su Oficio, *ardebat quasi fácula pro celo pereuntium...*; deben tener y manifestar a ojos de todo el mundo ese espíritu propio del apostolado..., a lo menos exhalando tan *buen olor de Cristo* (*II Cor. 2, 15*), que captive y gane para Dios los corazones como *olor de vida para vida de las almas* (*ib., 16*).

De N. P. dignóse decir a Sta. Catalina de Sena el mismo Padre Eterno: *Mi hijo por adopción—Domingo—es el Heraldo de mi Verbo: así le he dado especialmente a él y a los suyos la inteligenciá de mis palabras y la fidelidad en seguirlas.*—Esta es, pues, la

gloriosa herencia que les ha caído en suerte, y que deben cuidar bien y hacer prosperar en lo posible los Terciarios de Sto. Domingo.

De ahí el número prodigioso de estigmatizados terciarios, que tan al vivo copiaron, aun al exterior, al Divino Modelo que tenían impreso en sus corazones, de modo que bien podían repetir con S. Pablo (*Gal. 6, 14-17*): *Lejos de mí gloriarme en otra cosa sino en la Cruz de N. S. J. C., por el cual está el mundo crucificado para mí, y yo para el mundo... Pues en mi cuerpo llevo las llagas del Señor.*

De ahí también que todos nuestros grandes Maestros de espíritu presentaran a Jesús tal como es, único camino que debemos seguir, única verdad que alumbra y desengaña, y única vida con que se vive para Dios. Santa Catalina de Sena declara en sus admirables *Diálogos*, con palabras del Eterno Padre, cómo para ir de la tierra al cielo no hay otra vía sino la del único puente que los une, que es el Verbo encarnado; en el cual veía sólo tres grandes escalones, correspondientes a las fases *purgativa, iluminativa y unitiva*, que eran: las llagas de los sagrados pies, con cuya consideración nos animamos a seguirle de veras, desprendidos de todo afecto terreno; la del costado abierto, por donde nos es dado penetrar en los íntimos secretos de su adorable Corazón y quedar así iluminados e inflamados; y los labios amargados con hiel y vinagre, en cuyo dulce beso está la perfección y unión consumada en que el alma recibe el mensaje de paz para comunicarla a cuantos trate...

Todos necesitamos, pues, hacernos violencia y sufrirla para poder conquistar el reino que la padece, y así solamente los esforzados lo alcanzan (*Mt. 11, 12*). Sin eso, por culpa nuestra nos quedaremos cuando menos como a medio camino, y tendremos allá que sufrir el castigo del siervo perezoso (*Mt. 25, 26, 30*).

«Tanto adelantarás, dice el Kempis (I, 25), cuanta sea la violencia que te hicieres.»

Y no basta hacerse violencia, sino hay que aceptarla, puesto que el Señor dice: *Niéguese, y tome su cruz*, lo cual quiere decir que no bastan las purgaciones ac-

*tivas*, sino que son menester también las *pasivas*, las cuales introducen en la *vida interior*, en la *vida* propiamente *espiritual* o *mística*, que es como el prelude de la eterna felicidad o el *cielo en la tierra*, que a todos se nos ofrece en las bienaventuranzas; y que si de hecho no se llega a gozar es tan sólo por no buscar de veras nuestra felicidad donde el Divino Maestro nos dijo que estaba, o por falta de generosidad en seguirle y abrazar al efecto la cruz en que está nuestra salud, o sea por no aceptar bien el purgatorio que es menester para gozar ese cielo anticipado; y así sólo podremos gozarle, y en un grado sin comparación inferior, después de padecer, sin frutos de merecimientos, otro purgatorio muchísimo más terrible en la otra vida, por no haber en ésta logrado la perfección y aun la purificación que teníamos señalada.

En esta misma vida, enseña terminantemente nuestro Angélico Doctor (1-2, q. 69, a 2), las almas *santas* o *perfectas* gozan ya del premio incipiente de las bienaventuranzas, cuya primera parte *merece en rigor la segunda*; y por lo mismo si no se goza es tan sólo por falta de disposiciones o de méritos que debían hacerse. Así a los verdaderos *pobres de espíritu*, a los que al menos con el afecto viven ya desprendidos de todo lo pasajero y aun de sí mismos, se les promete la posesión inmediata del reino celestial; el cual no sólo *será para ellos*, sino que ya *es de ellos*, y realmente lo gozan, porque ya empieza a reinar en ellos el Divino Espíritu que, con el don de sabiduría, les hace gustar un presagio de la gloria eterna; pues su *toque delicado*, conforme canta S. Juan de la Cruz, *a vida eterna sabe...*

Este soberano Espíritu que llena todo el orbe (*Sap.* 1, 7), tan luego como ve vacía un alma, dice Taulero, la colma no sólo de sus dones, sino también de Sí mismo; con lo cual le vienen al alma todos los tesoros juntos y una indecible honestidad (*Sap.* 7, 11).

He aquí la verdadera «herencia de los siervos del Señor», he aquí las *aguas de vida* prometidas a todos los sedientos, y en que está el remedio de todos nuestros males (*Is.* 54, 17; 55, 1-4). He ahí la *unción divina* que todo lo enseña (I *Joan.* 2, 20, 27), y hace suave el

yugo de J. C... He aquí, en fin, el *Consolador* prometido a todos los cristianos, para que no quedemos huérfanos, sino que en nosotros tengamos el *gozo del Señor, y sea pleno nuestro gozo* (*Joan. 16, 22-24; 17, 13*).

\*\*\*

Sin embargo, el mundo es como un río de lágrimas irremediables; porque no se quiere recurrir cual conviene a la fuente de todo consuelo y felicidad... Se buscan con ciego afán los goces engañosos y ponzoñosos, que en vez de aliviar el corazón lo afligen y amargan cada vez más; y así se ve cumplida la terrible amenaza del Señor (*Lc. 6, 25*): *¡ay de los que ahora reís, que lloraréis y lamentaréis sin consuelo!*—En cambio, dichosos los que por un momento lloran por amor de Dios, porque aun aquí abajo serán pronto consolados por el divino Paráclito, que trocará sus llantos en gozos inefables.

Y mientras los glotones habrán de padecer hambre irremediable y perpetua necesidad, los que *tienen hambre y sed de justicia, serán venturosos, porque se saciarán*, cumpliendo fielmente la voluntad del Eterno Padre (*Joan. 4, 34*), que los fortalece y refrigera con el *pan de vida y de inteligencia y el agua de la sabiduría saludable* (*Éccli. 15, 3*); y así *beberán en el torrente de sus delicias, y gozarán de las inagotables riquezas de la casa paterna* (*Ps. 35, 9*).

*Los mansos y humildes heredarán la mística tierra de reposo, y se deleitarán en la abundancia de la paz* del reino que tienen ya allá dentro de sus propios corazones (*Ps. 36, 11; Mt. 5, 4; Luc. 17, 21*).

*Los pacíficos serán llamados hijos de Dios* (*Mt. 5, 9*), porque viviendo como tales, poseídos y animados del divino Espíritu (*Rom. 8, 14*), a todas partes llevan, a imitación de Jesús, el mensaje de paz, y mientras tienen sus pies siempre *preparados para anunciar el Evangelio de la paz* (*Eph. 6, 15*), con su andar gracioso, cual de otras tantas Sulamitis, muestran sus almas ser hijas del Rey de la Gloria y dignas esposas del Salomón divino, que todo lo apaciguan, como *coros de escuadro-*

nes, que calman las iras del cielo y ponen en fuga a los enemigos del bien (*Cant.* 7, 1).

Por fin, los *limpios de corazón*, o sea los que con embriagueces de amor en que se ordena la caridad, han logrado quedar bien purificados de todo afecto desordenado y de todo apego terreno, llegan al colmo de la dicha despertando todos sus espirituales sentidos para empezar a *ver* las maravillas de Dios. Así, después de percibir la divina fragancia (*Cant.* 1, 2), y gustar las dulzuras divinas (*Cant.* 2, 3) y sentir el toque de amor delicado (*Cant.* 2, 6), empieza el alma enamorada del Señor a oír la dulcísima *voz del Amado* y *verle venir saltando montes y atravesando collados... y mirando por ventanas y celosías* hasta decirle: *Ven, que ya pasó el invierno y aparecieron las flores...* (*Cant.* 2, 8-11).

Así cumple El la palabra que dió a los suyos en la última cena, si de veras le amaban, diciendo (*Joan.* 14, 18-21): *No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros... Entonces conoceréis que Yo estoy en el Padre y vosotros en Mi, y Yo en vosotros.—Quien tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; y quien me ama a Mi, será amado de mi Padre, y Yo le amaré y me manifestaré a Mi mismo.*

Por donde se ve cómo, «en esta misma vida, según dice Sto. Tomás (l. c. ad 3), purificados los ojos por el don de entendimiento, *se puede ver a Dios* de algún modo».

Y a la vista de estas infinitas hermosuras, que tan venturosos nos harán, se distingue muy bien *lo precioso de lo vil* (1), lo divino de lo humano; y todo lo que no sea Dios y a El no se ordene, aparecerá como basura y lodo (2). Así, por un delicadísimo *gusto sobrenatural*, como por un maravilloso *gusto artístico de las bellezas eternas*, o sea *por connaturalidad a lo divino*, según dice Sto. Tomás, mediante el sublime don de sabiduría aprende el alma a juzgar con acierto de todo, a distinguir lo natural de lo sobrenatural, y a tener cada cosa

(1) Et si separáveris pretiosum a vili, quasi os meum eris. *Jerem.* 15, 19.

(2) *Phil.* 3, 8; *Sap.* 7, 9.

en el aprecio debido. Y sabiendo el inapreciable tesoro que lleva encerrado en su propio corazón, que es al mismo cielo de los cielos, al mismo Dios uno y Trino con sus infinitas riquezas, y viendo claro lo que puede comprar con cualquier pequeño sacrificio, que a cada momento se ofrece ocasión de hacer, con cualquier acto de amor, confianza, resignación, paciencia, conformidad y filial abandono, que podemos a cada paso repetir en medio de nuestros mayores quehaceres y aun como alivio de nuestros trabajos..., procurará ciertamente atesorar para la eternidad inestimables e imperecederas riquezas de honor y gloria.

Estos y no los que en breve perecen son los ricos tesoros que nos manda el Señor buscar con todo cuidado y amontonar sin descanso (*Mt.*, 6, 19-21); aquí es donde quiere que seamos «buenos negociantes», cultivando y acrecentando todo lo posible los místicos *talentos* (*Mt.*, 25, 15-30); que en lo demás en que nos ocupemos para no estar nunca ociosos y remediar nuestras necesidades pasajeras, debemos trabajar sin esas inquietas solicitudes por que nada nos falte, que implican cierta desconfianza de la divina Providencia, y presunción de que con nuestros esfuerzos podremos hacer que amanezca más pronto, o dar el incremento que es propio de sólo Dios (*Mt.*, 6, 25-34). Quiere que todas estas cosas las usemos como si no las usáramos (*I Cor.*, 7, 29-32), viviendo desprendidos de todo, y poseyéndolo y disponiendo de todo según la voluntad del Padre y para mayor gloria suya, sin apego a nada sino a El solo, poniendo toda nuestra esperanza en el *Dios de nuestro corazón y nuestra eterna herencia; pues fuera de El mismo, ni en el cielo ni en la tierra hallará el justo y perfecto cosa que le satisfaga* (*Ps.* 72, 25-28).

Aquí es donde se ve muy claro el engaño de tantos que se precian de buenos y celosos cristianos,—y aun así lo parecen—, y que, sin embargo, por no haber tratado de llegar a la madurez espiritual que comunican los dones del E. S., y que está, según el Apóstol (*Hebr.* 5, 14)—conforme declara Sto. Tomás (in *h. l.*)—*en el expedito ejercicio de los sentidos espirituales*; por no

tratar de reformarse en la novedad del sentido, a fin de probar (por gusto espiritual) cuál sea la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta,—y así evitar el demasiado conformarse a este siglo (Rom. 12, 2),—ofrecen en su piedad no poco de formulismo rutinario.—Esto es imposible evitarlo sin vivir desprendidos de todo y sin apegos humanos, para poder ejercitar esos preciosos sentidos espirituales que son la luz del alma, y poder así, cuando, en medio de los cataclismos sociales, envía el Señor su espíritu, para crear nuevas maneras de vida, y renovar la faz de la tierra (Ps. 103, 30), estar prontos a renovarnos en el espíritu de nuestra mente (Eph. 4, 23) y poder, como manda el Apóstol (Rom. 7, 6), servir al Señor en la novedad del espíritu y no en vetustez de la letra. Pues sabemos que Dios hizo sanables las naciones (Sap. 1, 14). Para eso envía el Espíritu de sabiduría, que se traslada por ellas a las almas santas, constituyendo amigos de Dios y profetas; y así, siendo uno, todo lo puede, y permaneciendo el mismo todo lo renueva. Y de este modo es como las sana, pues sólo por la sabiduría sanaron cuantos agradaron a Dios. (Sap., 7, 27; 9, 19).

Mas quien no procure vivir bien desprendido de todo lo que no es Dios, y bien adherido a El, rogándole siempre que nos llene del conocimiento de su santísima voluntad, en toda sabiduría y entendimiento espiritual, para proceder de una manera digna, complaciéndole en todo, fructificando en toda suerte de buenas obras y creciendo en ciencia de Dios (Col. 19 10), fácilmente se pegará a miles de cosas que reputará «sagradas» porque algún día fueron quizá de mucha utilidad, pero que hoy, a manera de «odres viejos», para nada valen sino para echar a perder o derramar el «vino nuevo» que allí se vaya a encerrar (Marc. 2, 22; Luc. 5, 37).

Hay, por ej., doctrinas que parecen buenas, y que a falta de otras pudieron y aun debieron por algún tiempo aplicarse, como la medicina antigua, pero que luego tuvieron que irse reemplazando por otras mejores, y así vinieron a quedar echadas para siempre en olvido: son las opiniones humanas que con el tiempo se borran,

mientras «la verdad de Dios permanece eternamente».—Así hay también prácticas, instituciones, procedimientos y miles de cosas de este siglo que en su hora ofrecen sus ventajas y pueden entre tanto santificarse empleándolas bien para gloria de Dios y sacando de ellas el mejor partido, como de «*carrozas de Faraón*» puestas a servicio del Rey celestial y arrastradas por su brillante caballería.—Mas no por eso quedan para siempre «consagradas»; y así el día que no valgan, o resulten menos útiles que otras de nuevo fabricadas por los mismos hijos de este siglo, que tan prudentes suelen ser en sus cosas (*Luc. 16, 8*), debemos reemplazarlas por las más ventajosas o abandonarlas por completo para que la regia caballería corra más ligera.

Así, el entendido en los misterios del reino celestial, no vive adherido sino a la voluntad divina, y para mejor cumplirla sabe sacar oportunamente de sus tesoros *lo nuevo y lo viejo* (*Mt. 13, 52*).

De este modo los hombres de Dios, viviendo totalmente desprendidos de sí mismos, saben hacerse fácilmente «todo para todos»; y viviendo aun más desprendidos de todo lo caduco, es como llegan a ser los grandes «hombres de su tiempo».

Este portentoso descubrimiento de la inestimable *margarita preciosa* y del *tesoro escondido*, que tan maravillosamente nos enriquecen...; esta venturosa conquista del *Reino de Dios oculto en los corazones...*, este vivir del *hombre interior*, del *hombre espiritual o renovado en el espíritu*, este cielo anticipado que a todos se ofrece y a que todos—y mucho más las almas consagradas a Dios y las asociadas en una Tercera Orden—, deberíamos aspirar muy de veras, «pidiendo, llamando y buscando» (*Mt. 7, 7-11*), es en sustancia lo que se llama *vida mística*.

Así comprenderemos con cuánta razón dice el Padre Weiss, que la Mística es para todos, y que nadie puede desentenderse de aspirar a ella, sin olvidar sus deberes cristianos, puesto que en ella está la plena expansión y la verdadera perfección de la vida cristiana, a que todos debemos tender para ser fieles hijos de Dios y no

cobardes imitadores del siervo perezoso, que dejan sepultados sus divinos talentos.—Pues cultivando bien las gracias recibidas en el bautismo, y procurando, como nos lo encarga el Apóstol (II Cor. 6, 1), que nunca estén ociosas—o sea, cooperando a ellas con toda fidelidad y diligencia—, llegará un momento en que los siete dones allí recibidos alcancen el debido desarrollo y las convenientes disposiciones para poder funcionar con normalidad. Y con ellos entrarán también en pleno ejercicio los *sentidos espirituales*; y de este modo es como, según queda dicho, se alcanzará la madurez y perfección deseadas.

En efecto, con el influjo de los dones es como se ordena la misma caridad, para poder amar a Dios tal como El lo manda, «con todo el corazón y toda el alma y toda la mente y todas las fuerzas, y al prójimo como a nosotros mismos»: con lo cual todas las virtudes adquieren la madurez y sazón necesarias para que sus actos merezcan el nombre de verdaderos *frutos del E. S.*

Entonces, sentada ya el alma a la sombra del Deseado, nota con sorpresa cuán dulces son para su garganta aquellos productos de la Cruz, cuya cáscara tan amarga parecía al paladar aún no sano. Y cuando tales frutos sean ya no sólo bien maduros sino tan copiosos y permanentes que nunca falten y siempre puedan recogerse en abundancia, constituyen al alma que los produce en un estado de felicidad incipiente que, según el fruto de vida que predomine, llevará el nombre de tal o cual bienaventuranza.

Cada alma así será entonces como aquel *árbol de la vida, plantado en la plaza de la mística Ciudad, junto al Río del agua de la vida que fluye del trono de Dios y del Cordero*, el cual árbol va dando «doce frutos, uno cada mes, y sus mismas hojas son salud de las gentes» (*Apoc. 22, 2*)... Todo en ellas es hermoso y edificante, todo es propio para sanar corazones y ganarlos para Dios.

Así se dice del alma santa en los *Cantares* (4, 13, 15): *Cuanto de ti procede es un paraíso... Fuente de huer-  
tos eres, pozo de aguas vivas que fluyen con impetu  
del Libano...*—Y así la misma alma podrá luego decir

al Divino Esposo: *En nuestras puertas hay toda suerte de frutas: nuevas y añejas, Amado mío, las guardé para Ti (Cant. 7, 13).*

¡A este cúmulo de felicidad es llamada toda alma cristiana! A tan sublimes alturas podríamos llegar todos, sin más trabajos que los que tenemos, y aun sin necesidad, quizá, de hacer otras cosas más que esas mismísimas que hacemos a remolque, de mala gana, «porque no digan» o por otras miras rastreras, si en vez de hacerlas como por cumplir, procuráramos de veras hacerlas bien y alegremente por amor de Dios, que quiere que así con alegría y diligencia le sirvamos. De este modo, con lo mismo que nos haya tocado hacer o sufrir, cultivando bien todos los talentos recibidos, trabajando en nuestros oficios con la amorosa y tranquila diligencia de los que en todo buscan a Dios, y sin la inquieta solicitud de los apegados a sí mismos y a lo terreno y pasajero, en mucha paz y paciencia recogeríamos para la eternidad copiosísimos frutos, si a la vez en nuestro interior procedemos con toda fidelidad y rectitud de intención, procurando atender siempre a lo que a N. S. es más grato, evitando cuanto le desagrada, hasta la menor palabra ociosa, pues sabemos que hasta de esa voz perdida se nos ha de pedir cuenta; y cuidando de arrullar a su Amor con tiernos afectos, o como dice el Apóstol (*Col. 3, 16*): *Enseñándonos y amonestándonos a nosotros mismos con salmos, himnos y cánticos espirituales con gracia cantando a Dios en nuestros corazones».*

De este modo *tendríamos nuestra conversación en los cielos (Phil. 3, 20)*, y llevaríamos una vida tan feliz y alegre como santa y fructuosa, procurando, aun en medio de los mayores quehaceres y de las dificultades y contrariedades, andar siempre en la divina presencia y los ojos del corazón puestos en el Señor, para conversar de continuo con El, consultárselo todo, pedirle luz y auxilios y darle gracias y amarle con toda el alma, cumpliendo así fielmente con el primer precepto y con el correspondiente de *orar sin interrupción (Luc. 18, 1; 21, 36; I Thes. 5, 17)*.—De esta suerte, con la bendi-

ción del Divino Legislador, iríamos cada día poniendo en nuestro corazón nuevas escalas de santos deseos para ir subiendo de virtud en virtud, hasta ver a Dios en la cumbre de su Monte Santo (*Ps.* 83, 6 8), donde se goce ya esa anticipada gloria de la vida mística, prometida en las bienaventuranzas.

Entonces sí que veríamos por experiencia cómo *buscando ante todo el reino de Dios y su justicia, nos viene todo lo demás por añadidura*.—Y así, gobernados por el mismo Señor de todo, nada podrá faltarnos de cuanto nos sea menester (*Ps.* 22, 1), pues dice el Salmista que nunca vió al justo abandonado ni a sus hijos buscando pan (*Ps.* 36, 25).

Y si llegamos a renunciarlo todo efectivamente por amor de Él, se compromete a darnos en esta misma vida el ciento por uno (*Mt.* 19, 29), con que podamos «deleitarnos en la abundancia de la casa de Dios», y repartir sus tesoros haciendo bien a todos, a semejanza de la Sulamitis (*Cant.* 7, 2), de cuyas entrañas se dice que son *un montón de trigo cercado de azucenas*, con que logra remediar a tantísimos necesitados, preservándolos a la vez del corrompido ambiente mundano.

---

---

## CAPITULO II

---

### El camino de la santidad (1).

Haec dicit Dominus: *State super vias, et videte, et interrogate de semitis antiquis, quae sit via bona, et ambulate in ea: et inuenietis refrigerium animabus vestris.*—Jerem., 6, 16.

En nuestra obra *Cuestiones místicas* hemos procurado examinar despacio las sendas tradicionales que a la verdadera perfección y santidad conducen; y hemos visto cómo todas ellas se reducian a una sola, la *vía santa, recta e inmaculada* (Is., 35, 8) del fiel seguimiento de Cristo, entrando por la *angosta puerta* de la abnegación y abrazando con amor la propia cruz, para que puedan lograr nuestras almas el prometido descanso siguiendo esa única y tan poco frecuentada *senda estrecha que conduce a la vida* (Mt., 7, 14; 11; 29).

Y vimos ya también que mientras no se logre hallar ese místico reposo, y no se sienta el *refrigerio* de la sombra de la cruz, o sea la dulzura de los doce frutos del divino Espíritu (Cant., 2, 3), y no se goce de aquellas bienaventuranzas que (por ser a lo que se ordenan toda la vida y toda la doctrina cristiana) están al frente de la ley evangélica (2), distaremos mucho de ser cristianos perfectos y de la santidad que por el Bautismo y la Confirmación profesamos.

(1) Cf. *La Ciencia Tomista*, Marzo y Mayo 1918.

(2) S. Thomas, *in Mt.*, 5.

### I.— La verdadera perfección cristiana implica vida mística.

Dijimos y sostenemos como punto de capital importancia, y desgraciadamente muy olvidado, que esta santidad y perfección, a que todos debemos aspirar, están en la vida mística, o sea en la plena expansión de las gracias en dichos Sacramentos recibidas, cuando ya nos permiten proceder de un modo sobrehumano y divino, como propio de hijos de Dios, movidos de su mismo Espíritu (*Rom.*, 8, 14); que no pueden hallarse en la ascética, en que se procede aún habitualmente de un modo bajo y rastrero, como puramente humano; y que, por tanto, esta última manera de vida es la propia de principiantes (*I Cor.*, 3, 1-3), y así se ordena toda a la mística, propia de los perfectos, y aun de los aprovechados, que ya tienen más o menos ejercitados sus sentidos. Por lo mismo, no hay dos vías separadas, capaces de llevar a la plena perfección y santidad, como tampoco hay dos maneras de santidad y perfección en el cristiano, una divina y otra humana,—o como si dijéramos, una aristócrata y otra vulgar—sino una sola, aunque con diversos grados, que consiste en «ser santos y perfectos como nuestro Padre celestial», a imitación de su Unigénito, «resplandor de su gloria y figura de su substancia» y nuestro Modelo, a quien en todo debemos procurar amoldarnos y configurarnos, «despojándonos del hombre viejo y vistiéndonos del nuevo» (*Col.*, 3, 9-10), creado en santidad verdadera (*Eph.*, 4, 24), para poder proceder siempre como «hijos de la luz, cuyos frutos consistan en toda bondad, justicia y verdad, conociendo y cumpliendo el divino beneplácito». (*Eph.*, 5, 8-10).

Para eso hay que tener siempre *nuestra conversación en los Cielos* (*Phil.*, 3, 20); y así todos nosotros, contemplando a cara descubierta la gloria de nuestro Señor, nos transformaremos en su divina imagen de claridad en claridad, como movidos de su mismo Espíritu (*II Cor.*, 3, 18).

Sin esto nadie podrá ser tenido en realidad de ver-

dad por perfecto cristiano: «*Perfectus autem omnis erit, si sit sicut Magister ejus (Luc., 6, 40)*: Perfecto cristiano es sólo aquel que es como su divino Maestro»: el cual es el *Místico* por excelencia, que en todo y siempre estuvo lleno, animado, poseído y dirigido del divino Espíritu, y pudo en todo rigor aplicarse el *Spiritus Domini super me (Is., 61, 1; Lc. 4, 18)*.

Tal es la única *vía buena* que debemos procurar seguir en todo para poder hallar nuestro refrigerio y descanso; la única por donde podemos llegar a la unión con Dios, en que está indiscutiblemente nuestro fin y, por tanto, nuestra perfección. Hay que conformarnos e identificarnos, en lo posible, con Aquel que dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por Mi (Joan., 14, 6)*. Y de este nuestro divino Modelo se lee tantas veces cómo era movido del Espíritu Santo: *agebatur a Spiritu (Lc., 4, 1)*; *ductus est... a Spiritu (Mt., 4, 1; cf. 12, 28; Act., 10, 38)*; que es lo característico de la *vida mística* y de los que proceden como *hijos de Dios (Rom., 8, 14)*.

Esa unicidad de la *vía santa* es, podemos decir, unánimemente enseñada por todos los antiguos y grandes maestros de espíritu, conforme lo van reconociendo muchísimos y muy competentes sacerdotes y religiosos de distintas órdenes y naciones, que de ello dan testimonio, convencidos con «datos abrumadores», según dice *L' Ami du Clergé* (2 Août, 1923), a pesar de haberse hallado algún tiempo más o menos influídos de la opinión contraria; la cual—como inventada en la Edad Moderna, con motivo de los errores de los alumbrados y quietistas,—por todas partes va siendo ya felizmente desechada y quedando desacreditada como invención insubsistente, que no ha servido sino para ofuscar la verdad y desconcertar a no pocas almas devotas.

Sin embargo, entre otros varios, aún la han defendido últimamente dos autores competentísimos, si bien en una forma tan moderada, que bien podría tolerarse, si no fuera que abre—o deja abierta—en la unicidad de la *vía santa* una brecha que podría resultar fatal, como favorable a esa triste propensión que tenemos a querer entrar por una puerta menos angosta y seguir una *vía*

más cómoda y no tan estrecha como la única que lleva a la verdadera santidad y a la perfección del cristiano.

Esos dos autores son los RR. PP. Naval y Villada; éste, en dos interesantes artículos publicado en *Razón y Fe* (Enero y Febrero, 1918), con el título: «¿Es necesaria la contemplación infusa para la perfección cristiana?»; y aquél en la 2.<sup>a</sup> edición de su compendioso *Curso de Ascética y Mística*, donde acentúa, en vez de atenuar, la separación que antes había señalado en esas dos maneras de vidas y de vías, diciendo (núm. 21), que ambas tienen sus tres grados de *principiantes*, *aprovechados* y *perfectos*, y que los de la última «pertenecen a otra esfera *muy distinta*» de los de la ascética: cuando en la primera edición decía: «pertenecen a una esfera *muy elevada sobre los de ésta...* Allí donde terminan los grados ascéticos empiezan los místicos». Ahora esta segunda afirmación no la suprime, pero le quita esa forma absoluta, anteponiéndole esta limitación: «*Por lo común, allí donde terminan...*», etc.

De suerte que, según él, en general o, a lo menos, por lo común, los que ya llegaron al grado de *perfectos* en ascética apenas valen para *principiantes* en mística; y así tienen que recorrer como de nuevo las tres fases de la vida espiritual, empezando por la de verdaderos *parvulos en Cristo*,—con lo que vendrán a resultar *¡seis fases!...* o «*vías*» progresivas, en vez de las *tres* señaladas por toda la tradición... ¿Qué *perfección* será, pues, aquella en que aún falta tantísimo o casi todo por ganar y por *perfeccionar?*... De seguro que quienes con ella se contenten no ofrecerán muchas probabilidades de pasar en un proceso de beatificación. Por eso, sin duda, tiene el piadoso autor el buen acierto de «reconocer en la contemplación infusa un excelente y eficaz medio para llegar a la perfección más encumbrada» (núm. 219). Pero se equivoca mucho al añadir que, así y todo, «no es necesaria para la santidad y que *es posible* obtener mayor gracia y virtud por los *trámites ordinarios de la ascética* que por los *extraordinarios de la mística*, bien que de hecho tal vez sea lo *más común* que los verdaderos santos anden por esta segunda vía».—Luego, por de pronto, si estos trámites son en

ellos los *más comunes*, malamente los llama *extraordinarios*. Y si, al menos «por lo común», están muy por encima, o no empiezan hasta terminar los ascéticos, no se concibe cómo pueda nadie, sin llegar a ellos, «obtener mayor gracia y virtud». Estas se obtienen muy principalmente con la oración; la cual, según declara él mismo (núm. 18), «nos acerca a Dios». Y «en las almas que van por las vías místicas—añade—la oración es *mucho más elevada* que en las de los caminos ordinarios».

Estas incoherencias y otras muchas en autor tan claro y metódico prueban muy bien lo infundado de esa separación de vías.

El P. Villada estudia y resume la doctrina de Suárez sobre la perfección, queriendo valerse de ella para conciliar, «en lo substancial, los autores, con distinguir diversos grados en la perfección cristiana y entre medio ordinario o más ordinario y absoluto o indispensable de perfección» (Febrero, pág. 180).

De ésta dice con el Eximio, y en contra de toda la escuela tomista, que *formaliter* está, no en el *acto*, sino en la *potencia*, o sea en el hábito de la caridad; consistiendo en «una disposición estable, con la que el hombre como connaturalmente ama a Dios a sus tiempos determinados y en los otros practique otras obras de virtud, evitando siempre, cuanto lo sufre la fragilidad de esta vida, todos los pecados, aun los más pequeños».

Con poco se contenta, pues, el sabio y piadoso Jesuita: una disposición así de seguro que la mayoría de los autores verdaderamente *espirituales*, a empezar por San Juan de la Cruz (*Noche*, I, c. 1-6), no repararán en reclamarla, no ya de los verdaderamente *aprovechados*, sino también de los buenos *principiantes*. Pues mientras no traten muy en serio de evitar todo *pecado* advertido, por mínimo que sea, y aun, en lo posible, los inadvertidos, no saldrán de la fase o estadio que se llama *vía purgativa*, que es la propia de ellos; para la *iluminativa*, propia de los *aprovechados*, y sobre todo para la *unitiva*, que corresponde a los *perfectos*, se necesita evitar con esa diligencia aun las menores *imperfecciones* y practicar la caridad, no sólo «a sus tiem-

pos», que no sabemos cuáles son, sino como *de continuo*, con un *actual amor* que *no desfallece*, ni aun durante el sueño, pero que hace *desfallecer* y obliga al alma a ser sostenida y confortada con flores y manzanas (*Cant.*, 2, 5; 5, 2; 8, 6-7), o sea con virtudes y obras heroicas y con un espíritu de oración no interrumpida (1).

Una manera de *perfección* así, tan cómoda como esa definida por Suárez, no costará quizá mucho trabajo encasillarla en la ascética. Lo que no será tan fácil (según el mismo docto P. Villada vino luego a indicar), es hacerla servir en un proceso de canonización o beatificación, donde sólo pasan los modelos auténticos de verdadera *perfección cristiana*. Con semejante definición acaso pueda ser compatible, aunque no con la realidad, esta chocante afirmación (pág. 174): «Un imperfecto puede tener mayor gracia habitual, y por tanto, *mayor santidad* esencial que un perfecto»: ¡cómo si los grados de santidad y perfección no correspondieran a los de la caridad! Lo cual basta para demostrar que semejante manera de «perfección» suareziana no es ni siquiera como la que podríamos atribuir a un *imperfecto*, que no pasa de tal, y sólo podrá bastarnos para merecer el nombre de *buenos*, sí, pero *imperfectísimos*.

Como *conclusiones* asienta, entre otras, éstas (págs. 181-2): 4. Para alcanzar la *perfección* «no se requiere como medio indispensable la contemplación infusa; bastan los medios ascéticos. 5. La contemplación infusa es medio de perfección y de suyo más suave, eficaz y perfecto que el de la meditación... Por tanto, *de suyo* y más ordinariamente *llevará a más alta perfección*. 6. Para la *perfección heroica* que admiramos en los santos o siervos de Dios *canonizables*, aunque en absoluto tampoco es necesaria la contemplación mística, dada su naturaleza y la *providencia ordinaria* de Dios nuestro Señor, se puede y debe decir en cierto sentido *moralmente necesaria*. 7. Los que han alcanzado la *perfección ordinaria* en grado más o menos alto (es decir, los *buenos principiantes* o *aprovechados*), por regla general,

(1) I *Thes.*, 5, 17; *Eph.*, 6, 19; *Col.*, 4, 2; *Luc.*, 18, 1; 21, 36; *Zach.*, 12, 10; *Ecclí.* 18, 22; *Ps.* 33, 2.

o más ordinariamente llegarán a gozar de la mística contemplación y como habitualmente. 9. ...No siendo la contemplación infusa medio necesario de la perfección ni término normal absoluto de la vida espiritual, sino sólo *ordinario* o *más ordinario*..., sin ella puede (uno) ser perfecto y alcanzar con los medios generales de la ascética una muy alta perfección y merecer más tal vez que con la contemplación susodicha».

Y termina, por fin, el P. Villada con estas famosas palabras de Rodríguez: «No consiste la santidad en tener don de oración, sino en hacer la voluntad de Dios».

En resumen: la contemplación, o sea la vida mística, es sólo *moralmente necesaria* para la verdadera perfección y santidad; pero ésta, en absoluto, por una especie de milagro, o por providencia extraordinaria, podría lograrse sin ella.

\*\*\*

Tenemos, por de pronto, que como nadie debe aspirar, según sentencia común, a lo *extraordinario* y *milagroso*, todos debemos procurar llegar a la santidad por la vía mística, como la *ordinaria* o *más ordinaria*, y hacia ella hemos de conducir también a los demás, animándolos y disponiéndolos en lo posible, en vez de ahuyentarlos y amedrentarlos, como tan insensatamente se solía venir haciendo y se hace aún con falsos pretextos de humildad por innumerables *ciegos conductores de ciegos*,—que *teniendo en sus manos la llave del Reino, ni entran ellos ni dejan entrar a los demás* (*Mt.*, 15, 14; *Luc.*, 11, 52).

Una declaración así, hecha por persona tan autorizada, no podrá menos de influir poderosamente en hacer que desaparezca esa tan lamentable rutina de los «espantadizos» directores vulgares, que nunca suelen alarmarse tanto como cuando les parece ver a un alma en *peligro* de entrar en íntima comunicación con Dios...

Prácticamente esa doctrina apenas parece diferir de la nuestra. Pero así y todo, como dijimos, se abre con ella en la teoría una brecha peligrosa, y tanto más de temer cuanto más mesurados, competentes y dignos de

todo respeto son sus autores; se admite la posibilidad, y aun la realidad, aunque rara, de otras maneras de santidad y perfección muy a la moderna, que se alcanzan con nuestra industria y con nuestros esfuerzos y puños, sin la plena subordinación al Espíritu Santo y sin el normal ejercicio de sus dones, que son, como veremos, los que dan la verdadera perfección a todas las virtudes y nos ponen en condición de ser santos de veras. Así, creemos oportuno, y aún necesario, insistir sobre lo dicho en la cuarta *Cuestión mística*, examinando aquí brevemente las condiciones de la verdadera santidad y perfección y confirmando nuestra doctrina con textos irrecusables de los mayores teólogos y maestros de espíritu.

## II.—La perfección cristiana y el ejercicio de los dones del Espíritu Santo.

Sostenemos cada vez con mayor convicción, y estamos dispuestos a defender enérgicamente, mientras Dios nos dé fuerzas, la conclusión siguiente:

*La plena perfección cristiana, cual es posible a viadores y cual se requiere para la canonización o beatificación de un siervo de Dios, implica el ejercicio de los dones del Espíritu Santo y de los sentidos espirituales,—y por tanto, la verdadera vida mística, y de ningún modo puede lograrse con sólo la ascética.*

Sólo puede, en efecto, decirse que una cosa es *perfecta* según su condición, cuando ya está verdaderamente «*acabada*»—*acabada de hacer, acabada de formar, acabada de desarrollar*—; cuando ya no le falta nada de cuanto le pertenece. Si algo le falta aún, será todavía, por necesidad, imperfecta. *Perfecto*—dice repetidas veces Santo Tomás—es sólo aquello *cui nihil deest*.

Esto supone el desarrollo completo de todas las facultades y virtualidades latentes recibidas con el sér, y, por lo tanto, cierta consecución real del fin a que está ordenado. Así, no podemos decir que una planta es perfecta mientras no se haya desarrollado lo suficien-

te para ostentar su forma adulta con la correspondiente hermosura y producir ya flores y aun frutos maduros. Por lo mismo, será *perfecto* un cristiano cuando ya dista mucho de ser *neófito*, cuando todas sus facultades recibidas con la vida espiritual y todas las virtualidades aún latentes en la tierna planta recién injertada en Cristo, se han desarrollado y expansionado lo suficiente para poder producir y ostentar ciertas flores tales de virtud *heróica* o *divina*, cuales para la beatificación se requieren, y que, por lo mismo, puedan mirarse como *frutos de honor y de honestidad*, como lo son los de la mística sabiduría (*Eccli.*, 24, 23), o los del árbol de la vida (*Apoc.*, 22, 2), que está siempre produciendo los doce del Espíritu Santo, y de tal modo vive y prospera, que todo su porte exterior edifica, siendo sus mismas hojas «salud de las gentes». Mas para eso necesita estar plantado al margen del *Río del agua de la vida*, que eternamente fluye del trono de Dios y del Cordero; es decir, tiene que estar del todo animado y poseído del divino Espíritu y enriquecido de sus dones; y así, no sólo produce sus doce *frutos* dulcísimos, sino que goza ya de cierta *bienaventuranza* incoada (1), viviendo unido a Dios y gozándolo como último fin; y así el ejercicio propio de los perfectos es: *Deo adhaerere, et frui* (S. Th. 2-2, q. 24, a. 9).

El que está aún del todo *informe*, o a *medio formar*, o *por acabar*; a quien todavía le falta algo por cultivar, por desarrollar, por ejercitar; quien, por bien que aparente vivir, tiene aún sus mejores talentos incultos, y, por lo mismo, no puede producir maduros frutos de santidad y justicia, es *esencialmente imperfecto*; pues no sólo *le falta algo* y mucho y de lo mejor; sino precisamente algo *esencial*, consistiendo la esencia de la perfección, según dice Santo Tomás (*In Hebr.*, 5, 14),

(1) «Ad finem beatitudinis movetur aliquis et appropinquat... praecipue per operationes donorum». Santo Tomás, 1-2, q. 69, a. 1; cfr. ib. q. 68, a. 4, ad. 3, et. q. 70; *in Gal.*, V, lect. 6.

«Beatitudo dicit quid excellentissimum et gradum heroicum in actu virtutis... quia licet universus actus virtutis sit meritorius, non tamen facit certam spem beatitudinis: hanc solam generat actus egregius et heroicus, quem qui habet, regulariter in gratia moritur». MEDINA, in 1-2, q. 69, a. 4.

precisamente en *ejercitar* y tener bien *ejercitados* nuestros espirituales sentidos; y lo esencial a una cosa nunca—ni por providencia extraordinaria—puede faltarle sin faltar esa cosa misma. Ni de la manera más elástica y relativa, ni de ningún modo, podemos con verdad decir que es *varón perfecto* un imbécil, por bien formado que sea, o un niño sin llegar al uso de la razón. En el ejercicio de ésta puede haber, sí, muchos grados de perfección relativa; pero sin ningún ejercicio y sin el correspondiente desarrollo de las demás facultades, es del todo imposible, ni aun por milagro, la humana perfección.

Pues lo mismo, respectivamente, y con mayor razón, según el Angélico Doctor (1), se debe decir de la *perfección cristiana* del hombre. Esta, como el mismo P. Naval (núm. 13) dice muy bien, «no es más que el *completo desarrollo de su vida espiritual*».

Si, pues, no es más que eso, sin eso jamás podrá hallarse. Si algo falta a ese desarrollo, y si precisamente lo que falta por desarrollar es lo mejor y más precioso que en esa vida tenemos, toda la manera de perfección que nos queramos atribuir es ficticia e ilusoria; y tal sería la puramente *ascética*. Porque, en efecto, para que esa definición, que es muy verdadera y exacta, se pueda aplicar sin mentira; para que podamos merecer de algún modo el nombre de *cristianos perfectos*, aun en sentido muy relativo, hay, por necesidad, que tener suficientemente cultivadas y desarrolladas todas las facultades sobrenaturales que hemos recibido con la vida de la gracia en el Bautismo y se nos han corroborado en la Confirmación para poder ejercitarlas a sus debidos

(1) Si es cierto que la naturaleza de suyo tiende a su perfección, mucho más tiende a su plena expansión la divina gracia, según dice Sto. Tomás (3.<sup>a</sup> P. q. 72, a. 8): «Hoc autem est de intentione naturae, ut *omnis* qui corporaliter nascitur, ad *perfectam aetatem* perveniat; sed hoc quandoque impeditur propter corruptibilitatem corporis, quod morte praeventur. *Multo autem magis de intentione Dei est omnia ad perfectionem perduere, ex cuius imitatione hoc natura participat.* Unde et (Deut. 32) dicitur: *Dei perfecta sunt opera.* Anima autem, ad quam pertinet et *spiritualis nativitas* et *spiritualis aetatis perfectio*, immortalis est; et potest sicut tempore senectutis *spiritualem nativitatem* consequi, *ita tempore juventutis vel pueritiae consequi perfectam aetatem*, quia *hujusmodi corporales aetates animae non praejudicant.*

tiempos y glorificar a Dios con ellas, de modo que no resulten en nosotros vanas sus gracias; porque entonces sólo mereceremos ser castigados como el siervo perezoso, lejos de ser mirados como perfectos.

Ahora bien, entre esas facultades figuran las virtudes infusas—que nos hacen proceder conforme a la recta razón cristiana, pero solamente al *modo humano*, que es lo propio de la ascética—, y los dones del Espíritu Santo, mediante los cuales nos hacemos hábiles para seguir la divina moción e inspiración (1) y proceder, por tanto, de un modo pasivo, pero *sobrehumano* y divino, propio de los fieles hijos de Dios, o sea de las almas verdaderamente *espirituales* y perfectas, que proceden no según la carne, ni *secundum hominem*, sino según el espíritu, o *secundum Deum* (2). Y tal es el modo característico de la vida mística.

Por tanto, decir que sin ésta podemos ser perfectos cristianos, resulta no menos absurdo que el tener por hombre perfecto a un niño sin el uso de la razón.

Y de niños de pecho, de pequeñuelos, de *carnales*, por contraposición a *espirituales*, trata siempre el Apóstol a los cristianos que proceden aún en casi todo al modo humano, o como *hombres*; y por no tener bien despiertos y ejercitados sus *sentidos* son todavía incapaces de entender el lenguaje de la mística sabiduría, propio de los adultos o espirituales y perfectos.

Así, dice (I Cor., 2, 6, 13) que entre éstos habla él ese lenguaje, por ser el que les conviene; y como a almas poseídas del divino Espíritu, que los dirige y gobierna, ilustrando sus inteligencias e inflamando sus corazones con luces y amor infusos, puede hablarles, no

(1) «Dona Spiritus Sancti sunt quidam habitus, quibus homo perficitur ad prompte obediendum Spiritui Sancto». Santo Tomás, 1-2, q. 68, a 3.

(2) «El ejercicio de los dones, dice San Buenaventura (*In 3 Sent.*, d. 34, p. 1, a. 1, q. 3), *promueve al hombre al estado de perfección.*»

«Juntamente con las tres virtudes teologales, dice Rusbroquio (*Reino de los que aman a Dios*, c. 13), se comunica el Espíritu Santo al alma del hombre, como fuente vital que dimana en siete ríos, que son los siete divinos dones con que el alma se adorna, se compone, se ordena y se perfecciona, y con que se guía a la vida eterna.»

al modo humano y de cosas vulgares u ordinarias, sino en verdadero espíritu y de cosas altísimas, dándoles a conocer los maravillosos dones que Dios nos ha comunicado: *Quae loquimur non in doctis humanae sapientiae verbis, sed in doctrina Spiritus, spiritualibus spiritualia comparantes.*

Explicando estas palabras Santo Tomás (*in h. 1., lect. 3*) dice así: «Eosdem autem hic nominat *spirituales* quos supra *perfectos*, quia *per Spiritum Sanctum homines perficiuntur in virtute...* Dupliciter autem dicitur homo *spiritualis*. Uno modo ex parte intellectus, *Spiritu Dei illustrante*. Et secundum hoc in Glosa dicitur quod *homo spiritualis est qui Spiritu Dei subiectus certissime ac fideliter spiritualia cognoscit*. Alio modo ex parte voluntatis, *Spiritu Dei inflammante*; et hoc modo dicitur in Glosa quod *spiritualis vita est, qua Spiritum Dei habens rectorem, animam regit.*»

Así el *espiritual* está verdaderamente poseído del divino Espíritu, con cuyos dones se perfecciona en la virtud, conoce con seguridad las cosas y juzga de todo con acierto; lo cual supone un alto estado místico, donde abundan las luces y gracias infusas. Y donde éstas falten, faltará aún mucho para la perfección cristiana y para la verdadera «espiritualidad».

«Apostolus—prosigue—hic dicit quod *spiritualis iudicat omnia*, quia scilicet homo habens intellectum illustratum et affectum ordinatum per Spiritum Sanctum de singulis quae pertinent ad salutem, rectum iudicium habet. Ille autem *qui non est spiritualis habet etiam intellectum obscuratum et affectum inordinatum* circa spiritualia bona: et ideo *ab homine non spirituali spiritualis homo iudicari non potest*, sicut nec vigilans a dormiente.»

Esa verdadera espiritualidad la da el don de sabiduría, en que van incluidos los sentidos espirituales. Y así, añade: «*Nos autem, scilicet spirituales viri, sensum Christi habemus, id est recipimus in nobis sapientiam Christi ad iudicandum.*»

Sin esta divina sabiduría nuestros juicios serán muy engañosos, nuestros pensamientos y afectos muy bajos y nuestros esfuerzos muy débiles para subir a la cum-

bre de la perfección. «Arduum quippe virtutis est iter—dice San Lorenzo Justiniano—(*De Casto Connubio*, cap. 12), et *sublime perfectionis ipsius fastigium*. Facile in eo languet animus et resilit ab eo nisi virtutis irrigetur dulcedine, devotione nutriatur, trahatur amore, et *sapientiae gustu reficiatur*. Nam sapientia divinus est gustus accommodatus animae ad *perficiendam fidem, roborandam spem, infundendum vigorem*, appropinquandum Deo, laudandum Deum, et si expediat, intrepide moriendum pro Deo. Cum enim sapientia intrat ad cor, fugantur tenebrae, abscedit tristitia, castificatur amor, sanctificatur timor, exultat spiritus, viget animus, cor accenditur, replentur viscera, illuminatur ratio, erigitur mens, et totius interioris hominis reformatur aspectus. In sapientiae namque lumine, in Verbi splendorem animae species *reformatur et conformatur eidem*».

Por eso nos advierte el mismo Apóstol que si vivimos del Espíritu Santo, como viven todos los que están en su gracia, debemos procurar vivir según él, o sea místicamente: *Si Spiritu vivimus, Spiritu et ambulamus* (*Gal.*, 5, 25). De lo contrario, permaneceremos siempre imperfectísimos, sujetos a miles de miserias humanas, que se infiltran con el modo humano, tales como los pensamientos de vanagloria y de envidias, contra los cuales a continuación nos pone en guardia (*Ib.*, 26).

Los *adultos en Cristo*, los *perfectos*, los *espirituales*—dice Santo Tomás (*in Joan.*, 3),—participan de las propiedades del mismo Espíritu Santo, y así es como son ya santos de veras; y por eso no se mueven según su propio arbitrio humano, sino según la moción e inspiración divina (*in Rom.*, 8, 14). Así proceden y son tratados como hijos de Dios: y tal nombre llevan felizmente como hombres *pacíficos* que han encontrado ya su ansiado reposo y gozan de la dulzura de los doce frutos del divino Espíritu y de la incoada felicidad de las bienaventuranzas.

Entonces seremos *perfectos* cuando seamos *hombres de Dios*, es decir: cuando, instruídos y habilitados por el mismo Espíritu Santo, amándole a El con toda el

alma y al prójimo como a nosotros mismos, prospere-  
mos ya y florezcamos en toda suerte de buenas obras (1),  
y por esto gozemos ya más o menos de las ocho Bien-  
aventuranzas, en que está realmente la perfección de  
las virtudes (2), y así mostremos haber alcanzado ya  
de algún modo nuestro último fin y, por tanto, la *feli-  
cidad* y perfección que en esta vida caben; las cuales  
consisten realmente en participar más y más en la tie-  
rra de aquello mismo que en su plenisima expansión he-  
mos de poseer y gozar en el Cielo (3).

Así son dichosos los pobres de espíritu, porque me-  
recen que el Espíritu del Señor venga a reinar en ellos;  
con lo cual empiezan ya a gozar del Reino prometido.  
Y los que tienen bien purificados los ojos del corazón  
empiezan a ver a Dios de una manera portentosa, le-  
vantados en alta contemplación; y esta vista es una an-  
ticipación o iniciación del mismo premio eterno, *mere-  
cido de condigno* (4).

(1) «Non potest homo esse *perfectus*, nisi sit *homo Dei*. *Perfectum enim est cui nihil deest*. Tunc ergo homo est *perfectus* quando est *instructus*, id est, paratus ad omne opus bonum, non solum ad ea quae sunt de necessitate salutis, sed etiam ad ea quae sunt supererogationis. *Bonum autem facientes non deficiamus* (Gal., 5). S. Thom., in 2 Tim., 3, 17.

(2) S. Th., 2 2, q. 19, a. 12, ad. 1.

(3) «Dicuntur beatitudines, quia sunt veluti quaedam vitae beatæ inchoationes et praegustationes: hic quodammodo possident regnum, et illo fruuntur». Medina, in 1-2, q. 69, a. 4.

(4) «Ea quae in beatitudinibus tanguntur tanquam *merita*, sunt quaedam praeparationes vel dispositiones ad beatitudinem vel perfectam vel inchoatam; ea vero quae ponuntur tanquam *praemia* possunt esse vel ipsa beatitudo perfecta, et sic pertinent ad futuram vitam; vel aliqua inchoatio beatitudinis, sicut in *viris perfectis*; et sic *praemia pertinent ad praesentem vitam*». Santo Tomás, 1-2, q. 69, a. 2.

Como se ve, el Santo Doctor no distingue en ese mérito, que tiene por premio a la vez la felicidad incoada y la perfecta; y como por lo que a ésta se refiere es indiscutiblemente de *condigno*, lo mismo tiene que ser, pues es idéntico, en lo referente a la incoada, que es también el mismo premio de la vida eterna, aunque en estado aún imperfecto. Así añade (ad 3): «*Omnia illa praemia*, perfecte quidem *consummabuntur* in vita futura, sed interim etiam in hac vita quodammodo *inchoantur*. Nam regnum coelorum potest intelligi *perfectae sapientiae initium*, secundum quod incipit in eis Spiritus regnare... In hac etiam vita purgato oculo per donum intellectus, Deus quodammodo videri potest».

En esta vista no interrumpida, y con la fruición que de ella resulta, consiste la vida y felicidad eternas (*Joan.*, 17, 3); y en participar de ellas *actualmente* y lo más posible, —*contemplando a Dios como a cara descubierta*, por el don de inteligencia, y *gustando y viendo cuán suave es*, por el de sabiduría, y amándole con toda el alma y todas las fuerzas, con una caridad ya *bien ordenada*, que no repara en sacrificios—, está, pues, indiscutiblemente, la mayor felicidad, y mayor santidad, y mayor *perfección relativa* que en este mundo se puede tener y a que debemos aspirar (1).—Sin esto, sin participar en nada de las bienaventuranzas, seremos

Todo el proceso de la santificación y cuanto de suyo la favorece, supuesta la primera gracia—añade—(1-2, q. 114, a 8 et 10), cae bajo esa razón de mérito.

«Haec bona quae ex speciali Dei auxilio et providentia conceduntur hominibus justis, ut procedant de virtute in virtutem, donec videatur Deus in Sion, cadunt sub merito de condigno, et sunt enumeranda inter effectus praedestinationis». Medina, *in* 1-2, q. 114, a. 10.

(1) «Cum enim totum et perfectum, dice Santo Tomás (Opusc. 18: *De Perfectione vitae spir.*, c. 4), sit cui nihil deest, ex toto corde, et anima, et fortitudine et mente Deus diligetur, si nihil in his omnibus desit, quim *totum actualiter convertatur in Deum*.» Y por más que esta perfección tan consumada sea propia de los comprensores, a ella, sin embargo, deben procurar acercarse todo lo posible los viadores; y en esto precisamente consistirá su perfección verdadera: «*Ut in similitudinem perfectionis illius, quantum possibile est, nos trahamus; et in hoc perfectio hujus vitae consistit*». (Ib., c. 6).

«Aquel será *perfectamente santo*, dice conforme a esto el padre La Puente (*Perfec. en gener.*, tr. 2, c. 6, § 1), que *exercitare* todas las cosas que manda y aconseja la ley evangélica, *con un modo excelente*, cual se pide en el primero y supremo mandamiento... Y aunque esta perfección no se halla enteramente sino en los bienaventurados, pónese este precepto a todos los mortales para que sepamos el fin altísimo de nuestra vocación, a que *debemos enderezar nuestra intención* y deseo, *procurando acercarnos lo más que pudiéremos a este grado de perfección*».

«Con ser tan alta esta vocación, añade (ib., § 2), es tan grande la excelencia de la vocación cristiana, que *todos* en alguna manera *están obligados a pretenderla*. Cuya primer señal es haber querido Nuestro Señor, como dice Santo Tomás (3.<sup>a</sup> p., q. 72, a. 8), que el sacramento de la Confirmación se diese a todos los bautizados, sin excluir a ninguno, porque... *quería que todos fuesen perfectos*, recibiendo la plenitud del Espíritu, que aquí se comunica; y no se dicen estar llenos cuanto pide la vocación del cristiano, si no tienen *esta perfección tan excelente*».

siempre desventurados, miserables, ciegos, imperfectísimos, por más que presumamos de ricos y aventajados con nuestras industrias puramente ascéticas, sin necesidad de luces y ardores infusos; y no saldremos de nuestra miseria sino comprando, a fuerza de abnegaciones y sacrificios, el oro encendido de la perfecta caridad, que es la bien ordenada, ni lograremos ver la luz verdadera sin ungir nuestros ojos con el *colirio* de la mística sabiduría (*Apoc.*, 3, 17-18); la cual nos enseñará a despreciar lo terreno y vivir una vida celestial.

«Vir itaque sanctus—afirma San Gregorio Magno (*Moral.*, lib. 31, cap. 35)—cum terrena despicit, more se aquilae ad altiora suspendit, et *per contemplationis spiritum sublevatus*, perennem angelorum gloriam praestolatur, atque huic mundo hospes, illa appetendo quae aspicit, jam in sublimibus figitur... Igitur *sancti viri in alta se contemplatione erigunt.*»

Lo mismo viene a decir en substancia repetidas veces San Juan Clímaco, añadiendo ambos que no se logrará triunfar del todo de nuestras concupiscencias, mientras no se llegue a gustar la dulzura de las cosas espirituales.

«No descanséis—encarga, según esto, el beato Susón (*Unión*, II)—hasta llegar, en cuanto lo permite la flaqueza humana, a esa unión eterna de los santos, que es siempre *presente, actual y divina.*»

Ahí está, pues, la perfección verdadera del cristiano.

«*Vida perfecta*—enseña el Venerable Granada (*Amor de Dios*, Pról.)—es estar en la tierra y morar con el espíritu en el Cielo; vivir entre los hombres y conversar con los ángeles». «La condición del *perfecto amor*—añade (*Ib.*, c. 1, § 1)—es tener todos los sentidos en la cosa que ama y estar todo unido y transformado en ella.» «El principal estudio del siervo de Dios ha de ser trabajar todo lo posible por que el ánima esté siempre unida con Dios por oración, *contemplación y actual amor*» (*Ib.*, c. 2).

Por tanto, «*la contemplación sobre esencial*, como pice Rusbroquio (*Adorno de las bodas*, l. 3, c. 1), es *fondo y fin de toda la santidad y de toda la vida perfecta* que puede ejercitarse en este tiempo».

En ella está, en efecto, asegura Dionisio Cartujo (*De Contempl.*, l. 1, a. 1 et 7), la esencia misma de la perfección cristiana, que consiste en estar actualmente unidos a Dios por la contemplación y el amor, a semejanza de los bienaventurados.

«La más alta perfección a que el hombre puede llegar en esta vida—repite, a su vez, con San Buenaventura (1) y el autor del libro *De adhaerendo Deo*, fray Juan de los Angeles (*In Cant.*, 1, 1)—consiste en unirse de manera a Dios que toda su ánima, con sus potencias y fuerzas espirituales recogidas en El, se hagan un espíritu con El, de suerte que ya no se acuerde sino de Dios, ni entienda ni sienta sino a Dios, y todos sus afectos, unidos en el gozo del amor, en sola la fruición del Criador descansen... En ninguna manera se puede llamar al alma deiforme... sino cuando la inteligencia perfectamente es alumbrada según su capacidad para el conocimiento de Dios, que es la suma verdad, y la voluntad perfectamente aficionada y enamorada para amar la suma bondad, y la memoria, plenamente absorbida para mirar, retener y gozar la suma felicidad. Y porque en la consecución perfecta destas cosas consiste la gloria de la bienaventuranza que se perfecciona en la patria, queda claro que *en la perfecta incoación o principio dellas estará la perfección de los viadores.*

»Y aunque es así que todo el conato y fuerza de las virtudes parece que camina y nos lleva a esto, principalmente hace para ello el estudio continuo y perseverante de la oración; y la *perfección de la oración* es cuando el ánima alcanza aquello a lo cual camina orando, y toda desasida de las cosas temporales y inferio-

(1) «Haec est hominis in vita sublimior perfectio, dice el Doctor Seráfico (*De Perfectu Relig.*, l. 2, c. 73): ita inhaerere Deo, ut tota anima, cum omnibus potentiis suis et viribus, in Deum collecta, unus fiat spiritus cum eo, ut nil meminerit nisi Deum, nil sentiat vel intelligat, nisi Deum, et omnes affectus in amoris gaudio uniti, in sola Conditoris fruitione suaviter quiescant... Forma enim animae Deus est, qui debet imprimi sicut sigillo signatum... Unde orationis perfectio est, cum id obtinet anima, ad quod orando tendit, ut tota ab infimis abstracta, solum uniatur divinis: nec volens, nec valens aliud sentire nisi Deum. Ibi vere quiescit anima, ibi deliciatur in splendore lucis, in amoenitate divinae dulcedinis, in securitate pacis».

res, a solas las divinas se une, de manera que *no puede ni quiere sentir más que a Dios*, adonde verdaderamente descansa y se deleita y tiene satisfacción y hartura. Esto pide cuando dice: *Osculetur me osculo oris sui.*»

Tal es la verdadera doctrina tradicional: lo demás es rebajar el ideal de nuestra perfección desde la altura infinita en que el divino Maestro nos lo colocó al decir (*Mt.*, 5, 48): *Sed perfectos como vuestro Padre celestial*, hasta el nivel de una pobre apreciación humana...

### III.—La verdadera santidad y la oración «sobrenatural».

Se nos replicará, por ventura, que «no consiste la santidad en tener el don de oración, sino en hacer la voluntad de Dios».

Y, en efecto, no consiste la perfección, como supone Suárez, en el *hábito*—en *tener el don*—, sino en ese *acto* lo más continuo posible de cumplir en todo y por todo el beneplácito del Padre, a imitación del que dijo (*Joan.*, 8, 29): *Ego quae placita sunt ei facio semper*. Sin procurar parecernos en todo a este Divino Maestro, mal podremos ser perfectos ni santos (*Luc.*, 6, 40).

Mas para poder cumplir bien ese divino beneplácito se requiere, como *medio* indispensable, el don de oración; pues si hemos de hacer la voluntad de Dios, no como quiera, sino tan cabalmente que en realidad vengamos a ser *perfecti et pleni in omni voluntate Dei* (*Col.*, 4, 12), de suerte que podamos decir (*I Joan.*, 3, 22): *Ea quae sunt plácita coram Eo facimus*, necesitamos: 1.º, conocerla bien, y en todo y siempre, y luego recibir las correspondientes luces y fuerzas para acertar a ejecutarla fiel y generosamente, sin vacilaciones ni engaños; para lo cual es indudable que no bastan todas nuestras industrias, ni las simples gracias que nos mantienen en nuestros pobres y rastreros modos y proceder humanos, sino que es menester la continua moción e inspiración del divino Espíritu, que nos conduzca siempre por las vías rectas, y nos enseñe a orar como conviene, procediendo según normas sobrehumanas.

Para eso hay que tener siempre los ojos puestos en el Señor, para ver qué quiere de nosotros, y para que se digne darnos su gracia y preservarnos de todo peligro (*Ps.*, 24, 15: 122, 2), lo cual es imposible sin tener ya en alto grado el espíritu de oración y el don de contemplación, a fin de poder vivir así de continuo en la divina presencia, y siempre dispuestos y hábiles para cumplir *con perfección y plenamente cuanto quiera de nosotros*; que es estar del todo puestos en sus manos para que nos mueva a su gusto, sin resistir en lo más mínimo a sus inspiraciones y mociones; y esto es lo propio del *estado místico*.

«Neque enim quis praesentis vitae mala sicut sunt, conspiciere praevalet, dice San Gregorio M. (*Moral.*, 1. 23, c. 21), si bona aeternae patriae per *contemplationis gustum* contingere necdum valet... Sublevatus quippe vidit, quod videre non posse ad se relapsus ingemuit».

Sólo poseídos y animados del Espíritu santificante, cuya *unción* nos enseñe en cada caso particular qué es lo que quiere Dios de nosotros (*I Joan.*, 2, 20, 27), y con suavidad nos mueva a santificarnos (*ib.*, 3, 3), cumpliéndolo a imitación del Salvador, es como podremos hacer siempre y en todo el divino beneplácito. Sin esa *unción*, que nos hace ser como *Cristo*, u otros *crístos*, imposible (1).

Y por eso esta mística *unción* que todo lo suaviza, lo sana y lo conforta, y este divino *colirio* que limpia nuestros ojos, los abre a la luz celestial y los alumbra para que vean y no anden en sombras de muerte..., se ofrecen a cuantos de verdad se entregan, negándose en todo a sí mismos, en las divinas manos, «como hostias vivas y santas, no conformándose con este siglo» ni con el proceder humano, en que aún se infiltra mucho de mundano, sino «reformándose en la novedad del sentido espiritual, para sentir y gustar por experiencia cuál sea la voluntad de Dios», que siempre quiere lo *bueno*, lo de obligación, de precepto; y luego va mostrando al alma también lo que es más *grato*, o sea lo de supererogación y de consejo, para que *adelante* de veras por

(1) «Inexpertis talia non intelligunt in libro experientiae quos ipsa docet unctio». *Scala Paradisi*, c. 6.

sus santas sendas; y por fin, cuando haya llegado a la vida unitiva, le enseñará a obrar en todo lo más *perfecto* (*Rom.*, 12, 1-2); lo cual será absolutamente imposible sin estar poseídos del divino Espíritu que penetra hasta lo profundo de Dios y sabe lo que quiere y prefiere en cada caso y de qué manera especial lo quiere (I *Cor.* 2, 10-12), y así nos enseña a orar y obrar como conviene; que nosotros no lo sabemos, ni aun acertaríamos a pedir las luces y fuerzas necesarias, si El mismo no lo pidiera en nosotros y por nosotros, conforme a lo que Dios quiere (*Rom.*, 8, 26-27).

Sólo así es como podremos ser *perfectos y cabales en toda voluntad de Dios* (*Col.*, 4, 12),—*probando*, o sea conociendo por cierta manera de gusto espiritual, *cuál sea el divino beneplácito* (*Eph.*, 5, 10).

Esto es imposible sin la luz infusa de los dones, o lo que es lo mismo, sin la *experiencia mística*; para la cual tenemos que reformarnos en la novedad de nuestro sentido espiritual: «*Reformamini*—dice—expresamente el Apóstol (*Rom.*, 12, 1-2), *in novitate sensus vestri, ut probetis*». Id est—comenta Santo Tomás (*in h. a., lect. 1*)—*experimento cognoscatis* (*Ps.* 45: *Gustate et videte quoniam suavis est Dominus*)—*quae sit voluntas Dei bona, et beneplacens, et perfecta...* Talem ergo *experiuntur Dei voluntatem qui non conformantur huic seculo, sed reformantur in novitate sensus sui*».

Y esta experiencia así, este gusto de Dios, claro está que es obra del altísimo don de sabiduría.

Y luego, para poder cumplir con toda fidelidad lo así conocido, no basta la misma virtud infusa de la fortaleza, sino que es menester el correspondiente don que nos ponga bajo la moción del divino Espíritu, y por tanto, en estado pasivo (Id., 2-2, q. 139, a 1).

Entonces, gustando, como dice San Gregorio (*Moralium*, l. 22, c. 22), la dulzura de la divina sabiduría, es cuando podremos proceder en todo con rectitud perfecta: «*Percepta sapientia, perfecte ad boni operis rectitudinem stringit*».

Además, la voluntad divina quiere obras interiores, muy principalmente, y con gran preferencia a las exte-

riores, que no son sino simples medios, mientras aquéllas son como un fin; y estas obras interiores nunca se practican tan bien como en el mismo acto de la contemplación, ni es posible practicarlas con la perfección debida sin la ayuda de algún don que nos haga proceder en ellas de un *modo sobrehumano*, o sea místicamente. Así manda, ante todo, amarle con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y facultades; lo cual es imposible hacerlo tal como El desea, según advierten San Agustín y el V. Granada (Cfr. nuestras *Cuestiones míst.*, 1.<sup>a</sup> a. 1; *Exposic. míst. del Cant.*, 2, 6), y en general todos los maestros de espíritu, desde Orígenes, sin ser introducidos en la mística *bodega* donde, mediante el don de sabiduría, se ordene la caridad. De allí saldrá el alma *herida de amor*, y así respirando siempre y en todo por esa venturosa herida, respirando sólo purísimo y encendido amor... Y de este modo estará siempre, aun en medio de las mayores ocupaciones, conversando con el Amado, siendo ya *Marta y María al mismo tiempo*, según advierte Santa Teresa; y así es como puede cumplir también literalmente el reiterado precepto de *orar sin interrupción*, pues aun durmiendo, el corazón vela y ora. Por eso exclama San Agustín (*Meditac.*, c. 37, n. 11): «Dichosos aquellos cuya única esperanza sois Vos sólo, Dios mío, y que todo lo que hacen y ejecutan es *continuada oración*».

«*Perfecti* atque sapientiores quique—dice el V. Taulero (*Serm. 5, in Pent.*)—qui nihil nisi Deum desiderant, nihilque in fundo cordis sui nisi Deum intendunt, quocumque illi pergant extrinsecus, semper tamen secum intus manent per *continuam sui introversionem*; et quoque se vertant, semper pacem et pacis amatorem Spiritum Sanctum in corde suo circumferunt retinentque».

En esta gran obra interior está, decimos, el *unum necessarium*; pues como advierte Santo Tomás (*in Rom.*, 12, lect. 1): «Aliter se habet homo ad interiores actus quibus Deo obsequitur, et ad exteriores. Nam bonum hominis et justitia ejus principaliter in interioribus actibus consistit, quibus scilicet homo credit, sperat et diligit. Unde dicitur (*Luc. 17*): *Regnum Dei intra*

*vos est...* Unde interiores actus se habent per modum finis qui secundum se quaeritur, exteriores vero actus ad quos Deo corpora exhibentur, se habent sicut ea quae sunt ad finem. In eo autem quod quaeritur tanquam finis nulla mensura adhibetur, sed quanto majus fuerit tanto melius se habet. In eo autem quod quaeritur propter finem, adhibetur mensura secundum proportionem ad finem... Homo in fide et spe et in charitate *nullam mensuram debet adhibere*, sed quanto plus credit, sperat et diligit, *tanto melius est*, propter quod dicitur (*Deut.*, 6): *Diliges Dominum Deum tuum, ex toto...*, &. Sed in exterioribus actibus est adhibenda discretionis mensura per comparisonem ad charitatem».

Y si la misma caridad necesita ordenarse y perfeccionarse con el auxilio de los dones del Espíritu Santo, a pesar de ser El mismo quien la derrama en nuestros corazones, a *fortiori* las demás virtudes que reciben su valor de ella, como vínculo que es de perfección (1).

Así dice muy bien Medina (in I-2, q. 68, a. 8): «*Dona Spiritus perficiunt omnes animae vires ut recte et ordinate Deo... subdantur et in Ipsum ordinentur... Ipsa enim dona comparantur ad virtutes sicut perfectiones*

(1) Explicando el mismo Santo Tomás aquellas palabras del Apóstol (*Col.*, 3, 14): *Super omnia autem haec charitatem habete, quod est vinculum perfectionis...* dice (in h. l., lect. 3): «Inducit ad principales virtutes *perficientes alias*. Et principalior est charitas inter virtutes, sapientia vero inter dona. Charitas quidem informat omnes virtutes, sapientia vero *dirigit*... Secundum Glosam, per omnes virtutes homo perficitur, sed charitas connectit eas ad invicem, et facit eas perseverantes, et ideo dicitur *vinculum*... Sed addit: *Perfectionis*, quia est unumquodque perfectum *quando adhaeret fini ultimo*, scilicet Deo, quod facit charitas».

«At charitas, advierte Alvarez de Paz (*De natura Perfectionis*, l. 3, p. 1, c. 7), non solas virtutes omnes habet comites, sed dona quoque Spiritus Sancti menti inseparabiliter tribuit. Quicumque enim verae caritatis est particeps, in rebus saltem necessariis... omnium istorum 7 donorum in se *sentit actiones*. Sapientia quidem, divina collustrat; intellectu, fidei arcana penetrat; consilio, Creatoris ductui se subjicit; scientia, agenda et omittenda perspicit; fortitudine, difficultates aggreditur; pietate, Dominum suum colit; et timore, neffabilem majestatem filiali quodam ac trepido honore prosequitur. Et cum Spiritus Sanctus in nobis per caritatem habitet, dona sua quae nunquam deserit... in mentem, quam sui domicilium facit, *largiter influit*, quibus eam movet, et ab amore rerum labentium et periturarum abducit».

*superadditae, ita quod multo magis perficiunt hominem ad vitam activam et contemplativam quam ipsae*»...

Luego sin ellos, necesariamente permanece el hombre *menos perfecto* y *menos subordinado a Dios*, es decir, *menos santo*... De ahí que el Apóstol nos encargue completar o llevar a perfección verdadera la santificación con el don de temor, que es el principio de la mística sabiduría: *Perficientes sanctificationem in timore Dei* (II Cor., 7, 1).

Pero esta *perfección* ha de dárnosla El mismo, después de habernos purificado y acrisolado en las grandes oscuridades que preceden a la íntima unión, cumpliéndose lo que dice San Pedro (I Ep., 5, 10): *Modicum passus, Ipse perficiet, confirmabit, solidabitque*. Y así, para llegar a esas alturas, es indispensable que el alma venga a quedar en estado pasivo, siendo Dios quien obre en ella y por ella. De este modo es como podrá quedar verdaderamente *edificada*, y edificada en la caridad perfecta (Eph., 4, 16). Porque si el mismo Señor no edifica la casa de nuestra alma, en vano trabajaremos (Ps., 125, 1; Cf. Sta. Teresa, *Vida*, c. 31, n. 18).

Así debemos siempre confiar, con San Pablo (Phil., 1, 6), que quien se dignó empezar en nosotros la obra de nuestra santificación, la completará:—*Perficiet usque in diem Christi*—si procuramos serle fieles y dóciles y pedirle que nos llene de sus dones de ciencia y de sabiduría para probar o conocer por experiencia en qué consiste lo alto de la perfección y santidad: *Ut charitas vestra magis ac magis abundet in scientia et in omni sensu, ut probetis potiora* (ib., 9-10).

Sin eso, las mismas virtudes teologales que nos unen con Dios quedarían muy imperfectas y no podrían producir una unión íntima. Así lo declara muy bien Medina en el lugar citado, añadiendo: «Quia homini viatori communicantur virtutes theologicae modo imperfecto..., et imperfecte ipsum (Deum) cognoscimus atque diligimus..., ideoque ut *perfectius* et *expeditius* tendat in Deum intellectu et affectu, ac rectius se habeat in rebus agendis, *neesse est ut divina bonitas hominem moveat per habitus bonos supernaturales additos virtutibus*

theologicis, quos dicimus *dona divina*, veluti qui imperfecte habet aliquam formam, *non potest* per illam *perfecte operari*, nisi adjuvetur ab eo, in quo perfecte forma illa reperitur... (1). Sic dicendum est de donis, quod *necessaria sint*, si loquamur de donis gratum facientibus, et non de gratis datis, ut genera linguarum»...

Así el don de sabiduría—prosigue—nos hace tener por vil todo lo terreno y apreciar cual conviene lo divino: «In primis facit omnia terrena in mente nostra vilescere, divina autem et aeterna dulciora melle: unde dicitur in persona Sapientiae (*Eccli.*, 24): *Spiritus meus super mel dulcis...* Et confirmatur dicto Bti. Gregorii: *Gustato spiritu dissipat omnis caro*. Secundo facit hominem corpore quidem esse in mundo, conversatione autem et *contemplatione inter divinos spiritus vivere...* Tertio, sicut facit bona aeterna dulciora super mel, sic mala eis opposita omnino abhorrere, et abominare facit».

Con las solas virtudes, o sea con la vida puramente ascética, nos sería del todo imposible el proceder con esa perfección, seguridad y facilidad y de esa manera tan elevada: «In hoc ergo consistit praecipua distinctio donorum a virtutibus, quod virtutes perficiunt hominem *modo humano*, et secundum normam rationis humanae; *dona vero modo plane divino et heroico*, et ideo dici possunt *virtutes divinae* (2). Cum homo per dona Spiritus Sancti operatur, potius *agitur inspiratus* a Deo, quam ipse se moveat, et excitet ad operandum: unde adeo *divine et superhumane* homines quidam operantur, quod videantur *dii inter homines*».

De ahí que, por bien que sin ellos se procure obrar, siempre será de una manera humana y baja, y sin po-

(1) Así perfeccionadas y aquilatadas, como deben estarlo, con los respectivos dones, nos harán remontarnos a las grandes alturas. «Quas (virtutes theologicas) dum nobis mundas servamus, *per easdem altos montes contemplationis ascendimus*». S. Gregorio, M. *In Caut.*, 2.

(2) Como *virtudes*, aunque de un orden superior, crecen realmente, no sólo, con el aumento de la caridad, con la cual están vinculados, sino también con el propio ejercicio (cf. Lallemand, *Doctrina spir.*, pr. 4, ch. 3, a. 3, § 2; Pío XI, Enc. *Studiorum Ducem*), como todos los demás hábitos infusos, contra lo que sin fundamento alguno afirma el docto padre Naval (pág. 294).

der de ningún modo llegar a tales alturas. Así los que suponen que no sólo puede haber *santos ascéticos*, sino tan grandes y mayores que los místicos, olvidan que en un solo acto místico, según dice Santa Teresa repetidas veces, se puede lograr más fruto que en innumerables practicados al modo humano. Y un solo acto, una *llamarada de amor* del alma elevada al grado del matrimonio espiritual, según San Juan de la Cruz, *merece más que todos los otros actos juntos que el alma hizo hasta entonces.*

Decimos que es del todo imposible aun el conocer bien lo que Dios quiere sin una luz infusa, muy superior a la que puede alcanzarse por la vía ascética, o sea con nuestras pobres consideraciones; y por eso le pide el Salmista que El mismo le enseñe a cumplir su voluntad y le conduzca por su santa vía, para poder entrar en su verdad; y que perfeccione sus pasos, comunicándole los dones de su Espíritu, que dan la perfección a las virtudes y hacen correr y aun volar a las mayores alturas y al lugar seguro de la paz, donde se encuentra el descanso para nuestras almas. Así dice (*Ps.*, 142, 8-10): *Notam fac mihi viam in qua ambulem... Eripe me de inimicis meis...: doce me facere voluntatem tuam... Spiritus tuus bonus deducet me in terram rectam... (Ps.*, 85, 11): *Deduc me Domine, in via tua, et ingrediar in veritate tua... (Ps.*, 16, 5): *Perfice gressus meos in semitis tuis, ut non moveantur vestigia mea.* Y luego le glorifica y da gracias viendo cuán immaculado es su camino, y cómo le introdujo en él, y le llenó de fortaleza, y le perfeccionó sus pies para correr como ciervo, y le enseñó a triunfar de todos los enemigos. (*Ps.*, 17, 31-35): *Deus meus impolluta via ejus... Deus qui praecinxit me virtute, et posuit immaculatam viam meam. Qui perfecit pedes meos tamquam cervorum, et super excelsa statuens me. Qui docet manus meas ad praelium... Y no contento con esto, aún pide alas como de paloma para volar y descansar (*Ps.*, 54, 7).*

Esa facilidad para correr y subir presurosos al monte santo la da el don de fortaleza; y las alas, para remontarse hasta el lugar del descanso, los de intelligen-

cia y sabiduría... con que se penetra en los misterios de Dios y se gusta cuán suave es...

Y sólo cuando con nuestras dos más nobles facultades podamos vivir como de continuo remontados a esas divinas alturas, es cuando podremos con verdad pasar por perfectos cristianos.

«Dicuntur autem perfecti intellectu—advierte Santo Tomás (*in I Cor.*, 2, 6, lect. I)—illi quorum mens elevata est super omnia carnalia et sensibilia... Perfecti autem secundum voluntatem sunt, quorum voluntas super omnia temporalia elevata, soli Deo inhaeret».

Así para ser perfecto—observa con el mismo Santo Doctor, Vallgornera (*Theol. Myst.*, q. 4, d. 1, a. 1, n. 836)—, hay que vivir como en *continua unión y fruición de Dios*, no deseando sino verse en plena posesión de El: «Justus—escribe—non dicitur perfectus a quacumque gratia efficiente, sed ab illa de qua loquitur D. Thomas (2-2, q. 24, a 4): qua principaliter incumbit homo ut Deo perfecte inhaereat, et eo fruatur, et nihil aliud cupiat nisi dissolvat et esse cum Christo».

Por tanto, no es perfecto el que no sabe a qué sabe Dios ni, por lo mismo, cuán suave es, el que no ha gustado nunca la dulzura de los doce frutos del E. S. Por eso San Vicente Ferrer (*De Vita spirit.*, 3 P. c. 3), entre las condiciones indispensables para la perfección, señala esa de *gustar* la dulzura divina, y no como quiera, sino de un modo que pueda llamarse continuo: *Gustare et sentire de divino dulcore continue*.

Conforme a esto exclamaba San Agustín (*Meditac.*, c. 37, n. 11): «¡Qué grande es, Señor, la abundancia de aquella dulzura que comunicáis a los corazones de vuestros amados! ¡Qué admirable es la suavidad de vuestro amor, del cual gozan aquellos que nada aman fuera de Vos, y que ninguna otra cosa buscan, desean ni quieren pensar sino en sólo Vos!»

Los que a esto no llegan, aún no han entrado en la *inmaculada vía* de la *espiritualidad* verdadera, aún están más o menos llenos del mundo o de sí mismos y aún no gozan de la libertad gloriosa de los hijos de Dios; y por eso no sienten la dulzura de su amorosa presencia. Así, por buenos que sean, no pueden llamarse *espiri-*

*tuales ni perfectos*, pues no aman a Dios con *todo* el corazón y el alma, ni le adoran del *todo en espíritu y en verdad*.

«El que quisiere gustar de Dios—dice Rusbroquio (*Adorno de las bodas*, 1-2, c. 68)—es necesario que ame; y si *amare*, no será defraudado de gusto de Dios. Pero si estuviere contento con otras cosas, no podrá percibir con el gusto qué sea Dios».

«Así, para que el *hombre bueno* pueda hacerse *hombre interior y espiritual*, se requieren—advierte en otro lugar (*Perfección de los hijos de Dios*, c. 2)—, tres cosas: la primera es que tenga el corazón vacío de imágenes; la segunda, que tenga libertad espiritual; la tercera, que *sienta interior unión con Dios*».

Casi lo mismo viene a decir en sustancia el V. Taullero y lo repite Fr. Juan de los Angeles. Pero esta unión y esta sensación divina y toda esa renovación interior ha de producir las en nosotros el divino Espíritu.

«El Espíritu del Señor—añade el mismo Rusbroquio (*Contempl. div.*, c. XV)—nos trae a lo interior y nos muestra el rostro del amor, y nos libra y absuelve de nosotros mismos, de las cosas adversas y favorables y de todas las criaturas, y nos infunde la plenitud de su gracia, y nos enseña los ejercicios del *amor perfecto*...»

En esa *vía inmaculada*, que conduce a la verdadera santidad, no sólo espera el Salmista hallar la verdad divina que le ilumine sus tinieblas y le preserve de engaños, sino también la verdadera vida: *In vía tua vivifica me* (*Ps.*, 118, 37). Esa vía ¿cuál es sino J. C. nuestro Salvador, a la vez *Via, Veritas et Vita*? A El debemos esforzarnos por seguir *en todo*, sin «disolverle», queriendo separar lo que en El está tan unido, sino levantándonos de nuestras miserias para poder quedar por El verdaderamente *iluminados* y vivificados (1); quien lo *disuelve*, no considerándolo siempre—a la vez que como *camino*—como *vida* y como *luz verdadera*, no está animado de buen espíritu (*I Joan.*, 4, 3, 9). Hay que tratar

(1) «O vita vivens, in qua omnia—exclama San Lorenzo Justiano (*De casto Connubio*, c. 22)—vivifica me... non aliunde quam de te, ut per te vivam tibi... *Via, veritas, et vita: via credentium, veritas contemplantium, et vita regnantium*».

de unirse a El y vivir de El mismo para quedar bien iluminados: *Accedite ad eum, et illuminamini* (Ps., 33, 6). Esta iluminación ha de producirla El de un modo sobrehumano en nosotros, pues toda la luz que con solas nuestras pobres consideraciones podamos conseguir es como la que entra por una pequeña rendija en comparación de la de este Sol de justicia, conforme dice muy bien San Alfonso Rodríguez; y así no basta, como advierte Santo Tomás, para alumbrar nuestros pasos y preservarnos de dar en grandes peligros (1). Tenemos, pues, que levantarnos de nuestra flojedad y tibieza, y aun de la vida rastrera de principiantes, en que todo está más o menos turbio o enlodado con nuestras consideracioncillas, según dice Sta. Teresa (Camino, l. 19), para que el mismo Salvador nos dé a beber de su *agua viva* (Joan., 4, 10-14) y nos ilumine, según nos lo dice el Apóstol (Eph., 5, 14): *Surge qui dormis..., et illuminabit te Christus*. Sólo quien de veras le sigue a El, y no simplemente los métodos y pareceres y procedimientos humanos, es quien queda iluminado con su verdad, y a la vez purificado y vivificado; pues *quien le sigue no anda en tinieblas, sino que tiene luz de vida* (Joan., 8, 12).—Y como con nuestras pobres fuerzas no podemos seguir sus pasos agigantados, por eso debemos clamar siempre (Cant., 1, 3): *Llévame, y correremos al olor de tus aromas*. Y si esto hacemos de todo corazón, no tardaremos en proseguir diciendo: *Introdújome el Rey en sus moradas...* Allí es donde empezaremos de veras a ser *santificados en la verdad* (Joan., 17, 17), bebiendo en el torrente de las divinas delicias... y en la fuente misma de la vida... y viendo la luz verdadera en la misma Luz del Altísimo (Ps., 35, 9-10). Allí sí que vivirán los fieles cristianos como deben (Col., 3, 3), muertos al mundo y llevando una vida escondida con Cristo en Dios, hasta el punto de poder decir algún día: *Mi vivir es Cristo* (Phil., 1, 21).

Por eso, una de las cosas que sabemos ser clara vo-

(1) «In haereditatem illius terrae beatorum nullus potest pervenire, nisi moveatur et deducatur a Spiritu Sancto. Et ideo ad illum finem consequendum necessarium est homini habere donum Spiritus Sancti». S. Thom., 1-2, q. 68, a. 2.

luntad divina es que procuremos siempre *crecer en gracia y conocimiento de Nuestro Señor* (2, Petr., 3, 18), lo cual se logra amándole y contemplándole, sin perderlo nunca de vista, para que *en todo crezcamos según El* (Eph., 4, 15).

Esto supone evidentemente un estado *pasivo, o místico*; 1.º, porque El fué el Místico por excelencia, que estuvo siempre lleno de la plenitud del Espíritu, y de su plenitud debemos recibir todos (Joan., 1, 16), aunque cada cual según su donación (Eph., 4, 7), para proceder también *ducti a Spiritu*, como verdaderos hijos de Dios. 2.º, porque para poder complacer en todo a Dios, fructificar en toda suerte de obras buenas y crecer en ciencia divina, es preciso que El mismo *nos llene* del conocimiento de su voluntad, *con toda sabiduría e inteligencia espiritual* (Col., 1, 9-10). Y así, para saber apreciar de algún modo la inmensa grandeza de Nuestro Señor Jesucristo, necesitamos *ser corroborados por la virtud de su Espíritu*, a fin de llegar a ser *hombres interiores*, que ya en cierta manera le sienten *morando en sus corazones*, y así vienen a quedar *llenos de la plenitud de Dios* (Eph., 3, 16-19) (1).

Voluntad cierta de Dios es también que nunca recibamos en vano su gracia, sino que la hagamos fructificar y prosperar todo lo posible (Is., 55, 11; II Cor., 6, 1), so pena de ser tan terriblemente castigados como el siervo perezoso que sepultó y no quiso cultivar su talento (Math., 25, 26).

(1) «Tunc nempe utilis est scientia—dice San Lorenzo Justiniano (De casto Connubio, c. 14)—, cum perducit ad sapientiam, cum Divinitatis radios ostendit, cum Verbi praebeet notitiam, cum recte vivendi mores instruit, cum ad coelestia contemplanda animum attolit, cum ad Deum diligendum erudit, cum ad illum quaerendum et possidendum omnia cordis interiora inflammat... Ille sapit recte, qui se nescire sciens, gradus scrutatur, per quos ad Verbi ascendat *sapientiam*, et in lumine maneat sapientiae..., qui cuncta quae agit in lumine operatur, et a lumine dirigitur Verbi. Felix quidem anima illa dicenda est, quae ex sui sanctitate frequenter visitatur a Verbo tanquam charissima, felicior autem illa quam inhabitat Verbum... *Ex magisterio quidem Verbi ars discitur amoris*».

Por eso debemos pedir a Dios que «nos envíe su luz y su verdad, para que ésta nos conduzca a su Monte santo» (Ps., 42, 3).

No se lee de este desventurado—dice el mismo padre Rodríguez—otro motivo de condenación más que éste de haber tenido ocioso y sin empleo el talento recibido... Pues el que en vez de uno tenga ociosos y sin cultivar los siete preciosísimos que recibió ya en su Bautismo, y en la Confirmación se le acrecentaron o dispusieron y corroboraron de suerte que pudiera ya desde luego, como soldado de Cristo, utilizarlos en la primera ocasión, ¿podremos decir que este tal no se hace merecedor de ningún castigo, y que, lejos de eso, puede, no obstante su dejadez y poco aprecio de tales gracias, ser *tan bueno y mejor* que un gran contemplativo abrazado en caridad, o que puede llegar a ser santo y perfecto sin necesidad de esa altísima comunicación del divino Espíritu que los místicos tienen,—sin ser de El dirigido y gobernado—, y faltándole así, por lo mismo, lo mejor y más estimable que hay en la santificación y perfeccionamiento del alma?...

La enormidad de tal suposición salta a la vista; y el P. La Puente se encarga de hacerla resaltar al hablar de la Confirmación. Por ésta—dice entre otras cosas (*Perfect. en gener.*, tr. 2, c. V)—, Dios «nos unge con la unción que enseña todas las cosas y nos llena de alegría *para servirle con excelencia*: El nos señala tomándonos por suyos..., imprimiendo... en el corazón el sello de su amor; El nos da... el mismo E. S. en prenda de que... será nuestro padrino..., nuestro *ayo, maestro y ayudador para alcanzar la perfección*».

Todo esto—añade (§ I)—«es *para* que los justos *crezcan* en la santidad que recibieron en el Bautismo y *lleguen a la alteza de la perfección cristiana* a que son llamados; porque como el niño... recibe virtud para crecer... hasta que llega al estado de perfecto varón, así, dice Santo Tomás (3.<sup>a</sup> P., q. 72, a. 1), el que es engendrado por el Bautismo en el ser sobrenatural recibe por la Confirmación *especial gracia y virtud para crecer y aumentarse hasta llegar al estado de perfecto cristiano*».

Tal es el verdadero fruto que debemos recoger de las gracias recibidas, para que no resulten vanas, según declara el Angélico Doctor (*in Eph.*, 4, *lect.* 5): que

nos alleguemos al Señor configurados con el *Varón perfecto*. Para lo cual es menester que ya no seamos como niños en la virtud, sino como adultos en ella, o sea como *perfectos varones*, a lo cual es imposible llegar sin salir realmente de la niñez: *quia quando aliquis est puer, non est perfectus vir*. Y el niño se caracteriza aquí por ser aún incapaz de entender el lenguaje de la sabiduría, propio de los perfectos, por no tener aún bien desarrollados y ejercitados, como ellos los tienen, los sentidos espirituales (*Hebr.*, 5, 14). Por tanto—añade (*ib.*)—, «si queremos llegar a recoger el fruto de los dones espirituales, preciso es que dejemos de ser niños, que lleguemos a la edad viril, y, por consiguiente, crezcamos, y no como quiera, sino en *todo según J. C.*, y de un modo especial en los dones del Espíritu de Cristo, que nos hacen proceder como hijos de Dios: *Si volumus ad spiritualium bonorum fructum pervenire, oportet ut jam non simus parvuli, & sed tandiu sumus parvuli quandiu virilem statum non attingimus nec crescimus: ergo nobis necessarium est ut crescamus... in Illo per omnia... Crescamos, inquam, non in possessionibus..., sed in spiritualibus. Nec in uno tantum, sed per omnia, id est, in omni bono fructificantes et crescentes*».

San Ambrosio declara que esto exige el desarrollo y ejercicio de los *sentidos místicos*, sin los cuales no es posible llegar al uso de la discreción espiritual, o sea, como queda dicho, al estado de adultos en Cristo, o varones perfectos.

Y en el buen ejercicio de esos sentidos está precisamente la verdadera perfección cristiana.

Por eso el Apóstol nos dice (*II Cor.*, 14, 29): «No seáis niños en los sentidos, sino tan sólo en la malicia; mas *en los sentidos sed perfectos*».

Y por no tenerlos aún bien ejercitados, y ser como niños, reprende enérgicamente a los Hebreos (*V.*, 12-14) diciéndoles: que los halla incapaces de entender el lenguaje de la justicia, o sea de la verdadera perfección y santidad; el lenguaje de la mística sabiduría que los perfectos entienden muy bien: *Facti estis quibus lacte opus sit, non solido cibo.—Omnis enim qui lactis est particeps, expers est sermonis justitiae, parvulus est enim.*

—*Perceptorum autem solidus est cibus; eorum qui pro consuetudine exercitatos habent sensus ad discretionem boni et mali.*

Sobre las cuales palabras advierte Santo Tomás (*in h. l., lect. 2*): «Omnis qui indiget nutriri lacte, *expers est*, id est, *non potest habere partem in sermonibus justitiae perfectae intelligendis...* Hujusmodi autem non sunt participes pueri (*Is., 28*): *Quem docebit scientiam, aut quem intelligere faciet auditum? Ablactatos a lacte, avulsos ab uberibus...* Quando (homo) pervenit ad perfectionem spiritualem, debet ei proponi doctrina solidior. (No basta la ascética). Ista autem perfectio duplex est: una est perfectio secundum intellectum, quando aliquis habet iudicium intellectus ad recte discernendum et iudicandum de his quae sibi proponuntur (lo cual, según vimos, es obra del don de sabiduría). Alia est perfectio secundum affectum, quam facit charitas; quae est cum aliquis *totaliter Deo inhaeret...* Est autem perfectio charitatis, ut dicit Augustinus, *ubi nulla est cupiditas...* In aliis scientiis sufficit quod homo sit perfectus secundum intellectum: in istis vero requiritur quod sit perfectus secundum intellectum et affectum. Loquenda sunt igitur alta mysteria perfectis (*I Cor., 2*): *Sapientiam loquimur inter perfectos.*—Unusquisque enim secundum quod est dispositus sic iudicat... Ideo oportet esse perfectum in utroque (sc. intellectu et affectu). Et ideo Apostolus volens ostendere qui sint perfecti, quibus sit tradendus iste solidus cibus, dicit quod sunt isti qui pro sua consuetudine habent sensus exercitatos. Unde in ista perfectione quatuor sunt attendenda: sc. ipsa *perfectio in se in quo consistat*, et quantum ad hoc dicit: *Qui habent sensus exercitatos...* In hoc enim exprimit utramque perfectionem... Qui ergo *sentit quae Dei sunt, perfectus est.* (*Phil., 3*): *Quicumque perfecti sumus, hoc sentiamus.* (*I Cor., 2*): *Nos autem sensum Christi habemus...* Secundo attendenda est dispositio ejus in quo est, quia debet esse exercitatus... Qui enim non est exercitatus non potest habere rectum iudicium, quod ad hoc requiritur... Tertio, causa hujus exercitationis est consuetudo... Et ideo dicit: *Pro con-*

*suetudine... Quarto, finis hujus exercitii, quia sc. ad discretionem boni et mali»...*

Luego sin este ejercicio de los sentidos espirituales o místicos, es imposible ser *perfectos*, y saber discernir, como tales, lo precioso de lo vil.

Con los Corintios está aún, si se quiere, más riguroso el Apóstol, pues los reprende, no ya de ser *pequeñuelos* y *carnales*, sino también de ser todavía *hombres* y proceder al *modo humano*, «*secundum hominem*»... (I Cor., 3, 1-4). ¿Pues qué quería que fueran?, pregunta San Agustín. Quería que fueran *dioses*, y que procedieran como hijos del Altísimo, es decir, de un modo *sobrehumano*, de un *modo divino*; que es el modo característico de la vida mística, propia de los perfectos.

Santo Tomás (*in h. l.*) advierte que el Apóstol identifica esos conceptos de ser *carnales* y de proceder *secundum hominem*, porque mientras el alma no sea elevada al modo sobrehumano, se dejará llevar aún, más o menos, como *pequeñuela*, de afectos carnales: «*Affectus rationis humanae secundum ea quae sunt carnis movetur, nisi spiritus hominis per Spiritum Dei supra hominem elevetur*».

Por eso afirma en otro lugar (*in Gal.*, 5, lect. 4), que para que un alma no vacile y pueda proceder con toda rectitud, necesita estar regida por el E. S.: «*Nam spiritus humanus... nisi regatur aliunde, fluctuat hac atque illac... Non ergo perfecte stare potest ratio humana, nisi secundum quod est recta a Spiritu divino. Et ideo dicit Apostolus: Spiritu ambulate, id est, per Spiritum Sanctum regentem et ducentem; quem sequi debemus*»...

«*Si ergo spiritu vivimus—añade (ib., lect. 7)—debemus in omnibus ab ipso agi. Sicut enim in vita corporali corpus non movetur nisi per animam per quam vivit, ita in vita spirituali, omnis motus noster debet esse a Spiritu Sancto*».

Mas para poder ser movidos así de El, nos son, como hemos visto, del todo necesarios los dones; los cuales, a la vez que dan la perfección a las virtudes, nos hacen proceder de un modo *pasivo*, pero *sobrehumano* y divi-

no, y por lo mismo verdaderamente *perfecto*. «Oportet igitur inesse homini *altiores perfectiones, secundum quas sit dispositus ad hoc quod divinitus moveatur; et istae perfectiones vocantur dona*». S. Thomas, 1-2, q. 68, a. 1.

Así, Dios Nuestro Señor quiere que sus ministros, no sólo procuremos santificarnos de veras a semejanza de El (1 *Joan.*, 3, 3; 1 *Petr.*, 1, 15-16; *Levit.*, 11, 44-45), sino que también, a ser posible, «instruyamos a *todo hombre en toda sabiduría*, para hacer que todo hombre llegue a ser *perfecto en Cristo*» (*Col.*, 1, 28); que por eso hemos sido todos elegidos en El, «*para que fuésemos santos e inmaculados*» (*Eph.*, 1, 4), y para eso se ofrece a todos el sacramento de la Confirmación, que nos habilita para llegar a serlo, soportando con aquella perfecta paciencia, que es fruto del divino Espíritu, toda suerte de pruebas y trabajos, «a fin de llegar a ser *perfectos e integros, sin ninguna falta*» (*Jac.*, 1, 4).

Mas a estas exteriores obras de celo o a este ministerio de la vida apostólica no podrá salir a dedicarse con mucho fruto, ni aun con suficiente seguridad un alma, hasta haber recibido bien la luz y fortaleza de lo alto (*Act.*, 1, 5, 8), y quedar tan llena de Dios y tan corroborada por la virtud de su Espíritu, que de su redundancia pueda hacer que participen los demás, comunicándoles algo de lo contemplado; que tal habrá de ser su misión: *tradere aliis contemplata*. Por esto nos advierte el Salmista que en vano trataremos de levantarnos antes de que resplandezca esa divina luz y de haber reposado lo bastante en la oración: *Vanum est vobis ante lucem surgere: surgite postquam sederitis* (*Ps.* 126, 2: cf. Dionys. Carth., in h. 1).

Así vemos que la mística Esposa no es llamada a esa obra hasta que, después de haber sido embriagada de amor y dormido en paz su primer sueño (*Cant.*, 2, 4-7), oye a su Amado decirle (*ib.*, 10-14): *Levántate, que ya pasó el invierno...; ya aparecieron las flores... Ven..., suene tu voz en mis oídos; porque ya tu voz es dulce y tu cara hermosa*.

«Pasó el invierno» de la vía purgativa, de donde no

sale el alma—dicen San Juan de la Cruz y San Buenaventura—hasta ser elevada a la contemplación, con la cual se mostrarán por todas partes hermosísimas flores de virtud, que no brotan bien ni prosperan sin esa luz infusa y ese calor sobrenatural del Verbo que respira amor. Y entonces es dulce la voz del alma para ganar corazones, dice San Bernardo, cuando ya su cara ha sido purificada y hermo-seada con el íntimo trato divino.

Por eso pide el Salmista ser sacado de este triste invierno, de ese estado *principiante* y conducido por las sendas de la justicia con esa luz admirable de la divina Verdad, única que puede llevarnos hasta la cumbre de la perfección y a la santidad verdadera: *Emitte lucem tuam et veritatem tuam: ipsa me deduxerunt, et adduxerunt in montem sanctum tuum* (Ps., 42, 3).

Cuando así alumbrada, y por lo mismo encendida en verdadero amor, camina el alma con ligereza por las *vías rectas* que llevan hacia ese santo monte, guiada del Espíritu del Señor que la va *mostrando el reino de Dios y dándole la ciencia de los Santos* (Sap., X, 10); entonces es cuando de veras comienza a ser *aprovechada* o *proficiente*, andando en verdad por la *vía iluminativa*, y tendiendo cada vez con más ardor hacia la *unitiva*.—«Verus amor—dice San Lorenzo Justiniano (*De Casto Connubio*, c. 2)—gradu uno contentus non est, ad altiora semper nititur, et ad perfectiora indesinenter concupiscit attingere. Quas habet, non magnipendit virtutes, *proficiendi* accensus desiderio... Quis autem asseverare praesumat se ignorantiae carere caligine, cum Propheta sanctus hoc affirmare non audeat? Ait enim (Ps., 17): *Deus meus, illumina tenebras meas...* Quo vero lumine se illuminari deposcat, insinuat dicens (Ps., 42): *Emitte lucem tuam et veritatem tuam*. Lux quippe Patris Filius est, lux Dei Verbum est; unde idem Propheta memoratus (Ps., 118): *Lucerna pedibus meis verbum tuum...* Haec quippe (lux) *educit, adducit, conducit*: educit de vitiis, adducit ad gratiam, conducit *in requiem...* adducit ad *oscula charitatis*».

De esta suerte, al ver los frutos ya bastante maduros que empieza a producir, como propios de las virtudes perfeccionadas con los dones, podemos ya supo-

ner—dice Santo Tomás—que de veras *aprovechará hasta llegar a la perfección*. «Cum enim aliquis incipit proficere in actibus virtutum et donorum, potest sperari de eo, quod perveniat ad perfectionem vitae, et ad perfectionem patriae». S. Thomas, 1-2, q. 69, a. 2.

En suma: para esto son los dones del Espíritu Santo, para dar la perfección y heroísmo habitual a las virtudes y servirles de complemento, supliendo lo que ellas de ningún modo pueden; y los dones nos van poniendo en estado pasivo o místico (1). Así, cuando empiezan a funcionar, nos *oscurecen* a la luz ordinaria, nos *incapacitan* para nuestro modo humano y nos llenan de *amarguras*, para que luego podamos ver con esa luz superior, proceder de un modo sobrehumano y sentir más o menos la dulzura divina... Aquí está la *muerte y vida* que, por nuestra dicha, se nos dará a un mismo tiempo, según cantaba la sierva de Dios María de la Reina de los Apóstoles.

«Quanto in nobis quotidie de Dei Spiritu virtus crescit, tanto noster spiritus deficit. Tunc vero in Deo plene proficimus, cum a nobis ipsis funditus defecerimus». (San Gregorio M., *Moral.*, l. 22, c. 20).

Por tanto, mientras el alma no haya entrado más o menos en esa mística *tiniebla* de la *noche del sentido*, donde ha de purificarse para poder percibir la luz infusa y no haya curado sus llagas y su estragado gusto por la comunicación del don de temor, que es principio de aquella sabiduría, por la cual lograron sanar de veras cuantos agradaron a Dios (*Sap.*, 9, 19), y mientras con esto no haya empezado a amanecerle el día de la iluminación sobrenatural que en esa misma noche se produce, según lo que dice el Salmista: *Nox illuminatio mea* (*Ps.*, 138, 11), y con que de veras empiezan a florecer las virtudes..., es del todo imposible que el alma salga

(1) «Innumera enim sunt opera ad quae nos Deus per instinctum Spiritus Sancti movet, quae sub virtutibus infusis non cadunt... Cum homo operatur ex instinctu Spiritus Sancti, potius agitur quam agit, et comparatus ad Spiritum Sanctum *passive se habet: caeterum jam motus a Spiritu Sancto* libere consentit, et effective concurrat ad operationem sapientiae et intellectus, &c. Medina, in 1-2, q. 68, a. 8.

del estado de principiante, o sea de la vía purgativa, y entre en la iluminativa, propia de aprovechados.

Porque, en realidad, «el Señor es *nuestra iluminación y nuestra misma salud*» (Ps., 26, 1); y mientras El no nos envíe su luz y su verdad salvadora, que nos saquen de nuestras miserias y nos lleven hacia su monte santo, nunca saldremos de lo que en rigor se llama *vía purgativa*, ni de simples *principiantes*, por muchos años que llevemos en el servicio divino y muy aprovechados que nos supongan o nos supongamos.

\*\*\*

De donde se sigue que la Mística, no sólo es del todo necesaria e imprescindible para la verdadera *perfección*, o sea para entrar de lleno en la *vía unitiva*, sino para la *iluminativa* y aun para llegar a lo bueno de la *purgativa*, que implica ya, según vimos, cierto *estado pasivo*.

Así lo asegura repetidas veces San Juan de la Cruz al empezar su *Primera Noche*; y así acaba también de mostrarlo admirablemente un inspirado intérprete suyo, el P. Osende, O. P., en sus dos libritos de oro, *Vida interior y Reino de Dios* o *Tesoro escondido*, donde reduce toda aquélla al vivir *sobrehumano*, o sea a la misteriosa acción íntima del Espíritu Santo, produciendo en el alma la *muerte mística* a nuestro connatural modo de obrar, la *renovación* y la *deífica transformación*.

---

## CAPITULO III

---

### La Mística de Santo Tomás de Aquino (1).

«Praeceptum de amore Dei quam late pateat, caritas eique adjuncta dona Sancti Spiritus quomodo crescant..., haeq et talia asceticae et mysticae theologiae capita si quis pernosse volet, is *Angelicum in primis Doctorem adeat oportebit*».

(Pío XI, Enc. *Studiorum Ducem*).

Extraño parecerá hablar de la Mística del Doctor Angélico, cuando él, si no es comentando al Pseudoaropagita, nunca se propuso escribir expreso de mística. Sin embargo, vemos que cuantos de ella trataron después, y de veras quisieron ser fieles a la tradición, procuraron de un modo o de otro tenerlo muy presente para no chocar al menos con su solidísima doctrina, si es que no llegaron a tomarla casi en todo por norma, como realmente hicieron la mayor parte de los místicos especulativos, muchos de los cuales muy bien podrían titular sus libros como el de Vallgornera: *De Mystica Theologia D. Thomae*.

Y es que, como verdadero *Doctor Universal*, en los altísimos principios a que logró remontarse en alas de los sublimes dones de ciencia, inteligencia y sabiburía, y que—mediante el *Sermo sapientiae et scientiae* de que fué tan enriquecido, logró formular con portentosa precisión y claridad—, dejó donde hallaran luego cuantos supieron dignamente cultivar esa divina «ciencia de

(1) Cfr. *Ilustración Escolar*, (Marzo); y *El Santísimo Rosario*, Marzo y Abril, 1924.

los santos», a lo menos las normas generales más seguras para no exponerse a errar.

Así, en efecto, lo declara el Pontífice reinante en la Encíclica que consagra a este sexto centenario de la canonización del glorioso Patrono universal de los Estudios católicos, diciendo que cuantos quieran penetrarse bien de las cuestiones fundamentales de la teología mística, han de recurrir «en primer lugar al Angélico Doctor» (1).

Y es porque con su profundísima humildad, que en medio de tanto saber nunca la permitió ni el menor pensamiento de soberbia, y con su angelical pureza que le hizo émulo de los moradores del cielo, mereció ser colmado de esa encumbrada «ciencia de los caminos de Dios»—que es intermedia entre la teología de los viadores y la de los comprensores,—y que se denomina *mística* o sea «misteriosa» y «recóndita», porque la tiene Dios escondida a los presuntuosos y sólo quiere revelarla a los humildes y limpios de corazón, a quienes El se comunica, haciendo así que la sepan por íntima experiencia.

Esta «ciencia sabrosa o experimental de Dios», es como el alma de toda la Teología del Doctor Angélico, a la que él considera (1.<sup>a</sup> P. q. 1) como esencialmente una; y por esto quizá no se le ocurrió tratar de la Mística aparte.

Y esos elevadísimos principios los asienta principalmente en sus diversos comentarios a las Sagradas Escrituras y de un modo especialísimo siempre que se le ocurre tratar, donde quiera que sea, de la divina caridad y de los dones del Espíritu Santo y las bienaventuranzas, que es donde el «Doctor Universal», como el Papa le llama, «se excede siempre a sí mismo después de haber excedido a todos», según diría San Jerónimo.

Así al tratar de los grados de la caridad (2.2, q. 24, a. 9), describe gráficamente lo característico de cada una de las tres *vías*, *purgativa*, *iluminativa* y *unitiva*,

(1) «No hay duda, pues; también en la ciencia mística hay que ir a Tomás... También en la Mística el Maestro de los maestros es Santo Tomás de Aquino». Excmo. Sr. Eijo Garay, *Santo Tomás y la Mística*, Madrid, 1924, p. 9.

propias, respectivamente, de principiantes, proficientes y perfectos.

Al tratar de los dones, no satisfecho con las múltiples explicaciones que había visto de ellos, declara con luz admirable que esos principalísimos factores de la verdadera mística cristiana son los que dan la perfección y heroísmo a las virtudes (1-2, q. 68, a. 1, ad 1), y así nos encumbran a la cima de la santidad, poniendo al alma bajo la moción y dirección del Espíritu Santificador para que la haga obrar en todo a lo divino, preservándonos de peligros y engaños que nosotros no acertaríamos a evitar y conduciéndonos así seguros «por las vías rectas hasta mostrarnos el reino de Dios». Y esto lo hace de un modo tal, que ha logrado imponerse, y casi todos han acabado por aceptar su luminosa explicación.

En las bienaventuranzas hace ver cómo a ellas se ordena toda la nueva ley y en ellas se cifra la verdadera perfección a que debe tender todo fiel cristiano, y a donde logran encumbrarse de hecho, en alas de la mística contemplación, cuantos merecen el nombre de perfectos o santos (1-2, q. 68, a. 2).

De los dones trató primero en sus comentarios a las *Sentencias*, donde muestra cómo se ordenan a nuestra santificación elevándonos a un modo de obrar *sobrehumano y divino*, propio de los fieles hijos de Dios, los cuales «*Spiritu Dei aguntur*: son movidos del Divino Espíritu» (*Rom.* 8, 14), como «hechos dioses por participación» (*in 3 Sent.* d. 34, q. 1, a. 1, ad 3). Y lo mismo hace resaltar en su exposición de *Isaías*.—Por fin en la *Suma*, da la última mano a esa doctrina mostrando cómo nos habilitan para seguir la moción y dirección del Espíritu Santo al modo que las virtudes nos disponen para obrar conforme a la recta razón.—Y de ahí que el modo conatural de éstas, aunque sean infusas, sea del todo humano, mientras que, bien influidas de los dones, se elevan al modo de obrar sobrehumano y divino, o sea a la perfección y heroísmo a que todos debemos aspirar so pena de permanecer siempre «niños en los sentidos» y merecer que el Apóstol nos trate como a «carnales» y no espirituales (*I Cor.* 3), por incapaces de entender aún

el místico lenguaje de la divina Sabiduría, de la manera que el pequeñuelo, siendo hombre, no tiene aún el uso de la razón. Así los dones del Espíritu Santo tienden a poner toda alma que viva en gracia de Dios, sea del estado y condición que fuese, bajo esa plena posesión y gobierno del dulcísimo Huésped divino que le ha sido dado por Consolador y Vivificador, y a la vez por ayo, guía y maestro de toda verdad. El, allá en el fondo del corazón, si somos fieles en atender a sus santas mociones e inspiraciones, irá oportunamente sugiriéndonos cuanto se debe hacer y evitar; nos ilustrará con luces maravillosas, propias de los dones de ciencia y consejo y de inteligencia y sabiduría, con que descubramos los admirables secretos de la vida interior y nos facilitará todas las cosas con las unciones de los dones de temor de Dios, de piedad y de fortaleza.

Esos son los inestimables tesoros del reino celestial que está dentro de nosotros, donde podemos llevar una *vida escondida con Cristo en Dios* (Col. 3, 3), cual es la *vida mística*.—Y así es como llegará el alma a ser verdaderamente «espiritual», adulta en Cristo, que ya tiene despiertos sus sentidos sobrenaturales; y ejercitándolos bien tenderá de veras a la plenitud de su perfección y se remontará más y más, en alas de la contemplación divina, sobre todo lo transitorio hasta adherirse íntimamente a lo eterno.

Así pues, contorme advierte el P. Hugón (cf. *La Vida sobrenatural*, Marzo, 1925), según el Angélico Doctor, «nuestro organismo sobrenatural comprende este armonioso conjunto: como base, la gracia santificante; después, las virtudes teologales, que nos conducen a la posesión de Dios mismo; luego, las virtudes morales infusas con sus múltiples ramificaciones, que abarcan y regulan la vida humana; después, los dones del Espíritu Santo, que son gérmenes de heroísmo y que nos colocan bajo la dirección del Consolador celestial (1). Los dones terminan en ciertos actos exquisitos, denominados frutos del Espíritu Santo, y en ciertas obras, más perfectas aún, que se llaman bienaventuranzas evangélicas (2).

(1) I<sup>a</sup> IIae, q. 68. (2) I<sup>a</sup> IIae, q. 69 et 70.

Mas aún no quedamos satisfechos con la posesión de los dones divinos, querríamos poseer a Dios en persona. Y esto precisamente se consigue por medio de la gracia, por la cual habita toda la Trinidad en nosotros: «*Per gratiam tota Trinitas inhabitat in nobis*» (1). La gracia consagra nuestra alma con su invisible unción y la transforma en un templo en que Dios se complace. Y como el templo se destina a morada de Dios, si somos verdaderos templos, es preciso que la Divinidad habite en nosotros. Además la gracia establece entre Dios y nosotros, por medio de la caridad, una amistad perfecta, que no se disfruta plenamente sin la unión real de los amigos...

...De esta suerte, nuestro organismo sobrenatural exige por complemento y coronación el estado místico. El *consortium divinae naturae* diviniza nuestra sustancia, la filiación divina, nuestra persona, las virtudes infusas y los dones, nuestras facultades, y los frutos y las bienaventuranzas, nuestras operaciones. Totalmente divinizados, disponemos de un principio motor, que es el mismo Espíritu Santo, que pone en juego todas estas energías. Esto es lo que da sumo interés a la teoría del Doctor Angélico. Si el Espíritu Santo habita en nuestro corazón de un modo permanente, y si sus dones son energías vitales que tienden a desplegar su actividad, es muy natural que, de cuando en cuando, sienta el justo, que se purifica poco a poco, los toques del Paráclito, y que obedezca a su inclinación. Ésta docilidad es efecto propio de los dones: «*Dona autem Spiritus Sancti sunt quidam habitus quibus homo perficitur ad prompte obediendum Spiritui Sancto*» (2). Entre estos dones está el de la sabiduría, que dispone particularmente para la contemplación. Descendiendo de lo alto, nos aficiona a lo divino y nos capacita para apreciarlo instintivamente, como si nos fuera connatural: «*De sursum descendens iudicium rectum habet de eis secundum quamdam connaturalitatem ad ipsas*». ¡Cuánto se presta para meditar esta hermosa expresión: *secundum quamdam connaturalitatem!* Cual si fuése-

(1) I P., q. 43, a. 4, arg. 2.—Cf. De verit., q. 27, a. 2, ad 3.

(2) I<sup>a</sup> IIae, q. 58, a. 2.

mos elevados al nivel de las celestes realidades, colocados, por decirlo así, en el mismo plano de Dios e introducidos en su vida íntima. Nuestro Doctor se apropia lo que dice a este propósito San Dionisio y concluye así: «*Est perfectus in divinis, non solum discens, sed et patiens divina*» (1). Este es el don del Espíritu Santo, que perfecciona al hombre en lo divino, hasta el punto de hacérselo, no sólo conocer, sino experimentar en sí propio.

*Pati divina*, esta es la feliz expresión del estado místico... en que el alma, permaneciendo pasiva bajo la moción del E. S., *experimenta las cosas divinas* mediante un conocimiento y amor sobrenaturalmente comunicados, y que ella nunca hubiera podido activamente lograr. Y ahí está el apogeo de la vida espiritual... que de este modo llega a ser verdaderamente intensa y fecunda y llena de eternidades».

Así es cómo empieza ya el alma a gozar de Dios, asemejándose más y más a la condición de los bienaventurados. Y precisamente en irse aproximando cuanto es posible a ellos—cuya vida es toda *continua contemplación y actual amor*—está la verdadera perfección que en este mundo cabe (Opusc. 18: *de Perfect. vitae spiritualis*, c. 6).

Según esto será perfectocristiano, dice (*in I Cor. 2, 6*), «quien tiene el entendimiento elevado sobre todo lo carnal y sensible, y de este modo puede ya percibir bien las cosas espirituales, y cuya voluntad, elevada también sobre todo lo temporal, a sólo Dios se adhiere».

Así mientras el buen principiante, procura con todo esmero apartarse del mal, que es lo característico de la vía purgativa, y el proficiente, progresar en la práctica de la virtud; en el perfecto, el principal empeño del alma es *Deo adhaere et frui*: unirse a Dios más y más y gozarle (2-2, q. 24, a. 9), hasta derretirse en su amor y transformarse toda en El... Entonces, logrando así su último fin, ya no le faltará nada de cuanto puede legítimamente en este mundo desear; y a lo que «nada le falta» es a lo que llamamos perfecto: *Perfectum est, cui nihil deest*. Entonces, como ya perfecto cristiano, u

(1) IIª IIae, q. 45, a. 1, ad 2; a. 2. c.

«hombre de Cristo», estará uno siempre dispuesto para toda obra buena, sea de obligación o de su perogación (*in 2 Tim.* 3, 17).

Esa perfección y la consiguiente felicidad de que todos, si quisiéramos, podríamos llegar a gozar en medio de los trabajos de nuestra peregrinación, con sólo ser fieles a nuestros respectivos deberes y dóciles a las divinas inspiraciones, consiste esencialmente en la caridad, que es la que con Dios nos une, haciéndonos querer en todo lo que El quiere. Mas no basta para esto una caridad cualquiera, sino que es menester una muy superior a la de los que empiezan a vivir en gracia y progresar en la virtud; una ya bien ordenada mediante el don de sabiduría (*Cant.* 2, 6), y que entrañe como complemento o expansión la plenitud de las virtudes y dones del E. S.—que de ella proceden como de su raíz (1-2, q. 68, a. 4, ad 3), y en ella están vinculados—y así sea caridad tan crecida, que de ella pueda decirse que «es paciente, benigna..., que no obra en nada torcidamente» (I *Cor.* 13), y por lo mismo es ya verdadero «vínculo de perfección» (*Col.* 3, 14).

Por tanto, la perfección integral de la caridad supone la posesión de todas las virtudes y dones del E. S., o sea un alto grado de la *gratia virtutum et donorum* que de veras nos perfecciona y espiritualiza y santifica (3.<sup>a</sup>P., q. 62, a. 2, ad 1). Y esa perfección de los dones implica por necesidad un alto estado místico... Así advierte el Angélico Doctor (*in I Cor.* 2, lect. 3), que el Apóstol identifica los *espirituales* con los *perfectos*, por lo mismo que la perfección la da una comunicación del Espíritu Santo que los espiritualiza, tomando posesión de ellos como director y dueño; y esto es precisamente lo que constituye el estado místico, donde el alma, bajo esa divina dirección, vendrá a proceder de un *modo sobrehumano*; mientras en el estado ascético todavía se practica la virtud imperfectamente, o sea a nuestro pobre *modo humano*, por no estar aún bien despiertos nuestros espirituales sentidos.

Es perfecto, añade en otro lugar (*in Hebr.* 5, 14), el que tiene los sentidos bien ejercitados para discernir el bien del mal, «sintiendo las cosas de Dios» y gustando

cual sea el divino beneplácito (*Rom.* 8, 5; 12, 2). Y los que así son, como espirituales, juzgan de todo con acierto y «no pueden ser bien juzgados por uno que no lo sea, como no lo puede ser un despierto por un dormido» (*in I Cor.* 2, lect. 3).

El espiritual, dice (*in Rom.* 8, 14), ya no obra por propia iniciativa, ni según los cálculos de nuestra razón, sino según la moción e instinto del E. S.—Sin esta divina dirección, vuelve a decir (*in Gal.* 5, lect. 4-7), nuestras pobres facultades vendrán a flaquear muchas veces, y así, para ir seguros en nuestra vida espiritual, debemos proceder siempre bajo la moción del Divino Espíritu: *In vita spirituali, omnis motus noster debet esse a Spiritu Sancto.*

De este modo es como irá El perfeccionándonos en todo a la vez que haciéndonos cada vez más *espirituales*, comunicándonos sus mismas propiedades divinas, a la manera que el fuego va encendiendo un carbón hasta transformarlo en fuego (*in Joan.* 3)...

He aquí, pues, según el Doctor Angélico, al alma verdaderamente espiritual, al alma perfecta, al alma mística: es aquella que se ha convertido en divina llama de Amor; porque transformada de claridad en claridad bajo la acción del Divino Espíritu (*2 Cor.* 3, 18), sus místicos ardores son llamas de Jahvé (*Cant.* 8, 8).

En esa feliz alma tiene Dios tales delicias viendo la fidelidad y amor con que le sirve, que no dejándose vencer en generosidad, se entrega todo a ella con una «familiaridad estupenda sobre manera», no sólo para regalarla como Padre y Amigo y Esposo, sino—lo que es aún más para llenar de asombro—hasta para servirla a su vez, cual prisionero y esclavo que no tiene otra cosa que hacer que estar a sus órdenes, y como si ella fuera su dueño y aun su Dios: «In tantum se subicit, quasi sit servus emptitius singulorum, quilibet vero ipsorum sit Deus suus» (*Opusc.* 63, *de Beat.*, c. 2).

Y esta indecible felicidad y soberana alteza se ofrece a todo cristiano sin excepción: a todos los sedientos, dice, los invita Nuestro Señor a beber en las fuentes de la mística *agua viva* (*in Joan.* 7, 17), o sea a gozar de

las íntimas comunicaciones de su divino Espíritu, que constituyen esa *agua de la sabiduría saludable*, la cual apaga toda sed terrena y limpia el alma de todas sus manchas, y la ilustra con resplandores celestiales y la inflama en amor divino. A todos, en efecto, nos anima Jesús a subir hacia la cumbre de las bienaventuranzas, que son, dice Santo Tomás (*in Mt.*, 5), el comienzo y fin y resumen de la ley evangélica. Y los que con la gracia de Dios procuren ser fieles en cumplir la primera parte de cada una de ellas,—pobreza de espíritu, mansedumbre..., pureza de corazón, etc.,—desde esta misma vida empezarán a gozar del eterno premio a que se ordenan, que es: la posesión del reino interior y... la visión de Dios a que, mediante el don de inteligencia, son elevadas en mística contemplación las almas perfectas y santas (1-2, c. 6, a. 2).—Por tanto, según él, los que ahí no llegan, por buenos que parezcan, aún distan bastante de la verdadera santidad y de la perfección a que todos somos llamados.

Así el Doctor Angélico no admite más que una sola manera de *contemplación*, que es la infusa o mística, a que el alma fiel va siendo poco a poco elevada mediante los dones de sabiduría e inteligencia; una sola *perfección*, que consiste en el pleno desarrollo de las gracias bautismales, y especialmente de la *gratia virtutum et donorum*; una sola *santidad* que provienen de la plena comunión del Espíritu santificador, el único que puede hacernos santos y perfectos y espirituales y verdaderos contemplativos; los cuales, mientras cumplen fielmente todos sus deberes, tienen de continuo su conversación en los cielos... (*Phil.*, 3, 20); y El solo es quien puede conducirnos sin el menor extravío por el único camino de santificación (*in Mt.*, 4, 4), que es la fiel imitación de Jesucristo. Y cuantos de veras le siguen, van quedando iluminados, hasta que íntimamente unidos con El, resplandezcan como otros tantos soles con verdadera luz de vida (*Joan.*, 8, 12; *Mt.*, 5, 14).

De esta suerte es como vendrán a ser las almas perfectas, otras tantas lumbreras espirituales, que lucirán tanto, cuanto sea el ardor divino en que viven: «Lucer-

na spiritualis, non lucet nisi prius ardeat, et inflammetur igne charitatis» (*in Joan.*, 5, lect. 6).

Por esto, si nos preciamos de verdaderos discípulos de Cristo, antes hemos de procurar una vida santa e ilustrarnos con el resplandor de todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, que pensar en ilustrar a los demás; pues de aquélla es de donde ha de proceder la verdadera luz que alumbre y no ofusque: «Prius vita quam doctrina; vita enim ducit ad scientiam veritatis» (*in Mt.*, 5).

\* \* \*

**RESUMEN:** Las verdades fundamentales de la doctrina mística de Santo Tomás de Aquino son estas: La perfección cristiana a que todos estamos obligados a tender,—puesto que a todos se nos dice: *sed perfectos como vuestro Padre celestial...*—consiste en el pleno desarrollo de las gracias bautismales y muy principalmente de la gracia de las virtudes y los dones. Así no basta que se procuren cultivar bien aquéllas, que sin cultivar éstos, todavía *nos faltaría algo* y mucho para ser lo que debemos... Y sin el influjo de los dones las mismas virtudes no podrían llegar a su plena perfección.—Mas como tanto los dones como las virtudes están vinculados en la caridad y con ella crecen, y ella es la que nos une con Dios, en que está nuestro último fin y nuestra felicidad; y de ahí que aquélla consista esencialmente en la perfecta caridad, que es verdadero vínculo de perfección.

Así, quien esa perfecta caridad tiene, habrá debido subir a tan alto grado de amor divino, que arderá ya en vivas llamas hasta derretirse y fundirse y transformarse todo en Dios... Por lo mismo gozará ya allí el alma del premio incipiente de las bienaventuranzas, en que está la verdadera felicidad de esta vida y la prenda de la eterna. Vivirá remontada en alta contemplación mística, y «gustando y viviendo cuán suave es Dios»... Y así, renovada cada día en la novedad del sentido espiritual, entenderá y aún podrá hablar el sublime lenguaje de la mística sabiduría, juzgará de todo con acierto, y con esto dejará de conformarse a este siglo, «proban-

do cuál sea la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta» (*in Rom.*, 12, 2).

Doctrina consoladora que, si todos procurásemos tener presente y darla a conocer, no podría menos de excitar en las almas fieles y generosas las más santas aspiraciones y nobles resoluciones, y en las demás, si quiera algún deseo eficaz de mejorar su vida y no llevar una tan rastrera y rutinaria, viendo cómo podrían, si quisiesen, con la gracia que Dios no les niega, remontarse a tan soberanas alturas irradiadas de la luz eterna... Y así es como en todas partes podría irse elevando poco a poco el nivel ordinario de la vida cristiana.

---

## CAPITULO IV

---

### Influencia de Sto. Tomás en la mística de S. Juan de la Cruz y Sta. Teresa (1)

*Rigans montes de superioribus  
suis.—(Ps. 103, 13).*

#### I.—El Doctor Común y los buenos maestros de espíritu.

La poderosa influencia ejercida por el Universal Doctor Angélico en los grandes místicos especulativos que le sucedieron, puede verse con sólo leer un poco a Taulero, a Dionisio Cartujo, a Alvarez de Paz o a La Puente. Por de pronto, en casi todos los carmelitanos es bien poco menor, si no igual que en los dominicanos.—Así no hay por qué insistir sobre ello, pues salta a la vista.

La que no es tan notoria, es la ejercida en los místicos prácticos, en los Maestros en quienes predomina la experiencia sobre la especulación y la teoría. Mas no por eso deja de ser muy real, especialmente en los más acreditados, como lo son S. Juan de la Cruz y Sta. Teresa. En aquél la ejerció en parte directamente y en parte quizá por medio de Taulero, en quien manifiestamente parece haberse inspirado no pocas veces el extático Doctor Carmelitano; y en ella, sin duda indirectamente, por la lectura de autores más o menos tomistas, y por el trato de tantos confesores y directores dominicos.

A esos tan excelsos montes de santidad y de luz, tan radiantes con destellos divinos, parece como que los regó

(1) Cf. *La Vida Sobrenatural*, Marzo y Julio de 1924.

e hizo más amenos con lo más elevado y escogido de su doctrina, para que ellos pudieran luego, con acierto y seguridad, saciar cumplidamente la tierra de tantos corazones sedientos. Todos los grandes místicos, por muchas que fueran sus propias luces y altísimas las noticias infusas que en el trato íntimo con Dios recibieron, sintieron, como el mismo S. Juan de la Cruz advierte, la necesidad de asegurarse con la autoridad de algún maestro; y ninguno como el Común Doctor de Aquino para cuantos saben muy bien que quien le siga va muy seguro, y los que de él se apartan se hacen más o menos sospechosos, conforme dijo un Sumo Pontífice.

Así vemos cuántos ánimos y cuánta seguridad cobraba la mística Doctora cada vez que consultaba a los grandes teólogos dominicos, por cuyas bocas le hablaba Santo Tomás: de donde resulta el verse ella siempre en el fondo tan inspirada en él, aunque sin darse cuenta de ello ni por lo mismo parecésele apenas nada en la forma, que siempre suele serle tan propia y original (1).

Mas S. Juan de la Cruz, con ser también hasta cierto punto originalísimo, parécese en todo, en el fondo y aun con suma frecuencia hasta en la misma forma o expresiones de las altísimas enseñanzas que más le caracterizan y acreditan, conforme trató ya de mostrar bien por extenso el P. Quiroga, C. D. (2).—Y no es porque guste mucho de mencionarlo sin necesidad, pues el Doctor extático jamás hace alardes de erudición si no es en Sagrada Escritura; a Sto. Tomás sólo unas cuatro veces le cita expresamente: una para declarar la naturaleza de la contemplación y mostrar que, si ésta es ver-

(1) «Ni en lo más mínimo—dicen los Salmanticenses—se separó del Angélico Preceptor la Maestra Angélica». José del E. S. (Isagoge, 1924, p. 24) la llama *Thomisticae Scholae fulgor ingens*.

(2) «Los teólogos místicos que más han estudiado a Sto. Tomás y S. Juan de la Cruz, como Felipe de la Sma. Trinidad, Antonio del E. S., Vallgornera, José del E. S., advierte el P. Garrigou-Lagrange (*Perfect. chrét. et contempl.*, p. 576), piensan que hay perfecta armonía entre los principios de estos dos grandes maestros. Ciertamente que S. Juan de la Cruz, como antes Taulero y Rusbrockio, añade muchas precisiones, pero éstas se hallaban virtualmente en los principios del Doctor Angélico, y estos principios son los que permiten entenderlas bien y caminar con seguridad en estas difíciles cuestiones».

dadera y no de puro nombre (como esa ficticia que llaman *adquirida*, que hoy algunos tanto encarecen y él nunca conoció), siempre nace y termina en amor de Dios (2-2, q. 180, a 7, ad 1): otra para describir los grados del mismo amor; la otra para declarar hasta dónde debe éste llegar para que pueda llamarse perfecto y hacer feliz al alma, la cual, advierte (*Cánt. esp.*, c. 38), no estaría contenta, «si, como dice Sto. Tomás (*in Opus. de Beatitud.*), no sintiere que ama a Dios tanto cuanto de él es amada»—; y otra, por fin, para explicar las visiones... Pero sin citarlo, como tan asimilado le tenía en las escuelas salmantinas, en todo parece inspirado o apoyado en él. Así en todas sus muchas excursiones a «filosofar» o teologizar escolásticamente, vémosle exponer la más pura doctrina tomista... Y no sólo ahí, sino aun cuando más alto se eleva—casi hasta perderse de vista—en alas del don de inteligencia, con que tanto resplandeció, o parece derretirse en las dulzuras del divino amor, o fundirse y transformarse con los ardores de la caridad bien ordenada con el don de sabiduría, oírmosle explicarse, según vamos luego a ver, con expresiones tomadas en gran parte de labios del Doctor Angélico, aunque luego por él maravillosamente ampliadas e ilustradas con la elocuencia que nace del corazón lleno de Dios.

Así en todo le hallaremos siempre de acuerdo con él, y muy particularmente en dar a conocer las verdaderas fases progresivas del camino espiritual y los correspondientes estados de alma y, sobre todo, al declarar en qué consiste la vida propiamente espiritual, en qué la verdadera santidad y la plena perfección cristiana y mostrar cómo todo esto en el fondo es una misma cosa, que consiste en estar plenamente poseídos y dirigidos del Espíritu santificador que nos hace ser verdaderos hijos de Dios, espirituales y perfectos en Cristo. Estos gozan ya del pleno ejercicio de los místicos sentidos interiores y sienten las cosas del espíritu y gustan cuán suave es Dios; y así entienden admirablemente el lenguaje de la divina Sabiduría y pueden correr y volar por las sendas de la justicia, logrando ya, como por cierta ma-

nera de gusto o de olfato espiritual, conocer cuál sea en cada caso la voluntad de Dios para cumplirla en todo fielmente, que en eso mostrarán ser perfectos. Y así perciben también los altísimos toques de amor que «a vida eterna saben» y suscitan noticias divinas elevadísimas con que el alma queda purificada y renovada; y, remontada sobre todo lo terreno, se hace cada vez más apta para penetrar con el don de inteligencia hasta en los íntimos misterios de Dios. De este modo es como vienen a quedar alumbradas nuestras tinieblas, disipadas nuestras ignorancias, purificadas todas nuestras obras lo mismo que nuestras intenciones y virtudes y potencias, y transformada en resplandores de vida divina nuestra pobre mortalidad.

De donde se sigue, que esa vida es única, como que es la del mismo Jesucristo viviendo en nosotros por una plenísima comunicación de su Espíritu; y uno el camino que a ella conduce, que es la perfecta imitación del mismo Salvador, a quien, siguiéndole fielmente, llegaremos por fin a quedarle íntimamente *unidos*, a medida que vayamos siendo iluminados con su *luz de vida*, y transformados con los vivos resplandores de su verdad. Por eso a todos llama el divino Maestro para que de El puedan recibir esa plenitud de vida (*Joan.*, 1, 12, 16; 3, 16; 6, 58; 7, 37; X, 10), a todos los sedientos ofrece esas místicas aguas, a todos cuantos de veras le imiten hasta el heroísmo de las virtudes, promete para esta misma vida los inestimables tesoros de las bienaventuranzas, que están en la cumbre de la perfección a que debe tender todo buen cristiano.

## II.— Las tres fases de la vida espiritual.

Mientras que el principiante va como contando sus pasos y mirando y remirando dónde pone el pie, y calculando las dificultades y los medios de vencerlas, y haciendo sus planes y meditando y reflexionando bien sobre lo que hace y lo que debería hacer, como si el negocio de su adelantamiento en la vida espiritual, aunque obra de la gracia, dependiera en todo de sus industrias y esfuerzos (con lo cual tiene que proceder de una

manera muy baja y rastrera, o sea al modo humano, según las normas e iniciativas de la propia razón tal como se halle más o menos ilustrada por la fe); el cristiano perfecto y aun en gran parte el que se le acerca, o sea el aprovechado, procede ya de un modo sobrenatural y divino, «quasi deus factus», por estar poseído del Divino Espíritu y como deificado, o bien como movido, dirigido e inspirado del mismo Espíritu Santificador.

Esto es lo que hace al hombre realmente *espiritual*, santo y perfecto cristiano, a quien ya nada falta para la plena expansión de las gracias bautismales, con que merezca el nombre de consumado en la virtud y justicia, y así sea verdadero hombre de Dios, apto para toda obra buena por grande que sea.

En la vía purgativa propia de los principiantes, aunque se debe, según dice Santo Tomás (2-2, q. 24, a. 9), tender siempre a la unión con Dios con actos de amor y la práctica del bien, predomina el esfuerzo por apartarse y preservarse del mal; en la iluminativa, propia de proficientes o aprovechados, aunque debe proseguir la purificación y acrecentarse la unión, predomina la ilustración del alma con el resplandor de la verdad contemplada y la fiel práctica de toda virtud, con que corre presurosa por las sendas de la justicia; y en la unitiva, a la vez que se consuma la purificación y se llega a la plena iluminación, predomina la firme adhesión a Dios y la fruición del Sumo Bien.

Las tres cosas deben, pues, ir siempre bien unidas, aunque predomine una de ellas; y así no hay en realidad tres vías separadas, sino una sola vía ascendente con tres fases principales, caracterizadas por lo que en ellas predomina.—Pero todas esas tres cosas: purificación de pecados y defectos, iluminación con obras propias de hijos de la luz, y adhesión a Dios con actos de amor y de gozo en El, se realizan muy imperfectamente mientras que el alma, aunque ayudada de la gracia, tenga que hacerlo a su bajo modo humano y con sus propias industrias, como sucede en la ascética, o sea en la práctica que llaman ordinaria de la virtud. Y sucederá por necesidad hasta que esta virtud se complete y

perfeccione con el ejercicio de los dones, que le dan la madurez de los frutos del E. S. y de las bienaventuranzas y mediante los cuales el alma se habilita para sentir los suavísimos toques, oír las santas inspiraciones y seguir las delicadas mociones del Divino Huésped, bajo cuya soberana influencia, procediendo ya de un modo sobrehumano, acabará ella de purificarse cuanto es menester para poder empezar a iluminarse de veras y perfeccionarse en todo; de tal suerte que muestre ser ya fiel hija de Dios, como verdaderamente poseída y dirigida del Espíritu Santificador (*Rom.*, 8, 14), que poco a poco la irá transformando de claridad en claridad hasta configurarla con el Divino Modele (*2 Cor.*, 3, 18).

Y en eso está la plena perfección a que debe todo cristiano aspirar, y lo más característico de la vida mística.

Así el don de sabiduría, que en ésta hace sentir tan al vivo las inefables dulzuras de Dios, a la par y previamente ilumina y aun purifica para hacerlas sentir cada vez mejor y para facilitar el ejercicio del don de inteligencia; el cual, según dice Santo Tomás (*3 Sent.*, d. 34, q. 1, a. 4; d. 35, q. 1, a. 2), purifica a su vez de los fantasmas de la imaginación y aun de las formas y representaciones de nuestro pobre entendimiento, a fin de que pueda luego el alma remontarse a las más encumbradas alturas y penetrar en los más profundos misterios de la Divinidad.

San Juan de la Cruz, como Doctor místico que en todo se mostró, no escribió nunca de propósito sobre cosas puramente ascéticas, o propias de principiantes y de sus modos discursivos de oración, ni de los demás ejercicios de la vida purgativa. De lo que acerca de ésta pudo enseñar a los novicios, no tenemos sino algunas referencias y conjeturas. En sus libros todos, aun en la misma *Subida del monte Carmelo*—con ofrecer cierto aspecto ascético—, no enseña lo que hay que hacer a nuestro modo para salir de las sendas del mal y emprender la del bien, encaminándonos hacia el Monte santo: no se dirige a todos, sino tan sólo a ciertas almas venturosas que, según iban tratando de subir como a su modo podían por las faldas de ese encumbrado Monte

del Señor, les hizo ya El la merced de incapacitarlas más o menos para discurrir y tener oración al modo humano, poniéndolas en la mística oscuridad de la *noche del sentido*, que allí se empieza a comentar.—Por esto en ese libro se enseña no lo que conviene empezar a hacer al modo humano, sino lo que debe procurarse para dejar todo modo y todo proceder humano, a fin de quedar cada vez más vacíos de todo y dejarse poseer y mover sin resistencia alguna del divino Espíritu, para que así, bien purificados los ojos del corazón, vayan quedando cada vez más iluminados con los resplandores del Sol de justicia que irán percibiendo en mística contemplación, según vayan con eso despertando sus sentidos espirituales.

Así comienza el Santo diciendo en el mismo Prólogo, que va a tratar de cosas inefables, que no pueden saberse bien sino por experiencia; y que con ser tales, le movió a declararlas en lo posible la mucha necesidad de ciertas almas las cuales, «queriéndolas N. S. poner en esta *Noche oscura*, para que por ella pasen a la divina unión, ellas no pasan adelante..., por no... dejarse entrar en ella... Y así para este saberse *dejar llevar de Dios*, cuando Su Majestad los quisiere pasar adelante... daremos doctrina y avisos... Porque acaecerá que *lleve Dios* a un alma por *altísimo camino de oscura contemplación y sequedad*, en que a ella le parece que va perdida...»

Y en la *Noche oscura del sentido* (cap. I) empieza así: «En esta noche oscura comienzan a entrar las almas cuando Dios las va sacando del estado de *principiantes*, que es de los que *meditan* en el camino espiritual, y las comienza a poner en el de los *aprovechados*, que es *ya de los contemplativos*, para que, pasando por aquí, lleguen al estado de *perfectos*, que es el de la *divina unión*».

Según esto mostrará un cristiano hallarse tanto más *adelantado* o más cercano a su plenitud de vida, cuanto más vaya saliendo del *modo humano* y pasando al *sobrehumano*; y tanto más espiritual y perfecto será, cuando más se haya renunciado y vaciado a sí mismo, y dejado llenar y poseer del divino Espíritu.

Y cuando ya merezca el nombre de *espiritual*, sentirá ya las cosas del espíritu, y juzgará con acierto de los misterios de la vida sobrenatural, de los cuales nada o apenas nada puede entender, ni menos juzgar rectamente el *carnal*, o sea el «hombre animal» o *pequeñuelo en Cristo*: que lo viene a ser—según el Apóstol—todo aquel que aún juzga y procede al modo humano, contento con solas las luces de la simple fe sin los dones, y con la práctica de la *virtud ordinaria*, incapaz de entender el lenguaje de la mística sabiduría que se habla entre los perfectos, y de discernir bien en los diferentes casos cuál sea el beneplácito de Dios (*Rom.*, 8, 5; *1 Cor.*, 2, 6-15; 3, 1-3; *Eph.*, 5, 10).

Eso no es posible hasta que despierten y funcionen bien los sentidos espirituales, en cuyo pleno ejercicio, según el mismo Apóstol y conforme declara Santo Tomás (*in Hebr.*, 5, 14), consiste la verdadera perfección cristiana o sea la edad adulta y madura del varón perfecto (*Eph.*, 4, 13).—Pues entonces, reformado en la novedad de su sentido, conocerá y comprobará por gusto espiritual «cuál sea la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta», y logrará cumplirla fielmente dejando de «conformarse a este siglo» (*in Rom.*, 12, 2), o sea a los modos y juicios y procederes humanos: y en eso precisamente consiste la perfecta caridad, que es vínculo de perfección de toda virtud (*Col.*, 3, 14).

Esa moción e inspiración divinas que sacan al alma del modo humano al sobrehumano, se dejan sentir no cuando nosotros queremos, sino cuando el divino Espíritu, que inspira donde quiere, se digne obrar en nosotros o inspirarnos. Pero aunque no sabemos cuándo, sabemos que en todos quiere hacerlo y lo hará más tarde o más temprano con tal que no le resistan ni se le hagan sordos, sino que abriéndole de par en par la puerta de sus corazones con fervientes deseos y ruegos y con la fiel práctica de todos sus deberes y de la virtud ordinaria, procuren vaciarse más y más de sí mismos y dejarse influir y poseer y gobernar de El (1).

«Instinctus actualis Spiritus Sancti in manu nostra

(1) *Eph.*, 4, 22-30; *Apoc.*, 3, 20.

non est, advierte Juan de Sto. Tomás (in 1-2, q. 68, Disp. 18, a. 2, n. 31); sed est in manu nostra habere cor semper paratum ad obediendum et ut facile mobiles simus a Spiritu Sancto».

El Doctor Angélico dice repetidas veces que la primera parte de las bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres de espíritu... los mansos... los que lloran», etcétera, merece en todo rigor la segunda: «de ellos es el reino, poseerán la tierra, serán consolados... verán a Dios, etc.»: lo cual se verificará plenamente en la gloria, y aquí de un modo incipiente, gustando un comienzo de ella, mediante la divina contemplación, conforme sucede en los santos o cristianos perfectos, en quienes tan maduros están ya los frutos del E. S., que desde este destierro empiezan a gozar de un cielo anticipado (1-2, q. 68, a. 2).—Así en las bienaventuranzas está toda la perfección de las virtudes, no sólo la que éstas puedan tener por sí mismas, o sea ejercitadas al modo humano, sino la que de un modo sobrehumano pueden recibir bajo el influjo de los dones; a los cuales se atribuyen aquéllas principalmente por la gran perfección que implican (1-2, q. 70, a. 3).—Pero todas las bienaventuranzas, con suponer como suponen el buen ejercicio de los dones del E. S. y de los consiguientes sentidos espirituales, por lo mismo que en ellas está la verdadera perfección de las virtudes, son necesarias para la plena perfección cristiana. Así grandemente se equivocan los que piensan que puede existir ésa sin la vida mística, la cual está caracterizada por ese predominio de los dones, que es necesario en las bienaventuranzas: «Cum beatitudo sit actus virtutis perfectae, omnes beatitudines ad perfectionem spiritualis vitae pertinent» (S. Th. 2-2, q. 19, a. 12, ad 1).

Y sin embargo por ellas empieza la predicación evangélica, dirigida a todos, y en ellas se resume toda la vida cristiana: «Christus in doctrina sua primo prae-misit istas beatitudines, ad quas omnia alia reducuntur» (S. Th. in Mt. 5).—Y como hacia la consecución de las bienaventuranzas nos vayamos acercando con el ejercicio de los dones aún más que con el de las virtudes (1-2, q. 69, a. 1), de ahí que sólo cuando empieza uno a

aprovechar de veras en los actos de virtudes y dones, es cuando hay fundada esperanza de que llegará a la perfección (ib. a. 2).

### III.—El perfecto cristiano.

No basta, pues, cualquier manera de progreso ordinario en las virtudes para que con verdad se pueda tener a uno por perfecto: si no ha salido aún de los métodos y procederes de la ascética, si esas virtudes no van acompañadas de los dones que les han de dar la sólida perfección que llegue a un habitual heroísmo (cf. 1-2, q. 68, a. 1, ad 1) haciendo que el alma se remonte sobre sí misma y sobre todo lo terreno, aún distará ésta mucho de merecer el nombre de *perfecta y espiritual*, y ni aun merece siquiera, según Santo Tomás y San Juan de la Cruz, el nombre de proficiente o *aprovechada*; pues procederá aún en todo como principiante o carnal; yendo por lo mismo todas sus cosas, conforme dice Santa Teresa (*Camino*, c. 19), más o menos «enlodadas».

El Angélico Doctor, según ya hemos visto, enseña que sólo pueden llamarse *perfectos*, quienes tienen el entendimiento elevado sobre todo lo carnal y sensible—, y de este modo pueden ya percibir las cosas espirituales—, y cuya voluntad, elevada sobre todo lo temporal, a sólo Dios se adhiere (1).—Así irá asemejándose cada vez más a los bienaventurados, quienes en todo están actualmente unidos a Dios.—Y en esta aproximación a la consumada perfección de la patria está la verdadera perfección que en esta vida cabe: «*Ut in similitudinem perfectionis illius, quantum possibile est, nos trahamus; et in hoc perfectio hujus vitæ consistit*» (S. Th. Opusc. 18: De Perfect. vitæ spir., c. 6).

Estos verdaderamente ansían por ir a ver a Nuestro Señor, y «todo su principal intento es adherirse a Dios y gozarle» (2-2, q. 24, a. 9).

(1) «*Dicuntur perfecti intellectu, illi quorum mens elevata est super omnia carnalia et sensibilia... Perfecti autem secundum voluntatem sunt, quorum voluntas super omnia temporalia elevata, soli Deo inhaeret*». S. Th. in I Cor. 1, 6, lect. 1.

Y a los que así hambread y gustan y sienten las cosas del cielo, es a los que el Apóstol llama adultos, resucitados con Cristo, espirituales, perfectos, que no juzgan ya según la carne, ni proceden al modo humano, sino como animados y poseídos del divino Espíritu (1). Quien con la comunicación de Sí mismo, de sus dones, de sus ardores y sus divinas propiedades, hace a los hombres perfectos a la vez que espirituales, que ya no se mueven por propio arbitrio ni juzgan según pareceres humanos, sino movidos e instruidos del que es ya su Dueño absoluto, su «Señor y Vivificador».

«In viro *spirituali*, dice Santo Tomás (In Joan. 3), *sunt proprietates Spiritus Sancti, sicut in carbone succenso sunt proprietates ignis*».

«*Homo spiritualis*, añade (in Rom. 8, 14), non quasi ex motu propriae voluntatis, sed *ex instinctu Spiritus Sancti inclinatur ad aliquid agendum...*»

Y en otro lugar (in I Cor. 2, lect. 3), advierte que el Apóstol llama *espirituales* a los mismos que había llamado *perfectos*: «Eisdem hic nominat spirituales quos supra perfectos, quia *per Spiritum Sanctum homines perficiuntur in virtute...* Dicitur homo spiritualis: Uno modo ex parte intellectus, Spiritu Dei illustrante... Alio modo ex parte voluntatis, Spiritu Dei inflammante; et hoc modo dicitur in Glosa quod *spiritualis vita est, qua Spiritum Dei habens rectorem, animam regit*».

Así el espiritual está verdaderamente *poseído, movido y regido* por el Espíritu Santo, con cuyos dones se *perfecciona* en la virtud (3 p., q. 62, a. 2. ad 1): conoce con seguridad las cosas espirituales y—a diferencia del no espiritual—juzga de todo con acierto, por lo mismo que tiene el entendimiento divinamente ilustrado y el afecto ordenado e inflamado. Así es como no puede ser juzgado el hombre espiritual por el no espiritual, como no puede el despierto serlo por uno que esté dormido.

De ahí que no puedan ser buenos directores y maestros de espíritu los que no procuran ser, ante todo, verdaderamente *varones espirituales* y tener bien ejerci-

(1) I Cor. 2, 13-15; II Cor. 3, 18; Rom. 8, 5; 12, 2; 13-14; Gal. 5, 25; Phil. 2, 5; Col. 3, 1-3; Hebr. 5, 12-14.

tados sus místicos sentidos, para así poder alumbrar a otros en la medida en que ellos arden (Cf. S. Thom. in Joan. V, lect. 6; San Juan de la Cruz, *Avisos*, 192).

Conforme a esto, enseña Santa Teresa, que ponerse a juzgar de cosas «de espíritu *sin tenerlo*», es una grandísima temeridad, y que así yerran muchos con muy grave daño de las almas (cf. *Vida*, c. 13, n. 14; c. 34, n. 11).

Y San Juan de la Cruz insiste en ello repetidas veces mostrando cuánto se engañan esos en todo; y cómo yerran a su vez, viniendo a tomar lo que no es de Dios por de Dios y lo bajo por alto, y viceversa, los mismos que, con estar ya más o menos adelantados en la virtud, no son todavía bastante espirituales para sentir bien esas cosas, ni por lo mismo, perfectos cristianos y hombres de Dios, bien poseídos del Espíritu del Divino Maestro.

No podremos ser *perfectos*, dice Sto. Tomás (in 2 Tim. 3, 17), sin ser *hombres de Dios*; y esto solamente lo seremos cuando instruídos, inflamados y habilitados por el mismo divino Espíritu, cumplamos con verdadera perfección todos los mandamientos y principalmente el del amor divino; y así crezcamos en ciencia santa y prosperemos y florezcamos en toda suerte de virtudes y obras buenas, y muy particularmente en las interiores, que son las que a Dios más agradan y más nos santifican y perfeccionan, y por tanto en la perfecta oración y contemplación (cf. Col. 1, 9-10).

«Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, dice a su vez San Juan de la Cruz (Anot. a Canc. 29), que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios... si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración... Ciertamente harían más y con menos trabajo, y con una obra que con mil...»—Cf. Santa Teresa, *Vida*, c. 20 y 21.

El Apóstol quiere que dejemos de ser niños en los sentidos (I Cor. 14, 20), y reprende a los Hebreos (c. V), que aun se conducían como tales, necesitando alimentarse con leche, — que són los consuelos, consideraciones, imágenes y representaciones sensibles de que necesitan los principiantes, incapaces de gustar y digerir

alimentos más sólidos—, por no entender aún el lenguaje de la perfecta justicia; mientras que el perfecto, desprendido de lo terreno y transitorio, y de las miras y miserias humanas, siente ya bien las cosas de lo alto y tiene sus sentidos espirituales bastante ejercitados para saber en cada caso lo que más conviene, o sea lo que es más grato a Dios; y así necesita ser alimentado con muy más altas doctrinas.

«Omnis qui indiget nutriri lacte, escribe sobre esto, según ya vimos, Santo Tomás (In Hebr. 5, lect. 2), *expers est, id est, non potest habere partem in sermonibus perfectae justitiae intelligendis...* Hujusmodi non sunt participes pueri. Quando (homo) pervenit ad perfectionem spiritualem, debet ei exponi doctrina solidior... *Loquenda sunt igitur alta mysteria perfectis...* Apostolus volens ostendere qui sint *perfecti* quibus sit tradendus iste solidus cibus, dicit quod *sunt isti qui pro sua consuetudine habent sensus exercitatos*».

Sin ese buen ejercicio de los sentidos espirituales o místicos, imposible es proceder como perfectos ni saber discernir cual conviene lo que es más del Divino agrado.

Para juzgar las cosas de Dios como son hay que estar muy espiritualizados, muy desprendidos de las cosas y maneras y apreciaciones humanas o carnales, de que aún están más o menos influidos los que todavía no proceden de ordinario al modo sobrehumano, propio de quien obra bajo el influjo de los dones del E. S.

Por eso el Angélico Doctor advierte muy oportunamente que el Apóstol identifica los conceptos de ser *carnales* y de *proceder a lo humano*; porque mientras no seamos elevados al modo sobrehumano, nos dejaremos llevar aun más o menos, acaso sin darnos cuenta, de afectos carnales (in I Cor. 3, 1-4).—Y por eso mismo afirma enérgicamente en otro lugar (in Gal. 5, lect. 4-7), que para proceder con toda rectitud necesitamos estar regidos por el E. S.; y que así *debemos* procurar *ser en todo movidos de El*: «Si ergo spiritu vivimus, *debemus in omnibus ab ipso agi...* *In vita spirituali, omnis motus noster debet esse a Spiritu Sancto*».

Sin vivir así del mismo divino Espíritu imposible

es—por más que hoy se diga en contra—llegar a la verdadera y plena *perfección de la vida espiritual*.

#### IV.—El morir a sí mismos y el vivir divino en el alma.

Mas para eso es menester una completa negación de nosotros mismos, renunciando en todo a nuestros gustos y pareceres y a las sugerencias del espíritu humano, para sólo atender al Divino con el perfecto ejercicio de los dones y los sentidos espirituales. Y para que éstos funcionen bien se necesita una perfectísima purgación activa y pasiva no sólo de pecados y defectos o imperfecciones voluntarias, sino hasta de toda suerte de imágenes y fantasmas sensibles, quedando el alma como vacía de todo y oscurecida a los modos discursivos humanos, para que en ella obre el don de inteligencia de suerte que pueda remontarse en alta contemplación.

El don de inteligencia, advierte el mismo Santo (3 Sent., d. 34, q. 1, a. 4), exige una pureza tal, que sea «non solum a passionum illecebris... sed etiam ab erroribus et phantasmatis et spiritualibus formis, a quibus omnibus docet discedere Dionysius... tendentes in divinam contemplationem».

Así es como, una vez bien purificada el alma, dejando de conformarse a este siglo en nada, ni aun en los modos y maneras que antes le servían para buscar a Dios, irá ella «reformándose en la novedad del sentido» hasta el punto de poder en «cada caso probar cuál sea la voluntad divinas»; y así, vacía de sí misma, empezará a poseer el místico reino, y gozar del premio incipiente de las bienaventuranzas, gustando con el don de sabiduría cuán suave es Dios, y viéndole de algún modo con el de inteligencia.

Sabemos que el Apóstol (Rom. 12, 2) nos dice a todos: «Nolite conformari huic seculo; sed reformamini in novitate sensus vestri, ut probetis quae sit voluntas Dei...»—Lo cual comenta el Angélico diciendo: «Ut probetis, id est, *experimento cognoscatis*... Talem ergo *experiantur Dei voluntatem qui non conformantur huic seculo, sed reformantur in novitate sensus sui*».

De este modo es como llega a realizarse en esta misma vida en las almas perfectas, «*in viris perfectis... aliqua inchoatio beatitudinis...*», un comienzo o presagio de la plena felicidad que para siempre han de gozar. — «*Omnia illa praemia perfecte quidem consummabuntur in vita futura, sed interim etiam in hac vita quodammodo inchoantur. Nam regnum coelorum potest intelligi perfectae sapientiae initium, secundum quod incipit in eis Spiritus regnare... In hac etiam vita, purgato oculo per donum intellectus, Deus quadammodo videri potest*» (S. Th. 1-2, q. 69, a. 2, c. et ad 3).

Y esto sucederá seguramente, según San Juan de la Cruz, cuando el alma llegue al místico Desposorio y sobre todo al *Matrimonio espiritual*, en que ya tuvo que quedar del todo reformada, transformada, espiritualizada y deificada, hecha como una viva llama de amor que arde con los soberanos incendios que le está de continuo comunicando el Espíritu Santo.

Para llegar a este venturoso estado—nos declara el Místico Doctor en su *Primer Cántico espiritual* (canc. 27, p. 577 de ed. crít., t. 2), al cual nos remitiremos aquí, así como también a la *1.ª Llama*, por creer esos textos más auténticos—el alma «primero se ejercitó en los trabajos y amargas de la mortificación y en la meditación... Después pasó por las penas y estrechos de amor... Y... después cuenta haber recibido grandes comunicaciones y muchas visitas de su Amado, en que se ha ido perfeccionando y enterando en el amor de El, tanto que, pasando de todas las cosas y de sí misma, se entregó a El por unión de amor en desposorio espiritual, en que, como ya desposada, ha recibido de el Esposo grandes dones y joyas...»

Con esto se dispone para llegar al espiritual Matrimonio, «el cual es mucho más que el desposorio; porque es una transformación total en el Amado, en que se entregan ambas las partes por total posesión de la una a la otra, con consumada unión de amor, cual se puede en esta vida, en que está el alma *hecha divina y Dios por participación...* y así es el más alto estado a que en esta vida se puede llegar; y así pienso que este estado nunca es sin la *confirmación en gracia*».

Sólo con esto es como se logra el cumplimiento de todos nuestros deseos y la realización del plan divino. «Porque, añade, todo el deseo y *fin del alma y de Dios* en todas las obras de ella, es la *consumación y perfección de este estado*, por lo cual nunca descansa el alma hasta llegar a él».

De ahí que a todos, a todos los sedientos llame Dios a estas cumbres de las bienaventuranzas a saciarse en las fuentes de aguas vivas, según enseñó Santo Tomás (in Joan. 7, 37) y repitió Sta. Teresa (Camino, c. 19-20).

A eso, añade el Común Doctor, se ordená toda la vida espiritual y cuanto a ella pertenece, a la íntima unión con Dios, por la perfecta caridad: «Finis, dice (2-2, q. 44, a. 1), *spiritualis vitae est, ut homo uniatur Deo, quod fit per caritatem; et ad hoc ordinantur sicut ad finem, omnia quae pertinent ad spiritualem vitam*».

Y esa caridad, advierte él mismo, no es perfecta, si no llega a transformarnos totalmente en Dios. «Ille, dice (Quodlid. 3, a. 17, § 1), *perfecte caritatem habet, qui totaliter in Deum per amorem transformatur*».

Y ahí está la verdadera felicidad o bienaventuranza de esta misma vida, y el fin a que toda ella se ordena, en lograr con incendios de amor una plenísima participación de la Divinidad: «Quantum ad plenam participationem Divinitatis, quae vera est hominis beatitudo, et finis humanae vitae» (3.<sup>a</sup> P., q. 1, a. 2).

Así a esto se ordena también toda la ley divina, a que el hombre vaya uniéndose cada vez más con Dios; y según convenía para mejor encaminarnos a ese fin se nos han dado los distintos preceptos: «Finis autem legis divinae est, ut homo inhaereat Deo. Et ideo praecepta legis divinae... dantur secundum quod convenit ordinationi mentis in Deum» (2-2, q. 140, a. 1).

Obrando por este fin, todos nuestros actos de virtud, serán otros tantos sacrificios, otras tantas hostias espirituales ofrecidas a Dios: «Cujuscumque virtutis actus rationem sacrificii accipit ex hoc quod agitur *ut sancta societate Deo inhaereamus*» (2-2, q. 83, a. 3, ad 1).

«De esta tal alma, prosigue San Juan de la Cruz (p. 578), se entiende lo que dice San Pablo...: Vivo, ya

no yo; pero vive en mí Cristo (Gal. 2, 20). Por tanto, viviendo el alma vida tan feliz y dichosa, como es vida de Dios, considere cada uno, si puede, qué vida será esta del alma, en la cual, así como Dios no puede sentir algún sinsabor, ella tampoco le siente, mas goza y siente deleite y gloria de Dios en la sustancia del alma ya transformada en El».

De este modo podrá practicar las virtudes todas con los divinos primores que convienen a aquellos perfectísimos que tienen el ánimo purgado y han alcanzado ya la divina semejanza, de modo que su *justicia cum divina mente perpetuo foedere societur* (1-2, q. 61, a. 5), como *confirmados en gracia*, con lo cual se encuentran levantados sobre todas las pasiones y codicias humanas.

«Porque, añade S. Juan de la  $\dagger$ , es la grandeza y estabilidad del alma tan grande en este estado, que si antes le llegaban al alma las aguas del dolor de cualquier cosa... ya... no le hacen dolor ni sentimiento, y la compasión, esto es, el sentimiento de ella, no le tiene, aunque tiene las obras y perfección de ella; porque aquí falta al alma lo que tenía de flaco en las virtudes, y le queda lo fuerte, constante y perfecto de ellas; porque a modo de los ángeles, que perfectamente estiman las cosas de dolor, sin sentir dolor..., le acaesce al alma en esta transformación de amor; aunque algunas veces y en algunas cosas dispensa Dios con ella, dándoselo a sentir y dejándola padecer, porque merezca más, como hizo con la Madre Virgen; pero el estado de suyo no lo lleva.—En los deseos de la esperanza tampoco pena... pues se ve y siente llena de riquezas de Dios, y así en el vivir y en el morir está conforme, ajustada con la voluntad de Dios. Y así el deseo que tiene de ver a Dios es sin pena».

Y ¿cómo ha de sentirla si ya lo ve de algún modo y está gozando, como dice el Angélico, de un presagio de la Gloria, sintiéndole a El reinando como Dueño absoluto en el propio corazón, según sucede a los que han merecido el premio incipiente de la primera bienaventuranza?

«Porque no anda ya contentándose, advierte el Doctor Extático (Canc. 32, p. 589), en conocimiento y co-

municación de Dios por las espaldas, como hizo Dios con Moisés, que es conocerlo por sus efectos y obras, sino con la haz de Dios, que es comunicación esencial de la Divinidad, sin algún medio en el alma, por cierto contacto de ella en la Divinidad; lo cual es cosa ajena de todo sentido y accidentes». Pues «lo que puede caer en sentido no es Dios esencialmente».—Y por sentirlo así de un modo tan sobrehumano y divino, comprende que va «por modos y vías extrañas y ajenas de todos los sentidos, y del común conocimiento natural».

En ese estado de elevación tan sobre los procederes humanos, exclama luego S. Juan de la Cruz (*Cánt. esp.*, c. 34, p. 393), «en soledad vivía—y en soledad ha puesto ya su nido—y en soledad la guía—a solas su Querido».—Porque, «en esa soledad que el alma tiene de todas las cosas en que está a solas con Dios, El la guía y mueve, y levanta a las cosas divinas, conviene a saber, su entendimiento a las inteligencias divinas, porque ya está solo y desnudo de otras peregrinas inteligencias, y su voluntad mueve libremente al amor de Dios; porque ya está sola y libre de otrasafecciones, y llena su memoria de divinas noticias; porque también está ya sola y vacía de otras imaginaciones y fantasías; porque *luego que el alma desembaraza estas potencias* y las vacía de todo lo inferior, y de la propiedad de lo superior, dejándolas a solas sin ello, *inmediatamente* (Cf. Taule-ro, Serm. 2 in Pentec.), *se las emplea Dios en lo invisible y divino*, y es Dios el que guía en esta soledad, que es lo que dice San Pablo de *los perfectos* (Rom. 8, 14): *...Son movidos de espíritu de Dios*».

De esta suerte, añade (Canc. 37, p. 603, 6), «el alma ama a Dios con voluntad de Dios, que también es voluntad suya... en el mismo amor que El a ella la ama, que es el E. S., que se ha dado al alma, según lo dice el Apóstol (Rom. 5, 5)... Y así ama en el E. S. a Dios junto con el E. S., no como instrumento, sino juntamente con El, por razón de la transformación, supliendo lo que falta en ella».—Así «la muestra a amarle como El se ama; porque Dios, amándonos primero, nos muestra a amar pura y enteramente, como El nos ama. Y porque en esta transformación muestra Dios al alma, co-

municándosele, un total amor generoso y puro, con que amorosísimamente se comunica El todo a ella, transformándola en Sí:—en lo cual le da su mismo amor, como decíamos, con que ella le ame—, es propiamente mostrarle a amar, que es como ponerla el instrumento en las manos, y decille El cómo lo ha de hacer, y irlo haciendo con ella, y así aquí ama el alma a Dios cuanto de El es amada, pues un amor es el de entrambos; de donde no sólo queda el alma enseñada a amar, mas aun hecha maestra de amar con el mismo Maestro unida, y por el consiguiente *satisfecha*; porque hasta venir a esto no lo está; lo cual es amar a Dios cumplidamente con el mismo amor que El se ama; pero esto no se puede cumplidamente en esta vida, aunque en este *estado de perfección, que es el de Matrimonio espiritual...*, en alguna manera se puede.—Y desta manera de amor perfecto se sigue luego en el alma íntima y sustancial jubilación a Dios, que parece, y así es, que toda la substancia del alma bañada en gloria engrandesce a Dios: y siente a manera de fruición íntima suavidad, que la hace reverter en alabar, reverenciar, estimar y engrandescer a Dios; con gozo grande todo envuelto en amor; y esto no acaece sin haber Dios dado a la alma en el dicho estado de transformación gran pureza, tal cual fué la del estado de la inocencia, o limpieza bautismal».

#### V.—Felicidad y nobleza del alma perfecta.

He aquí, pues, la feliz condición de las almas verdaderamente *perfectas*, y de corazón y ánimo bien purgado, que en todo son ya ilustradas y conducidas del divino Espíritu (Jn. 6, 45; Rom. 8, 14), y cuyo principal oficio es *Deo adhaerere et frui*, según dice el Angélico; y así compiten en cierto modo con los bienaventurados, llevando ya una vida más celestial y divina que terrena y humana. Pues unidas tan íntimamente con Dios, están hechas *un espíritu con El*, y por tanto, verdaderamente *espirituales* y divinas.

De este modo, según el Doctor místico prosigue (c,

38, p. 607), sentirán «el aspirar del aire... con llama que consume y no da pena». «Este aspirar del aire, es una habilidad de el E. S. que pide aquí el alma para amar perfectamente a Dios... Es un delicadísimo toque y sentimiento de amor que ordinariamente en este estado se causa en el alma en la comunicación del E. S.; el cual a manera de aspirar con aquella su aspiración divina, muy subidamente levanta y la informa, para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo, y el Hijo en el Padre, que es el Espíritu Santo, que a ella la aspira en dicha transformación... Y esto es para el alma tan alta gloria y tan profundo y subido deleite, que no hay decirlo por lengua mortal ni el entendimiento humano, en cuanto tal, puede alcanzar algo de ello. Pero, el alma unida y transformada en Dios aspira en Dios a Dios la misma aspiración divina que Dios, estando en ella, aspira en Sí mismo a ella... En los perfectos es en la manera dicha... Ella se hace Dios por participación... De donde las almas esos mismos bienes poseen por participación que El por naturaleza: por lo cual verdaderamente son dioses por participación...

«¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!, ¿en qué os entretenéis?... Oh miserable ceguera..., en tanto que buscáis grandezas y gloria os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos... En esta unión el alma jubila y alaba a Dios con el mismo Dios... es alabanza perfecta; porque estando el alma en perfección, hace las obras perfectas»—conforme decía Taulero (*Instit.* c. 14).

Así el alma transformada se encuentra hecha tan otra y tan incomparablemente superior a lo que era, que a sí misma no se conoce y todo lo bueno que antes hacía le parece muy bajo e imperfectísimo para lo que ahora desea y puede.

«No tiene en nada, decía Sta. Teresa (Mor. 5, c. 2), las obras que hacía siendo gusano... Hánle nacido alas. ¿Cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los Santos, entendiendo ya por experiencia

cómo ayuda el Señor, y transforma un alma, que no parece ella ni su figura».

Y en otro lugar (Vida, c. 23), describiendo el cambio que en sí misma había experimentado, dice: «Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo, otra vida nueva.—La de hasta aquí era mía; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí».

Hasta tanto, por muy perfectas que aparenten ciertas almas, viviendo al modo humano, según se puede vivir en la pura *ascética*, por bien que se quiera uno portar, aún se encuentra, sin casi advertirlo, envuelto en miles de imperfecciones y miserias humanas, que le parecen cosas indiferentes, y que, sin embargo, se oponen a la perfección que se nos pide en el mismo primer mandamiento: *Amarás a tu Dios con todo tu corazón y toda tu alma*, etc.: lo cual es imposible cumplir bien sin salir uno de sí mismo, quedando como a oscuras de todos los modos de obrar y conocer, en noche misteriosa que lo transforma todo de humano en divino.

«Esta *noche*, añade S. Juan de la Cruz (p. 610), es la *contemplación*, porque la contemplación es oscura, que por eso la llaman por otro nombre *Mística teología* (única contemplación de él y de toda la tradición conocida y enseñada), que quiere decir, sabiduría escondida y secreta de Dios, en la cual sin ruido de palabras... a oscuras de todo lo sensitivo y natural, enseña Dios ocultísima y secretísimamente al alma, sin ella saber cómo: lo cual algunos espirituales llaman entender no entendiendo; porque esto no lo hace el entendimiento activo, que llaman los filósofos, el cual obra en formas y fantasías y aprehensiones de las cosas; mas hácese en el entendimiento en cuanto posible y pasivo, el cual no recibe las tales formas, etc., sino pasivamente recibe inteligencia substancial, la cual es dada sin algún oficio suyo activo... Así esta *noche de contemplación* está para la vista de el entendimiento rasa y ajena de todas nubes de formas y fantasías y noticias particulares que puedan entrar por los sentidos».

De este modo es como llega a producirse en el alma una «llama que consume y no da pena;—la cual llama

se entiende aquí por el amor de Dios ya perfecto en el alma; porque para ser perfecto estas dos propiedades ha de tener, conviene saber: que consuma y transforme el alma en Dios, y que no dé pena la inflamación y transformación de esta llama en el alma».

Y en la *Llama de amor viva*, donde trata «del más perfecto grado de perfección a que en esta vida se puede llegar, que es la transformación en Dios» (p. 620), advierte (canc. 1, p. 622): «Esta llama de amor es... el Espíritu Santo, el cual *siente ya el alma en sí*, no sólo como fuego que la tiene consumada y transformada en suave amor, sino como fuego que, además de eso, arde en ella y echa llama; y aquella llama baña al alma en gloria y la refresca en temple de vida divina. Y ésta es la operación del E. S. en el alma transformada en amor, que los actos que hace interiores es llamear, que son inflamaciones de amor, en que unida la voluntad del alma, ama subidísimamente, hecha un amor con aquella llama. Y así estos actos de amor del alma son preciosísimos, y merece más en uno y *vale más que cuanto habrá hecho toda su vida* sin esta transformación, *por más que ello fuese*».

Verdaderamente que aquí el alma, como dijo Santo Tomás, tiene ya comunicadas las propiedades del mismo E. S., y así sus obras tienen un valor prodigioso, incomparablemente superior al que puedan tener las de los mejores ascetas, por más que digan los que—desconociendo u olvidando estos misterios del divino amor—piensan que pueda haber en la vía puramente ascética, verdaderos santos, y tan grandes o mayores que los místicos; como si para serlo no necesitaran estar bien poseídos y dirigidos por esa *Llama de amor*, que es el mismo E. S., y como si no debiéramos, según afirmó Santo Tomás con el Apóstol, procurar ser en todo movidos y conducidos de El (*in Gal. 5. lect. 47*).

«En este estado, prosigue San Juan de la Cruz, no puede el alma hacer actos (de por sí), que el E. S. la mueve a ellos, y por eso todos los actos de ella son divinos; pues son hechos... por Dios: de donde al alma le parece que cada vez que llamea esta llama, haciéndola amar con sabor y temple divino, la está dando vida



eterna, pues la levanta a operación de Dios en Dios. Y este es el lenguaje y palabras que habla Dios en las almas *purgadas y limpias*».

Y así es como éstas llegan a ver a Dios, según explica Santo Tomás que se nos prometió en la 6.<sup>a</sup> bienaventuranza. Y quienes a eso no llegan y no perciben nunca ese lenguaje que habla Dios a los limpios, señal de que aún no lo están bastante para poder percibir el divino susurro, y obrar a lo divino, y gozar de esa gloria incoada, que se manifiesta de algún modo en los que proceden ya como hijos de Dios (Rom. 8, 14-21; cf. Joan. 14, 20-21; Apoc. 2, 7, 11, 17, etc.) (1).

«Así—prosigue San Juan de la Cruz en su *Llama de amor*—es tanto más el deleite y el gozar del alma, y del espíritu, porque es Dios el obrero de todo...; por cuanto el alma no puede obrar de suyo nada, si no es por el sentido corporal ayudada de él, del cual en este caso está ella muy libre y muy lejos: su negocio es ya sólo recibir de Dios...; y así todos los movimientos de la tal alma *son divinos*, y aunque son suyos de él, de ella lo son también, porque los hace Dios en ella con ella, que da su voluntad y consentimiento».

Esto es lo mismo que enseñó Santo Tomás al decir (2-2, q. 52, a. 2, ad 1): «In donis Spiritus Sancti mens humana non se habet ut movens, sed magis ut mota». De ahí que la obra así realizada sea en cierto modo divina, por ser el modo de obrar tan sobrehumano: «Si ea quae hominis sunt, supra humanum modum quis

(1) «Ad visionem Dei creatura rationalis elevari non potest, nisi totaliter fuerit depurata... Unde dicitur de Sapientia quod nihil inquinatum in eam incurrit». S. Thom. C. Gent. l. IV, c. 91.

«A lo que recibe el entendimiento a modo de ver—porque puede *ver las cosas espiritualmente*, así como los ojos corporalmente—, llamamos *visión*; a lo que recibe aprehendiendo y entendiendo cosas nuevas, llamamos *revelación*; y a lo que recibe a modo de oír, llamamos *locución*; a lo que recibe a modo de los demás sentidos, como es la inteligencia de suave *olor espiritual*, y de *sabor espiritual* y *deleite espiritual* que el alma puede *gustar sobrenaturalmente*, llamamos *sentimientos espirituales*. De todo lo cual él saca *inteligencia* o *visión espiritual*, sin aprehensión alguna de forma, imagen o figura de imaginación o fantasía natural de donde los saque, sino que inmediatamente estas cosas se comunican al alma por obra sobrenatural y por medio sobrenatural». San Juan de la Cruz, *Subida*, II. c. 21.

exequatur, erit operatio *non humana* simpliciter, sed quodammodo *divina*... Dona a virtutibus distinguuntur in hoc quod virtutes perficiunt ad actus *modo humano*, sed dona *ultra humanum modum*» (St. Th. In 3 Sent. d. 34, q. 1., a. 1).

Y por ser sobrehumano y divino el obrar de los dones, mediante los cuales toma posesión el E. S. de las almas fieles y las va haciendo espirituales, según las va renovando y transformando en las llamas de su amor, de ahí, añade el Santo (ib. a. 3), que las operaciones así realizadas trasciendan infinito sobre las reglas y normas de la prudencia ordinaria, y no puedan ni deban ser según ella apreciadas. Así «oportet quod operationes donorum mensurentur ex altera regula quam sit regula humanae virtutis, quae est ipsa Divinitas ab homine participata suo modo, ut jam *non humanitus, sed quasi Deus factus* participatione operetur».

Y como Dios es un fuego que abrasa todo lo que a El se opone, esta llama del E. S.,—que una vez purificada el alma y sana del todo, le causa deleites de gloria, dándole vida eterna—, antes para purificarla y sanarla bien, como tiene que consumir y destruir en ella tantas cosas terrenas, no puede menos de causar dolor y aflicción, si bien suave aunque muy penoso. Así añade San Juan de la Cruz (p. 627): «Esta llama, cuando el alma estaba en estado de *purgación espiritual*, que es cuando va *entrando en contemplación*, no le era tan arrojable y suave como... en este estado de unión».

## VI.—Necesidad de las purgaciones místicas.

De esta suerte la mística sabiduría, conforme dice con Sto. Tomás el V. Bartolomé de los Mártires (*Comp. mysticae doctrinae*, c. 13), «purgat, illuminat, ac perficit animam».

Y sólo con ella,—embriagada el alma de amor según se le va ordenando la caridad (Cant. 2, 6) para guardar bien el primer mandamiento—, es como se purifica lo bastante para poder entrar de lleno en la vía iluminativa, propia de aprovechados, que ya, naciéndoles las misti-

cas alas que Dios ofrece a los que en El confían (Is. 40, 31), puedan con su ayuda, aun antes de emprender altos vuelos, correr sin cansarse por las sendas de la virtud, cual conviene a los *proficientes* o *aprovechados*.

«Los aprovechantes, dice San Juan de la Cruz (Subida, II, c. 13), es a los que *Dios comienza a poner en esta noticia sobrenatural de contemplación...*

...En estos principios, cuando echen de ver que no está el alma empleada en aquel sosiego o noticia, habrán menester aprovecharse del discurso *hasta que vengán en ella a adquirir el hábito...* en alguna manera perfecto, que será cuando todas las veces que quieren meditar, luego se quedan en esta noticia y paz sin poder meditar ni tener gana de hacerlo... porque hasta llegar a este tiempo, que es de *aprovechados* en esto, ya hay de lo uno, ya de lo otro». — Mas «*como el alma se acabe de purificar* y vaciar de todas las formas e imágenes aprehensibles, *se quedará en pura y sencilla luz*, transformándose en ella en estado de perfección. Porque *esta luz nunca falta al alma*; pero por las formas y velos de criaturas con que el alma está velada y embarazada, no se le *infunde*: que si quitase estos impedimentos y velos del todo, quedándose en la pura desnudez y pobreza de espíritu, *luego ya el alma sencilla y pura se transformaría* en la sencilla y pura Sabiduría Divina, que es el Hijo de Dios. Porque faltando lo natural al alma ya enamorada, *luego se infunde lo divino natural y sobrenaturalmente*» (1).

Así, pues, continúa el místico Doctor (*Llama*, p. 629): «Queriendo Dios sacar al alma del estado común de vía y operación natural a *vida espiritual*, y de *meditación* a *contemplación*, que es más estado celestial que terre-

(1) Por aquí se ve cuán engañados están los que opinan o se figuran que este tratado de la *Subida del Monte Carmelo* es ascético y la contemplación en él enseñada *adquirida* y no *infusa*, siendo como es evidentemente del todo idéntica a la de la *Noche oscura* y del *Cántico espiritual*. El Santo Doctor jamás habla de dos suertes de contemplaciones, sino de la única que conocía y había enseñado Santa Teresa con toda la tradición: de «*la contemplación*», sin más calificativos, sino los de ser *noticia oscura* y *amorosa comunicada por Dios al alma* cuando la va poniendo en silencio de las potencias y con desgana y dificultad para meditar...

no, en que *El mismo se comunica* por unión de amor, comenzándose *El* desde luego a comunicar al espíritu, el cual está todavía impuro e imperfecto, con malos hábitos, padece cada uno al modo de su imperfección, y a veces le es tan grave en cierta manera esta purgación al que dispone para que le reciba acá, por perfecta unión, como es la del purgatorio» (1).

Pero ¡venturosa el alma que así se purifica en fuego de amor, creciendo a la vez lo indecible en caridad y gracia!... Porque una vez bien acrisolada con ese divino cauterio, queda tan espiritualizada y tan divina, que como añade el mismo Santo (Canc. 2, p. 635), «todo lo sabe, todo lo gusta, todo lo que quiere hace y se prospera, y ninguno prevalece delante de ella, ni la toca; porque ésta es de quien dice el Apóstol (I Cor. 15): *El espiritual todo lo juzga, y él de ninguno es juzgado. Et iterum* (ib. 10): *El espiritual todo lo rastrea, hasta los profundos de Dios. ¡Oh, gran gloria de las almas que merecéis llegar a este sumo fuego, en el cual, pues, hay infinita fuerza para os consumir y aniquilar, no os consumiendo, inmensamente os consuma en gloria!*»

«Por tanto, prosigue (p. 637), el que se quiere arri-mar mucho al sentido corporal, *no será muy espiritual*. Esto digo por los que piensan que a pura fuerza y operación del sentido (ejercicios de meditación y demás propios de la vida ascética), que es bajo, pueden venir a llegar a las fuerzas y a la alteza del espíritu, a que no se llega sino el sentido corporal quedándose fuera...

«Por estos trabajos en que Dios al alma y sentido pone, añade (p. 640), va ella cobrando virtudes y fuerza y perfección con amargura (2 Cor. 12, 9), porque la virtud en la flaqueza se perfecciona».

Sin estos trabajos y pruebas y obscuridades y aride-

(1) Para que las almas se animen a sufrir esa dolorosa purgación, empieza a tratar de la *Noche oscura* (l. 1, c. 1-7), haciendo un maravilloso análisis de las múltiples imperfecciones en que suelen incurrir los principiantes, o sea los que aún proceden al modo humano, o por vía de discurso, a fin de que así vean clara la necesidad que tienen de pedir a Dios que los ponga en esa *noche*, sin la cual les será imposible purificarse lo bastante para poder pasar a la *vía iluminativa*, y menos a la *unitiva*.—Así la oscura contemplación en que allí son puestos, es la que va purificándolos de veras a la vez que les infunde sabiduría y amor.

ces y otras penalidades propias de la *purgación pasiva*, nunca podrá el alma salir de principiante, y así distará mucho de llegar a la verdadera perfección de la vida sobrenatural, que no se hallará sino en las alturas de la mística (1).

Y quien a ésta no llegue y se quede siempre como confinado a la ascética, no eche la culpa a falta de llamamientos, porque N. S. dice que está con insistencia llamando aun a la puerta del corazón del tibio (Apoc. 3, 20), sino por resistir a la gracia y hacerse sordo a las divinas inspiraciones y no aceptar como conviene las pruebas que son menester.

«Aquí—añade el mismo San Juan de la Cruz—nos conviene notar ¿por qué son tan pocos los que llegan a este alto estado?—En lo cual es de saber que *no es porque Dios quiera que haya pocos* de estos espíritus levantados; que *antes querria que todos lo fuesen, sino porque halla pocos* vasos en quien hacer tan alta y subida obra: que como los prueba en lo menos y los halla flacos... no vaya adelante en purificarlos y levantarlos del polvo de la tierra, para lo cual era menester mayor fortaleza y constancia».

«Tengo para mí, había dicho conforme a esto Santa Teresa (Camino, c. 31), que por eso no hay muchos más espirituales, porque como no corresponden en los servicios... vase (N. S.) a buscar a donde le quieran para dar más».

La «vida espiritual perfecta, vuelve a decir San Juan de la Cruz (p. 643)... se alcanza por la mortificación de todos los vicios y apetitos. Y hasta tanto que esto se haga, no se puede llegar a la perfección de esta vida espiritual de unión con Dios... En la cual no podrá vi-

(1) «Por aquí se verá cómo, según la tradición conservada por San Juan de la Cruz, observa el P. Garrigou-Lagrange (*l'perfect. chr. et contempl.* p. 565), la vía purgativa perfecta requiere las purificaciones pasivas del orden místico; la iluminativa es por él llamada *vía de contemplación infusa* (*Noche*, I, c. 14, y por qué, en fin, la unitiva no se completa normalmente sino con la unión transformante, preludio del cielo. Estas tres vías quedan muchas veces empuñadas, por contentarse con describirlas por de fuera; San Juan de la Cruz, como las miraba desde muy alto, iba derecho al fondo».

vir el alma perfectamente si no muriere también perfectamente al hombre viejo».

Mas «cuando ha llegado a perfección de unión con Dios... todos los apetitos del alma y sus potencias, y las operaciones de ellas... se truecan en divinas: y... teniendo sus operaciones en Dios, por la unión que tiene con Dios, el alma vive *vida de Dios*, y se ha trocado su muerte en vida. Porque el entendimiento... ya es movido e informado de otro principio de lumbre sobrenatural de Dios y se ha trocado en divino... Y la voluntad, que antes amaba... bajamente, ahora ya se ha trocado en vida de amor divino; porque ama altamente con afecto divino movida del E. S., en que ya vive... Y la memoria, que de suyo percibía sólo las formas y figuras de criaturas, es trocada en tener en la mente los años eternos que David dice (*Ps.* 76, 6). Y el apetito que sólo gustaba el manjar de criatura... es trocado en gusto y sabor de manjar divino... Y finalmente, todos los movimientos y operaciones que antes tenía el alma, del principio de su vida natural, ya en esta unión son trocados en movimientos de Dios. Porque el alma en todo, como verdadera hija de Dios, es movida del espíritu de Dios, como dice S. Pablo (*Rom.* 8, 14)... De manera que ya el entendimiento del alma es entendimiento de Dios; y la voluntad es voluntad de Dios; y la memoria, memoria de Dios; y el deleite, es deleite de Dios; y la sustancia de su alma, aunque no es sustancia de Dios, porque no puede convertirse en El, pero estando unida a El, y absorta en El, es Dios por participación de Dios: lo cual acaece en este estado perfecto de vida espiritual, aunque no tan perfectamente como en la otra» (1).

(1) «En habiendo *hábito de unión*, que es ya *estado sobrenatural*, advierte en otro lugar el mismo S. Juan de la Cruz (*Subida*, l. 3, c. 1), desfallece del todo la memoria y las demás potencias en sus naturales operaciones, y pasan de su término natural al de Dios, que es sobrenatural. Y así estando la memoria transformada en Dios, no se le pueden imprimir formas ni noticias de cosas: por lo cual las operaciones de la memoria y de las demás potencias en este estado todas son divinas; porque poseyendo ya Dios las potencias como ya entero Señor de ellas, por la transformación de ellas en Sí, El mismo es el que las mueve y manda divinamente, según su Divino Espíritu y voluntad; y entonces es de ma-

¡Tan cierto es lo que dijo el Angélico, que «en la vida espiritual—para ser perfecta—todos nuestros movimientos deben ser producidos por el E. S.», de cuyas divinas propiedades goza el alma santificada!...

### VII.—Finezas del amor divino y ansias del alma santa.

Más tarde el Doctor extático (p. 671), explicando el verso: *con extraños primores—calor y luz dan junto a su Querido*—añadirá: «Así están actualmente Dios y el alma en un amor recíproco..., en que los bienes de entrambos, que son la Divina Esencia..., los poseen entre ambos juntos en la entrega voluntaria del uno al otro, diciendo el uno al otro lo que el Hijo de Dios dijo al Padre (Joan. 17, 10): «Todas mis cosas son tuyas, y tus cosas son mías, y clarificado soy en ellas».—Lo cual en la otra vida es sin intermisión, en la fruición perfecta. Pero en este estado de unión acaece cuando Dios ejercita en el alma el acto de esta transformación».

Así proseguía antes diciendo (p. 645): «El alma siente a Dios aquí tan solícito en regalarla, y con tan preciosas y delicadas y encarecidas palabras engrandeciéndola y haciéndole unas y otras mercedes, que le parece que no tiene otra en el mundo a quien regalar, ni otras cosas en que se emplear, sino que El todo es para ella sola».

¡Y llega ese Dios de Amor hasta el punto de someterse a esa feliz alma y servirla y regalarla como si ella fuese su señora y El su esclavo...!

«Nam Deus omnipotens, dice Sto. Tomás (*Opusc.*

nera que las operaciones no son distintas, sino que las que obra el alma son de Dios. Y son operaciones divinas, por cuanto *el que se une con Dios un espíritu se hace con El* (I Cor. 6, 17).—Y de ahí que las operaciones del alma unida son del Espíritu Divino, y son divinas. Y de aquí es que las obras de las tales almas solas son las que convienen y son razonables, y no las que no convienen; porque el Espíritu de Dios las hace saber lo que han de saber, e ignorar lo que conviene ignorar, y acordarse de lo que se han de acordar... Y así todos los primeros movimientos de las potencias de las tales almas son divinos; y no hay que maravillar que los movimientos y operaciones de estas potencias sean divinas, pues están transformadas en sér divino».

63 de *Beat.*, cap. 2), *singulis angelis sanctisque animabus in tantum se subjicit, quasi sit servus emptitius singulorum, quilibet ipsorum sit Deus suus. Ad hoc innuendum, transiens ministrabit illis (Lc. 12), dicens in Psalmo: Ego dixi: Dii estis.*

Conforme a esto afirmará—repitiendo casi la misma frase—S. Juan de la Cruz (*Cant. esp.*—2.<sup>a</sup> Redac.—anot. a conc. 27): «Llega a tanto la ternura y verdad de amor con que aquel inmenso Padre regala y engrandece a esta humilde y amorosa alma, ¡oh cosa maravillosa y digna de todo pavor y admiración! que se sujeta a ella verdaderamente para la engrandecer, como si *El fuese su siervo y ella fuese su señor.* Y está tan solícito en la regalar, como si *El fuese su esclavo.*»

Esto es lo que volvía loca de amor a Sta. Teresa, haciéndola exclamar:

«Aquesta divina unión  
del amor en que yo vivo  
hace a Dios ser *mi cautivo*  
y *libre* mi corazón;

mas causa en mí tal pasión  
*ver a Dios mi prisionero,*  
que muero porque no muero.»

De ahí nada extraño que esas almas vayan sintiendo indecibles ansias de Dios a medida que las potencias se vacían de apegos terrenos que las cegaban e incapacitaban. Pues, «es cosa admirable, añade el místico Doctor (Llama, canc. 3, p. 652), que con ser capaces de infinitos bienes, basta el menor de ellos a embarazarlas de manera, que no los puedan recibir hasta de todo punto vaciarse... Pero cuando están vacías y limpias, es intolerable la sed y hambrey ansiadel sentido espiritual... Y ese gran sentimiento comunmente acaece hacia los fines de la iluminación y purificación del alma, antes que llegue a la unión, donde ya se satisfacen. Porque como el apetito espiritual está vacío y purgado de toda criatura y afición de ella, y perdido el temple natural, está templado a lo divino, y tiene ya el vacío dispuesto, y como todavía no se le comunica lo divino en unión de Dios, llega el penar de este vacío y sed más que a morir».

Esta ardiente sed de lo divino sin duda alguna que todos los cristianos podríamos llegar a sentirla si de ve-

ras procurásemos vaciarnos de todo lo demás y ser fieles a la gracia; pues Dios no desearía otra cosa.

«El deseo de Dios en todas las mercedes que le hace, prosigue (p. 655), es disponerla para otros más subidos y delicados unguentos... hasta que venga en tan delicada y pura disposición que *merezca* la unión de Dios y transformación sustancial de todas sus potencias».

Lo cual indicó bien Sto. Tomás al decir, que los que tienen «hambre y sed de justicia» *merecen* empezar a gozar desde aquí abajo de esa divina hartura.

### VIII.—La influencia de los directores.

Pero al logro de este fin se oponen, sin darse cuenta, muchos malos directores y consejeros que quieren saciar esa mística sed con cosas que no sacian.

«Advirtiendo, pues, el alma, continúa San Juan de la **†**, que en este negocio es Dios el principal agente y el... que la ha de guiar por la mano a donde ella no sabría ir, que es a las cosas sobrenaturales, que no puede su entendimiento, ni voluntad ni memoria saber cómo son; todo su principal cuidado ha de ser mirar que no ponga obstáculo a la guía, que es el E. S...; y este impedimento le puede venir si se deja guiar de otro ciego... Y para este camino, a lo menos para el más subido de él, y aun para lo mediano, apenas hallará un guía cabal... Porque para guiar el espíritu, aunque el fundamento es el saber y la discreción, si no hay experiencia de lo más subido, no atinarán a encaminar al alma en ello, cuando Dios se lo da; y podríanla hacer harto daño, porque no entendiéndolos la vía del espíritu, muchas veces hacen perder a las almas la unción de estos delicados unguentos con que el E. S. las va disponiendo para Sí, gobernándolas por otros *modos vateros* que ellos han leído por ahí, que no sirven sino para *principiantes*; que no sabiendo ellos más que para principiantes..., no quieren dejar a las almas pasar aunque Dios las quiera llevar a más de aquellos principios y modos discursivos e imaginarios..., con que ellos pueden hacer *muy poca hacienda*».

Así afirmó repetidas veces Sta. Teresa que en breves momentos de oración sobrenatural, por ínfima que sea, se adelanta más en todo que con años de «consideracioncillas».

Y es porque aquella oración es hecha bajo el influjo de los dones, los cuales, como decía Sto. Tomás (*De Charit.*, q. un., a. 2, ad 17), «perfeccionan las virtudes elevándolas—de nuestros pobres modos humanos y bajos—a un modo de obrar sobrehumano», cual es el de los que ya se dejan guiar del Espíritu Santo, y así han salido de principiantes.

«El estado de principiantes, prosigue S. Juan de la Cruz, es meditar y hacer actos discursivos. En este estado, necesario le es al alma que se le dé materia para que discurra y que de suyo haga actos interiores..., porque así le conviene para habituar los sentidos y apetitos a cosas buenas... Mas cuando esto ya en alguna manera está hecho, *luego los comienza Dios a poner en estado de contemplación*, lo cual suele ser muy en breve mayormente en gente religiosa; porque más en breve, negadas las cosas del siglo, acomodan a Dios el sentido y apetito; y luego no hay que hacer sino pasar de meditación a contemplación».

Lo cual es muy conforme con lo por Sto. Tomás enseñado acerca de la 6.<sup>a</sup> bienaventuranza: que una vez bien purificados los corazones, se *ve* a Dios contemplándole con el don de inteligencia.

«Los bienes interiores que esta callada contemplación deja impresos en el alma sin ella sentirlo, añade San Juan de la Cruz (p. 658-60), son inestimables, porque en fin son unciones secretísimas y delicadísimas del Espíritu Santo, en que secretamente llena al alma de riquezas y dones y gracias; porque en fin, siendo Dios, hace como Dios. Estos bienes, pues, y estas grandes riquezas... que por su delgadez y sutil pureza, ni el alma ni el que la trata las entiende..., no más de una tantica obra que el alma quiera hacer de aplicar sentido o apetito, de querer así alguna noticia o jugo o gusto, se deturban e impiden: lo cual es *grave daño* y gran dolor y lástima... Es entonces mayor el daño y de mayor dolor y mancilla, que de turbar y echar a perder muchas al-

mas de estotras comunes que no están en aquel puesto de tan subido esmalte».—Sin embargo, por desgracia nuestra, «con ser este daño tan grande, más que se puede encarecer, es tan común que apenas se hallará un maestro espiritual que no lo haga en las almas que de esta manera comienza Dios a recoger en contemplación; porque cuántas veces está Dios ungiendo al alma con alguna unción muy delgada de noticia amorosa, serena, pacífica, solitaria y muy ajena del sentido y de lo que puede pensar, no pudiendo meditar... porque Dios la tiene ocupada en aquella unción... y vendrá uno que no sabe sino martillar y macear como herrero, y porque él no enseña más que aquello, dirá: andá, dejaos de eso, que es perder el tiempo y ociosidad; sino tomá y medita y hacé actos... Y así no entendiendo éstos los grados de oración ni vías del espíritu, no echan de ver que... aquel caminar con discurso está ya hecho...

»Adviertan estos tales y consideren que el E. S. es el principal agente y movedor de las almas; que nunca pierde cuidado de ellas, y que ellos no son los agentes, sino instrumentos solos para enderezar las almas por la regla de fe y ley de Dios, según el espíritu que Dios va dando a cada una. Y así todo su cuidado sea no acomodar al alma su modo y condición propia de ellos, sino mirando, si saben, por donde Dios las lleva; y si no lo saben, *déjenlas y no las perturben*».

«No entendiendo, pues, éstos a las almas que van por contemplación quieta y solitaria, vuelve a decir (p. 662), por no haber ellos pasado, ni aun quizá llegado, de un modo ordinario de discursos y actos, pensando, como he dicho, que están ociosas, porque el hombre animal, esto es, que no pasa del sentido... no percibe las cosas que son de Dios, dice San Pablo (I Cor. 2, 14), les turban la paz de la contemplación... y las hacen meditar y discurrir y hacer actos, no sin gran desgana y repugnancia y sequedad y distracción de las mismas almas... No saben éstos qué cosa es espíritu, y hacen a Dios grande injuria y desacato, metiendo su tosca mano donde Dios obra; porque le ha costado mucho a Dios llegar estas almas hasta aquí, y precia mucho haberlas llegado a esta soledad y vacío de sus potencias y ope-

raciones, para poderlas hablar al corazón, que es lo que El siempre desea... siendo ya El el que en el alma reina con abundancia de paz, y sosiego, haciendo desfallecer los actos naturales de las potencias con que, trabajando toda la noche, no hacía nada; apacentándolas ya el espíritu sin operación del sentido; porque *sentido* ni su obra *no es capaz de espíritu*.

«¡Oh, quién pudiera decir, insiste (p. 669), *cuán imposible es al alma que tiene apetitos, juzgar las cosas de Dios como ellas son!*... Infaliblemente vendrá a tener las cosas de Dios por no de Dios, y las no de Dios por de Dios. Porque... no ven más que catarata, que está sobre el sentido, y Dios no cae en sentido... Por lo cual los que no son tan espirituales que estén purgados de los apetitos y gustos... crean que las cosas bajas del espíritu, que son las que más se llegan al sentido en que ellos todavía viven, las tendrán por gran cosa, y las que fueren actos del espíritu, que son las que más se apartan del sentido, las tendrán en poco, y no las estimarán, y aun las tendrán por locura, como dice San Pablo diciendo: «El hombre animal no percibe las cosas de Dios; sonle a él como locura y no las puede entender» (I Cor. 2, 14). Y hombre animal es aquel que todavía vive con apetitos y gustos de su naturaleza».

«Grandemente se estorba el alma para venir a este alto estado de unión con Dios, advierte en otro lugar (*Subida del Monte Carmelo*, l. 2, c. 3), cuando se ase a algún entender, sentir o imaginar, o parecer, o voluntad o modo suyo, o cualquier otra obra o cosa propia, no sabiéndose desasir y desnudar de todo ello. Porque a lo que va es sobre todo eso... y así sobre todo se ha de pasar al no saber. Por tanto en este camino, *el dejar su camino es entrar en camino*; o por mejor decir: *pasar al término y dejar su modo*, es entrar en el término que no tiene modo, que es Dios... Por tanto, trasponiéndose a todo lo que espiritual y naturalmente puede saber y entender, ha de desear el alma con todo deseo venir a aquello que en esta vida no puede saber ni caer en su corazón... En este camino, cegándose en sus potencias, ha de ver luz, según lo que Cristo N. S. dice...: «Yo he venido a este mundo para juicio; de mane-

ra que los que no ven vean, y los que ven, se hagan ciegos» (Joan. 9, 39). Lo cual, así como suena, se ha de entender en este camino espiritual, y así... el alma que estuviere a oscuras y se cegare en todas sus luces propias y naturales, *verá sobrenaturalmente*; y la que a alguna luz suya se quisiere arrimar, tanto más se cegará y se detendrá en el camino de la unión».

### IX.—Los sentidos espirituales.

Por donde se ve muy claro cómo, según enseñó Santo Tomás con palabras del Apóstol, nunca podrá un alma ser perfecta verdaderamente mientras que en ella no funcionen bien sus *sentidos espirituales* de modo que pueda en realidad *sentir las cosas divinas* (in Heb. 5, 14).

«Aunque estas *visiones* de sustancias espirituales, advierte San Juan de la Cruz (ibid. c. 22), no se pueden de ley ordinaria desnuda y claramente *ver* en esta vida con el entendimiento, puédense empero *sentir* en la sustancia del alma, mediante una *noticia amorosa* con suavísimos *toques* y juntas, lo cual pertenece a los *sentimientos espirituales*».

Estas *noticias* de verdades desnudas, añade (c. 24), pueden ser acerca del Criador o acerca de las criaturas.—«Y aunque las unas y las otras son muy sabrosas para el alma, pero el deleite que causan en ella estas que son de Dios, no hay cosa a que lo comparar, ni vocablos ni términos con que lo poder decir; porque son *noticias del mismo Dios* y deleites del mismo Dios, que como dice David (Ps. 39, 6): *No hay cosa alguna como El*. Porque acaecen estas *noticias derechamente acerca de Dios, sintiendo altamente de algún atributo*... Y estas altas *noticias* no las puede tener sino el alma que llega a unión de Dios, porque *ellas mismas son la misma unión*; porque consiste el tenellas en cierto *toque que se hace del alma en la Divinidad, y así el mismo Dios es el que es allí sentido y gustado*; y aunque no manifiesta y claramente como en la gloria, pero es tan subido y alto toque de noticia y sabor, que penetra la sustancia del alma... Aquellas *noticias saben a Esencia*

*Dívina* y vida eterna, y el demonio no puede fingir cosa tal».

Esto mismo había enseñado Santo Tomás al decir que por el don de inteligencia se puede ya *ver* a Dios de algún modo, y por el de sabiduría, *gustar* un presagio de la gloria, y que el conocimiento de Dios que dan los dones es intermedio entre el de los viadores y el de los comprensores.—De ahí el valor inestimable que tienen y el fruto que obran.

«Hay algunas noticias y toques, prosigue el Doctor místico, de estos que hace Dios en la sustancia del alma, que de tal manera la enriquecen, que no sólo basta una de ellas para quitar al alma de una vez todas las imperfecciones que ella no había podido quitar en toda la vida, mas la deja llena de bienes y virtudes de Dios. Y le son al alma tan sabrosos y de tan íntimo deleite estos toques, que con uno de ellos se dará por bien pagada de todos los trabajos que en su vida hubiere padecido, aunque fuesen innumerables; y queda tan animada y con tanto brio para padecer muchas cosas por Dios, que le es particular pasión ver que no padece mucho... Vale más uno de estos recuerdos y toques de Dios al alma, que otras muchas noticias y consideraciones».

Mas «estas mercedes no se hacen al alma propietaria, porque son hechas con muy particular amor de Dios, que tiene con la tal alma porque el alma también se le tiene a El muy desapropiado. Porque *esto es lo que quiso decir el Señor por San Juan (14, 21) cuando dijo: Aquel que me ama, será amado de mi Padre, y Yo le amaré y me manifestaré a Mi mismo a él.*—En lo cual se incluyen las *noticias y toques... que manifiesta Dios al alma que de veras le ama*» (*Subida*, II, c. 24).

Y en efecto, pues los dones de inteligencia y sabiduría con que Dios comunica esas admirables noticias y produce esos toques y mociones, están todos, como enseña el Angélico, vinculados en la caridad y de ella—y de las demás virtudes teologales—nacen como de su verdadera raíz, de que son *derivaciones* (1); y con ella

(1) «Istae virtutes (theologicae) praesupponuntur ad dona, sicut «radices» quaedam donorum. Unde omnia dona pertinent ad has

crecen y se perfeccionan, sin duda que para producir sus frutos de vida y santificación y no para estar ociosos.—Pues como añade el mismo San Juan de la  $\dagger$  (ib. c. 27): «cuanto más pura y esmerada está esta alma en perfección de viva fe, más tiene de caridad infusa; y *cuanto más caridad tiene, tanto más la alumbra y comunica los dones el E. S.*, en tal manera, que *la caridad es la causa y el medio por donde se los comunica.*»

De las *locuciones sustanciales* dice el gran Doctor místico (*Subida*, II, c. 29), que «son de tanto momento y precio, que le son al alma vida y virtud y bien incomparable; porque tal vez *le hace más bien una palabra de éstas, que cuanto el alma ha hecho toda su vida...* Y así estas palabras sustanciales sirven mucho para la unión del alma con Dios... Dichosa el alma a quien Dios las hablare.—Habla, Señor, que tu siervo oye» (I Reg. 3, 10).

Y hablará seguramente el Señor a cuantos se hallen ya bien preparados, o sea desprendidos de todo y puestos en la mística soledad a que El se dignó llamarnos (Oseas. 2, 14).

### X.—La transformación deífica.

«Cuando el alma, advierte el mismo S. Juan de la  $\dagger$  (ib. c. 4), quitare de sí totalmente lo que repugna y no conforma con la voluntad divina, quedará *transformada en Dios* por amor... Por eso se ha de desnudar el alma de toda criatura, acciones y habilidades suyas; conviene a saber, de su entender, gustar y sentir, para que echado todo lo que es disímil y desconforme a Dios, venga a recibir semejanza de Dios, no quedando en ella cosa que no sea voluntad de Dios, y así se transforme en Dios... De donde aquella alma se comunica a Dios más que más aventajada está en amor; lo cual es tener más conforme su voluntad con la de Dios. Y la que totalmente la tiene conforme y semejante, totalmente

tres virtutes, *sicut quaedam «derivationes» praedictarum virtutum»* (1-2, q. 68, a. 4, ad 3).

está unida y transformada en Dios sobrenaturalmente... De manera que el alma *no ha menester más de desnudarse de estas contrariedades... para que Dios... se le comuniqué sobrenaturalmente...*

...El que no renaciere en el E. S., no podrá *ver* este reinode Dios (Joan. 3, 5), que es el *estado de perfección*.

...En dando, pues, lugar el alma, que es quitando de sí todo velo...; *luego queda esclarecida y transformada en Dios*.—Y entonces «más parece Dios que alma, y aún es Dios por participación; aunque es verdad que su sér naturalmente se le tiene tan distinto del de Dios como antes, aunque está transformada... No puede haber perfecta transformación si no hay perfecta pureza; y... *según la pureza será la ilustración, iluminación y unión del alma con Dios*... La que nunca llega a pureza competente a su capacidad, nunca llega a la verdadera paz y satisfacción; pues nunca llega a tener la desnudez y vacío de sus potencias cual se requiere para la sencilla unión con Dios».

Todo lo cual había resumido el Doctor Angélico en estas breves palabras: «In anima vero, antequam ad istam uniformitatem perveniat, exigitur quod duplex ejus deformitas amoveatur. Primo quidem illa quae est ex diversitate exteriorum rerum... et secundo quae est ex *discursu rationis*» (S. Thom. 2-2, q. 180, a. 6, ad 2).

\*\*\*

Por tanto, *el verdadero camino* para hallar a Dios, terminaremos diciendo con S. Juan de la  $\dagger$  (*Subida*, II, c. 6), «no consiste en multiplicidad de *consideraciones*, ni modos, ni maneras, ni gustos, aunque todo esto en su manera sea necesario a los principios; sino en una sola cosa necesaria, que es *saberse negar de veras*... Si en este ejercicio hay falta..., todas esotras maneras es andar en las ramas y no aprovechar, aunque tengan altas consideraciones... Porque el aprovechar no se halla sino imitando a Cristo, que es el camino y la verdad y la vida, y ninguno viene al Padre sino por El».

«Verdad es, añade (l. 3, c. 1), que *Dios ha de poner* (al alma) en este *estado sobrenatural*; mas... ella cuan-

to es en sí, *se ha de ir disponiendo... Y así, al modo que de su parte va entrando en esta negación y vacío de formas, la va Dios poniendo en la posesión de la unión...; y así cuando Dios fuere servido, según el modo de su disposición la acabará de dar el hábito de la divina unión perfecta».*

\* \* \*

Tal es, en resumen, la doctrina espiritual del Doctor Angélico, maravillosamente desarrollada y expuesta por su fidelísimo discípulo S. Juan de la Cruz.

---

## CAPITULO V

---

### Especialidad de la mística de Sta. Teresa (1)

Tiene la doctrina mística de la Santa Doctora castellana, algo y mucho de común con la de todos los grandes maestros que la precedieron y en los cuales, en cuanto pudo, para ir segura procuraba inspirarse, ya directamente—leyéndolos con el interés y fruto con que leía a Osuna y a Granada, a San Vicente Ferrer, al Cartujano, la *Subida del monte*, por Laredo, y los *Morales* de San Gregorio—, ya indirectamente, por referencias, o por conducto de sus más sabios directores y confesores. Y esto es lo que hace que esa doctrina— aun en medio de ciertas vacilaciones debidas a influencias vulgares a que por su misma humildad no acertaba a sustraerse del todo—resulte en general y en el fondo tan tradicional, tan segura, tan bien equilibrada, que ninguna escuela antigua, y menos las que más influyeron en su formación, pueda mirar a la nueva Maestra como a extraña, sino como a fiel intérprete que aclara, completa, desarrolla y pone al alcance de todos y en forma bien acomodada a los tiempos y circunstancias, la misma enseñanza comunmente recibida, sin que la distinga ninguna manera de novedad que no se refiera más a la forma que al fondo.

No podríamos con verdad decir que la distingue la profundidad o alteza de miras, ni la penetración de los misterios y gustación de lo divino, que dan los sublimes dones de inteligencia y sabiduría, en que tanto sobresalieron Sta. Catalina de Sena, la Bta. Angela de Foligno, el Bto. Susón, Rusbrockio, Taulero... y el mismo San Juan de la Cruz, que en esto le hace grandísima

(1) Cf. *La Vida Sobrenatural*, Octubre, 1922.

ventaja: por lo cual vemos cómo le prefieren todas las almas muy adelantadas, mientras las principiantes y aun la generalidad la leen a ella con gran preferencia. Y es precisamente porque él y los referidos autores no pocas veces suelen remontarse tan altos que se les pierde de vista, y de puro sublimes y admirables, apenas se les admira cual conviene, pues tantos ojos miopes no aciertan a verlos.

Tampoco se distingue propiamente por la ternura y singular familiaridad divina que resultan del predominio del don de piedad, como se ve en Santa Gertrudis, Santa Matilde, Santa Rosa de Lima y... la Beata Teresita. De todo esto y de aquello tiene ciertamente mucho y mezclado con mucha gracia, pero sin que sea eso su particular distintivo.

Este es en ella el mismo, proporcionalmente, que tan admirable y tan admirado de todos, a la vez que tan respetado y tan generalmente seguido, hace, especialmente, en teología escolástica, al Doctor Angélico: la claridad y precisión y orden y llaneza, en medio de la profundidad y solidez con que explica y pone al alcance de todos aun las doctrinas más sutiles y elevadas, como también las más confusas y embrolladas sentencias, colocándolo todo en su verdadero punto de vista, donde hace que se ayenga aun lo que parecía inconexo e irreductible; y así dando a todo cierto aspecto de novedad, asocia y armoniza todas las sanas doctrinas de los antiguos, que en él vienen a quedar compendiadas, hermanadas y rejuvenecidas...

Esta habilidad la da, junto con la caridad que todo lo cree y todo lo tolera y admite fácilmente,—porque es benigna y enemiga de emulaciones, envidias y exclusivismos,—un don especial del E. S., que hace conocer, discernir y apreciar con acierto lo divino por comparación y adaptación a lo natural y humano, cual es el don de ciencia, el cual valiéndose de imágenes, comparaciones y semejanzas tomadas de los fenómenos y maravillas naturales, permite rastrear, reconocer y aclarar lo sobrenatural, y ponerlo así al alcance de la generalidad y aun adaptarlo a las diversas condiciones de vida e inteligencias, hablando a cada cual según necesita; y

de ahí que todos admiren esos ingenios tan aptos para la buena dirección espiritual, así como también para la predicación y la enseñanza de las verdades de fe, que exponen de la manera más clara y acomodada, y más sencilla y natural (Cf. nuestra obra: *Evolución mística*, 2.<sup>a</sup> ed., p. 222-3).

Baste recordar el hermosísimo símbolo del gusano rastrero encerrándose en su capullo para transformarse en linda mariposa (*Morada V*, c. 2)—y que tan al vivo expresa las transformaciones del alma y las progresivas fases de su vida íntima—; y el de los diversos sistemas de riego con que tan maravillosamente explica y esclarece (*Vida*, c. 11-20) las sucesivas maneras de comunicaciones del agua viva de la divina gracia.

Esta pasmosa facilidad que tiene para declarar con semejanzas naturales las maravillas de la vida sobrenatural, poniéndolas al alcance de todos en un lenguaje tan humano y tan acomodado, es sin duda lo que le ha merecido a ella, como por aclamación, el título de Doctora mística, y de *Mater spiritualium*, así como por unánime aclamación sancionada por la Autoridad suprema, ha venido a ser reconocido el Doctor Angélico por Común Maestro y universal Patrono de todas las Escuelas católicas.

El, con su prodigiosa cultura y poderoso ingenio, logró sistematizar y poner en orden y declarar, con rigor lógico y estilo lapidario, toda la ciencia conocida hasta entonces, enriqueciéndola con lo mucho por él mismo descubierto y abrigantándolo todo con los luminosos rayos de su ingenio maravilloso, aunque sin jamás mencionarse para nada a sí mismo.

Ella, sin más cultura que una esmerada educación a la manera de entonces, el buen trato social, su buen sentido, su comunicación con Dios y su íntima experiencia, acompañada de ciertas lecturas no muy variadas y el roce con personas piadosas y más o menos entendidas..., sacando partido de todo,—hasta de sus mismas equivocaciones y de los innumerables desaciertos de que fué víctima por parte de los funestos «medio-letrados»—, logró poner en claro, con orden riguroso, y con un estilo llano y sugestivo, al alcance de todos, el has-

ta entonces casi tenebroso caos del proceso que suelen seguir las íntimas comunicaciones del alma con Dios y los verdaderos *grados sucesivos de la vida mística*, descifrando, como nadie había hecho hasta entonces, innumerables enigmas de la psicología sobrenatural, aunque fundándose principalmente en lo que en sí misma y en otras almas devotas observaba.

Esto es ciertamente lo que más la acredita y distingue: esto lo que la hace tan admirable y tan singular Maestra de espíritu.

Todos sabían muy bien que la vida espiritual en el fondo es única, como participación del mismo vivir de Cristo, único camino que conduce al Padre, única luz verdadera que alumbra a todo hombre, y única vida con que eternamente se vive; y también que se suele ordinariamente empezar a vivir al *modo humano*—propio de los *ascetas*—, o sea practicando las virtudes cristianas al modo como se practican las humanas o naturales, pero acabando por vivirla, si somos fieles a la gracia, de un *modo sobrehumano* y propio de verdaderos hijos de Dios, cuando ya normalmente se ejercita la virtud bajo el salubérrimo influjo de los siete dones del Espíritu Santo; el cual viene así a tomar pléñísima posesión de nosotros, encargándose de gobernarnos, dirigirnos, aconsejarnos, ilustrarnos y movernos hacia la vida eterna..., que es lo distintivo de la *mística*. Se sabía y se describía y enseñaba al modo de oración ordinaria o discursiva, propia de la generalidad que proceden aún al modo humano; y se hablaba también de oración infusa o de contemplación, que mediante los dones de sabiduría e inteligencia, se practica de un modo sobrehumano, sobrenatural y divino; y en particular se hablaba de una suerte de *recogimiento*, que tanto procura declarar y ponderar el P. Osuna, de una venturosa *quietud* en que se halla el ansiado reposo, de *embriagueces de amor* y de *éxtasis* y *raptos*, de la misteriosa entrada en la divina *tiniebla*, del *deslumbramiento* del alma ante la luz divina, de los repentinos *relámpagos* en la *noche oscura*..., de la *inmersión* en el abismo de la divina inmensidad, del inefable *ilapso* divino... de la *licuación*, *fusión* y *renovación espiritual* que el alma endiosada va

sintiendo..., y en fin de la *unión* íntima con Dios y de la mística *transformación* del alma, así como de otros diversos fenómenos que en medio de todo esto se experimentan; acerca de los cuales son notables algunas descripciones de Bloisio, calcadas en Rusbrockio y Taule-ro, y no pocas de Dionisio Cartujo, de San Lorenzo Justiniano y aun de Ricardo de San Victor.

Pero esos fenómenos raras veces se describían con el verdadero orden con que empiezan a manifestarse ni en relación con las fases o estadios progresivos a que pertenecen; y hasta solían tomarse como sinónimos de éstos los mismos fenómenos que pueden sucederse en un solo grado, según vemos hace el autor de los *Siete Grados de la Contemplación*, los cuales dice son: *Ignis, unctio, éxtasis, speculatio, gustus, quies, et gloria*.—«Primo enim anima ignitur, ignita ungitur, uncta rapitur, rapta speculatur, et contemplatur, contemplans, gustat, gustans quiescit».—Y todo esto puede hallarse en la simple oración de *quietud*, y de un modo más perfecto en la de *unión*.—Gersón cree deben reducirse todos al *éxtasis, unión* y *quietud*, acertando a poner estos grados—con ser en realidad de los principales—precisamente en orden inverso al en que se suceden.

Verdad es que algunos grandes maestros, como Ricardo (*De quator gradibus violentae caritatis*), San Buenaventura en su *Itinerario*, y San Lorenzo Justiniano (*Lignum Vitae*, tr. 13; de Orat. c. X), trazan ya cierta manera de grados realmente progresivos, pero aun en esto se ve como un apriorismo filosófico que no siempre resulta en todo conforme con la realidad. Así el Doctor Seráfico trata más de los diversos modos de llegar al conocimiento y amor de Dios—según que le busca el alma fuera de sí, en sí misma y sobre sí misma—que de los verdaderos grados que hay en ese conocimiento y amor. Si bien el 4.º grado, en que despertando los *sentidos espirituales*, empieza ella a descubrir en su interior las maravillas y encantos del Verbo divino, vemos cómo entra ya de lleno en la vida mística, experimentando el recogimiento, la quietud y aun la embriaguez de amor, viniendo así a coincidir este 4.º

grado del *Itinerario*, con la 4.<sup>a</sup> *Morada* de Santa Teresa y la 4.<sup>a</sup> *Clausura* de Rusbrockio.

Según San Lorenzo Justiniano, el primer grado es imaginar y admirar las grandezas de la obra de Dios; el 2.<sup>o</sup> imaginar, discurrir y considerar...; en lo cual, dice, se mezcla ya a veces cierta *luz espiritual* que hace *contemplar*.—Se llega al 3.<sup>o</sup>, cuando, por medio de lo sensible, quedare el alma elevada, suspendida, ilustrada y llena de suavidad, que la hace prorrumpir en divinas alabanzas.—En el 4.<sup>o</sup> grado se trasciende sobre todo lo imaginario...—En el 5.<sup>o</sup>, agotado el raciocinio, se llega a ver la eterna claridad de Dios.—En el 6.<sup>o</sup>, trascendiendo sobre todo raciocinio, viene a quedar el alma toda arrebatada, absorta en Dios y abrasada en su amor, logrando así la perfección y felicidad que en esta caben.

Aquí vemos que ya en el 2.<sup>o</sup> grado va iniciándose la contemplación infusa, que se acentúa en el 3.<sup>o</sup>, el cual coincide realmente con la 4.<sup>a</sup> *Morada* de Santa Teresa.

Los cuatro grados de Ricardo bien pudieran identificarse con los de *quietud*, *unión*, *éxtasis* y *desposorio* o *unión transformativa*; pero como no se describen con la precisión debida ni reciben un nombre apropiado, no bastaron para esclarecer la cuestión.

Esto estaba reservado a la Mística Doctora, la cual, sin más método que el de su delicado instinto espiritual y sentido de auto-observación,—ilustrado con la luz infusa del don de ciencia y las gracias o carismas especiales del *sermo scientiae*—, ni más bagaje científico, según ella misma declara, que su propia experiencia y la de las almas que se le comunicaban, al tener que declarar, por obediencia a su confesor, el proceso de su vida espiritual, logró ver con tanta claridad sus progresivos ascensos—o sea los *grados* por donde fué subiendo de virtud en virtud por el santo camino de la oración—, y luego trazarlos, nombrarlos y describirlos con tanta destreza, haciendo resaltar tan bien sus rasgos más característicos, que en seguida se vió la suma utilidad de esa clasificación. Todas las almas experimentadas pudieron ir reconociendo y comprobando que tal era en

realidad el verdadero orden ascendente, pues con ese mismo orden que en la Santa, se habían realizado por primera vez también en ellas las mismas cosas. De ahí la singular importancia histórica y la trascendencia de aquel precioso tratado de la oración que inserta en su autobiografía y que tanto crédito doctrinal le ha merecido en todo el mundo.

Por lo que a la *oración sobrenatural* se refiere (por la cual entiende la que no está en nuestra mano tenerla con la gracia ordinaria, sino que la da Dios cuando bien le place), señaló primeramente cuatro grados más notorios,—los cuales presuponen la *oscuridad* para discurrir o meditar como de costumbre, la *sequedad* para la oración afectiva, y un modo de oración especial que hoy llaman de *simple mirada* o de *vista amorosa*—; y esos grados son: 1.º, el *recogimiento* producido de repente y cuando menos se piensa, por un rayo de luz infusa que hace al alma entrar en sí misma sin ella procurarlo;—2.º, la *quietud* amorosa, causada por la unción del Divino Espíritu, que la hace respirar celestiales fragancias y gustar inefables dulzuras y embriagueces de amor, con que viene a reposar en El y hallar el deseado descanso;—3.º, la *unión* sencilla, en que parece como que Dios cautiva y estrecha al alma tomando posesión de todas sus potencias, aunque sin llegar a suspender el uso de los sentidos;—y 4.º, la *unión plena* o *extática*, en que hasta el mismo uso de los sentidos se pierde, quedando el alma desfallecida de amor. A estos grados añadió después los de la unión transformante.

En el recogimiento, lo esencial es la cautividad o unión de la inteligencia; en la quietud, la del corazón o voluntad; en la unión sencilla, la de todas las potencias interiores; y en la unión extática, la de potencias y sentidos con mayor o menor pérdida de movimientos.

El recogimiento infuso y la quietud corresponden, según ella, al 2.º modo de riego, o sea al que se hace sacando el agua mediante un torno o una noria (*Vida*, c. 14-15), donde aún se suele trabajar algo, si bien con gran descanso en comparación del modo precedente, propio de la meditación u oración discursiva, donde hay que sacar el agua de la gracia y el refrigerio de los afec-

tos como a fuerza de brazos y de un pozo más o menos hondo, que es la primera manera de riego (*Vida*, c. 11), y donde el esfuerzo es mucho y el fruto relativamente poco; mientras allí, en la oración infusa, por ínfima que sea, con casi ningún esfuerzo, y a veces sin ninguno, se logran excelentes resultados.

Así vemos que estos dos primeros grados de contemplación u *oración sobrenatural*—el recogimiento y la quietud—con tener o presuponer algo, y a veces no poco de *activo* y *adquirido*, no por eso dejan de ser realmente *pasivos* o *infusos*, en que ya se procede de un *modo sobrehumano*; y así no los tiene el alma cuándo ni como quiere, sino cuando y como le es dado amorosamente por Dios.—Y lo mismo hay que decir también de la previa oración de *simple mirada* o *vista amorosa*.

\* \* \*

Es aquí muy de notar que la Santa no sólo no conoció la, en estos siglos de decadencia, tan ponderada «*contemplación adquirida*»—según hubo que reconocer aun cuando más en boga estaba ésta (1)—, sino que de hecho la excluyó expresamente, no dejando para ella ni el menor rincón, al declarar de un modo terminante (*Vida*, c. 13; *Mor.* 4.<sup>a</sup>, c. 3), que debe a toda costa permanecer el alma ejercitándose en consideraciones y afectos hasta que Nuestro Señor tenga a bien levantarla a «*cosas sobrenaturales*». Y que entre tanto, querer suspender ella misma, activamente, sus operaciones, mientras Dios no las suspenda, es pura negligencia o bobería, presunción u ociosidad culpable, expuesta a muchas ilusiones y engaños; como efectivamente poco después se vió claro en los quietistas, cuyo error fundamental, origen casi de todos sus extravíos, bien podemos decir que fué, conforme advirtieron ya varios impugnadores de Molinos (2), la importancia singular que dieron a esa nueva invención llamada «*contemplación adquirida, o activa*», atribuyéndole a veces las mismas propiedades de la infusa, y queriendo así que todos, aun

(1) Cf. *Cuestiones místicas*, 2.<sup>a</sup> ed. p. 293.

(2) Cf. Dudon, S. J., *Le Quietisme Espagnol*, passim.

los mismos principiantes, se echaran a volar sin que aún les hubieran nacido las alas, y que se quedarán en silencio esperando el soplo del Espíritu Santo, expuestos a seguir únicamente el de sus propias pasiones y de las sugerencias del enemigo, quedando entre tanto «bobos y irfós», como la misma Santa dice (*Vida*, c. 12): «Pues cuando Dios suspende el entendimiento—añade ella—dale de que se espante y se ocupe; y que sin discurrir entienda más en un credo, que nosotros podemos entender con todas nuestras diligencias de tierra en muchos años». Y así, con parecer ociosa, está mejor empleada que nunca, mientras cuando ella trate de suspenderle para ponerse en esa flamante *contemplación activa*, lo único que hará, si es que una gracia oculta, por la buena fe con que obre, no la mantiene sobre sí—es ponerse a dormir y soñar dando rienda suelta a la imaginación.—Por lo que con tanta cordura aconseja a todos (*ibid.* cf. c. 22 y c. 31 n. 18) que «no suban sin que Dios los suba».

Así, pues, el que haya algún trabajo o esfuerzo en los principios, y aun a veces en el curso mismo de la oración, no basta para declarar—como algunos pretendieron—que ésta es adquirida y no infusa; pues infusas son las de recogimiento y quietud, a pesar de haber tenido que poner en movimiento el *torno* y la *noria*...

Por tanto, lo que suele comunmente atribuirse a la contemplación adquirida, en realidad pertenece a los primeros grados de la infusa, o es simplemente como un término de transición de la oración ordinaria a la sobrenatural, según indicaron algunos de los primeros y más competentes partidarios de esa manera de oración, o mejor dicho, de esa nueva denominación de un estado sobrenatural incipiente, y como tal conocido desde muy antiguo.

\*\*\*

En la *tercer agua*, que es la traída por arcaduces del río o de una fuente, ya no hay más trabajo que el de conducirla; y eso es lo que pasa en la simple *unión*, donde empiezan a quedar cautivas, aunque no del todo, nuestras facultades.

Y ese mismo ligerísimo esfuerzo desaparece en la *cuarta agua*, que es la llovida del cielo, donde el alma suavemente se deja empapar, refrigerar y vigorizar, como sucede en la *unión extática*, en la cual viene ya Dios a tomar plena posesión de nuestras potencias y sentidos, para moverlos y hacerles obrar casi en todo a su modo divino, no siendo ya tanto la misma alma quien obra con la gracia, cuanto Dios con su gracia en ella y por ella...

Y aquí se sucede una larguísima y en gran parte oscurísima serie de fenómenos, que la Santa trata de describir en la 5.<sup>a</sup> Morada y sobre todo en la 6.<sup>a</sup>, en que poco a poco, encerrada en su capullo de la oscura noche del espíritu, va el alma sufriendo una renovación y transformación maravillosa, cuya manifestación se inicia en el *místico Desposorio* y se consuma y se hace estable en el *Matrimonio espiritual*, donde la unión divina llega no sólo a todas las potencias, sino hasta lo íntimo del sér, que queda deificado, siendo ya el mismo Verbo divino quien obra y vive en el alma, pudiendo ésta repetir con el Apóstol: «*Vivo, mas no yo, sino Jesucristo es quien vive en mí*».—Y así, como la misma Santa declara (*Vida*, c. 23), le parece al alma que es ya otra, y que realmente vive ya una *vida nueva y divina*, cual es la verdadera *vida mística*.

Para evitar confusiones o falsas inteligencias, importa ahora mucho advertir que en esa variadísima serie de fenómenos que Santa Teresa describe hay no pocos que, con ser más o menos frecuentes, no siempre ni en todos acompañan, ni por lo mismo muestran ser esenciales a la íntima unión con Dios a que todo buen cristiano puede aspirar con esperanza segura de lograrla más tarde o más temprano, con tal de ser fiel a la gracia y dócil a las divinas inspiraciones. Esa unión, en que está toda nuestra felicidad aquí abajo—según aquello del Salmista: *Mihi adhaere Deo bonum est*—suele, con no poca frecuencia, ir acompañada de arideces y oscuridades que la hacen muy penosa a la vez que íntimamente gozosa, y aparenta ser muy distinta «destotra *unión regalada*» descrita por la Santa, y no tan sobre-

natural, o no acompañada de «cosas *tan* sobrenaturales», por carecer de muchos favores especiales que ella menciona. Mas no por eso dejará de ser realmente *sobrenatural*, por cuanto allí el alma, aun en medio de sus arideces y penas, puede sentirse del todo *incapacitada* para meditar y orar al *modo ordinario*, y con una paz allá en lo íntimo, que la hace «venturosa», y así «vivirá en esta vida con descanso», porque eso le muestra hallarse verdaderamente *poseída y cautiva de Dios*; y esto es lo esencial. Así esta manera de unión, de que la Santa habla en la *Morada* 5.<sup>a</sup>, c. 3, y que algunos hacen pasar malamente por *ascética* o *activa*, es en todo rigor *mística* y *pasiva*, obra de los dones del E. S., aunque en ella no se adviertan otras gracias especiales—*gratis datas*—que tantas veces de un modo o de otro suelen acompañarla (1).

Y de éstas, claramente se ve que tuvo la Santa muchas, que tan hábil la hicieron para darse cuenta de todo y luego referirlo y declararlo con tanta fidelidad. «Porque una merced, dice ella (*Vida*, c. 17), es dar el Señor la merced; y otra es entender qué merced es y qué gracia; y otra es saber decirla y darla a entender como es». Y para la propia santificación basta lo primero, aunque lo segundo le es también muy provechoso; mientras lo tercero ya es del todo *extraordinario* y *gratuito*, como ordenado al bien de otros principalmente.

Y con esas luces y otras especiales, propias del don de consejo y de la *discreción de espíritu*, pudo en cada grado notar, junto con los más frecuentes fenómenos que ella y otras almas conocidas suyas experimentaban, los preciosos frutos de vida que allí se recogen y también los peligros de ilusión o fraudes del enemigo que pueden amenazar y contra los cuales hay que andar con más cautela.

De aquí se sigue que muy bien pudieron otras muchas almas tener las mismas y aun mayores comunica-

(1) Con razón el P. Silverio advierte que la Santa contrapone una *unión* (mística) *no regalada* a la *regalada*, y no la que llaman *activa* a la *pasiva*. Esa *no regalada*, dice muy bien el P. Gabriel de Santa María Magdalena, C. D., es la que los autores místicos llaman «sobria», por contraposición a la *ebria*, en que el alma parece que sale de sí misma.

ciones de Dios, sin conocerlas tan bien; o conocerlas lo mismo y mejor, y por no haber recibido el don de saberlas decir, por no haber querido Nuestro Señor derramar en sus labios con tanta profusión esa gracia especial de la «palabra de ciencia», no acertar a darlas a conocer como ella, que tantas veces, para que mejor acertara a expresarse, con la pluma en la mano era puesta en el mismo grado de oración que iba a describir: de ahí la facilidad y fidelidad pasmosas con que declara eso mismo que está sintiendo.

Pero así y todo, su habilidad estaba como circunscrita a las fases luminosas y más o menos gozosas, en que con representaciones humanas se puede de algún modo decir algo de lo que se siente. Mas tratándose de las fases oscuras y penosas—que suelen ser mucho más largas—, tratándose de las pavorosas *noches del sentido y del espíritu*, en que tantas y tan importantes cosas dicen—y tantas otras dejan sin poder decir—, San Juan de la Cruz y Santa Catalina de Génova... ella se calla o pasa por alto, contentándose con advertir que «son incomfortables» las penas que a veces sufre la pobre alma para pasar felizmente su purgatorio en vida.—Lo mismo suele hacer con las comunicaciones del todo *inesfables*, en que vemos a la B.<sup>a</sup> Foligno luchar con lo imposible, para dar a conocer de algún modo lo que no es dado al hombre hablar; entonces Santa Teresa o se calla, o se contenta con insinuarlo mediante alguna comparación siempre muy remota.

También es de advertir que—por contentarse con escribir a vuela pluma, y mientras puede ser expresado con palabras lo que siente y como lo siente,—no suele cansarse mucho en distinguir lo esencial de lo accesorio, ni en precisar, como haría un teólogo, y vemos hace San Juan de la Cruz, el alcance de sus afirmaciones, ni en desvanecer las contradicciones aparentes, que no pocas veces resultan de las salvedades que con tanta frecuencia pone, sin duda no muy a gusto suyo, sino sólo por ciertos temores o respetos que le impedían afirmar rotundamente—como suele afirmar sin vacila-

ciones San Juan de la Cruz—lo que sentía, y así se contentaba con insinuarlo tímidamente.

De ahí el que muchos de sus lectores, por no saber leerla ni ponerse en la situación en que ella se encontraba, acierten a dar más importancia a esas salvedades pasajeras, que se prestan a una interpretación torcida, que no a sus enseñanzas repetidas y terminantes, en que manifiesta cuál es su pensamiento, y que no se contradice, como lo declara expresamente en el cap. XX del *Camino de perfección*, al insistir en que *a todos llama Nuestro Señor a las místicas aguas, y que a nadie excluye, como no la excluyó a ella*, reprobando de antemano la falsa interpretación que algunos hacen de lo que—para consolar a los que no han alcanzado aún el don de contemplación—había dicho en el cap. 17, al indicar que «no todas han de ser contemplativas», puesto que eso no está a nuestro arbitrio y sólo se tiene cuando Dios lo da; y entre tanto deben estar las almas disponiéndose para poder recibir a su hora la visita del Señor, o bien *buscándole*, con meditaciones y lecturas, o *pidiéndole* esa gracia e insistiendo en *llamar* con grandes gemidos a las puertas de la divina misericordia, seguras de que algún día, si son fieles y humildes, *se les abrirán* (Mt. 7, 7) y les será concedido mucho más de lo que acertaren a desear, como a ella misma, que estuvo catorce años así esperando.—Y a otras, como ya fuertes, las lleva N. Sr. por muchas pruebas y sequedades, en que se creen en estado *ascético*, siendo así que se hallan en realidad muy poseídas y cautivas de Dios que así *las pone*, y, por tanto, en verdadero estado *pasivo* o «*místico*».

De todo esto se sigue también que muchas almas realmente favorecidas con tal o con cual grado de oración sobrenatural, como no sienten todo lo que ella dice al describirlo, ni lo que sienten es de la misma manera—por faltarles alguna gracia o favores especiales, o bien por añadirse otros distintos que ella no indicó—teman sin bastante fundamento, que su oración no sea como debería ser, y así vienen a desalentarse por no encontrar en las descripciones de la Santa eso mismo que ellas sienten, aunque por lo demás no puedan dudar

que es cosa de Dios. Así vemos que muchas se figuran, por ejemplo, que su *quietud* o su *unión* no son verdaderas o deben de ser sospechosas, por no ser en todo tales como las describe la mística Doctora; y sin embargo pueden ser muy legítimas si hay lo esencial, como lo es, respectivamente, la cautividad de la voluntad, o la de todas las potencias, aunque—supuestos los buenos frutos—falte, varíe o difiera notablemente casi todo lo demás.

A quienes tales dudas padecen y a los respectivos directores, les convendrá mucho leer las descripciones que de los mismos estados o grados fundamentales de oración hacen otras almas bien experimentadas que recibieron también de Dios la misma gracia de saberse explicar y darse buena cuenta de lo que por ellas y por otros pasaba.

\*\*\*

Entre esas podemos citar a la V. María de la Encarnación—a quien Bossuet llamaba la Santa Teresa de América—la cual juntando el recogimiento con la quietud—conforme hizo la misma Santa en la (*Vida*, c. 14)—, la unión sencilla con la extática, y el desposorio con el matrimonio espiritual, lo reduce todo a tres grados fundamentales que describe y declara con notable precisión, sin olvidar las terribles pruebas de la *noche del espíritu* (Cf. *Evolución mística*, 2.<sup>a</sup> ed. p. 464, 512).

También son muy dignas de leerse las descripciones que en su *Riego espiritual* hacen la salmantina M. María de la Concepción, natural de Cantalapiedra, y otra admirable salmantina, natural de Alba y fundadora de las Agustinas Recoletas, la V. Mariana de San José, en su *Vida* y sobre todo en su *Exposición de los Cantares*; y por fin, la V. Ana María de San José, Abadesa de las Franciscas descalzas de Salamanca, la cual, aunque sin señalar grados especiales, ni emplear los términos con que se designan, acertó a declarar admirablemente los variadísimos estados que recorrió, y los singulares favores que recibió su alma en la breve narración que de su maravillosa *Vida*, por mandato de su confesor, hizo dos meses antes de morir, con una riqueza de estilo, de-

licadeza de tacto y sutileza de autoobservación, que en muchas cosas compite con la misma Santa Teresa, y puede figurar muy bien a su lado, conforme ha podido verse en el extracto que de su doctrina hicimos en *Grados de Oración* (3.<sup>a</sup> ed. p. 237-251).

Otros puntos de la Santa pueden muy bien aclararse y completarse con interesantes observaciones de la V. Agreda, de la B.<sup>a</sup> Angela de Foligno, del P. Hoyos, de Sor Bárbara de Santo Domingo, etc., etc.; como podrá también verse de algún modo en el citado librito, en que hemos procurado resumir lo más esencial, y sobre todo en la *Evolución mística*, donde más por extenso tratamos de dar a conocer todo el proceso de la vida espiritual y hacer resaltar las muchas variantes que se notan en cada grado, para que mejor se vea cuál es lo esencial, y las almas fieles puedan reconocerse entre algunas de esas variantes y con esto se animen viendo que están en buen camino, aunque no vayan en todo como la Santa, con tal que tengan lo más substancial y recojan los respectivos frutos de vida.

Esto no sólo a los directores, sino también a las mismas almas puede a veces importar mucho conocer bien para saber sacar de todo el mejor partido. Y así vemos que la misma Santa Teresa (*Vida*, c. 4) se lamenta de no haber entendido, cuando empezó a tener oración de quietud y algo de unión, «qué era lo uno y lo otro, y lo mucho que era de preciar, que *creo me fuera gran bien entenderlo*».

\* \* \*

Después de las hermosas aclaraciones de la gran Doctora mística, todo o el principal trabajo que resta a los nuevos maestros es el de simplificar y precisar, y a veces completar y llenar ciertas lagunas, a fin de poder, con la mayor exactitud posible, declarar cuáles son los *verdaderos grados* esenciales y los fenómenos realmente *ordinarios* en el proceso de la vida interior de todos los siervos de Dios que llegan a la santidad, y cuál lo *extraordinario* o accesorio, que sólo sirve de adorno o complemento, y puede variar mucho de unos santos a otros.

## CAPITULO VI

---

### **Influencia de Santa Teresa en el progreso de la Teología mística (1)**

#### **I.—Importancia de sus escritos.**

La singular importancia que en la Teología mística ofrece la doctrina de Santa Teresa, lo mucho que con sus celestiales escritos y con sus santos ejemplos y palabras contribuyó esta ilustre mujer a completar, esclarecer, acreditar y propagar la sublime «ciencia de los Santos», es cosa que está en la conciencia de todos cuantos a esos estudios de cualquier modo se dedican. Al lado de las más encumbradas eminencias místicas, al lado de San Bernardo y San Buenaventura, del Beato Susón y de Taulero y Rusbrockio... vemos figurar, sin desdecir un punto, la simpática figura de Santa Teresa. Y lo que es aún más de notar, ese mérito tan relevado está en la conciencia misma de la Iglesia Católica, que en la Oración oficial de la Santa pide «ser alimentada de su celestial doctrina».

Así que, en vista de ese renombre, bien podemos ya suponer que el influjo de la humilde Virgen avileña en la ciencia mística en estos últimos siglos es en cierto modo comparable al de San Gregorio Magno y Dionisio el Místico durante toda la Edad Media, y al que al fin de ella ejercieron San Bernardo y Ricardo de San Víctor y San Buenaventura y luego los grandes maestros de Alemania y los Países Bajos. En suma, que hoy su prestigio en la sagrada ciencia de los caminos de

(1) Cf. *La Ciencia Tomista*, Julio-Ag. 1923.—Memoria presentada al Certamen Teresiano de Avila.

Dios está al nivel de cualquier otra autoridad no canónica.

He ahí la razón y los títulos de su «Doctorado místico».

\*\*\*

Ya antes de ponerse a escribir por obediencia su preciosa *Vida*, ocasión y síntesis de todos sus demás libros, empezó a ejercer misteriosa influencia provechosísima en cuantos íntimamente la trataron, fueran del estado y condición que fueran, pero muy especialmente sobre sus mismos maestros de espíritu que, con el calor de sus admirables confidencias y la eficacia de sus santos ejemplos, se perfeccionaron en la ciencia de la santidad y se aficionaron a practicarla y comunicarla con creciente provecho cada día.

Así se fué viendo igualmente en su mismo hermano don Lorenzo y, sobre todo, en sus más íntimas compañeras y fieles hijas, que vinieron a ser las legítimas herederas de su espíritu, por haberlo bebido del todo puro y sin mezclas extrañas; y se vió también proporcionalmente en los primeros de sus hijos, que más de cerca y con mayor afecto y respeto la trataron, como San Juan de la Cruz, que con tanta humildad y diligencia procuró en Valladolid imponerse bien en todas las prácticas por ella establecidas.

Esta influencia se manifestó aún mejor después de su santa muerte, cuando fueron cesando todas las sospechas y persecuciones, y su nombre voló por toda la redondez de la tierra en alas de la fama de ciencia divina y santidad eminente, de que tan luego empezó a gozar, y que fué creciendo a medida que se publicaban y traducían y propagaban por todas partes sus celestiales escritos.

En Francia fué tan grande el entusiasmo que produjo la traducción de su *Vida*, que a pesar de los antagonismos políticos de entonces, por todas partes resonaba con admiración el nombre de la Madre Teresa de Jesús, siendo innumerables las almas que ansiaban imitarla en lo posible y vivir conforme a sus enseñanzas.

\*Su retrato—dice la *Mémoire sur la Fondation...*, I,

pág. 528 (citada por Bremond, *L' Invasión mystique*, París, 1916, pág. 281)—se propagó, junto con sus obras, bien pronto por toda Francia, y por medio de ellos toda suerte de personas, de todos estados y condiciones, eran atraídas a la vida interior y muchísimas doncellas de las mejores ciudades del reino desearon entrar en esta Orden».

Así es como, para poder asimilarse bien y vivir en toda su integridad y pureza tan santa doctrina, no contentándose con la letra muerta, resolvieron con singular acierto y con sumo ardor trabajaron por llevarse las mejores copias vivas que pudieran hallarse del espíritu de la Santa, como efectivamente lo lograron a fuerza de habilidad y constancia, llevándose, entre otras, a las dos que más deseaban: a la venerable Ana de Jesús, que pasaba por discípula predilecta de Santa Teresa y capitana de las prioras, y a la humilde lega, hoy Beata Ana de San Bartolomé, que con tanta fidelidad acompañó a la Santa en todas partes muchos años y la asistió hasta recibir su último aliento, y era con razón tenida por la más fiel heredera de su espíritu. A ésta, una vez en Francia, la obligaron a ponerse el velo negro y a desempeñar, sin saber la lengua, los cargos de priora y maestra de novicias, para instruir en los caminos de Dios a las fervorosas jóvenes que estaban pendientes de sus labios, adivinándola todos sus pensamientos. «Lo más florido que entonces tenía Francia—declara Bremond (*ob. cit.*, pág. 300)—se dejaba conducir con gozo por esta humilde mujer, cuyos ojos parecían reflejar aún el supremo éxtasis de Santa Teresa».

«Por lo que hace a la venerable Ana de Jesús—añade (págs. 310-11)—conservamos de ella, acerca de la grande obra que entonces se realizaba, y que tales consecuencias debía tener en la historia del misticismo francés, una carta preciosísima: «Desde su toma de hábito—dice de nuestras francesas—se encuentra su espíritu como renovado en una manera de oración diferente. Yo procuro que consideren e imiten a Nuestro Señor Jesucristo, porque es poco lo que de El se acuerdan: todo se les pasa en una simple vista de Dios. No sé cómo puede ser esto... Todos siguen yendo a Dios

por suspensión, más que por imitación...» ¡Qué clarividencia genial, y en una mujer que, por no saber nuestra lengua, más bien que entender adivina las confidencias recibidas! ¡Cómo descubrió el peligro quietista, a que tantas veces propendió la espiritualidad francesa!.. A esto opone la mística... teresiana, la necesidad de no estar ociosos y de un retorno constante al Verbo Encarnado... Admiraremos también la docilidad de nuestras francesas. Por confesión del juez más competente y severo, vemos que ellas han recibido y asimilado en su original pureza la tradición teresiana.»

Y por medio de ellas fué poco a poco propagándose esa tradición por toda Francia y haciéndose sentir ese saludable influjo en las almas espirituales y sobre todo en los grandes maestros de espíritu, que de un modo directo o indirecto muestran hallarse en el fondo animados de los mismos sentimientos y pensamientos de la mística Doctora castellana, ya la citen expresamente y con gran respeto, como hace San Francisco de Sales, ya se dejen influir sin citarla apenas, como sucederá en el padre Surin y en sus mejores discípulos.

Y esta oculta influencia producida por el prestigio de la Santa y el buen ejemplo de sus hijas y por la simple lectura devota de su *Vida*, fué quizá, y aun creemos que sigue siendo, mucho más eficaz que el detenido estudio de sus doctrinas, a veces desnaturalizadas o mal entendidas aun en lo que tienen de fundamental.

Así es de alabar el buen acierto con que en Francia procuraron llevarse el espíritu aún viviente de esa doctrina con preferencia a los escritos o como medio indispensable para poderlos entender bien; pues sin duda advirtieron ya las muchas causas que influían en desnaturalizarlos...

## II.—Notas características de la Mística teresiana.

Nueve son, en efecto, o a nueve podemos reducir las *notas más salientes* o más importantes que tan simpática hacen a la Santa y tanto acreditan en todo el mundo su doctrina, que venga a ser mirada casi como

insustituible; de modo que al tratar de la verdadera mística cristiana, o sea de las íntimas comunicaciones de Dios con sus finos amadores, nadie pueda ya prescindir de ella sin exponerse a extravíos o a deficiencias notorias e indisculpables. Y todas ellas acertaron a quedar más o menos ofuscadas o desfiguradas casi desde un principio, y lo que es aún más de extrañar, por obra y desgracia de amigos de la Santa que creyeron favorecerla retocando sus frases o atenuándolas, en vez de explicarlas en su espontáneo sentido, que tanto cautiva a quienes la leen con toda sencillez y sinceridad.

Esas notas son: 1.<sup>a</sup> El manifiesto orden ascendente de las grandes fases o etapas de la vida espiritual, en correspondencia con los verdaderos grados progresivos de oración, los cuales, según hemos visto, establece, señala y describe con pasmosa seguridad y con una precisión y exactitud indiscutibles.

2.<sup>a</sup> La verdadera unidad y continuidad de esa divina vida en todas sus fases.

3.<sup>a</sup> El hacer resaltar el general llamamiento, al menos remoto, de todos, sin exclusión de nadie, ni aun de los mayores pecadores, hacia las altas cumbres de las bienaventuranzas, o sea de la contemplación y la vida mística, donde se bebe el agua viva que prometió Nuestro Señor.

4.<sup>a</sup> La necesidad que hay de buscar a Dios siempre por el fiel seguimiento del mismo Cristo, como único camino para ir al Padre, y de no dejar nunca voluntariamente de llamar a esa puerta de la santa Humanidad, a no ser cuando el alma, sin ella procurarlo, se encuentra elevada e introducida en los augustos misterios de la Divinidad.

5.<sup>a</sup> La singular importancia que para confortar al alma y consolarla y asegurarla tienen ciertos favores sensibles y otras gracias especiales, que muchos suelen mirar como sospechosas o llenas de peligros,—como si Nuestro Señor quisiera favorecer a las pobres almas con tanto riesgo;—y lo bien que describe y hace estimar esas mercedes señalando sus ventajas y el modo de preservarse de los fraudes del enemigo.

6.<sup>a</sup> La íntima seguridad que el alma tiene en las

grandes comunicaciones divinas, sobre todo desde la oración de unión, de que entonces se halla en buen estado y es realmente amada y favorecida de Dios, y la certeza que dejan las luces superiores, por extrañas que parezcan, quedando el alma siempre convencida de que se cumplirá todo fielmente, aunque sea por medios impensados y como nadie hubiera acertado a sospechar.

7.<sup>a</sup> La maravillosa eficacia que tienen las gracias místicas y la oración sobrenatural para mejorar en breve y transformar toda nuestra vida y alcanzar fácilmente la altísima perfección a que somos llamados.

8.<sup>a</sup> El asegurar la conveniencia de «engolosinar a las almas de un bien tan alto».

9.<sup>a</sup> El insistir sobre la tan lamentable escasez de la buena dirección espiritual y necesidad que las almas sienten y tienen, para preservarse de engaños y cobrar alientos, de buscarla donde vean que hay verdadera luz de vida y no donde no la hay y uno quisiera encontrarla; y de este modo mostrar la conveniencia de conceder a las religiosas, conforme ha dispuesto ya la Iglesia, una muy amplia libertad de espíritu, para que con la debida prudencia puedan tratar sus almas, aun «sin confesión», con quienes puedan ilustrarlas y consolarlas, aprovechando las ocasiones de tener a mano alguno de los pocos que de ello son capaces.

Tales nos parecen ser los puntos capitales y característicos de la doctrina de Santa Teresa y en los que está el secreto de su influencia singular (1).

Pero en todos o casi todos ellos, por su mucha timidez o excesiva humildad y a causa de su falta de letras, se deja; desgraciadamente, influir de tantos miedos como en todo le ponían, haciendo salvedades que no pocas veces desconciertan al lector y obscurecen la doctrina, dando lugar a dudas más o menos serias, y que desde un principio fueron mal interpretadas por quienes, al parecer, participaban de los mismos miedos, llegando

(1) Cfr. *Vida*. c. 13, n. 2-4, 6, 14, 16, 19-21; c. 18, n. 8; c. 22: *Caminos*. c. 5, n. 1-5; c. 19, n. 14-15; c. 20, n. 1-2; c. 21, n. 1-2. *Moradas*, 1.<sup>a</sup>, c. 2, n. 11, 14; 2.<sup>a</sup>, n. 9; 3.<sup>a</sup>, c. 2, n. 9, 11; 4.<sup>a</sup>, c. 2, n. 8-10; 5.<sup>a</sup>, c. 1, n. 2-3; c. 2, n. 1, 5-7; c. 4, n. 11; 6.<sup>a</sup>, c. 4, n. 12. c. 6, n. 13; c. 7, n. 6; 7.<sup>a</sup>, c. 2, n. 7-8; c. 3, n. 9, etc.

algunos a tomar en ella por regla general lo que a lo sumo apenas sería una posible excepción. De ahí que, a pesar de su continua insistencia en esos puntos fundamentales y de lo mucho que los esclarece con tan variadas y reiteradas afirmaciones hechas espontáneamente en conformidad con lo que sentía y experimentaba, siempre hubo y aun sigue, por desgracia, habiendo quienes pretendan valerse de palabras de ella, aunque tomadas a veces como por los cabellos, para sostener doctrinas lo más radicalmente opuestas a las suyas. Pues conforme sucede con los grandes genios, todos le tiran de la capa, hasta romperla, para ver si, quiera o no quiera, la atraen a su partido.

De ahí la necesidad de dar bien a conocer la suma importancia de esos puntos fundamentales y característicos de su doctrina, y la gravedad de las alteraciones que sufrieron, con grandísimo menoscabo de su saludable influencia, para que nadie se fíe más de versiones o textos infieles ni de interpretaciones que, por bien que traten de apoyarse en ciertas frases o en pasajes aislados y oscuros de la Santa, chocan con el fondo mismo de sus enseñanzas o con numerosos pasajes bien claros y terminantes en que ella insiste en manifestar a todas luces sus íntimas convicciones y sus verdaderos sentimientos y pensamientos.

De los nueve principales puntos que tanto hizo ella resaltar y que pueden servir como de *notas características* de su *verdadera doctrina*, el más importante y más propio para acreditarla, es sin duda alguna el primero, o sea el haber establecido con tanta claridad y precisión los verdaderos grados progresivos de la oración y contemplación, como correlativos de otros tantos ascensos en la escala de la virtud, o sea del fondo mismo de la vida sobrenatural.

Estos grados de oración y de vida los dió por primera vez a conocer, según ya vimos, en su misma autobiografía, donde con eso inició uno de los mayores progresos de la Teología mística.

En efecto, esa clasificación teresiana ilumina vivísimamente lo que antes parecía un caos, y así ha veni-

do a servir de norma y de base a casi todos los autores que posteriormente han tratado de penetrar en los íntimos secretos de la psicología sobrenatural, acabando por ser comúnmente admitida en el fondo, si bien varios maestros suprimen o añaden algo, y otros tratan de simplificarla reduciéndola a sus grados fundamentales o a los más importantes (Cfr. nuestros *Grados de Oración*, 3.<sup>a</sup> ed., págs. 116-20).

En esto y en completar lo dicho por Santa Teresa con otros fenómenos dados a conocer por almas experimentadas, bien puede trabajarse con fruto sin salir de la verdadera senda. Pero quien no tenga muy en cuenta todo lo que la Santa dejó escrito acerca de las íntimas comunicaciones con Dios, muy expuesto se halla a flaquear o cuando menos a mostrarse muy retrasado.

Así vemos que los místicos posteriores que no la conocieron o apenas la tuvieron en cuenta, presentan clasificaciones del todo inaceptables.

Mas con haber llegado a ser su magistral clasificación de grados y fenómenos casi generalmente admitida, hay muchos autores, aun entre los que se precian de ser sus más fieles discípulos y hasta se presentan como continuadores o comentadores suyos, que en vez de declarar, ampliar y desarrollar los mismos pensamientos de la Santa, conservando fielmente y haciendo resaltar bien sus notas y rasgos más característicos, lo que hacen es más bien achicarla, oscurecer su doctrina, embrollarla, darle falsas apariencias, que la presenten como cosa del todo extraordinaria y, por tanto, sospechosa, temible y repulsiva.

Y el hecho es que no sólo se puede, sino que se debe procurar con ardor completarla y aclararla, como con singular acierto logró hacer su primero y mayor discípulo San Juan de la Cruz, que resplandeció aún más que ella con el don de penetración, o sea de inteligencia, aunque menos con el de ciencia, y así acertó a poner de algún modo en claro las largas noches oscuras por que el alma debe necesariamente atravesar para llegar a la íntima unión con Dios, y que la santa Madre se había contentado con sólo insinuarlas, sin atreverse

a describirlas, y aun sin dar apenas a entender la imperiosa necesidad de esas purgaciones y expiaciones, reparaciones y renovaciones, destrucciones y transformaciones, y los profundos misterios que se encierran en la *mística muerte y resurrección* que allí sufre el alma... También la completa con cuanto dice acerca de los maravillosos *toques substanciales*, la *transformación* en las Tres Divinas Personas y las altísimas *noticias de Dios* que a todo eso acompañan...

Lo mismo se debía haber procurado seguir haciendo siempre; y así hasta en nuestros días importa mucho tratar de aclarar y completar lo escrito por la Mística Doctora con lo que otros muchos místicos anteriores y posteriores, con luz muy singular, escribieron acerca de los atributos divinos, de las misiones de las Divinas Personas, de los misterios del Salvador y de la Iglesia, del reino de Dios en los corazones, del cielo y del infierno y el purgatorio, del juicio universal y particular..., del ministerio sublime de la expiación, compensación y reparación..., de la creciente necesidad que hay de almas fieles y generosas que a Dios aplaquen ofreciéndose como *víctimas de amor* por tantos como perecen arrastrados por falsos placeres...; del purgatorio en vida que tantas de estas víctimas vienen a sufrir por sí y por otros, cargando con sus enfermedades, trabajos y tentaciones y hasta padeciendo, inocentes, un horrible cerco diabólico... A esto habría que añadir no poco acerca de la maravillosa y visible configuración con Cristo paciente, en la *estigmatización*, del real apostolado ejercido, durante la misma contemplación, en los raptos con bilocación, donde el alma es llevada a veces a evangelizar a los infieles, auxiliar a los moribundos, consolar y alentar a los confesores de la fe y ayudar a los misioneros... y a la vez a ejercer toda suerte de obras de misericordia con enfermos, necesitados, cautivos, heridos en la guerra... y aun a alentar a los combatientes y defenderlos o ayudarles a pelear por una causa santa... Así se descubrirían maravillosos empleos del *sensus Christi*, o sea de los *sentidos espirituales*, en cuyo pleno ejercicio, según hemos ya visto, puso el Apóstol, conforme Santo Tomás declara (In

Hebr. 5, 14), la *esencia* misma de la *perfección cristiana*.

En todo esto—de que pueden verse no pocas muestras en algunos de los «Ejemplares» que figuran en *La Vida Sobrenatural*—y en otras muchas cosas que todos los días va dando más y más a conocer el «Espíritu de sabiduría y de revelación» que el mismo Apóstol pedía para todos los Efesios (I, 17-18), a fin de que pudieran conocer las inefables riquezas de la herencia de J. C. que se manifiesta en los corazones santos—y que por lo mismo tanto nos interesa conocer a todos...—, claro está que debemos aprovecharnos de cuantas luces se haya servido N. S. derramar, ya que sin ellas, como decía Santa Catalina de Génova, andaría el mundo a oscuras... Y por lo mismo que son tan difíciles de expresar o darse a conocer, debemos utilizar todos los escritos de cuantos tuvieron gracia especial para decirlas.

Y entre las almas así favorecidas se cuentan no pocas hijas de la misma Santa Doctora, tales como su homónima Sor Teresa de J. M.<sup>a</sup>, cuyas preciosas obras acaban de ser publicadas. También pueden servir mucho las de las Venerables Marina de Escobar, Mariana de Jesús, Ana M.<sup>a</sup> de S. José, M.<sup>a</sup> de la Concepción, Isabel de Jesús, Agreda..., Ana Catalina Emmerich, cuyas Revelaciones—así como las de Sor Natividad, Franciscana de Fougères, acerca de los misterios de la Iglesia, las de Santa Margarita M.<sup>a</sup> y del P. Hoyos, etcétera, sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, tan característica de estos últimos tiempos, las del B. Montfort acerca de la mediación mariana o de la intervención de la Santísima Virgen en todo el proceso de nuestra santificación—, no pueden menos de ofrecer vivo interés a todas las almas sedientas de luz y verdad. Y no menor lo ofrecen las recentísimas comunicaciones de la B.<sup>a</sup> Teresita acerca del *Caminito de la infancia espiritual*, y de Benigna Consolata acerca de las efusiones del *Amor Misericordioso* del divino Corazón.

Así con todos estos y otros preciosos datos, tales como los muchos ofrecidos por la M. Sorazu,—cuyos escritos tanta luz arrojan sobre casi todo lo dicho, y tan

suave olor de vida esparcen ya,—podrán notablemente completarse y esclarecerse todas las ramas de la Mística Teología tanto en lo especulativo como en lo práctico, y singularmente lo que más urge y muestra ser de más actualidad, cual es todo lo concerniente a los misterios de la expiación, reparación y compensación, con tanta insistencia recomendadas hoy por nuestro dulcísimo Salvador a sus más fieles esposas, encargadas de sufrir en unión con El por los que de ningún modo quieren sacrificarse ni llevar la cruz salvadora, o de arrancar, como Emmerich, «ortigas de la viña escogida», y de servir de pararrayos y también a veces de centinelas y aun de ayas e institutrices espirituales, aplacando la ira divina y remediando las negligencias o desaciertos de muchos guardas y pastores, y mostrando así cómo deben cooperar y cooperan todos los miembros vivos de Cristo, bajo la moción del Espíritu Santificador y la dirección visible de la autoridad jerárquica, a la edificación de su cuerpo místico que se va realizando sobre todo con la caridad (Eph. 4, 11-16).

Todo esto, repetimos, cuadra muy bien con el conjunto de la doctrina de Santa Teresa, y muy lejos de ofuscarla en lo más mínimo, sirve para ilustrarla, desarrollarla y completarla, haciendo resaltar mucho más todas sus notas características, a la vez que desvanece ciertas nebulosidades, aclara las dudas y declara plenamente muchas de sus insinuaciones.

Y serviría también no poco para orientar y asegurar a ciertos directores tímidos o adocenados, que piensan que todo se ha de hallar en los libros, y así dan más importancia en el discernimiento de los espíritus a lo que diga cualquier autorcillo vulgar, mejor o peor fundado en Santa Teresa, que a los mismos frutos de virtud y santidad en que se descubre la mano de Dios enriqueciendo a las almas y con ellas a la Iglesia Santa.

En vista de eso nadie se extrañaría de ir descubriendo siempre en el estudio de las maravillas del divino amor nuevos horizontes que obligan a cantarle al Señor de continuo un cántico nuevo.

Pero pocos son los que eso hacen, y muchos los que, en vez de edificar, destruyen y desconciertan.

### III.—Alteraciones que ahogan o impiden su benéfica influencia.

Entre los que en los tiempos pasados se dedicaron a los estudios teresianos, muy pocos en efecto, se preocuparon de ilustrar y completar la doctrina de la Santa, y en cambio fueron muchísimos los que, creyendo seguirla y atenerse a ella en todo, como en realidad la miraban por el prisma de sus propias apreciaciones y muy influidos de los prejuicios de su tiempo, respirando un ambiente ya muy distinto del de Santa Teresa, aun sin ellos advertirlo, fueron desfigurando cada vez más su verdadero pensamiento, ora confundiendo, alterando o interpolando los grados por ella tan sólidamente establecidos, o truncando tan hermosa escala; ora atenuando, ofuscando o excluyendo todas sus demás notas características, tales como la perfecta unidad de la vida espiritual, el general llamamiento a la mística, y lo consolador, seguro y deseable que es este camino de la oración sobrenatural, y cuánto importa el tener buenos guías que sepan conducir por él.

Como ejemplo de estos autores podemos citar, por ser de los más conocidos, a Scaramelli, el cual, si bien utiliza con habilidad en la descripción de los grados y fenómenos místicos la doctrina teresiana, y hasta logra completarla no pocas veces con datos muy bien tomados de otras fuentes, sin embargo... empieza nada menos que por romper la escala y destruir la unidad de toda la construcción de la Santa, separando por completo la mística de la ascética, declarando que ésta, con la oración discursiva que le corresponde, lleva tan sólo hacia esa nueva forma de oración que llaman *contemplación adquirida* o *activa*, la cual creen que basta para llegar a cierta supuesta unión que llaman también *activa*, y en que afirman está la esencia de la *santidad ordinaria* que se pide a todos; y que, por lo mismo, el aspirar a la unión mística y a la correspondiente *contemplación infusa*, aunque en sí bueno y recomendado por grandes maestros, es sumamente expuesto y, en la

práctica, casi tan vituperable como el aspirar, aunque sea con buen fin, a ser obispo o papa, o el meterse de rodón en un convite solemne sin haber sido por nadie invitados... (1). Con lo cual... y los desacertados consejos que de ahí fluyen, no se puede menos de amedrentar a las almas y desconcertarlas, en vez de asegurarlas en los íntimos deseos que Dios les pone en el corazón y animarlas a seguir subiendo con ansias por la secreta escala... Y como ésta se la tiene por excepcional, de ahí la poca importancia práctica que ha de ofrecer el que haya o no haya para ella guías competentes.

Tales son las doctrinas que desde el siglo XVII vienen muchísimos autores vendiéndonos como teresianas o «carmelitanas», siendo en realidad las más opuestas a los sentimientos de la Santa Reformadora del Carmelo. Podemos; para mayor claridad, reducirlas a tres puntos, o sea a tres afirmaciones o suposiciones gratuitas; cuales son:

1.º La de una manera de oración que llaman *contemplación puramente adquirida* y de una *unión activa* que sirva de coronamiento de la vida ascética u «ordinaria», mientras esa contemplación sería el término connatural a que de suyo tiende la meditación, o sea la oración discursiva.

2.º Separación total de la ascética y la mística, y suficiencia de aquélla para llevar aun a los más altos grados de perfección y santidad.

3.º Inconvenientes y peligros de aspirar de ningún modo—ni con disposiciones ni con súplicas—, no obstante el «buscad y hallaréis, pedid y recibiréis, llamad y os abrirán»... a una cosa tan «extraordinaria» y tan innecesaria para nuestra perfección, como aseguran que es la contemplación infusa, «reservada tan sólo a unos pocos privilegiados»; desmintiendo así el general llamamiento que con tanta insistencia afirma la Santa (2), y que, según declaración del ilustre editor R. P. Silverio, es evidente y del todo innegable, a lo menos con respecto a todas sus religiosas.

Veamos ahora: 1.º, en qué se fundan o con qué sin-

(1) Cf. *Directorio místico*, Tr. 3, c. 32.

(2) Cfr. nuestras *Cuestiones místicas*, 2.ª edic., páginas 329-33.

razones se apoyan estas afirmaciones tan fascinadoras y tan inveteradas como peregrinas de la *mística pseudo-teresiana*; 2.º, cómo pudo empezar este funesto engaño, y 3.º, cómo se remediará.

#### IV.—Insubsistencia de tales afirmaciones.

En cuanto a la *contemplación adquirida*, tan famosa en estos tres últimos siglos, desde que el P. Tomás de Jesús en 1620 la puso en boga, por más que hoy algunos se empeñen en presentarla como una legítima expansión de las doctrinas de la Santa y una señal de progreso en su interpretación (y así violentan sus textos para hacerle decir o indicar lo que jamás ella soñó), forzoso es confesar que, indiscutiblemente, es una invención extraña. Así lo reconoció y declaró el P. Fr. José de Jesús María Quiroga (*Don que tuvo San Juan de la Cruz...*, c. 7), advirtiendo que «todas las veces que nombra contemplación, habla de la del todo infusa». Y hemos ya indicado, y luego, D. m., podremos más detenidamente hacer ver cuán extraña y aun opuesta es a la verdadera doctrina teresiana y cuántos desconciertos y daños tiene ocasionados.

El creerla invención de San Juan de la Cruz—que debió sin duda ser lo que más contribuyó a sostenerla y acreditarla—es otro manifiesto engaño, fundado en la falsa atribución que al gran Doctor místico se hizo del famoso tratado del *Conocimiento obscuro de Dios*, publicado en 1608 por el benedictino P. M. Alvarado, que como propio lo incluyó en su obra *Arte de bien vivir*, y que es donde por primera vez aparece enseñada esa contemplación adquirida o activa, si bien este autor no la tiene por del todo activa, puesto que de ella viene a formar (c. 8) el primer grado de la infusa o pasiva, señalando como tercero el recogimiento infuso, en el cual cree, con razón, que aún hay también algo de adquirido, conforme reconoce la misma Santa Teresa.

De ahí que esta invención, tal como la presenta el P. Mtro. Alvarado, pueda caber muy bien dentro del cuadro de las doctrinas de la mística Doctora; mientras

tal como luego Tomás de Jesús la presentó, o sea como puramente activa o ascética y sólo última y mejor disposición para la mística, ya no cabe allí de ningún modo; puesto que esa contemplación así hecha, según él dice, al modo humano, implica una suspensión de las potencias sin que Dios las suspenda, ni haya comenzado a embebernos, cosa que ella reprueba.

Y mucho menos cabrá en la forma en que otros autores, tales como José del Espíritu Santo, directa o indirectamente la proponen, que es como límite a que puede llegar la oración de la generalidad, o de los muchos que, según él, no son llamados a la mística y tienen bastante con la ascética; idea que con gran aparato escolástico trata de atribuir a Santa Teresa, fundándose para eso, contra todas las leyes de la sana crítica, en un solo pasaje, por cierto bien obscuro, y desentendiéndose—en vista de ese solo (o de dos a lo más)—de los innumerables en que expresamente dice todo lo contrario...

En cambio los que, con Felipe de la Santísima Trinidad, Vallgornera y Antonio del Espíritu Santo, afirman y sostienen, tan de acuerdo con la Santa Doctora, no sólo el general llamamiento a la vida mística, sino que todos, y especialmente las almas a Dios consagradas *deben aspirar a ella*, remedian con esto su engaño respecto a la importancia que dan, según era costumbre entonces, a la «contemplación adquirida».

La simple *unión activa* que ya hemos desechado—y que, viendo cómo de nuevo se insiste en sacarla a flote, necesitamos volverla a refutar más a fondo—pretenden sus muchos partidarios fundarla, según queda dicho, en otro pasaje también aislado y obscuro de la misma Santa en la 5.<sup>a</sup> Morada (c. 3). Para consolar a los que no da Dios «*cosas tan sobrenaturales*» y para que *no queden sin esperanza «de entrar en ella»*, o sea de llegar a tan alto grado de oración, les dice que procuren cumplir con toda la perfección que es debido el precepto de la caridad, amando a Dios de todo corazón y al prójimo como a nosotros mismos, y verán cómo les da El no sólo «esta merced», sino mucho más de cuanto acertaren a desear, y por de pronto el que suban a esa misma Mo-

rada 5.<sup>a</sup>, o sea a un grado de oración que es realmente «sobrenatural», aunque no lo parezca *tanto* como la *unión regalada*; «que poderoso es el Señor de enriquecer las almas por muchos caminos, y llegarlas a *estas moradas* (místicas), y no por el atajo que queda dicho» (de la *unión regalada*). Y que si a esa perfecta caridad no llegasen, aunque les parezca tener oración de *unión muy regalada*, aún no tienen sino, a lo sumo, cierta quietud; y si llegaren, estarán realmente unidas con la voluntad de Dios; la cual es «que seamos *del todo perfectas*, para ser *unos con El...* que no ha menester el Señor hacernos grandes regalos para esto».

Así vemos claro que no contrapone nunca la Santa una unión puramente activa o ascética a la pasiva, mística o, como ella suele decir, «sobrenatural», sino una verdaderamente mística, producida por Dios, aunque no de un modo TAN sobrenatural, á otra más acompañada de favores especiales, o sea a la *unión regalada*. La no regalada subsiste aun en medio de las grandes sequedades y desolaciones y puede ser más meritoria que la otra; pero nunca será posible sin haber el alma experimentado ya bien el gusto de la mística sabiduría con embriagueces de amor en que «se ordena la caridad», para que llegue a ser *del todo perfecta*, según indica la misma Santa en sus *Conceptos del amor* (c. 6).

Y en las *Fundaciones* (c. 5, n. 12) hablando de esa misma unión no regalada, dice que «nos podemos, con perfección, emplear en Dios, dándole la voluntad limpia, para que la junte con la suya, pidiéndole que *venga fuego del cielo*, de amor suyo»: mostrando así que éste es infuso. Con esto, aun entre las ocupaciones impuestas por la obediencia, añade (n. 13), «no... dejaréis de disponeros para *alcanzar esta verdadera unión...*, que es hacer mi voluntad una con la de Dios. Esta es la unión que yo deseo, y querría en todas, que no unos *embebecimientos muy regalados*, que hay, a quien tienen puesto nombre de unión; y será así, siendo después de esta que dejo dicha. Mas si después de esa suspensión queda poca obediencia..., unida con su amor propio me parece a mí que estará, que no con la voluntad de Dios».

Mas por ser realmente siempre y de suyo, como en otro lugar (*Camino*, c. 19, n. 6) declaró, «cosa muy sobrenatural esta divina unión»; por eso no puede ser puramente activa, o lo que es igual, «no está en nuestro poder».—La que sí está, es esa «suspensión» activa que llaman «contemplación» y une más y más con el amor propio.

No contrapone, pues, repetimos, la unión no mística a la mística, sino, conforme anota muy bien el padre Silverio, la «no regalada» con la «regalada», o sea la no tan sobrenatural con la TAN sobrenatural, o sea llena de embebecimientos muy regalados.

Mas prescindiendo de ese breve, pero en gran manera significativo *tan*, o suprimiendo su equivalente, como hizo el P. Buoix en su traducción francesa (1), y desentendiéndose del contexto y de los textos paralelos, es como se ha hecho decir a Santa Teresa que hay una verdadera unión puramente ascética o activa, suficiente para llevar al alma a un grado de perfección igual o mayor que el que con la unión mística pudiera lograrse; cosa tan radicalmente opuesta al pensamiento de la mística Doctora, que tantísimas veces dice y repite que un solo momento de oración infusa tiene más eficacia para unir con Dios y enriquecer de virtudes al alma que años enteros de simple meditación. Pues como advirtió ya el V. Kempis (l. 3, c. 31, n. 2), mientras el alma no es sobrenaturalmente elevada y arrebatada sobre sí misma, y así desprendida de las criaturas y unida con Dios, no puede valer gran cosa cuanto tiene y cuanto sabe hacer.

Esto no obstante, aún hay quienes con porfiado empeño sostienen la suficiencia de la ascética para la perfección y santificación, y su completa separación e independencia de la mística; como si el perfecto ejercicio de las virtudes infusas pudiera estar del todo separado del de los dones del Espíritu Santo. Con eso niegan el gene-

(1) Con gran asombro hemos visto en el número de Junio (1923) del *Mensajero de Santa Teresa*—en un artículo firmado por el P. Claudio de J. Crucificado, C. D.—suprimido también ese ya famosísimo TAN y ¡subrayando la frase así *totalmente cambiada de sentido!*... De este modo, cualquier cosa se puede hacer, decir a la Santa... aun pasajes *tan decisivos*.

ral llamamiento a recorrer la mística escala, fundándose para ello, en parte, en ese tercer capítulo de la 5.<sup>a</sup> Morada (perteneciente ya de lleno a la mística), y sobre todo, como hace José del Espíritu Santo, en otro pasaje aislado, quizá el más obscuro y confuso de cuanto escribió la Santa, y en el cual ella misma, con un paréntesis breve, pero terminante, disipa todo ese falso concepto que así le levantan, y luego expresamente lo interpreta en sentido legítimo diciendo que no se contradice al volver a insistir en que a todos, sin ninguna excepción, llama Nuestro Señor a beber en la fuente de las aguas vivas... Esto lo dice en el cap. 19 del *Camino de perfección*, y el pasaje famoso tan traído y llevado—como «olla de los pobres»—desde hace tres siglos y hasta citado en nuestros días a veces como si fuera un descubrimiento, para hacerle decir por fuerza todo lo contrario de lo que ella pensaba, se halla en el cap. 17, donde para consolar también a las religiosas que aún no habían llegado a esas místicas aguas de la divina contemplación, y a las mismas que realmente habían ya bebido de ellas, pero que así y todo ordinariamente se encuentran en gran sequedad, les dice en substancia que quizá todavía no les haya llegado su hora—puesto que a unos viene Nuestro Señor en la primera vigilia y a otros, que por ventura son tan fieles o más, no viene hasta la última—y entonces les traerá todos los bienes reunidos y con gran ventaja; y así que esperen, que podría ser que no les falte más que salirle al encuentro o bajarse a beber (ib. c. 19), o si no que todavía no se encontrarán de seguro bastante bien dispuestas y atentas para recibirle; que por lo mismo «no han de ser todas contemplativas», aunque, como dirá en otras partes, *todas somos llamadas* a serlo; pues antes de llegar, por lo común, según enseña San Gregorio, hay que pasar mucho tiempo en la vida activa, que también es necesaria.—En consecuencia, que lo más práctico y seguro es que, entre tanto, se crean indignas y usen bien de las gracias que entonces reciben; que con la fidelidad y humildad y desprendimiento se le gana el corazón a Nuestro Señor, para que de seguro y sin falta, a su parecer, les dé a tiempo ese preciosísimo don, «que creo

*no dejará de dar». Y que si a pesar de eso tarda en dárseles, es porque ya las trata como a fuertes, y les tiene reservado mayor premio, según suele hacer a los que tiene por mucho tiempo en unión no regalada...*

Aquí la Santa supone, como otras veces, que algunas, por gracia especial y verdaderamente extraordinaria, fueron desde un principio, sin ellas haber hecho nada o apenas nada, favorecidas con el don de la contemplación, no porque lo merecieran, sino para que mejor pudieran merecerlo, so pena de quitárselo si no lo empleaban bien; mientras otras, quizá mucho más aventajadas en virtud, están esperando a ganarlo con su trabajo y disponiéndose con el ejercicio de la oración ordinaria. Estas almas, por lo mismo que sin esos favores han procurado hacer lo que estaba de su parte, son, *relativamente, más perfectas* que aquellas tan extraordinarias, aunque en absoluto muy distantes unas y otras, como simples *principiantes* que son, de la *perfección* verdadera, que es propia de la *vía unitativa*. Y algunas de aquellas que aparentaban desfavorecidas, quizá estuviesen ya en la unión árida, y por tanto eran ya muy místicas, y como tales acaso «muy perfectas», sin la unión, regalada.—Tal es el verdadero sentido que se deduce del contexto en unión con todos los antecedentes y consiguientes. Y aunque otra cosa pareciera, sería en gran manera antiexegético dar más valor a uno o dos textos aislados y confusos, que a otros innumerables y clarísimos, como han dicho el P. José y cuantos siguen su procedimiento, sin más fruto que desconcertar a los incautos lectores y poner a la Santa Doctora como en manifiesta contradicción consigo misma.

¡He ahí, pues, en qué se fundan tantos castillos de viento levantados contra la Mística y tantos aspavientos para apartar de ella, hechos invocando a la Santa, que tanto se esforzó por hacerla amable y deseable y facilitar sus sendas!... Tan evidente es ya esto, que un autor bien moderno y nada sospechoso, después de perder mucho tiempo en abogar por la contemplación adquirida y la completa separación de la mística y la ascética, etc., etc., tuvo al fin que reconocer expresamen-

te que es «atribuir a la Santa unas palabras que no dijo» el hacerle decir «que la unión de conformidad se adquiere sin salir de la vida ordinaria». Por lo cual tuvo también que añadir, muy a pesar de cuanto venía sosteniendo, que según providencia ordinaria, es indispensable para llegar a la perfección la gracia de la contemplación mística o sobrenatural: la cual, por tanto, añade, no sólo se puede, sino que se debe desear y procurar (1).

#### V.—Cómo empezaron y daños grandísimos que trajeron esas alteraciones.

¿Cómo pudo empezar un tal desconcierto que así llegó a desfigurar el genuino pensamiento de Santa Teresa en puntos tan capitales, impidiendo en gran manera los saludables frutos de tan santas doctrinas?... En parte podemos decir que provino de los prejuicios del tiempo y de los muchos miedos y desengaños que cundían; y en parte del mismo amor y entusiasmo mal entendido por la Santa, con daño de la verdad, que llevó a quererla defender o enaltecer aun a trueque de desfigurar su doctrina, la que sin duda pretendían algunas veces ilustrar, completar o «interpretar benignamente», con apreciaciones propias que en realidad la suplantaban. Así, en vez de procurar siempre, como de ordinario procuró Báñez en sus anotaciones marginales al manuscrito de la Mística Doctora, aclarar ciertos pasajes oscuros en vista de otros bien claros y de las muchas confidencias que le permitían conocer bien a fondo sus pensamientos, otros anotadores, aun con los mejores deseos y sin darse cuenta, en vez de la pura doctrina teresiana ponían a veces otras, que al fin vinieron a suplantarla.

Ya el buenísimo P. Gracián, quizá llevado de esos miedos o por evitar críticas y denuncias, se atrevió a

(1) Seisdedos, *Principios*, t. V. Véase, para complemento de lo dicho, a Saudreau (*Vie d' Union*, n. 313-319, 323); Gárate, S. J. (*Razón y Fe*, 1908, t. 21, págs. 326-7); Lozano, O. P. (*La Vida Sobrenatural*, IV, 1922).

corregirle no pocas veces la plana, y alguna hasta tergiversándola, como cuando la Santa dice (Morada 5.<sup>a</sup>, c. 1, n. 2): «Todas las que traemos este hábito... somos llamadas a la oración y contemplación». El, en vez del *somos*, pone: «Seguimos regla de ser...», con lo cual desnaturaliza el llamamiento universal que ella sostiene.

El mismo fray Luis de León, a pesar del sumo respeto con que de ordinario mira las palabras textuales de la Santa y el celo con que procura restablecerlas y conservarlas íntegras, pagó también tributo a esos miedos atenuando la seguridad creciente que en ellas veía de estar el alma en gracia y aun confirmada en ella, como por revelación especial puede tenerse.

Fray Luis, en vez de acentuar esas afirmaciones tan claras, acentuó, según veremos, las humildes salvedades o vacilaciones tan conformes con nuestras pobres apreciaciones humanas.—Y si esto hicieron dos tan fieles amigos de Santa Teresa y tan admiradores de su obra, ¿qué no harían los que no tenían tantos miramientos a su verdadera doctrina?...

Verdad es que también les da pie a eso la misma Santa, con las chocantes salvedades que tantas veces, por humildad o muestra de respeto al sentir de otros, emplea, como cuando, después de sostener claramente una cosa e insistir en ella, viene sin saber cómo, a ponerle un «es decir», o sea ciertos reparos, que se ve muy bien que no nacían de ella, sino de influencias extrañas.

Así, por ejemplo, después de haber asegurado por tres veces (Mor. 7.<sup>a</sup>, c. I, n. 2-4), que es tan grande la diferencia del místico *Desposorio* al *Matrimonio espiritual*, como la que hay «entre dos desposados, a los que ya no se pueden apartar», y confirmarlo con el ejemplo gráfico de una gota de agua caída en la mar, luego (n. 9), asustada, sin duda, con el recuerdo de tantos miedos como sobre eso la habrían puesto los famosos medio letrados, citándola acaso hasta el mismo Concilio de Trento, entendido a su modo, acaba por hacer una advertencia del todo impropia de su buen sentido y talento, y que sólo puede explicarse por su profundísima humildad y ciega obediencia, que así le obligó a escribir: «En cuantas partes tratare de esta

manera, que parece está el alma en seguridad, se entiende mientras la Divina Majestad la tuviere así de su mano, y ella no le ofendiere...»—Pues si no es más que eso, bien poca cosa es para aquella tan íntima y tan *inseparable unión*. Una seguridad así también se tiene en el desposorio, y en la simple unión, y aun mucho antes... y hasta desde un principio: con tal que Dios le tenga a uno de su mano, y él no le ofenda ya gravemente, hasta el mayor pecador pudiera tenerla al acabar de arrepentirse y recibir, aunque sea en el ínfimo grado posible, la vida de la gracia...

Así nos extraña grandemente que hasta en la edición crítica popular de 1922 (pág. 694) se dé más importancia a una salvedad tal, que a las reiteradas y espontáneas afirmaciones de la Santa, en vez de hacerlas resaltar cotejándolas y corroborándolas con la bien conocida e indiscutible autoridad de San Juan de la Cruz.

Ya en su *Vida*, desde el cap. 16, empieza ella a declarar la íntima convicción y certeza que desde la oración de unión tiene el alma, al ser favorecida con tantas gracias y recibir tal aumento de virtudes. Luego desde la Morada 6.<sup>a</sup> (c. 6, n. 10), y sobre todo en la 7.<sup>a</sup>, habla rotundamente de la seguridad que hay no sólo de estar entonces en la amistad divina, sino de nunca más perderla; porque, efectivamente, según San Juan de la Cruz, implica la *confirmación en gracia*, conforme había enseñado ya San Lorenzo Justiniano, ese sublime estado de matrimonio espiritual. Sin embargo ya sus editores de 1589 le atenúan esa certeza hasta el punto de negársela, como si todo eso que «no puede saber el hombre sin una revelación especial», no se lo certificara entonces el mismo Espíritu Santo, dándoles, a cuantos son admitidos a esa gloria anticipada, claro testimonio de que son hijos de Dios (Rom. 8, 16) al hacerles gozar de esas tan altas comunicaciones, que, como advirtió Dionisio Cartujo, equivalen a una revelación cualquiera, pues la constituyen *virtualiter eminenter* (1).

(1) Estas cosas, advierte Juan de Santo Tomás (in 1-2, disp. 18, a. 4), de suyo exigen *evidencia*, la cual nace de la misma *noticia*

Claro está que todo esto se entiende en un orden subjetivo, y con entera subordinación al sentir de la Iglesia; y por lo que hace a la conducta exterior y aun interior, el alma fiel se somete siempre, como es natural, a todo superior jerárquico.

La verdadera contemplación mística—como obra de los dones del Espíritu Santo que, a diferencia de las gracias *gratis datas*, son inseparables de la caridad—supone siempre al alma en verdadera amistad de Dios; y así quien se halle en pecado grave es incapaz de tenerla, aunque a veces reciba especiales luces y favores que le vayan trayendo a buen estado. Por eso cuando dice la Santa que a veces quizá favorezca el Señor con la contemplación infusa a «personas que están en *mal estado*» (*Camino*, c. 16, n. 6), no entiende ella por este «mal estado» el de pecado grave, sino el de tibieza, conforme declara en el mismo título del capítulo, diciendo: «Cómo es posible algunas veces subir Dios a un alma *distratida* a perfecta contemplación». Y en el autógrafo de El Escorial advierte expresamente a este propósito: «Entiéndase no estando en pecado mortal entonces, a mi parecer; porque una visión, aunque sea muy buena, primitirá el Señor que la vea uno, estando en mal estado, para tornarle a Sí; mas ponerle en contemplación, no lo puedo creer. Porque en aquella unión divina, adonde el Señor se regala con el alma y el alma con El, no lleva camino alma sucia deleitarse con ella la limpieza de los cielos, y el regalo de los ángeles regalarsé en cosa que no sea suya».

Sin embargo, olvidando esta declaración terminante (que por desgracia suele faltar en las ediciones ordinarias, debiendo figurar en todas, a lo menos en nota), hansacado muchísimos de ese pasaje supuestos motivos para justificar sus aspavientos contra la divina contemplación, como si no fuera camino seguro, sino favor que se pudiera hallar en pecadores, como sucede con las

afectiva experimental y del contacto del E. S.: «ex sua formali ratione *petunt evidentiam* ortam ex affectiva et experimentalis notitia, et *contactu Spiritus Divini*, licet non semper istam evidentiam in omni materia exercent ex parte cognoscentis, sicut petunt ex parte cognitionis».

gracias *gratis datas*; a las cuales todo un Bossuet pretendió, quizá por eso, reducirla, afirmando, contra toda verdad, que tal era el común sentir de los teólogos...

Ya en la *Vida* (c. 34, n. 10), afligidísima sin duda por esos pareceres, «de pensar si estaba en enemistad de Dios, y como no podía yo saber si estaba en gracia», quiso Dios asegurarla de lleno. «Entonces entendí—añade—que bien me podía consolar y *estar cierta que estaba en gracia*; porque semejante amor de Dios y hacer Su Majestad aquellas mercedes y sentimientos que daba al alma, que no se compadecía hacerse a alma que estuviese en pecado mortal».

Pero fray Luis atenuó, según ya indicamos, la frase, poniendo *confiar*, en vez del *estar cierta*; y así *corregida* continuó en las demás ediciones, cosa que con razón lamenta el P. Silverio. Pero con sorpresa nuestra añade que la Santa habla tan sólo de una «certidumbre moral, causada por el testimonio de la buena conciencia, etc.»—Mas una simple certidumbre así ya la puede tener cualquier justo desde el principio de la vida espiritual; de lo que ahí trata ya la Santa es de la absoluta certeza que causa el testimonio del mismo Espíritu Santo, constituyendo una revelación eminentísima.

Cuando en la *Morada* 5.<sup>a</sup> (c. 1, n. 5) asegura que en la verdadera unión con Dios «no puede entrar el demonio ni hacer ningún daño... ni aun debe de entender este secreto... pues dicen que no entiende nuestro pensamiento»—cosa que mucho consuela a las almas—, el padre Gracián corrige esto último atenuándolo y poniendo, en vez de *pensamiento*, *entendimiento*, con una explicación al margen, que luego fray Luis incluyó en el texto de la Santa, haciéndole decir lo que no dijo...

Lo mismo cuando habla (*Mor.* 6.<sup>a</sup>, c. X, n. 2) de los «grandes secretos, que parece los ve en el mismo Dios»; y añade (*Mor.* 7.<sup>a</sup>, c. 1, n. 6) que «se le muestra la Santísima Trinidad... y por una noticia admirable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una substancia, y un poder, y un saber, y un solo Dios. De manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, *por vista*... Aquí se le comunican todas tres Personas, y la ha-

blan...»);—a tan alta e inefable comunicación se atrevió a poner fray Luis, y aun se sigue poniendo hasta hoy..., una nota que lo atenúa todo hasta el punto de querer hacerlo caber en nuestras pobres cabezas...

Miradas, pues, por estos prismas es como muchísimas de sus expresiones vinieron a ser muy mal entendidas en el mismo texto original, y luego peor interpretadas al ser traducidas a otras lenguas, donde tan fácil es hacerle decir cada cual lo que más le plazca; y así pudieron sus vacilaciones y atenuaciones llegar a veces hasta convertirse en afirmaciones categóricas que hacen decir a la Santa todo lo contrario de lo que ella tan al vivo sentía y con tanta insistencia inculcaba.

De esta suerte la hermosa frase con que la Santa Madre declara en sus *Fundaciones* (c. 4) que casi todas sus religiosas eran entonces favorecidas con la alta contemplación, ha sido, según declara el mismo P. Bouix, en muchas ediciones «desnaturalizada de una manera tan dolorosa como absurda», para hacerle decir todo lo contrario.

Ella dijo, en efecto (n. 8): «Son tantas las mercedes que el Señor hace en estas casas, que si hay una o dos en cada una que la lleve Dios ahora por meditación, *todas las demás llegan a contemplación perfecta*». Y en vez de esto se le hace decir: «Las gracias por el Señor concedidas a estos monasterios son tan grandes, que *Dios conduce a todas las religiosas por la vía de meditación ordinaria*, y algunas de ellas hasta se elevan a la contemplación perfecta».

Sólo así, en vista de textos por el estilo, es como puede explicarse que autores respetables, conforme advierte Saudreau (*La Vie d'union*, 1909 pág. 459), se hayan engañado hasta el punto de afirmar que, según Santa Teresa, es muy reducido el número de almas que van por las vías sobrenaturales. Sólo así, y por excesiva humildad, fundándose más que en su propia experiencia en la errónea apreciación de autores vulgares, es como pudo todo un San Ligorio sostener eso y añadir que en el Cielo veremos Santos no místicos muy superiores a los místicos... ¡Como si hubiera algún santo

no místico, o pudiera el alma remontarse sin las místicas alas a mayores alturas que con ellas, y el gusano rastrero, que diría la Santa, mereciera compararse y aun competir ventajosamente con la mariposa aérea!

Hoy es ya casi una verdad axiomática, que no es posible llegar a santidad verdadera sin el ejercicio normal de los dones del Espíritu Santo; y con éstos se entra de lleno en el estado místico!... (Cf. S. Th. 1-2, q. 68, a. 2).

Así todos pueden ya ver cuán inverosímil, por no decir cuán imposible sería que, permaneciendo siempre el alma confinada a una de las tres primeras moradas, pudiera exceder ni aun igualar en perfección a la que logró encumbrarse a una de las superiores; siendo cierto que, según la Doctora mística, las siete moradas constituyen como otras tantas fases progresivas de oración y de vida; o conforme declaró expresamente Pío X, en su carta sobre la doctrina de Santa Teresa (7 de marzo de 1914), los diversos grados de oración por ella enumerados son otros tantos escalones o *ascensos* hacia la cumbre de la perfección: *Docet enim gradus orationis quot numerantur, veluti totidem superiores in christiana perfectione ascensus esse.*

Lo que Santa Teresa dice terminantemente (*Vida*, c. 15, nn. 2-4) es que vió *muchas almas llegar a la oración de quietud* (segundo grado de oración ya manifiestamente sobrenatural o mística), y *pocas que pasaran adelante*. Lo cual grandemente lo lamenta ella, por verlo quedar tan *sólo por nuestra culpa*. Y así añade que cuando el alma es fiel, esa centellita de fuego divino que se hace sentir en la 4.<sup>a</sup> morada, producirá seguramente, si no le ponen obstáculos, aquellos maravillosos incendios de la 6.<sup>a</sup> y la 7.<sup>a</sup>

Ya en la 5.<sup>a</sup> (c. 2, n. 8) muestra bien claro cuán incomparablemente superior es aquel vivir al rastrero que puede tenerse al *modo humano*, propio de la ascética, diciendo: «Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano... Hanle nacido alas; ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso? Todo se la hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los San-

tos, entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor y transforma un alma, que no parece ella».

Y mucho antes había dicho (*Vida*, c. 15, n. 14) que toda la humildad que se puede lograr con nuestras «*consideracioncillas*», es nada en comparación de la que el Señor comunica al alma en la oración infusa haciéndole sentir su propia nada y dándole a conocer por fin la *verdad verdadera* (ib. c. 21, n. 9).

Por eso mostró siempre tanto empeño en animar a las almas para que nunca ni por nada desmayasen, sino que tuviesen grandes aspiraciones (*Vida*, c. 12, n. 2); y así con gran confianza, a la vez que con profunda humildad y mucha abnegación y fidelidad a las inspiraciones, se dispusiesen para recibir la gracia, y que no buscando sino la mayor gloria de Dios, y haciendo ellas lo que es de su parte, más tarde o más temprano, de seguro «*no dejará (El) de darse, si es de veras el desasimiento*» (*Camino*, c. 17).

## VI.—Dos errores transcendentales.

Con esto desvanece de antemano los dos funestos errores que, según vimos, se han introducido y aun quieren hoy algunos amparar con falsas interpretaciones de otras palabras del mismísimo capítulo que acabamos de citar.

El primero de esos errores o engaños consiste en atenuar o negar el general llamamiento a la contemplación y presentarla como innecesaria y hasta como sospechosa, temible, llena de peligros y dificultades, y dando, por lo mismo a entender que no se puede desear ni aspirar a ella sin nota de presunción; cuando la Santa constantemente nos la presenta como en gran manera deseable y segura y necesaria para lograr la perfección de la misma humildad y de todas las virtudes (Cf. *Vida*, c. 19-20; *Camino*, c. 19).

Así es como con tan porfiado empeño trata (*Vida*, c. 18, n. 8) de «engolosinar las almas de un bien tan alto», sin cansarse nunca de repetir que Dios a todos llama y a nadie excluye, ni aun a los mismos que ya

aparentan como desechados. A los cuales en el referido y famoso cap. 17 del *Camino de perfección*, trata, según ya indicamos, de consolarles y alentarles mostrándoles que mientras unos van a Dios por una senda de luces y consuelos, otros van hacia el mismo término, y quizá lleguen más pronto, en medio de sequedades y obscuridades, y que a veces el que se cree más desfavorecido es el más aventajado, puesto que ya lo traían como a fuerte. Como tal, en efecto, ya tiene en alto grado el don de fortaleza y con él un riquísimo tesoro místico, por más que él no pueda creerlo con la gran obscuridad en que se halla...

Lo que la Santa aconseja a sus religiosas en esas frases de qué tanto se abusa es, que como explica muy bien Vallgornera, al aspirar a la contemplación no lo hagan presumiendo de sí mismas, sino con verdadera humildad. He aquí, en efecto, sus palabras:

«¿Cómo podrá el verdadero humilde pensar que es él tan bueno como los que llegan a ser contemplativos? Que Dios le puede hacer tal, sí, por su bondad y misericordia; mas de mi consejo, siempre se siente en el más bajo lugar». Es decir, que permanezca ejercitándose bien en la vía purgativa para poder ser introducido en otra vía. «Dispóngase para si Dios la quisiere llevar por ese camino; cuando no, para eso es la humildad, para tenerse por dichosa en servir a las siervas del Señor... Importa mucho entender que no a todas lleva Dios por un camino, y por ventura el que le pareciere va por muy más bajo, está más alto en los ojos del Señor. Así que, no porque en esta casa todas traten de oración, han de ser todas contemplativas. Es imposible».—Claro está, pues han de hallarse algunas todavía en el estado de principiantes, y otras, aunque adelantadas, deben esperar la venida del Señor, que se retarda, o andarle buscando porque se les ausentó.—«Y será gran desconsolación para la que no lo es, no entender esta verdad, que esto es cosa que lo da Dios; y pues no es necesario para la *salvación*, ni nos lo pide de *apremio*, no piense se lo pedirá nadie; que no por eso dejará de ser *muy perfecta*, si hace lo que queda dicho».—Lo cual, en efecto, supone a un alma ya *muy elevada*; y

así añade: «Antes podrá ser tenga mucho más mérito, porque... *la lleva el Señor como a fuerte...* No por eso desmaye, ni deje la oración y de hacer lo que todas, que, a las veces, *viene el Señor muy tarde*, y paga tan bien y tan por junto, como en muchos años ha ido dando a otros. Yo estuve más de catorce años que nunca podía tener aun meditación, sino junto con lección. Habrá muchas personas de este arte... Y si hay humildad, no creo yo saldrán peor libradas al cabo, sino muy en igual de los que llevan *muchos gustos...* Estad seguras que haciendo lo que es en vosotras, y *aparejándoos para la contemplación con la perfección que queda dicha*, que, si El no os la da (lo que *creo no dejará de dar, si es de veras el desasimiento y humildad*), que os tiene guardado este regalo... y que... os quiere *llevar como a fuertes*».

Con lo cual da bien a entender que están en estado pasivo, pues así son *llevadas*; y por de pronto, en medio de todo, vemos claro cómo empezó animándolas a *disponerse* para recibir esa gracia, y termina creyendo cierto que, si proceden como deben, les será al fin concedida. ¡Y estas son las famosas palabras con que se pretende sostener la suficiencia de la ascética hasta para la plena santificación, y con que se niega el general llamamiento a la mística!... Hemos querido citarlas así, textualmete, después de aludir tanto a ellas, para que mejor se vea cuánto se las desnaturaliza.

Por si quedaban dudas, la misma Santa se encargó de disparlas al terminar el cap. 19 y empezar el 20, diciendo: «Mirad que convida el Señor a todos... Si no fuera general este convite, no nos llamara el Señor a todos». «Parece que me contradigo... porque cuando consolaba a las que no llegaban aquí, dije que tenía el Señor diferentes caminos por donde iban a El... Mas no dijo: por este camino vengan unos, y por éste otros... A nadie quitó procurase venir a esta fuente de vida a beber».

El segundo engaño dijimos se refiere a la famosa «contemplación adquirida», a que se supone que todos podemos ir poco a poco llegando con nuestros esfuerzos

ayudados tan sólo de la gracia ordinaria, o subiendo, sin aguardar a que Dios nos suba, hasta *contemplar* los atributos de la Divinidad, olvidados de la sagrada Humanidad, para no conseguir otra cosa sino quedar allí, como dice la Santa, «bobos y fríos», y lo que aún es peor, descaminados (1) o ilusionados, al modo de los quietistas, con un fingido reposo que no es sino pura dejadez y culpable ociosidad, por más que la califiquen de *oración de fe o de vista amorosa*; ya que éstas no existen hasta que el Señor suba el alma a más alto estado; y mientras tanto hay que hacer cuanto esté de nuestra parte.

«Pues Dios nos dió las potencias para que con ellas trabajásemos—advirtió con sagaz previsión la mística Doctora (Mor. 4.<sup>a</sup>, c. 3)—no hay para que las *encantar*, sino dejarlas hacer su oficio hasta que Dios las ponga en otro mayor». Por tanto, encarga con insistencia (*Vida*, c. 12; Cf. c. 22 y c. 31, n. 18): «No suban sin que Dios los suba»;—o lo que es lo mismo, no quieren presuntuosamente echarse a volar, hasta que Dios les dé alas.

Si estos avisos tan acertados y tan reiterados se hubieran tenido bien presentes, se hubieran evitado de raíz los extravíos del quietismo, provenientes todos de querer entrometer en el divino reposo por la puerta falsa de esa invención del siglo XVII.

Mas con la condenación de aquel error tan funesto, lejos de escarmentar los que con esa soñada *contemplación activa* le habían abierto el camino, como la veían tan en boga se aferraron a ella más, hasta el punto de querer convertirla en panacea en vez de mirarla como veneno; y así lo que vinieron a temer era precisamente lo único que hubiera podido remediar todo el mal, que era volver de lleno a la mística tradicional, sintetizada en la teresiana, y tomar por norma los avisos de la Santa, de permanecer ejercitándose uno en las consideraciones acerca de los misterios del Salvador, y en los afectos que sugieran, hasta ser levantado por Dios a «cosas sobrenaturales» (*Vida*, c. 13).

Mas lejos de eso, empezó a cundir por todas partes

(1) Cfr. *Vida*, c. 22, núms. 1, 5-6, 9; Mor., 6.<sup>a</sup>, c. 7, núms. 5 6.



un miedo inverosímil a los escritos de Santa Teresa, así como a los de Taulero y Rusbrockio, etc., figurándose no pocos maestros improvisados que la mística quietud de que en ellos tanto se hablaba tenía cierto parecido con el quietismo... Así llegaron hasta destruir la unidad de la vida espiritual y romper la continuidad en las sendas de la justicia, estableciendo como una completa separación entre la mística y la ascética, declarando que ésta sola es la común y ordinaria vía de las almas piadosas, suficiente para llevarlas con seguridad y sin peligro alguno hasta la cumbre de la perfección cristiana, mientras la mística sería del todo extraordinaria, reservada a muy pocos, y a la cual—suponiéndola expuesta a muchos engaños—, sería peligrosísimo aspirar. Sostenían que cuando los santos y grandes maestros de espíritu enseñaban que la meditación, siendo bien ejercitada, conduce de suyo, como a su término natural, hacia la contemplación, no se debía entender por ésta la pasiva o infusa, sino la *activa* o *adquirida*, la cual suponían que bastaba para que la oración fuera ya perfecta, y, por lo mismo, para llevar a la perfección de la virtud; siendo así que, por más ponderada y enseñada y pregonada que fuera, tal como suele exponerse, a nadie que sepamos santificó ni ayudó jamás a dar ni un paso hacia Dios, y a muchos sí desconcertó y trastornó y hasta precipitó en el error; mientras en la infusa o mística se halla, no sólo un medio eficacísimo de llegar en poco tiempo a un alto grado de virtud, según hoy unánimemente reconocen ya todos, sino la verdadera seguridad y el único reposo, y al fin todo el cúmulo de felicidades que en esta vida se puede lograr; por lo cual cuantos la alcancen repetirán con el Sabio: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius* (Sap., 7, 11; Cf. Sta. Teresa, Vida, c. 19-20, Mor. 5.<sup>a</sup> c. 2).

De esta suerte, del evidente peligro en que los nuevos maestros estaban de incurrir en el quietismo o favorecerle, se valieron, según les repetiría Osuna, como de espantajos para amedrentar a los incautos, apartándolos del camino verdadero, haciéndoles temer y desconfiar donde no había por qué, y lanzarse confiados

donde estaba el peligro, que era en ese pretender subirse ellos a contemplar a su nueva manera, sin aguardar a que los subiese Dios, dejando así voluntariamente a la Sagrada Humanidad, que es el único camino y la puerta para entrar en la Divinidad.

De ahí que, en vez de animar, con la Santa, a disponerse para percibir bien el divino llamamiento e infundir deseos de buscar el místico tesoro, y llamar a las puertas de la Divina Misericordia, confiados en que les serán algún día abiertas, y pedir al Señor les envíe algún rayo de la luz y consolación de su Espíritu, con seguridad de recibir las larguezas de ese «Espíritu bueno» que el Padre celestial dará a quienes de veras se lo piden (Mt., 7, 7, 11); no hacen sino asustar y desconcertar, apartar de la recta senda por donde se debe buscar y de la puerta adonde se ha de llamar, y obligar a resistir al Espíritu Santo en vez de implorar sus favores; en los cuales, dice expresamente la Mística Doctora (*Camino*, c. 17, n. 3), «no hay que temer, consigo traen la humildad».

Por eso, mientras por una parte alababan y aun ponían por las nubes las obras de Santa Teresa, por otra disuaden de leerlas con vanos pretextos o porque dicen son demasiado elevadas para la generalidad de las almas devotas,—como si la Santa no hubiera escrito para todas o casi todas,—y sólo útiles, y eso con precauciones inverosímiles, para almas privilegiadísimas...

«¡Qué disparate, exclamaría ella (*Vida*, c. 19, n. 10), huir de la luz para andar siempre tropezando! ¡Qué humildad tan soberbia inventaba... el demonio!...»

Según esto, en vez de un solo *Camino de perfección* ellos le pedirían dos, y muy distintos, uno para la *generalidad* que busca mayores anchuras y que a la Mística Doctora jamás se le ocurrió escribir, por lo mismo que no sería camino de *perfección*, sino de *perdición*; y otro para esos que llaman privilegiados y que en realidad son los *pocos* que vienen a resultar *escogidos* entre los *muchos* llamados, porque los más suelen hacerse sordos a la voz del Señor, que les llama a negarse a sí mismos y emprender la estrecha senda que lleva al místico

reposo, y que es el único camino enseñado en el Evangelio.

Ese tan deseable reposo no tardan en encontrarlo cuantos de veras y ante todo buscan el reino de Dios y su justicia; pues huyendo de la disipación, y entrando en sí mismos, luego se les mostraría en la 4.<sup>a</sup> Morada del único *Castillo interior* que para todos los que quieren vivir piadosamente escribió la Santa; sin ocurrírsele tampoco escribir dos, uno ascético y otro místico, porque una sola es la casa de Dios, donde todos sus hijos viven en el fondo una misma vida; y donde por más que unos se hallen todavía en las moradas exteriores, sin ser aún admitidos en las íntimas o secretas, propias de la mística, todos andan muy de acuerdo: *in domo Dei ambulavimus cum consensu* (Ps. 54, 15).

De ahí, por fin, la poca importancia práctica que se ha dado a la buena dirección espiritual y el descuido en proveer, sobre todo a muchísimas comunidades religiosas, de directores bien formados y bien informados en las vías del espíritu, como si éstas fueran la cosa más rara y apenas se hallara un alma que anduviese por ellas, y por lo mismo no hubiera por qué exigir a los confesores de religiosas más conocimientos de los que se requieren para eso que llaman «común y ordinario»...

Así es como vinieron a quedar tan desiertas y «llorosas las vías de Sión», por tanta escasez de guías competentes y tanto exceso de «ciegos conductores de ciegos»... hasta que por fin la misma Iglesia, ilustrada por el Espíritu Santo, juzgó necesario proveer con medidas radicales, como la de los extraordinarios *ad casum*, y recomendando la importancia de los estudios místicos y promoviéndolos en los seminarios y colegios religiosos y fomentando este resurgimiento que felizmente presenciamos de una espiritualidad más sana y vigorosa que la de los tres últimos siglos.

## VII.—El remedio es volver a las fuentes puras.

¿En dónde se podrá hallar el remedio a tantos males sino en restablecer en su pureza la tradicional doctrina

mística de los grandes maestros de espíritu, y de un modo especial la teresiana, que tan hermosamente los resume y explica, y que, con ser tan citada y mencionada y hallarse tan acreditada, suele ser tan mal interpretada por la generalidad de sus admiradores?

¿Y cómo restablecerse esa pureza sino procurando, una vez bien restablecidos los textos de la Santa, como felizmente lo están ya, poniéndonos en el mismísimo ambiente que ella respiraba al escribirlos y no en el que bien pronto lo sustituyó, y procurando inspirarnos bien en su mismo espíritu, según está reflejado en los ejemplos de su vida y en los sentimientos de quienes con más docilidad y fervor la escucharon y la imitaron?

Ahora bien, ese ambiente bien puede resumirse en el de Santo Tomás y San Buenaventura, que ella con tanta frecuencia respiraba en sus lecturas y santas conversaciones, y sobre todo en el trato con los directores y consultores que en ella más influyeron. Y ese espíritu es el que aún sobrevive en sus más dignas hijas y fieles discípulas e imitadoras que gustan de inspirarse en sus mismos libros, tal como la Santa Madre los redactó, y no en las anotaciones, comentarios o traducciones que tantas veces lo alteran o desfiguran el pensamiento, cuando no se lo «traicionan».

Estas sus fieles hijas saben muy bien que por algo escribió la Santa para los verdaderos devotos un solo *Camino de perfección*, que lleva hasta la mística unión después de disponer para hacer entrar en el reino de Dios; y un solo *Castillo interior*, donde las tres *Moradas* ascéticas sirven como de antesala a las místicas, adonde el Señor nos está llamando a todos... Y también saben que allí no hay sitio ninguno para la llamada «contemplación adquirida», la cual suele hacerles muy poca gracia, como peregrina invención posterior—, y que importa mucho prescindir de ella para no perder el tiempo en vano ni exponerse a extravíos; y que en cambio conviene quitar miedos a la infusa y animar mucho a las almas para que a ella aspiren muy de veras, disponiéndose para recibirla y no poniéndole obstáculos, aunque sea con vanos pretextos de falsa humildad ni con nada que ahogue la santa libertad del espíritu o impida buscar las debidas luces en una dirección competente, donde

quiera que se halle y bajo cualquier hábito que se ofrezca, según declaraba la misma autora del *Camino de perfección* (c. 5).

Hoy que, gracias a Dios, tenemos ya en la gran edición crítica el verdadero texto de la mística Doctora, sólo falta eliminar ciertas notas que, aun cuando pudieron ser útiles en un principio, mientras la doctrina de la Madre Teresa, como sospechosa para algunos asustadizos, quizá necesitara esas atemperaciones, resultaron vanas y perjudiciales desde que la Santa empezó a ser venerada y respetada en todo el mundo, y lo que se desea y hace falta es saber con toda exactitud cuáles eran sus verdaderos y propios pensamientos y sentimientos. Así, en vez de esas notas que aún los ofuscan o atenúan, convienen otras muy distintas que en realidad los ilustren y hagan resaltar con datos ciertos de la misma Santa, según sucede ya felizmente con muchas de la edición crítica. Y, sobre todo, donde haya dos textos, auténticos de la gran Doctora, se deben a todo trance aclarar y completar el uno con el otro, y no dejar, por ejemplo, ciertas frases del capítulo XVI del texto de Valladolid del *Camino de perfección*, expuestas a ser tan malísimamente entendidas como suelen serlo, por olvidar la explicación terminante que de ellas hizo en el otro autógrafo la misma Santa.

De todo lo dicho se deduce:

1.º Que la influencia de Santa Teresa en la Teología mística es comparable a la de los mayores maestros, entre los cuales merece figurar como «mística Doctora», por lo mucho que la ilustró y facilitó su estudio y su misma práctica y la hizo atractiva, describiendo sus verdaderos grados progresivos y mostrando sus encantos y su utilidad para todos.

2.º Que esta saludabilísima influencia ha sido muy contrariada y en gran parte impedida con las graves alteraciones de su doctrina, causadas a veces por los mismos que más interesados se mostraban en defenderla y propagarla.

3.º Que urge el procurar restaurarla en toda su pureza para que pueda ejercer toda la influencia debida.

## CAPITULO VII

---

### Unidad y grados de la vida espiritual según las "Moradas,, de Santa Teresa (1)

*Oves meae vocem meam audiunt...  
et sequuntur me. Et ego vitam aeter-  
nam do eis.—(Jn. X, 27-28).*

Muchos, por desgracia, han sido los escritores que en estos siglos de decadencia, rompiendo con la sana tradición, sostuvieron, y no pocos son los que de rutina —o por sostener una idea preconcebida— vienen hasta hoy repitiendo, que hay dos maneras de vías del todo distintas para ir a Dios: unas «ordinarias» y al alcance de todos, y otras «extraordinarias y singulares», completamente reservadas para sólo algunas pocas almas privilegiadísimas; y, por lo mismo, dos suertes de santidades heterogéneas o de vidas espirituales del todo diversas—la ascética y la mística—, con las cuales suponen que se puede vivir igualmente en perfecta unión con El.

Mas en contra de eso, según hemos podido ver ya, los grandes Maestros de espíritu sólo admiten un camino del cielo, aunque con varias fases o *vías* parciales, que llaman *purgativa*, *iluminativa* y *unitiva*; y una misma santidad y vida sobrenatural, aunque con distintos grados y manifestaciones (2), con que todos, si quieren, pueden ir viviendo cada vez más plenamente en Dios y por Dios, siendo como es uno mismo el Espíritu Vivificador y Santificador que nos ha de conducir a la patria celestial—purificándonos, ilustrándonos, reno-

(1) Cf. *La Vida sobrenatural*, t. 5, p. 227, 361 (Memoria presentada al Congreso Teresiano de Madrid, Febrero, 1923).

(2) Cfr. *Cuestiones místicas*, 2.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup>

vándonos y deificándonos—y uno solo también el camino que hemos de seguir, si no queremos errar, una la luz que nos ha de alumbrar en todos nuestros pasos y disipar nuestras tinieblas, y una, por fin, la vida que hemos de vivir; aunque cada vez más perfectamente, hasta poder repetir con el Apostol: *Mi vivir es Cristo*. Pues sólo N. S. Jesucristo es para todo fiel cristiano *el camino, la verdad y la vida, y nadie puede ir al Padre sino por El*.—Así todas sus ovejas oyen su voz y le siguen, y *El les da vida eterna*.—Y los que esa su dulcísima voz no oyen todavía, algo les falta para que totalmente *de Dios sean* (Joan. 8, 47; 10, 27).

En conformidad con esto, la mística Doctora Santa Teresa, no enseñó jamás dos caminos separados, uno para la plebe y otro para la aristocracia espiritual, sino que escribió un solo *Camino de perfección*, en el cual (cap. 30), cuantos procuren rezar bien el *Padrenuestro*,—por «enemigos de contemplativos» que se tengan, *no están «libres de serlo»*, y por tanto místicos en todo rigor, aunque ellos mucho se extrañen. Y así es como llegarán a beber en la fuente del *agua viva*, a que todos somos invitados (c. 19) y donde únicamente se puede lograr la perfección verdadera de la vida cristiana. Pues sólo allí se sacian nuestros corazones y se aprende «lo que es *verdadera verdad* (Vida, c. 21): y quien se quedare a medio camino, o sea en la pura ascética, mal podrá ser comparable a los que llegan al término de la mística unión.

Cierto que en la casa del Padre celestial hay muchas mansiones, correspondientes, sin duda, a los diversos grados, maneras o manifestaciones de santidad y de vida; pero una misma es la santidad que a toda esa *casa de Dios* conviene: *Domum tuam decet sanctitudo*; y una es también substancialmente la *vida espiritual o divina* que allí viven todos los «conciudadanos de los santos y domésticos de Dios». Pues todos ellos forman un mismo cuerpo, tienen una misma cabeza, que es Jesucristo, y viven y beben de su mismo divino Espíritu de Santificación (I Cor. 12, 13, 27; Eph. 1, 22-23; 4, 4).

Y uno solo también e idéntico para todos, es el *Cas-*

*tillo interior* tan admirablemente descrito por Santa Teresa. En él hay muchas *Moradas*, que ella reduce al místico número de siete, dispuestas en torno de la principal que el Rey de la Gloria quiso reservarse para Sí y para las almas generosas que han logrado ya transformarse de claridad en claridad hasta hacerse una misma cosa con El (2 Cor. 3, 18). Pero a nadie excluyó en absoluto de esa felicidad: todos, si quisieran de veras dejarse conducir y renovar del Divino Espíritu, podrían llegar hasta esa suprema o central morada venturosa, pasando sucesivamente de unas a otras, según la fidelidad con que sirvan al Señor y vayan correspondiendo a sus santas inspiraciones y delicadas ilustraciones, aprovechando bien y nunca despreciando tantas gracias con que nos previene.

Así en todas esas moradas da El señales de su presencia y hasta deja oír su voz; aunque ésta se percibe tanto mejor cuanto más cerca de El se está. Pues aquella divina Sabiduría que tiene sus delicias en morar con los hijos de los hombres, a todos quiere comunicarse, y se comunicará progresivamente, con tal que no resistan a sus invitaciones. Por eso a todos llama con entrañable amor, dando voces no sólo en lo alto, sino en medio del camino y en las puertas de la ciudad y aun afuera, dirigiéndose a todos *los hijos de los hombres*. Y hasta envía a sus criadas al alcázar y a las murallas, a fin de que llamen a los pequeñuelos para que vengan a ella, y a los que no entienden les ruega diciendo: *Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he preparado; dejad la infancia y vivid como varones perfectos, entrando por las vías de la prudencia* (Prov. 8, 1-4; 9, 3-6).

En el *Castillo interior* hay tres *Moradas* para estos «pequeñuelos» que aún no entienden bien el lenguaje de la Sabiduría (I Cor. 2, 6-16), pero que no por eso dejan de oír de algún modo su voz o la de sus mensajeros, y seguir a veces, con más o menos fidelidad, sus inspiraciones. Como no han despertado aún sus *sentidos espirituales*, andan como niños o «pequeñuelos en Cristo», al *modo humano* (I Cor. 3, 1-3; Hebr. 5, 12-14).

Mas así y todo, siguiendo las luces que reciben, aunque acomodadas a las pobres condiciones de su propia

razón, practicando a su manera como mejor puedan las virtudes cristianas, van viviendo verdadera vida divina, aunque muy imperfectamente, hasta que poco a poco—con la creciente docilidad a las santas inspiraciones y según vayan despertando con eso y desarrollándose los mencionados sentidos—logran comenzar a vivir la cada vez mejor y de un modo *sobre-humano y divino*, propio de adultos en Cristo, como lo son en rigor los *perfectos* que han llegado ya a la *via unitiva*, y empiezan a ser los *aprovechados*, que andan por la *iluminativa*, y van sintiéndose ya *poseídos, movidos y dirigidos del Divino Espíritu*.

Esto empieza a verificarse claramente en la 4.<sup>a</sup> *Morada*, y se va realizando cada vez mejor hasta la 7.<sup>a</sup>, a medida que el Espíritu Santo va tomando más plena posesión del alma, para regirla, educarla, ilustrarla y conducirla a su gusto. Y esta divina posesión y dirección es lo que realmente constituye la vida propiamente *mística*, en que se vive ya con un vivir que bien merece llamarse *interior o escondido en Dios* (Col. 3, 3), y se procede de un modo *divino*, propio de hijos del Altísimo (Rom. 8, 14), y por tanto con cierta manera de *pasividad*, a merced de las luces y ardores *infusos*; a diferencia de la *vida ascética*, en que se vive y obra al *modo humano*, con luces y fervores que debemos procurarnos o *adquirir* con la gracia ordinaria, mediante nuestros esfuerzos y métodos y consideraciones, etcétera, según sucede en las tres primeras *Moradas*.

Pero así y todo, de la 3.<sup>a</sup> a la 4.<sup>a</sup>,—en que se realiza la transición del *modo humano* al *sobrehumano*, del estado *activo* al *pasivo*, o sea del vivir *ascético* al *místico*,—se pasa casi tan insensiblemente como de la 2.<sup>a</sup> a la 3.<sup>a</sup> y como de la 4.<sup>a</sup> a la 5.<sup>a</sup> y de ésta a las que siguen.

De ahí que, a cualquiera que sea fiel a las gracias recibidas, le sea dado ir avanzando progresivamente de unas moradas a otras, sin que en ninguna halle obstáculos que absolutamente le cierren el paso o le impidan llegar hasta la última, en que Jesús espera al alma para tener en ella sus delicias.

Las siete Moradas, según hizo constar Pío X, representan otros tantos grados progresivos de oración y de

vida espiritual; pero esta vida sigue siendo siempre la mismísima que se recibe en el bautismo, se corrobora en la confirmación, se recobra en la penitencia y se acrecienta o desarrolla principalmente con la comunión y la práctica de toda suerte de virtudes y buenas obras, y especialmente con el continuo ejercicio de la oración, para expansionarse plenamente, según aquí abajo es posible, en la 7.<sup>a</sup> Morada,—en que la *oración* es ya realmente *continua*—y con toda perfección en la Gloria.

\* \* \*

*La Morada 1.<sup>a</sup>* es donde el alma empieza a *entrar en sí misma* huyendo del ruido de la conversación terrena, de los peligros del mundo y de las seducciones del maligno; para lo cual son menester especiales preservativos y purificaciones, considerando las verdades eternas para ajustar a ellas nuestra conducta, y las propias miserias para mejor librarnos de ellas y fundarnos en la verdadera humildad, e invocando, al menos con oraciones vocales, la divina misericordia, para que nos libre de todo mal y nos encamine por las sendas del bien.

«La puerta para entrar en este castillo, dice la Santa (Mor. 1, c. 1, n. 7-8), es la oración y consideración: no digo más mental que vocal, que como sea oración, ha de ser con consideración. Porque la que no advierte con quién habla y lo que pide, y quién es quien pide y a quién, no le llamó yo oración aunque mucho menee los labios».—Las que así oran son «almas tullidas, que si no viene el mismo Señor a mandarlas se levanten... tienen harta mala ventura y gran peligro».—Las que «en fin entran en el castillo» son las que «tienen buenos deseos, y alguna vez, aunque de tarde en tarde, se encomiendan a Nuestro Señor y consideran quién son... Es gran cosa el propio conocimiento y ver que no van bien para atinar a la puerta».

Mas aunque tanto le importa al alma fundarse bien en el propio conocimiento, no se la debe arrinconar en él, sino dejarla que de vez en cuando pase de ahí a pensar en la bondad, grandeza y amor de Nuestro Señor,

para desearle y buscarle con ansias. Pues «no habéis de entender estas moradas una en pos de otra como cosa enhilada, sino *poned los ojos en el centro*, que es la pieza o palacio a donde está el Rey... Esto importa mucho a cualquier alma que tenga oración, poca o mucha, que no la arrincone ni apriete. Déjela andar por estas moradas, arriba y abajo y a los lados, pues Dios le dió tan gran dignidad: no se estruje en estar mucho tiempo en una pieza sola... Así el alma en el propio conocimiento... vuela algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma, y más libre de las sabandijas a donde entran en las primeras piezas, que es el propio conocimiento... Y créanme, que con la virtud de Dios obraremos muy mejor virtud que muy atadas a nuestra tierra» (Cap. 2, n. 8).

«Metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, añade la Santa (N. 10-17), nunca la corriente saldrá de cieno de temores, de pusilanimidad y cobardía; de mirar si me miran..., si yendo por este camino me sucederá mal...; si es bien que una persona tan miserable trate de cosa tan alta...; si no voy por el camino de todos... ¡Oh, válgame Dios, hijas, qué de almas debe el demonio de haber hecho perder mucho por aquí!... Que aunque ésta es la primera morada, es muy rica, y de tan gran precio, que, si se escabulle de las sabandijas de ella, *no se quedará sin pasar adelante*... Por eso digo, que no se consideren pocas piezas, sino un millón; porque de muchas maneras entran almas aquí.»

Mas a todas las ilumina «y a todas partes... se comunica este Sol que está en este palacio» (N. 8).—Y aunque a estas primeras moradas parece llegar muy poca luz, de esa infusa, que «sale del palacio donde está el Rey», no es porque en realidad no llegue, sino por lo mal dispuestos que están aún los ojos del alma para recibirla. «Y conviene mucho para haber de entrar en las segundas moradas, que procure dar de mano a las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme a su estado. Que es cosa que le importa tanto *para llegar a la morada principal*, que si no comienza a hacer esto, lo tengo por imposible; y aun estar sin mucho peligro

en la que está, aunque haya entrado en el castillo» (N.º 14).

\*\*\*

*La 2.ª Morada* es aquella en que, procurando ya muy de veras huir de todos los peligros y quitar las ocasiones, fácilmente se abstiene el alma de pecados graves, aunque sin reparar todavía mucho en los leves.

Con esto vivirá en estado de violencia y como en continúa lucha, porque irá sintiendo cada vez mejor las inspiraciones divinas y viendo más claro lo que Dios le pide, mientras se encuentra aún con tan pocos ánimos para entregársele de lleno... Por esto le conviene frecuentar cuanto pueda la oración, para alcanzar las fuerzas que necesita, y meditar seriamente en la Pasión de Nuestro Señor para saber corresponderle generosamente cobrando amor a la cruz.

También le convendrá mucho tratar con personas espirituales que la vayan aficionando más y más a la vida interior y atrayendo suavemente hacia las moradas en que ellas viven, gozando ya de gran paz y consuelo.

Como ésta, dice la Santa, «es de los que han ya comenzado a tener oración, y entendido lo que les importa no quedarse en las primeras moradas..., hay gran esperanza de que entrarán más adentro... Estos *entienden los llamamientos que les hace el Señor*; porque, como van entrando más cerca de donde está Su Majestad, es muy buen vecino, y tanta su misericordia y bondad, que aun estándonos en nuestros pasatiempos y negocios..., con todo esto tiene en tanto este Señor nuestro que le queramos y procuremos su compañía, que, una vez u otra *no nos deja de llamar, para que nos acerquemos a El*; y es esta *voz tan dulce*, que se deshace el alma en no hacer luego lo que le manda; y así... es más trabajo, que no, no la oír».

Por aquí se ve, cómo, aun en medio de la vida más ordinaria y de la oración discursiva más propia de la Ascética, reciben no pocas veces las almas, hasta casi sin darse cuenta, ciertas inspiraciones muy especiales y ciertos rayos de la iluminación divina que les hacen

entender y ver muy claro lo que Dios quiere de ellas. Y si son fieles a estos llamamientos, irán sucesivamente entrando en piezas cada vez más iluminadas, hasta quedar por fin envueltas en los rayos más esplendorosos del Sol de Justicia que las transforme en Sí mismo...

Mas para esto necesitan ya desde ahí muy especiales auxilios de lo alto; y así deben de continuo clamar al Señor con la mística Esposa para que las atraiga con su gracia y los ejemplos de sus escogidos, a fin de poder *correr en pos de El, al olor de sus aromas.*

«¡Oh, Señor mío! aquí es menester vuestra ayuda, que sin ella no se puede hacer nada. Por vuestra misericordia, no consintáis que esta alma sea engañada para dejar lo comenzado. Dadle luz, para que vea cómo está en esto todo su bien, y para que se aparte de malas compañías. Qué grandísima cosa es tratar con los que traten de esto: allegarse, no sólo a los que viere en estos aposentos que él está, sino a los que entendiere que han entrado a los de más cerca; porque le será gran ayuda, y tanto los puede conversar, que le metan consigo.—Siempre esté con aviso de no dejarse vencer... Sea varón... que se determine que va a pelear con todos los demonios, y que no hay mejores armas que las de la cruz... Toda la pretensión de quien comienza oración, ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda, a hacer su voluntad conforme con la de Dios... Quien más perfectamente tuviere esto, *más recibirá del Señor, y más adelante está en este camino...* Confíen en la misericordia de Dios, y no nada en sí, y verán cómo Su Majestad *le lleva de unas moradas a otras y le mete...* adonde estas fieras no le puedan tocar ni cansar, sino que él las sujete a todas, y burle de ellas, y *goce de muchos más bienes que podría desear, aun en esta vida digo*» (Mor. 2.<sup>a</sup>, n. 6-9).

En resumen: si la 1.<sup>a</sup> Morada es donde empieza el alma a huir del mundanal ruido y entrar en sí misma para meditar la ley de Dios e implorar la divina gracia, en la 2.<sup>a</sup> es donde se evitan ya muy de veras los peligros y ocasiones, renunciando a pasatiempos innecesarios, y se emprende una vida más recogida con horas fijas de oración mental, que casi siempre suele ser más

o menos discursiva, o de *meditación*, pero sin que se dejen de sentir de cuando en cuando ciertas luces, mociones e inspiraciones con que el Divino Espíritu va disponiendo al alma y llevándola cada vez a mayor *soledad para hablarla al corazón*.

\*\*\*

En la 3.<sup>a</sup> Morada, con una vida ya en todo más ajustada a las normas evangélicas, se empieza a sentir con frecuencia cierto influjo especial de los dones de temor y de piedad, que mueven al alma a ejercitarse en una manera de oración ya más *afectiva* que *discursiva*, con que va cobrando cada vez más horror al pecado, por leve que sea, y amor a la imitación de Jesús, mientras goza ya del fruto de sus primeras victorias.

Así está en muy buena disposición para ir entrando de lleno en otras moradas donde se reciba claramente muy más copiosa luz, y se gocen más íntimas comunicaciones divinas.

Por eso con gran razón empieza aquí Santa Teresa dándole el parabién y animándola con las más halagüeñas esperanzas, escribiendo: «A los que por la misericordia de Dios han vencido estos combates, y con la perseverancia entrado en las terceras moradas ¿qué les diremos, sino *bienaventurado el varón que teme al Señor?*... No les ha hecho el Señor pequeña merced en que hayan pasado las primeras dificultades, sino muy grande... Son (estas almas) muy deseosas de no ofender a Su Majestad... y de hacer penitencia amigas, sus horas de recogimiento, gastan bien el tiempo, ejercítanse en obras de caridad con los prójimos, muy concertadas en su hablar y vestir y gobierno de casa, las que la tienen. Cierta estado para desear, y que, al parecer, *no hay por qué se les niegue la entrada hasta la postrera morada, ni se la negará el Señor*, si ellas quieren; que linda disposición es ésta para que les haga *toda merced*».

Mas para eso tendrán que ser ya sometidas a duras pruebas, a oscuridades, sequedades y otras maneras de purgaciones con que el Señor misericordiosamente las irá preparando para hacerlas capaces de percibir sus

misteriosas influencias y gozar de sus íntimas comunicaciones. Esto sucederá cuando hayan entrado en pleno ejercicio los *sentidos espirituales*, que empiezan a despertar y despabilarse a medida que el alma va muriendo a las satisfacciones de los corporales.—Por eso la va ya cegando el Señor a las cosas y maneras naturales para hacerla capaz de ver las sobrenaturales.

De ahí que empiecen ahora los siervos de Dios a sentir «grandes sequedades en la oración» y con ellas «unos trabajos interiores, que tienen muchas almas buenas, intolerables, y muy sin culpa suya, de los cuales siempre los saca el Señor con mucha ganancia».

Por de pronto les excita con eso mismo grandes deseos de ser totalmente de El y de gozarle cuanto antes, no pudiendo sufrir «que se les cierre la puerta para entrar adonde está nuestro Rey, por cuyos vasallos se tienen y son». Y así procuran vivir cada vez más desprendidos de todo lo que no es El, y salir hasta de sí mismos, renunciándose en todo para buscarle con crecientes ansias, sin reparar en arideces, oscuridades, ni dificultades, ni en las penitencias y rigores que sean menester.

Quien ante estas contrariedades se detiene y no acaba de pasar adelante, no es porque en absoluto se le cierre la puerta, sino por su falta de fidelidad y perseverancia. Pues «no hay duda, sino que, si persevera en esta desnudez y dejamiento de todo, que *alcanzará lo que pretende*. Mas ha de ser con condición, y mirad que os aviso de esto, que se tenga por siervo sin provecho... El Señor os lo dará a entender, para que saquéis de las sequedades humildad, y no inquietud, que es lo que pretende el demonio; y creed que adonde la hay de veras, que aunque nunca dé Dios regalos, *dará una paz y conformidad*, con que anden más contentas que otros con regalos» (3.<sup>a</sup> Mor. c. 1).

Por donde se ve muy bien cómo en esta 3.<sup>a</sup> Morada, con parecer puramente ascética, empieza ya de lleno la *noche del sentido*, con la incapacidad para meditar y aun para la oración afectiva, y otras señales de que el alma, según va orando tan sólo con cierta *vista amorosa*, va quedando cautiva del divino Huésped que en ella

irá derramando su misteriosa unción con esos frutos de paz y conformidad con que saldrá muy enriquecida.

Así es como, sin ella apenas darse cuenta, irá pasando realmente, aunque de un modo insensible, de la ascética a la mística: a la cual ya en rigor pertenece esa venturosa *noche*, por más que no se advierta bien hasta que amanezca el nuevo día en que se encuentre con otra manera de vida nueva... como se verá ya de algún modo desde la siguiente morada.

Quien a ésta no llega, repetimos, es tan sólo por su falta de generosidad en responder a las divinas inspiraciones, por no entregarse a hacer y padecer por amor de Dios cuanto El le exige, por dejarse llevar de la cobardía y pusilanimidad, y desalentar con las falsas corduras de la prudencia humana que rehuye cuanto se refiere a penitencias por necesarias que sean. Así las que suelen hacer muchas de las almas que aquí llegan, añade la Santa (c. 2), «son tan concertadas como su vida... Tienen gran discreción en hacerlas, porque no dañen a la salud. No hayáis miedo que se maten, porque su razón está muy en sí; no está aún el amor para sacar de razón. Mas querría yo que la tuviésemos para no contentarnos con esta manera de servir a Dios, siempre a un paso, que nunca acabaremos de andar este camino... Como vamos con tanto seso, todo nos ofende, porque todo lo tememos; y así no osamos pasar adelante, como si pudiésemos nosotras llegar a estas moradas, y que otros anduviesen el camino. Pues no es esto posible, esforcémonos, hermanas mías, por amor del Señor: dejemos nuestra razón y temores en sus manos, olvide mos esta flaqueza natural, que nos puede ocupar mucho... Con esto nuestro estado es excelentísimo; y si no, toda nuestra vida nos estaremos en él, y con mil penas y miserias. Porque, como no hemos dejado a nosotras mismas, es muy trabajoso y pesado; porque *vamos muy cargadas de esta tierra de nuestra miseria*; lo que *no van los que suben* a los aposentos más altos.—En esto no deja el Señor de *pagar* como justo, y aun como misericordioso, que *siempre da mucho más que merecemos*».

Mientras ahí permanezcan los siervos de Dios, no

suele El darles aún «muchos gustos», o sea regalos «sobrenaturales», como les dará después, si no es «alguna vez para convidarlos con ver lo que pasa en las demás moradas, porque se dispongan para entrar en ellas».

Así «es muy bien que se diga» la felicidad que nos espera si somos fieles, y se den a conocer los favores con que Dios nos invita, para que «entendamos el contento y deleites que perdemos *por nuestra culpa*. Cuanto más, que si son de Dios, *viene cargados de amor y fortaleza*, con que se puede *caminar más sin trabajo e ir creciendo en las obras y virtudes*» (c. 2, n. 7-11).

\*\*\*

*En la 4.<sup>a</sup> Morada*, según va pasando un poco la mística oscuridad y amaneciendo el día de nuestra iluminación, van despertando o despabilando los *sentidos espirituales*, y así es como empezará ya el alma a *oír claramente la voz del Amado... y ver cómo viene, saltando montes y collados...* (Cant. 2, 8), y a distinguir y seguir bien el silbo del *Buen Pastor...* ante cuya dulce presencia quedará como embelesada, como quien descubre todo un nuevo mundo interior, en una manera de *recogimiento infuso*, producido de repente y sin ningún esfuerzo, pero sin comparación más fructuoso que el *adquirido* con nuestros esfuerzos.

Así aquí notoriamente, dice la Santa, «comienzan a ser cosas sobrenaturales», y por lo mismo esto «es dificultosísimo de dar a entender, si Su Majestad no lo hace». Pues «como estas moradas se llegan más a donde está el Rey, es grande su hermosura, y hay cosas tan delicadas que ver y que entender, que el entendimiento no es capaz para poder dar traza como se diga».—Por cuanto él solo podría decirlo al *modo humano*, y esto se muestra ya de un modo *sobrehumano*.

«En estas moradas pocas veces entran las cosas ponzoñosas, y si entran no hacen daño, antes dejan con ganancia» (Mor. 4.<sup>a</sup>, c. 1, n. 1-3).

Así, pues, cuando ya bien mortificados los sentidos, ha salido el alma de sí misma y de sus gustos y comodidades, y tratando aquellos mismos de recogerse para

ser espiritualmente apacentados, por esfuerzos que hacen no pueden hallar lugar de reposo, entonces, cuando menos se piensa, «visto ya el gran Rey, que está en la morada de este castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia quiérellos tornar a El, y como buen pastor, con un silbo tan suave, que aun casi ellos mismos no lo entienden, hace que conozcan su voz, y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada. Y tiene tanta fuerza este silbo del Pastor, que desamparan las cosas exteriores, en que estaban enajenados, y métense en el castillo».

Tal es el primer grado de oración manifiestamente sobrenatural o infusa. Es, dice la Santa, «un *recogimiento* que... me parece *sobrenatural*, porque no es estar en oscuro, ni cerrar los ojos, ni consiste en cosa exterior, puesto que, sin quererlo, se hace esto de cerrar los ojos y desear soledad; y sin artificio, parece que se va labrando el edificio para la oración...; porque estos sentidos y cosas exteriores parece que van perdiendo de su derecho, porque el alma vaya cobrando el suyo, que tenía perdido» (c. 3, n. 1-2).

Así grandemente se engañan los que cuentan este grado de oración y aun los dos siguientes dentro de la que llaman «contemplación adquirida», que la mística Doctora jamás conoció, sino más bien excluyó, y que aquí ciertamente rechazaría con horror, por lo mucho que vendría a desfigurar su hermosa doctrina y a desconcertar a las almas experimentadas.

Este recogimiento, continúa declarando expresamente la Santa, «*no penséis que es por el entendimiento adquirido*, procurando pensar dentro de sí a Dios... Bueno es esto y excelente manera de *meditación*... Esto cada uno lo puede hacer... Mas lo que digo es en diferente manera; y que algunas veces, antes que se comience a pensar en Dios, ya esta gente está en el castillo, que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su Pastor; que no fué por los oídos, que no se oye nada, mas siéntese notablemente un encogimiento suave a lo interior... Si Su Majestad no ha empezado a embebernos, *no puedo acabar de entender cómo se pueda detener el pensamiento* (según pretenden los partidarios de

esa famosa «*contemplación adquirida*»), de manera que no haga *más daño que provecho*» (n. 3 4).

Aquí, pues, introduce el Señor misericordiosamente cuando bien le parece, a unos antes y a otros después, aunque lo ordinario es cuando el alma ha permanecido bastante tiempo sirviéndole con fidelidad en la morada anterior (c. 1, n. 2), y quiere El darle a gozar ya parte del premio merecido.

\* \* \*

El 2.º grado de oración infusa lo constituye la de *quietud*, en que Dios cautiva la voluntad y la hace sentir grandes *gustos* y consuelos sobrenaturales, muy superiores a los *contentos* que a veces se pueden tener en la meditación.

«Los contentos, advierte la Santa (Mor. 4.ª, c. 1, n. 4-7), me parece a mí se pueden llamar los que nosotros adquirimos con nuestra meditación y peticiones a N. S... Nacen de la misma obra virtuosa que hacemos, y parece a nuestro trabajo lo habemos ganado... En fin, comienzan de nuestro natural y acaban en Dios. Los gustos comienzan en Dios, y siénteles el natural, y goza tanto de ellos, como gozan los que tengo dichos, y mucho más... Los contentos... no ensanchan el corazón, antes... aprietan un poco... Tienen estas devociones las almas de las moradas pasadas, porque van casi continuo con obra de entendimiento... y van bien, porque no se les ha dado más, aunque acertarían en ocuparse un rato en hacer actos, y en alabanzas de Dios, y holgarse de su bondad... Y estén con gran aviso cuando el Señor *les diere estotro*, no dejarlo por acabar la meditación que se tiene de costumbre... Para aprovechar en este camino y *subir a las moradas que deseamos*, no está la cosa en pensar mucho, sino en *amar mucho*».

«Los que llamo gustos de Dios, que en otra parte lo he nombrado *oración de quietud*, vuelve a decir (c. 2, n. 2-10), es muy de otra manera, como entenderéis las que lo habéis probado».—Mientras los contentos son como agua traída por los arcaduces de nuestras consideraciones, aquí «viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios, y así como Su Majestad quiere, cuando

es servido hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos, yo no sé hacia dónde, ni cómo, ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazón, digo en un principio, que después todo lo hinche; vase revertiendo esta agua por todas las moradas y potencias, hasta llegar al cuerpo; que... cierto... todo el hombre exterior goza de esta suavidad... Parece se va dilatando y ensanchando todo nuestro interior y produciendo unos bienes, que no se pueden decir, ni aun el alma sabe entender qué es lo que se le da allí. Entiende una fragancia, digamos ahora, como si en aquel hondón interior estuviese un brasero adonde se echasen olorosos perfumes: ni se ve la lumbre, ni dónde está; mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aun hartas veces, como he dicho, participa el cuerpo... Aquí no están las potencias *unidas*, a mi parecer, sino *embebidas*, y mirando como espantadas qué es aquello... La *voluntad* bien me parece que debe estar *unida* en alguna manera *con la de Dios*.

Por esto y por los grandes frutos de virtud y buenas obras que produce, razón tendremos de «procurar tener esta oración, y... desear saber cómo alcanzaremos esta merced». — Y se alcanza con la verdadera humildad que nos haga tenernos por indignos de todo. — «Por ésta se deja el Señor vencer a cuanto de El queremos». — Si de verdad nos humilláremos y desasiéremos, «no dejará el Señor de hacernos esta merced, y otras muchas que no sabremos desear».

Por tanto, el no llegar jamás a alcanzarla — y mucho más el no procurarla de veras —, por bien que se palie con capa de humildad, es señal de estar muy faltos de esta virtud y de verdadero desasimiento. Pues a los que de veras se niegan a sí mismos y toman el yugo del Salvador para aprender de El mansedumbre y humildad, se les promete hallar el místico reposo (Mt. 11, 23).

\*\*\*

La 5.<sup>a</sup> Morada es para la oración *de unión*, que constituye el *grado 3.º* de la infusa, donde el alma sien-

te a Dios no ya *junto a sí* y en forma en que puedan caber dudas, como en la oración pasada, sino *dentro de sí misma*, cautivándola y tomando posesión no sólo de su voluntad, sino de *todas sus potencias*, como Señor absoluto a quien ella procuró entregarse del todo y sin reserva.

«Fija Dios a Sí mismo, dice la Santa (*Morada 5.<sup>a</sup>, c. 1, n. 9-12*), en lo interior de aquel alma de tal manera, que cuando torna en sí, en ninguna manera puede dudar que estuvo en Dios y Dios en ella. Con tanta firmeza le queda esta verdad, que aunque pase años sin tornarle Dios a hacer aquella merced, ni se le olvida, ni pudo dudar que estuvo».—Pero esta manifestación no es de la Sda. Humanidad, «sino de sola la Divinidad», que se digna llenarla de ciencia infusa y embriagarla por completo en el divino amor.

«Esta entiendo yo es la bodega donde nos quiere meter el Señor, cuando quiere y como quiere; mas por diligencias que nosotros hagamos, no podemos entrar. Su Majestad nos ha de meter y entrar El en el centro de nuestra alma, y para mostrar sus maravillas mejor, no quiere que tengamos en ésta más parte de la voluntad, que del todo se le ha rendido, ni que se le abra la puerta de las potencias y sentidos, que todos están dormidos; sino entrar en el centro del alma sin ninguna».

Mas «aunque en esta obra que hace el Señor, añade (cap. 2), no podemos hacer nada más, para que Su Majestad nos haga esta merced, *podemos hacer mucho disponiéndonos...* Pues veis aquí, hijas, lo que podemos con el favor de Dios hacer: ¡que Su Majestad mismo sea nuestra morada, como lo es en esta oración, *labrándola nosotras!*... No habremos acabado de hacer en esto todo lo que podemos, cuando este trabajillo, que no es nada, junte Dios con su grandeza, y le dé tan gran valor, que el mismo Señor sea el premio de esta obra. Y así como ha sido el que ha puesto la mayor costa, así quiere juntar nuestros trabajillos con los grandes que padeció Su Majestad, y que *todo sea una cosa.*»

De esta manera unida el alma a Dios, viene a quedar trocada y colmada de bienes, según ha procurado

despojarse de todo y morir a sí misma.—«Muera, muera este gusano... y veréis cómo *vemos a Dios, y nos vemos tan metidas en su grandeza*... ¡Y cuál sale una alma de aquí, de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios y junta con El!... Yo os digo de verdad, que la misma alma no se conoce a sí; porque, mirad la diferencia que hay de un gusano feo a una mariposa blanca, que la misma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer tanto bien: de dónde le pudo venir, quise decir, qué bien sabe que no le merece: vese con un deseo de alabar al Señor, que se querría deshacer, y de morir por El mil muertes. Luego le empieza a tener de padecer grandes trabajos, sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia grandísimos, el de soledad, el de que todos conociesen a Dios; y de aquí le viene una gran pena de ver que es ofendido».

Con esto se dispone para llegar a las mayores alturas. «Porque... si después que Dios llega a un alma aquí se esfuerza a ir adelante, verá grandes cosas».—Y apenas podrá menos de querer esforzarse con los ardientes deseos que allí le nacen: «en especial cuando son muchas las veces que la da Dios de este vino, casi de cada una queda con nuevas ganancias. Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano... Hanle nacido alas ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos».

¡Y aún habrá quien, ante tales sentencias, se atreva a desnaturalizar la doctrina de la Mística Doctora hasta el punto de obstinarse en aducir palabras suyas, trayéndolas y llevándolas tan torcidamente como suelen andar las del cap. 17 del *Camino de perfección*, para sostener el absurdo de que ésta puede llegar a ser tan cumplida en un torpe gusano rastrero, que nunca ha logrado pasar de la 3.<sup>a</sup> Morada—o sea de la vida ascética—como en la mística mariposilla que, muerta a sí misma y hecha una su voluntad con la de Dios, ha podido encumbrarse ya hasta esta 5.<sup>a</sup> Morada; y aún como la que haya logrado remontar su vuelo hasta la 6.<sup>a</sup> o la 7.<sup>a</sup>!... No concebimos cómo puedan decirse y repetirse tales enormidades, cuando el mismo Pontífice Pío X

declaró expresamente que *cada grado de oración de la Santa representa un verdadero ascenso en la vida espiritual* (Epist. ad Gener. Carm. Exc. 7 Marzo, 1914).

Así, pues, procurando muy de veras quedar bien vacíos de todo, luego entrará Dios en nosotros y nos colmará de gracias y hará que entremos nosotros en El, y así encontremos y empecemos a gozar de este místico *tesoro escondido*, con tal de que por él demos cuanto tenemos y somos. Por tanto, como poco antes (c. 1, n. 2-3) advertía la misma Santa, «alto a pedir al Señor, que pues en alguna manera *podemos gozar del cielo en la tierra*, que nos dé su favor para que no quede por nuestra culpa, y nos muestre el camino, y dé fuerzas en el alma para cavar hasta hallar este tesoro escondido, pues es verdad que le hay en nosotras mismas».

Nadie tiene disculpa, pues Dios N. S. «no imposibilita a ninguno para comprar sus riquezas: con que dé cada uno lo que tuviere, se contenta. Bendito sea tan gran Dios. Mas mirad, hijas, que para esto que tratamos, no quiere que os quedéis con nada; poco o mucho, todo lo quiere para Sí, y conforme a lo que entendiéreis de vos que habéis dado, se os harán mayores o menores mercedes. No hay mejor prueba para entender si llega a unión, o si no, nuestra oración».

Mas esta unión, con ser siempre alguna manera de oración sobrenatural o infusa, como propia de esta Morada 5.<sup>a</sup>, no siempre es *tan regalada* como la descrita, ni va acompañada siempre de favores que puedan llamarse *extraordinarios*. Así, aunque uno carezca de estos favores y regalos, si siente que ya no es ni quiere ser en nada suyo, sino totalmente de Dios, sepa que, por aridez que padezca, no está excluido de esta *mística morada*. Por esto con gran razón advierte la Santa Doctora (c. 3, n. 3-12), que «pues hay tanta ganancia de entrar en ella, bien será que *no parezca quedan sin esperanza* a los que el Señor no da cosas *tan sobrenaturales*».—A éstos añadirá que cuando hayan logrado conformar en todo su voluntad con la divina, «habéis alcanzado esta merced del Señor, y ninguna cosa se os dé de estotra *unión regalada*...; que poderoso es el Señor de enriquecer las almas por muchos caminos y lle-

garlas a estas moradas, y no por el atajo que queda dicho.—«Es muy cierta la unión de estar resignada nuestra voluntad con la de Dios. ¡Oh qué unión ésta para desear! Venturosa el alma que la ha alcanzado, que vivirá en esta vida con descanso».

Esta mística unión se alcanza con «amar mucho», o sea procurando muy de veras amar a Dios con todo el corazón y toda el alma, y al prójimo como a nosotros mismos. «Como esto sea, yo os digo que no dejéis de *alcanzar de Su Majestad la unión* que queda dicha. Cuando os viéreis faltas en esto, aunque tengais devoción y regalos, que os parezca habéis llegado ahí, y alguna suspencioncilla en la oración de *quietud*, creedme que no habéis llegado a unión, y pedid a N. S. que *os dé con perfección este amor del prójimo, y dejad hacer a Su Majestad; que El os dará más que sepais desear*».

¡Cuán lejos está la Santa de enseñar aquí, como algunos se figuran, una unión puramente *activa* o *ascética*!... ¡Si está hablando tan sólo con el alma ya transformada de gusano en mariposa, y cuya oración, desde hace mucho tiempo, supone que es «sobrenatural», aunque a veces *no tanto* como en la unión *muy regalada*!

Y así continúa animando a sus hijas en el cap. 4 (n. 1, 11), diciendo: «Paréceme que estais con deseo de ver qué se hace esta palomica, y adónde asienta, pues queda entendido que no es en *gustos espirituales*, ni en contentos de la tierra: más alto es su vuelo. Y no os puedo satisfacer de este deseo *hasta la postrera morada*... Sabe Su Majestad que no es otro mi deseo, a cuanto puedo entender de mí, sino que sea alabado su nombre, y que nos esforcemos a servir a un Señor que *así paga aun acá en la tierra*».

\*\*\*

En la 6.<sup>a</sup> Morada se trata de la *unión extática* en que el alma, herida del divino amor, llega hasta perder el uso de los sentidos; y se describen las diversas suertes de luces y comunicaciones ahí recibidas, mostrando que esta manera de unión, como completa que es ya, resulta muy superior a la descrita en la 5.<sup>a</sup> Morada, y realmente constituye otro grado más alto de oración.

Luego habla la Santa del místico *Desposorio* y de los grandes favores y las terribles pruebas que le preceden y le siguen, y con que va quedando el alma toda renovada y transformada, y así se dispone para entrar en la Morada última.

Entre estos favores figuran los *toques divinos, substanciales*, las *heridas de amor*, los grandes impulsos o *impetus* que ponen al alma fuera de sí, los *raptos* y los *vuelos del espíritu*, junto con las *locuciones* con que es ilustrada y consolada.—Entre las pruebas, todos los trabajos y angustias de la pavorosa *noche del espíritu*.

En estas sextas moradas, dice la Santa (cap. 1), es «adonde el alma queda ya herida del amor del Esposo».—Mas El «no mira a los grandes deseos que tiene de que se haga ya el desposorio, que aun quiere que lo desee más, y que le cueste algo bien que es el mayor de los bienes. Y aunque todo es poco para tan grandísima ganancia, yo os digo, hijas, que no deja de ser menester la muestra y señal que ya se tiene de ella, para poderse llevar. ¡Oh, válgame Dios, y qué son los trabajos interiores y exteriores que padece, hasta que entre en la 7.<sup>a</sup> Morada!»

En esos trabajos figuran persecuciones de los buenos, y aun de los mismos directores y confesores que con sus espantos y desaciertos la ponen en grandísimos aprietos y mortales angustias; a las cuales se añaden las ausencias de Dios, que parece la quiere dejar del todo abandonada, para que más le desee y le sea fiel, y hasta le hace sentir el insopórtable peso de la divina justicia con los horrores de la pena de daño. «Comencemos por el tormento que da topar con un confesor tan *cuerdo* y poco experimentado, que no hay cosa tenga por segura; todo lo teme, en todo pone duda, como ve cosas no ordinarias. En especial, si en el alma que las tiene, ve alguna imperfección—que les parecen han de ser ángeles a quien Dios hiciere estas mercedes, y es imposible mientras estuvieren en este mundo—, luego es todo condenado a demonio o melancolía.—Y de ésta está el mundo tan lleno, que no me espanto... La pobre alma que anda con el mismo temor, y va al confesor como a juez, y ese la condena, no puede dejar de reci-

bir tan gran tormento y turbación, que sólo entenderá cuán gran trabajo es, quien hubiere pasado por ello... Cuando el confesor la asegura, aplácase, aunque torna; mas cuando él ayuda con más temor, es cosa casi insufrible; en especial cuando tras éstos vienen unas sequedades, que no parece que jamás se ha acordado de Dios, ni se ha de acordar».

Entre tanto, añade (c. 2), el divino Esposo, «antes que del todo lo sea, se lo hace bien desear, por unos medios tan delicados, que el alma misma no los entiende, ni yo creo acertaré a decir para que lo entienda, si no fueren las almas que han pasado por ello; porque son unos impulsos tan delicados y sutiles, que proceden de lo muy interior del alma, que no sé comparación que poner que cuadre... Muchas veces estando la misma persona descuidada y sin tener la memoria de Dios, Su Majestad la despierta, a manera de una cometa que pasa de presto, o un trueno, aunque no se oye ruido; mas entiende muy bien el alma, que fué llamada de Dios, y tan entendido, que algunas veces, en especial a los principios, la hace estremecer y aun quejar, sin ser cosa que le duele. Siente ser herida sabrosísimamente, mas no atina cómo ni quién la hirió: mas bien conoce ser cosa preciosa, y jamás querría ser sana de aquella herida. Quéjase con palabras de amor, aun exteriores, sin poder hacer otra cosa, a su Esposo; porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse. Y es harta pena, aunque sabrosa y dulce; y aunque quiera, no tenerla, no puede; mas esto no querría jamás. Mucho más la satisface que el embebecimiento sabroso de la oración de quietud... Aquí no hay que pensar si es cosa movida del mismo natural, ni causada de melancolía, ni tampoco engaño del demonio, ni si es antojo; porque es cosa que se deja muy bien entender ser este movimiento de adonde está el Señor, que es inmutable... Aquí están todos los sentidos y potencias sin ningún embebecimiento, mirando qué podrá ser, sin estorbar nada ni poder acrecentar aquella pena deleitosa ni quitarla, a mi parecer. A quien N. S. hiciere esta merced, dele muchas

gracias, que no tiene que temer si es engaño... Jamás el demonio debe dar pena sabrosa como ésta».

Luego describe las hablas interiores y da señales para conocer si son de Dios. En seguida (c. 4) pasa a tratar de las suspensiones, y muestra cómo en una de éstas, que «la saca de sus sentidos», es donde tiene que celebrarse el místico Desposorio. «Porque si estando en ellos se viese tan cerca de esta gran Majestad, no era posible, por ventura, quedar con vida».

Con estas mercedes, «abrasada toda ella como una ave Fénix, queda *renovada*, y, piadosamente se puede creer, *perdonadas sus culpas*... Y así limpia, la junta (Dios) consigo, sin entender aun aquí nadie sino ellos dos, ni aun la misma entiende de manera que lo pueda después decir... Quedan unas verdades en esta alma tan fijas de la grandeza de Dios, que cuando no tuviera fe, que le dice quién es y que está obligada a creerle por Dios, le adorara desde aquel punto por tal... Roba Dios toda el alma para sí (en los arrobamientos), y... como a cosa suya propia, y ya esposa suya, la va mostrando alguna partecita del reino que ha ganado».

Entonces ve ella cuán poco es todo cuanto hacemos por conseguirle; y por eso la Santa exhorta a trabajar sin descanso por encontrar y procurarnos este inestimable tesoro del Reino de Dios.

«¡Oh hermanas mías, que no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos ni cuanto pudiéramos hacer, por un Dios que *así se quiere comunicar con un gusano!* Y si tenemos esperanza *de aun en esta vida gozar de este bien*, ¿qué hacemos? ¿en qué nos detenemos? ¿qué es bastante para que en un momento dejemos de buscar a este Señor, como lo hacía la Esposa, por barrios y plazas?»

Así, con ser tales estos divinos tesoros, a todos se ofrecen y todos podríamos hallarlos, si con las debidas diligencias los buscásemos. Por lo cual añade la Santa: «No puedo dejar de lastimarme mucho de ver *lo que perdemos por nuestra culpa*. Porque aunque es verdad que son cosas que las da el Señor a quien quiere, si quisiésemos a Su Majestad como El nos quiere, *a todas*

*las daría. No está deseando otra cosa sino tener a quien dar».*

Los frutos de estas divinas comunicaciones son admirables y en gran manera deseables. Pues «cuando el alma torna ya del todo en sí, ¡qué es la confusión que le queda, y los deseos tan grandísimos de emplearse toda en Dios, de cuantas maneras se quisiere servir de ella!... Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella». (Mor. 6.<sup>a</sup>, c. 4).

«Tengo para mí, advierte poco después (c. 5, n. 4), que si los que andan muy perdidos por el mundo, se les descubriese Su Majestad como hace a estas almas, que aunque no fuese por amor, por miedo no le osarían ofender...»

Luego (n. 7-10) describe los vuelos y sus frutos, diciendo: «Este apresurado arrebatarse del espíritu, es de tal manera, que verdaderamente parece sale del cuerpo, y por otra parte claro está que no queda esta persona muerta... Parecele que toda junta ha estado en otra región muy diferente de esta en que vivimos, adonde se le muestra otra luz tan diferente de la de acá, que si toda su vida ella la estuviese fabricando junto con otras cosas, fuera imposible alcanzarlas. Y acaece que en un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes una. Esto no es visión intelectual, sino imaginaria, que se ve con los ojos del alma muy mejor que acá vemos con los del cuerpo, y sin palabras se la da a entender algunas cosas... Si ve algunos santos, los conoce como si los hubiera mucho tiempo tratado...»

«Si esto pasa estando en el cuerpo o no, yo no la sabré decir... Muchas veces he pensado... si el alma... puede, quedándose ella en su puesto, con la fuerza del calor que le viene del verdadero Sol de Justicia, alguna parte superior salir sobre sí misma.—En fin... se le muestran grandes cosas; y cuando torna a sentirse en sí, es con tan grandes ganancias, y teniendo en tan poco todas las cosas de la tierra, para en comparación de las que ha visto, que la parecen basura: y desde ahí

adelante vive en ella con harta pena, y no ve cosa de las que le solían parecer bien, que le haga dársele nada de ella. Parece que le ha querido el Señor mostrar algo de la tierra adonde ha de ir... para que pase los trabajos de este camino tan trabajoso, sabiendo adonde ha de ir a descansar.—Aunque cosa que pasa tan de presto... son tan grandes los (provechos) que deja en el alma, que si no es por quien pasa, no se sabrá entender su valor.—Por donde se ve bien no ser cosa del demonio; que de la propia imaginación es imposible, ni el demonio podría representar cosas que tanta operación y paz y sosiego y aprovechamiento deja en el alma»;— como es un altísimo conocimiento de Dios junto con una profundísima humildad.

«De estas mercedes tan grandes, añade (c. 6), queda el alma tan deseosa de gozar del todo al que se las hace, que vive con harto tormento, aunque sabroso: unas ansias grandísimas de morirse, y así con lágrimas muy ordinarias pide a Dios la saque de este destierro... Y así en esta morada son muy continuos los arrobamientos, sin haber remedio de excusarlos, aunque sea en público; luego las persecuciones y murmuraciones, que aunque ella quiera estar sin temores, no la dejan, porque son muchas las personas que se los ponen, en especial los confesores.»

Pero todos los trabajos del mundo le parecerán muy poca cosa para lo que a costa de ellos consigue, que es ya como un cielo en la tierra.

«¡Oh, válgame Dios, Señor, exclama por fin la Santa (c. 11), cómo apretáis a vuestros amadores! Mas todo es poco para lo que les dáis después. Bien es que lo mucho cueste mucho. Cuanto más que, si es purificar esta alma para que entre en la 7.<sup>a</sup> Morada, como los que han de entrar en el cielo se limpian en el purgatorio, es tan poco este padecer, como sería una gota de agua en la mar».—Además «Su Majestad da esfuerzo a quien ve que le ha menester, y en todo defiende a estas almas y responde por ellas en las persecuciones y murmuraciones...; y en fin, en fin, *antes que se mueran se lo paga todo junto, como ahora veréis*».

En la 7.<sup>a</sup> Morada, que es como la íntima habitación del Divino Esposo, es donde son introducidas tan sólo aquellas felicísimas almas que, permaneciendo fieles en las pruebas y trabajos, han experimentado ya, según cabe en esta vida, su total purificación, renovación y transformación, y logrado la plena expansión de las gracias bautismales; y así han podido subir al sublime grado de la *unión íntima y estable*, propia del *Matrimonio espiritual*, donde se llega a disfrutar casi habitualmente de una altísima vista de todas y cada una de las Divinas Personas, con que se logra, en cuanto aquí abajo es posible, la plena satisfacción de todos nuestros deseos, y se alcanza la suma felicidad y perfección a que todos somos llamados; siendo ya todo el vivir como una continua respiración de amor, un *orar sin interrupción*, con que muy de verdad se guarda ya tal como suena el primer precepto, en que está la plenitud de la Ley, *amando a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, y con todas las fuerzas (Marc. 12, 30), y a la vez al prójimo como a nosotros mismos.*

Así aunque en la sexta morada pareciera a alguno «que no es posible quedar nada por decir, harto desatinó sería pensar esto. Pues la grandeza de Dios no tiene límites, tampoco lo tendrán sus obras». (Mor. 7.<sup>a</sup>, c. 1).

Estas, contra lo que muchos se figuran, conviene darlas a conocer lo mejor posible, para mayor gloria del Señor y aliento de las almas. Pues «mientras más supiéremos que se comunica con las criaturas, más alabaremos su grandeza, y nos esforzaremos a no tener en poco a las almas con que tanto se deleita el Señor. Pues cada una de nosotras la tiene, sino que... no entendemos los grandes secretos que están en ella... Su Majestad... sabe que *mi intento es que no estén ocultas sus misericordias*, para que más alabado y glorificado sea su nombre...

»Cuando N. S. es servido haber piedad de lo que padece y ha padecido por su deseo esta alma, que ya espiritualmente ha tomado por esposa, primero que se consuma al matrimonio espiritual, métela en su morada, que es esta séptima; porque así como la tiene en el

cielo, debe tener en el alma una estancia, adonde sólo Su Majestad mora, y digamos *otro cielo*.

Allí metida, «se les muestra la Santísima Trinidad, todas tres Personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu, a manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia, y un poder, y un saber, y un solo Dios. De manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista... Aquí se le comunican todas tres Personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vendría Él y el Padre y el E. S. a morar en el alma que le ama y guarda sus mandamientos (Joan. 14, 23).

«¡Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma, porque *nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma: en lo muy interior..., que no sabe decir cómo es..., siente en sí esta divina compañía*».

Y sin embargo, ya no padece éxtasis ni raptos, porque está acostumbrada a tantas maravillas y corroborada para sufrir esas comunicaciones tan altas; ni anda tan embebida que no pueda ocuparse, cual conviene, en buenas obras exteriores.—Esto «mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios; y, en faltando las ocupaciones, se queda en aquella agradable compañía».

Mas con ser tan altas estas inefables comunicaciones divinas, nadie está excluido de ellas, toda alma bautizada y corroborada con la virtud del E. S. podría lograrlas y gozar de este cielo en la tierra, si al afecto hiciera cuanto en el precepto del amor se nos manda; pues a quienes tan de veras le amen, solemnemente les prometió N. S. *manifestárseles*, y no como quiera, sino de modo que conozcan *cómo está Él en el Padre, y nosotros en Él y Él en nosotros* (Joan. 14, 19-21).

«Es muy cierto, añade la Santa (Mor. 7.<sup>a</sup>, c. 2), que en vaciando nosotros todo lo que es criatura, y desasién-

donos de ella por amor de Dios, el mismo Señor *la ha de henchir de Sí*... Ne sé qué mayor amor puede ser que éste. Y *no dejaremos de entrar aquí todos*, porque así dijo Su Majestad: *No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí también*; y dice: *Yo estoy en ellos*.—¡Oh, válgame Dios, qué palabras tan verdaderas, y cómo las entiende el alma que en esta oración lo ve por sí! ¡Y cómo las entenderíamos todas, si no fuese por nuestra culpa».

«Por cierto, vuelve a decir (c. 3), cuando no hubiera otra cosa de ganancia en este camino de oración, sino entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros y andarnos rogando, que no parece esto otra cosa, que nos estemos con El, me parece eran bien empleados cuantos trabajos se pasan por gozar de estos toques de su amor, tan suaves y penetrativos».

«Verdad es, advierte por fin en la *Conclusión*, que no en todas las moradas podréis entrar por vuestras fuerzas..., si no os mete el mismo Señor del castillo». Mas «con teneros por tales que no merecéis aun entrar en las terceras, le ganaréis más presto la voluntad para llegar a las quintas; y de tal manera le podéis servir desde allí, continuando a ir muchas veces a ellas, que os meta en la misma morada que tiene para Sí, de donde *no salgáis más*, si no fuéreis llamada... Y... siempre cuando tornáreis, os tendrá abierta la puerta. Una vez mostradas a gozar de este castillo, en todas las cosas hallaréis descanso, aunque sean de mucho trabajo, con esperanza de tornar a él; que no os lo puede quitar nadie.—Y... desearéis deshaceros en alabanzas del gran Dios que le crió a su imagen y semejanza».

Aquí es, pues, donde se logra el cumplido descanso de nuestras almas aun en medio de los trabajos de esta peregrinación; pues sólo aquí se halla y puede hallarse, junto con la plena expansión de las gracias bautismales, la plenitud de la dicha y el verdadero coronamiento de la vida cristiana, que está en el monte encumbrado de las *bienaventuranzas*.

Esas gracias se irán cultivando con el debido uso de

los Santos Sacramentos, la práctica de las virtudes y de un modo especial con la oración de súplica, aunque todavía sea vocal y poco frecuente, huyendo de nuestros enemigos y entrando a vivir en la 1.<sup>a</sup> Morada; luego en la 2.<sup>a</sup> guardando más recogimiento y procurando tener horas fijas de oración, o *meditación*; en la 3.<sup>a</sup> con una vida ya en todo más edificante, retirada y metódica, en que la oración es mucho más frecuente y va siendo cada vez más *afectiva* y menos *discursiva*, hasta parar en una llena de oscuridad y sequedad (que hoy llaman de *pura fe* o de *entrega* en manos de Dios) que pasa luego a la de *simple vista amorosa*, con la cual, junto con la fidelidad a las inspiraciones y el recto ejercicio de toda suerte de buenas obras, va el alma disponiéndose convenientemente para luego recibir la luz del *recogimiento infuso* y gozar de la mística *quietud* en la 4.<sup>a</sup> Morada—verificándose así de un modo casi insensible el tránsito de la *vida ascética* a la *mística*.—En la Morada 5.<sup>a</sup> se verifica la íntima *unión* de todas las potencias del alma con Dios, a quien empieza ella a sentir *dentro de sí misma*, una vez que ya no tiene otro querer si no querer que el divino.—En la 6.<sup>a</sup>, del todo cautiva y herida de amor, llega a la *unión extática* en que hasta pierde a veces el uso de los sentidos y, con todos los maravillosos fenómenos que allí se muestran, va disponiéndose para celebrar el místico *Desposorio*.—Y luego, con los favores singularísimos que a éste acompañan y las nuevas pruebas terribles que le siguen, irá ella aquilatándose y renovándose hasta el punto de merecer ser admitida en la 7.<sup>a</sup> Morada a celebrar el *espiritual matrimonio*, en que aparecerá como del todo *transformada en la imagen de Cristo y hecha para siempre una sola cosa con Dios...*

\* \* \*

Tales son los principales *grados* de *oración* y de *vida espiritual*, y tal la *unidad* y continuidad del misterioso proceso de la *deificación del alma*, según el libro de *Las Moradas* de la mística Doctora Santa Teresa de Jesús, y en perfecta conformidad con toda la tradición de los grandes Maestros de espíritu.

Sólo nos resta excitar en nuestros corazones, con la vista de estas grandezas, los más vivos y ardientes deseos de alcanzar, en este valle de lágrimas, la bendición del Legislador divino, para poder recorrer esa mística escala, que no hay otra—según Santa Teresa—ni otro más fácil *Camino de perfección* para llegar a las cumbres de la santidad a que somos llamados, sino el que así nos enseña a ir subiendo de virtud en virtud hasta ver a Dios en Sión (Ps. 83, 6-8), representada por la *Morada 7.<sup>a</sup>*, donde nos está esperando el Rey de la Gloria.

En esa venturosa mansión—terminaremos diciendo con San Juan de la Cruz (*Cánt. esp.*, canc. últ.)—«sea servido el Señor Jesús, Esposo dulcísimo, poner a todos los que invocan su santísimo Nombre». Amén.

---

## CAPITULO VIII

---

### Los fenómenos místicos en su relación con los naturales (1)

*Nos autem sensum Christ habemus.—I Cor. 2, 16.*

Decía Goethe que «quien no sabe más que una sola lengua no sabe ninguna». Lo mismo, y con más razón, podría repetirse de quien no sabe más que una sola ciencia. Pues ignorará las relaciones y dependencias que tiene con las demás, y por bien que conozca miles de detalles y menudencias, como los conoce un práctico, desconocerá las verdaderas y profundas causas de la mayoría de los fenómenos.

Y tal sucede hasta con muchísimos especialistas que pasan por oráculos, porque en su reducidísimo dominio son verdaderas notabilidades técnicas o prácticas, y que así y todo, como «hombres de ciencia», si es que ésta ha de seguir definiéndose «conocimiento adquirido por las verdaderas causas»—, deberían juzgarse por nulidades, porque con el exceso de la especialización se han hecho tan miopes, que a veces no aciertan a ver ni un palmo más allá de sus ojos, o sea de los objetos que acostumbran a traer entre manos; y con esto muestran lo que un sabio profesor graciosamente llamaba «ignorancias heroicas». Pues se resignan a no saber nada ni importarles nada que esté fuera de su limitadísima especialidad, llegando hasta parecerse al rústico que se figura no hay más mundo que el comprendido en su pe-

(1) Cf. *La Vida Sobrenatural*, Febrero y Octubre 1923. (Conferencia dada en la *Academia de Sto. Tomás* de Salamanca).

queño horizonte o en el humildísimo valle en que nació y se crió.

Todos sus conocimientos, por variados y profundos que aparenten, son de cosas particularísimas; y *de particularibus*, decían los antiguos maestros, *non est scientia*.

De ahí que cuantos desean conocer a fondo las causas de las cosas y proceder como verdaderos hombres de ciencia, sabiendo que ésta no existe sin la razón de universalidad, por obligados que se vean, dada la amplitud que ofrecen casi todas las ciencias, a especializarse en una región limitada, sientan la necesidad de extender de cuándo en cuándo sus miradas a las regiones limítrofes, y ponerse en contacto con otros especialistas o profesores de otras ramas del saber humano, y hasta de remontarse a veces a mayores alturas desde donde pueda contemplarse de un golpe de vista todo el amplio campo repartido entre varias especialidades, para ver lo que tienen de particular cada una y de común todas ellas, y las mútuas relaciones que las ligan, y así resolver muchas dificultades que no eran fáciles de esclarecer desde un punto de vista más bajo y limitado.—Así como, en efecto, desde el análisis matemático se dominan mucho mejor la Aritmética y el Álgebra, así para resolver no pocas dificultades de la Física y ciencias naturales sería menester remontarse a las altas regiones de la verdadera Metafísica.

Pues de un modo análogo podemos decir que sólo desde el punto de vista del orden sobrenatural es como pueden resolverse muchísimos de los más trascendentales problemas del natural, tal como realmente existe, que es más o menos sobrenaturalizado. Y así sólo desde la Teología dogmática se resuelven los más serios problemas de la Teodicea, y desde la Moral cristiana, los de la Ética o moral natural.

Y las mismas especulaciones de la Dogmática y de la Moral se esclarecen maravillosamente desde las cumbres de la Mística, donde la ciencia de los viadores parece como ponerse en contacto con la de los comprensos, y alumbrados los ojos del alma por los soberanos

dones de inteligencia y de sabiduría, penetran en las mismas profundidades de Dios y, como dice el Doctor Angélico,—juzgan rectamente de todo *per causas altissimas* y por connaturalidad a lo divino—, que es conocer no por especulación o simple representación, sino por «participación» de las inefables realidades divinas.

Pero también, a su vez, la Mística tiene campos dilatadísimos y contactos numerosos con otras ciencias; y así en ella misma es preciso obviar los inconvenientes de la excesiva especialización a alguna de sus ramas, teniendo en cuenta en cada caso otros casos análogos, y las luces que sobre cada fenómeno puedan arrojar las demás ciencias, y sobre todo las demás ramas o especialidades de la misma ciencia sagrada.

Así los que apenas conozcan, por ejemplo, más que una sola escuela mística o una sola familia religiosa—a la que miren con mucha simpatía—fácilmente se figurarán que allí está el *non plus ultra* en todo cuanto puede saberse y desearse, y que no cabe mejor dirección espiritual, ni hay ni podrá hallarse más excelente doctrina ni mayor santidad ni mayores maravillas en el orden místico, que las allí vistas y descritas... Y con pueril simplicidad se dará por «evidente y de todos admitido» que allí se escalaron hasta las más altas cumbres, y se recorrieron sin quedar ni uno solo, y del mejor modo posible, todos los grados de la vida espiritual, porque es innegable que se recorrieron *todos los que*—en aquel rinconcito—se conocen o *se recorrieron*, que son los únicos de que ese pobre admirador tiene alguna noticia, aunque bien incompleta; pues no conoce a esa misma familia en el gran misterio de la *comunión de los santos*, en la íntima solidaridad y dependencias del cuerpo místico de Jesucristo, en sus relaciones con todas las demás familias religiosas, ni por lo mismo puede ver ni aun sospechar en cuántas cosas convienen y en cuantísimas mutuamente se exceden y se ayudan y se necesitan.

Y así es cómo el terrible *amor propio colectivo* llega tantas veces a obcecar hasta el extremo de asumirse el divino privilegio de *poderator Sanctorum*, y poner los suyos, por ser *suyos*, tan por encima de los demás, que

casi casi harán sombra a los mismos Apóstoles, por no decir a la Santísima Virgen, si es que no los supone también muy especialmente *suyos*.

En prueba de todo lo dicho voy a indicar varios casos: 1.º Fenómenos místicos que tienen relación con otros del mismo orden y con algunos puramente naturales.—2.º Hechos naturales que parecen tener algún parecido con los sobre o preternaturales.—3.º Hechos mixtos, que tienen algo de lo uno y de lo otro—; para que así se pueda ir separando lo *precioso de lo vil*, y se logre por fin reconocer:—4.º lo que es puramente místico y divino, en que para nada debe entrometerse una mano profana.

1.º Hace unos veinte años, me refirió cierto director-espiritual muchos fenómenos maravillosos que se verificaban en un alma extraordinaria, dirigida suya, a la cual tenía en altísimo concepto, como si apenas cupiera ya más en el orden de la santidad.—En prueba de ésta me contó cómo esa alma tenía la dote de ver a largas distancias, y mostrarse a veces de repente a los que la llamaban o imploraban sus oraciones. Los hechos que aducía, unos eran dudosos, otros ciertísimos, tanto que pude luego comprobar con testimonios auténticos que esa alma en su oración había visto y recordaba ciertos hechos acaecidos muy lejos de ella, en otra distinta nación, con más fidelidad que los mismos a quienes habían acaecido, conforme éstos declararon.

Respondí, eso no obstante—y volvería hoy a responder—que esos fenómenos, por ciertos que fueran, por sí solos no bastaban para asegurarle; pues aparte de poder ser preternaturales, o sea diabólicos, podían muy bien realizarse naturalmente como tantísimos otros casos de telepatía que entonces se contaban, y hoy mismo se cuentan y se experimentan; siendo, como es, tan frecuente, al menos en la forma de presentimientos, como los que tantas madres tienen cuando un hijo perece de repente en la guerra. Santo Tomás lo explica diciendo, que entonces el alma, al desprenderse de cuerpo, obra o influye a distancia. Y mientras el caso pueda bien explicarse naturalmente, dice el Santo

Doctor, no se debe recurrir a lo sobrenatural.—Lo mismo podrá hacer una que está absorta en oración.

Más tarde acertó a consultarme directamente esa misma alma.—Procuré ir a lo seguro: al fondo de su oración y a los frutos de vida; y vi claro que aquella trascendía muchísimo sobre todas las formas de la oración ordinaria y la ponía en íntima unión con Dios, de donde espontáneamente resultaban todos los frutos del Espíritu Santo; por lo cual me fué imposible dudar del buen espíritu que la animaba. Preguntada por las visiones a distancia, me dijo que, efectivamente, las tenía a veces, aunque con menos frecuencia, pues procuraba desecharlas como distracciones.—Mi pobre consejo fué apoyarla en ese sentir; para que no les diera ni la menor importancia, como ella misma, por luz superior, comprendía que debía hacer; aunque sin dejar por eso de pedir de un modo especial por quienes así viese que lo necesitaban.

De aquí deduje que, aunque el antecedente era sobrenatural, el fenómeno, supuesto aquel estado psicológico de desprendimiento de lo terreno, podía resultar casi natural, conforme enseña San Juan de la Cruz, que los siervos de Dios así espiritualizados, aparte de lo mucho que ven sobrenaturalmente y que es lo que a su santificación interesa, aguzados sus sentidos ven naturalmente muchas cosas ocultas a los demás.

De donde puede colegirse que aquel director, por confinarse al estudio y conducción de una sola alma—y no entender mucho de ciencias psicológicas—cometía dos yerros que hubieran podido ser funestos si el mismo Dios, con las luces especialísimas que a ella comunicaba, no los hubiera en parte remediado; cuales eran: 1.º tomar por señal segura de sobrenaturalidad lo que era más discutible o realmente más extraño al orden de la santificación personal; y 2.º el darle a ella misma tan excesiva importancia, como si no hubiera otras con quienes compararla, y ante quienes aprendería él a juzgar allí con más acierto, y sin el manifiesto peligro en que estaba de hacerla presumir algún tanto de sí misma, en vez de mantenerla bien firme en la humildad.

2.º De entre los innumerables fenómenos naturales que tienen cierta apariencia de sobre o preternaturales, me contentaré con referir otro que presencié del año 98 al 99 y que por extenso he dado a conocer ya en *La Ciencia Tomista*, con el título de *Alteraciones y reconstitución de una personalidad*.—Trátase de un joven discípulo mío entonces en Física; el cual empezó a tener diariamente grandes ataques histero-epilépticos, que enseguida me hicieron sospechar iría a parar en el llamado *desdoblamiento de la personalidad*. Y efectivamente resultó así, con la particularidad notable de que no presentó solamente dos personalidades, como las de Féllida, estudiadas por el Dr. Azán, ni 5 o 6 más o menos artificiales, como las estudiadas en L. por Buru, sino hasta unas 10 o 12 que en mi *Diario*, ya publicado, podrán verse por extenso. Entre ellas una fué la de quedarse de repente por varios días del todo ciego y como niño, primero de unos cuatro y luego de seis u ocho años, juntando la excitación de los recuerdos de aquella edad con la total pérdida de la memoria, para cuanto le había sucedido posteriormente, excepto lo relativo a un condiscípulo y a mí: por lo cual quería estar siempre con uno de nosotros, pues todos los demás le eran extraños y tenía que ir entrando en relación con ellos por el tacto, como si entonces empezara a tratarlos por primera vez. Pero este sentido lo tenía tan exaltado, que a todos causaba asombro, reconociéndome a mí, sin tocarme, aun desde 4 y más metros de distancia, con sólo extender hacia mí la mano, y distinguiendo por el tacto cualquier pieza de mi vestido, por ejemplo, mi escapulario, aunque estuviera envuelto o retorcido con otros muchos y aunque otro lo llevara puesto. Con esto, ciertas alucinaciones auditivas que empezó a tener, y el verle tocar admirablemente en la filarmónica hasta piezas que no sabía, con presentimientos de cosas distantes en el tiempo o en el espacio, hizo que algunos sospecharan si estaría poseso; cosa que llegó a sus oídos, causándole gran pena y exponiéndole a agravarse.—Por suerte logré tranquilizarle mostrándole era todo enfermedad, que confiaba pasaría pronto, pues no tenía la señal característica de los posesos, que es la *agiofobia*,

o sea horror a las cosas santas, sino al contrario.—En cuanto a lo de la filarmónica, hallé la había manejado mucho de niño, y luego la había dejado por estudiar piano, olvidando así las piezas que con aquélla tocaba, hasta que ahora se le renovó la antigua habilidad junta con los demás recuerdos.

3.º De casos mixtos que tienen—o aparentan tener—algo de natural y algo de no natural, podría citar innumerables, pues abundan sobre manera, y así interesan muchísimo sobre todo a médicos y a sacerdotes que tienen a veces por necesidad que intervenir en ellos. Y ahí es, precisamente, donde más se incurre en el defecto de querer cada cual mirarlo como si todo perteneciera de lleno a su dominio, cuando en gran parte pertenece al de otros; y así no podrá ser bien solucionado sin la intervención de ambos.—Esto cuando no son tan listos, que se pasan, huyendo unos y otros de la quema, o sea absteniéndose de intervenir, quizá por puros respetos humanos; y porque no se rían de ellos, dejan correr el mal.—Tal sucedió, no ha mucho, en un caso aparentemente mixto, aunque a mi juicio, casi o sin casi todo natural, ofrecido en un pueblecito de los más inaccesibles de las montañas de León, a donde hará unos diez años concurrían desde muy lejos a consultar a una famosa *vidente*, a quien hasta en cosas sobrenaturales daban crédito los mismos que se precian de descreídos, y de quien, por unos respetos u otros, procuraban huir tanto los señores curas como los médicos.—Fué el caso que, a consecuencia de un ataque, cierta joven de unos trece años contó haber visto el alma de un hombre muerto allí hacía unos 40 años o más, y de quien quizá no habría oído hablar nunca, diciendo se hallaba en el purgatorio, porque aún no le habían aplicado ciertos sufragios, y dando señas de cosas que en el mismo entierro habían acaecido, y de cuya verdad pudieron luego dar testimonio los poquísimos supervivientes que lo habían presenciado. Examinado el caso por los interesados, hallaron ser cierto el no haberse aplicado dichos sufragios... Con esto se produjo un gran revuelo, y empezó a dar noticias de otros difuntos y sobre todo de

personas ausentes, de quienes se deseaba en vano tenerlas. Sobre esto se contaban maravillas, como las de declarar detalladamente el paradero de tal y cual emigrado a América, diciendo cómo venía ya carta de él; y resultaba todo exacto.—De ahí la fama que llegó a tener y el concurso de visitantes lejanos.—Cuando por primera vez oí hablar del caso, me preguntaron algunos con extrañeza por qué no querían los señores curas examinarlo detenidamente..., pues parecía tener todas las trazas de ser cosa sobrenatural.—Enterado por una persona del mismo pueblecito acerca de la vidente, supe que ésta sostenía que todo era una gracia que Dios quería hacerle, aunque no le duraría sino hasta los dieciocho o veinte años. Por lo demás, su conducta no ofrecía nada de especial, sin haber dado nunca más muestras de piedad que sus compañeras. Que las primeras veces, cuando la consultaban, necesitaba hacer no sé qué esfuerzos para entrar en crisis, y sólo así es como podía ver lo que le preguntaban; pero con el tiempo se acostumbró a verlo con sólo taparse un momento los ojos o poner encima las manos; creyendo dependía todo de atarse los cabellos con una cinta roja.

En vista de esto, no reparé en aplaudir la conducta de los señores curas, diciendo que, a pesar de esas comunicaciones que decía tener hasta con difuntos, y de los detalles con que refería la muerte de Canalejas, describiendo el lugar y dando señas del cadáver y hasta del modo en que decía haber visto su alma, como eso dependía de materialidades como las crisis y la cinta, etcétera, me pareció ver, sí, un hecho maravilloso de vista a distancia, pero que tocaba estudiarlo antes que a nadie a los médicos... y después sería el caso de intervenir, si era menester, los sacerdotes, para examinar sus dichos acerca de los sufragios por los difuntos; en lo cual parece que al fin empezaba como a dogmatizar, aconsejando que fueran en alumbrado y no en respuestas... Pero luego se fué a América, y por allí anda, quedando todo en paz.

En suma, aquí vemos: 1.º Que todo es provocado o procurado naturalmente, viniendo por fin a producirse al propio arbitrio o capricho, a veces por pura curiosi-

dad humana—; mientras las comunicaciones divinas que a esto se parecen, nunca jamás son provocadas por ninguna crisis natural, vienen sólo cuando Dios, por altos fines sobrenaturales, quiere hacer esa gracia; la cual bastaría procurarla o desealarla para que ya no se concediese.—2.º Cuando estas luces vienen del cielo, causan gran humildad y confusión propia, y así el alma trata de ocultarlas cuanto puede, no siendo al propio director a quien sabe que debe dar cuenta de todo, para mejor preservarse de engaños; mientras la vidente mostraba cierta complacencia en su «gracia especial», sin cuidarse mucho de ocultarla ni aún de consultar sobre ella a quienes convenía.—3.º Lo divino en nada depende de las condiciones de salud, tiempos ni otras circunstancias, sino sólo del querer de Dios, que suele mostrarse cuando menos se piensa, y siempre por fines más o menos sobrenaturales; y aquí vemos de cuántas menudencias dependía todo.—4.º Por último, las almas favorecidas de Dios, aunque sí reclaman a veces sufragios por los difuntos, procuran ocultar lo que a éstos desfavorece; mientras ella parecía indicar más de lo que convenía... Y por de pronto, aunque buena, aún no mostraba tener nada de verdadera *mística*, distando mucho del estado de elevación en que viven las almas que en su oración reciben análogas comunicaciones, que a lo sumo, serían efecto de gracias *gratis datas*, como las que tuvo Balán, y no de verdaderas *gracias místicas*.

Otro caso que quiero citar es uno acaecido en París con una persona que, sin suficientes motivos ni precauciones, se hizo hipnotizar, resultando desde luego castigada su curiosidad con unas crisis y torturas terribles, en que le parecía tener siempre ante los ojos a quien la hipnotizó, quedándole en todo subyugada. Para librarla de esa obsesión recurrieron a especialistas que la hipnotizaran en debida forma y le quitaran la sugestión fatídica. Pero siempre salía más agravada en su mal. El cual, por más medios que se emplearon no cedió hasta que se recurrió a los exorcismos de la Iglesia...; resultando posesa en alto grado, y nada menos que por una *legión*... que entró con las imprudencias de la primera escena y con las siguientes fué aumentan-

do...; y que por más que trató de resistir a todo, por fin cedió al imperio del ministro de Dios, quedando la persona definitivamente sana y bien escarmentada.

Quizá alguien, al oír esto, se sonría, por estar acostumbrado a explicar u oír explicar científicamente ciertos casos de supuestas *posesiones*, resultando, según dicen, puro histerismo, lo que parecía obra del espíritu maléfico.—Muy posible es que así haya sucedido no pocas veces y vuelva a suceder, aunque ahora es más de temer suceda todo lo contrario; por lo cual importa mucho estudiar bien las señales que hay para distinguir lo natural de lo diabólico. Porque está hoy como de moda, en los *esprits forts*—capaces de creer a pies juntillas cuanto les dijese la vidente X u otra por el estilo—el no creer en el demonio... Mas aunque de hecho no estamos obligados a dar crédito a los casos de posesión que suelen ordinariamente referirse, es ciertísimo para todo cristiano que existe ese implacable enemigo de las almas, a quienes, por cuantos medios puede, trata de arrastrar a la perdición, sin escarmentar por derrotas, ni por nada, habiendo llegado su temeridad a tentar como tentó al mismo Salvador en el Desierto. Y a cada paso en los Sdos. Evangelios se lee cómo lanzaba El los demonios y cómo éstos clamaban en su presencia estremecidos... Luego vemos allí que trasmitió a los Apóstoles su mismo poder de lanzar los demonios, y los Apóstoles lo dejaron en la Iglesia, donde los Santos Padres y los primeros apologistas, como Tertuliano, se valen de la notoriedad de ese poder para confundir a los gentiles diciendo: «Adoráis a quienes nosotros atormentamos»... Porque, en efecto, era notorio que la simple presencia de un cristiano bastaba a veces para ahuyentar y hacer prorrumpir en lamentos al enemigo. Y hoy mismo, en la China, como no ha mucho escribía un Prelado de allí, abrazan muchos el cristianismo huyendo del mal espíritu, viendo cómo huye de los cristianos. Y así, al hacer a los catecúmenos el exorcismo que manda el Ritual para antes de bautizarlos, los que tienen señales de posesión entran en grandes convulsiones, y al ser bautizados quedan libres del maligno; y lo que es

aún más chocante, muchos que parecían libres de él, entran en la misma convulsión con el exorcismo, que le fuerza a salir: mostrando así el perverso que estaba allí oculto, disimulando y aun aguantando la tortura indecible que le causa cualquier objeto sagrado, para así jugar mejor su partida a traición.

Pues bien, los que de esto entienden y lo estudian a fondo, como M. Saudreau (*Les Faits extraord.*), sostienen que así es como procura estar en los desgraciados cristianos en que logra introducirse, ocultando cuanto puede su acción bajo las apariencias de simples fenómenos naturales, para que se olviden de él y así le dejen hacer la suya, mientras ellos pasan fácilmente por «hombres de ciencia», porque... hablan hasta de lo que no entienden.

Mas quien tenga el ministerio de dirigir almas un poco elevadas, no tardará en comprobar la verdad de cuanto a una dicen los Maestros de espíritu acerca de las astucias del Maligno y de los desesperados esfuerzos que hace, aun visiblemente y expuesto a llevarse algún malísimo rato, para apartar a esas almas, si pudiese, de los caminos por donde Dios las lleva.—Basta leer sobre eso un poquito a Sta. Teresa o a cualquier otro Maestro.

4.º Vengamos ahora a los hechos puramente místicos o divinos. De éstos citaré, ante todo, uno muy notable observado por eminencias médicas y teológicas de Bélgica y de Francia y otros países por los años 68 y 69: es el ofrecido por Luisa Lateau, de Bois-d' Haine, estudiado concienzudamente por muchos médicos de Lovaina, entre ellos el Dr. Lefebvre, y por el Dr. Imbert, profesor de Medicina en Clermont-Ferrand, y que ampliamente lo describe como testigo en su interesante libro *Les Stigmatisées*.

Era Luisa una jovencita piadosa que en nada especial se había distinguido exteriormente hasta el año 1866 en que, siendo de unos quince años, mostró un heroísmo asombroso en asistir a los apestados cuando todos huían de la invasión del cólera, salvando a unos con su abnegación y llevando en sus hombros a enterrar los cadáveres de otros. Luego empezó a comulgar diaria-

mente, y el 24 de Abril del 68, sin saber lo que era la *estigmatización*, se encontró con una llaga en el costado y otra en el pie izquierdo, que al día siguiente desaparecieron. El fenómeno empezó a repetirse todos los viernes, durante los cuales, por bien ocupada y atenta o entretenida que la tuvieran, a cierta hora quedaba fuera de sí, insensible a todo lo exterior, e iba mostrando en su cara y en toda su postura cómo recorría toda la serie de los tormentos de N. S. en su pasión.—La cosa se hizo pública, hablaron mucho los periódicos, y no en el mejor sentido; lo que obligó al Obispo diocesano a nombrar una Comisión competente que estudiara el caso con la madurez posible; y ésa estaba formada por su Vicario general, dos sabios Religiosos, un Profesor de Medicina en Lovaina (al cual luego se asociaron otros varios) y el mismo Ministro de Estado; los cuales, durante once meses, acudían todos los viernes a presenciar el maravilloso fenómeno, que no pudieron menos de reconocer sobrenatural en todo:—1.º Las llagas se producían en pies, manos y costado, y también en el dorso y en la frente, poco a poco desde mediados de semana, aunque tomaran todas las precauciones,—como las de ponerle guantes sellados—, y después de derramar mucha sangre, cerraban espontáneamente, con tal que no se les pusiera remedio ninguno, que en ese caso perseveraban. Procuraron producirle con cáusticos otras llagas parecidas, pero resultaban muy distintas y muy superficiales, y luego exigían su curación paulatina.—2.º Desde entonces mostró una abstinencia portentosa, viviendo casi o sin casi de sola la comunión diaria, con la cual recobraba sus fuerzas para trabajar como una persona robusta. Si por obediencia la hacían tomar algo, aunque fuera una simple hostia por consagrar, en seguida empezaba a arrojarla con grandes violencias.—3.º Mostraba muchas veces penetrar los secretos de los corazones, y mientras quedaba fuera de sí en éxtasis o raptó, recibía grandes luces acerca de los divinos misterios, y percibía admirablemente todas las influencias sobrenaturales; al paso que permanecía del todo insensible a lo natural, como si para ella no existieran más realidades que las tan aborrecidas del natu-

ralismo.—Por más que la llamara su madre—a quien tan obediente era en vigilia—, permanecía insensible; pero a la menor indicación de su señor Cura, aunque fuera de muy lejos y muy bajo, volvía en sí mostrándose pronta a hacer cuanto se le mandara. Pero al dejarla, volvía a quedar en raptó y continuar la serie de la Pasión hasta terminar y despertar ella sola. Lo mismo hacía ante los llamamientos del propio Obispo de quienes de él tuvieran delegación especial, aunque fueran seglares, mientras duraba la delegación; pero no una vez retractada, aunque el delegado creyera seguir con ella.—Si le presentaban una reliquia, aunque fuese de algún siervo de Dios no beatificado, como por ejemplo de la V. Agreda, se sonría con satisfacción, pronta a besarla o cogerla si se la acercaban. Lo mismo hacía con los objetos benditos, aunque tuvieran forma profana, como un anillo, por ejemplo, mientras se mostraba del todo insensible para los no benditos, aunque fueran imágenes sagradas. Un sacerdote en traje láico le presenta un crucifijo por bendecir, y no le hizo impresión; se vuelve de espalda y con su mano consagrada traza sobre el mismo objeto la señal de la cruz, y al acercárselo ahora muestra ella su sonrisa característica. Lo cual obliga a exclamar a los presentes: *¡Ved qué realidad tan grande es la bendición sacerdotal, de que tan poco caso se hace!...* Le acerca un seglar la mano, y se muestra insensible; se la acerca un sacerdote, y se llena de gozo. Cuando un sacerdote la bendice, muestra gran satisfacción, sintiendo como una influencia del cielo. Cuando cerca de ella rezan, aunque sea en lengua extraña, ella acompaña con la expresión correspondiente a los misterios de que se trata; y si en el mismo tono de orar prosiguen leyendo cosas profanas o las mismas rúbricas del Breviario, cesa esa expresión y se muestra insensible...

Estos hechos impresionaron tanto al librepensador Doctor Delcroix, que al fin se convirtió.

Pero he aquí el colmo de la maravilla:

Un día, viniendo el señor Cura de dar el Viático y la Extremaunción a un enfermo, le quiso mostrar la cajita de los santos Oleos, para ver qué reverencia les ha-

cía.—Hallábase ella en la crucifixión, como *clavada en tierra*; y al sentir de lejos al sacerdote que venía, pónese como por encanto de rodillas y en esa forma iba arrastrándose hacia él como atraída del más poderoso imán. Sospechando un Obispo que allí estaba presente, que en la cajita donde había sido llevada la Sagrada Forma quedase alguna partícula, por más que el señor Cura sostenía que no, separaron esa cajita de la de los Oleos, con la cual venía, y ante esta última, mostróse más sensible, sí, y de mucho más lejos que ante los otros objetos sagrados, pero sólo desde cosa de medio metro de distancia, y sin reverencia especial; preséntanle la otra sola, y vuelve a ser atraída de lejos como antes... Van a la Iglesia, se pone el mismo Obispo la estola para abrir la cajita y se encuentra con una partícula de algunos milímetros, que el señor cura no había visto... Purificaron bien la caja, y en vez de aquella partícula pusieron otra por consagrar, para ver si le causaba la misma impresión, percibiéndola, como alguien suponía, a través del metal y figurándose estaría consagrada... Pero entonces la caja no le hizo ni la menor impresión, como si no existiera...

Tales fenómenos fueron presenciados por eminentes profesores de Medicina de la Universidad de Lovaina, que tuvieron que ceder a la evidencia.

CONCLUSIÓN: *Luisa es un maravilloso estesiómetro de lo sobrenatural, única realidad que para ella, durante sus éxtasis, existe.*

Este hecho es realmente muy extraordinario y no es fácil que a nuestra vista se repita.—Pero hay otros, si no ordinarios, al menos bastante frecuentes para que a lo mejor tengan que presenciarlos o intervenir en ellos cualquier sacerdote o médico; y se verán muy expuestos a errar lastimosamente si de ello no tienen ciertas noticias que les obliguen, por lo menos, a andar con precaución...

Ocurre más de una vez entre personas verdaderamente devotas, y sobre todo entre religiosas muy dadas a la oración, que en ésta, y muy particularmente después de comulgar, alguna de ellas venga a quedar des-

vanecida y caerse en tierra como muerta, causando a veces no poca alarma en las demás, que creerán un deber llamar al confesor y al médico... Si es muy débil y no tan fervorosa y edificante, razón sobrada hay para suponer que todo ello sea flaqueza natural, y necesita algún remedio humano.—Pero a lo mejor, donde menos se piensa, harás a veces sentir el poder divino hiriendo a un alma con místicos dardos que la hagan languidecer y aun desfallecer de amor; y entonces sólo podrá ser remediada por esa misma mano que la hirió, y cuanto hagan por aliviarla le hará no poco daño: por lo cual el Amador divino conjura hasta por tres veces a las inquietas y curiosas hijas de Jerusalén para *que no despierten ni hagan velar a la amada hasta que ella quiera.* (Cant. 2, 7: 3, 5: 8, 4). Y quienes tan seria admonición menosprecien, de seguro que habrán de pagar con el merecido castigo, que no será pequeño según es lo mucho que dañan.

Si tratan de hacerla volver en sí cuando aún no ha perdido del todo el uso de los sentidos, causaránle un martirio intolerable con cuanto le digan y hagan; lo cual, por de pronto, es una solemne grosería con que se entrometen donde no deben y tratan de impedir la misteriosa obra de Dios, o hacer que el alma no atienda a lo que tanto la interesa que así la deja absorta.—Y por eso ella, sin poder apenas defenderse por haber perdido casi el movimiento, sufre lo indecible de verse así inquietada y de que no la dejan *a solas con Dios solo...* Por lo cual, si aún puede responder a preguntas impertinentes, dirá, para disimular, que aquello no es nada (de lo que suponen), que la dejen en paz, que pronto le pasa ese *desmayo...* Y si del todo perdió el uso de los sentidos, y queda rígida, fría y como muerta, por más que entonces no sienta nada, aunque le claven una aguja, todo cuanto le hagan le perjudica tanto, que al volver en sí hallaráse toda lastimada y dolorida, hasta el punto de que a veces, por muchos días, apenas puede moverse; mientras que si la dejan en paz con su Dios, al cabo de media hora o una irá poco a poco volviendo en sí y, recobrado el calor y movimiento, una vez restablecida la circulación, se encontrará en todos senti-

dos muy confortada y dispuesta para todo, tanto que aun hallándose antes enferma, se la verá ahora como del todo sana o con notable mejoría.—Cosa muy capaz de desconcertar a los médicos, que suponiendo natural el desvanecimiento, vendrían a hacerla volver en sí—cuando no a certificar la defunción—, y la encuentran tan sana y entregada a sus ocupaciones como si nada hubiera ocurrido... Y sin que le quede ni la menor señal.

Esto en cuanto a lo material, que en lo espiritual es indecible el provecho que de ahí habrá sacado para toda su vida, bastando a veces una de estas comunicaciones para trocar a un alma y de principiante hacerla casi consumada en la virtud y llena de luces y ardores divinos. Por donde se comprenderá mejor el gravísimo mal que se hacía en tratarle de impedir tales favores.

Pero a veces la misma persona que sufre esas *languideces de amor*, en que así desfallece unos momentos para recobrar en todo nuevo vigor y vida, puede también padecer enfermedades, sobre todo del corazón, que, como a cualquier otro, le harán sufrir sus consecuencias de síncope o desvanecimientos que reclamen pronto auxilios... Y en este caso especialísimo, de no haber por allí quien entienda de ambas suertes de dolencias, muy de temer es que se comentan lamentables desaciertos, queriendo ofrecer, cuando perjudican, los mismos auxilios que se descuidaron cuando eran bien necesarios. Pero si hay quien entienda o que al menos tenga el *sentido cristiano* bastante despierto y ejercitado para poder reconocer las obras de Dios, en la misma expresión del rostro podrá luego advertir si hay allí algo de divino que se debe respetar y mantener oculto, o si es una simple dolencia natural que pide humanos remedios.

Si la cosa es de Dios, repetimos, lo mejor que puede hacerse es dejar al alma del todo en paz con El, sin entrometerse para nada en cosas que piden tanta reserva y tanto respeto; o bien, si llama demasiado la atención, llevarla con todo cuidado a la cama, como llevaban a Gemma Galgani, y cerrar de modo que nadie vaya por allí a curiosear; que de ese mal no muere si con impertinencias no la matan. Y dejándola, no tar-

dará ella misma en volver en sí y levantarse tan pronto como pueda para ir a sus quehaceres y ocuparse en todo como si no tuviera más que pensar, aunque por mucho tiempo lo mejor del alma quede absorto en la obra maravillosa que Dios hizo en ella. Pues nunca menos ociosa ni más provechosamente ocupada que en aquel dulce *sueño*... Allí, en efecto, le tenía N. S. toda absorta en cosas de sumo interés para su divino servicio y utilidad de los prójimos; como son, desde luego, tantas misiones importantísimas como a veces en estado de raptó, mientras así queda el cuerpo como muerto e insensible, les confía a grandes distancias, cuando no en aplacar su justa ira y corresponder a su amor con excesos de amor, mientras por otra parte reciben luces y fuerzas y habilidad para todo...

De ahí que, aun los mismos ministros del Señor, a quienes está confiada—y a cuyo imperio puede volver en sí mientras tan insensible se muestra a la voz de los demás—, harán muy mal en usar de ese poder sin gravísimos motivos que de algún modo compensen tales y tantos daños. Pues por de pronto, al tratar de responder y moverse, en la situación en que se hallan antes de recobrar el calor, o restablecerse la circulación, tienen que hacerse tal violencia, que a veces hasta arrojarán por la boca mucha sangre... Y sin comparación, mayor habrá de ser el daño que la intromisión de un profano causará.

También en ese y otros estados puede sucederles, como a Luisa Lateau y a tantos otros, que quiera Dios pasen días y aun temporadas largas sin otro alimento que la Sagrada Eucaristía y la fidelidad en cumplir su divino beneplácito.—Con esto recibirán fuerzas para trabajar como cualquier otro. Mas si no comulgan, desfallen con ansias de amor; y si cometen alguna infidelidad, luego empiezan a sentir hambre y necesitan ya de algún alimento corporal, que entonces no les hará daño, mientras que si, obligadas, lo tomaran cuando Dios—para mostrar que *no en sólo pan vive el hombre*—dispone que pasen sin él, sufrirían gravísimas torturas hasta arrojarlo con gran detrimento de la misma salud corporal...

Así, pues, aunque entonces, sin poder alimentarse,

muestren languidecer, sus desmayos son *languideces de amor* que sólo el Médico divino puede y sabe curar; y mientras no conste que el mal es natural, nadie más intente curarlo...

Y tal es la principal *aplicación* que de todo lo dicho conviene sacar; que no se olviden las palabras que Nuestro Señor dijo hablando de Lázaro: *Esta enfermedad no es de muerte, sino para manifestar la obra de Dios...* Que podrá a veces cualquier médico topar con casos parecidos, sobre todo tratando a personas sólidamente piadosas; y así cuando vean o sospechen que anda de por medio la mano de Dios, miren bien cómo ponen allí la suya, no sea que en vez de aliviar, causen daños tales como no podían imaginarse, y por su temeridad incurran en la indignación divina.

Por esto importa mucho indicar las *señales para distinguir lo sobrenatural*.—En los éxtasis de los siervos de Dios, aparte de no ser nunca voluntarios o procurados por ellos, sino producidos según el divino agrado:—1.º Aunque ellos se caigan violentamente en el suelo, y aun entre el fuego, como cayó Santa Catalina de Sena, nunca se hacen daño, si otros no se lo hacen; y los movimientos convulsivos que a veces puede haber son con una modestia tal, que siempre dejan en postura decente y edificante, como si una mano angélica cuidara de todo; mientras en los desvanecimientos del orden natural nada de esto se observa.—2.º En éstos la crisis sigue su curso hasta resolverse espontáneamente o con ayuda de medicamentos; en los divinos, todo medicamento y toda intervención profana hace daño, y aunque el alma no oiga nada (que a veces sí oye como de lejos, y ve con gran pena que alguien la observa, aunque no puede moverse ni impedirlo), vuelve en sí al imperio, a veces puramente mental, de quien tenga autoridad espiritual sobre ella, permaneciendo insensible al cesar esa autoridad, aunque el alma no lo sepa.—3.º Que durante éstos recibe grandes luces o grandes incendios de amor, que duran e influyen en cambios maravillosos; mientras en los naturales nada se experimenta o por lo menos nada se recuerda.—4.º Que de éstos sale con

daño y cada vez, podemos decir, más embrutecida y con estigmas que lo declaran: mientras en los divinos sale en todo mejorada y como endiosada.— 5.º En éstos las mismas heridas de amor y las llagas dolorosísimas que a veces se producen, dan vida y alientos; mientras en los otros todo deja más abatido al sujeto; y cuando las comunicaciones son en forma de luces repentinas que hacen salir al alma de sí produciéndole un *raptó*, la dejan como transfigurada con una expresión celestial en que se traduce algo de lo que adentro se obra, quedando a veces largo tiempo en la misma postura, cuando no—según acaece en la *levitación*—levantado el cuerpo en el aire, ligero como una pluma que se va moviendo de un soplo, ora siendo llevada el alma a grandísimas distancias y como a otros mundos, *sive in corpore, sive extra corpus...* (con el cuerpo o sin él), donde ve y a veces obra maravillas... como sucede en los llamados *vuelos del espíritu...*

Y he aquí la causa verdadera de la *bilocación* tan conocida en muchos Santos, como S. Nicolás de Mira, S. Antonio de Padua, S. Vicente Ferrer, S. Francisco Javier, Sta. Catalina de Riccis, la B. Catalina de Ragoniggi, la V. Martina de los Angeles, la V. Oloriz, el B. Martín de Porres—que estando en Lima, aparecía de repente en las mazmorras del Africa para consolar o libertar a nuestros cautivos—; con S. Ligorio, que asistió así a Clemente XIV en su agonía; con la V. Agreda, que mientras su cuerpo, después de comulgar, permanecía horas enteras en el aire, era vista en el Nuevo Méjico predicando a los Indios y obrando maravillosas conversiones: hechos que lograron comprobarse con la mayor escrupulosidad. Cosa análoga sucedió aquí en Salamanca con la V. Ana M.<sup>a</sup> de Jesús, abadesa que fué de las Franciscas descalzas, que según ella misma refirió poco antes de morir, era así llevada al Japón a ayudar a los Misioneros... Y pasó recientemente con asombro de todos y silencio absoluto de los amantes, que se dicen, de la ciencia, pero enemigos declarados de la luz, en la guerra de Africa, con la famosa Cantinera admirable de que nos habla Alarcón, que por encanto aparecía aun entre lo más recio de las ba-

tallas, donde menos se pensaba, refrescando los labios y confortando el alma de nuestros heridos, que con sólo verla aparecer recobraban vida... Al mismo tiempo una oscura monja de Toledo, Sor Cándida de S. Agustín, daba cuenta a sus Directores de las excursiones que con ese motivo hacía en espíritu, y de los percances ocurridos allí, y en la guerra de Crimea, donde así y todo recibió una herida que, por repercusión, hubo que curarle en una pierna... Y hasta refiere cómo le proporcionaba S. José aquellos tan salutíferos y deliciosos refrescos que ella con tanta caridad repartía cuándo en un lado y cuándo en otro por todo el campo de batalla...

Y como el brazo de Dios no está acortado, este fenómeno—que pasó con el profeta Habacub, llevado a asistir a Daniel en el Lago de los Leones; y con el diácono San Felipe, cuando fué trasladado al camino de Gaza para convertir y bautizar a un gentil... pasa también en nuestros días.

No faltan hoy mismo quienes así son llevados por Dios a grandes distancias a desempeñar importantísimas misiones, como por ejemplo, instruir y animar a los infieles y ayudar a los misioneros; o bien a practicar alguna urgentísima obra corporal de misericordia, como dar pan a un necesitado, o curar a un herido abandonado en la guerra, asistir a un moribundo o apartar a otros del borde del abismo... Y a la vez reciben luces portentosas con que se les muestran los más inefables misterios de Cristo y de la Iglesia, y las necesidades de las almas, y el celo o descuido de los ministros de Dios, y todo lo que sería menester para remediar los males que así se les muestran, etc., etc.

Y por estas luces asombrosas y los bienes producidos, y el modo como el alma se siente llevada o ilustrada por Dios, se distinguen profundamente las bilocaciones divinas, de los parecidos fenómenos de *telepatía*... Si bien *algunos de éstos puedan tener*, como dije al principio, *algo de humano en sí, aunque el antecedente sea divino*.—E interesa mucho, aun en esto, distinguir bien lo precioso de lo vil, y no confundir nunca lo natural con lo sobrenatural.

## CAPÍTULO IX

---

### **Ideal que se ha de proponer en la formación de los Seminaristas y, en general, de los futuros conductores de almas (1).**

Secundum Eum qui vocavit vos Sanctum, et ipsi in omni conversatione vestra sancti sitis (I Petr. 1, 16).

#### **I.—Alteza de su vocación.**

Un Seminarista es un aspirante al Sacerdocio que, encerrado en el Seminario como en otro Cenáculo, está disponiéndose con la oración, el estudio y el estímulo de sus fervorosos compañeros y el ejemplo y consejo de sus maestros, para recibir la virtud de lo alto (*Act.* 1, 8), y así poder ser algún día, a imitación de los primeros discípulos, fiel testigo de la obra maravillosa del Salvador, cuyo nombre ha de anunciar, con cuyo poder ha de obrar, y a quien habrá de representar de tal modo que todos puedan mirarlo como a digno ministro y delegado y vicegerente suyo (*I Cor.* 4, 1; *2 Cor.* 5, 20); como a plenipotenciario de Cristo (*II Cor.* 5, 20); enviado por El al modo como El mismo lo fué por su Eterno Padre (*Joan.* 20, 21).

Por tanto, si todos los fieles cristianos, por el mero hecho de poder llamarse y ser en verdad hijos de Dios (*I Joan.* 3, 1), para proceder como tales han de quedar en todo poseídos y conducidos del Divino Espíritu que los vivifica (*Gal.* 5, 25); pues como dice el Apóstol

(1) Cf. *Vida Sobrenatural*, Noviembre, 1924.—Memoria presentada en la «Semana Ascética» de Valladolid, celebrada en conmemoración del Tercer Centenario del V. P. Luis de la Puente, S. J.

(Rom. 8, 14): Los que así son conducidos del Espíritu de Dios son los que muestran ser sus verdaderos hijos; y si todos deben, por lo mismo, con la luz de sus buenas obras, alumbrar y ganar los corazones de los hombres de modo que glorifiquen al Padre Celestial (Mt. 5, 16); ¿cuáles habrán de ser quienes entre ellos han de resplandecer como maestros y guías y modelos?—Si todos deben procurar «portarse dignamente, complaciendo a Dios en todo, fructificando en toda suerte de obras buenas y creciendo en ciencia divina—, para vivir *lentos de toda sabiduría y entendimiento espiritual*», según se dice a los Colosenses (I, 9-10); ¿cuál deberá ser el encargado de formarlos en Cristo y que con frecuencia tendrá que decir a muchos con maternales entrañas, como el mismo Apóstol a los Gálatas (4, 19): «*Hijos míos, a quienes de nuevo estoy dando a luz hasta que se forme Cristo en vosotros...*»—«*Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo*» (I Cor. 4, 16; 11, 1). «*Mirad que ejercemos una legación divina, como si Dios mismo fuera el que por nuestra boca os exhorta*» (2 Cor. 5, 20).—Pues efectivamente ha dicho el mismo Verbo Divino (Lc. X, 16): «*El que a vosotros oye a Mí me oye*».

En suma, si todo cristiano debe procurar ser como otro Cristo—según la conocida sentencia: *Christianus alter Christus*—pues está llamado a continuar la obra del Salvador y completar de algún modo, «lo que falta en su pasión para bien de la Iglesia» (Col. 1, 24), debiendo todos vivir «como hijos de la luz, cuyos frutos son en toda bondad, justicia y verdad» (Eph. 5, 8-9); ¿cuál tendrá que ser el que entre ellos debe figurar no sólo como pastor y conductor, sino como verdadero Padre espiritual que los regenere y reforme para que lleguen a ser y parecer verdaderos y fieles hijos de Dios y, por tanto, *dioses* por participación?—«Un sacerdote, dice S. Gregorio Nacianceno (*Orat. Apolog.*), es un dios formador de dioses: *Deus deos efficiens!*... ¡No sé qué más pueda encarecerse nuestra altísima dignidad...!

Y tal es el sublime e incomparable ideal a que debe por necesidad aspirar el seminarista—y lo mismo el religioso corista—, y que, por lo tanto, se han de propo-

ner y deben *oportune et importune* proponerles e inculcarles por todos los medios posibles, cuantos tengan que intervenir en su formación.

Para ésta no bastan, pues, los métodos puramente *ascéticos*, por buenos y aun necesarios que de suyo sean, si no se procura completarlos y vivificarlos con grandes y fervientes aspiraciones e introversiones místicas, de que han de recibir el espíritu, para no ser formulismo muerto, todas las prácticas ordinarias, sabiendo que la *letra mata, mientras el espíritu vivifica* (2 Cor. 3, 6); ya que «*la carne*—o sea todo lo que es fruto de la humana industria o prudencia—*de nada aprovecha*», si no está bien informada del espíritu interior, que es verdaderamente «*el que vivifica*» (Joan. 6, 64).

Así hay que enseñarles a despojarse del hombre viejo y vestirse del nuevo creado según Dios en verdadera justicia y santidad (Eph. 4, 22-23), diciéndoles con el Apóstol (ib. 23, 30): *Renováos en el espíritu de vuestra mente... Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, en el cual estáis sellados para el día de la redención*. Sin inculcarles esta doctrina fundamental y procurar muy de veras irles infundiendo desde un principio este espíritu renovador y santificador, y hacer que ellos con la mayor sinceridad y pureza de intención lo aspiren de continuo y con ardientes deseos, para que vivifique todos sus actos, poco se logrará; pues sin procurar muy de veras vivir del Espíritu de J. C. y proceder en todo según El (Gal. 5, 25), andando de continuo en la divina presencia para *servir al Señor en la novedad del espíritu... y sentir las cosas del espíritu* y no las mundanas (Rom. 7, 6; 8, 5), no se podrán evitar las continuas infiltraciones de la prudencia carnal o humana, que busca en todo las propias conveniencias más que las de J. C. (Phil. 2, 21): y así todas las más hermosas prácticas y todos los procedimientos, por buenos que de suyo sean, pararán en formulismos rutinarios y apenas servirán más que para fabricar vistosos manequés o figurines, que, por bien que parezcan y luzcan y hablen, no edifican gran cosa; porque todavía reina en ellos el amor propio que disimuladamente les hace buscar el

*figurar*, más bien que el *hacerse todo para todos*, a fin de ganarlos a todos (I Cor. 9, 22), conforme pide esa *caridad de Cristo* que a sus dignos ministros les *urge* (2 Cor. 5, 14) a sacrificarse en todo por la gloria de su Señor y el bien de las almas. Y así es como verdaderamente *edifica*, mientras, sin ella, «la ciencia»..., y cuanto con ésta y al simple modo de ésta se aprende, siempre vemos que de un modo o de otro *hincha* (I Cor. 8, 1).

Han de ser algún día «*sal de la tierra y luz del mundo*» (Mt. 5, 13).—Como *sal*, han de condimentar los corazones con saludables ejemplos y santa vida, ganándolos y preservándolos de la corrupción mundana con el *buen olor de Cristo* (2 Cor. 2, 15), único «olor de vida» que todos deberían respirar y exhalar...—Como *luces* o *lumbreras*, han de estar muy inflamados en divino amor, antes de que puedan resplandecer con esa verdadera *luz de vida*, con que resplandecen, desechadas las obras de las tinieblas y vestidas las armas de la luz (Rom. 13, 12), los que de veras siguen a Cristo (Joan. 8, 12).—Han de ser, a imitación del Santo Precursor (Joan. 5, 35): *Lucerna ardens et lucens*.—Y así, advierte Sto. Tomás (in h. l.), que primero ha de ser la vida que la doctrina, pues la *lumbera* espiritual no luce sin estar antes inflamada en fuego de caridad; «*quia per ardorem charitatis datur cognitio veritatis*».

Para ellos, según la expresión famosa del doctor Melifluo, el mismo arder es poco, pues de los labios del sacerdote han de reclamar todos luminosa ciencia (Malac. 2, 7), y el sólo lucir, vano; y así necesitan «*ardere y lucir*»: «*Est tantum lucere vanum; tantum ardere, parum; lucere et ardere, perfectum*» (Serm. de S. Joan. Bapt.)

Tales deben ser, pues, los pastores de almas, aventajados a la vez en la contemplación y en la acción, como maestros de una y otra, según enseña con S. Gregorio M. el Doctor Angélico (3 Sent. d. 35, q. 1, a. 1, ad 5; a. 3, sol. 3; 2-2, q. 182, a. 1, ad 1), para saberlo todo por propia experiencia, servir a todos de modelo, y poder comunicar a los demás lo que ellos han contemplado.

Sólo así es como podrán ser buenos Padres y Direc-

tores espirituales, capaces de formar y conducir con acierto a las almas sedientas de verdad y justicia, que necesiten tomarlos por guías, y no ser para ninguna— como con una formación defectuosa tantas veces se exponen a ser, tristes «ciegos conductores de ciegos, que caen y hacen caer en abismos» (Mt. 15, 14).—Lejos de eso deben saber acomodarse a la capacidad de todos, dando a los pequeñuelos la leche de los primeros rudimentos de la doctrina espiritual (I Cor. 3, 1), y a los más adelantados, el «pan de inteligencia», junto con el de vida, apagando en todos su sed de justicia con el «agua de la sabiduría saludable» (Eccli. 15, 3). Pues según va adelantando un alma, dice Sto. Tomás (in Hebr. 5, 14), se le debe proporcionar un alimento cada vez más sólido, conforme decía el Apóstol (ib. et. I Cor. 2, 6, 13), que entre los perfectos, como capaces ya de entender los grandes misterios de la vida espiritual, empleaba el lenguaje de la mística sabiduría, para ofrecerles un alimento proporcionado.

## II.—Gravísimos daños seguidos de una formación defectuosa.

Por falta de esa preparación suelen ser tantos desgraciadamente, los que, en vez de cultivar, *destruyen la viña del Señor* (Jerem. 12, 10), y no hay quien reparta pan a los pequeñuelos (Thren. 4, 14), que empiezan a sentir hambre de él, a la vez que sed del místico vino mezclado que la Sabiduría les ofrece para que salgan ya de esa infancia, o estado de principiantes, y entren por las hermosas vías de la prudencia del espíritu (Prov. 9, 4-6).

Gravísimos y trascendentales suelen ser los yerros que en este punto con increíble frecuencia se cometen, según repetidas veces lamenta S. Juan de la Cruz (*Llama, canc. 3, v. 3*), diciendo entre otras cosas (§ 8) que, con ser este daño más grave y grande que cuanto se puede encarecer, «es tan común y frecuente, que apenas se hallará un maestro espiritual que no lo haga»... Y nadie tiene disculpa, añade (ib., v 4, § 12),

por más que muchos «por ventura yerran con buen celo». Pues como «se aventura casi infinita ganancia en acertar, y casi infinita pérdida en errar»—nadie «pasará sin castigo, según el daño que hizo»—«estando obligado a acertar, como cada uno lo está en su oficio».

Y si en vista de esta tremenda responsabilidad se les inculcara la necesidad de implorar con ardor la luz divina infusa que supla las deficiencias de la adquirida, y de consultar en los casos mas árdulos a maestros acreditados o remitir a ellos las almas, según el mismo Santo y el V. Bartolomé de los Mártires recomiendan, a buen seguro que se evitarían muchos de esos daños y se lograría el deseado acierto y aun el don de acertar; pues el Padre de las luces, según promete Santiago (1, 5), las derramaría en abundancia, y con su auxilio todos, «si son muros, quedarían guarnecidos con almenas de plata; y si puertas, con tablas de cedro», según se dice en los Cantares (8, 9).

Así todos, añade el V. Arzobispo de Braga e ilustre Dominicó citado, Fr. Bartolomé de los Mártires (*Comp. Mysticae Doctrinae*, c. 26), aunque todavía no tengan experiencia propia, confortados con la gracia ministerial, y ayudados de la oración, y de la atenta y respetuosa lectura de los místicos, teniendo sinceros deseos de aprovechar, lograrán irse asimilando la experiencia ajena, sintiendo cada vez mejor la verdad de eso que leen; con lo cual se irán avivando y despabilando sus sentidos espirituales lo suficiente para conocer los caminos del Señor, tan distintos de los de los hombres (Is. 55, 8-9), y las diversas condiciones de las almas que les estén confiadas, y así poder dirigir las a todas y cada una por donde Dios las llama y del modo que El quiera llevarlas. Y luego con esa misma lectura santa, y la práctica de la dirección y el consiguiente trato de almas fervorosas, irán aficionándose ellos mismos a una vida cada vez más interior, más pura, santa y abnegada; y así disponiéndose para recibir ellos también las comunicaciones divinas, y conocer esos inefables misterios por propia experiencia: con lo cual llegarán por fin a ser maestros consumados. Entonces sí que serán ciertamente «hombres de Dios perfectos, bien instruidos y

dispuestos para toda obra buena» (2 Tim. 3, 17), y por tanto para trabajar con acierto a fin de que «toda suerte de hombres lleguen a ser perfectos en Cristo», conforme encarga el Apóstol (Col. 1, 28).

Mas «no podrá uno ser perfecto, advierte Sto. Tomás (in 2 Tim. 3, 17), sin ser verdaderamente «*hombre de Dios*»—y como tal poseído del Divino Espíritu y por El instruído y «dispuesto para toda obra buena, aun para las de supererogación» (1).

### III.—Cuánto importa levantar los corazones.

Si con estas sublimes miras emprenden los seminaristas su carrera, y teniéndolas siempre muy presentes se animan y reaniman a seguirla varonilmente, como hicieron todos los que desde un principio se mostraron dignos ministros del Señor,—confiando, a imitación de ellos, en que todo se puede con la gracia que Dios no niega a los que de corazón se la pidan—, bien pronto llegarán a grandes alturas, muy superiores a cuanto pudieran soñar; pues como enseña Santa Teresa (Vida, c. 13), gusta Dios de almas generosas y animosas, con tal que todo lo fíen de El, y desconfíen de sí mismas: a esas nunca deja El de subirlas a lo muy alto, mientras las apocadas, por bien que se disfracen con capa de humildad, siempre quedan muy rastreras—. Conforme advertía el Doctor Melífluo: Es Dios engrandecido en nosotros, cuando nuestro corazón se eleva con esas altísimas y santas aspiraciones: *Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus* (Ps. 63, 8).

Lo que para eso más necesitan es procurar mucha pureza de corazón, velando sobre sí mismos para ahogar todo afecto desordenado, a fin de estar así dispuestos para sentir y muy prontos a seguir las mociones e inspiraciones del Espíritu Santo; a Quien, por otra parte, han de invocar de continuo con ardientes deseos,

(1) «Sanctitas una nos efficit quales vocatio divina exposcit: homines videlicet mundo crucifixos..., in novitate vitae ambulantes... qui unice in coelestia tendunt et alios eodem adducere omni ope contendunt».—Pío X, *Exhortatio ad Cler.* 4 Aug. 1908.

sabiendo que sin El nada podemos, ni aun decir Jesús. Y por lo mismo debemos procurar atraerlo con frecuentes aspiraciones, o con todas nuestras respiraciones, según dice el Salmista (Ps. 118, 131): *Os meum aperui, et attraxi Spiritum...* para que «nos conduzca—como condujo al Justo (Sap. X, 10), *por las vías rectas, nos muestre el reino de Dios y nos dé la ciencia de los santos.* Así es como les irá sugiriendo toda verdad (Joan. 14, 26; 16, 13), y les enseñará a cumplir en todo el divino beneplácito, dándoselo a conocer como por cierto gusto espiritual, conforme decía el Apóstol (*Eph. 5, 10*): «*probantes quid sit beneplacitum Deo*».—lo cual lograrán si procuran «proceder como hijos de la luz» (ib. 8).

Para esto, según encarga el mismo Apóstol (Rom. 12, 1-2), han de esmerarse por vivir muy mortificados en todo, ofreciéndose a Dios, en unión con Jesús, «como hostias vivas y santas víctimas de amor, no conformándose a este siglo,—ni a los modos y procederes humanos,—sino reformándose en la novedad del sentido para probar—por experiencia o gusto espiritual, propio del don de sabiduría—cuál sea la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta».

He ahí en compendio todo el camino espiritual con sus tres fases o *vías*, propias de *principiantes*, que procuran el *bien* huyendo del mal;—*aprovechados*; que no contentos con eso, procuran ya buscar en todo lo *más grato a Dios*;—y *perfectos*, que se sienten tan poseídos del divino Espíritu que ya *Dios reina y se glorifica en ellos*, pues su vivir es Cristo, y sólo sienten lo que El siente (Phil. 2, 5); por tener ya en todo bien ejercitados y despiertos sus místicos *sentidos espirituales* para discernir siempre o casi siempre lo que realmente es *mejor a los ojos de Dios*.

Y en esto consiste, dice Sto. Tomás con el Apóstol (*Hebr. 5, 14*), la verdadera perfección cristiana; pues es perfecto en general aquel a quien nada le falta—*cui nihil deest*—de cuanto por su condición le pertenece: y así no puede serlo ningún cristiano hasta que desarrolle y haga florecer y fructificar cual conviene todas las

gracias bautismales y propias de la confirmación, que es el sacramento que da la perfección virtualmente o en potencia. Debemos, pues, todos cultivar, por de pronto, la gracia de las virtudes y los dones—*gratia virtutum et donorum*,—de los cuales derivan esos místicos sentidos con que se logre conocer en cada caso particular *cuál sea el divino beneplácito*, para así poder cumplirlo siempre, a imitación del Divino Modelo. Que en esto ciertamente mostrará uno haber llegado a la perfección, en vivir íntimamente unido a Dios, cumpliendo en todo la voluntad del Padre, y así complaciéndole y gozándole; siendo por eso, como dice Sto. Tomás, el ejercicio propio de los perfectos, *Deo adhaerere et frui* (2-2, q. 24, a. 9).—Así sólo será perfecto quien venga a ser como un vivo retrato del Divino Maestro—*perfectus autem omnis erit, si sit sicut Magister ejus* (Luc. 6, 40). El Cual en todo era movido del Divino Espíritu y pudo decir: que hacía siempre lo más grato al Padre (Joan. 8, 29): *Ego quae placita sunt Ei, facio semper*. Y a su imitación dijeron también los primeros discípulos (I Joan. 3, 22): *Quae sunt placita coram Eo, facimus*.

A esto llegan cuantos de veras aman y temen a Dios y procuran en todo proceder según la moción e ilustración del Espíritu de que viven, como con tanto empeño encarga el Apóstol (*Gal. 5, 25*). Por esto dice con gran razón el P. Lallemand (*Doctrine spirit.* pr. 4, c. 2, a. 1), que el camino más compendioso para llegar pronto a muy alta perfección y santidad es velar por conseguir la perfecta pureza de corazón y ser dóciles a la moción del Espíritu Santo. «Algunos, añade, tienen hermosas prácticas exteriores y hacen gran número de actos externos de virtud, atendiendo del todo a la acción material. Bueno es esto para los principiantes. Pero es mucho más perfecto seguir el interior atractivo del E. S. y dejarse llevar de sus impulsos». Quien esto haga llegará mucho más pronto y más arriba y con menos trabajo, que si se entretuviera en las prácticas ordinarias de la vida puramente ascética. Porque con esa docilidad y la pureza de corazón muy pronto logrará hallar el verdadero Tesoro escondido,—o sea la mística sabiduría;—

con la cual le vendrán juntos todos los bienes y una indecible honestidad (*Sap.* 7, 11); pues se le dejará ver, según prometió en la 6.<sup>a</sup> bienaventuranza y luego por San Juan (14, 21), aquel mismo a Quien ama su alma. (*Cant.* 1, 6).

Tal es, en resumen, el sublime ideal que se debe proponer para la buena formación de los seminaristas...

#### IV.—No es un sueño dorado, sino un imperioso deber el aspirar a la verdadera santidad.

Quizá esto parezca poco menos que un sueño dorado, un ideal muy bueno en la teoría, pero irrealizable en la triste práctica.—En ésta, dirá alguien, dada nuestra conocida flaqueza, para no ser juguetes de ilusiones, basta proponerse, en la generalidad, una formación *regular*, accesible a todos, no sea que por aspirar a mucho nos quedemos sin nada.—Así habla a veces la prudencia humana, o como la llama el Apóstol (*Rom.* 8, 6), *prudentia carnis*, de la cual dice que es muerte, mientras la del espíritu, que es «vida y paz», enseña a poner escalas en el corazón, para subir de virtud en virtud hasta ver a Dios en Sión (*Ps.* 83, 6). Así aun cuando en este punto cupiera exageración, por lo mismo que es tanta nuestra flaqueza, nos convendría, como al cazador, apuntar algo alto para no errar del todo el blanco...

Pero el caso es que aquí no caben exageraciones, y así lejos de haber ninguna en lo dicho, lo que sobre ese punto se nos exige y ordena imperiosamente está muy por encima de cuanto pudiera encarecerse y ponderarse: lo que se nos manda es procurar ser perfectos como el mismo Padre Celestial (*Mt.* 5, 48), y amarle *con todo el corazón y toda el alma y todas las fuerzas y toda la mente* (*Luc.* X, 27), cosa que sólo parece posible en el cielo; y sin embargo se nos impone, y no como consejo, dirá S. Agustín, sino como precepto, sin duda para que de todas de veras aspiremos a vivir ya en lo posible con nuestra continúa conversación en Dios (*Phil.* 3, 20), como los bienaventurados; ya que en parecemos más y

más a ellos, dice Sto. Tomás, está la perfección a que debe aspirar el viador.

«*Aquel será perfectamente santo*, dice el P. La Puente (*Perfec. en gener. tr. 2, c. 6, § 1*), que ejercitare todas las cosas que manda y aconseja la ley evangélica, *con un modo excelente*, cual se pide en el primero y supremo mandamiento... Y aunque esta perfección no se halle enteramente sino en los bienaventurados, pónese en este precepto a todos los mortales para que sepamos el *fin altísimo de nuestra vocación, a que debemos enderezar nuestra intención y deseo, procurando acercarnos lo más que pudiéramos a este grado de perfección*».

Y por eso mismo se nos manda pedir que se haga la divina voluntad «así en la tierra como en el cielo». Sobre estas palabras, declara el mismo V. P. La Puente (*Sentimientos y avisos, 29*), «ofrecióseme un día que lo que N. Sr. nos manda pedir es posible alcanzarlo, y así podía pretender alcanzar esta perfección en las obras, por mínimas que sean... hacerlas con la exacción que las hiciera un ángel o un hombre bienaventurado, si Dios se las mandara».

De ese modo se recibe la unción de lo alto, que lo facilita todo; y así aspirando a mucho y confiando en la misericordia de Dios, veremos que *todo se puede en Aquel que nos conforta*. Pues Dios bendice esas nobles aspiraciones y da luz y fortaleza para subir alegres por la mística escala; mientras el apocado y que vive según las miras de la prudencia humana, siempre queda arrastrándose por la tierra, cuando no sumergido en lodo. Y aun dado por supuesto que la mayoría, según es nuestra flaqueza y flojedad, siempre habrá de quedar muy inferior a lo que pide aquel ideal, así y todo, los más lograrán con eso la suerte de subir mucho más arriba que si sólo aspiraran a una manera de vivir muy rastrera: y no sería poco si lográsemos efectivamente levantar unos cuantos grados el nivel de la generalidad. Y por otra parte, con unos pocos que de veras correspondiesen a lo que pide su santa vocación, expuesta en toda su grandeza, serían tantísimos los bienes logrados,

que con exceso compensarían cuantos sacrificios al efecto se hiciesen.

Por esto importa muchísimo a todo fiel cristiano, y más a los que aspiren a ser porción escogida de Cristo, y ministros suyos, que han de estar donde esté El (Juan. 12, 26; 17, 24), purificarse más y más para sentir cada vez mejor su divina fragancia y encenderse en deseos de seguirle de cerca. Y viendo que con sus propias fuerzas no pueden como desearían, en vez de desmayar como los pusilánimes, clamen con ardor y confianza, como claman las almas puras y sencillas (*Cant.* 1, 3): «*Llévame en pos de Ti; y correremos al olor de tus aromas*». Porque siendo así llevados, no sólo irán animosos en pos de El, corriendo y aun volando, sino que lograrán llevar muchos en su compañía.

#### V.—Testimonios del V. P. La Puente.

Cuanto veníamos diciendo, muy lejos de ser novedad, podríamos confirmarlo con hermosos testimonios del V. P. Luis de la Puente, que sintetizan la verdadera doctrina tradicional, y de un modo muy especial la del *Común Doctor*, Santo Tomás de Aquino; según podrá verse por unos cuantos pasajes tomados poco menos que al acaso.

En efecto, con las referidas palabras de *Los Cantares*, según el P. La Puente declara (*Le Perfec. en gener.*, tr. 2, c. 11, § 2), parece decir al Señor la Santa Esposa: «No correré yo sola, sino con otros muchos que provocaré con mi ejemplo a que corran conmigo... Ni correrán solamente por el olor de mis unguentos, sino porque ellos sentirán el olor suavísimo de los tuyos, gustando interiormente la suavidad de tus dones».

Y quienes corran así luego podrán añadir con la misma (*ib.*): «*¡Introdújome el Rey en sus moradas!... donde hallarán ya un presagio de la eterna felicidad, con que cobren hastío a todo lo terreno y desengañados con los resplandores del Verbo, de que han empezado a gozar, dirán con íntima convicción: ¡Los rectos te aman!*»

Así esta felicidad de la vida mística, contra lo que

tantos equivocadamente suponen, no está reservada para sólo algunos privilegiados, sino que a todos se ofrece, con tal que procuren aspirar de veras a la perfección de su estado; pues como enseña repetidas veces Santo Tomás, sin que nadie haya aún podido desmentirle, es la contemplación mística el premio incipiente que N. S. promete en las siete bienaventuranzas a que se reduce y ordena toda la Ley evangélica; y por lo mismo, añade, ese premio empiezan a gozarlo en esta misma vida todas las almas perfectas o santas.

Por lo cual, con gratitud y admiración, exclama el P. La Puente (*Guía espir.*, tr. 3, c. 1): «Es tan inmensa la liberalidad de Dios N. S., que no se contentó con habernos prometido una bienaventuranza eterna... La cual consiste en la contemplación y vista clara de la Divinidad, con el amor encendidísimo de su infinita Bondad y con el gozo y posesión de sus inestimables riquezas, sino también quiso *prometernos y darnos en esta vida otra bienaventuranza muy parecida a la eterna*, por lo que de ella participa: la cual, como dice San Agustín (ex D. Th. 1-2, q. 5, a. 3; lib. 11 de Trin., cap. 8), consiste en la *contemplación amorosa y gozosa del mismo Dios...* Así a los que se han ejercitado en los trabajos de la vida activa, les señala día de sábado y holganza, en que... participen algo del descanso eterno».

De ahí que nadie sea excluido de entrar en este místico descanso de la divina contemplación, si no es por propia culpa y negligencia; pues «con ser tanta la alteza de esta sabiduría, advirtió el mismo V. P. (*Guía. Intr.*), a todos los justos concede (Dios) los dones y hábitos de donde proceden sus nobilísimos ejercicios, y éstos suele concederlos a *todo género de personas para que ninguno se tenga por excluido de bien tan soberano*, si lo desea y pide a Dios con grandes ansias».

Esos dones, en efecto, los hemos recibido no para tenerlos sepultados, como el siervo perezoso, sino para que en nosotros den abundantes frutos maduros y bien sazonados, como lo son los 12 llamados del E. S., y sobre todo las 8 bienaventuranzas.—Y si bien no podemos ejercitarlos a nuestro arbitrio o por propia iniciativa, sino sólo cuando a ello nos mueva el mismo E. S.; como

este Divino Consolador no desea otra cosa que favorecernos, a todas horas nos hará sentir su dulcísima moción con tal que de veras la deseemos y se la pidamos, y que no le contristemos con advertidos descuidos y negligencias, ni le resistamos con apegos, ataduras y faltas habituales, sino que le seamos dóciles y le estemos muy atentos con una vida recogida y mortificada.

«Pues el E. S., añade La Puente (*Guía*, tr. 1, c. 21, § 1), no gusta de que sus talentos estén ociosos, *cierto es* que, si por ellos no queda, *les inspirará cuando y como conviene* el uso de ellos, para que alcancen la perfección a que se ordenan. ¿Qué piloto hubiera que, si fuera señor de los vientos y tuviera su navío aprestado y las velas tendidas para navegar, no hiciera correr el viento que era menester para el fin de su navegación? Pues como el E. S. que está dentro del justo gobernándole como piloto del navío de su alma, sea señor de estos divinos impulsos con que se navega al fin de la *perfecta unión con Dios*; cierta cosa es que, si ve el navío bien aparejado con las virtudes y bien dispuesto con las velas de los siete dones, para recibir el viento de sus inspiraciones, se las enviará con gran fuerza y en buena coyuntura, para que llegue al puerto deseado».

Sólo queda, pues, por nuestra culpa; sólo por nuestros apegos e inmortificaciones, por no querer negarnos y morir de veras a nosotros mismos, es por lo que no llegamos a vivir «escondidos con Cristo en Dios» (Col. 3, 3), y experimentar así los secretos de la vida mística.

«Si me mortificare y negare, decíase a sí mismo el V. P. La Puente (*Sentim. y avisos esp.*, 67 y 81), habré quitado los impedimentos y estorbos de alcanzar la unión con Dios y *perfecta familiaridad con El*, y podré decir: *Introduxit me Rex in cellam vinariam...* Si mueres a tí mismo, luego serás digno de que Dios te acompañe y ande contigo, porque al mortificado se hace en contradicción la divina Sabiduría en todos sus caminos, y le entretiene y alimenta: *Quoniam dignos se ipsa circuit quaerens...* (*Sap.* 6, 17)».

Y no debemos tampoco desmayar por reconocernos manifiestamente indignos, con tal que, con la divina

gracia procuremos de veras enmendarnos y seguir ya fielmente al Salvador; pues de su infinita misericordia no sólo podemos esperar el perdón, sino *sobreesperar* nos colme de favores inmerecidos. De esto nos dió también doctrina y ejemplo dicho P. cuando escribió (ib. 65): «Estando un día muy acobardado para pedir a Dios cosas grandes, viéndome yo miserable, topé aquella palabra de que David usa muchas veces...: *Supersperavi* (Ps. 118, 81). Y ofrecióseme con sentimiento especial, que de Dios puedo esperar mayores cosas, que según mi flaqueza debjera... Y esto dice la palabra *sobreesperé*. Y así puedo esperar la unión con El, el trato familiar, los gozos en el padecer, etc.»

Así todos debemos empezar, como empezó el mismo siervo de Dios, implorando con grandes ansias la luz y verdad divina que destierre nuestras tinieblas, nuestras ignorancias y cobardías, y nos alumbre y desengañe y conforte para practicar las verdaderas virtudes sólidas, pues ella es la que nos ha de sacar de nuestro abatimiento y conducirnos «hasta el monte santo de Dios y su *tabernáculo admirable*» (Ps. 42, 3). «Los primeros fervientes deseos, que sentí por muchos días, dice (ib. 1), eran de la luz del cielo, porque de ésta entendí proceder todos los bienes; y entendía por ella un conocimiento que Dios da, que de tal manera desengaña al entendimiento, que trueca la voluntad. Y usaba de frecuentes jaculatorias a Dios: *Emitte lucem tuam... O lux beatissima, reple cordis intima...*»

Por lo tanto, como encarga este V. Padre (*Guía*, tr. 3, c. 6, § 3), «todos los que caminan por estas vías» — por rastreros que anden y aun cuando se hallen aún en los comienzos de la purgativa — «han de procurar crecer como la luz de la mañana, *hasta el perfecto día* (*Prov.* 4, 18), proporcionado a su estado, aunque suspirando por llegar *al supremo*, no sólo en los deseos y aspiraciones, sino en las diligencias».

Todos, en efecto, hemos recibido en nuestra iniciación cristiana muchas inestimables gracias, cuya expansión normal, si por nuestro descuido y negligencia no las malogramos, nos llevaría a esas sublimes alturas. En la confirmación, dice, según ya hemos visto, el men-

cionado P. (*Perfec. en gener. tr. 2, c. 5*), Dios «nos unge con la unción que enseña todas las cosas (1 Joan. 2, 27), y nos da la alegría para servirle con excelencia. nos da la prenda del espíritu, que es el mismo E. S., en prenda de que... será nuestro..., ayo, maestro y ayudador para alcanzar la perfección que pretendemos».—Todo esto, añade (§ 1), «es para que los justos *crezcan en la santidad que recibieron en el bautismo, y lleguen a la alteza de la perfección cristiana a que son llamados*».—«Con ser tan alta esta vocación, insiste (c. 6, § 2), es tan grande la excelencia de la vocación cristiana, que todos, en alguna manera, *están obligados a pretenderla*. Cuya primer señal es haber querido N. S., que el sacramento de la confirmación se diese a todos los bautizados, sin excluir a ninguno, porque... *quería que todos fuesen perfectos*, recibiendo la plenitud del Espíritu, que aquí se comunica; y no se dice estar llenos cuanto pide la vocación del cristiano, si no tienen esta *perfección tan excelente*».—En prueba de lo cual cita a Sto. Tomás (3.<sup>a</sup> P. q. 72, a. 1, 8).—Así «El Espíritu Santo, vuelve a insistir (c. 8), *se da con plenitud* en el sacramento de la Confirmación para que los justos suban a la alteza de la perfección cristiana con firmeza».

Por eso «la gracia de este sacramento, conforme había dicho ya (*ib. c. 5, § 1*), no solamente incluye las virtudes y dones sobrenaturales, que permanecen de asiento en los justos, sino también *abundancia de ilustraciones e inspiraciones del E. S.*, con que los va ayudando y favoreciendo en el ejercicio de las buenas obras para que *crezcan en la perfección cristiana*».

Así nadie puede tener excusa para no aspirar a ella con todas las veras del alma, y mucho menos los que deben ir al frente de los demás, alentándolos y confortándolos con palabras y ejemplos. Pues a todos—si oran, y hacen lo que está de su parte—ofrece generosamente Nuestro Señor las gracias actuales y habituales que necesitan para llegar hasta la cumbre de la verdadera santidad y al grado y modo especial de perfección a que cada uno es llamado, y sobre todo para cumplir los principales deberes de la respectiva vocación, o del estado en que le haya puesto.—Por eso debemos con-

fiar—según nos enseña también el P. La Puente (*Guía*, tr. 1, c. 4, § 1)—que, «como N. S. dé a cada uno la gracia de su vocación, para que pueda llegar al fin de ella, no negará el don de su trato familiar (por de pronto) al que llamó para el estado y modo de vida que se dedica a pretenderlo».

Mas no sólo a esos, sino «a todos, añade (*ib.* tr. 3, c. 2, § 3), *ofrece la gracia de la oración y trato interior* que les conviene para hacer con provecho sus ministerios; y ésta *deberíamos todos aceptar y procurar*, esperando de la divina liberalidad nos dará la parte de la vida contemplativa en el grado y con la frecuencia y continuación que más nos conviniere».

Por tanto, «aunque esta unión»—que con el trato íntimo con Dios se logra—advierte en otro lugar (*Meditaciones*, 5.<sup>a</sup> P. *Introd.*), «es propia de los varones perfectos, pero *todos han de aspirar a ella* y tienen en ella no pequeña parte aunque sean de los principiantes».

Todos podemos, pues, y aun debemos desear y pedir a Dios que nos embriague en su divino amor, y para eso nos comunique en abundancia los dones y carismas y unciones de su divino Espíritu, para que así venga El a serlo todo en nosotros y quedemos llenos de su plenitud.

«¡Oh, Rey de la gloria, exclama según esto dicho V. P. (*Guía*, tr. 3, c. 4, § 2), éntrame en la celestial bodega de tu Divinidad y embriágame con estos afectos de caridad, ordenando en mí las obras de tu amor. Dame... alas de tus encendidos serafines, para que con ellos vuele sobre todo lo criado, para unirme contigo».

Estos, añade (*ib.* tr. 1, c. 15, § 4), son los únicos bienes «que a boca llena y con excelencia merecen ese nombre, porque siempre son provechosos y nunca pueden ser dañosos... a saber, la gracia y caridad, y las virtudes y dones del E. S... Estos son... la materia propia de nuestra petición, y los que se pueden pedir sin condición alguna a nuestro Padre Celestial».

Pidiéndole con fervor ese su *espíritu bueno* que por boca de su Verdad nos tiene prometido darnos (*Luc.* 11, 13), y ejercitándonos en actos de viva fe y caridad,

nos asegura el P. La Puente (ib. tr. 3, c. 7), que «se viene a alcanzar la *soberana contemplación* que perfecciona lo que ellos han comenzado, que es lo que dijo San Pablo: *ut impleamini in omnem plenitudinem Dei*: para que seáis llenos de Dios en toda su plenitud, esto es, con todos los dones que suele llenar a sus grandes amigos. De modo que vuestro espíritu quede lleno del Espíritu Santo; vuestra alma, del resplandor de su divina gracia; vuestras potencias, de las obras de todas las virtudes; la memoria se llene de la presencia de Dios y de santos pensamientos; el entendimiento, de un conocimiento de Dios muy subido, con gran penetración de sus misterios; y la voluntad, de todo género de afectos, cumpliendo con entereza el precepto del amor, que llena espíritu, alma y fuerzas. ¡Oh, dichosa contemplación, que a tanta plenitud de Dios levanta! ¡Oh, dulce Jesús, mora por la fe en mi corazón y arraígame en tu caridad, para que alcance la contemplación, que llena con tanta plenitud!»

De este modo, advierte después (tr. 4, c. 15, § 5), es como cobra el alma hastío a todo lo terreno, y logra dominar todas sus concupiscencias. «Porque como es tanto lo que ve, oye, gusta y siente de Dios dentro de sí, no tiene ganas de ver, ni oír, ni gustar otra cosa fuera de sí... Y como también los deleites interiores son más excelentes que los exteriores, dando a gustar los primeros causa fastidio de los segundos... Por lo cual dijo San Juan Clímaco (*Escala*, c. 14), que no puede ser perfectamente vencida la gula, hasta que se ha gustado la suavidad interior del alma. Y generalmente ninguno despreciará perfectamente los deleites sensuales hasta que comience a gustar los espirituales en el trato interior con Dios».

Por aquí se comprenderá de una vez cuán necesario sea a todos, y muy particularmente a los futuros maestros y directores de almas, aspirar, para cumplir bien sus deberes cristianos, a esas venturosas experiencias de la vida mística; puesto que sin ellas nunca lograrán verse libres de numerosos defectos y les será imposible salir de principiantes, ni aun lograrán llegar a lo mejor de la simple vía purgativa; porque con la sola ascética,

sólo puede vivirse una vida cristiana muy imperfecta y mutilada, en que falta lo mejor y lo más hermoso, cual es la obra de los dones del Espíritu santificador.

Así, pues, ya que «en vano trabajaríamos»—obrando sólo ascéticamente—por «edificar bien la casa» de nuestra alma o de nuestra perfección espiritual, si el Señor por su misericordia no la edificó con sus dones, haciéndonos proceder de un modo pasivo o místico; y más en vano pretenderíamos «guardar la ciudad» de las almas que no estén confiadas, «si el Señor no la guarda» (Ps. 126, 1-2);—pidámosle con la mística esposa nos indique El mismo dónde mora y dónde reposa al medio día, para no andar vagueando expuestos a errar (Cant. 1, 6).

En estas palabras, dice el V. La Puente (*Guía esp.* tr. 3, c. 6), «nos dibuja el E. S. brevemente las cosas principales que podemos desear y pretender en la vida contemplativa, *hasta el supremo grado de ella*, con los más eficaces motivos que tenemos para solicitarla, que son dos: El uno es el temor no servil, sino filial, porque esta pretensión no es de esclavos ni de jornaleros, sino de hijos y amigos muy verdaderos, los cuales temen la culpa y la pena, por no se apartar de la presencia de su Padre Celestial, comenzando a vagar tras los rebaños de los falsos pastores... Temiendo, pues (esto), el alma..., confiada en la bondad de Dios, y con el santo atrevimiento que da el fervoroso amor, le dice: Oh, Amado mío, a quien mi alma desea amar como a único Esposo suyo, muéstrame las dehesas donde apacientas a tus ovejas, para que yo me recoja allí contigo y con ellas, para que no ande vagabunda y descarriada con varios pensamientos y aficiones... con peligro de caer en muchos errores... Pero no me contento con esto, sino también te pido que me muestres el lugar donde con quietud reposan... ¡Oh alteza de la magnanimidad cristiana, que tan alto vuela con su deseo y oración! No te acobarde la cortedad de tus merecimientos ni la alteza de los divinos dones; porque a un Dios tan grande como el nuestro no se han de pedir cosas pequeñas, conformes a nuestra pequeñez, sino muy grandes, conformes a su grandeza... Pide, pues, a tu Dios un recogimiento de

tu corazón en todos tus pensamientos y afectos tan perfecto, que excluya toda vagueación desordenada tras de las criaturas... para que ni aun comience a vagar... Oh Amado de mi alma, ven Tú a mi corazón, y reposa en él de asiento... porque si Tú no estás conmigo, luego comenzaré a irme tras ellas. Verdaderamente, dice San Gregorio (in h. l.) «*in quo Christus non cubat, vagatur*: aquel en quien Cristo no reposa, anda vagabundo, porque si no lo llena el espíritu de Cristo suave y reposado, luego se derrama en varias imaginaciones y aficiones de la tierra»... Mas si entra el espíritu de Cristo, luego lo recoge en sí... de modo que no le inquieten las cosas del mundo.—El otro motivo principal para pedir a Dios la alteza de la contemplación es el amor, cuya propiedad es incitarnos a desear ver a la persona a que amamos... Tú, Señor, dijiste (Joan. 14, 21): *Si alguno me ama, Yo le amaré, y le manifestaré a Mi mismo*: cumple, pues, lo que has dicho, y manifiéstate a mi alma».

Por lo mismo y porque El así lo desea, pidámosle muchas veces con el Salmista, que se digne «visitarnos con su salud, para ver en la bondad de sus escogidos y alegrarnos con la alegría de su pueblo, de modo que sea alabado con su herencia» (Ps. 105, 4-5), viniendo a recrearse en los huertecillos de nuestras almas.—Pues «lo que más admira y regala, observa el P. La Puente (*Guía*, tr. 1, c. 20 § 2), es ver el gusto con que nuestro Soberano Dios hace estas visitas... ¿Qué es ir Cristo a su huerto, dice S. Gregorio, sino visitar las almas en quien se recrea? ¿Qué es segar su mirra con las demás especies aromáticas (*Cant.* 5, 1), sino deleitarse en el olor de la mortificación y con la fragancia de las demás virtudes que ejercitan? ¿Y qué otra cosa es comer su panal con su miel, sino gustar de ver en ellas las verdades puestas en práctica, con sentimiento y gusto de ellas? ¿Y qué es beber su vino con su leche, sino alegrarse mirando cómo juntan amor con pureza, y celo con discreción y ciencia? Y a todo esto llama suyo, porque... con su visita causa todo esto, y dél lo recibimos, y sus banquetes son ver en nosotros sus dones y que medramos con ellos».

En fin, no sólo hemos de procurar ponerle con cuantas industrias podamos, como un sello sobre nuestro corazón y sobre nuestros brazos, según El mismo nos encarga (*Cant.* 8, 6), sino que debemos pedirle muy de veras que nos ayude a ese efecto y se nos imprima El mismo con la virtud de su Espíritu, que es su sello vivo, para que de este modo podamos amarle con todo el corazón y toda el alma y todas nuestras fuerzas y facultades, y así irnos transformando en El de claridad en claridad (2 *Cor.* 3, 18), hasta ser del todo suyos, y por tanto sus vivas imágenes y sus dignos representantes y ministros.

«Se pone (ya por la confirmación) el E. S. sobre nuestro corazón y brazo, declara el P. La Puente (*Perfec. en gener.*, tr. 2, c. 5, § 1), porque con su presencia, como dice San Pablo (2 *Cor.* 1, 21; *Eph.* 5, 14), nos señala no sólo para que recibamos la imagen viva de sus virtudes, sino para que peleemos por haberlas con corazón magnánimo y brazo fuerte».

Y viendo que todos nuestros esfuerzos, aun ayudados de la gracia, no bastan, clamaremos con el mismo V. P. (*Guía*, tr. 2, c. 11, § 2): «Oh, Amado de mi alma, yo te suplico que Tú mismo te pongas como sello sobre mi espíritu, porque yo sin Tí no acertaré a hacerlo: ponte como sello sobre mis potencias, imprimiendo en ellas la imagen de quien Tú eres, para que te conozca, ame e imite, y me transforme todo en Tí y Tú vivas en mí».

\*\*\*

De cuanto llevamos expuesto se deducen las siguientes conclusiones:

1.<sup>a</sup> Según la doctrina del V. P. La Puente, del todo conforme con la del Dr. Angélico, puesto que no basta para la buena formación cristiana en general el procurar ejercitar con diligencia las virtudes, o sea la práctica de la vida ascética, sino que es menester también cuidar de cultivar los dones del E. S.—, disponiéndose el alma así para la vida mística, a la que todos deben, por lo mismo, aspirar para poder ser perfectos—; mucho más necesaria ha de ser esta aspiración para la buena formación de los seminaristas.

2.<sup>a</sup> Importa, pues, mucho, según la conocida frase de Santa Teresa (*Vida*, c. 18), tratar de *engolosinarlos de un bien tan alto*, por todos los medios posibles y de un modo especial con lecturas, pláticas y discusiones sobre tan hermosas y palpitantes materias. Y así es menester:

3.<sup>a</sup> Inculcarles una ferviente piedad viva, sólida y bien sentida, no reducida a fórmulas y prácticas rutinarias, sino bien cimentada y reanimada con la frecuente consideración del inefable misterio de nuestra filiación divina adoptiva y de la consiguiente necesidad de configurarnos en todo con Jesucristo y vivir como dignos hijos de Dios.

4.<sup>a</sup> Recomendarles muy principalmente el procurar mucha pureza de corazón y de conciencia, y gran fidelidad a la gracia y docilidad a las inspiraciones divinas; y por lo mismo mucho amor a la oración y recogimiento, mucho trato y familiaridad con Dios, y muchísimo cuidado de andar siempre en la divina presencia y renovarla con frecuentes y fervientes aspiraciones y místicas introversiones.

5.<sup>a</sup> Insistirles en las instrucciones y puntos de meditación sobre la alteza de la vida cristiana y la excelencia de la vocación sacerdotal, y la correspondencia que exigen.

6.<sup>a</sup> Hacerles sentir muy al vivo con ardientes exhortaciones y palpitantes ejemplos de siervos de Dios, cómo son templos vivos del E. S. y han de ser preciosas literas del divino Salomón, o tronos portátiles de Cristo, para llevarlo siempre consigo y comunicarlo a cuantos traten (*Cant.* 3).

7.<sup>a</sup> Procurar que en todas sus lecturas y estudios y clases y conversaciones respiren un ambiente sobrenatural, para que así de veras aspiren a ser «santos en todo a imitación de Aquél que los llamó» (I Pet. 1, 16).

8.<sup>a</sup> Desvanecer tantas prevenciones y engaños como hay acerca de la vida interior o mística, y evitar pasatiempos y frivolerías que ofuscan y fascinan para no reconocer el verdadero bien (Sap. 4, 12).

9.<sup>a</sup> Finalmente, procurar, en resumen, que vivan según el espíritu de su vocación y de que deben estar

siempre animados, para que así florezcan con hermosas virtudes que les hagan exhalar el buen olor de Cristo, y sus almas se enriquezcan con los doce preciosos frutos del E. S. y sus corazones sean *fuentes de huertos y pozos de aguas vivas* (*Cant. 4, 15*), para bien de muchas almas sedientas de justicia.

---

## CAPITULO X

---

### Inanidad de la contemplación adquirida (1).

No queremos empezar estos artículos sin hacer dos protestas que juzgamos necesarias: y es la primera, que en el alma nos duele, como nos ha dolido siempre, tener que perder el tiempo y gastar nuestras pocas energías en discutir con los de casa—que de casa son todos los hijos de la Iglesia de Dios—, mientras tan inaplazable es la unión para poder resistir al común enemigo, el naturalismo reinante, y servir cual conviene a las muchas almas que nos piden luz para esclarecer el camino por donde con grandes ansias van subiendo hacia la íntima unión con Dios.

El sabe cuánto hemos hecho por evitar esta discusión, y daño que la hubiera—ya que puede resultar conveniente y hasta necesaria—, por que se mantuviera en las regiones serenas que corresponden a los que ninguna otra cosa buscan sino la luz y la verdad (2).

(1) Cf. *La Ciencia Tomista*, Mayo-Junio, Agosto-Septiembre, Noviembre-Diciembre de 1924, y Enero-Febrero de 1925.

(2) Por nuestro amor a la paz y deseo de mantener la cordial armonía que siempre reinó entre dominicos y carmelitas, llegamos al extremo de ir a rogar a nuestros adversarios suspendieran aquellos ataques tan inmoderados como injustificados, que a nada bueno conducían; o que al menos los redujeran a una polémica amistosa que resultara edificante y propia para esclarecer la verdad; y que de lo contrario, tendríamos que volver enérgicamente por ella, y para eso, muy a pesar nuestro, aducir razones que les podrían ser no muy gratas... Luego les pasamos lo menos tres avisos terminantes declarándoles muy en detalle el contenido de estos artículos, ya dispuestos para salir en el plazo con mucha antelación prefijado, si no cedían a buenas razones: El primer aviso fué hecho por una persona respetabilísima que, apenas con lo que ocurría, se prestó a llevarlo a la redacción del *Mensajero de S. T.*: donde un P. que allí escribe la contestó: «*Si busca la paz, es en vano*».—El 2.º se nos ofreció a comunicarlo directamente al Provincial, R. P. Conrado, la R. M. Priora de las Car-

Y El sabe también cuán inútiles han resultado esos nuestros esfuerzos, y cómo día tras día se nos ha venido aludiendo o atacando en formas a veces nada correctas, embrollando y ofuscando las cosas de tal modo que, para poner en claro la verdadera y sana doctrina tradicional, nos vemos obligados a decir más de lo que deseáramos, teniendo que descorrer un poco el velo a ciertos hechos que no favorecen mucho a nuestros contradictores (1).

melitas de Sta. Teresa de Madrid, deseosa de que suspendiéramos la ya pronta publicación de nuestro trabajo, cuyo contenido sabía; y a pesar de lo confiada que se mostraba, nos contestó muy triste, que *nada había logrado*.—El 3.º lo hicimos personal y muy detenidamente al entonces definidor y hoy provincial, R. P. Narciso; el cual se mostró, sí, deseoso de un arreglo, pero... viéndolo difícil, al fin dijo en sustancia, que si salían nuestros artículos, *contribuirían a hacer luz*...—Y ésta es la que buscamos al publicarlos, una vez agotados los otros medios. Si a alguien pareciere esto doloroso, bien podremos decirle: *Ellos se lo quisieron; y a nuestros adversarios: Vos me coëgístis*.

(1) Como muestra de esos ataques injustificadísimos, que aumentaban nuestro mismo silencio y con los avisos amistosos que les hicimos, véanse estos pocos tomados del *Monte Carmelo*, el cual, después de citar unas palabras textuales nuestras en que decimos (Cf. *Supra*, p. 140), cómo procuraron los franceses «llevarse las mejores copias vivas que pudieran hallarse del espíritu de la Santa...», añade (Febr. 1924, p. 58): «No se aduce tal argumento sino con la *malísima idea* de dar hachazo limpio a lo que estorba a sus pretensiones, y así sale ello... Sospechamos que no buscan la verdad... Resígnense nuestras carmelitas españolas a ser discípulas de segundo o tercer orden... y vayámonos haciendo a la idea de tener que ir a Francia a buscar la tradición teresiana. Cierta que... se habla de las Carmelitas como de *legítimas herederas del espíritu de la Santa*; pero no se fien mucho... El día que estorben, pasarán a segunda categoría... Al P. Gracián... se le *acusa* como a uno de los *corruptores* de la Santa».

Id. Enero, p. 36: «...Asumiendo el humilde papel de *gobernadores de casa ajena*. Con qué fines, Dios lo sabe... Para quienes la vida teresiana no importa tanto como discursar con Sta. Teresa, o exigir a los demás lo que ellos no hacían... Cada página de la Santa amontona nuevos obstáculos a esos maestros; pero, *¡con hacerse el sordo!*... La cuestión es *molestar*, como si les pesase que Dios N. S. hubiese puesto joya tan incomparable en la Orden de su Madre».

Diciembre, 1923, p. 572-6: «...Somos los *únicos* que la vivimos en su mayor expresión, sin que... pueda nadie arrogarse el derecho de hacerse nuestro maestro, si no es en virtud de alardes completamente irracionales y ofensivos... Ninguna Orden religiosa ha ido jamás a casa de su vecino a preguntarle qué vida debe llevar

La segunda protesta, es que amamos en Dios a todas las Ordenes religiosas y que ninguna cosa anhelamos más que la cordial unión de todas para mejor trabajar por la gloria divina, y así merecer que Nuestro Señor derrame sobre todos los fieles las copiosas bendiciones de su Amor misericordioso. Y por lo que a Teología mística se refiere, verdadera complacencia tenemos en hacer constar lo mucho que se debe a la por tantos títulos Venerable Orden del Carmen.

Mas esto no quita que también en ella, como en todas las demás Ordenes, algunos o muchos de sus miembros pudieran errar y erraran más o menos aun en las mismas materias en que sobresalen, como de hecho creemos que erraron y siguen hoy errando no pocos carmelitas—con otros que no lo son—, afeando grandemente la hermosa doctrina de su Santa Reformadora, con cosas tan desacordes con ella como son las tocantes a la fantasiada «contemplación adquirida», la que,—como distinta de la infusa y contrapuesta a ella—, ni puede haber, según ya vimos, en los cuadros de la oración teresiana, ni ha podido admitirse, según ahora vamos a ver, sin ocasionar grandes yerros y desaciertos y causar gravísimos trastornos y desorientaciones en muchísimas almas devotas.

Así, pues, contra estos yerros que ofuscan o falsean la sana tradición y desconciertan a las almas sedientas de luz, queremos ir con todas las veras de nuestra pobre alma—vengan ellos de donde vinieren—; contra las personas, de ningún modo, y mucho menos contra ninguna corporación religiosa.

Y con estas disposiciones entramos en materia (1).

en la suya... Sandreau y los que le acompañan, se presentan al público, con una autoridad más o menos indiscutible, para *atacar a los hijos de Sta. Teresa* en nombre de Sta. Teresa, y hasta para presentarlos como *adulteradores del espíritu de la Santa...* Pero... *eso tenemos que agradecer a nuestros adversarios* en medio de todo: *que nos dan motivo para revolver y saborear cosas que cada día saben más dulces...*—Fr. Evaristo de la V. del C., C. D.

Véase además el N. de Abril, 1924 de la misma Revista, y del *Mensajero de Sta. Teresa*, NN. 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 (1923) y Febrero y Marzo, etc., 1924.

(1). Cuando ya estaba para ir esto a la imprenta, llegó a nues-

tras manos una estupenda *Carta abierta*, que nos dirige el respetable P. Juan Vicente, C. D., con muchísimos alardes de mansedumbre y caridad, y... sinceridad y poquísimas muestras de ello, sobre todo en una breve antecarta y una larguísima postdata, donde en seguida se descubre un celo amargo que nada se parece al de la generosa Reformadora del Carmelo.

A ésta sí que la honra con su noble proceder el *Carmelo* de Valencia en su núm. de Marzo (1925), donde al hacernos con toda urbanidad y delicadeza cristiana, unos «respetuosos reparos», empieza copiando íntegros y agradeciendo sinceramente nuestra protesta de afecto y el elogio que de los Carmelitas hicimos al empezar nuestros artículos tan mal mirados por el P. J. V. que en ellos, con toda su *sinceridad* ponderada, no acierta a ver sino... animosidad contra todo lo suyo, cual si no hubiera podido aprender sino a través de un amor propio refinado de veras.

Muy doloroso nos es tener que hablar así contra nadie y menos contra un religioso encanecido en trabajar en bien de las almas. Pero al ver aquí el apasionamiento con que se empeña en cerrar los ojos a la luz, ofuscar las verdades más claras y buscar medios con que fascinar a incautos lectores, para hacernos pasar, contra toda razón y justicia, por enemigo de su santa Orden—a la que tanto amamos—y hasta por ¡desnaturalizador de la doctrina de Santa Teresa!... y así desautorizar a masalva la nuestra—; nos vemos en la triste precisión de ponerle la verdad ante los ojos, esperando que algún día él mismo nos lo agradecerá, aunque hoy mucho le duela, como nos duele a nosotros mismos.—El piadoso lector sabrá, pues, dispensarnos de tener que emplear un lenguaje algo fuerte, viendo que a ello nos fuerza la misma «*caridad de la verdad*» (2 Thes. 2, 10), que nos obliga, *urge* (2 Cor. 5, 14) e impele a «*argüir a quienes la contradicen*» (Tit. 1, 9).

Olvidando el P. J. V. por completo nuestra protesta y el elogio hecho a los suyos, y callando los ataques obstinados con que sus conmiltones y él mismo (en el N.º de Nov. 1923, del *Mensaje-ro*), nos obligaron a salir en defensa de la verdadera doctrina tradicional, empieza falseando las cosas y engañando a los innumerables lectores a quienes, según una adjunta hojita, quiere que llegue su *Carta libelo*,—diciéndoles que escribe: «EN PROPIA DEFENSA... Vengo a *desmentir* con noble y franco lenguaje *odiosos ataques* en mal hora lanzados... *contra toda la Orden de Carmelitas Descalzos*, con un lenguaje muy suelto y unas acusaciones muy graves, tan graves como llamarlos «escuela pseudoterresiana».

Estas inculpaciones tan graves permítasenos rechazarlas como *calumniosas*. Jamás hemos hablado ni menos escrito *contra la V. Orden Carmelitana*... Para evitar que nadie pudiera tomar en ese sentido nuestras impugnaciones de los errores que atribuimos a algunos PP. Carmelitas, procuramos no darles jamás este nombre, sino donde no pudimos evitarlo, como en algún documento que aducimos y en que así figuraban; nosotros, por nuestra cuenta, solemos llamar a los aludidos por su nombre propio, como, por ej. *José del E. S. o Tomás de Jesús*, o si no los «discípulos de T. de J.»—A éstos, sean de la orden o condición que sean—y señalando como modelo precisamente a uno que no es carme-

lita (V. supra, p. 149)—es a quienes calificamos de «escuela pseudoterresiana», una vez que demostramos con datos *contundentes e indiscutibles*, de los cuales prescinde el P. J. V. por completo, que dicho P. T. de J. *rompió de lleuo consigo mismo, con Sta. Teresa y con la antigua tradición*, según luego verá el lector.

Y el que no ha podido desmentir *ni un solo dato* y se contenta con... ocultarlo y ponderar su *sinceridad* o su «noble y franco lenguaje» de viejo que se juzga autorizado para tales libertades (p. 7), sigue diciendo que se cree «obligado... a salir por el honor de su madre la Orden, así maltratada... por Fr. Juan G. Arintero, O. P. ...desaconsejado articulista... Se nos imputan FALSEDADES completamente imaginarias... Arrojo entre PP, y MM, *maldita semilla* de desconfianza» (p. 4).—«Afirmar con tanta insistencia que *los Padres Carmelitas* nos hemos apartado de la doctrina tradicional mística de nuestros fundadores, es sublevar el alma nuestra. Añadir que, en cambio, nuestras Madres son las *únicas* fieles conservadoras de la tradición, es meterse en nuestra casa a arrojar la tea de la desconfianza...» (p. 9).

¿Con qué datos prueba el autor de ese *libelo* unas acusaciones tan graves y tan odiosas, que tantísimo daño puedan causar en las almas sencillas y que, de ser ciertas, bastarían para esterilizar todos nuestros sudores e impedir el fruto que por la misericordia de Dios puedan producir nuestros pobres escritos?... Pues ni un dato solo aduce ni podrá aducir, porque son *infundadas*, y como tales nos obligan a protestar contra quien con tanta ligereza—impropia de su edad—las lanza al público y contra quienes se lo permiten o le apoyan en esa obra de difamación. Jamás dijimos que las MM. Carmelitas sean las *únicas* fieles; y repetidas veces irá viendo el lector que de tales tratamos a no pocos Padres, aprovechando para ello cuantas ocasiones se nos han ofrecido. Así nos vemos forzados a protestar de nuevo contra esas inculpaciones y declarar a la faz de todo el mundo que el «desaconsejado» autor, sin darse cuenta, está cometiendo lo mismo de que nos acusa, y acusando de cosas tales que no sabemos cómo se atreve a decir las. El y cuantos le imiten, son quienes con ese proceder, no según verdad, turban la paz de sus buenísimas hermanas, y siembran esa «semilla de desconfianza», como ellas mismas nos lo están declarando, sin preguntarles, en numerosas cartas que nos llegan (una de ellas en este mismísimo momento), protestando contra la famosa *Abierta* y otros escritos parecidos, y adhiriéndose en todo y por todo a nuestra doctrina, como fidelísima interpretación de la de sus SS. Fundadores, y con lo que del modo más solemne desmienten lo que luego (p. 10) el autor añade: «No buscan (ellas) otra dirección que la nuestra».

Permítasenos, en *prueba* de ello, citar dos palabritas de esta carta que acabamos de abrir, fechada el 29-III-1925 en uno de los conventos más acreditados de la Reforma Carmelitana: «...crece cada día el afecto... a V. R... Lo que me entusiasma cada vez más es la revista (*Vida Sobrenatural*).—De las otras no quiero hablar; me da pena...»

Otra carmelita muy distante de la anterior y muy experimentada y competente, nos escribió con fecha del 25: «...estos hijos de mi Madre (que así escriben)... están obrando *injustamente* y en

contra de la verdad... Páguelos V. R. con rogar al Señor por ellos para que los mire con misericordia».

Otra, espiritualísima, escribía el 24: «...Pido por V. R. y por (que) todas esas cosas que dicen en contra... *se estrellen contra la mentira* y salga triunfante *la verdad, que es la que V. R. defiende*».

Así, por lo mismo que siguen, como su tan querida Fundadora, acudiendo a nosotros en busca de dirección muchísimas hijas fidelísimas de Santa Teresa, conocemos a fondo su buen espíritu y su manera de pensar, y por eso no podemos menos de alabarlo cuando se ofrece ocasión; sin que esto pueda ser ofensivo para nadie que juzgue desapasionadamente.

¿En qué se funda, pues, el P. J. V. para decir con tanto énfasis (p. 3): «Aunque hubiera el *ofensor* procedido con *alguna verdad*, nos obligaría el deber filial a defenderla en lo posible (a la «Orden así *maltratada*»). Pero ahora se nos imputan *falsedades*...»—Por lo visto, en todos nuestros argumentos contra los que suponemos errores de los articulistas adversarios (jamás de la Orden), no halló ni una sola *verdad*, aunque no se atreve ni a mencionarlos, sintiéndose evidentemente incapaz de refutar *ni uno solo*; y en vez de consignar algunas de esas nuestras «falsedades» no logró descubrir en nuestros artículos *ni una sola*, sino únicamente *dos erratas*, bien involuntarias por cierto, pero que él califica implacablemente de «tropiezos contra Santa Teresa» y una de «incalicable» (p. 73): erratas que no advertimos, por lo mismo que de hecho (por más que otra cosa pondere él) no alteran el sentido del contexto, el cual, según en sus lugares se verá, de propósito mantenemos intacto, para que se vea cómo, así corregidas las erratas (cosa que debemos agradecer al P. J. V.), sigue siendo la misma o más clara la fuerza de nuestra argumentación.

El gran «*error fundamental*» que nos atribuye (p. 21) y que por lo mismo no cesa de recordarlo y ponderarlo, es el de la traducción (sumaria y sin comillas) de un pasaje de Tomás de J., cuyo texto latino está allí a continuación para subsanar cualquier inexactitud, si la hubiera; pero que, como en su lugar veremos, no la hay, pues sin ser nosotros literatos, resultó, a juicio de quienes lo son, tan fiel y tan correcta nuestra versión, como la misma que el P. J. V. pone al frente rectificándonos: por donde se ve que no debió de entender muy bien lo que censuraba; y así es como, lejos de disipar el error manifiesto de Tomás de Jesús, lo agrava enormemente, según veremos muy claro.

Luego nos acusa de falta de sinceridad por no haber dicho que ese error, Tomás de Jesús lo quiere apoyar en Ricardo. «¿Por qué, nos increpa (p. 26-7), no fué V. ingénuo y por qué no confesó que el P. Tomás en dicho párrafo *no hizo más que repetir* la enseñanza del tan respetable Ricardo de S. Víctor, notando y todo que la tomaba del l. 4. c. 22?—Eso le hubiera honrado a V. acreditando su veracidad noble y sincera».

¡Así habla quien ni una palabra dice de las incalicables alteraciones que señalamos en los escritos de Santa Teresa, que él declara puros e intactos..., ni una de nuestros argumentos, dejándolos todos por soltar, como si no existiese nada de lo que le estorba o que pueda favorecernos,—como nuestra protesta de afecto

al Carmelo, y de hablar en propia defensa—, y se pasa el tiempo y las páginas en hacer aspavientos, repetir falsedades, fingir sin razones y... ver si encuentra pajitas en el ojo ajeno, mientras no quiere ver tantas vigas de lagar como tiene en el propio...!

«Verdad es, continúa, que eso le haría a V. desistir de su empeño en presentar al P. Tomás como *inventor* de la contemplación adquirida. Pero, mire, la verdad y la sinceridad deben anteponerse a nuestros empeños... La verdad es que Tomás... fué *un fiel intérprete y continuador* de la doctrina del reputado y antiguo Ricardo.»

Pues callamos eso, sencillamente por no perder el tiempo en discutir una atribución que juzgamos arbitraria, como puede verse por lo que ampliamente dijimos en *Cuestiones Místicas*, y no había ahora por qué detenerse a explicar las diversas acepciones impropias en que el insigne Victorino suele tomar la palabra *contemplación*, y de las cuales los *adquiridistas* quisieron prevalerse para traerlo por fuerza a su partido, no obstante la explicación tan en contra que de él dió el mismo Doctor Angélico.— Pero querer apoyarse en ese pasaje precisamente que al efecto se cita, es aplicar a la contemplación adquirida lo que se dice de la unión o contemplación «sobria», que siendo en rigor mística y obra del don de sabiduría, como muy bien dice Felipe de la Trinidad, C. D., es sin *enajenación de los sentidos*, o sea *sine mentis excessu*, por contraposición a la «ebria» que es con enajenación. Así dice Ricardo: «*Omnia contemplationum genera... modo per mentis excessum, et modo sine aliquo mentis excessu solent exerceri*».—Decir que ésta es *contemplación adquirida*, es decir una gran inexactitud y suponer adquiridas las oraciones de *recogimiento infuso* y de *quietud* y aun la de cierta unión que es sin enajenación.

Esto se ve aún más claro en el texto del cap. 23 de Ricardo, que el P. J. V. cita a continuación en p. 28; donde la misma oración con enajenación a que es *elevada* el alma *sobrenaturalmente*, se divide en concedida del todo gratuitamente, y ganada o *merecida* con el largo ejercicio de las virtudes; y ésta así *ganada* con *buscar y llamar y pedir*, nos la supone el P. J. V. *adquirida*, porque así le conviene. «*Eorum autem, dice Ricardo, qui in suis contemplationibus supra semetipsos ducuntur, et usque ad mentis excessum rapiuntur, alii hoc... accipiunt ex sola vocantis gratia; alii vero ut hoc possint, sibi comparant...*»

Y esta oración que así llega hasta el *arrobamiento*, es la que se nos quiere hacer pasar por *adquirida*, y... que le diéramos importancia, so pena de no ser sinceros... Así continúa el P. J. V. con aire triunfal. «Ya ve V., *mi amado P. Arintero*. Esto es *claro y terminante*; la contemplación adquirida fué enseñada por Ricardo, y con Ricardo se cuenta una pléyade numerosa».—Y en ella pone... a cuantos le vienen a las manos en una nota escrita por otro que tal, donde hace figurar al mismo Dionisio Cartujano, a pesar de las protestas que luego le veremos hacer, y a los mismísimos B. Susón y V. Taulero!!!

He aquí, pues, por qué callamos, no queriendo perder el tiempo en desmentir atribuciones tan infundadas, y contentándonos con refutar el absurdo que sostiene indiscutiblemente Tomás de

### 1.—Inconsistencia de esa novedad y discordancias en su exposición.

Es la «*contemplación adquirida*» una de tantas palabras que, después de mucho fascinar, acaban por ser miradas con justo recelo, como cuantas sólo han servido para emborronar papel, provocar discusiones inútiles y embrollar importantes cuestiones, por carecer totalmente de razón de ser. Pues nadie puede ya saber qué sentido tiene ni para qué vale, si no es para quebrar cabezas o trastornarlas y llenarlas de humo sin lograr jamás, como cosa vana de suyo, ningún fruto de vida eterna.

Ha mucho que estamos en esa firme convicción, afianzada cada vez más, a pesar de que, en un principio aceptamos como cosa corriente esa moderna invención en nuestra *Evolución mística*, aunque sin dedicarle, gracias a Dios, más que unas tres líneas, que luego en la segunda edición hemos preferido borrar como del todo inútiles.

En las *Cuestiones místicas* la discutimos por extenso y con toda imparcialidad, declarando que no negamos la existencia de algo—de lo mucho y heterogéneo—que con ese nombre se designa, sino el que pueda

Jesús; ya que a él solo nos dirigíamos y no teníamos por qué meternos para nada con Ricardo.

En cambio quien así nos acusa de falto de sinceridad, omite todos los documentos irreplicables con que demostramos lo que tanto le duele, y ni siquiera se atreve a mencionar la serie interminable de incoherencias y fantasías del libro póstumo de Tomás de Jesús; su rotura completa hasta consigo mismo, como discípulo de Sta. Teresa, para fundar la escuela «pseudoteresian» y la supresión del famoso prólogo en que él mismo excluía de antemano la contemplación adquirida... Y mientras esto calla y nuestra protesta de amor sincero a los suyos y de vernos obligados a responder a sus ataques, se entretiene en llamar la atención de incautos lectores con pueriles juegos de palabras, protestas de cariños fingidos, ensayos de contemplación adquirida y cuentas de conciencia en plena plaza pública de la magna Carta... para que todos vean y admiren los frutos que, a ejemplo de él, pueden sacarse de... eso que Sta. Teresa con tanta razón llamó «boberías» que hacen «más daño que provecho».

designar un verdadero *término* de la vida espiritual, y el que sea una manera de *contemplación cristiana*, correlativa de la infusa o *contrapuesta a ella*, y no más bien su última preparación y disposición, tan adecuada, que es ya realmente un presagio y un verdadero comienzo de ella, de la *infusa o mística*, que es la única designada hasta entrado el siglo XVII en toda la tradición católica por la palabra *contemplación*, en contraposición de la *oración* discursiva, tratándose de la *vida espiritual o de oración* y no de una simple *especulación* didáctica; no siendo cuando se la tome en un sentido vago e impropio y como parte o cosa sinónima de la misma *meditación*.

Mirándola como perteneciente en rigor a la «oración sobrenatural» o sea a la contemplación infusa, como su presagio e ínfimo grado, cabe dentro de la doctrina tradicional, y precisando así de una vez su sentido, no habría mayor inconveniente en admitirla; de otra suerte, se le opone como una novedad peligrosa, que casi lleva derecha al quietismo, y como tal vimos que es *a priori* enérgicamente excluida por Santa Teresa. De ahí el que—con haber sido admitida por no pocas carmelitas, y por multitud de autores de todas condiciones y hábitos, en estos tres siglos de decadencia—sea siempre mal mirada por las más fieles hijas y legítimas herederas del espíritu de la Mística Doctora, así como, en general, por todas las almas que sienten al vivo las cosas de Dios y pueden hablar por íntima experiencia y no por simples referencias o siguiendo el dictamen de autores demasiado especulativistas.

No obstante esa íntima convicción de la *inanidad de la contemplación adquirida tal como suele ser presentada*, procuramos por mucho tiempo callar a fin de no agriar los ánimos de sus entusiastas defensores y ver si entre tanto se hallaba una fórmula de avenencia que, respetando el nombre, en atención a tantísimos autores, por muchos conceptos bien respetables, que lo emplearon, excluyera de raíz los errores e inconveniencias a que suele prestarse.

Pero en el momento en que eso esperábamos, nos hallamos con un grandísimo desencanto, viendo que con

el nombre de *contemplación adquirida*, no sólo se infiltraban, sino que expresamente se patrocinaban los mayores desaciertos en que pudo incurrir la *decadencia mística*, cuales son: primero, el de afirmar que existen, en vez de un solo *camino de perfección*—que consiste en la fiel imitación de Jesucristo, y que conduce a la plenitud de la luz y la vida (Joan., 8, 12)—, *dos caminos* completamente distintos: uno, como si dijéramos, plebeyo, propio de la gente vulgar, y que conduce, a lo sumo, por los pasos contados de la meditación, hasta esa famosa «contemplación adquirida», donde muchos han de estacionarse para siempre, según pretendió Molinos; y otro aristócrata, reservado para sólo algunos privilegiados a quienes del todo gratuitamente se les introducirá en la contemplación mística o infusa. Y segundo, como consecuencia, que, en vez de una sola forma de verdadera *santidad y vida espiritual*—cual es la participación de la vida divina y comunicación mayor o menor del mismo Espíritu Santo—hay dos suertes de *vidas espirituales* heterogéneas y de *santidades* completamente distintas: una «ordinaria», adquirida como a fuerza de puños, o sea de industrias y métodos y consideraciones y prácticas—en que los dones del Espíritu Santo son como talentos sepultados—, y otra «extraordinaria», donde, por gracia especialísima, fructifican esos dones, y el divino Espíritu viene a tomar posesión del alma. Esto es cosa que a los demás les sería—según eso—inútil desear y pretender, pues por más que hagan y «pidan y busquen y llamen» y se dispongan y guarden bien los mandamientos, no les será concedida su Pentecostés. Suponen, en efecto, que hay dos maneras de llamamientos, uno general para sola la vida ascética, la cual creen que basta para la plena santidad y perfección *ordinarias*—excluyendo así la necesidad de los dones del Espíritu Santo—, y otro especialísimo para la vida mística... Y esto, a pesar de que Nuestro Señor tan expresamente dice: *Venid a mi todos. Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y os abrirán* (1), y

(1) *Mt.* 11, 28; 7, 7. «*Nemini via praecluditur*—advierte el V. P. Juan de Jesús M.<sup>a</sup>, C. D. (*Theologia Mystica*, Cánones, 28), quominus peculiaris cum Deo consuetudinis foedus possit inire,

promete a los que de veras lo aman *manifestarse a Sí mismo* y hacerles sentir las íntimas comunicaciones del Espíritu Consolador (Joan., 14, 15-21).

Ante tales extremos no pudimos menos de protestar enérgicamente (1). Y al ver cómo se vienen por algu-

nedum caelestia nosse.—At ecclesiasticorum et praelatorum praesertim est ad sapientiam hanc facile ingenuam et speculatione et praxi perdiscendam animosius aspirare, ut subditis queant prae-lucere».

(1) En el Congreso Teresiano, al cual expresa y personalmente habíamos sido invitados por el Provincial de los Carmelitas Reverendo P. Conrado, para ver de hallar una «fórmula de averencia», y donde nos hallamos, en vez de eso, con la oposición más cerrada a nuestra doctrina, la que el P. Evaristo calificó de «anticarmelitana», a pesar de verla en la misma forma que atrás (cap. 7.º) queda expuesta con palabras de la misma Sta. Teresa... Esto nos causó verdadero estupor y nos obligó a protestar diciendo: «No sé qué entiende V. por «doctrina carmelitana»; lo que veo es que esa que Vd. ahora defiende es *del todo opuesta a la de la mística Doctora*, y propia de los siglos de decadencia, y como tal la vengo impugnando hace ya muchos años y pienso seguir haciéndolo, contra quien quiera que sea, mientras Dios me dé fuerzas... Por suerte *lo mejor de la Orden carmelitana siente como sentimos nosotros*».—Y por lo mejor de la Orden entendíamos no sólo a las monjas—las cuales de ello nos tienen dado espontáneamente innumerables testimonios—tales como el allí leído por el Padre Albino, hoy Obispo de Tenerife, sino también a los religiosos más espirituales, de quienes nos constaba cómo sentían, por más que muchos de ellos no se atrevieran a manifestarlo. Pero algunos bien lo manifiestan a la luz de todo el mundo.

«Un Carmelita Descalzo, declara el mismísimo P. Evaristo (*Monte Carmelo*, Diciembre, 1923, p. 576), acaba de publicar una obra en la que afirma que *la doctrina tradicional de la Orden es la misma que defienden nuestros adversarios*».

Al corregir estas pruebas debemos añadir que nos acaba de llegar de Roma una atentísima carta de un muy competente Padre Carmelita que dice: «Yo creo que con V. R. es fácil llegar a un buen acuerdo... Me da pena que los extraños crean que *todos* los Carmelitas sostenemos ciertas teorías e interpretaciones infundadas... Que sepa el público que la *Orden NO* (subraya así él) se ha pronunciado sobre ningún punto de los ahora debatidos. Me consta positivamente eso... Son opiniones *particulares*...»

Se ha hecho correr que allí, en pleno Congreso Teresiano, dijimos que los RR. PP. Carmelitas Descalzos—a los que tan especial afecto hemos tenido y mostrado siempre—no eran vivo retrato de Santa Teresa, sino sólo las hijas... Esto es del todo inexacto. Jamás dijimos tal cosa. Lo que hubo fué que dicho P. Evaristo insistió en decir o dar a entender que ellos eran los intérpretes auténticos—o los más auténticos—de Santa Teresa; de donde se

nos manteniendo, creemos un deber el seguir protestando en toda ocasión oportuna, a fin de impedir que se

seguía que los demás, así pasáramos la vida estudiándola y aun tratando íntimamente a sus hijas, no éramos quiénes para contradecir lo que un carmelita dijera, aunque sólo hubiera dedicado un mes a estudios místicos, y con sólo eso se atreviera a presentar como teresiana la misma dichosa «contemplación adquirida», que fué allí el caballo de batalla.—Respecto a ésa dijimos primeramente: Venimos aquí a honrar a la Santa, no a querer prevalecernos de su nombre para acreditar lo que no es de ella, y qué a mi juicio es del todo contrario a ella, y estoy resuelto a impugnar a todo trance como una novedad peregrina.—Por lo cual, el Presidente mandó retirar la conclusión que trataba de colgarle dicha contemplación; por más que, así y todo, se hayan empeñado algunos en publicarla como *aprobada!!!*

Luego insistiendo el mismo P. E. en sus pretensiones exclusivistas—en un tono algo altanero y bien molesto para quienes íbamos a enaltecer la memoria de la mística Doctora y hacer resaltar la importancia de sus propias doctrinas, y con manifiesta ingratitud para las Ordenes religiosas que tanto contribuyeron a su misma formación espiritual y al nacimiento y desarrollo de su santa reforma—afirmó y repitió muchas veces: «¡Nosotros, nosotros, nosotros!... Dijo Fr. Luis de León que Santa Teresa dejó dos retratos vivos: ¡sus libros y sus *hijos*, sus libros y sus *hijos*, sus libros y sus *hijos!!!* y unos son los fieles guardas e intérpretes de los otros...»

Como estábamos junto a la tribuna para oír bien, repetidas veces le advertimos, por lo bajo, que retirara ese texto con que así quería sobreponérsenos, porque en nada le favorecía; y que si no, le habría de pesar mucho...

Largo rato insistimos en vano para no vernos obligados, en propia defensa y de la verdad, a poner ésta allí mismo en claro, en un punto que nos dolía en el alma tenerlo que decir así a oídos de todo el mundo, con rubor para unos cuantos Padres venerables y muy queridos nuestros...

Pero al fin el deber se nos impuso a todo, y contra lo que era de esperar de nuestro carácter apocado, viendo que se ahogaba siempre nuestra voz y no se nos concedían siquiera «*dos minutos*» que varias veces pedimos, ya que con nuestra sordera nada podíamos entender en medio de aquel clamoreo; nos dirigimos a la presidencia, protestando de que no se nos dejaba hablar en propia defensa, habiendo sido atacados... Y entonces, al concedérsenos ya la palabra, en medio de un silencio regular pudimos en sustancia decir: «No venimos aquí ni hemos sido invitados, para dejar así acaparar el nombre de Sta. Teresa, con gran ofensa de los que fueron maestros de su espíritu, y por cuya orden escribió gran parte de lo que escribió, y así se les debe... quizá el que sea escritora... Mucho antes de que Vds. nacieran la conocimos, acaso como nadie o al menos *como el que más*, en sí misma sin necesidad de retratos; y nunca hemos perdido ese derecho a seguir conociéndola como cualquiera, y también como Vds... RR. PP. Car-

ofusque la tan consoladora y tradicional verdad de un *general llamamiento a la santidad* e íntima unión con Dios, o sea a la plena perfección cristiana, que se logra en la vida mística con el fiel ejercicio de *las virtudes y los dones* (1), configurándonos más y más con Jesucris-

melitas: Vds. me son testigos de que nosotros damos tanta autoridad, en la interpretación de nuestro Doctor Angélico, a los grandes maestros carmelitanos, como a los nuestros... (Respondieron los más asintiendo: *así es*).—Pues entonces está visto que somos más generosos, pues es cierto que no tienen Vds. con el Doctor Angélico los títulos que nosotros tenemos con Sta. Teresa, de haber sido sus maestros...

En cuanto a la cita de Fr. Luis de León—añadimos (volviéndonos hacia el P. Evaristo, y, por caridad, hablándole muy bajo, para que a ser posible él solo oyese una verdad tan amarga)—debemos advertir que no dice: «Sus libros y sus *hijos*», sino: «Sus *hijas* y sus libros»; que no es lo mismo.

Estas fueron nuestras palabras; pero como el público apenas las oyó, y sólo vió lo aplanado que quedó dicho Padre, empezaron algunos a correr lo que se les antojó, por más que varias veces, de viva voz hemos ya protestado.—Así necesitamos ahora hacerlo de nuevo por escrito para que conste que eso no era afirmar tal cosa por nuestra cuenta, sino rectificar una cita así equivocada y tan en mala hora aducida en contra nuestra.

(1) «*Gratia virtutum et donorum* sufficienter perficit essentiam et potentias animae, quantum ad generalem ordinationem actuum animae». S. Thomas, 3.<sup>a</sup> p., q. 62, a. 2, ad. 1. Y la «perfección de la gracia de las virtudes y los dones—según declaró Benedicto XV al Director de *La Vie Spirituelle* (cf. *Acta Apost. Sed.* 1921, p. 528)—está en la VIDA MÍSTICA».—Véanse nuestras *Cuestiones Místicas*, 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup>

Es sobre manera chocante que esta corriente y correctísima expresión «vida mística», así sancionada por tan gran Pontífice, se haya atrevido a censurarla como un «desdichado invento» el *Mensajero de Santa Teresa* (Enero, 1925, p. 424).

Por lo demás, el 31 de Julio de 1924, S. S. Pío XI, en carta firmada por el Card. Gasparri, escribía al P. Louismet, O. S. B.: «Agradeciéndole de corazón el haber enriquecido la literatura mística con una obra cuyo objeto es *demostrar que la divina contemplación está al alcance de todas las almas que buscan a Dios y la perfección de las virtudes cristianas*... esperando, o haciendo votos por que contribuya a hacer que nazca en las almas un *deseo más grande de la vida SOBRENATURAL*».—Y ésta, vivida cual conviene, o sea *sobrenaturalmente* o de un modo *sobrehumano* mediante el ejercicio normal de todos los dones del E. S., es, según ya vimos, la verdadera *vida mística*, objeto propio de la *ciencia mística*.

En el número de Marzo de 1925, p. 8, dice el citado *Mensajero* que «la Mística limita su estudio a la *contemplación infusa*» y que fuera de ésta, aunque deban «actuarse muchas veces los dones...»

to, *camino, verdad y vida*, y que consiste, según Santo Tomás, en tener bien *ejercitados los sentidos espirituales*, para que nuestro principal estudio o ejercicio sea *Deo adhaerere, et frui* (*In Hebr.*, V, 14; 2-2, q. 24, a. 9).

Por suerte, en el número de Septiembre de 1923 de *La Vie Spirituelle* (*Études et Documents*, págs. 277 y sigts.) hallamos un interesantísimo artículo titulado *La contempl. acquise chez les théol. Carmes D.*, escrito por el R. P. Gabriel de Santa M.<sup>a</sup> Magdalena, C. D., con el ánimo conciliador que tanto deseábamos y con una competencia nada vulgar, que confiamos nos facilite el llegar a un común acuerdo.

Con sumo gusto vemos cómo procura excluir los errores y extravagancias que con frecuencia se asocian a esa nueva denominación, admitiendo con los mejores maestros y teólogos carmelitas la perfecta unidad de la vida espiritual, cuyo normal coronamiento es la contemplación mística, única conocida y entendida por el nombre de *contemplación* por toda la tradición cristiana, y aun por la misma escuela carmelitana; pues aunque ésta, a partir de Tomás de Jesús, viene admitiendo también la adquirida, no se refiere a ella sin algún aditamento que la distinga, y así, hablando *simpliciter* de contemplación, todos siguen entendiendo la propiamente tal, o sea la *infusa*, pues la otra es, más bien que oración, una *especulación* teológica (1).—«La es-

fuera de ese radio de acción, opera la Ascética».—Según lo cual resultaría que el «vivo sin vivir en mí» de Santa Teresa, y aquella *vida nueva* que describe (*Vida*, c. 23) desde que le parece que ya no es ella misma la que vive, *sino Dios en ella*, por sentirse tan mejorada en todo su proceder, como *poseída del divino Espíritu* mediante sus dones, todo eso sería ascético=*ascesis*=*ejercitación* (activa), a pesar de sentirse el alma en un *estado pasivo*, en que *no agit, sino agitur!!!*; Sería cosa ascética y no mística lo que en el alma santa pasa fuera de la contemplación, cuando, según dice San Juan de la Cruz (*Llama*, canc. 1): «*todos los actos de ella son divinos... todos los movimientos de la tal alma son divinos... porque los hace Dios en ella con ella...!*»

(1) «Sólo se ha de aprovechar el entendimiento—advertía muy bien en sus primeros escritos el mismo Tomás de Jesús (*Tratado de la oración mental*, c. V. n. 10)—para arraigarse más en la verdad, ponderarla mejor y con esto mover la voluntad; porque no

cuela carmelitana, dice (pág. 297, nota 4), tomada en su conjunto, ha reconocido siempre que la *vida mística es el pleno desarrollo de la vida espiritual*. Así, todos sus autores más notables enseñan que *todas las almas interiores* pueden y aun deben desear la contemplación *infusa*—por lo mismo que es coronamiento de la única *vida espiritual y santa* a que aspiran.

«Por lo general, termina diciendo (pág. 303), para los teólogos del Carmelo la contemplación adquirida no es un *término*, sino una *disposición próxima* para recibir la infusa, que así viene a encontrarse en la *vía normal de la santidad*» (1).

Tampoco cree que atenten contra la verdadera doctrina de Santa Teresa, pues, a pesar de la nueva denominación, «no se introduce ningún grado de oración no conocido por la Santa, por cuanto la *contemplación adquirida* no es para ellos más que la de *recogimiento adquirido*, que ella describe en el cap. 28 del *Camino de perfección*. Además, esta doctrina no favorece al quietismo, puesto que de él se separa absolutamente declarando que la *oración de quietud es infusa*».

En estas dos afirmaciones ya no podemos estar del todo conformes con el docto escritor carmelita; y así aunque mucho nos alegramos de verlo con un carácter tan «francamente conciliador», según él mismo declara (pág. 278), y bien quisiéramos adherirnos a sus intenciones y aceptar sus conclusiones, vemos ya muy claro que nunca podrá de esta suerte lograrse el deseado fin; pues mientras siga figurando—sin mas restricciones—

habiendo ejercicio de voluntad y actos de ella, más será estudio que oración».

(1) Es cierto que Tomás de Jesús, Felipe de la Trinidad, Antonio del Espíritu Santo, Domingo de Jesús y José del Espíritu Santo, afirman que esa *contemplación adquirida* es la mejor disposición para la infusa, en que suelen de ordinario reconocer el verdadero coronamiento normal de la vida cristiana. Pero a lo mejor se olvidan, y al sostener, evidentemente contra Santa Teresa, la existencia de dos vías o dos *Camino de perfección*, no reparan en contradecirse admitiendo que la adquirida sirve de término normal a la que suponen *perfección ordinaria*, aunque, según San Juan de la Cruz, sin la contemplación infusa no se puede llegar ni a la vía iluminativa propia de los aprovechados. (Noche, I, c. 1).

esa nueva denominación, seguirán infiltrándose no pocas incoherencias e inexactitudes, que serán fuente de confusiones y continuas discusiones, sin más utilidad que la de sacar a flote una palabra vana. Por lo cual juzgamos muy preferible el parecer de otro muy discreto P. Carmelita, que decía: «Puesto que con esa palabra empezaron nuestros teólogos del siglo XVII a salir de la verdadera tradición, volvamos a ésta y dejémosnos de luchar por cuestiones de términos».

«Ciertos autores—añade el mismo P. Gabriel—, celosos de conservar la doctrina de Santa Teresa, y viendo que en sus escritos no queda lugar ninguno para esa contemplación adquirida, sino que se pasa de la oración activa de recogimiento a las infusas... dicen que admitir esa contemplación es separarse de las enseñanzas de la Santa».

Y con razón que les sobra, pues sin desnaturalizar esta enseñanza hasta extremos inconcebibles, es imposible sostener tal contemplación como distinta de la infusa. El P. Gabriel, para atenuar tal desviación de la verdadera doctrina de Santa Teresa, dice que «para los teólogos del Carmen el nombre de contemplación adquirida designa una oración en que el acto contemplativo... es frecuente y se ejercita con facilidad, de suerte que el alma se aplica sobre todo a estas sencillas miradas y a los afectos..., sin que se requiera una vista intelectual uniforme o duradera».

Pero a poco que examinemos a esos autores, veremos cuántas veces la exigen, y cuándo no se quedan con una oración que a todas luces debe llamarse afectiva y no contemplativa, pues si algo tiene de esto es cuando ya se siente cierta influencia divina especial, propia de la oración infusa. Y así debe entenderse lo que dicen los buenos maestros y repite Tomás de Jesús (*De contempl. divina*, l. 1, c. 2): «Cuando la voluntad se siente divinamente embriagada de santos afectos, debemos dejar los discursos y especulaciones del entendimiento..., porque impiden un bien mayor, cual es el dulce y grato reposo de la contemplación».

Y pues en ésta, como dice José del Espíritu Santo (*Cursus*, t. 2, d. 7, n. 64-67), hay un *fuego sagrado* o un

*fuego celeste*, claro está que es ya sobrenatural o infusa, por más que nos la quieran vender a veces por adquirida.

Así, pues, bien pensado todo, creemos ya necesario mostrar sin rodeos la absoluta *inanidad de esa contemplación puramente adquirida, pues nadie que sepamos ha logrado sacar de ella utilidad ninguna, ni declarar para qué sirve; y de hecho, conforme iremos viendo muy claro, sólo sirvió para apartar a las almas del buen camino.*

Por más que el docto P. Gabriel termina afirmando que «la doctrina de los teólogos carmelitas acerca de la contemplación adquirida es firme y clara», el hecho evidente es que cada uno de ellos, como de cuantos autores la sostienen, a no ser en lo que servilmente se copien, la presenta de un modo muy distinto; cada cual parece tiene gusto en darle un destino especial, sin que prácticamente haya logrado tener ninguno bueno; pues por más que varios la suponen disposición inmediata para la infusa, el hecho es que, tal como solía ser presentada, a nadie ayudó a dar ni un solo paso, y que sólo ha servido para desviar de ella y dificultarla, desalentando o disponiendo para el quietismo. Y nadie tampoco podrá decir y declarar bien en qué consiste. Y así, difícilmente se hallarán dos autores que, sin copiarse, acierten a definirla y describirla en perfecto acuerdo, ni uno que, al tratar de ella, logre estarlo del todo consigo mismo. Aquí realmente, no sólo hay tantas sentencias como cabezas, sino tantos pareceres distintos y aun inconexos como páginas, que no han sido pocas las que en pro de ella se han escrito.

Unos dicen a veces que es verdadera contemplación propiamente dicha, pues le cuadra la definición que de ésta en general dió Santo Tomás, que es «una simple intuición o vista de la verdad: *Simplex veritatis intuitus*». Y olvidan que con eso la reducen a un mero *estudio* o a una suerte de *contemplación natural*, como algunos—y entre ellos Antonio y José del Espíritu Santo—efectivamente la suponen y la llaman; y para que pertenezca al género de *oración*—que es de la única

que aquí se trata—y no al de *simple estudio*, el Santo Doctor dice expresamente que esa intuición propia de la contemplación de que hablan los maestros espirituales, nace y termina siempre en amor (1) y es obra de los dones de inteligencia y sabiduría, y, por tanto, pertenece de lleno a la Mística (2).

Otros dicen que esa contemplación que llaman *adquirida* es una suerte de *mirada a Dios* o de *vista amorosa*, en que con sólo un puro acto de viva fe puede terminar una buena *meditación*, así como un buen estudio, después de muchas reflexiones y consideraciones, puede terminar por una simple y comprensiva *mirada* llena de admiración y entusiasmo... Mas no advierten que aunque el mismo entendimiento, que en el proceso de un raciocinio obra como *razón* discursiva, puede terminar a veces como *inteligencia*—obrando con una simple *intuición de la verdad hallada*—, no sucede lo mismo en los actos de pura fe (3)—. Esta, como es de *non visis* (4), obra siempre valiéndose de discursos, imágenes y comparaciones: *per speculum et in aenigmate*, y nunca por *intuición* o *simple mirada*; y así, para que en las cosas sobrenaturales que exceden por completo

(1) Cfr. 3 *Sent.*, d. 35, q. 1, a. 2; *ib.*, q. 2, a. 1; d. 36, q. 1, a. 3; 2-2, q. 45, a. 5; 180, a. 7, ad 1.

(2) En la contemplación filosófica, dice Santo Tomás (3 *Sent.*, d. 34, q. 1, a. 2), «*motus humanus est ut ex simplici inspectione altissimarum causarum homo de inferioribus judicet, et ordinet; et hoc fit per sapientiam... intellectualem virtutem... Sed quod homo illis causis altissimis uniatur... ut sic quasi ex intimo sui de aliis judicet et ordinet... hoc per sapientiae domum efficitur*».—Cfr. Dionisio Cartujo, *De contempl.*, l. 1, a. 3, 10, 13.

(3) Aun cuando pueda haber cierta manera de contemplación adquirida al fin de un estudio o discurso capaz de causar profunda admiración, sin embargo, advierte el P. Garrigou-Lagrange (*Perfect. et contempl.*, pág. 287): «en la oración de simple presencia de Dios, en que el objeto conocido es casi siempre el mismo, si el alma viene a quedar realmente *cantivada* en sus facultades superiores, eso no parece ya ser fruto de la actividad humana, sino resultado de una gracia especial que ilumina y atrae, y que es el germen de la contemplación infusa».

•No creemos que la contemplación que llaman *adquirida* sea un estado de oración especial distinto de la *oración afectiva simplificada*. (Id., pág. 289).

(4) «*Veritas prima est objectum fidei secundum quod ipsa non est visa*». (S. Th., 2-2, q. 4, a. 1).—«*Fides importat solum assensum ad ea quae proponuntur*». (Ibid. q. 8, a. 5, ad 3).

a nuestra pobre capacidad, pueda nuestra razón obrar como *inteligencia*, o sea por intuición, no le basta la ayuda de la simple fe viva, ni de ninguna otra suerte de *virtudes*, que obran siempre al *modo humano*; se necesita, además, la del don de entendimiento: «Fides, dice el Angélico (3 *Sent.*, d. 34, q. 1, a. 2), *est inspectio divinatorum in speculo et aenigmante. Quod autem spiritualia quasi nuda veritate capiantur, supra humanum modum est, et hoc facit donum intellectus*» (1).

Así éste, junto con el de *ciencia* y el de *sabiduría*, han de suplir en el orden sobrenatural lo que en el natural hacen las virtudes intelectuales (2). Pues para llegar a *ver* tan altas cosas, es menester, añade, que el alma sea *introducida* de un *modo sobrehumano* (3).

Esto lo explica admirablemente el V. P. Juan de Jesús M.<sup>a</sup>, C. D. (*Theologia Mystica*, c. 4), diciendo: «Suprema animae vis *intelligentia* nuncupatur, quae est ipse intellectus, qua ratione *lumen a Deo proxime recipit* et vel per prima principia conceptis dumtaxat terminicis *vi naturali*, vel *occulta divinae sapientiae immisso lumine supernaturali*, sine discursu cognoscit: Hanc mystici theogi vocant mentem, umbram intellectus angelici... vel apicem rationis».

Así es como enseñó expresamente (ib., c. 3), que no hay más que una sola manera de contemplación divina, que es la infusa o mística, por más que a veces necesite empezar por consideraciones y representaciones: «Quia contemplationis divinae ratio... ex iis gradibus minime

(1) Véanse los interesantes artículos del P. I. Reigada sobre *La Contemplación adquirida*, en *La Vida sobrenatural* (Enero y Febrero, 1925) y *La Ciencia Tomista* (Marzo, 1925).

(2) «Sicut se habet *sapientia*, quae est *virtus* intellectualis, ad *intellectum principiorum*, quia quodammodo comprehendit ipsum... *ita sapientia quae est donum, ad fidem, quae est cognitio simplex articulorum*, quae sunt principia totius christianae sapientiae. Procedit enim *sapientiae donum ad quamdam deformem contemplationem*, et quodammodo explicitam articulorum, quae fides sub quodam modo involuto tenet secundum modum humanum». S. Thom., 3 *Sent.*, d. 35, q. 2, a. 1, sol. 1.—In contemplatione añade (*De Verit.* q. 18, a. 1, ad 4), *Deus videtur per medium quad est lumen sapientiae, mentem elevans ad cernenda divina*.

(3) Si *supernaturali lumine mens in tantum elevatur, ut ad ipsa spiritualia aspicienda introducatur, hoc supra humanum modum est*.—S. Thom. in 3 *Sent.* d. 35, q. 2, a. 2, quaest. 1.

variatur... asseruimus *contemplationem esse actum elicited a sapientiae habitu*, uno nempe e septem Spiritus Sancti donis, cujus est Deum contemplari... Ex hoc efficitur divinam contemplationem *nisi ex dono Dei supernaturali nemini contingere*».

Algunos reconocen expresamente que esa que llaman contemplación adquirida, como término natural que es de la simple meditación y hecha, como ella, al *modo humano*, pertenece en realidad a la oración discursiva y debe llevar el nombre de *meditación*, o, a lo sumo, el de *especulación*. Así lo declaró el mismo Tomás de Jesús al decir (*De contempl. divina*, l. 8, c. 5): «Acquisita contemplatio, *speculatio* potius dicitur, quia lumen speculationis non immediate ab ipso Deo (accipit), sed quasi per speculum, nempe per Scripturam vel doctrinam sicut speculum materiale».—Y en el tratado publicado poco ha: *De contempl. acquisita* (pág. 86), repite eso mismo diciendo que apenas merece el nombre de *contemplación*, y mejor se llamaría *especulación*.

«Es más bien *especulación* que *contemplación*», afirma, a su vez, Felipe de la Sma. Trinidad (*Sum. Th. Myst.*, p. II, tr. 1, d. 2, a. 2); y Antonio del E. S. (*Direct. Myst.* tr. 3, d. 1, s. 8, n. 48) dice: «*potius speculatio quam contemplatio nominatur*».

«*Especulación*, añade José del E. S. (*Cursus*, t. 2, d. 8, n. 38), la llaman ordinariamente los Santos, mientras la infusa lleva simplemente el nombre de *contemplación*». Y más adelante (d. 9, n. 160) advierte que esa adquirida muy bien «podría llamarse *meditación*, una vez que es el término de ésta y se adquiere con nuestra industria y nuestros esfuerzos».

Y a la meditación debe, en efecto, reducirse, según Santo Tomás, toda *especulación*: «*Speculatio ad meditationem reduci videtur*» (2-2, q. 180, a. 3, ad 2).

Siendo así, y más tratándose hoy de identificarla con lo que Sta. Teresa llama *recogimiento* «por el entendimiento adquirido», el cual es «una excelente manera de *MEDITACIÓN*» (*Mor.* 4.<sup>a</sup>, c. 3), no hay por qué empeñarse en seguir dándole ese impropio nombre de *contemplación* que, lejos de ofrecer ventajas, a tantísimas confusiones y engaños se presta.

El P. Gabriel reconoce francamente (págs. 291-2) que el nombre de *contemplación adquirida* ofrece la gravísima dificultad de aparecer como «una *innovación* en la nomenclatura tradicional. De hecho, cuando los grandes místicos hablan de *contemplación*, muestran siempre referirse a la *infusa*. Esto es del todo *evidente*, por ejemplo, en *Sta. Teresa* (cfr. *Mor.* V, c. I; VII, c. 4; *Camino*, c. 17, 19, 20, 21, 25, 27, 31), y nuestros teólogos han tenido de ello clara conciencia». «Así, añade en nota, el P. José de Jesús María (*Subida del alma*, l. 1, c. 23) declara que «cada vez que la Santa en sus escritos se sirve del nombre «*contemplación*», se refiere a aquella a que el alma es *sobrenaturalmente elevada por una ayuda especial de la gracia*».—El mismo Tomás de Jesús, hizo, como veremos, una declaración parecida en un prólogo publicado en Roma en 1610.

«Podrá así y todo objetarse, prosigue el P. Gabriel (pág. 293), que hay un verdadero inconveniente en extender la significación de un vocablo de la terminología tradicional; pues cuando se lea en los Santos la palabra «*contemplación*», sin aditamentos, se podrá siempre dudar si se trata de la *adquirida* o de la *infusa*».—Este inconveniente, aunque muy real, supone luego que «no es grande en la práctica, porque nuestros autores, al hablar de la que es fruto de nuestros esfuerzos, suelen añadirle el epíteto de *adquirida*, no siendo que el mismo contexto lo haga innecesario... Y hasta llegan a veces a contraponer la *contemplación adquirida* a la «*contemplación*», mostrando reconocer que es *infusa* la así llamada por los Santos».

Mas no todos ni siempre reconocen eso, antes se empeñan no pocos, como puede verse hasta hoy mismo, en violentar las palabras de los Padres y grandes Maestros, como violentan las de *Sta. Teresa* y de *San Juan de la Cruz*, para hacerles patrocinar el famoso invento y atribuir así a la desdichada «*contemplación adquirida*» lo que ellos enseñaron únicamente de la *infusa*.

Por tanto, el inconveniente de la *innovación* no sólo es real, sino grandísimo y funestísimo; y por eso creemos que debería eliminarse un término tan inútil y tan expuesto a abusos.

Pues si para los dichos autores no merece en rigor el nombre de contemplación (y así creen que hablando de ésta *simpliciter*, sin poner el aditamento de *adquirida*, debe entenderse la *infusa*), en cambio, según otros varios, es «la más común y ordinaria». Y así es como; a veces, la llaman, suponiendo que es la única a que es lícito aspirar o que sea dado lograr a la generalidad, y la única a que debe tender y tiende la buena meditación; mientras la *infusa* la tienen por del todo *extraordinaria*, y aun por *gratuita*, y, como tal, innecesaria para la plena perfección y santidad... ¡Como si ésta fuera posible sin el perfecto ejercicio de los dones y los sentidos espirituales, o éstos se redujeran a la condición de puras gracias *gratis datas*, y no pertenecieran a las santificantes y del todo indispensables para la verdadera perfección, según enseña hoy a una voz la sana Teología!... Así vienen tantas veces a chocar contra ésta, sin percatarse de ello, los entusiastas partidarios de esa «contemplación ordinaria...» (1).

De ahí que otros muchos, según comprobaremos más adelante (2), viendo que el oficio que los más le dan es muy superior al de la meditación, y los frutos que le atribuyen no pueden provenir de ésta ni de la simple fe, dicen y sostienen que en ella obran ciertamente los dones del Espíritu Santo, si bien en un grado más remiso que en la *infusa*; con lo cual, sin pretenderlo, vienen a declararla también *infusa* en realidad, aunque lo sea tan sólo en grado ínfimo, o como incipiente. Y así es como llegan algunos hasta declararla *inefable* y, por tanto, «mística» en todo rigor (3).

(1) Bien recientemente se ha podido ver en los *Études Carmelitaines* (janv.-avril 1920, y janv.-avril 1921) cómo resumen con aprobación la *Disceptatio mystica* de Antonio de la Anunciación, C. D., en que se enseña ser la contemplación mística un favor del todo extraordinario a que no conviene aspirar, debido a las *gracias gratis datas*... Mas la generalidad de los teólogos carmelitas, lo mismo que los dominicos, sostienen que pertenece a las santificantes y que todos pueden—y aun deben—con humildad aspirar a ella, según dicen expresamente Felipe de la Sma. Trinidad y Antonio del E. S.

(2) Véase a Seisdedos, t. I, págs. 122, 214-17; López Ezquerro—o Nagore—*Lucerna mystica*, tr. 3, c. 6.

(3) «Este nombre de mística—decía el P. Segneri en su famosa

Y a ésta tiene por necesidad que reducirse para poder evitar las de otro modo inevitables y continuas incoherencias; y entonces, aunque pueda tener algo de *activo*, como lo tiene más o menos todo acto de contemplación para no ser quietista e ilusoria, no por eso debe dejar de llamarse *infusa*, ya que lo es formalmente; y no conviene de ningún modo darle el nombre de *adquirida*, que se presta a confusiones tantas y tales, que así impiden a ilustres autores el que puedan mostrarse de acuerdo ni con la sana tradición, ni aun a veces consigo mismos, como, Dios mediante, iremos viendo muy claro.

«Toda oración—reconoce muy bien el mismo P. Gabriel con su habitual buen sentido (p. 298 99)—en que la inspiración divina mueve la inteligencia, aunque no sea más que a intervalos, debe llamarse *contemplación infusa*. Igualmente..., si hubiera una oración en que la inspiración especial se dirigiese a sola la voluntad, sin tocar a la inteligencia, debería también llamarse contemplación infusa... Jamás nuestros teólogos pudieron (o debieron) llamar contemplación adquirida una oración que proceda de un influjo especial del Espíritu Santo... Pues para Sta. Teresa es *manifiestamente infusa* toda oración que no puede ser fruto de nuestros esfuerzos; y en ese género incluye el *recogimiento sobrenatural*, la *quietud*, la *oración de impulsos*, para no citar más que las gracias místicas inferiores».

Pero así y todo, el mismo autor, a pesar de su discreción y buen sentido, viene a señalarle dos oficios bastante distintos y en donde al fin interviene más o menos lo infuso, al sostener (pág. 290 293) que «la oración de contemplación adquirida no se distingue de la que en nuestros días llaman oración *afectiva simplificada*, o también *oración de simple mirada*... Y es también la

*Concordia entre la quietud y la fatiga de la oración* (1.<sup>a</sup> p., c. 1, § 1); aunque al presente haya quedado solamente a aquella contemplación sobrenatural que se llama infusa, no es tan propio de ella que no pueda también convenir a... la que se llama adquirida... Porque ésta, aunque no sea *tan inefable* como aquélla, no es, empero, tan fácil que se pueda dar a entender si no se *experimenta*: *Manna absconditum quod nemo scit, nisi qui accipit* (Apoc., 2, 17).

misma que Sta. Teresa (*Camino*, c. 28) llama de *recogimiento adquirido*.—Así juzga del todo equivalentes estos cuatro términos: *Oración afectiva simplificada*, oración de *simple mirada amorosa*, oración *adquirida de recogimiento* y *contemplación adquirida* (1). En prueba cita unas palabras de *El Monte Carmelo* (Mayo 1923) tomadas de una conclusión—por cierto no aprobada, sino expresamente desechada en el Congreso Teresiano—en que son presentadas como *dos formas* distintas de *contemplación adquirida*, la oración de *simple mirada afectuosa* y la de *recogimiento interior*.

Y efectivamente que son cosas distintas y muy distintas, pues este interior *recogimiento* con mucho fruto se puede a veces tener, según Sta. Teresa lo recomienda, en toda suerte de oraciones, aunque sean vocales o discursivas, y sobre todo en la afectiva, por muy ordinaria y nada simplificada que sea; si bien eso facilitará la simplificación y dispondrá para recibir muy pronto el recogimiento infuso; y en cambio, la *simple mirada afectuosa* se puede tener ante el Crucifijo o el Sagrario, etc. sin *recogerse en el interior* propiamente, sino sólo en Dios o ante su Divina Majestad, que así atrae y *mantiene fija la vista* del alma.

Cuando esta mirada va simplificándose y haciéndose más amorosa, muestra muy claro—en la desgana o creciente dificultad que entonces suele haber para meditar, y aun cada vez más para producir afectos distintos—

(1) También el P. Teodoro de San José, C. D. (*Essai sur l'Oraison selon l'Ecole carmelitaine*, Bruges 1923) llama *contemplación adquirida* al *recogimiento interior*, descrito por Sta. Teresa (*Camino*, c. 28), y dice que en las almas dóciles al Espíritu Santo es una disposición para recibir la infusa; la cual empieza con el recogimiento *sobrenatural*, y en ella, advierte expresamente (páginas 93-94) «está el pleno desarrollo de la vida de la fe... San Juan de la Cruz insistió particularmente sobre este punto de que la *contemplación sobrenatural*, de que habla en la *Subida del Monte Carmelo* y en la *Noche oscura*, es el pleno desarrollo de la vida de la fe y de los dones del Espíritu Santo, sobre todo del de sabiduría».—Así, «la vida mística—añade (pág. 120)—es el coronamiento normal de la vida interior... En todas las almas regeneradas en las aguas bautismales hay una vocación general a la vida mística. Desear, con humilde sumisión a la voluntad de Dios, que este germen se desarrolle perfectamente en nosotros, por los mejores dones del Espíritu Santo, es querer lo que Dios quiere».

que ya no es oración propiamente *adquirida* o *activa*, aunque tenga algo o mucho de esto, sino realmente *infusa*, pues supone una moción, inspiración o intervención especialísima del E. S. que así facilita esa mirada y la hace dulce y amorosa sin nosotros apenas pretenderlo, y, sobre todo, así dificulta o impide y hace desabrida toda acción o iniciativa propia para discurrir y aun para ejercitarse en afectos. Y esto sin perjuicio de que, una vez *puestos definitivamente en ese estado*, cada vez que uno quiera ponerse en oración, la suele tener así, o sea con esa *amorosa vista*, como esperando a la puerta de la Divina Misericordia y contentándose con llamar a ella con vivos deseos íntimos, aunque sin acertar a expresarlos ni aun a reflexionar sobre ellos. No por eso podrá decirse—como ha dicho alguien—que «es *adquirida*, pues está a nuestro arbitrio»; porque no lo está el *ser puestos* en esa suerte de *incapacidad para actos distintos y facilidad para esa simple mirada*, ni ésta es precisamente la que pretendería el alma; pues lo que ella intenta sería o entrar de lleno en el *tabernáculo admirable*, o si no *buscar y pedir* con actos distintos, y no estarse así como *ociosa* esperando a la puerta sin poder apenas moverse de allí... Mas no dejará por eso de salir de la oración más enriquecida de ciencia y amor y otros frutos de santidad, que si se estuviera ejercitando largas horas en meditaciones o afectos.

Así, «este nombre de *vista fija en la oración*—conforme advertía ya el P. Segneri (*Concordia*, p. 2.<sup>a</sup>, c. 4, § 3)—, no conviene a aquella vista que nosotros con nuestros medios podemos fijar en Dios. Esta es una vista sencilla común a muchos, aun en la más grosera meditación. Conviene este nombre a aquella vista que fijamos en Dios por medio de un acto que *Dios excita por Sí mismo*... y que como está *llena de amor*, así iguala a todos los afectos».

Por tanto, repetimos una y mil veces: esta que hoy llaman oración *afectiva simplificada*, por mucho que tenga de *activo* y aparentemente de *adquirido*, y que de algún modo podría autorizar para llamarla *contemplación adquirida*, en realidad y verdad es formalmente *infusa*, como verdadera obra que es de los dones del

Espíritu Santo, por más que lo sea en grado ínfimo, o mejor diríamos en uno de sus ínfimos grados, aunque pueda haber todavía otros inferiores, como creemos los hay en la simple oración afectiva ordinaria, en que los afectos vienen sin necesidad de provocarlos, o sea como por sí solos, porque el mismo Espíritu Santo, en realidad, desde un principio los sugiere, haciendo que el «pozo» —de que habla Sta. Teresa—redunde en agua, y así no haya necesidad de sacarla con esfuerzos. Por eso creemos que esa oración debe llamarse de *transición* entre la pura ascética y la claramente mística. Y aún podremos señalar otro grado ínfimo de oración infusa, *en la misma discursiva*, cuando, en lugar de ser seca y fría, como sucede tantas veces, ocurre que sin motivo especial, resulta llena de unción, fervor y santos afectos, que vienen, no cuando nosotros más los procuramos, sino cuando le place soplar al divino Consolador: por lo cual, bien puede afirmar Vallgornera que la misma meditación constituye el primer grado de la oración mística, a la cual, empezando por ahí, «todos—añade—deben aspirar» (1). Según eso, la que él llama *contemplación adquirida* bien podría formar el segundo grado, y lo constituirá, seguramente, cuando ya se identifique con la simple *vista amorosa*.

Reconociendo, como es preciso reconer, que ésta es ya, en rigor, cierto modo de *contemplación infusa*, no habría gran inconveniente en darle, sin embargo, por atención a tantos y tan respetables autores como se lo dieron, el nombre de *adquirida*, por lo que tiene de *activa*, sin que esto atentara en nada contra la *unidad* indiscutible de la *vida espiritual*, o la perfecta *continuidad en la escala de los grados de oración*, ni se opusiera a las reiteradas advertencias de Santa Teresa, que con tanta insistencia encarga que nadie se suba *sin que Dios los suba, pues cuando El suspende las potencias del alma, dale en que se ejercite con más provecho*; pero cuando ella, sin moción especial, las quiere suspender—como sucedería en una manera de vista sencilla y quieta, que uno se procurara dejando voluntariamente de ejercitar las potencias en sus ordinarios ac-

(1) Cfr. *Mystica Theol. D. Thomae*, q. 2, d. 6, a. 2.

tos—perdería el tiempo ociosamente y así eso sería *bobería y no pararía en bien*.

Por tanto, sin romper de lleno con la doctrina de la Mística Doctora y con la verdad tradicional, no es posible sostener una manera de *contemplación divina*, adquirida propiamente con nuestras diligencias, y no *infusa en rigor*; esa aparece como una novedad más que sospechosa, contra la cual debemos luchar sin descanso. Ahora, si se declara que tiene algo de infuso, identificándola con la *oración afectiva simplificada*, no habría tan grande inconveniente en admitirla, pues ya no tendría más novedad que la de ese nombre, supuesto que conviniéramos en la definición, o sea en entender por ella tan sólo esa *oración de simplicidad*, como otros la llaman, y que tiene algo de *activo* y algo de *pasivo*, y, por tanto, según lo dicho, de *adquirido* y de *infuso*.

Pero si con ella se trata de designar otra forma de oración, en realidad muy distinta, aunque a veces parecida, como lo sería esa que llaman de *recogimiento interior*, por mucho que se quiera convenir en designarle esos *dos oficios*, aunque se eviten ciertos errores o peligros, no se lograría evitar las confusiones, engaños o inexactitudes provenientes de no advertir bien en cada caso a cuál de esas dos formas o suertes de oración se aplica el nuevo nombre de *contemplación adquirida*. Y puesto que cada una de ellas tiene ya el suyo bien claro, no hay para qué involucrarlas con otro tan confuso y a veces tan impropio, que por lo mismo no ofrece ninguna esperanza de llegar a ser unánimemente aceptado ni siquiera como símbolo de concordia.

Ese «recogimiento interior adquirido», de suyo no es *vista amorosa*, ni para en ella siempre, ni por lo mismo en ninguna manera de *contemplación*, sino que es tan sólo un modo de ponerse en la *presencia de Dios*—que sabemos mora en nosotros—, para reverenciarle y conversar amigablemente con El en nuestros corazones; y así es utilísimo para la misma meditación y aun para la simple oración vocal. Y por eso a todos lo recomienda tanto Sta. Teresa como provechosísimo, asegurando que por ese medio se podrá llegar más pronto a gozar del mismo *recogimiento infuso*—y, por tanto, de la *vis-*

*ta amorosa* que suele precederle o con que Dios dispone inmediatamente al alma para recibirlo—, y en la que, por ser ya un cierto grado, aunque muy inferior, de *contemplación infusa*, queda el alma largos ratos sin cansancio y sin gana de meditar ni hacer actos especiales. Mas con sólo ese simple y amoroso *mirar* saldrá luego llena de paz y de frutos de vida, muy lejos de estar ociosa como los quietistas y los que, por querer ponerse activamente a contemplar, se quedan realmente embobados, o cuando no están pretendiendo entrar por su pie, en donde nadie puede entrar si no es *introducido*; con lo cual se incapacitan para que Dios les haga esa gracia, y no pueden menos de ilusionarse y exponerse a todos los engaños quietistas.

## II.—Peligros que entraña y extravíos a que expone (I).

Estos *peligros* comenzaron con el mismo Tomás de Jesús, que fué quien tuvo la triste suerte de poner en boga tan desdichado nombre. Pues aunque no fué quien lo inventó, ya que, doce años antes que él, lo empleó el benedictino P. Mtro. Alvarado, fué quien acreditó esa novedad precisamente poniéndola en forma tan incohe-

(I) No decimos—nótese bien—que sea heterodoxa o propiamente «quietista»; sino ilusoria, falsa y peligrosa, como no fundada en la realidad y verdad y muy expuesta a parar en quietismo, y cuando menos en «boberías» y pérdidas de tiempo en vano, y a veces en serios trastornos o inquietudes que desorientan a muchas almas y les hacen salir del verdadero camino.—Si no se hubiera admitido semejante *contemplación adquirida*, no es fácil que se hubiera podido escribir el funesto libro de Molinos, por cuanto en ella se funda o la supone, como *Guía* que pretende ser *para adquirirla*... A quien no estuviera en esa falsa persuasión, mal le hubiera podido entrar aquella extraña manía, que luego tanto cundió, de querer por sí mismos «ponerse en *oración de quietud*, o de *pura fe*», y *adquirir* la «perfecta *contemplación*»... Por tanto, sin ese famoso invento, a buen seguro que todos los corazones devotos habrían procurado algo mas «no subirse sin que Dios los subiese»; convencidos de lo presuntuosa y vana que sería tal pretensión.

Mas esto no quita que autores muy respetables y bien hostiles al quietismo, aceptaran sin embargo ciertas maneras de «contemplación adquirida», si bien casi siempre tal, y con tales precauciones y señales, que resultará muy difícil, si no imposible, distinguirla de la infusa.

rente e insostenible como aparatosa, con que inició un fatal movimiento de *decadentia* espiritual y una lamentable rotura con la verdadera tradición. El P. Alvarado no excluye esa manera de oración—por lo que pueda tener de *adquirida*, o, mejor dicho, de *activa*—de la propiamente *infusa*; y así es como puede merecerle formar el primer grado de ésta y, por tanto, de la verdadera contemplación (1). Mas el P. Tomás la define casi con los

(1) «Los grados que hemos dicho de esta contemplación—observa el P. M.<sup>o</sup> Alvarado (*Arte de bien vivir*, l. 2, c. 46), *vau tau seguidos, que... ejercitándose en el primer grado, no puede dejar de subir al segundo y tercero*». Del cual acababa de decir que «tiene mucho de sobrenatural e infuso».

En el cap. 48, a continuación de lo último extractado en *Conocimiento oscuro*, dice expresamente que «la introversión y recogimiento... es un grado de la mística Teología y una manera de obrar en la cual, dejando el alma todos los pensamientos y consideraciones de las criaturas y recogiendo los sentidos para que no se distraigan por las cosas exteriores, se convierte con lo supremo del entendimiento... a pensar en Dios, sin formar discursos ni razones: con esta vista sencilla le mira presente como un bien infinito, lleno de mil perfecciones y grandezas, y gozándose la voluntad de que las tenga, se ocupa en amarle».

Esto es lo que se trata de hacer pasar por una contemplación adquirida, y, sin embargo, quien primero habló de ella así lo declara ser un grado de la infusa o mística. Y es porque, como advierte poco después, al terminar este capítulo: «los principios de este modo de oración, de ordinario, proceden de nuestra diligencia, ayudada del favor de la gracia; pero al fin acude Dios con la ilustración e inflamación sobrenatural». Que es lo mismo que dijo Santa Teresa hablando del recogimiento infuso y de la quietud; a saber, que de ordinario a los principios presuponen cierto trabajo de meditación o ejercicio de nuestras potencias.

«Este recogimiento, dice el písimo carmelita Fr. Miguel de la Fuente, hablando del infuso (*Las tres Vidas*, l. 2, c. 2), tiene tres grados: El primero es cuando el hombre íntimo entra dentro de sí. El segundo cuando ve y entiende que está ya recogido. El tercero cuando sin hacer discursos ni formar razones, mira a Dios dentro de sí mismo, con una vista simple y sencilla, como un bien infinito e inmenso, incomprensible, y mirándole con suma atención sin hacer otra cosa por entonces... ocupando la voluntad suprema y su afecto en amarle sin cesar un punto, gozándose íntimamente de todos sus bienes, complaciéndose en sus perfecciones, alabándole en sus atributos, y dándole gracias por su bondad infinita; y todo en suma paz y ocio y silencio de las potencias».

«Divina contemplatio, quae ad Dei provehit notitiam, scribit S. Lorenzo Justiniano (*De casto Convivio*, c. 19), *gradibus quibusdam indiget spiritualibus, ut ad sui perducatur perfectionem... Spiritualia (mens humana) potius palpitando quam discernendo*».

mismos términos que luego empleará Molinos, como puramente *activa* o *adquirida*, hecha enteramente al *modo humano*, lo mismo que la simple meditación, de la cual forma parte, o sea el término final y lo mejor (1). Luego da numerosas reglas y advertencias para enseñar, según diría Sta. Teresa, cómo se han de *encantar las potencias*, a fin de suspender todo acto discursivo o afectivo y quedar así voluntariamente *embelesados*, mirando, como si estuviera en nuestra mano, a los diversos atributos de Dios y los innumerables objetos que él propone como propios de esa manera de contemplación en que quiere meter hasta a los principiantes o novicios... Y, sin embargo, a vuelta de hoja y aun a cada página, sin percatarse de ello, le da—conforme se ve forzado a reconocer su entusiasta editor y luego veremos—las propiedades más notorias de la infusa, con que expone a miles de confusiones y a todos los extravíos quietistas. Pues la verdad es que este mismo parecía ser el vicio capital o más saliente del libro de Molinos y en lo que más reparaban sus impugnadores, que, pretendiendo hablar de una manera de contemplación que todos pueden adquirir con sus propios esfuerzos, ayudados de la sola gracia ordinaria, luego la confundiera con la infusa, haciendo así entrar en esta misma, con fraude y violencia, como si estuviera a nuestro arbitrio (2).

De este modo, sin pretenderlo de seguro y aun sin darse cuenta de ello, antes creyendo acaso hacer un gran servicio a Dios y a su orden, lo que hizo fué romper de lleno con Sta. Teresa y San Juan de la Cruz y con la verdadera y primitiva tradición carmelitana, conservada en su pureza hasta el V. P. Juan de Jesús María († 1615), y también hasta hoy, por la misericordia nendo diffinit, nisi irradiaverit intus sapientiae divinus splendor. Tunc prout gradus est luminis, est et cognitionis».

(1) El P. Tomás (*De Contempl. divina*, l. 1, c. 2): «*Acquisitam eam nuncupamus, quam industria et exercitatione propria, non tamen sine divina operatione et gratia, acquirimus*».

Molinos (*Guía*, Proem. advert. 3.<sup>a</sup>, n. 20): La *activa y adquirida*... es aquella que puede conseguirse con nuestra diligencia, ayudándonos la divina gracia».

(2) Es un error—decía el P. Marchese—atribuir a la contemplación adquirida los efectos de la infusa (Cfr. Dudon, *Le Quietisme*, pág. 162).

de Dios, en la generalidad de las fieles hijas de la Mística Doctora y en los PP. Carmelitas más espirituales y experimentados, tanto descalzos como de la antigua observancia, los cuales lamentan esa nueva manera de espiritualidad que, conforme una buena monja de las primeras casas fundadas por la Santa, decía: «Nada tiene de teresiana».

Pero, así y todo, fué poco a poco invadiendo el terreno y ganando prosélitos, no sólo entre los más famosos autores de la Descalcez carmelitana, sino también en los de casi todas las demás órdenes y condiciones, en estos siglos de decadencia, con gran menoscabo de la espiritualidad tradicional y de la verdadera unidad de la vida espiritual—que por todas partes iban quedando como ofuscadas u olvidadas—y con todos los demás daños consiguientes a los desvaríos del quietismo; cuyo dogma fundamental bien puede decirse que era la nueva *contemplación adquirida* en que se pretendía introducir a todos los devotos. Así es cómo se fué originando una peregrina y fascinadora manera de espiritualidad que empezó a cundir y a infiltrarse hasta entre los mismos impugnadores de ese error, algunos de los cuales, como Segneri, no reparaban en admitir también a su modo cierta *contemplación adquirida*...

Que la supuesta *posibilidad de ésta* era la base del quietismo, lo dice el mismo título del libro de Molinos: «Guía espiritual que... conduce al alma... a la *adquisición de la contemplación perfecta*». Lô dice el de Petrucci: *De mistica contemplazione acquistata*. Lo dice la defensa que de ella hace el mismo Molinos (cfr. Dudon, *Le Quietisme*, ch. V, págs. 75-99), y el que se le eche este error en cara en el decreto de condenación diciendo (*ib.*, página 276): «Notorie fuisti grabatus quod docueris novam quamdam et inauditam speciem orationis, quam vocas CONTEMPLATIONEM ACQUISITAM; etcétera», y las proposiciones condenadas, 23 y 57, donde vuelve a figurar el famoso invento. También lo dicen las acusaciones o deposiciones que acerca de la *Guía* hacen diferentes teólogos: Unos advierten (cfr. Dudon, p. 120) que presenta como señales de que un alma está ya madura para la contemplación adquirida,

las mismas que San Juan de la Cruz propone para la infusa; que en muchos pasajes habla de esta última, por más que el objeto del libro, según dice el autor, es tratar de la otra; y, por fin, enseña que la adquirida entraña, lo mismo que la infusa, la supresión de los actos discursivos.

Iguales reparos podrían de seguro hacerse—conforme veremos luego—al libro recién publicado de Tomás de Jesús, titulado *De contemplatione acquisita*.

Además, el jesuita P. Caprini presentaba a los inquisidores romanos estas significativas conclusiones (*Ibid.*, pág. 130): «*Error fundamental de los libros que tratan de la moderna contemplación adquirida, y especialmente de la Guía espiritual.—La nueva y quimérica contemplación adquirida que enseña la «Guía espiritual» es imposible de adquirir y peligrosa de practicar.*»

Ya en 1628 el P. Fr. Juan de Lazcano, dominico, lector de Teología en Pamplona, en su extenso libro sobre la *Oración y Meditación*, dedicado con gran entusiasmo a Santa Teresa, se lamenta de ver cuán olvidadas iban siendo—suplantadas por novedades peligrosas—las doctrinas tradicionales, y así dice al principio (*Advertencias*, cap. 2): «En estos tiempos en materia de oración se han escrito, y cada día se escriben, muchos libros que, olvidándose de los caminos reales y seguros y ciertos, y cursados y sendereados casi por la mayor parte de los Santos, escriben caminos particulares y poco seguros y no bien fundados, con poco provecho de las almas, y quizá con hartos daños; de suerte que parece que en esto ha nacido un espíritu de novedades..., de manera que apenas hay libro que no enseñe su camino diferente...»

Y para que se vea cuáles son esas novedades, añade (2.<sup>a</sup> p. del libro 1.<sup>o</sup>, duda 9.<sup>a</sup>): «Porque hay muchos libros de romance que enseñan que hay cierto modo de oración... muy levantado, en el cual *se suspende el discurso*. Y dicen algunos que eso es *oración de unión*, y otros de *quietud*; y otros dicen que es *contemplación* subidísima. Otros dicen y aconsejan que solamente con actos de fe se ha de amar a Dios sin discurso alguno y

sin consideración de criatura alguna. Y acerca de esto hay *muchos engaños y graves yerros...* Quitar el discurso mejorándolo es imposible que lo haga otro que sólo Dios... Cuando el hombre se quiere quitar a sí mismo el discurrir, *bobamente...*, no mejora el conocimiento ni el fervor ni la devoción, antes lo estruja, le seca y quita su jugo... Como enseña Santo Tomás, el obrar sin discurso es propio de los dones del Espíritu Santo, los cuales no están atados a las leyes ordinarias... Por ser cosas tan altas y que sacan al hombre del modo y curso ordinario de entender, frisan con los ángeles y bienaventurados y con su modo de entender; y así, cuando Dios a los Santos algunas veces priva del discurso, se lo mejora grandemente con los dones del entendimiento o sabiduría, o otros; y era como quien hace subir a uno a una torre alta, y desde allí le enseña una multitud grande de cosas de una vez. Y así sucedía que los Santos en estas ocasiones, algunas veces venían a entender y conocer más en un instante de lo que podían alcanzar con sus discursos propios en muchos y largos años...

De suerte que... así como no puede estar siempre el hombre sin pestañear con los ojos, aunque quiera..., así es imposible que totalmente se pueda privar del discurso... sino que sólo Dios lo ha de hacer... De donde nace un grandísimo engaño en mujeres y otras personas que tratan de oración; las cuales, muchas veces entendiendo por yerro que el suspender el discurso está en su mano, y que la oración sin discurso es cosa muy grande... procuran quietarse en la oración... con tanto silencio y espacio, que realmente los discursos y pasos que dan con el entendimiento son pocos. Y como esto sale de la costumbre ordinaria... les parece que no tienen discurso; y pasando más adelante piensan que tienen *oración de unión o quietud* o alguna otra oración altísima que llega ya al cuarto cielo... De aquí viene a ser que en estos tales se suele engendrar una soberbia y presunción oculta, muy grande; de donde poco a poco vienen a presumir otros *desvarios mayores*, con que se ponen a *graves peligros y muchos de ellos se despeñan y se pierden*.

He aquí, pues, la primera impugnación que conocemos de la *contemplación adquirida*, hecha ya al año de morir Tomás de Jesús, y cuán al vivo se pintan en ella los peligros de quietismo a que lleva de suyo esa «bobería» de «suspender el discurso sin que Dios le suspenda».

Para tener por muy sospechosa esta ociosidad o «encantamiento» de las potencias, «sobraba, dijo más tarde el P. Segneri (*Concordia*, p. 3.<sup>a</sup>, c. 4, § 4), que Santa Teresa, habiendo sido tan apasionada de la contemplación mística, no haga otra cosa en todos sus libros que encomendar una y otra vez a las almas la cooperación inmediata que debemos a Dios, con todos los actos posibles de nuestras potencias, si no es que éstas se hallen atadas por mano superior, sin artificio nuestro. Y así, lo que algunos pretenden con desterrar nuestra cooperación, reduciendo toda su doctrina a *estarse en fe*, es desear una gran virtud, pero es quitar al mismo tiempo los medios para alcanzarla. ¡Oh cuánto se alejan estos modernos contemplativos de aquellos caminos reales por donde han andado los Santos! Y así, es muy justo que los Padres espirituales lleven las almas... a la sagrada contemplación cuando... Dios las comienza a llamar a ella; pero... nunca será justo que las lleven a la que éstos enseñan, tan distante de la *verdadera contemplación*».

Esa, había dicho ya (2.<sup>a</sup> p., c. 6, § 4), «es una contemplación supuesta, espuria, afectada».

Para ver las relaciones que con el quietismo guarda la *escuela de Tomás de Jesús*, bastará mirar por alto lo que los discípulos de éste influyeron en la formación de los corifeos de aquel error y en apoyo de sus doctrinas, antes de que éstas fueran condenadas. Hablando de Petrucci dice así el doctísimo P. Dudon, S. J. (p. 62): «Su *verdadero maestro* fué el carmelita descalzo José de Jesús María. En el libro *Subida del alma a Dios* fué donde aprendió su doctrina acerca de la oración y la vida interior. Es natural que no se asimilara bien ese tratado... Pero *de ahí deriva su quietismo*...»

Poco después (p. 110) menciona una carta del jesuita Otolini al General de la Compañía, escrita el 11 de Agosto de 1681, en que le muestra los inconvenientes que él creía ver en las críticas de los suyos contra la *nueva espiritualidad*: «Los Jesuitas habían con eso logrado crearse *numerosos enemigos entre los Carmelitas descalzos*... De su actitud respecto a la *contemplación adquirida* se deducía que entre ellos era desconocida la *alta oración*».

Y no es muy de extrañar que así sucediera, cuando el mismo famoso libro de Molinos salió a luz con recomendación entusiasta y decidida de un alto personaje de la Descalcez, que fué uno de los seis censores que lo aprobaron (1).—He aquí, en efecto, el laudatorio informe oficial que de él daba, con fecha 20 de Mayo de 1675, el P. Domingo de la Sma. Trinidad, exgeneral de los Carmelitas descalzos:

«Yo el infrascrito he leído atentamente un libro intitulado *Guía espiritual que... conduce a la adquisición de la perfecta contemplación...*; en el cual no he encontrado cosa alguna contraria a la Fe ni a las buenas costumbres; antes hay en él *bellísimos documentos espirituales*, proporcionados al *precioso fin del autor*, que es *conducir al alma devota... a la perfecta contemplación* y al inestimable goce de la paz interior... Por lo cual *lo juzgo digno* de imprimirse, mayormente para provecho de las almas que aspiran a tan gran bien.—FR. DOMINGO, etc.»

Por aquí se comprenderá que no es muy exacto lo que tan de buena fe y con tan santas intenciones aseguraba el docto P. Gabriel diciendo que era poco favorable al quietismo la doctrina de Tomás de Jesús y sus secuaces, por cuanto declaraban que la oración de quietud es infusa. Esto es cierto que algunos de ellos lo declaraban en la teoría, pero sin tenerlo muy presente en la práctica; y otros, como Honorato de Santa María, y

(1) Esto no quita que otros, fieles a la tradición, luego lo impugnasen y alguno hasta se adelantase a denunciarlo a la Inquisición de Toledo; y que el mismo P. Domingo procurara después reparar su yerro.

sobre todo Antonio de la Anunciación, aun en la misma teoría meten entre la adquirida (la cual tienen por «ordinaria» y suficiente para la perfección) «ciertos grados de oración manifiestamente *infusos*», según reconoce (p. 288) el mismo P. Gabriel.

Y aun hoy día, el porta estandarte de esa escuela que algunos se empeñan en llamar «carmelitana» y que en realidad es *pseudoteresianas*, el R. P. Joseph du S. C., director de los *Etudes Carmelitaines*, no reparaba en sostener hasta hace poco—evidentemente contra Santa Teresa y San Juan de la Cruz y toda la verdadera tradición de su Orden y de las otras—que la contemplación mística es del todo extraordinaria, obra de gracias *gratis datas*, y además que las formas de oración que Santa Teresa describe en la cuarta Morada, o sea el *recogimiento infuso y la quietud*, pertenecen de lleno a la ponderada *contemplación adquirida*; por más que la Santa Madre diga y repita que esa oración es ya manifiestamente «sobrenatural», que jamás se podrá lograr con todos nuestros esfuerzos, y que así en breves momentos produce más fruto de virtudes que cuantos pueden lograrse en muchos años con nuestras pobres «consideracioncillas».

Y son muchos los que sin decir esa enormidad dicen otras mayores, aunque más disimuladas, cual es la de sostener que es también *activa, adquirida o accesible a nuestros esfuerzos* una «merced» mucho más grande que Dios hace luego a las almas fieles, y que Santa Teresa describe, no ya en la cuarta, sino en la quinta Morada, después de que el alma murió ya a sí misma y salió de la fase de gusano y pasó a ser linda mariposa..., o sea cuando en el cap. III describe, según hemos visto ya varias veces, otra oración *no tan sobrenatural* (o sea menos realzada con favores extraordinarios) que las *muy sobrenaturales* que acababa de describir. Trata de la unión *no regalada*, o, como dicen, «sobria», la cual, por ser del todo *ordinaria* en la vida mística, declara la Santa expresamente que es una *merced de Dios que todos pueden* con su favor—no dice *adquirir*, sino—*alcanzar* (o sea obtener); y así nadie, por mucha que sea la aridez en que vive, se desaliente viendo la alte-

za de esa quinta Morada y los favores que a veces allí se reciben, ni quede sin esperanza de poder subir a ella, es decir, a esta noble Morada quinta de que viene hablando, y no a la adquisición de la supuesta *unión activa*, como alguien malamente le hace decir violentando y falseando sus palabras con pretexto de interpretarlas más fielmente, cuando la Santa nunca habló de semejante *unión* puramente *activa* que nosotros podamos adquirir y que no sea especial «merced de Dios» y muy superior a la misma *quietud*, y por tanto verdadera *unión mística*, que es de la única que está hablando en esa Morada (1).

Esta unión que ella expresamente declara allí «sobrenatural», aunque no lo sea o parezca tanto como la del todo *extraordinaria*, no sólo es poco *regalada*, sino que a veces es penosísima, *dolorosa* y amarga, como suelen llamarla las hijas de Santa Chantal, entre las cuales es frecuentísima, y de quienes es muy apreciada, por verla claramente enseñada por su Santa Madre, que quiere se dispongan todas a *recibirla*, como verdaderamente *infusa*, y, por lo mismo, fructuosísima, casi tanto como la gozosa, cuando no más, y sin los inconvenientes de apegos o peligros de desvanecimientos que a veces pueden seguirse a ésta. Y como saben así apreciar su valor y sienten la íntima dulzura y *consuelo* que

(1) Esta unión no deleitosa, de que aquí trata Santa Teresa, observa muy discreta y sagazmente en otro lugar el mismo citado P. Gabriel de Santa María Magdalena, C. D. (*Message de la Fétite Thérèse*, 1924, pág. 26), es la que los místicos llaman «sobria», por contraposición a la ebria o deleitosa. «En ella, aunque bajo una muy real influencia de los dones del Espíritu Santo, permanece el alma dueña de sí misma... Sin embargo, esta unión sobria es verdaderamente *frutiva*: por más que en una terminología que no podemos menos de mirar como un poco ambigua, llámanla también «unión activa» y aun «adquirida».

En prueba de ello aduce estas palabras de Felipe de la Trinidad (*Sum. Theol. Myst.*, pág. 31, tr. I, disc. I, a. 4): «Esta unión se llama sobria, porque en ella queda el alma dueña de sí misma (*compos sui*). Su raíz es el don, principalmente el de sabiduría. Inundada la inteligencia por el conocimiento suave y sabroso que ese don le comunica, atrae la voluntad y la inflama en un acto de caridad ciertamente frutivo; este acto no sólo procede suavemente, sino también *espontáneamente*».

ofrece en medio de la exterior pena y amargura, con razón se extrañan no poco de oír haya quienes la tengan por ascética o *adquirida*, cosa que parece imposible pueda decir quien de ella tenga la menor experiencia. Pues no es cosa que esté en nuestra mano, ni que a nadie se le antoje procurar o adquirir, sino pura «merced de Dios», como la llama Santa Teresa (1).

Y ¡cuántas veces no habla también luego la mística Doctora de esta unión penosísima en que tanto se sufre y tanto se goza .. y tanto se acrisolan las almas cuando así tan delicadamente las enamora el Amador Divino!

¡Y decir que esto es Ascética pura!... ¡Y tenerse los que así hablan por fieles intérpretes y herederos legítimos del espíritu de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz!... Esto parece rayano en lo inconcebible.

### III —Incompatibilidad con la doctrina teresiana.

¿Cómo podrá decirse—nos declaraba un respetable P. Carmelita, precisamente al terminar el Congreso Teresiano—, que es herencia nuestra esa dichosa contemplación adquirida, cuando nadie entre nosotros habló de ella ni la conoció hasta cerca de unos cuarenta años después de muerta nuestra Santa Madre?...—Así, pues, lo que pide el verdadero espíritu teresiano es dejar por completo esas invenciones tan posteriores y extrañas que ningún buen servicio hicieron, y volver sencillamente a la pura doctrina tradicional y al uso de los nombres comúnmente empleados por las almas experimentadas y que no se prestan a confusiones y engaños.

(1) «No — dice Santa Chantal (*Respuesta sobre el l. de Const. XXII. Aviso del Directorio*)—, por nosotras mismas no debemos inclinarnos a esas clases de oración de admiración, complacencia y benevolencia (*como son todas las que tratan de incluir en la contemplación adquirida*), sino esperar que Dios nos llame a ellas (*por lo mismo que son realmente infusas*), y entonces seguir su atractivo humilde y fielmente. Podemos, sí, hacer muy sencilla y dulcemente *actos* de confianza, de admiración y de unión de nuestra alma con Dios; pero en cuanto a tener esa forma de oración (*contemplación, por más que se llame adquirida*), a Dios solo toca dársosla.»

Así hablan los más fieles hijos de la Mística Doctrina, y así hablan, sobre todo—y muy expresamente declaran a cuantos se dignan oírlas—la inmensa mayoría de las hijas de Santa Teresa, que como leen a la Santa Madre en sí misma, sin gustar de sutiles y alambicados comentarios y poseídas de su mismo espíritu, respirando en la verdadera soledad carmelitana un ambiente tan puro, no pueden menos de extrañarse (así nos lo escriben muchas de ellas) de que haya, sobre todo entre sus mismos hermanos, quienes tanto la desnaturalicen que lleguen hasta hacerla patrocinar las doctrinas más opuestas a las suyas, tan hermosas, tan consoladoras y tan útiles a las almas que con sinceridad buscan a Dios; mientras las nuevas, que han venido a suplantarlas, sólo sirven para desalentar y desconcertar y apagar el espíritu.

He aquí, para muestra, algunas de las instrucciones que daba a sus hijas la V. Mariana Francisca de los Angeles, fundadora de las Carmelitas descalzas de Santa Teresa de Madrid (cfr. *La Vida Sobrenatural*, diciembre 1923, págs. 420-1), donde se ve claro cómo no admite ninguna otra manera de contemplación más que la *infusa*, ni otro camino de perfección y santidad más que el que de suyo lleva a la mística *transformación*, a la cual, por tanto, deberían aspirar y tenerse por llamados todos los fieles cristianos, cuanto más todos los religiosos: «Para llegar el alma a la *transformación en Dios*—decía—ha de fundarse en conocimiento propio de humildad, en que ha de ir siempre aniquilándose y menguando hasta tenerse por *nada*; y entonces crecerá tanto en la amistad de Dios que como sol *la bañará toda* (luz y amor infusos), a que ella debe corresponder quitando todas las culpas e imperfecciones que a la vista de aquel sol *se le descubrirán*. Doce son los grados por donde el alma ha de subir a esta transformación en Dios; seis puede el alma *granjear* por sí con la ayuda de Dios, los otros seis *dados por su Majestad*, sin que ella pueda nada. Los que ella ha de *adquirir* son éstos: Conocer sus culpas. Llorarlas con arrepentimiento y propósito de la enmienda. Satisfacer a la justicia de Dios con penitencia. Perseverancia en este estado.

Dejar todas las cosas por Dios. *Meditación* continua de la vida y ejemplos de Cristo, imitándole en todo.—Hasta aquí ha de trabajar con perseverancia, y *el Señor luego la levantará a los otros seis grados para acabar la transformación*, que son éstos: *Purgación de todo lo sensible* y exterior de los sentidos. *Contemplación de las divinas perfecciones*. *Purgación íntima del alma*, muy diferente de la otra, porque es en lo íntimo de ella. *Amor de Dios semejante al de los serafines*. *Unión con Dios*. *Transformación en Dios*. El alma que llega aquí entiendo que lleva muchas a Dios».

En conformidad con esto, explicando la V. Sor Teresa de Jesús María—C. D. del siglo xvii—, en sus admirables *Comentarios sobre algunos pasajes de la S. E.* (XI, cfr. *Obras*; Madrid, 1921, p. 133) aquellas palabras del *Apocalipsis*: «Ceñidos los pechos con cinto de oro», dice así: «Como los (pechos) de Dios son sus infinitos atributos y éstos tienen tan infinita inclinación a derramarse y comunicarse a las criaturas, fué necesario que esta alma santísima... ciñese estos mares inmensos para que, estando en el mundo, no le anegasen, sino que estuvieran como pechos ceñidos, pero en alguna manera descubiertos y aparejados para que los hombres participasen y bebiesen de su divino licor. Así clamaba... llamándolos por Isaías a estos divinos pechos cuando dijo: *Ad úbera portabimini*, etc., y en otra parte: *Omnes sitientes venite ad aquas*; como si dijera: Estos mis pechos, aunque por estar ceñidos con mi humanidad, parecen pequeños a vuestros ojos, mares inmensos son dentro de mí, y mares de aguas vivas de gracia, mares de vino de amor, mares de leche de suavidad y dulzura. Y así, *cuantos tuvieren sed pueden beber de estas aguas vivas* (que es lo mismo tantas veces dicho por Santa Teresa: «A todos llama...»—*Camino*, c. 19-20). Y luego dice: *Los que no tenéis plata daos prisa a venir y comprad sin ningún precio vino y leche*. Ríos y mares de leche hay en mí, y el precio con que lo habéis de comprar no es otro sino la sed y diligencia y prisa con que lo viniéreis a coger y recibir. Cuanta más prisa y diligencia pusiéreis en esto, *más compraréis*, y nunca se acabarán ni menoscabarán es-

tos mares, porque están siempre manando esta leche y miel... Y el mismo Cristo... clamaba a grandes voces y decía: *Si alguno tiene sed venga a Mí y beba* en tanta abundancia que puedan manar y correr de él ríos de agua viva... De manera que el haber ceñido estos mares infinitos... no fué para impedir que no se comunicasen, sino para acomodarlos a nuestra pequeñez y que así pudiésemos llegar mejor y gozar más de sus divinas corrientes; y para esto nos llama de tantas maneras y con tantos clamores y ansias».

A esa felicidad, claro está, no se llega con nuestros propios esfuerzos ni con los falsos vuelos de una supuesta contemplación adquirida: «En vano—advierte (XXI, p. 251)—es querer levantarse por sí mismo a este estado y felicidad, hasta que Dios... le quiera levantar y transformar en sí».—Pero así y todo, pidiéndole que nos levante y haciendo a ese fin lo que El quiere de nosotros, «se da el divino Señor por obligado a levantarnos».—«Sobre todo—añade (XXIV, p. 248)—disponiéndonos con la pureza de corazón: la cual roba tanto la afición a Dios, que en viendo un corazón y un alma con esta limpieza, no parece le sufre su corazón dejar de manifestársele aun desde esta vida en el modo que en ella puede ser visto».

Esto es lo que con tanto empeño quería recomendar a todos, y muy particularmente a sus más allegados, la admirable Sor Isabel de la Trinidad, C. D. (1880-1906), para que, entrando en íntima comunicación con Dios, en El hallaran su dicha...—«He encontrado el Cielo en la Tierra—decía—, porque el Cielo es de Dios y Dios mora en mi alma. El día que comprendí esto, quedó todo iluminado en mí y yo querría decir este secreto a los que amo».—«La felicidad de mi vida es la intimidad que adentro tengo con los Huéspedes de mi alma».—«Quisiera decir a todos qué fuentes de fortaleza, de paz y también de felicidad hallarían si en esa intimidad quisieran vivir».—«Páreceme que nada puede distraerme de Dios. Cuando se obra sólo por El, viviendo siempre en su presencia..., aun en medio del mundo se le puede escuchar en el silencio de un corazón que quiera ser todo suyo».—«El vivir, para una Carmelita, es comu-

nicarse con Dios desde la mañana a la tarde, y de la tarde a la mañana... Vémosle a través de todo, porque en nosotras le llevamos y nuestra vida es un Cielo anticipado... La oración es un reposo, un descanso; va una sencillamente a Aquel a quien ama; se está junto a El como un niño en los brazos de su madre y se deja que hable el corazón». — «Lo que El enseña sin palabras en el fondo del alma es inefable; todo lo aclara y a todas las necesidades responde». — «Creo que mi misión en el Cielo será atraer las almas al recogimiento interior, ayudándolas a salir de sí mismas para adherirse a Dios con un movimiento sencillo y amoroso, y a conservarse en ese gran silencio íntimo que permite a Dios imprimirse en ellas y transformarlas en El». (*Souvenirs*, 1910, págs. 331, 83, 212, 64, 92, 133, 232).

«La vida del Carmelo —advertía poco ha otra excelente Carmelita, la M. María de Jesús, fundadora del de Paray-le-Monial (1853-1917, cfr. *Vie*, 1922, pág. 48)—se pasa en la luz de la fe». — Es decir, de la viva fe ilustrada con el don de inteligencia que lleva a... *ver a Dios* (1). — «Y sucede que, a fuerza de ejercitar esta virtud, ya no vemos más que a Dios en la tierra. Ella nos arroja a cada instante fuera de nosotras mismas hacia el Señor, que *se nos descubre*. Porque... no puede El escapársele al alma que le busca en la fe».

«Esta frase —observa la religiosa biógrafa— pinta al vivo aquella hermosa vida de oración que fué una suerte de comentario de la palabra del Maestro: *Buscad y hallaréis*».

Así es como hablan y escriben, y sienten y piensan —repetimos—, en todo tan de acuerdo con Santa Teresa, las verdaderas Carmelitas descalzas (2).

(1) «Fides —dice Santo Tomás (2-2, q. 8, a. 5, ad 3)—, importat solum *assensum* ad ea quae proponuntur, sed intellectus (donum) importat quendam *perceptionem veritatis*».

«*Donum intellectus* —añade Báñez (in 2-2, q. 8, a. 3)—, datur homini ad intelligenda et penetranda ea quae revelata sunt».

(2) Así viene a reconocerlo, sin querer, el mismo impugnador nuestro, R. P. Juan Vicente, C. D., en el *Mensajero de S. T.* (Febr. 1925, p. 484) al poner estas palabras en boca de una monja: «Creía yo que eso de contemplación era un rocío celestial...» —Y mientras nos recrimina por haber hecho constar esa verdad tan notoria, no advierte que, con querer sacar a las fieles hijas de Santa

Cierto que no faltarán entre ellas algunas que, movidas de ciertos respetos y consejos, o presiones y lecturas no muy tradicionales, opinen o se inclinen a opi-

Teresa de esa íntima convicción, lo único que logrará es turbarles la paz interior y exterior, sembrando entre ellas verdadera *cizaña* y faltando gravemente a la verdad y a la caridad y justicia con frases como éstas: «Salen libros, folletos y revistas leídos de todos, sembrando *doctrinas peregrinas de mística...* y hasta tratando públicamente de arrojar entre nosotros una como semilla de discordias... Así nos... *maltratan. No se fie de cualquier místico* ni de cualquier libro o revista... Las nuevas teorías (de que hace siglos estaban ellas convencidas) *tienden a apartar a VV. CC.* no sólo de nosotros sus hermanos, sino también de *nuestros propios Padres*, apartándolas de su doctrina (!...) acerca de un punto tan importante como la *contemplación activa*» (ib. p. 483-484).

Para consuelo nuestro—ya que así tan indignamente nos vemos aludidos por el Director de la *Obra máxima*—y sobre todo por el sumo interés de la santa verdad así desconocida, debemos hacer constar que de todas partes y de toda suerte de personas y de comunidades religiosas,—y muy particularmente de las del Carmelo—, nos están llegando cartas de gratitud y parabién por los grandes consuelos y alientos que dicen han logrado encontrar —y cada día más— en esa «bendita revista» (*La Vida Sobrenatural*) ahora aludida como sospechosa. Jamás la trató así nadie; ese celo tan singular estaba reservado para el R. P. J. V... En la *Semana Ascética* de Valladolid, donde se estaba muy al tanto de estas polémicas y no muy edificados de ciertos artículos del *Mensajero T.* y del *Monte C.*, en varias secciones y sesiones se habló de ella con el mayor encomio, hasta el punto de ser propuesto por un dignísimo sacerdote seglar y aprobado por la asamblea, incluso de un simpático P. Carmelita, un *voto de gracias* a la obra benéfica de renovación espiritual que *La Vida Sobrenatural* está produciendo. En otra sección pidió en una interesante «Memoria» otro sacerdote, capellán de Religiosas Agustinas, que a *La Vida Sobrenatural* se suscribieran todos los Seminarios, y en ellos se fomentara la lectura de las *Obras místicas* del P. Arinterra, «pues me consta—añadía—el mucho bien que hacen, y de ello soy testigo».—Por fin, la un poco larga y desaliñada *Memoria* que a la primera sección presentamos, sobre el *ideal* en la formación de los seminaristas, y que atrás puede verse (cap. 8), cómo resume toda nuestra doctrina (que así el P. V. trata de hacer sospechosa), el dignísimo ponente, Ilmo. Sr. Parrado, electo Obispo de Palencia, la propuso, con aprobación de la asamblea «para figurar íntegra al frente de las actas».

También sabemos positivamente que hasta hace poco se leían con interés nuestras obras místicas en varios conventos carmelitanos; y no sólo de religiosas (de las cuales son muchas las que hasta hoy mismo siguen testificándonos su inquebrantable adhesión, por estar seguras, dicen, de que enseñamos la verdadera doctrina tradicional), sino también de religiosos, algunos de los cua-

nar lo contrario... Pero ésas de seguro que todavía no saben bastante bien lo que dicen o no hablan por propia cuenta ni menos por íntima experiencia; y por buenas que sean, sin duda que no han llegado todavía a la madurez propia de las almas *que sienten las cosas del espíritu y tienen los sentidos bien ejercitados y despiertos para entender el lenguaje de la sabiduría* (Rom., 8, 5; Hebr., 5, 14). Cuando esa experiencia tengan y, *renovadas en la novedad del sentido, prueben cuál es la voluntad de Dios...* (Rom., 12, 2), entonces emplearán de seguro el mismo modo de hablar que su Santa Madre y que todas las carmelitas hasta ahora muertas en olor de santidad, las cuales, como es fácil ver, sólo conocen un único camino de verdadera perfección y una sola contemplación que le sirve de coronamiento, que es la infusa o tradicional (1), y no dos

les se han mostrado a veces bien entusiastas de ellas; no faltando entre los mismos que hoy las impugnan quienes las hayan alabado y hasta recomendado, como uno de ellos por carta nos lo testifica.

(1) El mismo P. Tomás de Jesús reconoció bien claramente—cuando aún permanecía fiel a la doctrina teresiana—la perfecta *unidad* de la vía e identidad de la vida espiritual en su compendio *Tratado de la oración*, donde dice (cap. X, n. 2):

«Si bien lo consideramos, estás *tres vías y estâdos* que ponemos, todo es un mismo camino, y en realidad de verdad todo va a parar a un fin, que es la *justicia y perfección cristiana*. Pero distinguimos tres, según que hay mayor aumento y crecimiento en unos mismos ejercicios y efectos que nacen de la gracia... Cuanto a la substancia, el amor de Dios es el mismo...; pero cuanto a los grados de perfección es diferente, como el hombre es uno mismo cuando nace, crece y llega a la edad perfecta».—Lo mismo dijo en substancia el V. Juan de Jesús M.<sup>a</sup>, *Theol. mystica*, c. 2.

«¿Quién jamás ha dicho en el mundo—escribe el P. Segneri (*Concordia*, p. 1.<sup>a</sup>, c. 4, § 1)—que los que meditan y los que contemplan se hallan en dos estados entre sí *tan diferentes*...? Así los que meditan como los que contemplan se hallan todos en un mismo estado (camino) y tan uno en la substancia, que sólo es accidental su distinción. Porque la contemplación no es otra cosa que una especie de *oración mental en grado más alto que el de la meditación*».

«Han llegado estos legisladores modernos—añade (cap. 5, § 2)—a formar dos pueblos: uno de los que meditan y otro de los que contemplan...; pueblos entre sí contrarios, los cuales no pueden ser gobernados por un cuerpo de derecho común. Y no han querido conocer que éstos no son dos pueblos, sino uno solo, que muy de ordinario mutuamente truecan sus actos...: muchos de los que

*vías y dos contemplaciones* distintas, como enseñó el quietismo (1).

#### IV.—Daños y decaimientos que produjo.

En cuanto al *decaimiento real* que por todas partes fué produciendo en el fervor y progresos espirituales esa nueva y antiteresiana doctrina de *dos caminos y dos contemplaciones, dos llamamientos y dos santidades* heterogéneas, bastaría ver los lamentos del P. Lallemand, del P. Surín, del P. Caussade, del V. Juan de Saint Samson y tantos otros siervos de Dios, ante la creciente aversión o miedos a la verdadera mística, con que iban quedando cada vez más desiertas las vías de Sión por falta de guías competentes (2). Y así se res-

meditan... suben a muy alta contemplación, y muchos de los que contemplan bajan a la meditación».

Por eso Santa Teresa «puso a quien medita y a quien contempla» en un mismo *Castillo interior* (*ib.*, 3.<sup>a</sup> p., c. 3, § 2).

«La meditación, dice el V. Juan de Jesús M.<sup>a</sup> (*Escuela de oración*, tr. 8.<sup>o</sup>, 7), es un discurso del entendimiento que va buscando la verdad. La contemplación es una vista quieta de la verdad hallada. De manera que la meditación es como el camino, la contemplación es como el *término del mismo camino*. Y nótese que lo que se ha dicho de la meditación, que es camino para la contemplación, se entiende de todas las partes de la oración, que ordinariamente se usan; porque por todas ellas se camina y se busca el término de la contemplación. Lo cual entenderá bien el que, ejercitando las sobredichas partes de la oración, fuese *levantado del Señor a la verdadera contemplación*: la cual no viene por nuestras diligencias, sino... por... singular gracia del Señor, que suspende el alma cuando quiere.»

«Esta es, añade (*ib.* n. 8), *la divina contemplación celebrada de los santos*, a la cual aspiran los que ejercitan la vida contemplativa.»

(1) «Hay dos caminos para ir a Dios—dice Molinos (*Guía esp.*, proemio, advert. 1.<sup>a</sup>, n. 1)—o dos modos o procedimientos—: uno por consideraciones y discursos; el otro por pureza de fe, noticia indistinta, general y confusa. Llámase el primero *meditación*; el segundo, *recogimiento interior o adquirida contemplación*.»

«Hay también—añade (advert. 3.<sup>a</sup>, n. 30)—dos modos de contemplación: la una es *activa y adquirida*; la otra *infusa y pasiva*. La activa es aquella que puede conseguirse con nuestra diligencia, ayudándonos la divina gracia.»

(2) Por algo, sin duda, ya en 1625 el celosísimo General de la Descalcez, Rmo. P. Alonso de Jesús M.<sup>a</sup> (*Peligros y reparos de*

friaba el fervor del espíritu, se amortiguaba la fe, se extinguía la piedad y se iba formando una atmósfera de racionalismo, naturalismo o indiferentismo que conducía a la relajación y aun al casi completo abandono de las prácticas religiosas o de los medios más indispensables para tender a la perfección (1).

Y por lo que toca al Carmelo, basta ver lo mucho que dicen y lo mucho más que suponen o dejan traslucir ciertas frases del P. José de Jesús María Quiroga (*Don que tuvo S. J. de la Cruz para guiar almas*, c. 22), cuando advierte que mientras se conservó el primitivo espíritu de la Reforma Carmelitana, hubo en ella grandes contemplativos, y a medida que fué desapareciendo suplantado por otro extraño, que con la propia industria y actividad estorbaba «los recibos sobrenaturales de Dios», o sea los dones infusos, en vez

*la perfección*, 3.<sup>a</sup> P. Disc. I, § I), recordaba cómo S. Bernardo, «tocado las muchas veredas descaminadas por donde los religiosos se apartan de la *puerta angosta*, que es Cristo, y de su *senda estrecha*, torciendo el *derecho* y *seguro camino* que para alcanzar la perfección y paz evangélica habían comenzado...», les dice a los monjes de su tiempo... que de una gran muchedumbre que dejan el siglo y vienen al estado religioso, son muy raros los que, por medio de la mortificación de sus vicios y pasiones, procuran de veras alcanzar la perfección de las virtudes. De esta verdad fueron figura aquellos seiscientos mil que sacó Dios de la tierra de Egipto, de los cuales sólo Josué y Caleb entraron en la de promisión... De ser tan pocos los perfectos, que de veras se disponen para alcanzar la verdadera sabiduría, nace *el haber tan pocos sabios, celosos y prudentes*, y tales que puedan hacer el oficio de *maestros provechosos* y de *acertados consejeros*. De donde resulta que son muchos más los que perecen a manos del *mal consejo* y de los *malos lenguajes*, que los que mueren a los filos de la espada».

(1) Es una calamidad—declara el P. Dudon, S. J. (*Le Quietisme*, pág. 267-8)—el excesivo apego que ciertos directores tienen a la meditación, y la obstinación con que obligan a resistir a los atractivos divinos.

«Pues si las almas las dejaran libres para responder a los llamamientos de la gracia, habría en la Iglesia de Dios *muchos más contemplativos*... Scaramelli es muy extremado en sus *preferencias exclusivas por la meditación*. Y casi lo mismo Rodríguez...

«Por poco que se considere lo que es la oración en la economía de la gracia y lo mucho que Dios desea transformar las almas en Sí, no podrá ponerse en duda que el Espíritu Santo quiere diversificar en la Iglesia las ascensiones espirituales y multiplicar el número de los perfectos orantes.»

de facilitarlos disponiendo al alma para la divina contemplación—como hacían los dos Santos reformadores—, iban siendo cada vez menos las almas espirituales y aumentando las ilusas y trastornadas. «En faltando—dice textualmente—la influencia y magisterio de N. S. P... *entraron otros maestros que, favoreciendo más al discurso de la razón y a la operación inquieta del alma que los actos sencillos espirituales donde SE RECIBE la operación divina y los efectos de la INFLUENCIA SOBRENATURAL, que obran la perfección, hacían en sus discípulos tan diferente labor, que, saliendo... muchas veces con las cabezas lisiadas, se conocían pocos espíritus elevados*».—Pues pasaban la vida «trabajando en la oración con *su operación natural*, sin dar lugar a la *divina*, que *introduce la perfección en el alma*».

Y por más que él, como partidario también, aunque muy moderado, de la contemplación adquirida, atribuya ese mal al excesivo apego a los nuevos métodos de meditación—apego creciente hasta hoy por exagerada reacción antiquietista—, el caso es que tanto y más dañaba el apego a la *propia actividad* u «operación inquieta del alma» que con violencia se procuraba para no caer en la ociosidad o *quietud* falsa del quietismo, pregonando como panacea para librarse de él lo que realmente le ocasionaba o fomentaba, cual era ese *embelesamiento* intentado de la que llamaban *contemplación activa*, mientras prácticamente estaban llenos de miedo a la santa *quietud mística*, y así impedían los «recibos sobrenaturales de Dios» y perdían el verdadero espíritu teresiano y carmelitano.

En efecto, ya hemos visto cómo la misma Santa Teresa declaró (*Fundaciones*, c. 4) que cuando en sus casas no pase lo que entonces, teman al recordar esto y no echen la culpa «a los tiempos, que para hacer Dios mercedes a quien de veras le sirve siempre es tiempo (1).

(1) «Todos los tiempos, advirtió a su vez el citado R. P. Alonso de Jesús M.<sup>a</sup> (*Peligros y reparos*, 2.<sup>a</sup> P. disc. 3, § 14), son unos para el que quiere vivir perfecta y santamente. Y el decir lo contrario lo condenó el Sabio por necedad cuando dijo (Eccle. 7): «No

Y lo que entonces pasaba era que «como todas las pláticas y trato no sale de con El, así Su Majestad no parece se quiere quitar de con ellas. Esto es lo que veo

*preguntes cuál sea la causa de haber sido mejores los tiempos pasados que los presentes. Porque semejante pregunta es imprudente y necia.*—Y la razón es porque procede de un principio falso, de que los tiempos pasados fueron mejores, cuya falsedad podrá entender quien considerare que siempre los hombres han sido unos mismos, así como la naturaleza humana y sus inclinaciones unas mismas... y uno mismo el autor y causa de todos los bienes, que es Dios N. S. Y así el juzgar que estos tiempos son más infelices y más desproporcionados para obrar en ellos, los que se quisieren disponer bien, cosas grandes de perfección, nace de que la vista y experiencia de los males presentes mueve más que la noticia de los pasados. De manera que todos los tiempos son unos para el que trata de vivir con perfección; así como el Autor de ellos, que es Dios, mediante su gracia y sus dones... siempre tiene aparejadas sus ayudas para los que quieren de ellas aprovecharse, con las cuales todas las dificultades se allanan, todos los impedimentos se vencen, y lo amargo se vuelve dulce y suave... Y si alguno halla diferencia en los tiempos, él es el que la causa con su modo de vivir».

•De manera, añade (Disc. 4, § 1), con S. Bernardo (Epíst. 18), que el apetito de la vanidad (que eso no reconoce) es menosprecio de la verdad, y la desestima de la verdad causa de nuestra ceguera».

De ésta sólo podrá librarnos el Señor con sus místicos dones: «Todos aquellos, prosigue (§ 2), en quien no mora el Espíritu de Dios y su luz divina, o participan de esto poco, *reciben mal las verdades sobrenaturales*; y tanto peor cuanto son más superiores a lo que ellos alcanzan, y cuanto más apretadamente les obligan a vencer dificultades y a negarse del todo. De donde resultan las quejas y los malos lenguajes con que pretenden deshacer la verdad y desentenderse de su fuerza, deshaciendo juntamente las culpas propias a costa de ella y de quien la enseña...

...¿Cómo siendo el conocimiento de la verdad lo que con más fuerza apetecemos..., hay quien la aborrezca, siendo tan hermosa?... Respondió Sto. Tomás (1-2, q. 29, a. 5) diciendo que, aunque la verdad considerada en común no puede dejar de ser amada; pero tomada en particular puede ser aborrecida, por contradecir a nuestro deseo y su cumplimiento... Que es lo que había enseñado Cristo N. S. por S. Juan (c. 3), diciendo: Cualquiera que obra mal y quiere perseverar en él, aborrece la verdad, huyendo de ser reprendido y condenado della. Y cuanto la verdad es más pura, más sobrenatural y por consiguiente más superior a nuestra propia razón y de más íntima negación de nuestros afectos torcidos, tanto suele ser más odiosa a los que están asidos a su gusto.. De lo dicho nace, que los que tienen a la verdad por enemiga, tengan también por sus contrarios a los que la enseñan y defienden, y como a tales los aborrezcan; y tanto será mayor la repugnancia, cuanto las verdades fueren de más íntima y delgada mortificación

ahora... Si hay una o dos en cada una (de las casas) que la lleve Dios ahora por meditación, *todas las demás llegan a contemplación perfecta*, y algunas van tan adelante, que llegan a arrobamientos».

Por algo anduvo esta última frase en numerosas ediciones tan cambiada, que se le hace decir todo lo contrario... Así el P. Bouix se llenó de asombro al verla «*desnaturalizada de una manera tan dolorosa como absurda*»... Y, sin embargo, todavía en 1918 vemos al docto P. Gerardo de San Juan de la Cruz lamentarse en un discurso, poco ha publicado (*Mensajero de Santa Teresa*, dic. 1923), de ver aún ese pasaje tan adulterado «hasta el presente..., merced a que mano extraña le borró y corrigió a su placer».

Pero de esta culpa de la tan atrevida «mano extraña» no pudieron menos de participar más o menos los responsables de tantas ediciones infieles.

Por suerte hoy tenemos ya, no sólo en la correctísima del P. Silverio, sino también en la del señor La Fuente, publicada en Madrid en 1861-62, las palabras textuales de la Mística Doctora para consuelo de quie-

y más propias del espíritu de Cristo N. S. y intimadas con más entereza para que se pongan por obra.—Así lo dijo el Profeta Amós (c. 5): *Aborrecieron al que los corregía en la puerta*, esto es, al que los reprendía al descubierto con rectitud... Y añade más: *y abominaron del que les intimaba y persuadía la doctrina pura, santa y perfecta con rectitud y entereza*, y con entrañas de verdadera caridad... De manera que no hay cosa más aborrecible ni peso más intolerable para los que no quieren andar a derechas, ni vivir conforme a la perfección a que les obliga su estado, que el persuadirles esa perfección con veras, procurando obligarles a que se ajusten a ella.—Destos habló el Apóstol cuando dijo (2 Tim. 4): que vendría tiempo en que se les haría la doctrina sana y perfecta tan pesada y aborrecible, que no la podrían sufrir... De los mismos dijo S. Gregorio (Moral. lib. 8, c. 24): *Injustis semper sunt gravia verba justorum*... «A los que no se quieren ajustar con sus propias obligaciones, siempre se les hace pesado e intolerable lo que se les dice en orden a su buen enderezamiento». Y ponderó más este dolor y sentimiento de los imperfectos el Espíritu Santo cuando dijo en el libro de Job (c. 24): *Si subito appa-ruerit aurora, arbitrantur umbram mortis*, que al ver salir la aurora de la verdad, cuando menos pensaban y se tenían por más seguros, descubriéndoles sus engaños..., les causa angustias de muerte».

¡Diganlo sino hoy los clamores contra el hermoso renacimiento de la verdadera mística tradicional!...

nes buscan sinceramente la verdad y confusión de cuantos la ofuscan o muestran interés en verla ofuscada.

Y nada extraño es que así se haya alterado ese pasaje de las *Fundaciones* cuando tan ruidosamente, como todo el mundo sabe, se alteraron o empezaron a modificar muy en breve ciertas disposiciones prudentísimas de la Santa Reformadora y sus mismas *Constituciones*, sobre todo en la famosa cuestión de los confesores, donde con vanos pretextos—hoy definitivamente desechados por la Iglesia—se logró privar a las pobres Religiosas de la santa libertad que para su buena dirección espiritual ella les había dado y tan encarecidamente recomendado (*Camino*, c. 5), adelantándose a las actuales disposiciones del *Derecho Canónico*.

Nadie ignora lo que semejantes innovaciones o alteraciones de lo tan sabia y laboriosamente dispuesto por Santa Teresa amargaron ya sus últimos días y dieron luego que sufrir en España y en Bélgica a sus más fieles hijas, que se esforzaban por conservar intactas las instrucciones y determinaciones en herencia recibidas de tal madre (1); y cómo fueron causa de las inverosímiles postergaciones y definitivo arrinconamiento a que fué reducido el mismo San Juan de la Cruz por el crimen de defender a las oprimidas y merecer que ellas lo propusieran para Comisario, por lo mismo que con tanto celo velaba por la conservación del verdadero espíritu de la reforma teresiana (2). Y sólo así—por más que se diga—es como puede explicarse, al menos en gran parte, lo mal parados que, por atrevimientos de

(1) Cfr. La Fuente, *Obras de Santa Teresa*, t. I (1861), páginas 256-267.—Los Bolandos dicen del P. Doria: «Totam fere regimini Carmeli reformati faciem studuit immutare...»—Véase también la *Vida de la M. Ana de Jesús*, coadjutora de Sta. Teresa, etc., por el R. P. Bertoldo de Sta. Ana, C. D. Burgos, 1901, t. 1.º Introd. p. XXXIV; l. 1, c. 5; l. 5, c. 5 y 6; l. 6, c. 3; y la del V. P. Juan de Jesús M.<sup>a</sup>, por el P. Florencio, 1919, ps. 201, 204, 206-207, por más que se trate de atenuar tan ruidosos hechos, diciendo que esta relativa a los confesores fué «una de tantas enojosas cuestiones con que el Señor ha querido (?) probar a los hijos e hijas de Sta. Teresa» (ib. p. 201).

(2) Cfr. *Obras de San Juan de la Cruz*, edic. crít. t. I, páginas 118-19, y todas las *Vidas* del Santo, donde aparece eso muy claro, por más que se trate de paliarlo.

unos y olvidos, descuidos o desvíamos de otros, vinieron a quedar—como hoy todos lamentamos—sus celestiales escritos, donde también se fué desfigurando no poco la verdad tradicional, conforme puede verse muy claro en algunos de los pasajes que con sus pacientes investigaciones logró el citado P. Gerardo restituir a su verdadero sentido.

### V.—Confusiones y engaños.—Rectificación y conclusiones.

Decíamos que el mismo R. P. Gabriel de Sta. María Magdalena, a pesar de sus buenísimos deseos conciliadores y su nada vulgar competencia, al aplicar ese famoso nombre de *contemplación adquirida* a cosas tan diversas como la *oración afectiva*, la de *simple mirada* y el *recogimiento interior*, deja abierto un manantial de confusiones que podían evitarse con sólo dejar las cosas con los nombres que tenían, y que, siendo claros, para nada necesitaban andarse trocando ni menos involucrando con uno tan desastroso o tan expuesto a malas inteligencias y a los innumerables inconvenientes que ha venido ofreciendo.

Ese *recogimiento activo* es cosa muy distinta de *contemplación activa*; es sólo—repetimos—una buenísima manera de *presencia de Dios* que sirve de excelente preparación, preámbulo o composición de lugar para todas suertes de oración, y muy en particular, como lo indica Santa Teresa, para la discursiva que empieza a pasar a afectiva, y para que ésta misma pase pronto a verdadero *recogimiento infuso*. Pero en realidad, si bien se mira, pertenece casi de lleno a la ascética, y así en rigor puede llamarse *adquirido*, como la Santa le llama, mientras en la *oración afectiva* en que vienen como por sí solos los movimientos del corazón, sin apenas o de ninguna manera ser provocados por consideraciones, ni por lo mismo producidos al *modo humano*, se muestra ya una especial acción del Espíritu Santo, que empieza por Sí mismo a provocarlos con algún influjo incipiente de sus místicos dones. Y esto

se mostrará cada vez más según vaya esa oración simplificándose y parando en una «simple mirada» o *vista amorosa*, con desgana y aun con creciente dificultad para meditar y hasta para hacer actos afectivos especiales, y con facilidad, atracción y gusto para permanecer así en silencio largos ratos, en que, a pesar de todo, no está el alma ociosa, sino con gran paz, atenta a Dios, donde, como dice San Juan de la Cruz, «bebe ciencia y amor»; y así puede pasar a veces horas enteras sin cansancio especial, y por de pronto sale de allí mucho más mejorada que si hubiera tenido grandes consideraciones y afectes.

Esta manera de oración tan simplificada, con la cual pretende el P. Gabriel identificar su contemplación adquirida (p. 290), está hecha indiscutiblemente de un modo que no es ya del todo humano, sino algo *sobrehumano*, mostrándose muy bien la acción del Espíritu Santo en esa *dificultad o imposibilidad para actos especiales y atractivo y facilidad* para la sola *vista amorosa*, y en que trae mayores frutos con menor trabajo (1); y así resulta ser en todo rigor *mística o infusa*

(1) Como se ve claro, no se trata aquí—según malamente supone y nos echa en cara cierta revista—de una dificultad o imposibilidad cualquiera de meditar, que a veces podría provenir de llevar una vida disipada o de indisposiciones naturales, sino de ésta particularísima que, lejos de estar naturalmente motivada, crece con las mismas diligencias que se hacen por vencerla, y que va siempre acompañada del atractivo por quedarse en esa fructuosísima *vista amorosa*, que es la principal señal que dan Taulero y S. Juan de la Cruz para conocer que un alma es ya realmente llamada a la mística contemplación.

Preguntar, pues,—como alguien que se cree muy desapasionado hace con insistencia y como lleno de pena: ¿qué ha de hacer quien, *sin ser llamado a la contemplación infusa*, no puede meditar?; ¿le habremos de dejar que permanezca ocioso, en vez de ejercitarse en la contemplación activa?—preguntar esto es partir de un falsísimo supuesto y proceder con un apasionamiento tanto mayor cuanto más se atribuye a los que sólo buscan el interés de la pura verdad, mientras en cambio se trata de salvar a todo trance una causa perdida.—Si esa imposibilidad o dificultad es culpable o natural, quien la tiene para meditar la tendrá mucho mayor para otra cosa tan superior como es el contemplar; y si proviene de hallarse el alma embebida en esa *noticia amorosa*, de hecho está ya no sólo llamada, sino metida y bien ocupada en la *contemplación infusa*, única que conoce S. Juan de la Cruz, y por eso habla siempre de *la contemplación*, como cosa única, y nunca

y no adquirida, aunque algo tenga de activa. Y ya la misma afectiva ordinaria, según mostramos en nuestro libro *Grados de oración*, es realmente una forma de transición que tiene más o menos de adquirido y algo de infuso; lo cual va acrecentándose más y más hasta llegar a dicha oración simplificada o de *simple mirada* o *vista amorosa*, y hasta la ya manifiestamente «sobrenatural» o *mística del recogimiento infuso* (1).

de dos clases de contemplaciones.—A estos tales a quienes sin motivo natural se les quita el gusto y facilidad para la meditación, «se les ha de decir, advierte el Santo (*Subida*, II, c. 11), que aprendan a estarse con ateción y advertencia amorosa en Dios en aquella quietud... pues aquí descansan las potencias... y si algunas veces obran, mas no es con fuerza, sino con suavidad de amor, *más movidas de Dios* que de la misma habilidad del alma». Aunque a veces, añade (c. 12), esta noticia es «tan sutil y delicada... que el alma—aunque ocupada en ella—no la echa de ver.—Y así les podría parecer a sus directores, y aun acaso a ella misma, que está en *contemplación activa*, y que ahí no obran los dones, porque aún obran de un modo latente.—Así, la libertad que pueda quedarles, empléenla con suavidad, como encarga Sta. Teresa, en *mirar* y amar al Señor, y permanecer en su presencia con sola esa dulce *mirada amorosa*, o bien decirle, cuando se sientan enfriar, alguna palabrita de amor, de agradecimiento, de entrega o de súplica... Y si no se le ocurre ninguna, díganle muy despacio, como hacía y aconsejaba la B.<sup>a</sup> Teresita, las mismas del *Padrenuestro*, hasta que sientan cómo viene el Señor, tomándose las palabras de la boca, a reinar en el corazón, o darles manifiesta oración de recogimiento o de quietud... He ahí, pues, lo que se debe aconsejar a las almas que, sin culpa suya, se sienten como incapacitadas para meditar y aun para ejercitarse en afectos sensibles: lo mismísimo que enseñaron todos los Maestros de espíritu, según puede verse en nuestros *Grados de oración*, y con ellos de un modo especial Sta. Teresa, S. Juan de la Cruz y la B.<sup>a</sup> Teresita.

(1) «Entre las Visitandinas se denomina oración de *simplicidad*, de *simple mirada*, de *mirada amorosa*, a cosa distinta de la que corrientemente se denomina *oración afectiva*... La oración de simplicidad, de entrega amorosa no es el «recogimiento adquirido»... Esa oración de *simple mirada*, al menos en la práctica... se puede decir que es pasiva, y no adquirida más que por la vida recogida que supone. Y si es pasiva, ¿no es infusa? Y si infusa, ¿no hay ahí contemplación *dada*, no *adquirida*? Lo que suele pasar es que, como esa oración es de los comienzos, y entonces las almas que en ella están no se entienden, y pocas encuentran quien las entienda, no pueden apreciar el don que les dan... No, por Dios, no deje que digan que la llamada «contemplación adquirida» es oración de *simple mirada*.—Así nos escribía en 1924 una persona que por teoría y por propia experiencia sabe muy bien lo que

Mas el otro «interior recogimiento», de que habla la Santa en el cap. 28 del *Camino de perfección*, es realmente *adquirido*, y así lo llama ella misma (*Mor.* 4.<sup>a</sup>) mientras forme parte de una «excelente manera de *meditación*»; y por eso de ningún modo puede ser llamado contemplación hasta que vaya uniéndose a cierta oración afectiva y simplificada en que participe ya algo del infuso o místico (1).

Así, pues, lo que empiece o pueda empezar a merecer de algún modo el nombre de *oración de contemplación*, o sea de *simple vista* más o menos amorosa, ya es verdadera *oración infusa*, o por lo menos mixta de actos adquiridos e infusos; y ésta, como el mismo Padre con muy buen sentido reconoce y declara (p. 294), debe reducirse a la *infusa*. Y con tal que a ésta pertenezca, aunque sea en ínfimo grado—ya al ponerse, o mejor dicho *quedar puesta* en ella—, no incurre el alma en el engaño quietista contra el cual tantas veces (y para muchos tan en vano) Santa Teresa protestó diciendo: «No se suban sin que Dios los suba»; o, lo que es lo mismo, no suspendan ni *encanten* las potencias—como Tomás de Jesús y sus secuaces pretenden—sin que Dios las suspenda con cierta *luz* o *noticia infusa*; pues de otra suerte pararán en boberías y en cosas peores que «salir con las cabezas lisiadas», como tan claro se vió, por desgracia, bien pronto, en los *quietistas* y en sus imitadores (2).

dice, y nos anima a insistir y «seguir adelante, seguros de estar en la verdad».—Cf. *La Vida sobrenatural*, Enero, 1925.

(1) «Si por contemplación adquirida se entiende una oración distinta de la afectiva simplificada—advierte el P. Garrigou Lagrange (*Perfect. et Contempl.*, 1923, p. 277)—y... donde uno entre por la supresión de toda actividad racional, con eso no sólo se crea un grado de oración ignorado por Santa Teresa, sino que se contradice a su enseñanza formal, pues la Santa repetidas veces se opone a esa supresión del pensamiento hasta haber recibido la contemplación infusa.»

(2) Así advierte muy oportunamente S. Juan de la Cruz (*Subida*, II, c. 12), que para poder con seguridad y sin peligro de ociosidad culpable, «dejar la vía de meditación y discurso... es necesaria esta advertencia o *noticia amorosa* en general en Dios; y es, porque si el alma entonces no tuviese esta *noticia* o *asistencia en Dios*, seguirse hía que *ni haría nada ni tendría nada* el alma; porque dejando la meditación... y faltándola la *contemplación*,

La oración que no sea propiamente *infusa*, no puede, pues, merecer el nombre de *contemplación*, y si lo lleva es de una manera muy impropia y que sólo sirve para originar confusiones (1). Así, la que llaman «con-

que es la noticia (infusa o asistencia sobrenatural) que decíamos...», faltarle ha necesariamente todo ejercicio acerca de Dios (como falta en ese *encantamiento* de la famosa contemplación adquirida)... Es, pues, luego necesaria esta noticia (infusa) para haber de dejar la vía de meditación o discurso».

Que esa *noticia* de que habla el Santo, es siempre según él—conforme indicamos entre paréntesis—«sobrenatural» o *infusa*, debida a una «asistencia» divina especial, nos lo dice él mismo repetidas veces, como protestando de ante mano contra los que tratan de falsear su pensamiento. Así advierte poco después: «Esta general noticia y luz que vamos diciendo (la misma siempre), SOBRENATURAL, embiste tan pura y sencillamente, y tan desnuda y ajena de todas las formas inteligibles, que son objetos proporcionados del entendimiento, que él no lo siente ni echa de ver.—«Porque la tal alma está unida en *inteligencia celestial*; y así esta noticia deja al alma, cuando recuerda, con los efectos que hizo en ella sin que ella los sintiese hacer, que son levantamiento de mente a *inteligencia celestial*».—Por eso podrá decir...: «Aunque duermo... mi corazón vela, sobrenaturalmente elevado en *noticia sobrenatural*».—Luego empieza el cap. 13 diciendo: «...a los apovechantes .. es a los que *Dios comienza a poner en esta noticia sobrenatural* de contemplación de que habemos hablado».

No concebimos, pues, cómo puede nadie que tenga conciencia de lo que dice y de la responsabilidad de sus afirmaciones sostener que esa mismísima noticia de que tanto y tan claro habla San Juan de la Cruz puede ser adquirida y *no infusa*... Estupor nos causa ver la serenidad con que el docto P. Claudio lo dice en el *Mensajero de Sta. Teresa* (Febrero, 1925, p. 463).

(1) «Contemplatio proprie sumpta—dice Dionisio Cartujano (*De Contemplat.*, l. I, art. 3)—est superessentialis Divinitatis et eorum que referuntur ad eam affectuosa, prompta atque sincera cognitio... Hinc necesse est affectuosam hanc (Dei cognitionem) esse, si contemplatio dici merebitur...; quum contemplatio sit actus sapientiae quae donum vocatur... et caritati inseparabiliter cointitur.—Quod si sapientiae quoque naturalis ac philosophicae actus, et item sapientiae theologicae... actio, contemplationis nomine ferantur condigna, hoc non erit nisi in quantum habitus illi gratia gratificante fulciuntur, caritate divina formantur, igniuntur et vivificantur, *sapientia quoque infusa* quae donum est, perficiuntur».

•Assignant doctores catholici—añade (art. X)—inter sapientiam theologiam et philosophicam differentiam istam, quod sapientia theologica est affectiva seu divino amore formata: propter quod vere ac proprie sapientia, hoc est, sapida scientia, nuncupatur. Unde et unitiva asseritur... Hinc quoque actus ipsius proprie contemplatio fertur. Porro philosophorum sapientia solum

templación activa» debe reducirse a la oración discursiva y llamarse a lo sumo *especulación*. Pues, como reconoce el mismo José del E. S. (*Isagoge*, l. IV, n. 31), a quien el P. Gabriel cita (p. 285): «*Contemplatio acquisita respicit Deum sub ratione investigabilis per meditationem affectivam*».

En la pág. 282 añade que ese mismo autor, «enumerando los actos intelectuales de la *oración discursiva*, menciona en último lugar una «*attentio quieta*», que no es otra cosa que nuestro *acto de contemplación*».

Pues si a eso viene, por fin, a reducirse la famosa *contemplación adquirida*, bien poca cosa es para meter tanto ruido y exponer a tantísimas confusiones; y puesto que expresamente se la reconoce (y la han señalado varios autores) como parte de una buena *meditación*, no hay por qué no seguir reduciéndola a la simple oración *discursiva*, y así llamarla *acto de meditación*, y no de *contemplación verdadera, de la cual tanto dista*. Jamás se le ocurrió a Sta. Teresa, ni por descuido, dar el nombre de *contemplación*—que ella con tanto celo reserva para cuando Dios *suspende nuestras potencias*—a esa *atenta mirada a Nuestro Señor*, que nos aconseja procuremos fijar, ponderando y considerando lo que hace y padece por nosotros (1); lo cual incluye en lo que se llama *meditar* y lo contrapone al *contemplar*.

Querer corregirla, tan sin ninguna necesidad y con tanto peligro, la plana, tan sólo por dejar en buen lugar a tales o cuales autores, es dar a éstos mayor importancia que a ella y a cuestiones de nombre más que a los sagrados intereses de la verdad y al provecho de las almas.

Que eso no pasa de actos aislados, aunque acaso más o menos frecuentes entre la oración *afectiva*, lo declara luego el mismo P. Gabriel (p. 283) diciendo que

*speculativa, informis et nuda est... Ob id eorum philosophicalis cognitio de summo Deo atque divinis non proprie contemplatio nominatur... Contemplatio—vuelve a decir (a. 13)—actus est sapientiae non cujuscumque, sed ejus praecipue quae donum est Spiritus Sancti, quam nullus mortali subjacens vitio habet*.—Lo mismo repite con insistencia el V. Juan de J. M., *Theol. myst.*, c. 3, según luego veremos.

(1) *Vida*, c. 12-13; *Camino*, c. 24.

no forma un *estado especial distinto de ésta*, y que se engañan los que «a veces se figuran que la oración llamada «contemplación adquirida» supone un *acto de contemplación prolongado* y bastante uniforme, por el cual la inteligencia se encuentre como *fija en su objeto* y que entrañe la supresión completa de toda actividad *discursiva*. Un acto así *excede ciertamente el modo de obrar natural* al entendimiento humano, y sólo puede ser efecto de una inspiración especial, o sea de una actuación de los dones del Espíritu Santo».

Pues igual tiene que suceder cuando esos actos van siendo muy frecuentes, por lo mismo que el alma se siente más *movida*, o más inclinada o aficionada a mantenerse fija en esa *atenta y quieta mirada* o en esa *vista amorosa*, que no en los actos discursivos. Esto, repetimos, supone ya una especial *moción del Espíritu Santo*, que ventajosamente suple a nuestros discursos, haciéndolos cada vez menos necesarios y, por lo mismo, más dificultosos y molestos, y en cambio da al alma ese dulce atractivo a estarse en paz con sola cierta *vista o noticia amorosa*, y esa *fijeza de mirada* que, según Santo Tomás, caracteriza y es necesaria a la verdadera contemplación (1).

«Al dejar, pues, el discurso—observó muy bien Bosuet cuando llegó a dominar esta materia (*Manière courtoise et facile pour faire l'oraison en fois...*)—se emplea en una *dulce contemplación*, que la tiene en paz, atenta y dispuesta a recibir las operaciones e inspiraciones divinas. Hace poco y recibe mucho; su trabajo es dulce y, sin embargo, más fructuoso... Viene Dios a ser el único Dueño de su interior, y allí *obra más particularmente que de ordinario*... Y puesto que la operación de Dios es un reposo, el alma se le hace en cierta manera semejante en esta oración, y en ella también *recibe efectos maravillosos... las divinas influencias que la enriquecen con toda suerte de virtudes*».

Así se ve claro que ese rudimento de contemplación pertenece ya a la infusa, aunque sea todavía muy im-

(1) «Cessante discursu *figitur ejus intuitus in contemplatione unius simplicis veritatis*». (S. Th. 2-2, q. 180, a. 6).—«Contemplatio pertinet ad ipsum *simplicem intuitum veritatis*» (Id. a. 3, ad 1).

perfecta, cual se puede suponer en los imperfectos, según dice el venerable Falconi (1).

Por ser imperfecta, sólo empieza a mostrarse en algunos actos breves e interpolados por afectos o consideraciones que los sustentan, conforme dice de la «adquirida» el mismo docto P. Gabriel—y supone que la admiten los más de los suyos—; y eso mirando las cosas especulativamente (págs. 284-290), que miradas en concreto acaba por reconocer como preferible el corriente nombre de *oración afectiva simplificada* (2). Por tanto, aunque en parte fuera esa contemplación de algún modo adquirida, no merecería la pena de tantas discusiones, y mejor sería designarla con ese nombre actual y tradicional, o con el de *simple mirada o vista amorosa* cuando ese acto semiintuitivo sea más duradero, y dejarse de una vez de llamarla con un término sospechoso y que a tantas ambigüedades se presta; pues si es contemplación verdadera y eficaz se identificará en el fondo con la infusa, y si no, apenas pasará de una simple *especulación* estéril, que casi raya en verdadera *distracción* y hace más daño que provecho (3).

(1) «Como este don de la contemplación—escribe (*Camino*, t. I, c. 6)—lo da Dios ordinariamente en grado imperfecto a los imperfectos, así ellos lo usan imperfectamente y con divertimentos y distracciones; por lo cual algunos no acaban de persuadirse que hay este don en los imperfectos».

(2) «Actualmente—dice (p. 294)—se dan las preferencias a las denominaciones tomadas de la afectividad... Pues si en lo abstracto es la oración un acto de inteligencia, en concreto, como advirtió muy bien Santa Teresa, es sobre todo obra de amor: «consiste no en pensar mucho, sino en amar mucho».—Desde el punto de vista experimental, lo que el alma contemplativa nota, más bien que la simplicidad de la mirada, son los afectos y el recogimiento que les favorece. Así los autores *descriptivos* han dejado ese nombre de *contemplación adquirida* y emplean otros.—Todo parece mostrar que no se trata más que de una cuestión de palabras».

Pues si así es, volvemos a repetir, no hay por qué aferrarse tanto a una tan impropia y tan expuesta a confusiones y engaños, y no emplear las corrientes en los *autores descriptivos* y en toda la tradición, con que se evitan tantos inconvenientes.

(3) «De ahí se sigue—dice Segneri (*Concordia*, 2.<sup>a</sup> p., c. 12, § 3)—, que la gente estima más estarse en la oración *embelesada*, que ocupada en meditar. Mas no, no lo haga..., que quedaría muy engañada..., no se embobee... Si así lo hicieren, estén ciertas que sólo tendrán la tierra seca, *terra oreus*, que es estarse en la oración como embobadas... Esto es lo que sucede a los que están en

Y así, como advierte muy bien el P. Louismet, aparece claro que no hay más que una sola contemplación cristiana, que es la mística o infusa (1).

*En consecuencia:* puesto que tanto daña y nada aprovecha, creemos ya del todo preferible suprimir para siempre de la terminología mística un nombre tan poco a propósito y tan en mala hora inventado. La gloria de los autores—por otra parte respetables—que lo emplearon, en vez de perder ganará con eso, pues, corregido ese yerro, vendrá a resaltar mucho más lo que en sus libros puede interesarnos.

Para poder admitir, como *a priori* desearíamos, el plan conciliador del R. P. Gabriel, habría que excluir

ella con (esa que llaman) *pura fe*, es a saber, sin contemplar, porque no pueden, y sin meditar, porque no quieren. No, no, da voces Santa Teresa, que no se haga así: *No se deje de obrar con el entendimiento hasta que Dios le suspenda*.

(1) «Hay—dice (*La Contemplation chrétienne*, 1923, p. 67)—quienes tratan de la contemplación divina como de una obra puramente humana, introduciendo en la piedad moderna una contemplación seca y estéril, completamente desconcertante, mucho más a propósito para frustrar el fin propuesto de la unión del alma con Dios, que para promoverlo».—«No hay—añade (p. 209)—una contemplación «adquirida» que se pueda señalar como correlativa de la «infusa».—Esta distinción introducida por autores modernos es insostenible. La contemplación cristiana es esencialmente infusa... El Espíritu Santo es quien la obra en nosotros».

En la misma oración afectiva hay que reconocer ya algo de «infuso».—Pues «tiene lugar—dice (p. 318)—cuando el Espíritu Santo detiene los discursos y atrae a Sí dulce y fuertemente las potencias afectivas del alma cristiana. Y cuando éste estado llega a ser habitual, lo que le distingue y caracteriza es el don de la presencia de Dios.—Inmenso (es) el alcance de esta gracia».

En el epílogo de su interesantísimo estudio sobre *Molinos* (págs. 260-261) hace el docto P. Dudon, S. J., las muy atinadas declaraciones siguientes: «No hay más contemplación digna de este nombre que la *contemplación pasiva*. Esta es un libre don de Dios, raro (*de facto*, por nuestra culpa), maravilloso, transformante. Y Dios, en su providencia ordinaria, favorece con él a los que por la generosidad heroica de su virtud se muestran *dignos* de ser tratados como *amigos privilegiados*... A los que exceden la medida común en su servicio acostumbra Dios a darles de Sí mismo y de sus secretos en una medida no común. Precisamente porque las delicias y claridades de la contemplación son un anticipado gusto de la visión beatífica, las dispensa el Señor, de ordinario, como una «corona de justicia», conforme diría San Pablo. Estos dones gratuitos son generalmente *recompensas merecidas*...»

toda causa de yerro, conviniendo en aplicar tan sólo el nombre de contemplación cristiana a lo que ofrezca algo de *vista sencilla* y más o menos *amorosa*, cual empieza a suceder en la oración afectiva simplificada, en que el alma permanece largos ratos seguidos con sólo un afecto de amor o dolor y una *simple mirada* al Crucifijo o al Sagrario o al Huésped interior de nuestras almas..., aun cuando a veces esa mirada quede y aun necesite quedar interrumpida por alguna breve reflexión o la expresión de algún afecto con que se reanime.

Habiendo esa mirada, aunque sea así interrumpida, ya la oración merecerá el nombre de contemplación, y por lo que tiene de *activa* en eso de reanimarse o disponerse el alma, parece ser en cierto modo *adquirida*, por cuanto—una vez *puesto uno por Dios en ese estado de simplificación*—casi parece estar en su mano el tener esa oración *cuando quiera*, pues al querer ponerse en oración, por mucho tiempo le resultará en esa forma... Mas no por eso que tiene de *activo* y de aparentemente *adquirido* deja de ser *infusa* en todo rigor y constituir así el primer grado de la verdadera y única contemplación reconocida por los santos, y que es la propiamente mística, obra del don de sabiduría o del de inteligencia u otros que Dios va poniendo en acto al incapacitar al alma para meditar y aun para entretenerse a su gusto en tiernos afectos, obligándola así o inclinándola a permanecer en silencio con sola esa *vista amorosa*, esperando la visita o comunicación plenamente «sobrenatural» del Señor... (1).

Peró aun sin recibirla claramente saldrá de allí como subyugada a veces por una *idea fija*, que se le impone y la persigue suavemente, impidiéndole pensar en los puntos que el alma se propone meditar y dándola ella sola por algún tiempo todo el pasto espiritual que necesita. Esa idea que así vuelve a ocurrir a uno

(1) «Cuando esta noticia general confusa que mediante la fe tenemos de Dios—advierte el P. Alvarado (*Arte de bien vivir*, I, 2, c. 43)—se ejercita habitualmente junto con el amor, viene a ser *contemplación de mística Teología*, y llámase *vista o noticia amorosa general de Dios*... Esta noticia general es lo más fino y apurado de la mística Teología».

con suavidad e insistencia y tanto bien le hace, es la *palabra escondida* que Dios ya le habla y que obra en el corazón como *luz infusa*.

Así el *recogimiento interior adquirido* sólo puede llamarse *contemplación* cuando tiene algo de ella, es decir, no cuando se reduce simplemente a disponer para la *meditación* o la oración afectiva ordinaria, sino sólo cuando termina en esa *vista amorosa*, o bien cuando ésta se dirige con preferencia al interior Huésped divino para mantenerse el alma pendiente de El y ver qué se digna sugerirle, dispuesta siempre a cumplirlo. Y una vez así definida esa contemplación, como «una sencilla vista amorosa a Dios morando en nosotros» habría por de pronto, que excluir de ella todo lo incompatible con esa afectuosa y sencilla mirada, como lo es la fría *especulación*, y luego deberíamos incluir todas las otras maneras de oración en que predomina esa *vista amorosa*, aunque por lo demás la mirada del alma no se dirija al interior sino al Sagrario, al Crucifijo o al Cielo.

Según eso habría que definir esa contemplación diciendo que «*es una oración afectiva simplificada que tiende a reducirse a la simple vista amorosa de Dios o de algún divino misterio*».

Definida así o de otro modo equivalente, y aceptada esa definición por la generalidad de los escritores, entonces bien podría conservarse, por respeto a tantos insignes maestros como lo usaron, ese nuevo término de «contemplación adquirida» o *activa*, aunque por lo demás fuera inútil, pues con esa condición se evitarían las inexactitudes y confusiones que llevan a grandes errores. Pero si no se precisa bien y de común acuerdo, y, al contrario, permanece, como es muy de temer, expuesto a seguir siendo usado en tanta variedad de acepciones—como lo usa Tomás de Jesús—, y entre ellas con la pretensión de contraponer esa oración a la infusa, como del todo distinta y no como presagio de ella, entonces absolutamente conviene desterrarlo de la nomenclatura espiritual, como semillero de confusiones que ha llevado a tantísimos, sin darse cuenta de ello, a romper con toda la sana tradición y de un modo muy especial con la genuína enseñanza de Santa Tere-

sa, tal como aparece clara en sus libros y como la entienden hoy mismo sus fidelísimas *hijas*, que, según Fray Luis de León, son su *vivo retrato*.

*En resumen: la contemplación adquirida*—tal como suele exponerse—es una contradicción *in términis*: si es oración adquirida, ya no es verdadera contemplación, y si es oración de contemplación, ya resulta ser no propiamente adquirida sino infusa. Y, por tanto, de no precisarla bien y de común acuerdo—cosa que tenemos ya casi por imposible—*conviene desterrar una denominación tan absurda o antitética*.

#### VI.—Necesidad de reducir a la infusa esa manera de contemplación que llaman «activa» o «adquirida».

En prueba de ello, veamos lo que dicen respetables autores: El R. P. Agustín Nagore, prior de la Cartuja de Aula Dei, que es el verdadero autor de la *Lucerna Mystica* publicada en 1691 como si fuera de López Ezquerria (1), después de asegurarnos que esa contempla-

(1) Cf. *La Vida sobrenatural*, Enero, 1925, p. 64.  
ción *activa*—que él identifica con la *oratio fidei*—la podemos adquirir con el frecuente ejercicio de la meditación, advierte que no basta ésta ni la buena índole y el ejercicio de las virtudes, sino que, para poder entrar en ella sin temeridad, se necesita un *llamamiento* divino especial: «Requiritur ad hujusmodi contemplationem *vocatio divina et specialis*: non enim sufficit indoles apta, etc. ...sed insuper necessarium est, ut temeritatis iudicium evadat, quod ad *sanctam quietem*, atque ad simplicem, et amatorium divinae veritatis intuitum, *voce-tur a Deo*» (*Prolegóm.*, n. 20).

¿En qué se distingue, pues, de la que todos llaman infusa, en la que no podemos entrar por nuestras industrias, sino ser introducidos? Pues todo esto hay aquí, y además exige un impulso... y aun el ejercicio de algún don..., tanto para la contemplación activa como para la pasiva (1).

(1) «*Solumque necessitati cedentes, vi impulsus, et divinae vocationis... meditationem reliquant... Probat* (D. C.) esse hujusmo-

«*La contemplación pasiva*—declara otra vez—, considerada en su substancia, es lo mismo que la *activa*, y no se distingue sino en el *modo* y en la *intensidad*». (Id., tr. I, c. 3).

Cosas parecidas dicen a cada paso otros muchos de sus defensores.

Cada uno de los tres modos de contemplación (la que llaman *adquirida*, la *infusa*, que es obra manifiesta de los dones, y la que es de gracias *gratis datas*) tiene—advertía ya el P. López Navarro, mínimo (*Teol. mist.*, tr. I, c. 5)—«algo de infuso y algo de adquirido... Donde se halla más de industria y trabajo humano dan nombre de oración *adquirida*: en la que se halla más de luz sobrenatural y divina la llaman *infusa*».

«Muchas veces—advierte en otra ocasión—sucede que nuestro entendimiento, acostumbrado a *recibir*, por medio de este divino ejercicio, luces e inspiraciones divinas, la contemplación granjeada o *adquirida* con su trabajo e industria (aunque siempre ayudada con la divina gracia) pasa y se convierte en *oración de contemplación infusa y sobrenatural*».

Así la diferencia será puramente de grado y no de naturaleza...

Según Scaramelli (*Directorio místico*, tr. 2, cap. 7), la *contemplación adquirida* es un puro don de Dios, si bien parece como que le va ganando con sus industrias el alma, mientras la *infusa* es «*aquella que... no depende de alguna industria o diligencia suya próxima, sino solamente del arbitrio de Dios*».

Según lo cual resultaría que una mismísima manera de oración, tal como el recogimiento o la quietud, que describe Santa Teresa (Mor. 4.<sup>a</sup>), cuando sorprende al alma de repente, sería *infusa*, y cuando, como dice la misma Santa, le viene (según suele acaecer con más frecuencia a los principios), después de irse ella inflamando en amor con algo de meditación, sería *adquirida*, sin perjuicio de ser en el fondo una misma cosa...

La *contemplación adquirida*, escribe él (ib. n. 69), «*es aquélla que se puede adquirir de nuestras industrias*

*di donum causam contemplationis tam activae quam passivae*». (*Prolegóm.*, n. 23, y tr. 3, c. 6).

ayudadas de la gracia, y especialmente con el largo ejercicio de meditar, *aunque ni tampoco en rigor sea debida a tales diligencias*. Conviene saber, que ejercitándose vigorosamente las personas espirituales en las virtudes morales, y penetrando con el ejercicio de la meditación discursiva con mayor y mayor claridad las verdades divinas, finalmente Dios en premio de sus fatigas *les concede una luz espiritual*, por la cual se fijan con admiración y con amor deleitable en aquella verdad que antes tantas veces habían meditado, y de este modo dulcemente la contemplan. Por lo cual parece que una tal contemplación sea fruto de sus meditaciones... y por eso se llama *adquirida*... En realidad la dicha contemplación *no es debida a ninguna diligencia*... El entender las verdades sobrenaturales y divinas con una vista simple, fija, firme y admirativa, *es un modo de conocer más angélico que humano, para el cual se requiere una luz extraordinaria* que haga apto el entendimiento para tan noble operación... Si su Majestad la concede, no es jamás por deuda, sino por don y gracia».

¿Qué más se podría pedir para que en todo rigor sea infusa o mística?—De ahí que no le trate en el *Direct<sup>o</sup>. ascético*, sino en el *místico*, y como cosa propia de místicos, de quienes dice dividen la contemplación en esas dos especies, que así resultan una sola.

«Hay—decía según esto el cronista carmelitano fray José de J. M.<sup>a</sup> Quiroga (*Don que tuvo San Juan de la Cruz*, etc., c. X)—dos maneras de *contemplación sobrenatural*: una *concedida a nuestro modo humano* por medio de la luz sencilla de la fe y de los auxilios comunes de la gracia, y ésta la podemos ejercitar siempre que quisiéremos, como hacer otro cualquier acto de fe con los mismos auxilios, y *la ilustra el don de sabiduría a lo sobrenatural, y también a nuestro modo*... La cual ilustración—dice Santo Tomás (2<sup>a</sup> 2, q. 45, a. 5)—no se niega a ninguno de los que están en gracia si saben disponerse para recibirla. La otra contemplación es más elevada...: levanta al alma a conocimiento y amor de Dios *sobre nuestro modo humano*.»

De donde resulta que la llamada *adquirida* es también *infusa, sobrenatural y obra de los dones...*

Por esto Segneri, según vimos, la llama «maná escondido», y dice expresamente que es ya «mística» en todo rigor.

«Hay también en la *contemplación adquirida*—reconoce el P. Meynard, O. P. (*Tr. de la Vie intér.*, 2.<sup>a</sup> p., *Theol. Myst.*, l. I, n. 1)—, algo de *infuso*, de *pasivo* y de *sobrenatural*, puesto que no puede tener lugar sin una *especial iluminación* de la divina gracia.»

«Los efectos que deja en el alma la *contemplación activa*—declara el P. Naval (*Ascét. y Mist.*, n. 190)—son *los mismos* que se enumeran en la Mística como propios de la contemplación infusa, aunque en grado muy inferior a los de ésta; mayor ilustración en el entendimiento..., sentimientos de paz y de confianza más profundos.»

Pues si los frutos son en substancia los mismos, también deben serlo sus causas.

Así, bien podemos asegurar que para que una oración merezca el nombre de *contemplación* es preciso que en ella intervengan algunos de los dones del Espíritu Santo, y muy especialmente el de sabiduría, que hace sentir de Dios en bondad. Por eso afirma rotundamente el P. Juan de J. M.<sup>a</sup>, C. D. (*Theol. Myst.*, c. 3), que la contemplación cristiana en general es un acto de ese don: «*Asseruimus, contemplationem sc. esse actum elicatum a sapientiae habitu; uno nempe ex septem donis Spiritus Sancti: cujus est Deum contemplari non quovis modo, sed ex dilectione cum quodam experimento suavitatis in voluntate... Ex hoc efficitur divinam contemplationem, nisi ex dono Dei supernaturali, minime contingere*» (1).

(1) En vista de esto no podrá menos de causarnos verdadero estupor ver la insistencia con que se cita al V. P. Juan de Jesús María en el *Mensajero de Sta. Teresa* (número 3, págs. 73-4; núm. 3, año 2.º, pág. 88), como uno de los partidarios de las *dos contemplaciones, dos santidades y dos caminos...* Pero... aún es más doloroso ver cómo se desnaturaliza a los mismos Santos Reformadores San Juan de la Cruz y Santa Teresa, truncando sus textos y sacándoles de quicio, para atribuirles lo que nunca dijeron ni aun soñaron.

Según Ribet (*Mystique divine*, p. 1.<sup>a</sup>, c. 3, n. 11), la contemplación adquirida «consiste en una mirada sencilla y admirativa sobre una verdad en que antes se haya ejercitado el alma por la meditación; pero que, *mediante la luz divina* de la gracia, *resplandece con tal claridad* que suspende el trabajo discursivo del alma».

Y esta luz y esta suspensión, según Santo Tomás, sólo pueden provenir del don de inteligencia; y así la contemplación resulta infusa y no adquirida.

Así el P. Seisdedos, después de dedicarle todo un tomo de su obra *Princ. fund. de Mística*, y tratar de mostrar cómo se adquiere con la meditación, acaba por reconocer que en ella intervienen los dones (págs. 214-215), y que así (p. 217) «es difícil, si no imposible, discernirla de la mística». Y luego la considera como un don especial de Dios o una merced que El *graciosa-mente se digna* a veces *conceder* (págs. 291, 256)... Lo cual es ya identificarla del todo con la infusa.

Según el P. Dosda (*L' Unión avec Dieu*, 4.<sup>a</sup> p., c. 17), «la contemplación activa alcanza, con más frecuencia de lo que puede pensarse, a los *grados inferiores* de la *pasiva*. Las almas *elevadas* a la oración de simplicidad se hallan, quizá, de cuando en cuando..., bajo la influencia de una *gracia mística*. Esta oración... confina indudablemente con los primeros grados de la sobrenatural».

Así añade (c. 18) que esa contemplación activa es también «un don comunicado por Dios».—¿Qué la falta, pues, para ser en todo rigor sobrenatural?

El que tenga, en realidad o aparentemente, algo de *adquirido*, y aun de *hábito adquirido* con la meditación, no impide que sea en el fondo una *luz infusa* que aun durante la meditación va Dios comunicando a las almas ya bien dispuestas.

«Los *aprovechantes*—dice San Juan de la Cruz (*Subida*, II, c. 13)—es a los que *Dios comienza a poner* en esta *noticia sobrenatural de contemplación*... (1).

(1) El carmelita D. Nicolás de J. M.<sup>a</sup>, en su *Elucidatio phrasium mysticarum operum Joannis a Cruce*, p. 2, c. 4. mostró claro cómo en la *Subida del Monte Carmelo*—lo mismo que en todos

«*A los principios*—añade (Ib.)— no está tan perfecto el *hábito* de ella (la contemplación) que luego que ellos quieran se puedan poner en el acto de ella, ni por el semejante están tan remotos de la meditación que no puedan meditar y discurrir algunas veces. Antes en estos principios, cuando... echen de ver que no está el alma empleada en aquel sosiego o noticia, habrán menester aprovecharse del discurso hasta que *vengan en ella a adquirir el hábito* que habemos dicho, en alguna manera perfecto, que será cuando todas las veces que quisiere meditar, luego se queda en esta *noticia* y paz, *sin poder meditar ni tener gana de hacerlo*».

Por aquí se ve claro, cómo, según el místico Doctor, con el mismo ejercicio de la *meditación* se logra en cierto modo, o aparentemente, *adquirir el hábito* de esa *noticia sobrenatural de contemplación infusa*, en la cual «Dios comienza a poner» a los *aprovechantes*, según ellos se van *disponiendo* para *recibir* de El ese *hábito infuso*, y que así aparenta ser *adquirido* (y por tal se obstinan algunos en tenerlo), siendo en rigor del todo *sobrenatural*. (Cf. *Cuestiones místicas*, 2.<sup>a</sup> ed., p. 307-309 y *supra*, c. 4.<sup>o</sup>, VI).

Con ser muchas veces necesario empezar por la oración discursiva para llegar a la contemplación, ésta dista siempre de aquélla, advierte el V. Juan de Jesús María (*Theol. Mystica*, c. 3), como el mediodía del crepúsculo de la mañana... Es el puerto seguro a que Dios lleva a los que con trabajo navegaban, y empieza tan pronto como cesa el discurso—no dando así lugar a esa que hoy llaman *adquirida*—: «Ab hujusmodi vel meditatione vel oratione quae contemplationi viam sternit—dice—, tam longe propria contemplatio, quam longe a diluculo meridies ipsa discernitur... Cum enim meditatio sit anxia et multis agitata procellis navigatio, et contemplatio portus bene saeptus atque tranquillus, clementissimus Deus laborantes remigando et periclitantes paternis oculis conspicatus ad pacatam contemplationis stationem fessos invehere consuevit... Propterea,

sus escritos—San Juan de la Cruz no habla sino de la *contemplación infusa*, por más que otros se empeñen en hacerle patrocinador de la otra.—Cfr. *La Vida Sobrenatural*, Enero 1923.

statim ac discursus, qui est motus intellectus veritatem inquiringis, veritate cessat inventa et illi intellectus velut acquiescendo, coepit cum admiratione inhaerere, incipit existere *contemplatio*».

Mas aunque así empiece al cesar el discurso, y aunque para tenerla haya a veces que valerse de la ayuda de los sentidos, de la imaginación y de la meditación, no hay contemplación verdadera hasta que haya luz infusa: «Contemplationis divinae ratio—añade (ib.)—, ex iis gradibus minime variatur, sive enim cognitio exoriatur a sensibus, sive ab imaginatione, sive a meditatione, sive a lumine infuso, non ideo propria contemplationis divinae forma varia est: sed nunc a sensibus auspiciando, nunc, quae mente conceperamus, repetendo, nunc iis cessantibus divino tantum lumine perfusi divina contemplamur—quando videlicet Spiritus sapientiae nos illuminat vel inopinos arripit vel *conantes adjuvat*..., ideo gradus illos minime explanamus nec in eis divinam contemplationem inesse censemus, nisi flante Spiritu Dei ad eam contemplationis, quam mox describemus, sublimitatem assurgant. Ad quam certe si assurrexerint, jam non erit ulla distinctio formae, sed unius rationis, a diversis licet orta principiis, contemplatio».

No hay, pues, ni puede haber más que una suerte de contemplación divina, que es la infusa, obra principalmente del don de sabiduría: «Asseruimus—prosigue—contemplationem esse actum elicited a sapientiae habitu, uno nempe e septem Spiritus Sancti donis, cuius est Deum contemplari, non quovis modo, sed ex dilectione cum quodam experimento suavitatis in voluntate; quae profecto S. Thomae sententia est, quandoquidem (I, q. 43, a. 5, ad 2), Dei cognitionem atque experimentalem perceptionem—quae est ipsissima contemplatio—sapientia proprie dici latetur, juxta quam Filii missionem fieri paulo ante asseruerat... Ex hoc efficitur divinam contemplationem nisi ex dono Dei supernaturali nemini contingere...

»...Ideo enim invisibilis missio Filii fit per hoc sapientiae donum... ut quemadmodum ille est Dei Verbum, non quaecumque, sed Verbum spirans amorem, ita sapientia sit, non quaevis Dei notitia sed quae amo-

ris producat affectum. Ex quo fit, ut simul, dum intellectus divina contemplatur, voluntas earundem amore flagret et utraque potentia suavissimo agone concertet, dum voluntas promovet intellectum, et intellectus urget voluntatem».

El R. P. J. de Guibert, S. J., con admitir la *posibilidad* de cierta manera de «contemplación adquirida», reconoce, sin embargo (*R. d'Ascét. et Myst.* 1924, p. 14; 1925, p. 73), que *de hecho*, «los casos en que exista sin una *gracia fortificante* (que la haga participar de la infusa) son *bien raros, si es que existe alguno*».

Pues si «apenas se puede decir que exista un solo caso de contemplación *puramente adquirida*» ¿por qué ha de haber tanto empeño en defenderla cual si fuera una cosa de suma importancia? De hecho, en vez de prestar utilidades, vemos que sólo sirve para turbar y desconcertar a las almas a quienes va Dios N. Sr. introduciendo en la única real y verdadera contemplación, que es la infusa.

Nadie, en efecto, será capaz de presentarnos ni *un solo caso* del todo *cierto* de contemplación, sin nada de infuso, o sea sin ningún concurso de los dones. Y si éstos ejercen alguna influencia, por «insignificante» que parezca, esa oración es ya formalmente *infusa*, y «sobrenatural» *reduplicative*, por mucho que tenga de *activa* y aun de *adquirida* y bien ayudada que esté de las buenas disposiciones, condiciones y preparaciones e industrias personales; cosas que pueden influir mucho en el carácter especial de esa manera de oración, pero sin alterar su fondo íntimo ni impedir su *modo sobrehumano*, aunque éste sea algo *latente* o no muy manifiesto.

Por de pronto, este *modo místico* de proceder en todo, y, por tanto, de orar, es indispensable para llegar a la plenitud de la perfección cristiana, siendo ésta imposible sin el normal ejercicio de los dones, los cuales implican, junto con la docilidad al divino Espíritu, ese *modo superior* de obrar. Así el mismo autor termina diciendo (p. 32): «No estará en la vía normal de la santificación, ni llegará jamás a la santidad verdadera una alma en quien la *docilidad constante a las inspiracio-*

*nes del Espíritu Santo no vaya creciendo hasta poner toda su vida interior bajo la influencia habitual de los dones».*

Tal es, indiscutiblemente, para quien sepa lo que dice, la verdadera doctrina tradicional.

### VII.—Incoherencias y fantasías peligrosas en el protagonista de la contemplación adquirida.

Acabamos de ver cómo entre los autores que admiten esta manera de contemplación los más competentes vienen a reconocerla no como contrapuesta a la infusa, sino participando más o menos de ella, puesto que la declaran obra también de los dones del Espíritu Santo. Así, al presentarla a veces como distinta, incurren en incoherencias chocantes.

El mismo inventor de ella, o sea el primer autor que separamos la mencione, es, como dijimos, el piadosísimo R. P. M. Alvarado, que en su *Arte de bien vivir* (lib. 2, c. 38-48) (1), publicado en 1608, la enseña expresamente como en cierto modo accesible a nuestros propios esfuerzos ayudados de la gracia. Pero así y todo acaba por considerarla (ib. c. 46) como primer grado en la contemplación de la *Mística teología*, con lo cual viene a declararla realmente *pasiva e infusa*, añadiendo que «es más principio de contemplación que contemplación».

El autor de la *Lucerna Mystica*, dice (Proleg.): «Haec... activa contemplatio nuper inventa est», añadiendo que, sin embargo, había sido enseñada de los antiguos. Pero mal pudo ser antes enseñado lo que así tiene que reconocer por invención moderna... Y después de todo, como ya hemos visto, tanto él como la generalidad de los autores que la admiten, acaban por identificarla con la infusa.

Entre los que sostienen una contemplación *puramente*

(1) De donde está extractado el famoso *Trat. del Conocimiento oscuro de Dios*, malamente atribuido a San Juan de la Cruz, cuyas obras aún no estaban publicadas.

*adquirida*, figuran hoy varios Padres Carmelitas Descalzos, que con mucho ardor y apasionamiento y un celo a veces más amargo que mesurado y *secundum scientiam* (Rom. 10, 2; Jac. 3, 14), cual conviene a religiosos, se empeñan en restablecer a todo trance lo más exagerado de las doctrinas, ya tan desautorizadas, del extremo período de la decadencia, en que tanto se llegó a olvidar o desnaturalizar la verdadera mística teresiana (1).

Por de pronto, es cosa notoria que esa contemplación ni de nombre fué en su Orden conocida hasta muy tarde. El primero que entre ellos la mencionó y se atrevió a sostenerla fué el P. Tomás de Jesús (1568-1627) en su tratado *De Contemplatione divina*, publicado en Amberes en 1620, o sea ya en sus últimos años, y nada menos que treinta y ocho después de la muerte de Santa Teresa; sin que en todo ese largo tiempo pueda mostrarse en su Reforma precedente ninguno para que nadie tenga ni el menor derecho a mirar ese triste invento como legítima tradición teresiano-carmelitana y no como una verdadera y lamentable alteración de la doctrina tradicional conservada en su pureza en el V. Juan

(1) Véase sobre todo el N. de Octubre del *Monte Carmelo* y los de Septiembre y Octubre del *Mensajero de Sta. Teresa* (1924) y no podrá menos de quedar uno estupefacto ante aquel derrame de bilis, que sólo sirve para declarar cuán falta está de buenas razones la causa que así necesita defenderse con tales impropiedades.

En el *Mensajero*, el R. P. Conrado, el mismo que siendo Provincial no quiso dar oídos a nuestros amistosos avisos para que moderaran las provocaciones que nos hacían sus súbditos—y así nos obligara a publicar, en defensa de las verdades por ellos atacadas, estos nuestros artículos—respondió, como si le cogieran de sorpresa y fueran una gravísima provocación, y como si a él, *ex-provincial* y *ex-maestro de Novicios*, le fuera permitido tal lenguaje, acusándonos falsísimamente de haber *vilipendiado* a su Orden escribiendo—dice—«con el fin de calumniarnos artera y felonamente, halagando a los ignorantes» con «tanta injusticia y tanta necedad». Añade que nuestros escritos son «puras sandeces... prosa amazotada sin una prueba que merezca tal nombre... sacando las cosas de quicio». Su autor «no ha saludado por el foro la Dialéctica», etc., etc. Y después de despacharse a su placer y de regalarnos con el calificativo de *Gerundio del siglo XX*, nos amenaza, si no cambiamos de rumbo, con «divulgar todos los disparates que a veces han enseñado los dominicos»;—argumento, como se ve, definitivo para la cuestión doctrinal que estudiamos...

de Jesús M.<sup>ta</sup>, Superior general que fué de la descalcez, y murió santamente en 1615. Así, por más que Tomás de Jesús, con el prestigio hasta entonces adquirido, logró acreditar y poner en boga entre muchos de los suyos, como también de no pocos extraños y de todas las Ordenes religiosas, esa desgraciada invención, no logró, sin embargo, hacerla aceptar de las más fieles hijas y legítimas herederas del espíritu de Santa Teresa, que hasta hoy siguen felizmente ignorándola (1) o mirándola con recelo, como cosa tan extraña y aun tan opuesta a su misma vocación y a las verdaderas enseñanzas de la mística Doctora, según puede verse en las biografías de cuantas murieron en olor de santidad; las cuales no pudieron menos de sentir muy al vivo el imperioso deber que tenían de tender o aspirar, como a fin principal de su mismo instituto, hacia la verdadera contemplación mística o infusa, disponiéndose para ella y pidiéndola incesantemente, sin contentarse con procurar cosas que no sacian ni sirven más que para desconcertar y dañar (2).

(1) Recuérdese la confesión involuntaria que hace el *Mensajero de Sta. Teresa*, Febrero, 1925, p. 484.

(2) Así lo siente el muy docto P. Jerónimo de la Madre de Dios, C. D., el cual en su interesante estudio sobre «La Tradition mystique du Carmel» (*La vie spir.*, mars. 1924, *Etudes*, págs. 142-48), después de demostrar que la contemplación divina que el V. Juan de J. M.<sup>a</sup> presenta como *fin del Instituto carmelitano*, es la infusa, añade: «No podemos, pues, limitar (como José del E. S. hace) a la contemplación adquirida el ideal místico a que *deben* tender los Carmelitas. Esto sería *contrario a todas sus tradiciones*. Es verdad que José del E. S. declara que se puede desear la contemplación infusa (tomo 2, disp. XI, núm. 23), y aun merecer (de congruo) la unión fructiva (tomo 4, disp. 22, núms. 100 1). Mas esto no basta, puesto que nuestras leyes nos imponen la *obligación de tender* a la contemplación divina... Felipe de la Trinidad enseña que «todas las almas, especialmente las consagradas a Dios, *deben aspirar* y tender a la unión actual fructiva con Dios» (*Summa*, tomo III, disp. I, a. 6). Antonio del E. S. declara que «todos, especialmente los a ello obligados por su Instituto, deben desear la contemplación infusa, y emplear a este fin los medios proporcionados» (*Direct.*, tr. 3, 222-29). Para comprender bien estos textos, recordemos que si hay una «obligación especial», para los religiosos contemplativos de tender a la contemplación infusa, esta obligación, para los demás cristianos, es sólo «general», fundada en el primer mandamiento».

«Ni en nuestra santa Orden, dice el mismo *Mensajero de Santa*

El mismo introductor de esa innovación, en los libros que publicó antes de esa fecha tardía, no sólo no muestra conocerla, sino que en todo su modo, aún tradicional, de expresarse, logra de antemano excluirla, tanto que, después de aceptarla, para no verlo chocar tan demasiado consigo mismo, hubo que suprimir el ya bien conocido prólogo de su mejor obra, cual es la *Suma de los grados de oración*, sacada de los diversos escritos de Sta. Teresa, y publicada en Roma en 1610, cuando podía ya ser bien conocida la invención del Padre Alvarado. En ese prólogo afirma con mucha verdad y muy conforme con la Sta. Reformadora, que hay dos clases de oración: una *adquirida*, cual es la *meditación*, y otra *infusa*, que es la *contemplación*. Este interesante prólogo, advierte Saudreau (*Etat. Myst.*), «se halla en las ediciones de 1610, 1613, 1616 y 1623, pero fué suprimido en las de 1665 y 1725, sin duda porque la doctrina ahí expresada no cuadra con la que admite una contemplación no mística».

Mas, aunque no cuadre, salió todavía en 1623, protestando, a su modo, contra la innovación introducida tres años antes en el referido tratado de *Contempl. divina*. Y como en este mismo iba el germen de las contradicciones é incoherencias, en que se vió luego a cada paso como forzado a incurrir, según suele forzar la lógica a los que parten de un gran error, vemos que ya al definir esa contemplación nueva empieza de algún modo a contradecirse reputándola mística a la vez que no mística: *mística*, por lo mismo que de ella habla con tanta insistencia en un tratado místico; y *no mística*, porque así la define, contraponiéndola a la infusa, diciendo (*De Cont. div.*, l. 1, c. II): «*Acquisitam* eam nuncupamus, quam industria et exercitatione propria, non tamen sine divina cooperatione et gratia, acquirimus: *Infusam* vero, quae ex sola gratia sive inspiratione divina promanat... Quantum ad modum operandi... constat *Teresa* (Mayo, 1924, p. 81), es fin preceptuar... la contemplación adquirida, porque hasta la Reforma Teresiana (y hasta treinta y ocho años después de muerta la Sta. Reformadora, debería añadirse), JAMÁS SE OYÓ HABLAR DE SEMEJANTE CONTEMPLACIÓN EN NUESTRA ORDEN».

aliam esse contemplationem quam Spiritus S. *divino et supernaturali modo* in nobis operatur, ab aliquo inquam, ex septem donis... aliam quae *modo humano*, id est, *per discursum rationis*, etiam cooperante gratia, aliisque virtutibus supernaturalibus procedit, quae... non dicitur contemplatio *supernaturalis et infusa*.

Sin embargo, al poco rato, aunque suponiéndola adquirida y obra de nuestros propios esfuerzos, la cree capaz de hacernos penetrar en los secretos místicos, como queriendo llevarnos por nuestros mismos pies derechos al quietismo, adelantándose ya ahí a Molinos, al decir (ib., c. 4) que en ella «homo proprio assurgit labore, ac *propriis pedibus gradiens divina arcana perlustrans*, arcam illam contemplationis *mysticam ingreditur*». Con lo cual la hace ya mística en todo rigor, como tenía que tender a hacerla por el mismo hecho de incluirla en ese tratado.—Lo mismo ha venido a suceder a un autor reciente de una extensa obra de Mística en cinco tomos, el primero de los cuales dedica a esa contemplación que supone «no mística», titulándola *La contemplación ordinaria*.

Con esto han tenido uno y otro que restringir a veces la infusa o sobrenatural a solos sus más altos grados para que de algún modo pueda parecer distinta de la misma en sus primeras manifestaciones, en que la suponen más ordinaria, a la vez que adquirida o activa. Así añade Tomás de Jesús: «In *supernaturali vero quasi alis quibusdam contemplationis sursum velocissime a Spiritu divino ad ea quae Dei sunt intuenda elevamur*»...

Pero donde llegan a un inconcebible extremo las incoherencias y contradicciones es en el tratado que expresamente le dedicó, titulado *De Contemplatione acquisita*, inédito hasta 1922, en que salió a luz en Milán anotado por el P. Eugenio de San José. Pues aunque se propone hablar tan sólo de esa que llama *adquirida*, a cada paso—como el mismo anotador se ve obligado a reconocer varias veces—

le da las propiedades de la infusa; y así no cesa de inducir, sin darse cuenta, al más refinado *quietismo*.

Empieza el libro prometiendo mostrar en él que el ejercicio de la contemplación conviene a todos, aun a los principiantes: «Indiscriminatim convenire, tam proficientibus quam incipientibus vitam spiritualem». Lo cual es cosa inaudita (Cfr. *Cuestiones místicas*, 2.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup>).

El cap. 3.<sup>o</sup> lo titula: «Contemplationem divinam tam incipientibus, quam proficientibus nedum perfectis esse communem». Y empieza hablando expresamente de la infusa y asegurando que a veces la concede Dios no ya a los imperfectos, sino a personas que se hallan en tan mal estado como los «*mundanos*»;—contra lo que expresamente enseña Santa Teresa (1)—, y que en cambio puede faltar del todo en almas perfectas; como si la perfección de la vida no estuviera íntimamente relacionada—según Pío X declaró ser doctrina de la Santa—con los progresivos grados de oración, explicados en las sucesivas *Moradas* del alma (2); ¡y como si pudiera ser perfecto el que tiene sin ejercitar los dones y los sentidos espirituales, y así no ha podido llegar a la «perfecta oración», ni por lo mismo sabe lo que es la sexta bienaventuranza!... Por lo que hace a los imperfectos o principiantes, aunque es verdad que a veces, por providencia especial, les concede el Señor la contemplación, dándoles antes del tiempo ordinario alas para poder volar a El, no es razón para enseñar a nadie a echarse por sí mismo (activamente) a volar antes de que le hayan nacido esas místicas alas, sino sólo para pedir las y disponerse a recibirlas y no poner óbice a las mociones del Espíritu Santo.

Luego empieza a hablar de las tres vías y los tres estados correspondientes de *principiantes*, *aprovechados* y *perfectos*; y olvidando lo dicho, ya no repara en afirmar que en estos últimos obra el don de sabiduría, que es el más ca-

(1) *Vida*, c. 34; *Camino*, c. 16.—Edic. de Burgos, 1922; pág. 414, nota, y Relación 5.<sup>a</sup>

(2) «Docet enim: gradus orationis quot numerantur veluti totidem superiores, in christiana perfectione ascensus esse». Pío X, *Ep. ad Gener. c. Exc.* 2 Marzo 1914.

racterístico de la vida mística... «Tertius (status) denique est, cum virtus prius amara et difficilis... jam incipit dulcescere et cordi *sapere*... Unde hic gradus viae unitivae respondet, ubi verus purusque amor omnia faciliat, et *sapientiae donum*, quo medio *tunc anima agit*, cuncta, etiam asperrima et amarissima, reddit dulcissima» (1).

En el cap. 4.<sup>o</sup> sostiene que *deben* los maestros enseñar a los principiantes o novicios el camino de la contemplación, «maxime quia multi initio suae conversionis a Deo ipso *ad contemplationem vocantur*... Ne ergo velint novitios semper esse infantes, sed potius curent ipsos ad contemplationem sedulo aspirare». Y en esto se refiere ya a la pasiva, cuando está tratando de la que supone puede enseñarse, o sea, de la activa; y porque Dios llame a aquélla, quiere él proponerles otra cosa, con que sólo se logrará resistir al llamamiento divino.

En el quinto trata de las señales por las cuales puede conocerse que un alma está ya madura y bien dispuesta para subir—por sus pies, se supone—al alcázar de la contemplación. La cual, dice luego, que «perfecciona de un modo maravilloso la fe», y que además produce casi repentinamente grandes cambios de vida: «Immutatio vitae nostrae ex meditatione orta solet esse tarda..., ex contemplatione celeris et quasi volatu ad perfectionem tendens». Lo cual es propio de la infusa. Y así continúa tranquilo: «Etiam si hoc contemplationis *donum supranaturale* sit, illud tamen variis exercitiis et nostra industria et labore fovendum esse sciat». Esto está muy bien; debemos *facilitar* ese don en cuanto está de nuestra parte; pero pretender *adquirirlo*, como si de nos-

(1) «Concedit enim Deus donum hoc contemplationis, dice en otro lugar (*De Contempl. div.*, II, c. 6), animabus sanctis, *ut eas ad perfectionem* per amorem, unionem et transformationem in ipsum Deum *perducat*; est enim haec unio *vitae hujus beatitudo*... Est praeterea contemplatio ultimus et aliis perfectior gradus, huic felicissimae unionis immediatus, ac in quo Spiritus S. justorum animas mira quadam luce *medio sapientiae dono*, interiorius illustrat, ardentissimo inflammat amore, ac demum jucundissima exultatione in Deum extra se positas, et a seipsis alienas transformat».

otros pendiera, es una gran temeridad, según declara el mismo José del Espíritu Santo.

Vienen luego las señales o reglas para entrar en la contemplación activa, y casi todas se refieren a la pasiva, empezando por la primera, que dice cuándo podrá ser ya el alma admitida al *místico beso*... «Hoc autem Dei ósculum in *contemplatione* gustatur, quae miram spiritualibus exercitiis suavitatem afferre solet».

En la tercera regla dice que los esforzados «solent a Deo *gradatim usque ad perfectam* et puram contemplationem *deduci*». Con lo cual da por supuesto que toda ésta, aun en sus primeros grados, es ya en realidad, *pasiva*.

Lo mismo declara en la regla cuarta diciendo: «Quando quis... tantam in meditatione difficultatem ac repugnantiam experitur, ut quantumque laboret ac sibi vim inferat amplius discurrere ac meditari nequeat, tunc iudicium est *manifestum* in huiusmodi animam aliquod, licet sit occultum, *contemplationis donum fuisse a Deo infusum*... Oclusa est illi a ipso Deo meditationis janua ut iter ad contemplationis donum arripiat.»

En el cap. 6.<sup>o</sup> añade otras nuevas reglas para mejor conocer cuándo puede un alma con toda seguridad pasar del estado de meditación al de contemplación, entendiéndose por ésta casi siempre la manifiestamente pasiva, o las purgaciones que la acompañan y que San Juan de la Cruz designa también con el nombre de mística contemplación—en vez de la activa de que pretende hablar—. Así empieza advirtiéndole, entre otras cosas, que «frequenter cessante discursu, huiusmodi animas *ad contemplationem puram elevari*, quandoque tamen ad *passivam purgationem*».

Luego propone como «primera y principalísima regla en esta materia»—en que, repetimos, trata de eso que llama contemplación activa—, una que se refiere expresamente a la invitación que Dios hace para la pasiva: «Qui in sua oratione adhuc discursu et meditatione utuntur, si aliquando sentiant se in ipso discursus exordio in alicujus veritatis aeternae admirationem *ferri*, signum quidem manifestum

est illos a Deo ad contemplationem invitari... Interdum vero anima ante omnem rationis discursum... intra se totaliter recollecta, an et qualiter Deum amet ignara, inusitatam in seipsa tranquillitatem cordis et pacem experitur: et haec est *purissima contemplatio*, de qua lib. 4 de *Divina contemplatione* disputavimus». — De modo que en esta obra anterior, donde se proponía tratar de la única que merece el nombre de *contemplación divina*, que es la *infusa*, se empeña en señalar y proponer muchas veces, en vez de esa, otra que él supone muy distinta y la llama *adquirida*; y al tratar ahora ex profeso de esta nueva invención, en vez de atenerse a ella sola, como debía absolutamente si fuera cosa distinta, nos vuelve a repetir, aunque en distinto tono, lo mismo que allí tenía dicho; mostrando así prácticamente que si esa manera de contemplación que llama *adquirida* es algo real y no una pura ficción, tiene—como advierte Nagore—que identificarse en el fondo con la pasiva o *infusa*, de la cual, en la práctica, nunca se acierta a prescindir. Y así continúa: «Quare, qui a Deo ad illam misericorditer elevantur, non est quod amplius laboriosa meditationis exercitia reassumant; sed desuper novam Dei circa se operationem expectent...» Lo cual no siempre aprueba Santa Teresa, antes encarga que si, a pesar de todo, no siente el alma la acción de Dios que la suspende, vuelva a los principios de la meditación y de ningún modo permanezca ociosa a lo quietista (1).

En la segunda regla muestra cómo, quedándose uno con cierta vista amorosa en la consideración de la Pasión de N. S. J. C.—cosa, a su juicio, propia de la contemplación ac-

(1) Véanse las proposiciones 20 y 23 condenadas en Molinos (Denz. 1240, 1243): «Asserere quod in oratione opus est sibi per discursum opem ferre.., quando Deus animam non alloquitur, ignorantia est...»

«...Hac (contempl. infusa) cessante, anima regredi debet ad tertium gradum (qui est *contempl. acquisita*), et in ipso permanere, *absque eo, quod amplius redeat ad secundum* (qui est *meditatio*), aut primum».

Casi lo mismo, o con poca diferencia, sostienen y aconsejan ahora algunos de nuestros adversarios..

tiva—, se dispone para ser elevado, no dice a otra contemplación distinta, sino a otro *grado* de ella; con lo cual, sin querer, muestra que esa que llama adquirida es ya un comienzo de la infusa. Y añade que aun entre las buenas obras diarias suelen recibirse nuevas luces divinas... «Si initium sumamus ab his, qui in sua oratione Jesum C. D. sibi praesentem proponunt, certum quidem videtur illis jam aliquo modo contemplationis limen ingressos esse... Profecto hujusmodi contemplatio non solum óptima, sed et valde proficua et meritoria esse solet, per quam vere disponitur anima ad hoc ut *sublimiorem contemplationis gradum a Deo sublevetur*. Si vero de his, qui virtutum actibus exercendis, praecipue charitatis incumbunt, loquamur, non est dubium quin ex hujusmodi actuum frequentatione ipsorum intellectus nova quadam luce divinitus illustratur, *qua mediante... contemplatio vera* exerceatur, et quanvis magnae postea succedant ariditates, semper tamen aliquid de coelesti illo *fontis aquae vivae* influxu participatur».

Por fin, la tercera y última regla es que cuando uno, bien mortificado y ejercitado en las prácticas piadosas, sintiendo aversión a los consuelos terrenos, empieza a sentirse como abandonado de Dios, sepa que está en disposición inmediata para recibir el don de la contemplación infusa... la cual le vendrá de un modo tan secreto que la misma alma no lo advierte: «et tunc subintrat contemplatio, licet quandoque ita secreto, ut illam anima non agnoscat».

Y no conociéndola podrá luego suponer que es adquirida, siendo como es infusa.

Así reconoce el P. Teodoro de San José, C. D. (1) que, por de pronto, en muchas ocasiones no es fácil en la práctica distinguir las. Y ¿cómo se han de poder distinguir en la práctica si aun en la misma teoría así se ve forzado a confundirlas—como realmente idénticas que son—su mismo corifeo y maestro Tomás de Jesús?

En el cap. 7.<sup>o</sup> habla de las dos suertes de contemplación que llaman afirmativa y negativa, y ambas acaba por pre-

(1) *Essai sur l'oraison selon l'Ecole carmel.*, 1923, pág. 76.

sentarlas como infusas, conforme lo había hecho en su tratado de la Oración mental. «In prima—dice—Deum per affirmationem cognoscimus, et ipso inspirante utique contemplamur». De la segunda añade que «in divinam caliginem terminatur». Y así termina el primer libro en que promete hablar de la contemplación que conviene ofrecer aun a los principiantes, ¡¡¡y nos habla a cada paso de la infusa y aun de la más encumbrada!!!

El libro II trata expresamente «de natura, divisione, effectibus et proprietatibus *acquisitae contemplationis*». Así debemos esperar nos hable tan sólo, como promete, de lo a ella referente; y para eso le define (c. 1) diciendo: «Contemplatio christiana est *summae Deitatis atque effectuum ejus affectuosa et sincera cognitio, nostra industria comparata*».

Habla en el cap. 2.º de la materia y fin de la contemplación adquirida, y dice ya que esta materia es la misma; con lo cual se hará difícil, si no imposible, distinguirlas: «Contemplationis *acquisitae materia eadem est ac divinae et infusae*», añadiendo: «Nulla praeterea est contemplatio nostra industria *acquisita, quae non etiam divino et supernaturali modo possit contingere*».

De esta suerte nunca podremos saber si un acto de contemplación que acaso nos parezca adquirido, por habernos costado algunos esfuerzos, al fin resulta infuso, como Santa Teresa dice sucede muchas veces en el recogimiento sobrenatural y en la mística quietud.

Por lo que hace al fin de la contemplación adquirida, añade: «Sicut *infusae contemplationis scopus est unio arcana et felicissima cum Deo per amorem fruitivum, etiam in hac vita, quae unio ebria dici solet; ita contemplationis acquisitae finis est unio cum divina voluntate, quae sobria nuncupatur*».

Según esto, la unión no deleitosa, sino penosísima, cual es la propia de un alma que pena en ausencia de Dios por Quien muere de amor... o que se halla por El sumergida en

la oscurísima *noche del espíritu*, sufriendo los horrores de las más terribles *purgaciones pasivas*, resultará *adquirida* y activa. . .

En vista de esta confusión, o de este manantial de confusiones, el mismo anotador, se ve aquí obligado a decir: «Circa sobriae ebriaeque contemplationis amplitudinem non consentiunt auctores, ne quidem nostri».

Otra anotación aún más importante tiene que hacer al empezar el cap. 5.<sup>o</sup> (pág. 86), que trata de las propiedades y efectos de la contemplación, y que debíamos suponer fueran los de la activa; pero no es así: «Proprietates et effectus, qui subnexo capite recensentur, ad contemplationem infusam potius spectant»... Y como el autor no lo advierte y el incauto lector deberá suponer que se refiere a la activa, a la que mostró querer limitarse en este libro, ¡se figurará verla enriquecida con todas las preciosidades y tesoros de la infusa, los cuales confiará poder lograr con sus puños sin necesidad de andar esperando mucho tiempo a las puertas de la divina misericordia *llamando*, para que el Señor se digne *introducirla* en sus moradas regias!... Así todo este capítulo, supuesto el título del libro, resulta ser quietismo refinado o puro iluminismo, contra el cual tanto habían ya protestado los grandes maestros (1); y prescindiendo de ese título, es una condenación palmaria de la contemplación adquirida, formulada por su mismo preconizador, al no reconocer ya más que una sola manera de contemplación, la cual, por contraposición a la oración discursiva, eleva a uno sobre sí mismo... y en ella es el alma llevada y encumbra-da a ver los secretos divinos, abriéndole Dios a ese efecto

(1) A diferencia de San José, que no salió de Egipto para la tierra de promisión hasta que un ángel de parte de Dios le avisó que ya era hora, hay muchos, decía Taulero (Sermón de la Vig. de Epifania), que se empeñan en adelantar esa hora, incurriendo en lamentables yerros: Antes de que Dios les dé—mediante la divina contemplación—la gloriosa libertad de los hijos de Dios, quieren libertarse ellos mismos con la sutileza de su propia razón, y con altisonantes palabras, contemplar y decir cosas sublimes del misterio de la Santísima Trinidad. ¡Qué miseria y qué errores han salido de ahí y salen aún cada día! Es una desolación para los que lo saben».

los cielos: «*Prima contemplationis* (en general) *proprietas illa est, quod elevat spiritum supra se...* Magnum discrimen versatur inter orationem et contemplationem: in communi oratione mens non sine magno labore meditationis *se elevat*; in contemplatione vero cum majori facilitate et suavitate *efferr*i solet: in meditationi discursibus quasi quibusdam gressibus *ascendit*, in contemplatione breviter et quasi in ictu oculi *ad Deum sublevatur*, et hac oratione *Deus contemplantibus aperit coelum*, et ipsi ascendunt et *elevantur*, et ingrediuntur ut *videant secreta coelestia...*

»Ex hac *elevatione* oritur secunda *proprietas contemplationis, suspensio...* (cujus) tertius gradus contingit quando tanta est vis suspensionis et violentia ut etiam sensuum externorum usum suspendat: ex quo gradu aliquando, licet raro, oriri solet quarta et quidem *prodigiosa suspensio totius corporis*, qua in aërem elavatur... vi Spiritus divina...

»Tertia *proprietas*, quae suspensionem sequitur, est rerum visarum *admiratio*, quae in nobis exercitatur novitate et magnitudine rerum divinarum, quae in contemplatione *manifestantur...* *ex luce qua divinitus illustramur...* Hanc admirationem vocat Bernardus contemplationem perfectissimam... Quare admiratio non est effectus communis omni contemplationis generi.

»Quarta demum *proprietas contemplationis*, sc. delectatio sive dulcedo numeratur... Deoque loquens David (Ps. 80): «*Quam magna, inquit, multitudo dulcedinis tuae, quam abscondisti timentibus te*».

Entre los efectos cuenta: «*praeter admirationem, delectationem, novam mentis illustrationem, miram animae agilitatem et promptitudinem ad omnes virtutum funciones*»; como principalísimo: «*ardentissimam Dei dilectionem*».

Y para que se vea que, según él, estos riquísimos tesoros, conforme lamentaba el V. Granada—cual si no fueran puros dones de la gracia—, se pueden adquirir con artificios humanos, o sea con la alquimia espiritual de la contemplación activa que, según la nueva espiritualidad, tiene la vir-

tud de producir ese de ardentísimo amor de Dios, con que podamos vestirnos a estilo de los hijos del Altísimo (*qui Spiritu Dei aguntur*) y asemejarnos tanto a ellos que bien podamos, sin más tarjeta de invitación, colarnos por las puertas del regio alcázar y subirnos a sus salones y galerías y pensiles...; para que se vea todo eso y mucho más, viene ahora el sabroso cap. 6.<sup>o</sup> con ejemplos con que se *debe* enseñar a los principiantes ese prodigioso *arte de encantamientos*, que Santa Teresa llamaba *abobamientos*: «*Exempla quibus edoceri debent tyrones praxis contemplationis acquisitae*».

Con este título sugestivo acabará de persuadir que de esta famosa contemplación trataba cuando en el capítulo anterior decía tales maravillas. Y así continúa diciendo que se debe con ejemplos aclarar «*ut facilius (tyrones) ad contemplationis arcem ascendere possint... quia meditatio est veluti scala, qua innixi gradatim ascendimus ad contemplationis culmen*» (!!!...)

Y he aquí ahora cómo explica este portento: «*Contemplatio, quamvis operatio sit intellectus, charitate innitur, et ex ea profluit, et demum sistit in ejus augmento. Ardens enim Dei amor vere cogit nos ad figendos oculos ubi est cor nostrum... Caritas enim instar ignis ardet et lucet, et ardens in voluntate simul illuminat intellectum, efficiens ut magnifice sentiat de bonitate quam novit et amat et cui est unita... non adhibitis discursibus, sed potius coelestibus contemplationibus, quibus intimius eas (veritates) penetrat*».

Pero olvida que esa iluminación y esa penetración, según advierte Sto. Tomás, ha de darla el don de entendimiento, y esos ardores y sentimientos tan elevados, el de sabiduría, que «*facit divina amata contemplare*» (1), y «ordenando

(1) «*Quanto lumen intellectus est fortius, dice Santo Tomás (2-2, q. 8, a. 1), tanto potest magis ad intima penetrare... Indiget ergo homo supernaturali lumine ut alterius penetret ad cognoscendum quaedam quae per lumen naturale cognoscere non valet. Et illud lumen supernaturale homini datum, vocatur donum intellectus*». Cfr. in 3 Sent., d. 34, q. 1, a. 2; d. 35, q. 1, a. 2; q. 2, a. 1; d. 36, q. 1, a. 3, etc.

«*Dona faciunt mentem bene ac prompte mobilem... a Spiritu*

la caridad», produce esos divinos incendios y hace *sentire de Domino in bonitate*; y en fin, que esa caridad tan encendida y divina ha de ser derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado... para que no seamos nosotros, sino que del todo nos dejemos poseer y llevar de El, como hacen los verdaderos espirituales o místicos... para ir seguros (1).

Y Ese mismo de quien se dejan mover los fieles hijos de Dios y en sus corazones da testimonio de la filiación divina, es Quien conforta nuestra flaqueza y nos enseña a orar y hablar, y obrar como conviene (Rom., 8)... y así evitar inconveniencias tales cual la de proponer como ejemplo a los novicios nada menos que lo que suele pasar entre novicios..., que se están horas enteras mirando y remirando y él, *contemplándola* a ella, «non raro dum ejus pulchritudinem atentius considerat in admirationem exultationemque raptur, tam miram suae sponsae pulchritudinem aspiciens...»;

*Sancto, sine cujus speciali dono nemo ad contemplationis arcem conscendit*. Dionisio Cart. *De Contemplat.*, I, I, a. 22.

A pesar de esto, el P. J. V. en su *Carta abierta*, p. 29, le cita impertérrito como uno de tantos antiguos partidarios de la *contemplación adquirida*...

El gran místico Cartujano llega al extremo de sostener que la misma *contemplación natural* de Dios, necesita la luz infusa de los dones; y así, hablando luego (art. 38) «De naturali contemplatione simplicissimae Deitatis» advierte: «Ista contemplationis species... non idcirco naturalis vocatur, quod sine supernaturalibus Dei muneribus, scilicet gratia gratum faciente, fide formata, caritate infusa, sapientiae dono, queat inesse aut obtineri».

De ahí que siempre sea infusa y no adquirida, aunque para entrar en ella haya habido que empezar con los esfuerzos de la meditación; pues como dijo y demostró el V. Juan de J. M.<sup>a</sup> (*Theol. Myst.*, c. 3), no por eso varía la naturaleza de la divina contemplación, a la cual nadie puede llegar, dice, *nisi ex dono Dei supernaturali*.

«Vi, dice Sor Teresa de J. M.<sup>a</sup> (*Coment.* I), lo poco que el entendimiento puede alcanzar de cosas tan altas, *si Dios no se las descubre*... Y parecía me decía aquellas palabras de los Cantares: «Averte oculos tuos a me, quia ipsi me avolare fecerunt». Por las cuales eché de ver que no gustaba Dios que quisiese entender más de lo que se me diese».

(1) «Sic filii Dei aguntur a Spiritu Sancto, dice el Doctor Angélico (in Mt. 4, 4), ut tempus hujus vitae, quae plena est tentationibus... transeant cum victoria per Christi virtutem».

aunque tantísimas veces (debía, al menos, haber añadido), contra lo que en la divina contemplación—que es toda verdad y puro amor—sucede, fascinándose y cegándose para admirar bellezas y bondades que no existen...; como sucederá también por necesidad con el ejercicio de esa espiritual alquimia de los «abobamientos».

Olvida que el atractivo ciego que entre los enamorados produce el mismo instinto de la naturaleza, ha de producirlo aquí otra manera de instinto sobrenatural y segurísimo, cual es el propio de los dones del Espíritu Santo que intervienen en la contemplación infusa, comunicando a la vez luz y amor celestiales.

Termina, por fin, declarando que la contemplación empieza con trabajo y dificultad—y tanta que resultaría imposible sin cierta ayuda, al menos oculta, de los dones—, con los cuales se tiene con suavidad y gozo: «cum jucunditate vero et suavitate exercetur, quando a dono sapientiae pro-manat».

En el cap. 7.<sup>o</sup> trata «de los medios de llegar a la contemplación y de sus efectos». Y empieza advirtiendo que como la sobrenatural es don de Dios y no se puede procurar con nuestra industria, prescinde de ella y tratará tan sólo los medios de lograr la *adquirida*, «a cuyos deseos somos todos sin distinción invitados por Isaías (55) cuando dice: «*Omnes sitientes venite ad aquas...*» Y olvida que estas aguas son el símbolo de las comunicaciones místicas, como tantas veces advierte Santa Teresa, y él mismo reconoce en otros lugares... Y aun aquí, a las pocas líneas, lo da a entender ya (porque la incoherencia es una de las notas más características de este escrito), advirtiendo: «*Opus est magna longanimitate, magna et constanti perseverantia, ad fores divinae Sapientiae pulsare, quousque ad sublimem ipsius contemplationem et felicissimam unionem ingrediamur*». Y no contento con esto, ensarta textos y más textos de Ricardo y de San Bernardo, en que se habla de la más encumbrada contemplación mística, diciendo con aquél:

«Absque dubio, sine ingenti exercitio, sine frequenti studio, sine ardenti desiderio ad perfectae scienciae altitudinem mens non sublevatur».

Del Doctor Melifluo toma un pasaje del *Serm. 3 de Circunc.*, donde dice: «Jam vero... , roga *dari tibi* devotionis lumen, diem serenissimum et *sabbatum mentis*...»; otro de lo mejor de su altísima exposición de los *Cantares*: «Currit sponsa, currunt adolescentulae, sed quae amat ardentius, velocius et citius pervenit. Perveniens... sine mora *aperitur ei*... Nec tamen ... praesto erit sic omni animae, nisi illi duntaxat, quam ingens devotio et desiderium vehemens et praedulcis affectus sponsam probat, et *dignam* ad quam gratia visitandi accesurum Verbum decorem induat».

La razón la da luego el mismo autor—muy bien por cierto, pero remachando, sin advertir, la contradicción en que incurre—diciendo: «Est enim contemplatio *praemium actionis*. Quare non semper eam quaerentibus aut procurantibus *datur*, quia ad eam aspirant aliqui non plene domitis terrenis affectibus, nec in virtutibus exercitati». He ahí el por qué de ser tan pocos los que llegan a *merecer* el premio de la contemplación infusa, a pesar de que Dios la ofrece a todos... los *venecedores* (*Apoc.*, 2), y a todos los *limpios de corazón* (*Mt.*, 5), y a todos sus *fieles amantes* (*Joan*, 14, 21).

En suma: se nos ofrecen en este capítulo los medios de *adquirir* la contemplación activa, y según costumbre nos da los de disponernos para *recibir la infusa*, cuando no para tratar de... arrebatarla.

Casi lo mismo hace en el cap. 8.º, titulado: «Contemplationem non posse esse diuturnam», donde, entre otras razones parecidas, da ésta: «Quia in contemplationi necesse est quasi *ecxtasim* pati». Otra es tomada de San Gregorio, cuando dice (*Moral.*, V, c. 23): «Nec enim in suavitate contemplationis intimae diu mens figitur, quia ad semetipsam immensitate lucis reverberatae revocatur. Cum *internam dulcedinem degustat, amore aestuat*, ire supra semetipsam nititur; sed ad infirmitatis suae tenebras fracta relabitur, et magna virtute proficiens, videt, quia videre non potest quod

ardenter diligit: nec tamen ardenter diligeret, nisi aliqua-  
tenus videret. Non ergo stat, sed transit spiritus, quia *su-  
pernam lucem* nostra nobis contemplatio et inhiantibus  
aperit, et mox infirmantibus abscondit». Y a este pasaje tan  
conocido y característico de la contemplación sobrenatural,  
añade otros dos no menos conocidos de San Agustín (*Conf.*,  
VII, c. 17; X, c. 40): «*Rapiebar* ad te decore, moxque deri-  
piebar abs te pondere meo...» «Aliquando *introducís me  
in affectum inusitatum prorsus* ad nescio quam dulcedi-  
nem, quae, si perficiatur in me, nescio quid erit...»

De igual suerte termina este segundo libro, tratando en  
el capítulo 9.º de los impedimentos de la contemplación, y  
esos los toma de San Bernardo (*In Cant.*, Serm. 23), donde  
tan claramente se refiere también a la infusa, diciendo: «In  
hoc *arcanum contemplationis*, in hoc *sanctuarium Dei*,  
si que n forte nostrum aliqua hora sic *rapi*, et sic *abscondi*  
contigerit, vel minime advocet vel perturbet, vel sensus  
egens, vel cura pungens, vel culpa mordens, vel certe ea,  
quae difficilius amoventur, irruentia imaginum phanstasma-  
ta: poterit quidem hic, cum ad nos redierit, gloriari et dice-  
re: *Introduxit me Rex in cubiculum suum*».

En el libro III promete tratar «de tribus potissimum gra-  
dibus acquisitae contemplationes», advirtiéndole con San  
Buenaventura que esos grados son «*progresus intellectua-  
lis cognitionis et saporosae dilectionis...*». Y a esto añade  
(p. 107), que todas las suertes de contemplación sobrenatur-  
al se pueden también lograr con nuestra industria, y que  
no hay ninguna que no pueda también ser adquirida: «*Nullam esse contemplationem quae supernaturali et divino  
modo contingere possit, quae non etiam possit nostra in-  
dustria comparari...*» Enormidad que ni el mismo Molin-  
os—con todos sus entusiasmos por la contemplación adqui-  
rida, de la que se proclamaba el promotor más decidido (1),

(1) En su correspondencia con el P. Oliva, advierte el P. Du-  
don, S. J. («Le quietisme espagnol: Michel Molinos», París, 1921,  
pág. 99), el famoso heresiarca «declara que está dispuesto a morir

y con todo su empeño en asemejarla a la infusa y darle disimuladamente las propiedades de ésta—se atrevió jamás a formular... Según eso, hasta las más encumbradas visiones puramente intelectuales, hasta las que de la misma Santísima Trínidad, según Santa Teresa, se tiene en la séptima Morada, puede un vil gusanillo que nunca salió de la tercera, *adquirirselas*... (1).—Esa afirmación tan inconcebible

antes que dejar de enseñar esta *contemplatione acquistata*, de la que con tanto éxito se ha hecho el promotor.

(1) Aquí es donde nuestro implacable crítico, R. P. J. V., concentra sus ataques, considerando como nuestro «*error fundamental*», sobre el cual insiste una y mil veces (págs. 11-13, 17-25, 63...), la versión que hemos hecho de este texto de T. de Jesús. Por eso tendrá el piadoso lector que dispensarnos, si para desvanecer de lleno tan infundadas como funestas acusaciones, tenemos aquí en esta nota que extendernos más de lo que desearíamos.

Antes de refundir este pasaje, aunque diciendo en sustancia lo mismo, salió en esta forma: «Empieza asentando...: que no hay ninguna manera de contemplación sobrenatural que no pueda también ser adquirida: «Nullam esse contemplationem quae supernaturali et divino modo contingere possit, quae non etiam possit nostra industria comparari ..—Enormidad que ni el mismo Molinos...»

Como se ve claro, esta calificación recaía sobre el mismo texto latino del P. Tomás, tal como está, el que para servicio de quienes no le entendieren bien en latín, habíamos indicado brevemente en castellano, pero sin poner siquiera comillas, por no dar importancia a esa versión, que así y todo, según ya dijimos, a juicio de literatos muy competentes, es tan fiel y tan clara como la literal que el P. J. V.—dando muestras de no conocer cual es menester lo que trae entre manos, o de un apasionamiento que le ciega—contrapone diciéndonos (p. 12): «He aquí la traducción exacta que V. debía haber propuesto: «no hay ninguna contemplación, que pueda verificarse de un modo sobrenatural y divino, que no pueda también alcanzarse con nuestra industria».

Conste que esta versión de nuestro adversario la damos por buena; y dejando a los inteligentes que juzguen si la nuestra lo es o no, hacemos constar que nuestra calificación cae justamente sobre eso, en la mismísima forma en que el P. J. V. lo traduce, que es como entendimos y entendemos dicho texto latino.—Darnos otro sentido, es casi lo mismo que mostrarse profano en estas materias y ponerse a juzgar de ellas con una «*ignorancia heroica*» ciertamente para un carmelita de los años del P. J. V.—Sin embargo empieza diciéndonos (p. 11 y ss.): «Al traducir V. este texto, lo ha alterado completamente, cambiando el acto de la contemplación en modo de la misma... Así atribuye V. al autor una cosa que a usted, para sincerarse de sus acres censuras contra el hermoso libro, le convendría que él hubiese dicho, pero, que él no dijo... Amado P. A... eso es lisa y llanamente *tergiversar* y *adulterar* el texto

remáchala luego con esta otra (pág. 108): «*Quare omnia ea quae de gradibus contemplationis infusae notavimus, non incongrue applicari possunt etiam contemplationis acquisi-*

de Tomás y hacerle proferir una herejía mística allí donde él expresa una gran verdad. V. traduce su única palabra *contemplationem* por estas cuatro *manera de contemplación sobrenatural* (sí, entendiéndolo por *manera*, lo mismo que «suerte», o clase, género o «grado», etc.)... V. le hace decir el contradictorio absurdo de que la manera misma sobrenatural de contemplar puede ser adquirida o no sobrenatural.—Esto no creímos que cabría en la cabeza de nadie.—Mas el P. J. V. prosigue diciendo: «...Lo que parece claro es que usted ha *alterado enormemente* la sabia y atinada fraseología del eminente escritor místico... ¡Oh, y cuán atrevida y despiadadamente... se desata V. en multitud de verdaderas *invectivas!* Y *castro todo* lo funda V. en la *presente falsa interpretación*, no digo de la mente, sino de las palabras claras y categóricas de nuestro Tomás, que V. *no ha sabido o no ha querido*, ni traducirlas con propiedad, ni copiarlas en su integridad».

Así se cree dispensado el buen P. J. V. de mencionar los otros innumerables desaciertos que arriba hemos hecho notar en el «hermoso libro», por hacerlos pasar «casi todos» por fundados en el «error fundamental» de esa nuestra «versión falsa», que a juicio de quien tenga los ojos en la cabeza, dice lo mismo que la suya, y de la cual podíamos prescindir, pues nuestra censura—repetimos—va al texto latino tal como allí aparece, que no está truncado, sino en su pleno sentido absurdo que le da el P. T. y que según vamos a ver agrava hasta lo incalificable el P. J. V.—Pero antes hay que dejarle que se nos despache a su gusto (p. 20): «contra el concepto erróneo dado de ella (la contemplación adquirida) en su ya *demonstrado error*». (P. 17): «Está visto cuán mal tradujo V...» (P. 25): «Su anterior mal vertida cita». (P. 18): «A pesar de la errada versión». (P. 21): «El *error fundamental* de V. está en haber hecho sobrenatural—como en su versión aparece—la cont. adq.<sup>a</sup> del P. T.» (P. 24): «En su repetida *falsa traducción* cometió V. un error de principio».

Veamos ahora cómo se explica el P. J. V. (p. 14-18) y nos da a conocer las maravillas que obra esa contemplación, en la cual, dice, que por la simple fe, entra la luz del cielo como por una ventana que está a nuestro alcance, mientras en la contemplación infusa entra como por una claraboya a que no podemos alcanzar. De esta suerte, «sin frotos ni discurso mental—como cuando se enciende una vela—, sino abriendo la ventana de la Fe, que poseemos todos, *miramos y contemplamos* esos divinos misterios».

Y olvida que con la fe sola, sin los dones, ni se *mira* ni menos se *contempla* y ni siquiera se *ve*; pues como advierte Santo Tomás (supra, p. 262-3, 286), eso es propio del don de inteligencia; la fe no hace más que *creer* o *asentir* a lo que *no se ve*; mientras por dicho don, «purificados los ojos del corazón, desde aquí abajo se *ve a Dios* de algún modo: *Deus quodammodo videtur*».

«Cuando con la Fe sencilla, prosigue el P. J. V. (p. 16), me pongo a *contemplar la Sma. Trinidad*, estoy *contemplando* la

tae gradibus, eo tantum discrimine excepto quod operandi modus... est valde diversos».

Con esto... cualquier cabeza ligera se hallará ya bien mismísima Trinidad que Sta. Teresa contemplaba en sus *más elevadas visiones*. Más aún: estoy contemplando la Trinidad misma que los bienaventurados contemplan en el cielo. *Sustancialmente* y por razón del objeto contemplado, es la *misma contemplación que la de Sta. Teresa y la del bienaventurado*.—Y por ser la misma, debía añadir para remachar, «como éste es tal por su contemplación, yo también me lo soy, a mi modo, por la mía».—Con lo cual tendríamos la plena expresión de la enormidad que nos está enseñando el buen P. J. V. por meterse... donde—al parecer—no está muy fuerte que digamos, y así afirma lo que jamás soñó el mismo Tomás de Jesús. Si éste dijo ahí lo que no soñó Molinos, el P. J. V. ha logrado ir más allá y afirmar casi o sin casi lo mismo que los Begardos, a saber: «quod anima non indiget lumine gloriae ipsam elevante ad Deum *videndum* et eo beate fruendum»; que es la 5.<sup>a</sup> proposición en ellos condenada por el concilio de Viena (cf. Denzinger, 475).—Verdad es que el P. J. V. no afirma expresamente la 2.<sup>a</sup> parte de esa proposición, pero sí muy terminantemente la primera, de la cual se sigue la 2.<sup>a</sup>

Y así añade remachando, que aunque es muy grande la diferencia de su propia contemplación—de la cual nos habla extensamente (p. 37-41)—a la del bienaventurado, ésa «no afecta a la *sustancia del acto de la contemplación*, sino solamente a su *modo*».

De suerte que, sin necesidad del *lumen gloriae* que le levante y le haga ver, *ve* y *contempla sustancialmente* como ellos... Y por lo mismo debe estar tan endiosado y beatificado *en sustancia* como ellos, aunque no lo esté en el *modo*...

Y estas enormidades se las quiere colgar a la mística Doctoral añadiendo (p. 17): «*Esto mismo* (ni más ni menos) lo confirma Santa Teresa... al escribir (Mor. 7, c. 1)...» por *visión intelectual* y por cierta manera de *representación de la verdad*, se le muestra la Santísima Trinidad... Se le comunican todas tres Personas, y le hablan, y le *dan a entender* aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: Que vendría El y el Padre y el Espíritu Santo a morar en el alma... ¡Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas (que es lo propio de la simple fe) a entender por esta manera (levantada el alma por una altísima comunicación del don de inteligencia, que es ya como un presagio del *lumen gloriae*), cuán verdaderas son!».

La Santa declara la *diferencia sustancial* que hay del simple *creer al ver*, o sea, del *tener* por fe, al *entender* «podemos decir por *vista*» en tan alta contemplación estas verdades, al decir «*Cuán diferente cosa es!*... ¿Cómo no había de ser *cosa* sustancialmente *diferente* la producida por una facultad así endiosada y elevada mediante el don de inteligencia, de la que pudiera producirse sin esa deificación y elevación?... Porque sea igual el objeto, decir que el acto es *sustancialmente el mismo*, es suponer iguales en sustancia y sólo diferentes en el modo, el conocimiento intelec-

dispuesta para oír la voz del que, transfigurado en ángel de luz, gustará de enseñarla a repetir con él (Is., 14): «Subiré a lo alto de los cielos»—, a lo más alto del sublime alcázar, y tivo y el puramente sensitivo, que hasta un animalillo puede tener acerca del mismísimo objeto; o bien, que de un libro de altas matemáticas tienen en sustancia igual conocimiento, un niño—que apenas ve más que las figuras y las fórmulas, y con trabajo se forma una idea vaga de lo que esas tratan de representar—, y un sabio que domina la materia y penetra hondamente en lo representado por esas fórmulas, y en una de ellas ve innumerables consecuencias...

En la oración ordinaria o ascética, a la que todos suelen reducir la famosa *contemplación adquirida*,—puesto que, con Tomás de Jesús, la suponen hecha al *modo humano*, y por lo mismo, sin intervención de los dones—, el conocimiento tiene que ser tan sólo por fe oscura, que *asiente* a lo que se le propone «*per speculum et in aenigmate*», y así no puede percibirse sino como entre nieblas y de un modo siempre oscuro y confuso; mientras por los dones se penetra en las mismas divinas realidades y así se logra conocerlas como *por íntima experiencia*, o como «por vista», según dice Santa Teresa. De ahí que, según ella y los grandes místicos, la diferencia sea tanta, casi, «como de lo pintado a lo vivo»...

En donde sólo interviene la pura fe, dice muy bien el P. José de J. M. Quiroga, se va levantando el alma al conocimiento de las cosas divinas «por abstracción de las cosas humanas», mientras en la divina contemplación se las conoce «por participación de ellas», o como dice Santo Tomás, «por connaturalidad a lo divino».

Así el conocimiento de Dios que allí se tiene, advierte el Angélico, es intermedio entre el de los viadores y el de los comprensores; y a veces llega tan alto, tan alto... que se les acerca mucho.—«*Contemplatio theologiae mysticae*, escribe el P. Antonio del E. S., C. D. (*Direct. Myst.*, tr. 1, d. 1, n. 15), in supremo gradu *multum ad divinam visionem accedit*.—Y no es de extrañar dada la alteza de sus causas.—«*Causa efficiens contemplationis infusae*, añade (tr. 3, d. 3, n. 215), est *Spiritus S. cum suis donis, et intellectus creatus talibus dotibus illustratus*.—Así la adquirida, suponiendo que exista, «*dimanat*, dice' (tr. 2, d. 1, n. 46). *ex-naturali lumine rationis, licet ad ejus perfectionem lumen fidei cooperetur. Infusa vero procedit a lumine supernaturali*, putà *intellectus vel sapientiae, quae sunt dona Spiritus Sancti, vel ex alio excelentiori*».

Sin embargo, para el P. J. V. no hay más diferencia que la del modo de venir la luz; en la infusa, por una claraboya, a donde uno por sí mismo no puede asomarse; y en la adquirida, por una ventana, la que uno puede abrir y asomarse a ella cuando quiera. ¡Y este es el que se nos presenta como intérprete fiel y vindicador celoso de la verdadera tradición de su Orden y de la doctrina de sus Santos Reformadores...!

Para nuestro buen crítico, todo es sustancialmente igual, y así después haber entendido tan disparatadamente a su Santa Madre

hasta penetrar en la *luz inaccesible*.—«Me entronizaré sobre las estrellas.—Me sentaré en el monte del testamento y olvidar o mostrar que no conoce ni la doctrina de dicho P. Quiroga, ni la de Antonio del E. S., ni aun la del mismo Tomás de J., a quien defiende... sigue, lanza en ristra, contra nosotros, diciendo: «Acaba V. de ver, P. A., cómo Sta. Teresa enseña aquí *literalmente* (!...) lo mismo que su hijo Tomás de Jesús? A saber: que la contemplación del simple fiel, que oye y cree las palabras del Evangelio acerca de la Sma. Trinidad, difiere, sí, mucho de la sublime visión o representación hecha a Santa Teresa; pero *no sustancialmente*, sino sólo en cuanto a la *manera* de entender. Si, pues, la *diferencia es sólo accidental*, o de *modo*, estará perfectamente dicho, que *no hay contemplación realizable sobrenaturalmente, que no pueda sustancialmente tenerse también por propia industria*, con la diferencia de que aquélla será *infusa* y ésta *adquirida*».

Así queda ya el P. J. V. dispuesto para, cuando bien le plazca, cogerse una escalerilla y... subirse, como por su casa, a la «claraboya» de su invención para desde allí mirar más a su placer *todos esos misterios*, y a lo mejor remontarse hasta la misma «luz inaccesible», o si a mano viene, aún más arriba; puesto que así ha descubierto ese maravilloso atajo no conocido del mismo Tomás de Jesús, con que de seguro podrá llevarle una gran delantera...

Y así es cómo armado de este aparato de su invención, sin necesidad de los dones del E. S. ni menos del *lumen gloriae*, se nos pone en la forma que luego nos dirá (queriendo imitar al revés a San Juan de la Cruz), no sólo en oración de *Quiétude* y aun de unión, a estilo quietista,—o *teosófico*—sino en una *sustancialmente idéntica*, aunque difiera en el modo, con la que los mayores contemplativos tienen en el *matrimonio espiritual*, y aun—imitando a los *Begardos*—, como la que los mismos bienaventurados tienen viendo la esencia divina... Y eso dado que no le dé a todas horas por encaramarse a su prodigiosa *claraboya*, donde verá lo mismísimo que ellos, y aun a la manera de ellos...

«Respondo; con Sta. Teresa, prosigue (queriendo hacer a la Santa responsable de sus desvaríos, tan superiores a los de Tomás de Jesús y de cuantos sobre esto dogmatizaron fuera de los begardos), que la sublime *visión* de la Sma. Trinidad tenida en la 7.<sup>a</sup> Morada y su sencilla *creencia* tenida en la 3.<sup>a</sup>, *difieren solamente en cuanto al modo* o manera, *no en cuanto a la sustancia* del acto contemplativo».

De suerte que el así «creer» *sin ver*, del «vil gusanillo en la 3.<sup>a</sup> es un «acto contemplativo» y que sustancialmente no difiere de la más sublime *visión* que pueda tenerse en este mundo y en el otro.

¡Y sigue increpándonos por nuestra «errada versión!!!!».

Mas como esa versión tan vilipendiada, a pesar de los aspavientos del P. J. V. es del todo fiel; y aunque no lo fuera, no desvirtuaba ni un punto el rigor de nuestra censura, que va contra el texto latino directamente y en el mismísimo sentido en que nuestro contradictor lo traduce; resulta que los golpes de éste todos van al aire y combate con «molinos de viento»; o más bien lo que tan lastimosamente hace es «dar coces contra el aguijón».

to.—Seré semejante al Altísimo», o por lo menos a sus más fieles hijos, *qui Spiritu Dei aguntur*, o sea a los mayores místicos; puesto que está en mi mano industriarme para imitar sus altísimos vuelos; y no cesaré de transformarme de claridad en claridad, sin necesidad de que esto se haga místicamente, «*tamquam a Domini Spiritu*», hasta llegar a una plena *deificación*... Y calentada así la cabeza llegará pronto a creer, según notó el P. Lazcano, O. P., que se abrasa en llamas de amor..., el cual resultará ser el más refinado amor propio, con que vivirá pagado de sí mismo, creyéndose en la vía unitiva, y digno de ser tratado como un santo, si antes no acaba por trastornarse del todo y con la cabeza lisiada—como dice el P. Quiroga, C. D.—, tiene que irse a soñar grandezas en un manicomio...

En el cap. 1.º de este tercer libro enseña a subir esos grados, y a vuelta de hoja dice: «*Sic oculus intellectualis per immissos radios a Sole Justitiae non per aliquam creaturam sensibilem, scientiam, aut industriam humanam, sed per fidei et intellectus radium ad supercoelestium secretorum agnitionem elevatur. Hinc B. Dionysius ad Timotheum scribens, ait: «Verte te ad divinum radium»; quasi diceret: non quaeras alium doctorem (como si aquí ya no hicieran falta ni guías ni modelos), nec alium exemplum assumes ad divina percipienda, sed in teipso ingredi et elevando omnes vires tuas super creata omnia, per radios tibi desuper infusos ad contemplationem divinorum te extendas*».—Lo que cualquiera, viendo que se empezó a tratar de grados de la famosa contemplación adquirida, podrá entender así: Extiéndete tú mismo, sin ayuda de guías y sin necesidad de fijarte en ejemplos de Santos; métete en tí mismo, tente por superior a todo, y así—a lo teósofo—, a fuerza de puños, levántate hasta donde ya recibas los rayos de la luz infusa... para contemplar con ellos—o sin ellos, acaso—las maravillas divinas... «*Spectat vero etiam iste cognitionis gradus ad donum intellectus in quantum per ipsum Deum in intelligibilibus et spiritualibus imaginibus ac speciebus contemplatur. Denique, claritas ista sive radius coelestis contemplati-*

vorum mentibus se plenius manifestat, quod dupliciter fieri contingit: primo quando doni intellectus illustratione ad puram Dei contemplationem sine ulla fere phantasmatum admixtione sublevatur; secundo, quando Deum per intimam, ineffabilem et fruitivam unionem animae nostrae illapsum eminentiori modo quam a creatura mortali concipi possit intuemur. Quae... contemplatio *omnino est supernaturalis*... Licet interim aliqua, quae *ad contemplationem acquisitam reduci possunt*, breviter attingere.»

Pues esto es lo único que importaba tratar, de ser consecuente; veamos qué dice: «Haec igitur triplex hierarchia, sive *contemplationis acquisitae gradus* ad tres justorum status, incipientium, proficientium et perfectorum, merito reducuntur. Primus ergo contemplando purgat; secundus illuminat; tertius *contemplatione perficitur*. Prima, inquam, hierarchia, quae imaginatione sensibus adjuncta collocatur, viam purgativam ingredientibus convenire potest. Secunda vero, quae illustrior est ac splendidior, utpote in intellectu seu ratione residens, ad viam illuminativam, quae nobilior est purgativa, jure reducitur. Tertia demum via quam univiam vocamus, cujus est *purgata mentis acie divina contemplari*, et *arcano nexu ibique veluti in arce Sion, quae exuperat omnem sensum, Deo perfrui*, tertiam hierarchiam, veluti propriam sedem libentissime complectitur.»

Con esto cree, sin duda, haber dicho una gran cosa; y lo que hace es embrollar más la cuestión, vendiendo por adquirida hasta esta misma inefable *unión fruitiva*, en que siempre ha tenido él mismo que reconocer una alta influencia del don de sabiduría.—Y contento con eso termina el capítulo y da por explicados esos *tres grados de la contemplación adquirida*, de la cual nada o apenas nada dice ni acierta a decir en particular, por tratarse de un «subjecto non supponente», si no es aplicarle, como por analogía, lo que los maestros dicen de la infusa: que es como querer declararles una cosa fácil y accesible a todos, con otra obocurísima y muy superior a su alcance; con lo cual dejará los

corazones más secos y las cabezas más vacías, si es que ya no embrolladas y trastornadas.

Sigue en el cap. 2.<sup>o</sup> proponiendo aún—por si eran pocos los dichos—«otros grados de contemplación, según Ricardo y demás Padres». Y termina así: «*Tertium denique coelum* (que hasta él, nada menos, parece que quiere enseñar a subir). . . *dicitur pura ac mystica contemplatio*, qua Deus in hac vita per omnium ablationem sive negationem in mirabile caligine ineffabiliter cognoscitur ac gustatur. Triplicem etiam coelo triplex animae oculus, respondet: primus sensibilis, seu imaginarius...; secundus, intellectualis...; tertius denique simplex oculus dicitur, quo omnes imagines ac similitudines tam corporeas quam intelligibiles per ablationem transcendentem ipsum Deum in caligine, id est, *luce inaccessiblei intuemur*» (!!!).

¡Eso sí que es ver y subir!... Mil veces más que ver sin anteojos los anillos de Saturno, y aun que subir de un salto a la luna y luego... a la nebulosa de Orión. ¡Hasta la misma *luz inaccesible que ningún hombre vió ni podrá ver*» (I Tim. 6, 16), se promete poder subir, como por arte de encantamientos, con ese maravilloso ascensor de la *contemplación activa...!*

Pero el caso es que aun en el primer grado: «*ex rerum sensibilibus cognitione ad invisibilium contemplationem*», de que trata en el cap. 3.<sup>o</sup>, se necesita ya un modo y medio tan sobrenatural, que no es posible sin la intervención del E. S., que caracteriza a la mística: «*Quare in hoc primo gradu—dice—Spiritus S. mentem illustrat, ut ad ea quae in Deo sunt abscondita non solum ex universi totius creaturis, sed etiam ex Scripturis ac etiam ex Sapientia incarnata Christo... ad Deum ipsum consurgat, ac thesauros sapientiae ac scientiae Dei sub... cortice lateptes media contemplatione comperiat, ac suavissime incipiat degustare*».

Aun acerca de lo más bajo de este primer grado, de que habla en el cap. 4.<sup>o</sup>, termina invocando con San Buenaventura la necesidad de los *sentidos espirituales*, que son precisamente los destinados a percibir las maravillas divinas y

con cuyo funcionamiento empieza la vida mística: «*Quí igitur tantis rerum creatarum splendoribus non illustratur, caecus est. Aperi ergo oculos, aures spirituales admove, labia tua solve et cor tuum appone, ut in omnibus creaturis Deum tuum videas, audias, laudes, diligas et colas*».

Acerca de la segunda parte de ese primer grado añade (cap. 7.<sup>o</sup>): «*Quamvis Spiritus S. saepe medio intellectus dono contemplantium mentibus lucis suae radios copiosos soleat infundere (con lo cual, aunque esos rayos no sean muy copiosos, ya la contemplación es infusa y no adquirida, por más que a veces lo aparente), et sub Scripturae velamine veritates absconditas et sub litterae cortice sublimes coelestesque theorias solent degustare, non tamen raro idem Divinus Spiritus animabus puris Scripturarum contemplationi incumbenibus, divinae fidei radio illustratis, profundos Scripturae sensus aperire solet*».

•Tertio loco—advierde poco después—succedit contemplatio de Christo... Haec est via plana, segura et brevissima perveniendi ad altissimam Divinitatis contemplationem, de qua recte scribit Ricardus (lib. I de *Praep. animae*, c. 76): «*Mira jucunditas in hoc monte sine labore morari posse, Petro attestante, qui tanta et tam insolita suavitate allectus exclamat: Bonum est nos hic esse. O felix qui potuit in hunc montem ascendere. O quam magnum et quam rarum... Emitte lucem tuam et veritatem tuam, ipsa me deduxerunt et adduxerunt in montem sanctum tuum... Videsne quod non nisi Veritas in hunc montem deducit et adducit... Ducuntur ergo discipuli Jesu sursum et seorsum, ut possint apprehendere montem istum excelsum. Via ardua, via secreta, et multis incognita quae ducit ad montis hujus fastigia. Illi soli, ut arbitror, sine errore currunt, illi soli sine impedimento perveniunt, qui Christum sequuntur, qui a Veritate ducuntur. Quisquis ad alta properas, securus eas, si te praecedat Veritas, nam sine ipsa frustra laboras*»...

Así en vano trabajan cuantos se empeñan en subir ellos mismos, sin ser llevados del Espíritu del Señor, atribuyendo mágicas virtudes a esa contemplación activa que sólo

acertó a llevar al *quietismo* y jamás al monte santo de Dios. Por eso nos encargó el mismo divino Maestro que no tratemos de *subirnos* a esas alturas tan superiores a nuestros pobres esfuerzos: «*Nolite in sublime tolli*» (Luc. 12, 29).

Sin embargo el P. Tomás termina con el cap. X, en que se trata nada menos que de remontarnos activamente hasta ver... ¡el mismo adorable misterio de la Santísima Trinidad!.. «*Circa Beatissimae Trinitatis intuitum versatur: arduum sane et valde difficile ad hoc contemplationis (activae) genus gratiam sibi comparare*». El mismo anotador sospecha o teme que esto sea demasiado difícil; pues efectivamente que es aun algo más que meterse uno mismo a tener a su arbitrio, como los quietistas, oración de quietud y aun de éxtasis; y así escribe debajo (p. 139): «*Difficile videtur Ven. Patri, quod homo sola gratia communi et fidei lumine absque speciali Spiritus Sancti donorum operatione, possit ad tam excelsam tamque divinam contemplationem pervenire...*»

Y a nosotros nos parece aún más difícil que una enormidad tal haya quien la pueda tomar en serio. «Nam—prosigue el mismo P. Tomás—ut recte Richardus (lib. 4 de *Contempl.*, cap. 6) scribit: «*In hoc opere puto opus esse intima potius compunctione, quam profunda investigatione; suspiriis quam argumentis .. Beati, inquit Scriptura, mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt. Studeat ergo cordis munditiae, qui cupit Deum videre, qui in divinorum contemplationem festinat assurgere. Non enim facile est ac leve humanum animum angelicam formam induere, et . spirituales penas accipere et se ad summa levare...* Quis ad haec opera dignus artifex invenitur, nisi eum divina gratia praeveniat et sequatur?»...—Quare cum materia haec sit profundissima et mentibus humanis omnino impervia, existimo hoc genus contemplationis *ad Contemplationem infusam* et supernaturalem *potius quam ad acquisitam* esse reducendam».

¿Pues entonces, dirá alguno, para qué la hace figurar hasta ahí? Pues será, sin duda, para que no quede grado alguno de la infusa que no se pueda imitar con la famosa invención, y por eso pone ese significativo *potius*, «más bien», porque.

sin duda, aunque sea menos bien, debía llegar hasta ahí, siquiera para salvar la teoría...

Y así continúa diciendo: «Omnis demum contemplatio quae... circa patriae coelestis beatitudinem, aut circa quamlibet aliam fidei veritatem versatur, ad hoc genus contemplationis, quam acquisitam vocamus, pertinet, et ut breviter dicam, omnis materia meditationis est quoque materia contemplationis, hoc solo discrimine addito, quod meditatio investigat, contemplatio degustat... ipsam inventam veritatem sincerissime intuetur, illa tandem in rebus creatis sistit... haec semper ad Deum transit, et illum tam in ipso quam in quibuscumque aliis rebus *intuetur*. Haec de *contemplatione acquisita* dicta sufficiant».

Así es como termina este famoso y estupendo tratado *de Contemplatione acquisita*, sin haber dicho de ella más que algunas llamativas frases, llenas de promesas y vacías de sentido, cuando no tan incoherentes y tan fuera de toda razón y lógica, como es difícil hallar en ningún otro libro que de espiritual presuma (1).

(1) El docto P. J. de Guibert, S. J., en la reseña que de ese libro hace en *Revue d'Ascétique et de Myst.* (Avril, 1924, pág. 184), lo supone un simple borrador, pues de otro modo no concibe él que así «se hallen tantas veces yuxtapuestos, sin advertencia ninguna, pasajes que no pueden aplicarse más que a la contemplación infusa y otros que tratan explícitamente de la adquirida».

Pero ni aun en un borrador puede concebirse tal amalgama, pues aunque se contentase con sólo esbozar los argumentos o trazar un croquis, no podía, sin confusión incalificable, presentar como prueba de una cosa la que sólo sirve para otra que se supone muy distinta.

Sin embargo, cerrando los ojos a todo esto, el *Mensajero de Sta. T.* aún sigue considerando como una verdadera maravilla, tan incalificable opúsculo...; y porque así lo censuramos por tal cúmulo de desaciertos como puede cualquiera ver en los textos transcritos, se atreve a decir en su número de Diciembre (1924, p. 378), que este artículo está «lleno de impropiedades contra nuestro V. P. Tomás»; y que escribe para darse «un desahogo santo... oprimido por tanta audacia y despreocupación... Porque ha sido el blanco de todas las sátiras bufas e insensatas...»

En el número de Marzo (1925, p. 16-18) nos tacha de ineptitud completa para entenderle o de ánimo de calumniar, o sea, de tener «ganans de confundir las cosas» y «algo que frisaba en calum-

Verdaderamente que resulta ser uno de los más desconcertantes e incalificales que se habrán escrito sobre la contemplación, prometiendo tantísimas cosas a nuestros pobres esfuerzos y deslumbrándonos cada vez más con inauditas perspectivas, para ir dejando siempre al incauto lector con el corazón seco, o hinchado y la cabeza vacía, cuando no «lisiada», trastornada o fascinada, pagándose de vanas palabras con que cobre aversión al trabajo de la oración discursiva y por su dejadez o temeridad se incapacite para recibir las luces y gracias de la verdadera y única contemplación a que quizá no tardaría en ser admitido, si con humildad permaneciera llamando a la puerta del divino alcázar o pidiendo alas para volar a la cumbre del monte santo y allí, iluminados sus ojos con la luz infusa, ver a Dios y gozarle y descansar en su santa paz... (1).

Así con haber sido el autor tan feliz en otras empresas o innovaciones que le granjearon justo renombre, en ésta resultó, preciso es decirlo claro de una vez, no sólo infortunado, sino en gran manera desastroso, rompiendo con la sana tradición en sus últimos años por esa funesta invención que patrocinó y puso de moda, y que exageró sacándola de los modos pasaderos y admisibles en que la presentó el P. Alvarado y otros la admitieron—que es como un comienzo, germen o primer grado de la infusa—, y presentándola como *nia*, por decir lo que el mismo editor reconoce, que prácticamente confunde la supuesta contemplación adquirida con la infusa. Por fin en el número de Abril, p. 56, alude a nuestro trabajo, llamándole «la bola de la mentira y el escándalo farisáico».

Y tales cosas las firma el R. P. «FR. CLAUDIO DE JESÚS CRUCIFICADO, C. D.», que suele ser de los más mesurados entre nuestros fogosos impugnadores...

Con estas finezas y la conocida habilidad de traer por los cabellos, cuando así les conviene, ciertos pasajes de Sta. Teresa y de San Juan de la Cruz, suprimiendo o torciendo lo que les estorbe (como el TAN famosísimo), se dispensan de responder a nuestros argumentos y, dejándolos en pie, dan fácilmente por resuelta cualquier cuestión; aunque en sentido contrario de la realidad y verdad, como podrá ver quien tenga ojos para ello.

(1) Con razón Segneri se quejaba al cardenal Barbarigo de que se trataba de «reemplazar la meditación por esta *nueva forma de oración*, no sólo inútil, sino peligrosa, que han bautizado con el nombre de *contemplación*». (Dudon, pág. 144).

del todo distinta de ella, y a ella contrapuesta como émula que puede imitarla en todo, no sólo hasta en la quietud, conforme después insinuará Molinos, sino hasta en el éxtasis y el raptó y vuelo del espíritu, que lleva a ver... nada menos que en la misma luz inaccesible en que mora la Santísima Trinidad!..

Esta exageración inconcebible que por primera vez aparece en esa su obra póstuma, nos permite juzgar mejor de sus otros escritos en que se hallaba latente, y ver que con razón merece el nombre de *inventor* de esa famosa y peregrina contemplación que sus secuaces llaman del todo *activa y adquirida* y creen que puede tenerse con sola la luz de la fe y las gracias ordinarias, sin necesidad de los dones del Espíritu Santo; los cuales, por lo mismo, podríamos tenerlos ociosos y sepultados, sin perjuicio de poder llegar a la perfección, para la que dicen basta lograr, a fuerza de esfuerzos y habilidades, esa contemplación mágica que su- ple por todo.

### VIII.—Cómo fué iniciador de la decadencia mística.

Así él fué, ciertamente, quien inició este tristísimo período de decadencia espiritual que desgraciadamente— a pesar de la enérgica reacción que, gracias a Dios, se va acentuando cada vez más en contra, con el renaciente entusiasmo por la verdadera mística tradicional—, aún subsiste y trata de proseguir en nuestros mismos días, desnaturalizando, cuando no falseando claramente, los textos de los grandes maestros, para que no aparenten condenar tan abiertamente lo que ya apenas necesita condenación, pues ello mismo se condena de puro absurdo. Así se fué iniciando una nueva manera de espiritualidad no conocida de los Santos, y contra la cual tanto protestaron después de Lazcano, Segneri y otros a quienes con tan malos ojos miraban numerosos admiradores de Tomás de Jesús. Así, por fin, se fué poco a poco formando una escuela que, por mucho que se palie con el nombre de Santa Teresa, resulta ser verdaderamente

*pseudoterresiana*, desfigurando como desfigura su hermosa doctrina, que es resumen de la tradicional, y destruyendo casi por completo las nueve notas características que tan simpática la hacen, según en otra ocasión hemos demostrado (V id. supra, cap. 6).

Nada extraño que esa nueva espiritualidad tanto simpaticizara por algún tiempo con la de Molinos, y que aun hoy mismo los más entusiastas discípulos y admiradores de Tomás de Jesús, como el P. José del S. C. (que en *Etudes Carmelitaines* no repara en presentarle como el mejor intérprete o representante de las doctrinas de San Juan de la Cruz y Santa Teresa!!!), hayan sostenido con empeño, a pesar de las terminantes protestas de la mística Doctora, que la misma *quietud* que ella describe en la cuarta Morada y aun el sueño místico, la embriaguez espiritual y hasta la «unión sobria» que describe en la quinta, se pueden adquirir con nuestros esfuerzos; invitándonos así, como el gran corifeo del quietismo, a ponernos a nuestro arbitrio en oración de *quietud* (1).

Así es muy triste ver cómo, desde que al buen P. Tomás, en sus ya últimos años, se le clavaron en la cabeza esas tan desastrosas y tan antiterresianas ideas de una nueva manera de contemplación que todos podemos lograr con nuestros esfuerzos y la simple gracia ordinaria, sin auxilio de los dones y que, aun cuando ordinariamente sea una buena disposición para la infusa, puede imitarla hasta en sus más altas formas y suplirla suficientemente para poder llevarnos a verdadera perfección cristiana...; desde que así empezó a pensar ya parece que no acierta, al tocar estas materias, a decir cosa derecha y que no vaya salpicada de confusiones y embrollos, cuando no llena de incoherencias, contradiccio-

(1) Y ambas cosas, según hemos ya indicado, acaba de hacer en su famosa *Carta abierta* (p. 22-23 y 66), el Director de la *Obra Máxima*, R. P. J. V. no reparando para eso en *truncar lo más esencial* del pasaje de la Santa, donde ella dice (Mor. 4.<sup>a</sup>, c. 3, n. 7), que habla de «el alma que ha querido el Señor meter a esta morada». ¡Y él pretende meterse y meter a otros con su «contemplación adquirida»...!

nes y desatinos monumentales, como ese de querer enseñar a los jóvenes a remontarse por sí mismos hasta la *luz inaccesible*...

No ganó, pues, mucho su buen nombre—aunque quizá sí el interés de la verdad—con la publicación de esa obra póstuma, en que parece como si se notaran síntomas de una cabeza ya muy gastada, y en que no repara en llevar hasta las últimas exageraciones los gérmenes de error que el año 1620, siete antes de su muerte, en su *Contemplación divina* había empezado a sembrar. Si este último tratado de la *adquirida*, no hubiera por algo quedado oculto entre el polvo de los archivos, su publicación en tiempos del quietismo hubiera sido por todos conceptos más que fatal, por lo mucho que evidentemente le favorece y lo bien que hubieran sabido explotarlo los corifeos del error; con lo cual es casi seguro que tendría que correr la misma suerte que la *Gula espiritual para adquirir la alta contemplación* de Molinos, y la *Mística contemplación adquirida* de Petrucci, que no estaban menos «acreditados y patrocinados».

Hoy, por fin, creemos que de algún modo resultó oportuna esa publicación para hacer palpable a todos lo insostenible que es esa famosa contemplación adquirida, presentada como distinta de la infusa, cuando, por más esfuerzos que hace su gran propagador y maestro, siempre y a cada página viene a confundirla con ella, sin lograr distinguirla más que en su imaginación y eso a fuerza de incoherencias y de afirmaciones desatinadas, que pugnan con el buen sentido y con toda la sana tradición y de un modo especialísimo con la verdadera doctrina de Santa Teresa, la que desfiguró por completo e hizo que otros sigan aún malamente desnaturalizándola, con gran daño y desconcierto de las almas, y especialmente de las que con eso olviden el fin principal de su vocación.

Ella, por de pronto, enseñó un solo *Camino de perfección*, la cual no podrá hallarse sin que venga Dios a reinar de tal modo en nosotros, que siendo dóciles a sus mociones e inspiraciones y fieles a sus gracias, logremos ser *introdu-*

*cidos* hasta en la séptima Morada, cosa que El no rehusará a quien vaya correspondiendo a sus favores. Y declara expresamente que sin subir por lo menos a la quinta, en que se produce ya la íntima unión con El, y, por tanto, la oración ya es casi siempre infusa, no se llega a la perfección y heroísmo de las virtudes, las cuales siempre van más o menos enturbiadas con nuestro lodo, mientras se logran con la oración ordinaria, o sea con nuestras «pobres consideracioncillas» (Cf. *Vida*, cap. 15 y 20; *Camino*, cap. 19). Otro camino que no tienda a llevarnos a beber en la fuente de aguas vivas, no sería de perfección, sino de perdición.

El sostiene que la perfección no está vinculada con la oración infusa (pág. 50, l. I, cap. 3) y que, por lo mismo, puede lograrse yendo siempre por un camino puramente ascético, sin nada de mística, y por tanto sin ninguna necesidad de poner en acción los dones del Divino Espíritu, como si esos los hubiéramos recibido para que permanezcan ociosos y resulten vanos, y como si, sin la *oración perfecta*, que es la contemplación infusa, fueran posibles la vida y las virtudes perfectas, y no estuvieran éstas en relación íntima con los respectivos grados de oración, o sea con las Moradas del alma, y sin salir de la tercera, en que aún se vive vida de rastreros gusanos, pudiera uno compararse, ni remotamente, con aéreas mariposas, que, pues les han nacido las alas, ya tienen en casi nada la vida que antes hacían, y se encuentran llenas de heroicos deseos y, lo que más es, con fuerzas para realizarlos (Morada 5.<sup>a</sup> cap. 2); en fin, como si no fuera cierto que si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que piensan ellos mismos, con sus industrias y modos humanos, acabar de edificarla.

Por esto la perfección verdadera no sólo exige como medio necesario para llegar a su plenitud e implica en rigor la contemplación infusa, sino que viene, en substancia, a identificarse con esta misma, por cuanto ha de consistir, a imitación de la de los bienaventurados, en una actuación plenísima de las virtudes y los dones.

«*Contemplatio*, dice muy bien Dionisio Cartujo (*De Con-*

*templat.*, l. I, a. 7), est *summa mentis perfectio atque felicitas*, secundum quod (XII de Trinit.) asserit Augustinus: *Contemplatio Dei summum Sanctorum praemium erit.*

«Certum est equidem, añade (l. 2, Prooem.), *mentis creatae in hoc consistere perfectionem, ut increatae menti assimiletur: quod per contemplationem fieri docens Apostolus: «Nos, inquit (2 Cor., 3, 18), revelata facie», id est, interiori animae vultu seu intellectu divinitus clarificato. «gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur».*

«Mysticae autem theologiae contemplativus ille intuitus, advierte luego (l. 3, a. 6) est *summa praesentis vitae perfectio*» (1).

Esta perfección, en efecto, según Santo Tomás, San Buenaventura y el V. Granada, consiste en acercarnos todo lo posible a la de los comprensores, cuya vida toda es continua *contemplación y actual amor*. Por otra parte, sabemos se halla en las bienaventuranzas, y la sexta es el *ver a Dios* los limpios de corazón.

Y viéndole así de algún modo, por tener ya alumbrados los interiores ojos (Eph. I, 18) con los dones de sabiduría y de inteligencia, es como logran que su principal ejercicio sea ya en adelante «adherirse a Dios y gozarle», según enseña el Angélico Doctor (2.<sup>a</sup> 2.<sup>ae</sup> q. 24, a. 9), que es propio de los perfectos; y en lo que, como dice Casiano, está no solamente «la perfección de la oración», sino también «el fin de toda perfección». «Entonces será nuestra oración del todo perfecta—escribe—(*Collat.*, X, cap. 7), cuando todo nuestro amor y deseo, toda nuestra aplicación, todo nuestro pensamiento y conversación sea Dios, viviendo íntimamente unidos a El, a imitación de como lo están las divinas Personas. Este es el *fin de toda la perfección*; que el alma llegue a elevarse tanto, que toda su conversación y su afecto sea una

(1) Cfr. La Puente, *Guía espiritual*, tr. 3.<sup>o</sup>, cap. 1. Este cap. se intitula: «Cómo la bienaventuranza de esta vida consiste en la perfecta contemplación y unión de amor con Dios».—Y claro está que nuestra perfección consiste en lo mismo que nos hace bienaventurados.

*continua oración*: «Hic inquam, finis totius perfectionis est, ut eo usque extenuata mens ab omni situ carnali ad spiritualia quotidie sublimetur, donec omnis ejus conversatio, omnis volutatio cordis, una et jugis efficiatur oratio».

Por eso es tan bueno y aun tan necesario aspirar humildemente a la divina contemplación, aunque sería gran temeridad querer uno mismo introducirse en ella con sus propias industrias (1).

Así, mientras Tomás de Jesús, con tan ciego empeño como acabamos de ver, quiere y aconseja y hasta casi impone como un deber el que todos, dejando pronto, como cosa de niños, la meditación, hagan los posibles esfuerzos por subirse ellos mismos con su contemplación adquirida hasta lo más alto del sublime alcázar, y hasta la misma luz inaccesible, la Mística Doctora, con su admirable tacto y buen sentido, excluyendo de raíz, como imposible y fantástica, esa soñada contemplación activa, dice y repite, sin cansarse de insistir sobre ello, que «no se suban sin que Dios les suba»; que permanezcan en la oración discursiva o afectiva hasta que Dios mismo les ponga en cosas sobrenaturales, y que el querer suspender o encantar las potencias, mientras Dios no las suspenda para ponerlas El mismo en cosas mayores, es pura bobería, que puede traer muy malos resultados (Morada 4.<sup>a</sup>, cap. 3), porque la verdadera contemplación Dios solo puede dárnosla (2). Todo esto y otras muchas cosas parecidas dice y repite la Santa, y, de acuerdo con ella, declara el V. Juan de Jesús María (3), sin que Tomás de Jesús—

(1) «Non possumus ad contemplationem infusam conari, quasi nostra industria habendam..., possumus tamen ad illam aspirare, ipsamque ardentem desiderantes et humiliter a Deo petentes». José del E. S., *Cursus Th. myst. schol.*, t. 2, d. II, q. 2, n. 23.

(2) «Contemplatio est actus sapientiae... quae est donum Spiritus Sancti». Dionisio Cartujano, *De Contempl.*, l. 1, a. 13.

(3) «Sed nec intellectus nec cogitatio suspendi debeat, ita sc. ut nihil mens agens otio torpeat. Hoc enim suspensionis genus et vanum semper et stultum est. Vanum quidem, quia non assequitur finem, sed operam perdit, qua se anima poterat exercere; stultum vero, quia dementia est suspensionem, quam solus Deus, cum ei placet, immittere potest, arte nostra moliri». V. Juan de J. M., *Theologia Mystica*, c. 4.

a pesar de saberlo bastante bien—, se cuida lo más mínimo de tenerlo en cuenta; y lo que todavía es más chocante, sin que sus discípulos, aun palpando, con los extravíos del *quietismo*, la verdad de los avisos de la Santa, quieran hasta hoy abrir los ojos, pues declarándose, eso sí, fieles intérpretes de ella, y sus grandes admiradores e imitadores, siguen echando en olvido sus sabias amonestaciones para dar una preferencia inverosímil a cualquier autercillo de los tiempos de decadencia, y de un modo especial a quien tuvo la desgracia de ser el iniciador de ella con una innovación tan peregrina.

Por suerte, nunca logró ésta fascinar a los verdaderos imitadores de San Juan de la Cruz, ni menos a las fidelísimas hijas de Santa Teresa, las cuales, bien amaestradas con la asidua lectura, sin comentarios, de la Mística Doctora y con su propia experiencia, nunca presumieron ni soñaron que podrían con sus esfuerzos remontarse *hasta lo inaccesible*, ni mucho menos, contentándose con pedir alas como de paloma, para volar e ir a beber en las fuentes del *agua viva*.

«Hacer de un cuerpo inmundo—advierte, según esto, la V. Sor Teresa de Jesús María, C. D. (*Comentarios*, XXI, págs. 250 51)—una casa santa y habitación del Espíritu Santo y que tenga alguna semejanza con la carne de Cristo (cual sería menester para una tal ascensión), no es obra que ninguna criatura puede hacer. En *vano es querer uno levantarse por sí mismo* a este estado ni a esta felicidad, hasta que Dios, que es la luz inaccesible, le quiera levantar y transformar en sí; que entonces le dirá: «Súrgite» (*postquam sedéritis*); levántate a ser unido conmigo, después de haber estado sentado en la soledad y comido pan de dolor, de lágrimas, penitencia, mortificación y *ansias y clamores por Mí*; que los tales vienen a levantarse sobre sí, o por mejor decir, se da el divino Señor por obligado a levantarlos, mirando su infinita bondad y misericordia».

Así es como hablaban en el mismo siglo de Tomás de Je-

sús y continúan hablando hasta hoy las verdaderas Carmelitas.

### IX.—Cómo por sostener esa invención rompió de lleno consigo mismo y con Santa Teresa.

Hemos ya visto repetidas veces cuánto llegaron a diferir en los últimos años del célebre fundador del Desierto de las Batuecas, sus propias doctrinas ascético-místicas de las que había recibido de los Santos Reformadores del Carmelo y aun enseñado él mismo en sus mejores tiempos. Para acabar de demostrar ahora cómo por fin rompió con ellos del todo, constituyéndose en jefe de una nueva escuela, y echando en olvido los reiterados y enérgicos pasajes en que la Mística Doctora de antemano condena esa tan ilusoria manera nueva de oración que llaman *contemplación* puramente *adquirida*—y que él teóricamente contrapone a la infusa (Cf. *De Contempl. div.*, l. 1, c. 2)—, y los muchos más en que rotundamente niega ella el que, sin entrar en las místicas moradas donde se bebe el agua pura de la oración «sobrenatural», pueda nadie llegar a verdadera perfección—pues necesariamente, sin ser así favorecido de Dios, se habrá de quedar uno muy bajo y rastro y hasta manchado y «enlodado» (1)—, y que, por lo mismo, no basta, como él supone, para eso una manera de vivir puramente ascética; para que se vea con plena evidencia todo esto y que quien le siga deserta como él de la verdadera tradición, vamos a consignar algunos pasajes de Santa Teresa tal como él mismo los transcribió abreviándolos y retocando algo el estilo anticuado, pero conservando casi siempre con fidelidad el sentido, en el ya mencionado libro *Suma y compendio de los grados de oración por donde sube un alma a la perfección*, formado por él con textos de la Santa tomados de sus diferentes escritos y publicado en Roma en 1610.

(1) «Porque, como no hemos dejado a nosotras mismas..., vamos muy cargadas de esta tierra de nuestra miseria; lo que *no van* los que suben a los aposentos que faltan».—Santa Teresa (*Mor.* 3.<sup>a</sup>, c. 2, n. 9; cf. *Camino*, c. 19).

En este mismo título, así dado a un volumen que trata en su mayor parte de la oración infusa, aparece ya muy claro que al menos los principales *grados de ésta* son mirados por él como *necesarios para la verdadera perfección cristiana*, puesto que los hace figurar, sin restricción ninguna, entre esos por los cuales ha de subir un alma para llegar a ella y no quedarse llena de imperfecciones y siempre niña en la virtud. Luego lo irá diciendo aún más claro.

Para complemento añadiremos otros pasajes textuales de la misma Santa, en contraposición de los ya transcritos del libro póstumo de Tomás de Jesús, a fin de que así aparezca aún mejor *quantum mutatus ab illo!* y cuán otra es su doctrina de la de su Madre y primera maestra... Esto podrá acaso parecer molesto a quienes ya estén de ello bien convencidos, pero es muy conveniente para dejar de una vez la verdad en plena evidencia y evitar nuevos subterfugios con que se pretenda aún seguir ofuscándola.

Veamos, pues, cómo se expresó en dicha *Suma y compendio*:

En el capítulo primero (edición de Madrid, 1725) dice [al margen: *Vida*, c. 7 (1)]: «Esta oración que va con discurso de entendimiento (por mucho que haga) trae el agua corriendo por la tierra, y *no la bebe junto a la fuente, y nunca faltan en este camino cosas lodosas* en que se detenga y no vaya tan pura... Pero en la contemplación perfecta háblale la grandeza de Dios, suspendiendo el entendimiento y atajándole el pensamiento, y tomando (como dicen) la plabra de la boca; que aunque quiera no puede hablar, si no es con mucha pena... Está el alma abrasándose en amor, y no sabe cómo goza. Muéstrale allí Dios en un punto más claras verdades, y dale más claro conocimiento de lo que es todo lo que acá pudiera tener en muchos años, y bebe del agua viva en su misma fuente...»

Y que esta gran merced la haría Dios a todos, sin ex-

(1) En realidad está ese pasaje en *Camino de Perf.*, c. 19, y no en la *Vida*, como allí se dice:

cluír a nadie, si se dispusieran y con frecuente oración lo pidiesen, lo dice en lo que sigue: «Es grande la misericordia que Dios hace a un alma, que la dispone para tener oración... Porque cuando no fuere tan adelante, y se esforzare a ser perfecto, que merezca los gustos y regalos que a éstos da Dios, a poco ganar..., no se quedará sin su paga». (*Vida*, c. 8).

(*Camino*, 20-23): «De muchas maneras da de beber a los que van por este camino, para que ninguno vaya desconsolado... Así no hay que tener miedo moriremos de sed».— «Esto tiepe bueno este viaje: que se da más de lo que se pide, ni acertamos a desear. Esto es sin falta».

(*Ibid.*, § 1: *Vida*, c. 4): «Aunque a los principios quiere Su Majestad que el alma sienta espanto, o dificultad para que más merezca; pero al fin, después se hace todo sabroso; y aun en esta vida paga Su Majestad el trabajo por unas vías, que sólo quien goza de ello lo entiende».

(*Camino*, c. 21): «Por tanto, el que quiere comenzar este viaje divino de la oración, si quiere llegar a beber de esta agua de la vida, digo que importa mucho y que es el todo, una grande y resuelta determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere».

(*Vida*, c. 17): «Bienaventurados trabajos, que aun acá en la vida sobradamente se pagan».

(*Ibid.*, c. 11): «He visto claro que no los deja Dios sin premio, aun en esta vida; que con una hora de gustos que Nuestro Señor da, me parece quedan pagadas todas las congojas que en tener oración otros tiempos se pasan».

Por lo que hace a la necesidad de ejercitar las potencias y no tenerlas ociosas mientras Dios no las *suspenda* dando *oración infusa*, he aquí lo que él mismo copia en el cap. 2 (*Vida*, c. 11-12): «Los que comienzan a tener oración... han de cansarse en recoger los sentidos y en discurrir con el entendimiento... Han también de *procurar medilar* y tratar de la vida de Cristo... *Hasta aquí* podemos nosotros *adquirir*: entiéndase con el favor de Dios... Este modo de

*meditar* pertenece al primer grado, que es el que comienza a sacar el agua del pozo; y digo que *es hasta lo que podemos nosotros adquirir*.

Por tanto, de aquí para adelante, según la Santa, todo es *infuso*, y no queda lugar para esa fantástica «*contemplación adquirida*», con que tanto se olusó él después, sin dar hasta ahora ni la menor muestra de conocerla, contra la suposición del articulista que en *Études Carmelitaines* se imagina que Tomás de Jesús la había aprendido en sus primeros años, y nada menos que de boca de San Juan de la Cruz, el cual jamás enseñó otra contemplación que la mística, y hasta ser admitidos a ella encarga, como Santa Teresa, que no se deje la meditación.

Y continúa (*Vida*, c. 12): «Puédense en este estado hacer muchos actos: unos para determinarse a hacer mucho por Dios y despertar el amor; otros para hacer crecer las virtudes... Puede también aquí representarse delante de Cristo y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada Humanidad, y traerle siempre consigo y hablar con El... Este modo de traer a Cristo con nosotros aprovecha en todos estados, y es medio segurísimo para ir aprovechando en el primer grado de oración y *llegar en breve a los demás*».

(*Ibid.*, § 1; *Camino*, 26): «Mientras pudiéremos, no estemos sin esta compañía; que si nos acostumbráremos a traerle con nosotros, y El ve que lo hacemos con amor y que andamos por contentarle, no le podremos (como dicen) echar de nosotros. En especial, los que no pueden tener discurso de entendimiento (como cuando Dios los incapacita para ello o se lo dificulta para que se entreguen a la oración afectiva, la cual El mismo les facilita y se la va simplificando más y más)... conténtese con mirarle (*vista amorosa*, en la cual empieza El ya a *dejarse* de algún modo *sentir*, aunque todavía ella puede obrar como a su modo).—¿Pues quién les quita volver los ojos del alma, aunque de presto, si no pueden más (con lo cual se indica bien que ya empieza el alma a quedar como *cogida* por Dios), a este Señor?—Como le quisiéremos, le hallaremos.—Si estáis alegres, miradle re-

sucitado; que sólo imaginar cómo salió del sepulcro os alegrará. Si estamos con trabajos o tristes, le podemos mirar camino del Huerto. Y olvidará sus dolores por consolar los nuestros, sólo porque nos vamos con El a consolar y volvamos la cabeza a mirarle».

Y no sólo cuando la oración es ya muy afectiva, sino aun en la muy discursiva, debe procurarse eso, con lo cual se dispone el alma para recibir cosas mejores.

(*Vida*, c. 13): «Adviertan también los que discurren que no se les vaya todo el tiempo en esto...; así lo que les importa es que se representen delante de Cristo y, *sin cansancio del entendimiento*, se estén hablando y regalando con El, sin cansarse en componer razones, sino *presentar necesidades*... para que no se canse el alma de comer siempre un manjar... Es bueno el discurrir aquí un rato, pensando, como digo, las penas que aquí el Señor tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó; mas no se ha de *cansar siempre en andar a buscar* esto, sino que se esté allí con El, acallando el entendimiento, si pudiese; *ocúpese* en que mire, que le mira, y que le acompaña y habla, y *pida*; humíllese y regálese con El, y acuérdesese que no merecía estar allí con El. Quien pudiere hacer esto (que por lo visto, no todos pueden, por lo mismo que ya empieza a intervenir cierta unción especial), aunque sea al principio de comenzar oración, hallará gran provecho... Porque los hace muy grandes este modo de tener oración».

«*La meditación en la Pasión* es en la que todos han de comenzar, y mediar, y acabar; porque es muy excelente y seguro camino, hasta que el Señor los lleve a cosas sobrenaturales.—Digo *les lleve*, porque NINGUNO TIENE DE SALIR DE AQUÍ, SI DIOS NO LE SACA.»

¡Cuánto olvidó este sabio aviso el P. Tomás en sus últimos años, y eso que aquí lo amplió, corroborando con la última frase (que es suya) las palabras de la Santa! ¡Y cuánto daño hizo enseñando a otros a echarlo en olvido y empeñarse a todo trance en *salirse ellos mismos de ahí*, sin que Dios

los saque, para pretender luego *subirse* hasta los cielos, edificándose esa nueva Torre de Babel, donde todo es ya confusión y engaño...! (1).

(1) El P. J. V., en su *Carta magna* (p. 33 y ss.), nos hace una gravísima reconvención diciendo: «No soy discípulo de Tomás de Jesús... Mi asidua lectura, en mis ya *largos años de vida espiritual* (David decía: «*Nunc coepi*»), *ha sido en los libros... de... Santa Teresa y San Juan de la Cruz*... Con esto, P. A., quiero advertirle que, aunque V. no se cansa de *echarnos en cara* el haber nosotros dejado la contemplación tradicional de la orden..., yo, sin dejarme llevar del sentimiento natural producido por tan *desconsiderada bofetada...*, me contento con indicarle *serena y mansamente*, que... bebo... en la fuente misma».

Por lo que hace a Santa Teresa luego veremos cómo la entiende, y ya hemos visto cómo nos la quiere hacer *beguina*, o poco menos. Por lo que hace a San Juan de la  $\dagger$ , va ahora a citarle en la *Subida del M. C.* (l. 2, c. 3), para probar cómo aprendió allí su *contemplación adquirida*, de la que luego públicamente nos dará una lección práctica maravillosa, donde por los primorosos que él mismo ha sacado de *modestia, benignidad, paz, caridad, paciencia, humildad, mausedumbre, sinceridad... y verdad...* podrán verse (p. 38) los «*frutos admirables de esta contemplación*» (adquirida)—comparada nada menos que con «*la visión beatífica*»—, con la cual nos asegura modesta y francamente (p. 37) que «*COMPITE a su modo*».

Y he aquí algo de lo que cita, donde la luz infusa aparece del modo más evidente para quien tenga ojos para ver: «...Por tanto, en este camino (de la vida mística), el dejar su *camino* (humano), es entrar en camino; o, por mejor decir... dejar su *modo* (humano), es entrar en el término que *no tiene modo... saliendo de sí muy lejos...* Por tanto, *trasponiéndose a todo* lo que espiritual y naturalmente puede saber y entender, ha de desear el alma con todo empeño venir a aquello que en esta vida *no puede saber...* Y de esta manera, a oscuras... *la da admirable luz* (infusa) la misma Fe (vivísima, se supone, y por tanto bien expansionada y perfeccionada con los dones)... Por tanto... cegándose en sus potencias, ha de *ver luz* (infusa, que de otro modo no debía *cegar* si no se sintiese *atraída* por esa inefable luz)... Y así... *verá SOBRENATURALMENTE*».

¿Cabe expresión más clara para decir que habla de cosas místicas o *sobrenaturales*? Pues aún está más terminante en lo que sigue (tomado del cap. 8): «Para que el entendimiento esté dispuesto para esta divina unión, ha de quedar limpio y vacío de todo lo que puede caer en sentido... Y así... *se manifiesta Dios al alma* en su divina luz, que *excede todo entendimiento...*»

Presentar esto como *contemplación adquirida*, es no entender a San Juan de la Cruz... y hablar de mística sin saber de qué se habla.

Dolorosísimo nos es tener que emplear este lenguaje que jamás hemos empleado, pero el atrevimiento inaudito de nuestro adversario, en meterse a decidir en materias tan graves sin la prepara-

Veamos ahora la gran diferencia que hay entre el *recogimiento activo*, que con sola la gracia ordinaria podemos *adquirir*, y el infuso en que pone Dios a las almas cuando bien le place.

(Cap. 3; *Camino*, c. 28): «Importa mucho para los entendimientos que son derramados, entender esta verdad, que está Dios dentro de nosotros, y saber que para hablar con Dios no ha menester ir al cielo, ni dar voces, pues por poco que hablemos está tan cerca que nos oirá. Ni ha menester... sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan buen huésped, sino con gran humildad hablarle como a Padre... que *El nos enseñará* cómo lo hemos de contentar.

«Este modo de orar, aunque sea *vocalmente*, con mucha más brevedad recoge el entendimiento, y es oración que trae consigo muchos bienes. Llámase oración de recogimiento, porque en ella el alma recoge todas sus potencias, y se entra dentro de sí con su Dios; y por aquí viene a enseñarla con más brevedad este divino Maestro y darle oración de quietud. Allí metida consigo mesma, puede *meditar* en la Pasión, y representarse allí al Hijo y *ofrecerlo* al Padre, y no cansar el entendimiento andándole buscando en el Monte Calvario... Los que desta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está el mismo Dios, y se acostumbraren, crean que llevan excelente camino y que no dejarán de llegar a beber el agua viva de la fuente.»

ción más rudimentaria, dando tales muestras de incompetencia y apasionamiento, mientras hace pueriles alardes de serenidad y experiencia y prolongadas lecturas... para con eso desprestigiar cuanto puede, según hace expresamente en el *Mensajero* (Febrero 1925), los escritos de otros y la sana y santa doctrina de revistas acreditadísimas, sin más fruto que el de ofuscar la verdad y turbar la paz de las almas... un atrevimiento así mostrado con tanta ufanía en la *Carta-libelo*, nos ha obligado a desenmascarar—según prudente aviso de San Francisco de Sales—a quien con su piel de oveja está haciendo tantísimos daños, más que si fuera en una manifiesta campaña de difamación.—Y ésta es la que algunos de sus satélites están haciendo ya, con gran escándalo de los fieles devotos, en la prensa periódica, ante un público no preparado para entender tales materias.

(Camino, c. 23): «Esta manera de recogimiento no es oración sobrenatural *«del todo»* (con lo cual (1) se da a entender que ya lo es *en parte*, o de un modo incompleto o latente), aunque no se puede tener sin auxilio *especial* de Dios (por esto, sin duda, no todos pueden tenerla, por no haber recibido aún ese *especial* auxilio); empero (con él) está en nuestro querer hacer eso, ayudados del favor de Dios, porque esta oración no es *silencio* de las potencias (y por lo mismo no debe, en general, llamarse contemplación), sino encerramiento de *muchas maneras*.—Y así unas veces es para poder meditar mejor y otras para tener con más devoción las mismas oraciones vocales. Y sólo podrá llevar el nombre de contemplación cuando se junte con cierta *vista amorosa y pacífica*, en que el alma empieza ya a quedar en *silencio*, toda muy ocupada y como absorta en *mirarle y amarle* y... manifestarle los íntimos afectos que El mismo le va sugiriendo, o le enseña, según dice la misma Santa. Con lo cual se muestra bien que esa oración, cuando así empieza a ser ya en realidad contemplativa, es cuando muestra a la vez tener algo de sobrenatural, aunque no lo sea del todo; y eso es debido a cierto especial favor con que Dios la mueve a quedarse así en silencio entretenida con los afectos que El le comunica sin necesidad de procurárselos ella; y por eso mismo la va como incapacitando para la meditación y aun para ejercitarse ella misma a su modo en otros diversos afectos (2).

(1) Adviértase que este *«del todo»* así como luego el calificativo *«especial»* los añade él por su cuenta, interpretando y haciendo resaltar bien el pensamiento de la Santa, que más tarde olvidará.

(2) «Cuando un alma *se recoge con especial moción de Dios, cuyo es esto*—dice muy bien el padre La Puente (*Sentimientos*, X), así como decimos que entra dentro de sí, y allí halla a Dios, así también entra dentro de Dios.—Mejor se conoce, cuando se experimenta, que se dice.—Cuando está un alma de esta manera, luego halla con quién hablar, no tiene necesidad de discursos, *ni aun los puede hacer*. Todos son *coloquios y afectos, mirando la grandeza de este Dios y la vileza propia*: allí clama, allí pide, allí ama, allí se goza, allí se entristece, allí se aborrece, allí se anima, allí se aviva para obedecer, para padecer, para dar contento a Dios por Dios.—De esta manera quizá se entiende lo que dicen

En suma, ese *recogimiento interior* de que ahí habla Santa Teresa, y que nosotros mismos podemos, *con cierta gracia especial*, procurarnos o *adquirir*, y luego tenerlo casi cuando queramos—y que hoy muchos tratan de identificar con la contemplación adquirida—, sólo puede merecer el nombre de contemplación cuando no se ordena ni a la simple meditación ni menos a oraciones vocales ordinarias, sino sólo a cierta manera de oración afectiva simplificada, en que ya comienza algún silencio de las potencias y así, con cierta influencia divina especial, se empieza a gustar la paz de Dios. Por lo cual esa oración es ya realmente algo sobrenatural o infusa, por más que en parte sea también, o aparente ser, *adquirida*. Y en este solo y limitadísimo sentido—como un simple caso especial de dicho recogimiento, y reconociendo expresamente que, como éste tiene ya algo de sobrenatural, ella debe, en último caso, reducirse a la infusa—, es como podría, sin peligro, conservarse, por atención a sus autores, dicha denominación nueva de «contemplación activa» o *adquirida*, que a tantas confusiones se ha prestado, por entenderla cada autor a su modo, y que hasta hoy no sirvió sino para desconcertar a las almas y apartarlas prematuramente de la meditación, a la vez que incapacitándolas para la única contemplación enseñada por los Santos, que es la sobrenatural o infusa: *única que el mismo Tomás de Jesús mostró conocer*, como vamos viendo, hasta unos siete años antes de morir.

La otra, procurada por nosotros sin el especial auxilio de Dios que él exige aquí en nombre de la Santa, y que luego, con atrevimiento inaudito, rompiendo con ella y con toda la sana tradición, recomienda a los mismos novicios mediante la suspensión voluntaria del discurso para ponerse en falsa quietud, esa él mismo vió del modo más claro y nos hace ver a todos que su admirable Fundadora la reprobaba ter-

los Santos, que *la contemplación es sepulcro del ánima*, donde entra y se entierra, muere y sepulta».

Por donde se ve claro que se trata de verdadera contemplación infusa, en que ya no se puede meditar.

minantemente y con gran insistencia como peligrosa y opuesta a la humildad (1). Así prosigue él en el cap. 4 (§ 1) citando la *Mor.* 4, c. 3: «Cuando Su Majestad no ha comenzado a embeber o suspender las potencias... no podremos nosotros detener el pensamiento de manera que no sea *antes* dañoso que provechoso. Lo que hemos de hacer es pedir como pobres y necesitados delante de un grande y poderoso Emperador, y luego bajar los ojos y esperar con humildad; cuando por sus secretos caminos entendiéremos que nos oye, *entonces es bien callar...* Mas si no entendemos que este Rey nos ha oído, ni nos ve, *no nos hemos de estar bobos, que lo está harto el alma, cuando ha procurado esta suspensión*».

A eso, pues, a puras *boberias* se reduce, según Santa Teresa, por confesión del mismo Tomás de Jesús, la contemplación que él más tarde recomendaba.

«Queda muy más seca, y por ventura más inquieta, la imaginación—prosigue el texto de la Santa—, con la fuerza que se ha hecho a no pensar nada... Yo no puedo persuadirme a industrias humanas en cosa que parece puso Su Majestad límite y dejó para Sí, lo que no hizo en otras, que las podemos con su ayuda. Cuando Su Majestad quiere que el entendimiento cese, ocúpale por otra manera tan sobre lo que podemos alcanzar, que le hace *quede absorto*, y entonces, sin saber cómo, queda muy mejor enseñado, que no con todas nuestras *diligencias, para echarle más a perder*. Que pues Dios nos dió las potencias para que con ellas *trabajásemos*, y ese trabajo tiene su premio, no hay para qué

(1) «Es un poco de falta de humildad—declara una vez expresamente Santa Teresa (*Vida*, c. 22)—de quererse levantar el alma *hasta que el Señor la levante*, y no contentarse con meditar cosa tan preciosa, y *querer ser María antes que haya trabajado como Marta...* Esta motita de poca humildad, aunque no parece es nada, para querer aprovechar en la contemplación *hace mucho daño...* Lo que yo he entendido es que todo este cimiento de la oración va fundado en humildad, y que mientras más se abaja un alma en la oración, *más la sube Dios*».

las ENCANTAR, sino dejarlas *hacer su oficio hasta que Dios las ponga en otro mayor* (1).

(1) «Eso que V. alega de Santa Teresa, de que no se suspendan las potencias, nos replica en su *Carta abierta* (p. 22), el P. J. V. no tiene que ver con la contemplación adquirida, que consiste en ocupar el pensamiento principalmente en cosas altas y grandes, superiores a nuestro discursillo...»

Hasta ahora se suponía, y así la da bien claro a entender repetidas veces el mismo P. Tomás, que esa que llaman «contemplación adquirida» era una suerte de mirada atenta sobre las mismísimas verdades *halladas por el discurso*; pero según el nuevo maestro, consiste en plantarse de buenas a primeras en «cosas altas y grandes» que estén por encima de todo «nuestro discursillo», olvidando no sólo el «*altiora te ne quaesieris*» del Sabio, sino el que es imposible volar sin tener alas; y no hay otro medio de remontarse a esas alturas superiores al discurso, no siendo que pretenda encaramarse en su «claraboja» para ver en todo lo mismísimo que los bienaventurados, y hasta *COMPETIR con ellos!*... a estilo de teósofos.

Lo cual es sencillamente soñar despiertos o estarse allí emboados. Y bien claro dice Santa Teresa (*Mor.* 4.<sup>a</sup>, c. 3), que «no hemos de estar bobos, que lo queda harto el alma que se ha procurado esto (de suspender las potencias, dejando de discurrir para figurarse que contempla cosas altas y grandes, superiores a nuestro discursillo), y queda mucho más seca».

Lo que sí aconseja allí mismo la Santa (n. 7), es que cuando siente que Dios la va *poniendo en recogimiento sobrenatural*, no se esfuerce por discurrir, sino que, *sin suspenderlo* del todo, lo contenga algo para dar lugar a los afectos o a cierta vista amorosa, diciendo que «sin ninguna fuerza ni ruido, procure atajar el discurso del entendimiento, mas *no suspenderle* (el discurso a que se refiere), *ni el pensamiento*; sino que es bien se acuerde que está delante de Dios...»

Mas a pesar de decir la Santa tan claro que ni el pensamiento ni aun el discurso se suspendan del todo, con esas suspensiones estudiadas que son puras boberías, el P. J. V., entendiéndola al revés, prosigue (p. 23): «Por tanto, lejos de reprobear la Santa el suspender el discurso, lo aconseja terminantemente en estas sus palabras (las citadas). Y como ese *suspender el discurso es precisamente ponerse en contemplación* (!...), síguese que la Santa positivamente aconseja *ponerse en contemplación procurada*, activa... y así *adquirida*».

¡Lástima no hubieran caído en la cuenta de ello el P. Quiroga, cuando se vió obligado a reconocer que *siempre que la Sta. M. habla de contemplación entiende la infusa!*... y sobre todo el mismo Tomás de Jesús, cuando en el famoso *Prólogo a Grados de oración*, afirmó, según muy luego (p. 363) veremos, que la M. Teresa no conocía otra mental *activa* o «adquirida» más que la «*meditación*», y la «contemplación» figura como sinónima de *oración infusa*.

Aquí precisamente habla la mística Doctora de lo que es pro-

Cuándo suceda esto, lo dijo ella poco antes, y él lo con-  
 signa al empezar dicho cap. 4: «Hay otra manera de recog-  
 iamiento que a mí me parece *sobrenatural*; no penséis que  
 es por el entendimiento *adquirido*, procurando pensar den-  
 tro de sí a Dios... Esto, aunque es buena y excelente mane-  
 ra de meditación... , cada uno lo puede procurar y alcanzar  
 con el *auxilio especial* de Dios. Mas el grado de oración de  
 que hablamos es muy diferente; porque muchas veces, antes  
 que se comience a pensar en Dios, suelen estar las poten-  
 cias *recogidas*, que no sé por dónde ni por dónde no oyeron  
 la voz de su Pastor... Tiene tanta fuerza en su silbo, que  
 desamparan (los sentidos) las cosas exteriores, en que esta-  
 ban enajenados, y métense en el castillo; y para buscar a  
 Dios dentro de nosotros, es grande ayuda cuando Dios hace  
 esta merced, que, como hemos dicho, *no se puede adquirir*  
 con nuestra industria ni trabajo».

Tal es, pues, por confesión terminante del mismo Tomás  
 de Jesús, hecha en sus mejores años—y nunca expresamen-  
 te retractada a pesar de cuanto en contra llegó a afirmar en  
 su desdichada obra póstuma—, la oración que Santa Teresa  
 reconoce por notoriamente *infusa* o, como ella dice, «so-  
 brenatural», y por contemplación verdadera, la cual de nin-  
 gún modo se puede adquirir con nuestros esfuerzos. Sólo  
 tiene por *adquirida* la que pueda reducirse a la medita-

písimo de esa 4.<sup>a</sup> Morada, dedicada al *recogimiento infuso* y la  
*quietud* mística; y al escribir el pasaje citado, que tan por los ca-  
 bellos se quiere traer para la fantaseada «*contemplación activa*» o  
*adquirida*, expresamente hace constar que trata del alma que  
 siente la acción de Dios que la pone en esta mística Morada, y,  
 por tanto, en *oración infusa* o *pasiva*; empezando así dicho nú-  
 mero 7 del c. 3: «Lo que entiendo que más conviene que ha de  
 hacer el alma, *que ha querido el Señor meter a esta morada*, es  
 lo dicho, y que sin ninguna fuerza ni ruido procure atajar el dis-  
 curso, etc.»— ¡Este *ser metida por el Señor*, se nos aduce— muti-  
 lándolo— para mostrar cómo se mete y se pone ella *activamente!*..  
 ¡Y esto se llama respetar a Santa Teresa y no «desnaturaliza-  
 rla»...!

El resultado claro e innegable, es que el buen P. J. V., por de-  
 fender un absurdo de Tomás de Jesús, comete otros mucho más  
 graves y, sin darse cuenta, no sólo desnaturaliza por completo a  
 su Santa Madre, sino que nos recuerda a los begardos...

ción, y en cierto modo ese otro recogimiento interior que con un auxilio especial podemos nosotros procurarnos, aunque ya empieza a tener *algo de sobrenatural*. (Cfr. Edic. popular, Burgos, 1922; *Camino*, c. 28, n. 6-7).

Tomás de Jesús así lo hace constar en el mencionado libro con palabras que pone en boca de la Santa, las cuales, repetimos—pues importa mucho hacerlo resaltar—, nunca jamás él desmintió, ni nadie tampoco le hizo desmentir, puesto que siguieron en su libro hasta la edición de 1725.. Y no sólo hace eso con palabras textuales de Santa Teresa y con las que él le atribuye, sino que lo afirmó también por su cuenta—según ya vimos—en el prólogo de las primeras ediciones. He aquí, en efecto, lo que en dicho prólogo se dice en la edición de Valencia (1623) de la *Suma y compendio de los grados de oración*, sacado de los libros de Santa Teresa: «La Teología mística divide la oración en dos partes: una llamada oración adquisita, en la cual nosotros mismos trabajamos con nuestras potencias; en esta forma presenta la memoria una verdad y el entendimiento discurre sobre ella formando razones y discursos para asentar aquella verdad y aficionar la voluntad a que quiera y abrace; así esta oración consiste principalmente en dos cosas: una es el discurso del entendimiento; la otra, un despertar afectos en la voluntad; y a ésta comúnmente suelen llamar *meditación*, u *oración mental adquisita o natural*; no tanto para excluir el auxilio sobrenatural de Dios, y operaciones tan sobrenaturales de nuestra parte, sino porque se obra, como dice Santo Tomás, más con un *modo humano* que *divino*.—Otra oración es *infusa*, que es *dada y enseñada de Dios*, y no depende de nuestros discursos, orden ni industria, sino que el mismo Señor *la infunde y enseña a nuestra alma*, cuando Su Majestad es servido. A ésta pone la Santa varios nombres, pues unas veces la llama *oración sobrenatural*; otras, *pura contemplación*».

Aquí vemos al famoso Tomás de Jesús, expresándose

aún en conformidad con la sana tradición y hablando como fiel intérprete de la doctrina de su santa Madre. Lo que después dice, tan en desacuerdo con esto, que obligó a suprimir ese importantísimo *Prólogo*, es evidente que *no lo heredó de la mística Doctora*, a la cual luego procura no mencionar, como quien *tiene conciencia de haber roto con ella*, y no dar importancia ni aun a sus más reiterados avisos. Tampoco lo tomó de la tradición antigua de los Padres, por más que los cita, pues vimos cómo los violenta a cada paso, para aplicar arbitrariamente a la soñada contemplación adquirida lo que ellos tan claramente afirmaron sólo de la infusa, única a que siempre, siempre, se refieren. En la antigua tradición no se conoce más contemplación que la producida en nosotros sobrenaturalmente mediante alguno de los dones del E. S. y especialmente con el de entendimiento—que permite penetrar en los más altos misterios y *ver* de algún modo al mismo Dios—, y el de sabiduría, que nos hace gustar la dulzura divina, y así facilita el ejercicio heroico de todas las virtudes y, por lo mismo, debe intervenir por necesidad absoluta en las almas perfectas (1).

(1) «*Contemplatio est actus sapientiae... quae donum est Spiritus Sancti*». Dionisio Cartujo, *De Contempl.*, l. 1, a. 13; cfr. Juan de J. M., *Theol. myst.*, c. 3.

«In contemplatione, Deus videtur per medium, quod est lumen sapientiae mentem elevans ad cernenda divina».—S. Thom., *De Veritate*, q. 18, a. 1, ad 4.

Adviértase que con ser el don de sabiduría el que más de relieve parece resaltar en la vida mística, y al que con más frecuencia se atribuye la divina contemplación, todos siete, sin embargo, intervienen en ésta y pueden caracterizar aquélla dándole cada uno su especial tinte y su particular *modo divino* en el pensar, en el sentir o en el obrar (Cf. S. Juan de la Cruz, *Noche II*, c. 4-14). El mismo Tomás de Jesús, tratando de *Contemplatione divina* (l. 1.º, c. 2), dice: «*Quam Spiritus S. divino et supernaturali modo in nobis operatur, ab aliquo inquam ex septem donis...*»

«*Todos los siete dones*, dice el P. Nouet (*Introd. a la vie d' oraison*, l. 1, entr. 7), concurren a la oración—sobrenatural.

«*Omnia dona, nunc unum, nunc aliud seorsum, nunc aliqua simul, ad eam concurrunt causaeque sunt actus contemplationis*».—Alvarez de Paz (*De natura contempl.*, l. 5, p. 2, c. 4).

«*Causa efficiens contemplationis infusae est S. S. cum suis donis*». (Vallgornera, *Myst. Th. D. Thom.*, q. 3, d. 3, a. 2; Felipe de la Trin., p. 2, tr. 3, d. 1, a. 2; Antonio del E. S., *Direct.*, n. 215).

La supresión de este prólogo, tan opuesto a la contemplación adquirida; las muchas incoherencias y contradicciones que ésta encierra, y su oposición, tan indiscutible, a la verdadera mística tradicional, y muy singularmente a la teresiana, que, por confesión del mismo corifeo de la innovación, no admite otra oración adquirida superior a la

En el n. 225 añade el P. A.: «Pro subjecto habet intellectum hominis *elevatum Spiritus Sancti donis*».

«Quoniam dona faciunt mentem bene ac prompte mobilem, docilem, dirigibilem a Spiritu S., sine cujus speciali dono nemo ad contemplationis arcem conscendit..., oret—aconseja al alma devota Dionisio Cartujo (*De contempl.*, l. 1, n. 22)—*ut septem dona S. S. quotidie corroborentur ac perficiantur in se, quatenus per haec a Spiritu S. frequentissime ad contemplationes praelucidatas atque ignitas intime moveatur.*»

«*Todos los autores místicos, advierte el P. Meynard (Tr. de la Vie intér.* II, n. 31), convienen en reconocer que la contemplación mística es obra de los dones.»

El P. A. Hamon, S. J., en la Vida del P. R. de Maumigny (París, 1921), dice de él (p. 125), que «enseñó, como todos los autores místicos, que la contemplación infusa es un acto de la virtud de la fe perfeccionada por los dones del E. S., sobre todo por el de sabiduría».

Ante estos testimonios y otros muchos que podrán verse en nuestras *Cuestiones místicas*, especialmente en la 5.<sup>a</sup> (2.<sup>a</sup> ed., p. 500), no podrá menos de causar asombro ver cómo el *Mensaje de Santa Teresa* (Enero 1925, pgs. 422-424) se atreve a decir que eso es propio y exclusivo del don de sabiduría—y a lo sumo, por extensión, también de los de entendimiento y de ciencia—y que hacer intervenir ahí (o en la *Mística Teología*) los demás dones, es una pura invención moderna y un «error» nuestro, contrario a «toda la tradición!!!»

El don de sabiduría, como observa muy bien Tanqueray (*Précis de Théol. Ascét. et Myst.*, 1924, N.º 1.349), «es justamente considerado como el más perfecto, en el cual se resumen todos los otros, así como la caridad comprende todas las virtudes».—De ahí, pues, que muchas veces sea el único mencionado para caracterizar la contemplación sobrenatural o la vida mística. Pero en realidad todos intervienen de algún modo en ellas, aunque, como advierte luego el mismo autor (N.º 1.355), «los de ciencia, inteligencia y sabiduría concurren de una manera especial a la contemplación».—«Los otros cuatro, añade (N. 1.357), sin tener en ella un papel tan importante, no por eso dejan de influir, y esto de dos modos: a) disponiéndonos..., haciendo el alma más dócil a la acción del E. S.; b) excitando en nuestro corazón piadosos afectos que mantienen la contemplación: así el don de *temor* nos da sentimientos de compunción...; el de *piEDAD*, de amor filial; el de *fortaleza*, de generosidad y constancia; el de *consejo*, nos permite aplicar a nosotros mismos y a otros las luces recibidas del E. S.»

discursiva...; todo esto y las consecuencias nada lisonjeras que de esa nueva espiritualidad se han seguido, obligan a quien quiera que ame de corazón la verdad, a renunciar de una vez a tan peregrina y tan perniciosa invención del siglo XVII; o, de lo contrario, para ser consecuentes, se debe confesar que se renuncia a seguir la antigua tradición, que es la de la Santa. Adherirse a ésta por una parte, y sostener por otra lo que enseña el P. Tomás de Jesús, es querer armonizar dos extremos tan opuestos como el descrito en el citado prólogo y lo que luego enseñó el bendito padre, y que en buena lógica motivó esa elocuente supresión. El hecho no puede ser más significativo.

Pero aun en ese primer libro citado, el más importante de cuanto Tomás de Jesús escribió, por estar formado con textos de la Santa, si bien en general la interpreta rectamente, a veces cambia demasiado sus palabras para juntar dichos textos, y otras veces pone—como hemos ya visto—algunas propias sin indicar de quién son, con lo cual no siempre conservó la fidelidad necesaria. Así, en el cap. 2 (§ 1), citando el 17 del *Camino de perfección* (el 11, según él), afirma que «no todos los que comienzan oración piensen que han de ser contemplativos», frase que jamás la dijo la Santa. Lo que ella dijo y luego él desfigura en la forma que veremos, es como sigue (*Camino*, c. 17, n. 2; los paréntesis explicatorios son nuestros): «No a todos lleva Dios por un mismo camino (es decir, que a unos los pone en cosas propias de las *vias iluminativa o unitiva*, mientras a otros, porque así lo necesitan o les conviene, los tiene aún en la *purgativa*; y también porque, a veces, favorece a unos con luces y consuelos especiales, porque los necesitan, y a otros, quizá mucho más *adelantados*, los está acrisolando en la pavorosa noche del sentido o acaso en la misma del espíritu, en que se creen del todo abandonados de Dios y muy lejos de poder contemplarle) y por ventura el que le pareciere va por muy más bajo, está más alto a los ojos del Señor (y aun a los de un buen director). Así que, no porque en esta casa

todas traten de oración han de ser (ya desde luego) todas contemplativas. Es imposible (pues antes tienen que «ser Martas» y purificarse y disponerse más o menos con los ejercicios de la *vida activa*), y será gran desconsolación para la que (aún) no lo es (sino que la tiene todavía Nuestro Señor en oración discursiva) no entender esta verdad, que esto es cosa que la da Dios; y pues no es necesario para la *salvación*, ni nos lo pide Dios de apremio (aunque sí nos pide y nos manda que a ello aspiremos y nos preparemos con la pureza de corazón y amándole con toda el alma, para lograr que, a su tiempo, nos comunique esa gracia *manifestándosenos El mismo*, según nos ha prometido (*Joan.*, 14, 21)... Por eso no dejará de ser *muy perfecta*, si hace lo que queda dicho (que es proceder con toda humildad y fidelidad y abnegación, con lo cual también ha dicho y repite ahora, luego (n. 7), entre paréntesis, *no dejará Dios de darle la contemplación*). Antes podrá ser tenga mucho más mérito, porque... LA LLEVA EL SEÑOR *como a fuerte*, etc.»

En vez de eso, el P. Tomás pone así: «No todos los que tratan de oración han de ser contemplativos; porque esto es cosa que la da Dios; pero no es necesario para nuestra salvación *ni para ser más perfectos* (esto es adición del buen Padre, y repetidas veces lo desmiente la Santa; como desmiente también lo que sigue en la forma alterada en que él lo pone), que no lo dejará de ser porque no la tenga...»—Lo cual, tal como está, da a entender que puede realmente haber almas en rigor *perfectas* sin salir de la vía discursiva. Pero ésta, como explica San Juan de la Cruz (*Noche*, I, c. 1-6), es propia de los *principiantes*, que no podrán pasar a *proficientes*, o sea a lo que es propio de la *vía iluminativa*, sin que Dios los saque de ahí y los ponga en oscuridad, dándoles un principio de contemplación infusa. Sin ella, la misma Santa ha dicho poco ha que todas nuestras cosas están enlodadas (Cfr. *Vida*, c. 20, n. 28; *Camino*, c. 19, n. 6; *Mor.* 3, c. 2, n. 9), como que todavía anda uno arrastrándose a manera de gusano al que no han nacido las alas. Y cuando le nazcan, ¡ah!, entonces dirá él mismo (c. 6, § 3) con la

Santa (*Mor.* 5, 2): «La mesma alma no se conoce a sí, porque la diferencia que hay de un gusano feo a una mariposica blanca, la mesma hay acá: no sabe dónde pudo merecer tanto bien... De aquí nacen unos deseos de rogarle al Señor que se querría deshacer y morir por él mil muertes... Y *no tiene en nada* las obras que hacía siendo gusano... y no es maravilla, que como le han nacido alas, no se contenta con andar paso a paso: pudiendo volar, todo se la hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos... ¿Pues de dónde puede venir esto, sino de aquella caridad (infusa) que *ordenó Dios en su Esposa*, después de haberla metido en la bodega?» (1).

(1) Un celosísimo y sabio general de la Descalcez—a cuya elección, según se lee en la maravillosa *Vida de la V. Ana de San Agustín*, C. D. (l. 3, c. 21), asistía Santa Teresa recogiendo gozosa los votos—, el Rmo. P. Alonso de Jesús M.<sup>a</sup>, en su interesante obra *Peligros y reparos de la perfección y paz religiosa* (1625, t. I, p. 2, Disc. 3, § 4), volviendo por esta doctrina tradicional, que por lo visto comenzaba ya a oscurecerse entre algunos, declara cómo el *ardiente amor* y el verdadero celo por la gloria de Dios y bien de las almas no logran encenderse lo bastante sino en la mística bodega; dice que ese celo «lo engrandece San Bernardo (*in Cant. Serm.* 49), declarando dónde tiene su origen y qué propiedades le acompañan por estas palabras: «*Pius sane affectus... El piadoso afecto y el pecho encendido en amor*, la infusión de la devoción santa y el *espíritu lleno de un vehemente celo*, no proceden de otro principio ni traen su origen de otra parte sino de la *bodega del celestial Esposo*», donde se ordena la caridad para causar efectos tan soberanos... Para que mejor se comprenda... pondremos aquí cuatro efectos que Santo Tomás pone del amor, y el orden que en ellos guarda... Los tres primeros... son la unión de los que se aman... El segundo dice que es *mutua adhaesio*, que es una correlativa y fiel correspondencia que de la unión resulta, con que el un amado mira al otro con íntima satisfacción y consuelo propio, como a cosa propia que íntimamente le toca, y en quien está encerrado su tesoro. Como lo dijo la Esposa... por estas palabras (*Cant.*, 2): *Dilectus meus mihi, et ego illi...* El tercer efecto que pone es el *éxtasi*, con el cual el amor saca de sí al amado y lo dispone para que... esté su alma más donde ama que adonde anima... A estos tres efectos se sigue el cuarto, que es el celo, el cual nace de la unión afectiva, que hace a los amigos una misma cosa... De donde resulta el tener un querer y no querer con el amado... Este celo, nacido de *verdadero amor sobrenatural* y de la unión que por su medio se hace... *que saca al alma de sí...* fué el que obró tan grandes hazañas en los Santos...

...El celo verdadero es *don muy particular de Dios*, y efecto de su amor, muy poderoso para emprender y perficionar obras

En vista de esta declaración tan terminante del mismo Tomás de Jesús no se concibe cómo pudo en el citado cap. 2 desnaturalizar hasta el extremo que vimos el pensamiento de la Santa Madre, diciendo que *no se necesita* la contemplación para ser *más perfectos*—por lo visto—que nadie, pues el *más* es *absoluto*; mientras la Santa dice que no se necesita para la *salvación*, y, claro está, prescindiendo de lo que reste pagar en el Purgatorio... sin duda por no haber hecho todo lo que es *debido*. Y cuanto a lo demás, sólo dice: no dejará de ser *muy perfecta*; cosa que es *muy relativa* y bien puede aplicarse a buenos *principiantes* que estén en el tercero o quinto grado de perfección, de los cinco que, según San Gregorio y el P. Alvarez de Paz, pueden señalarse en la vía purgativa, que disponen para otros tantos de la iluminativa. Y por eso añadía la Santa, y se lo calla él: «si hace lo que queda dicho», que es disponerse para tenerla aunque sea muy seca y oscura, según sucede a los que *Dios lleva como fuertes*. Y así, donde ella añade (n. 4) que habiendo humildad y desasimiento «no hay que temer, ni hayáis miedo que dejéis de llegar a la perfección como los muy contemplativos» él dirá otra vez:... «como los *más* contemplativos», los cuales están, sin duda, muy arriba, en la mismísima 7.<sup>a</sup> *Morada*.

El cap. 3 de la 5.<sup>a</sup> es otro de los que más han abusado y siguen abusando no pocos de los desertores de la verdadera mística teresiana y tradicional. Se han tergiversado las palabras de la Santa y hasta se ha llegado a suprimir—según hemos visto—un famoso monosílabo con que le hacen decir—y hasta con letra bastardilla para que todos se fijen bien—lo contrario de lo que ella dijo, o sea que la unión de que allí habla es puramente *activa y no sobrenatural*, o sea no perteneciente a cosas sobrenaturales!!!...

En esto también tuvo el P. Tomás la triste suerte de ser grandes; y como tal se debe estimar y agradecer mucho. Dijo San Agustín cuán propio beneficio es este de Dios, por estas breves palabras (in *Ps.* 118, conc. 28): *Aemulationem Dei suo spiritu inspirat fidelibus Deus*.

el primero que sepamos empezó a torcer el sentido de las palabras de Santa Teresa, poniendo en vez de esta 5.<sup>a</sup> *Morada*, que es a la que la Santa alude, la palabra «unión», con que da a entender que ésta es puramente activa y muy distinta de la acabada de describir en el cap. 2. Así parece él ya insinuar en el mismo título del cap. 7 que le dedica diciendo: «De otro grado de oración, que es una manera de unión, la cual con el ayuda de Dios pueden alcanzar todos». La Santa, mostrando bien que prosigue en lo que es propio de esa 5.<sup>a</sup> *Morada* y muy superior a la 4.<sup>a</sup>, lo titula así: «Continúa *la misma materia*: dice otra manera de unión que puede alcanzar el alma (es decir, quien ya merece ese nombre de «alma espiritual» y muerta a todo) con el favor (*especial*) de Dios».

En el comienzo del capítulo sigue el P. Tomás con suficiente acierto para desmentir los abusos que de ese también famosísimo pasaje se hacen y que hizo el mismo José del Espíritu Santo afirmando de ligero que ante esos dos textos, tan realmente oscuros, hay que prescindir—para no poner a la Santa en contradicción consigo misma—de cuantos pudo decir *clarísimamente* en pro de la unidad de vía, y de contemplación y santidad, que son innumerables, como ha podido de algún modo verse por el mismo testimonio de Tomás de Jesús.

Empieza, pues, él a resumirla así: «Parecerá a alguno que, según lo dicho, a quien Dios no le da esta *unión*, quedará sin esperanza de llegar a *tan alto grado de oración*. Pues porque no piensen queda sin esperanzas, a quienes el Señor no da cosas tan sobrenaturales, digamos ahora de la verdadera unión, que se puede alcanzar con el favor de Dios, si nos esforzamos en procurarla con no tener voluntad, sino la de Dios». Lo cual, como ya vimos, por confesión de él mismo, exige que Dios introduzca en la mística bodega donde se ordena la caridad. Y así añade: «El alma que ha *alcanzado esta merced de Dios*, entonces ninguna cosa se le da de esta otra *unión regalada* que queda dicha .. Para esta manera de unión no es necesario... que Dios *suspenda*

las potencias (como en el éxtasis se entiende); que poderoso es el Señor de enriquecer las almas por mil caminos, y llegarlas a ESTE GRADO (de la 5.<sup>a</sup> Morada), aunque no por el atajo (de las suspensiones)... Esta unión es la que siempre he deseado (aunque con ella también deseé y pidió la mística *agua viva*... y enseñó a tener, junto con humildad, grandes aspiraciones hacia Dios)... Mas hay pocos que lleguen a ella... ¿Qué pensáis que es su voluntad? Que seamos *del todo perfectos*, para que seamos una cosa con él... Y para llegar a esto (aunque ese *del todo*, o sea esta perfección plena y total (1), está en la 7.<sup>a</sup> Morada), no es menester que el Señor haga *grandes regalos*.—Se trata, pues, de una *unión no regalada*, o, mejor dicho, *no muy regalada*, o *no tan regalada* (2), por contraposición a la extáti-

(1) Aquí el P. J. V. hace uno de sus grandes aspavientos (p. 69-71), porque, dice, leyó e hizo que otro leyere la 7.<sup>a</sup> Morada, para ver si hallaba allí ese «del todo», sinónimo de lo que sigue—que es lo que quisimos expresar—, y no lo halló... En cambio si hubiera reparado en lo que leía, en el mismo c. 4 de la 5.<sup>a</sup> Morada, hubiera aprendido que no puede hallar el alma su descanso hasta la 7.<sup>a</sup>, por lo mismo que hasta allí no se halla la plena felicidad y perfección de esta vida.

(2) Para que se vea claro cómo juega el P. J. V. puerilmente con palabras para fascinar a sus incautos lectores, baste advertir que de estas nuestras—con que explicamos o tratamos de aclarar el sentido de las famosas de Santa Teresa: «No da cosas *TAN sobrenaturales*»—se vale para señalar nuestro *primer tropiezo* con la Santa (p. 58-61), diciéndonos: «Según eso, si el vocablo *regalada* es para V. igual a *tan regalada*..., tendremos que *tan sobrenaturales* será igual a *sobrenaturales*...»—Y no quiere advertir que este solo vocablo, precedido como está en la Santa de un *no* (del que él tranquilamente prescinde), indica que esas cosas—y por tanto esa *otra unión* que entre ellas figura—*no son sobrenaturales*; mientras que con el *tan* que debe precederle, significa *todo lo contrario*; y así se le hace decir que *no es sobrenatural*, lo que ella dijo que *sí lo es*, aunque menos o *no tanto*... como la *unión muy regalada*...

Y con estos pueriles juegos de palabras, se está como de propósito engañando a sus lectores y cerrándoles los ojos a la luz; pues mientras se calla todos los datos con que probamos cómo cambió el P. Tomás, dejando la pura doctrina de Santa Teresa para formar su *nueva escuela*, que, por lo mismo, *no es teresiana*, injustamente se nos queja por centésima vez de que atribuímos a la *Orden Carmelitana*, lo que jamás hemos dicho de ella, sino sólo de los *particulares* que, olvidando o *falseando* (como se hace con la supresión de ese *tan*) la doctrina de la Santa M., se rigen por

ca que acaba de describir; y así lo indica el mismo editor crítico R. P. Silverio, y reconoce el P. Gabriel de Santa María Magdalena (*Message de la P. Th.*, 1924, pág. 26), diciendo que esa es la mística unión que llaman *sobria*, por contraposición a la «ebria» (1).

Para que mejor se vea aún el pensamiento de la Santa y cómo se la desfigura, aun a trueque de molestar a ciertos lectores, vamos a transcribir algunas de esas palabras textuales de la misma Santa. Dice así (*Mor.* 5.<sup>a</sup>, c. 3, n. 3): «Paréceme que queda algo oscura, con tanto como he dicho, esta morada (5.<sup>a</sup>; no dice *unión* ni *grado* de oración, sino «morada»). Pues hay tanta ganancia de entrar en *ella*, bien será que no parezca quedan sin esperanza a los que el Señor no da *cosas TAN sobrenaturales*; pues la verdadera unión se puede muy bien (no dice adquirir, sino) ALCANZAR con el favor de Nuestro Señor (2), si nos esforzamos a procurarla,

lo que al fin, después de *desertar*, dijo el P. Tomás de Jesús... Y luego se sincera de la farsa con que procede en sus acometidas, diciendo que se vió forzado, como buen hijo, a vindicar, en contra nuestra, ¡la pureza de la doctrina de Santa Teresa...!

(1) San Juan de la Cruz (*Subida*, II, c. 4) declaró expresamente que el alma que llegaba a verdadera *unión*, o sea a tener su voluntad conforme en todo con la de Dios, se halla ya de algún modo místicamente transformada en El... «De donde aquella alma—dice—se comunica a Dios más que más aventajada está en amor; lo cual es tener más conforme su voluntad con la de Dios. Y la que totalmente la tiene conforme y semejante, totalmente está *unida y transformada en Dios sobrenaturalmente*».

Y por ser siempre de suyo, como en otro lugar (*Camino*, c. XIX, n. 6) dijo la misma Santa Teresa, «cosa muy sobrenatural esta divina unión», por eso «no está en nuestro poder».

(2) Aquí nos halló una errata el P. J. V. Sin darnos cuenta salió: «Alcanzar de Dios», en vez de: «Alcanzar con el favor de N. S.»—Lo cual trata él (p. 71-71) de 6.<sup>o</sup> e «*incañificable*» *tropiezo*; pretendiendo que fué intencionado, para mostrar mejor lo infuso... Pero debió ver salía, como debía salir, en el mismo título del capítulo: «Alcanzar... con el favor de Dios», sin que esto estorbara a la solidez del raciocinio, como tampoco estorba lo otro ahora corregido, y siguiendo igual el contexto.

Lo mismo debemos decir de la que poco antes nos señala en el mismo título del capítulo, donde salió «una manera de unión», en vez de «otra manera de unión».—Nos la supone también *intencionada*, y así con toda su «mansedumbre y caridad», la saca a la pública vergüenza con letras gordísimas, dedicándole páginas y páginas (61-68). Y no advierte que luego sale en el texto conforme

con no tener voluntad sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios... Cuando lo fuere... habéis *alcanzado esta MERCED DEL SEÑOR*, y ninguna cosa se os dé de *esotra unión regalada*..., que poderoso es el Señor de enriquecer las almas por muchos caminos y *llegarlas a estas Moradas* (místicas)... Pedid a Nuestro Señor que *os dé con perfección este amor* del prójimo (que ha de *darlo El*, pues es *infuso*), y dejad hacer a Su Majestad; que *El os dará más que sepáis desear*.

¡He aquí lo que acaba prometiendo siempre la Mística Doctora, a pesar de cuantas violencias se le hacen!

Sin eso es del todo imposible, según ella, la verdadera perfección cristiana.

Santa Teresa declara, en efecto, con gran insistencia, cómo hasta que el alma sea favorecida con oración infusa no logrará amar a Dios con un verdadero amor puro y sincero, como el que le tienen las almas perfectas o muy adelantadas. Así hablando (*Vida*, c. 15, n. 4) de la oración de *quietud*, dice: «Es, pues, esta oración una centellica que *comienza el Señor a encender* en el alma del *verdadero amor suyo*, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo... Pues esta centellica puesta por Dios, por pequeña que es, hace mucho ruido; y si no la mata por su culpa, ésta es la que comienza a encender el gran fuego que echa llamas de sí... del grandísimo amor de Dios que hace Su Majestad tengan las almas perfectas».

Entonces—añade (n. 14-15)—es cuando comienzan a brotar las verdaderas y *sólidas virtudes*, a empezar por la humildad. «No es menester—dice—andar rastreando cosas para sacar humildad y confusión; porque el mismo Señor la da de manera *bien diferente de la que nosotros podemos* debe salir: «*ESOTRA unión regalada*», sin que en nada nos perjudique, como tampoco nos perjudica, antes nos favorece, el que salga ahora corregida... Y estos son los únicos positivos *yerros*, que después de tantos aspavientos, logró hallar en nuestro escrito: ¡dos sencillas erratas!... Con este descubrimiento debe quedar para siempre acreditado como modelo de seriedad, sinceridad y amor a la verdad... Así se calla muy bien las palabras con que la Santa declara que esa unión es una *merced del Señor*.

ganar con nuestras *consideracioncillas*, que no son nada en comparación de una VERDADERA HUMILDAD, con luz *que enseña aquí el Señor*, que hace una confusión que hace deshacer... Pone un gran deseo de ir adelante en la oración..., una *seguridad*, con humildad y temor, *de que ha de salvarse*; echa luego el temor servil del alma, y pónese el filial temor muy más crecido. Ve que *se le comienza un amor con Dios muy sin interés suyo*... En fin .. es un *principio de todos los bienes*, un estarse las flores en términos que no les falta casi nada para brotar; y esto verá muy claro el alma».

Luego (cap. 16, n. 3), hablando de la *oración de unión*, añade: «Ya, ya se abren las flores, ya comienzan a dar olor. Aquí querría el alma que todos la vieses y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que le ayudasen a ella, y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar...»

«En fin—insiste (c. 17, n. 3)—, es que las virtudes quedan ahora más fuertes que en la oración de quietud... El alma... *se ve otra*, y no sabe cómo, *comienza a obrar grandes cosas* con el olor que dan de sí las flores, que quiere el Señor se abran para que ella vea que tiene virtudes, aunque *ve muy bien que no las podía ella*, ni ha podido *ganar en muchos años*, y que en aquello poquito *el celestial hortelano se las dió*. Aquí es *muy mayor la humildad y más profunda* que al alma queda, que en lo pasado» (por consiguiente, que en la 3.<sup>a</sup> *Morada*, en que está el máximo de la vida ascética).

«Queda el alma de esta oración y unión—añade (c. 19)— con grandísima ternura, de manera que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas... Si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. *Allí son las promesas y determinaciones heroicas*, la viveza de los deseos, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad. Está muy más aprovechada y altamente que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque ve claro que para aquella excesiva merced y grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fué parte para

traerla ni para tenerla. Vese claro indignísima, porque en pieza adonde entra mucho sol no hay telaraña escondida: ve su miseria. Va tan fuera de vanagloria, que no le parece la podría tener, porque ya es por vista de ojos lo poco o ninguna cosa que puede... Puede ya, con entender claro que no es suya la fruta, comenzar a repartir de ella... Comienza a dar muestras de alma que guarda tesoros del cielo, y a tener deseo de repartirlos con otros, y suplicar a Dios no sea ella sola la rica. *Comienza a aprovechar a los prójimos*, casi sin entenderlo, ni hacer nada de sí: ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido olor, que les hace desear llegarse a ellas...

... «¡Qué ceguedad tan grande la mía! (al huir, como indigna, de esta oración que Dios le daba). ¿Adónde pensaba, Señor, hallar remedio sino en Vos? ¡Qué disparate huir de la luz, para andar siempre tropezando! ¡Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio: apartarme de estar arimada a la columna y báculo que me ha de sustentar!»

Hablando luego de los arrobamientos, dice (c. 20, n. 22-29): «Aquí es la pena de haber de tornar a vivir; aquí le nacieron las alas para bien volar; ya se le ha caído el pelo malo; aquí se levanta ya del todo la bandera de Cristo... Mira a los de abajo como quien está en salvo; ya no teme los peligros... Fatigase del tiempo en que miró puntos de honra... Ve que es grandísima mentira, y que *todos andamos en ella* (hasta que Dios nos muestre la verdad)... Aquí no sólo las telarañas ve de su alma, y las faltas grandes, sino un polvito que haya, por pequeño que sea, porque el sol está muy claro; y así *por mucho que trabaje un alma a en perfeccionarse*, si de veras la coge este Sol, *toda se ve muy turbia* (y por tanto, resulta *muy imperfecta*, hasta que Dios *la perfecciona*)... Antes de estar el alma en este éxtasis, parécele que trae cuidado de no ofender a Dios, y que conforme a sus fuerzas hace lo que puede; mas llegada aquí, que le da este Sol de Justicia que le hace abrir los ojos, ve tantas motas, que los querría tornar a cerrar.. Mas

por poco que los tenga abiertos *vese* TODA TURBIA... (1).

«Aquí *se gana la verdadera humildad*, para no dársele nada de decir bien de sí, ni de que lo digan otros... Reparte el Señor del huerto la fruta y no ella, y así no se le pega nada a las manos... Porque lo ve por vista de ojos, que mal que le pese, se los hace cerrar a las cosas del mundo, y que los tenga abiertos para entender verdades».

«Llegada una alma aquí—prosigue (c. 21)—, no es sólo deseos los que tiene por Dios; Su Majestad *le da fuerzas* para ponerlos por obra. No se le pone cosa delante en que piense le sirve a que no se abalance... ¡Oh, qué es ver un alma que se ve aquí, haber de tornar a tratar con todos, a mirar y ver esta farsa de esta vida tan mal concertada!... *No podrá nadie creer, si no lo experimenta*, lo que el Señor *la da aquí*, que *no hay diligencia nuestra que a esto llegue*... Tiene el pensamiento tan habituado a entender lo que es *verdadera verdad*, que todo lo demás le parece *juego de niños*. Ríese entre sí algunas veces cuando ve a personas graves, *de oración y religión*, hacer mucho caso de unos puntos de honra, que esta alma tiene ya debajo de los pies».

Así, en el cap 23, dice: «Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo, otra *vida nueva*: la de *hasta aquí era mía*; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que *vivía Dios en mí*, a lo que parecía; porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres...»

«Nunca—añade (c. 29)—salía de oración; aun durmiendo me parecía estaba en ella, porque *aquí era crecer el amor*».

Por eso vuelve a lamentar el engaño de los que antes de que les hayan nacido las místicas alas, pretenden con sus pobres esfuerzos alcanzar ya el alto grado de virtud y de amor que Dios comunica a los perfectos, y les comunicará a

(1) Sin los dones místicos—escribía conforme a esto San Ignacio a San Francisco de Borja—«todas nuestras cogitaciones, palabras y obras van mezcladas, frías y turbias».

ellos también algún día si en El confían y perseveran en la oración.

«Se engañan aquí muchas almas—escribe ella (*Vida*, c. 31, n. 18)—que *quieren volar antes que Dios les dé alas...* Veo a algunas almas muy afligidas por esta causa .. Como ven en otras personas, que son más crecidas, cosas muy grandes de virtudes que *les da el Señor...*, que *ellos no las pueden* acabar consigo, desconsuélanse...»

Entre esas altas virtudes cita: «un no se nos dar nada que digan mal de nosotros, antes tener mayor contento que cuando dicen bien; una poca estima de honra; un desasimiento de sus deudos, que, si no tienen oración, no los querría tratar, antes le cansan; otras cosas de esta manera muchas, que a mi parecer, las ha de dar Dios, porque me parece son ya bienes *sobrenaturales...* No se fatiguen; esperen en el Señor, que lo que ahora tienen en deseos, Su Majestad *hará que lleguen a tenerlo por obra...*»

Que no puede haber *unión verdadera* ni verdadera *perfección* y santidad sin que el divino Espíritu tome una muy plena posesión del alma y la enriquezca con el don de sabiduría, y, por lo mismo, con la gracia de la contemplación, introduciéndola en la mística bodega donde se le ordene la caridad, para que pueda guardar el precepto del amor tal como está escrito, es cosa que a cada paso está reconociendo en este libro el P. Tomás al hablar de los efectos de la oración en las últimas *Moradas*, que tantísimo exceden a cuanto pudiera el alma lograr con sus pobres industrias... (1). Y, lo que es aún más de admirar, tuvo que re-

(1) «La contemplación divina en las almas—dice a su vez el V. P. Juan de Jesús M.<sup>a</sup> (*Escuela de oración*, tr. 8, n. 12), *las muda maravillosamente* sobre todo lo que se puede explicar con lengua mortal... *Un cuarto de hora de contemplación* suele hacer más impresión en un alma que *muchos años de oración* ordinaria. Porque el alma que sólo una vez goza deste favor... queda de tal manera enamorada de la divina hermosura, que desprecia luego todas las cosas amables de la tierra y se ejercita con gran resolución en mortificar la carne, en humillarse, en ofrecerse a todas

conocerlo, según vimos, en el mismo tratado *De Contemplatione acquisita*, después de haberse atrevido a sostener que, sin la infusa, puede haber plena perfección...; porque, así y todo, al hablar de la *vía unitiva*, olvidó esa frase desdichada y... recordó lo que tantas veces había oído y aun enseñado, que sin el don de sabiduría es imposible la vía unitiva, según dijo en el *Tratado de la Oración mental*...

Mas no sólo en éste, que es de los primeros que escribió, sino en otro póstumo, editado en Milán en 1922 junto con la *C. adquirida*, titulado: *Via brevis et plana orationis*, en el cap 13: «*De Exercitiis viae unitivae sive perfectorum*», dice así: «*Finis viae unitivae est intima animae cum Deo unio... Felix anima, quae post longam purgationis et illuminationis quasi servitutem, tandem omnibus dissoluta vinculis, a Spiritu Sancto in filiorum allata libertatem, in coelestis Patris familias haereditatis mensa convivatur, et fonte, qui eam omnium laborum oblivisci facit, inebriatur. Fons ille est patens, ad quem omnes invitamur: «Omnes sitientes venite ad aquas».*

En esto sí que está conforme con la verdad y con Santa Teresa, que con tanto empeño dice y repite: ¡A todos llama! y a nadie excluye... con tal que uno lo desee y se disponga (1).

las ocasiones de mayor gloria de Dios, sin curar de vida ni de muerte, ni de algún bien, sino sólo de la divina Majestad».

«Los que se hallan constituídos en la vida activa ascética—decía Rusbroquio (*Reino de los que aman a Dios*, c. 25)—, no sienten esta centella con un modo tan sublime, siendo así que toda su buena voluntad, todo su amor y todas sus virtudes reciben y retienen la vida en la misma centella; porque *el no sentirla así es porque no han subido bastantemente al Reino y deseo del alma, sino que están aún en lo profundo*».

(1) «*Ipsè benignus et misericors Dominus, dice—de acuerdo con ella y con toda la tradición—Felipe de la Santísima Trinidad (p. 2.<sup>a</sup>, tr. 3, d. 1, a. 5), juxta cujusque desiderium et... dispositionem, supernaturalis gratiam contemplationis concedit. Cum enim facienti quod in se est ex prioribus auxiliis gratiae, Deus non denegat gratiam, qua ad ulteriorem perfectionis gradum perveniat—quia Dei perfecta sunt opera, incipit enim ut perficiat, nisi mala nostra voluntate impediatur—inde est, quod juxta propriam animae contemplativae in praedictis exercitiis dispositionem, se*

Para eso, añade él mismo, no bastan todos nuestros esfuerzos, aunque tan necesarios: «*Neque hoc sufficit nisi speciali Spiritus Sancti virtute cursus noster dirigatur et promoveatur. In quo enim statu, quem viae unitivae appellamus, orationis et contemplationis a Deo divinitus infusae gratiam saepius quam in aliis statibus degustare incipimus*».

Esta es la verdadera doctrina tradicional; sin algún especialísimo influjo del don de sabiduría, y, por tanto, sin el gusto de la contemplación sobrenatural, nadie puede entrar en la vía unitiva, ni aun en lo bueno de la iluminativa, ni aun de la misma purgativa que, como enseña San Juan de la Cruz, no se completa sino con las dos místicas *noches*.— Así vemos que *per sapientiam sanati sunt quicumque placuerunt Domino*. (Sap., 9, 19).

El mismo P. Tomás lo enseñó bien claro y nunca de ello expresamente se retractó, aunque tan inverosímilmente, desertando de la tradición y contradiciéndose, vino a decir lo contrario.

En su *Tratado de la oración* aún no conoce ni deja espacio ninguno a la «contemplación adquirida», conduciéndose todavía como fiel discípulo de Santa Teresa. Así, a imitación de ella, en el cap. 8, n. 8, dice: «Hase de ejercitar continuamente en estas santas meditaciones (de la vida y pasión de Nuestro Señor) hasta que venga a hacer un hábito y granjear una presencia de Cristo tan ordinaria, que siempre tenga a Cristo crucificado delante de sus ojos interiores, y esté como transformado en su imagen y virtudes».

Y esta transformación, y esos ojos interiores, suponen ya, como nos dirá San Buenaventura en el cuarto grado de su *Itinerario*, una mística operación del Divino Espíritu; y *Deus magis aut minus in contemplatione supernaturali communicat*.

«Habiendo ella dejado los regalos de la carne, dice el P. La Puente (*Guía*, tr. 3, c. 9, § 2), no es mucho que su Amado le dé los deleites del espíritu. ¿Y cómo fuera posible subir desta manera si no participara de los gozos de su Amado? ¿Y cómo se compadece estar unida con El por amor tan estrecho, y no tener alguna parte en su inmenso gozo?»

La misma presencia divina tan habitual será imposible, como enseña el P. Lallemand, mientras no sea infundida por Dios.

Luego, al tratar de la contemplación, que es en la *Via unitiva*, en cualquier forma que la considere, siempre la supone infusa o mística, aunque hable expresamente de la contemplación *afirmativa* o de la *negativa*, o de la simple vista amorosa, que otros se empeñan en reducir a la adquirida.

«El fin de la vía unitiva—escribe (c. 9, n. 1-4)—es una *intima unión y transformación en Dios*. Los medios son unos vivos y *encendidos deseos* de juntarse en amor y unirse con Dios. En esta vía, como en las demás, se pueden distinguir tres ejercicios: el primero es de pureza de corazón, porque para ver a Dios y gustarle experimentalmente es necesario que primero el corazón esté puro y limpio (1)... Alcanzada ésta (pureza), luego es cierto inflamarse el corazón en el amor de Dios... El segundo ejercicio de esta vía unitiva es la luz y conocimiento de Dios. Este conocimiento puede ser de tres maneras: la primera, una *contemplación de las perfecciones divinas*... según que la fe y luz del Señor nos las enseña... El tercer modo de conocer a Dios es por *contemplación negativa*, que es el modo que enseña San Dionisio... y después de él todos los que han escrito de *mística teología*, el cual no es otra cosa que *mirar el alma a Dios con una simple vista* conociendo que es inefable e incomprensible... Cuando el alma se levanta a este último conocimiento de Dios se dice *entrar en el radio de las tinieblas* y de la oscuridad divina... (2) En el de la fe, conocemos a Dios de aquella manera que en ella se nos revela;

(1) Mas esta pureza—dice Santo Tomás—reclama el ejercicio de los dones del Espíritu Santo.—*«Munditia cordis fit per virtutes et dona quae pertinent ad vim appetitivam... Alia vero est... munditia mentis depurata a phantasmatis et erroribus... Et hanc munditiam facit donum intellectus»*. S. Th., 2-2, q. 8, a. 7.

(2) *«Cognoscimus Deum per ignorantiam, per quandam unionem ad divina supra naturam mentis... Et sic cognoscens Deum in tali statu cognitionis illuminatur ab ipsa profunditate divinae sapientiae, quam perscrutari non possumus»*. S. Thom., *In lib. de divinis Nomin.*, c. 7, lect. 4.

y acá—en la contemplación— parece que, suponiendo ya esta divina revelación, el alma se levanta con grande prontitud, admiración y gusto experimental, a mirar con una *simple vista* y mayor penetración la grandeza e incomprensibilidad de Dios; y así *este acto pertenece al don de entendimiento o de la sabiduría*; y en este acto piensan algunos que consiste la *teología mística*. »

Ya en el cap. 6, n. 8, reconoció bien claramente que no es posible la perfección de la vida espiritual, sin que el Espíritu Santo tome posesión de nosotros mediante sus dones, con que nos introduce en la vida mística. Así dice: «El tercer estado de la virtud es cuando la que antes a nuestra naturaleza era áspera y amarga... comienza ya a ser suave y sabrosa... Y este grado pertenece a la *vía unitiva*, en la cual *se obra por puro amor*, y éste hace todas las cosas ásperas, suaves, gustosas; porque *ya aquí obra el alma mediante el don de la Sabiduría*, el cual todas las cosas, por ásperas que sean, las hace sabrosas. Estos grados... suelen algunos Santos distinguir, para darnos a entender la diferencia que hay entre las obras que nacen de los hábitos de las virtudes a las que causa el Espíritu Santo mediante sus dones en el alma del justo: porque propio es de la virtud dar al hombre fortaleza para vencer sus pasiones; pero *los dones dan alegría y suavidad*, pues le disponen a que con prontitud y facilidad se deje mover de Dios al bien eterno; y las *bienaventuranzas*, que *son los principales actos de los dones*, dan grande hambre y deseo de ejercitar los actos de las virtudes, aun aquellos que son más ásperos a la carne, por la suavidad y gusto que en ellos halla el espíritu».

«Aunque el principal ejercicio de la vía unitiva sea éste de *contemplar a Dios y amarle* o aspirar a él—añade (c. 9, n. 7)—no por eso se excluyen otros ejercicios... Y así, cuando se sintiere tibio, debe procurar inflamarse y levantar el corazón mediante cualquier noticia y conocimiento que más a su propósito le haga para encender este fuego en el corazón. Pero después de encendido ha de dejar estas no-

ticias particulares y entrar en el ejercicio de los actos anagógicos, porque poco a poco y en breve tiempo *irá experimentando en sí una sed y hambre de Dios*, y de estos actos sueltos e interrumpidos subirá en breve a un acto continuado de amor y a una pura contemplación, *hasta tanto que llegue a la perfecta unión con Dios.*»

Sin eso sería imposible llegar a tan alto estado, que es ya como un presagio de la gloria, en que con toda plenitud se cumple el precepto del amor, que dice: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y todas tus fuerzas* (1).

(1) Marc. 12, 30. En la Gloria, advierte el P. Alfonso de Jesús M.<sup>a</sup>, C. D. (*Peligros y reparos de perfección*, 2.<sup>a</sup> p. disc. 3 § 12): «sin intermisión alguna, continua y perfectamente emplea uno todas sus fuerzas en el amor divino; pero en esta vida cumple con el precepto y consigue el fin en parte, quien habitualmente se emplea en Dios, con tal disposición de ánimo, que en ningún acontecimiento admitirá cosa contraria a lo que debe a su amor. — Aquí se debe advertir que entre los viadores hay muy grande latitud en el cumplimiento deste precepto; porque los *varones espirituales y perfectos*, que del todo se entregan a Dios N. S., puesta la mira en asemejarse, cuanto la condición desta vida lo consiente, a los bienaventurados, *reciben de Su Majestad* tan particulares, poderosas y superiores *ayudas, que les falta poco para esta continuación* y total entrega, con que *se emplea todo lo que el hombre tiene recibido de Dios en su amor y servicio...* Desta manera nos lo puso Dios N. S., expresando el fin dicho, que perfectamente se consigue en el cielo.

»Porque como la latitud con que un hombre ayudado de Dios se puede ir mejorando y perfeccionando en el cumplimiento deste precepto, sea como infinita, tenía necesidad para irlo haciendo, de que con él se levantase el ánimo a tan aventajada perfección. Esto declaró San Agustín, de quien Santo Tomás tomó esta doctrina, asentando que fué muy conveniente que al hombre se le pudiese el *precepto del amor con toda perfección*, para que supiese el fin *adonde había de poner la mira* de su aprovechamiento espiritual... *Non enim recte curritur, si quo currendum est, nesciatur...*

»No es menos admirable la ponderación con que Cristo N. S. habla en las demás materias. Porque en materia de oración y de la necesidad de su continuación dice... (Lc. 18): *Oportet semper orare, et nunquam deficere...* que es querer de los hombres *la mayor continuación* en este ejercicio, *que se puede imaginar*, y la cosa más dificultosa que en esta vida se puede pedir, tanto que a muchos *de los que no están alumbrados con luz divina*, les parece casi imposible, supuesta la flaqueza humana y la inestabilidad de nuestro pensamiento.

Y en la misma vía iluminativa reconoce Tomás de Jesús ciertas ilustraciones y mociones divinas que son propias del estado místico. Así declara que está ya el siervo de Dios dispuesto para pasar a los ejercicios de esa vía «cuando siente una nueva luz de Nuestro Señor que le levanta y mueve más de ordinario al conocimiento de Sí y de sus grandezas que al de sí mismo y de su miseria, y al ejercicio de las virtudes más que al de la compunción, y halla como una manera de tedio en los ejercicios de la purgación, habiéndoles antes ejercitado con diligencia y fervor». (*Trat. de la Orac.*, c. 7, n. 10). Y poco después (c. 8, n. 1) añade que allí se le van abriendo los ojos espirituales.

Los que estos místicos ojos tienen bien abiertos, saben mantenerse muy de acuerdo con la antigua y sana tradición, y así, miran con suma repugnancia la dualidad de vías y de contemplaciones y santidades, hallándose enteramente conformes con lo que anteriormente queda expuesto como doctrina auténtica de Santa Teresa.

Pero hasta que ahí se llega, por muy perfecto que uno se crea, aún no tiene bastante bien ordenada la caridad para amar a Dios como es debido: *ex toto corde...* y sin medida.

«Deum diligere, dice Orígenes (Lib. III *in Cant.*), nulla mensura est, nisi haec sola, ut ei totum exhibeas quantum habes... Diligendus est Deus ex toto corde, et ex tota anima, et ex totis viribus... Si ergo aut in Dei dilectione minus aliquid feceris quam potes, et quam in viribus tuis est; aut inter te et proximum tuum non servaveris aequitatem, sed aliquid differentiae habueris, non est in te charitas ordinata, nec ordinem suum tenens».



## CAPITULO XI

---

### La verdadera tradición Carmelitana.

Cuanto dejamos dicho, volvemos de nuevo a protestar que no va ni de ningún modo queremos que se tome en contra de la V. Orden del Carmen, en que tanto floreció y a tan admirable esplendor llegó la Teología mística, teórica y práctica, y en la que hoy mismo conocemos y en gran manera apreciamos a muchísimas almas muy amadas y favorecidas de Dios; sino contra todos los desertores de la doctrina tradicional, sean de la Orden, estado o condición que sean, por más que—a pesar de nuestra anterior protesta—la impugnación hecha de lo que juzgamos grandísimo desvarío, se hayan empeñado en tomarla como personal o como denigrativa de los suyos unos cuantos Padres carmelitas, mal aconsejados, cuyo inmesurado y violento proceder en nada honra a su santo hábito y, en vez de debilitar nuestros argumentos, sólo ha servido para hacer resaltar su valor y mostrar que, al parecer, no admiten réplica seria.

Por lo que hace a la verdadera tradición de una Orden tan antigua como la del Carmen—con la cual nos creemos *del todo conformes*—, claro está que no bastan para personificarla unos cuantos articulistas modernos—más o menos improvisados o apasionados (1)—

(1) En carta fechada el día *Jueves Santo en Roma* (1925), nos dice un muy autorizado P. Carmelita: «Me da pena que los extraños crean que *todos* los Carmelitas sostenemos ciertas teorías e interpretaciones *infundadas*... Que sepa el público que la *Orden* no se ha pronunciado sobre ningún punto de los ahora debatidos. Me consta positivamente eso, por vivir aquí... Son opiniones *particulares* de los autores o Padres respectivos... Mi mayor pena es que la *Orden* se haga objeto de crítica por lo que autores particulares digan o escriban».

ni tampoco una serie de citas de autores que escribieron en plena decadencia, influidos por las vanas opiniones en su tiempo reinantes; sino que es preciso verla en fuentes más autorizadas, como son los primeros documentos y los vivos retratos de quienes a ellos más se ajustaron y se ajustan (1).

## I.—Testimonios de fidelísimas hijas de Sta. Teresa (2).

### CARTAS DE UNA CARMELITA FRANCESA, ACERCA DE LA CONTEMPLACIÓN ADQUIRIDA

1.<sup>a</sup> Carmel de X... Ce 3 Janvier, 1921.—Jesús.

Mi Rdo. Padre: Una Carmelita nunca es una desconocida para un Dominicó: el recuerdo de Sta. Teresa está

(1) Procuramos dejar que hablen los documentos, ya que nuestras pobres apreciaciones, según acaba de declarar solemnemente, por boca del P. Claudio, el *«Monte Carmelo»* (Mayo, 1925), no pueden merecer ningún crédito. Pues primeramente (p. 208) hace sospechosa «la fe que merece... el P. Arintero, a quien acaso, dice, tengamos que llegar a *declarar incompetente* en tantas materias...» Y luego, sin más (p. 213), añade: «No tenemos ganas de refutar *pamphlets*... y... *hemos descubierto una INCOMPETENCIA ABSOLUTA* del P. Arintero en historia carmelitana».

Estas solemnes *declaraciones* el mismo culto escritor se encarga de calificarlas al exclamar en seguida: «*¡Desgraciada causa que tiene que defenderse con retazos de honra de su contrario! Así nunca llegaremos a la verdad*».

(2) A nadie debe extrañar que pongamos en primer lugar el testimonio de las Religiosas, puesto que a ellas daba ya tanta preferencia todo un Fr. Luis de León, cuando en la famosa Dedicatoria de las obras de la Santa decía:

«Yo no conocí ni vi a la M. Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra; mas agora que vive en el cielo, la conozco y la veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son *sus hijas y sus libros*... Porque por la virtud que en todas resplandece, se conoce sin engaño la mucha gracia que puso Dios en la que hizo para madre deste nuevo milagro, que por tal debe ser tenido, lo que *en ellas* Dios agora hace, y *por ellas*... Que como las anima una misma virtud, así las figura a todas de una misma manera, y como en espejos puros resplandece en todos un rostro, que es el de la Madre santa que *se traspasa en las hijas*... *Sus hijas* no sólo *son retratos* de sus semblantes, sino *testimonios ciertos* de sus perfecciones que se les comunican a todos, y van de unas en otras con tanta presteza cundiendo, que... en espacio de veinte años que puede haber desde que la Madre fundó el primer monasterio hasta esto que ahora se escribe, tiene ya llena a España de

siempre trayéndole a la memoria las íntimas relaciones de nuestras dos familias religiosas: y en Salamanca precisamente encontraba ella al P. D. Báñez... Me tomo la libertad de acudir a V. para consultarle acerca de una cuestión que me interesa mucho y que puede también serme útil, por estar yo encargada del Noviciado: se trata de la *contemplación* que llaman *adquirida*...: la cual he oído decir que es el término normal de la meditación.

En varias almas que dirijo tengo observado, que siendo fieles en sus meditaciones, generosas en corregir sus defectos y sobre todo en hacer en sí mismas el vacío de las cosas criadas, llegan sin mucho tardar a la *contemplación*: es decir, que su oración se pasa en una *advertencia amorosa a Dios*, más o menos turbada con distracciones; pero desde entonces todo su atractivo está concentrado en una operación única: adorar a Dios y amarle.—Esta tendencia es idéntica en todas, por más que en cada una ofrezca matices proporcionados a su organización moral y a lo que Dios obra en ella.—Esta observación que he hecho, parece autorizarme para creer que la *contemplación es una* (sola) en la tierra como en el cielo, sin perjuicio de tener distintos *grados de intensidad*; y no sé por qué hay ese empeño de llamar a una *adquirida* y a otra *infusa*, a no ser que sea porque en las almas de que acabo de hablarle, por haber hecho cuanto de ellas dependía, entraron en acción los dones del Espíritu Santo y así *merecieron la contemplación* que Dios *nunca niega a los que para ella se disponen*; y entonces esta contemplación, por ser como una *recompensa del trabajo del alma*, la quieren llamar *adquirida*; mientras la que yo llamaré *infusa*, habría sido dada al alma (como con frecuencia sucede) por un *puro don de Dios*, a veces cuando ella de ningún modo se disponía, y le ha facilitado el trabajo que debía hacer para gozarla como habitualmente (par état). Esto haría decir que Dios obra con respecto a cada uno de nosotros según le place.—Por otra parte en el ejercicio de estos dos modos de contemplación hay (siempre) *algo de infuso*; pues yo no creo que por nuestras propias fuerzas (aunque ayudadas de la gracia ordinaria) podamos mantenernos en el reposo amoroso y en un movimiento único del alma, tanto en la oración como durante el día.—Ahora es distinta la experiencia en quien ha entrado en contempla-

monasterios en que sirven a Dios más de mil religiosos, entre los cuales VV. RR. *las religiosas relucen como los luceros entre las estrellas menores*. Que como dió principio a la Reforma con una bienaventurada mujer, así las mujeres de ella parece que *en todo llevan ventaja*.

ción después del trabajo de la meditación, y en quien llegó por una gracia extraordinaria de Dios. Es un matiz fácil de notar; pero yo sigo convencida de que por lo demás *el fondo de la contemplación es idéntico*, y de que no hay más que *una sola contemplación*.

Algunos pretenden que la *atención amorosa a Dios* es una oración *activa*, y así la llaman «contemplación adquirida». —Con el conocimiento de la naturaleza humana conseguido en largos años de vida religiosa diría yo que la atención amorosa a Dios, sobre todo cuando se repite todos los días, es tan pasiva como activa, pues creo que ahí tiene Dios más parte que nosotros. La naturaleza de suyo se cansaría de amar, una vez que el alma no busca nada de palpable ni de distinto en el objeto de su amor y que ni aun si quiera la atraen los mismos atributos de Dios . . .

2.<sup>a</sup> 11, Mai, 1921. . . Paréceme que no es del todo exacto el decir que la contemplación es la oración de los perfectos; puesto que San Juan de la  $\dagger$  dice que *nos perfecciona*. Los que son enemigos de la contemplación dicen eso de un modo inconveniente con que pueden apartar de ella las almas. . .

...Creo que se puede afirmar que todos los Santos han sido contemplativos. Muchas veces los que escriben sus *Vidas* no saben hacerlo resaltar, pero los iniciados lo reconocen con frecuencia en ciertas palabras dichas por el Santo. . . Las más de las veces el alma contemplativa en su oración se contenta con *adorar y amar*, y estos dos actos le bastan. . .

3.<sup>a</sup> Ce 24-2 23. . . Permítame vuelva sobre el asunto de la contemplación, que ya he tratado con V. y acerca del cual siempre hemos estado de acuerdo. Algunos hacen cuanto pueden por embrollar su teoría, la cual sin embargo es muy sencilla.—He aquí mi modo de ver: Cuando una alma se ha dado sinceramente a Dios y ha trabajado generosamente por quitar de sí todo lo que sea malo o imperfecto, le sucede bien pronto el oscurecerse su entendimiento, el cual se fatiga con la consideración, mientras que la voluntad se seca. Entonces ella se siente atraída a permanecer en silencio ante Dios, y allí se encuentra bien.—Al empezar este estado tiene temores de estar ociosa, y a pesar de cuanto pueda decirsele para asegurarla, no se tranquiliza (del todo), hasta que Dios mismo le da la certeza de que su camino es bueno. . . A esto añade una suerte de contacto con ella, y desde este momento ya nadie podrá quitarle (del todo) la seguridad y la paz.

Ahí está a mi ver el comienzo de la contemplación verdadera o infusa; y por más que en eso no haya nada de ex-

traordinario, no se puede decir que sea adquirido, puesto que es enteramente obra de Dios. Los antiguos la llamaban simplemente *contemplación*. Y me parece que la mayor parte de las almas fieles, sobre todo en la vida religiosa, pasan por este camino.—Luego, van siendo más profundos y luminosos los grados de esta contemplación, sin contar con las gracias *gratis datas*. . . Ciertamente que la falta de guías y la ignorancia de los caminos de Dios hacen que sean apartadas las almas de la verdadera *vida interior*...

En el estado contemplativo de que le hablo, cuando es largo y frecuente el tiempo consagrado a la oración, sucede muchas veces que en parte de ella es mantenida el alma en contemplación pasiva y durante otra parte de esta misma oración, disminuyendo la acción divina, hace el alma algo, como algunos actos de amor u otros, o dirigir a Dios ciertas palabras; y es cierto en ese momento es más activa el alma; mas no creo que por eso salga de su estado de contemplación, y no diré que su oración haya sido en parte infusa y en parte adquirida, ni pienso que se pueda hallar persona alguna que en su oración no tenga ningún movimiento nacido de ella misma.—*Activo y adquirido* no significan la misma cosa, y por eso los antiguos se servían simplemente de la palabra *contemplación* para designar un estado cuya mayor parte es *pasiva y sobrenatural*.

No sé, Padre, si V. tiene noticia de un artículo sobre la contemplación escrito por un Carmelita francés (el P. José M.) y que ha sido reproducido por *La Croix* de París. Me ha causado mucha pena, primero, porque ese artículo es *del todo contrario a la doctrina de Sta. Teresa y de S. Juan de la Cruz*, y luego porque ataca la del P. Garrigou y la de V., que creo son ambas las verdaderas... Para sostener la contemplación adquirida dice cosas deplorables. Según él habla, podría creerse que aun en el Carmelo (con ser una orden enteramente contemplativa) basta la meditación para llegar a ser perfectos... Pretende también sostener que, según Sta. Teresa, la *oración de quietud es la contemplación adquirida*, a pesar de que la Santa clarísimamente la presenta como la 1.<sup>a</sup> entre las oraciones sobrenaturales.—Les acusa al P. G. y a V. de vulgarizar la contemplación, por llamar a ella a todas las almas; y olvida que, en el Sermón de la Cena, Jesús nos convida a todos para la más alta unión con Dios... Por último cita estas palabras de Mgr. Collet: «Las vías pasivas son abiertas por Dios cuando bien le place, y en ellas introduce almas imperfectas a quienes ahí santifica, mientras no introduce a Santos».—Esta opinión la encuentro muy defectuosa.—Posible es que de un modo pa-

sajero introduzca Dios en la contemplación infusa a un alma imperfecta; mas para que el favor continúe y ella se santifique, le será preciso trabajar generosamente por salir de su imperfección. . La segunda parte de la proposición no es más verdadera; pues ¿cómo podrá probarse que Dios no ha conducido por el camino de la contemplación a los Santos, siendo así que todos ellos le estaban profundamente unidos?...»

4.<sup>a</sup> Ce 26 2-24. M. R. P.: Vuelvo a V. para recibir sus enseñanzas, que a mí y a otras mis hermanas son muy provechosas... Varias cosas tengo que preguntarle...: 7.<sup>a</sup> Dicen algunos que para ser contemplativos basta llegar hasta Dios remontándose del efecto a la causa: a mí me parece que sólo *llega a Dios* quien tiene la *seguridad* (impresión cierta) de vivir en El; lo demás es tan sólo *especulación*.

8.<sup>a</sup> Los amigos de la *contemplación adquirida* dicen que ésta puede tenerse acerca de Dios y de las verdades divinas.—Yo creo que eso se reduce a un simple *estudio*. Dios (conocido de ese modo), es demasiado abstracto para que en El se pueda detener mucho tiempo nuestro pensamiento a no ser que *El mismo* lo atraiga; y entonces hay que reconocer que se está en lo infuso y no en lo adquirido. Increíbles son los esfuerzos que se están haciendo para atribuir a lo adquirido lo que es propio de lo infuso...

Es de esperar que se acabará por ver dónde está la verdad, y esto será para bien de muchas almas...

Muchos creen que la B.<sup>a</sup> Teresita no salió de la oración adquirida. . Felizmente el P. G. L. ha hecho ver que ya en su infancia tenía actos bastante prolongados de contemplación infusa... Yo creo que aún se estaría más cerca de la verdad diciendo que *siempre fué alma verdaderamente contemplativa*. Cuando dice que no puede orar, y que nada dice a Jesús, pero que le *está amando*... ese ejercicio, como propio de la eternidad, es infundido por Dios sin tener nada de adquirido. . Cuando el alma está totalmente sometida a la voluntad de Dios, es *excitada* a dar un paso más, que es el de *amar esta voluntad*; y entonces pasa sencillamente del estado ascético al místico... Espero que en España acaben por reconocer *el bien que hacéis interpretando a Santa Teresa en su verdadero sentido*.—Demos gracias a Dios que así dispone se vaya volviendo poco a poco a la verdadera vida espiritual: aun en el siglo van siendo hacia ella atraídas muchas almas...»

5.<sup>a</sup> Ce 19 1-25... Deseo que este año os traiga copiosas gracias de amor de Dios, a fin de que podáis hacer mucho bien a las almas... ¿Habéis logrado algo acerca de la «con-

templación adquirida?»... Mucho he orado a esa intención; pues en una comunidad la paz y unión de los corazones, depende no poco de la unidad de miras en las grandes líneas de la doctrina espiritual: de no poder ponerse de acuerdo sobre ciertos puntos, es de donde vienen precisamente los mayores sufrimientos... Un Carmelita belga... declara que Sta. Teresa habla de la *contemplación adquirida* en el cap. 7.<sup>o</sup> de la 6.<sup>a</sup> Morada; lo he releído, y no la he visto...

Muchas veces no se recoge aquí abajo el fruto de los trabajos; pero yo no tengo la menor duda de que muchas almas sacarán de ellos gran provecho; pues aun en las personas que viven del siglo atrae mucho esta doctrina... Yo os renuevo, mi R. P., la expresión de mi agradecimiento y religioso respeto. Pues todas sus cartas hacen gran bien a mi alma y me instruyen en las sendas de Dios».

*Otra Carmelita francesa*, la M. Isabel del Sdo. Corazón (1882-1914), C. D., de Lisieux (*Sa Vie*, p. 15), cantaba:

*Le Seigneur m' a donné le cétuple promis:  
Je demandais l' épine, il m' a tendu les roses,  
me plaçans, des ce monde, au seuil du Paradis.*

«Cuando uno se mortifica sin cesar, advertía una vez (p. 46), la cruz cambia su amargura en suavidad y se halla mayor consuelo muchas veces en el sacrificio, que en el mismo consuelo...»—«Dios, añade (p. 68), jamás nos ha querido privar de su amor, y *en todos tiempos ha convidado a las almas a la intimidad de este amor; siempre trató de comunicarse a ellas...*»

«Sí—prosigue (p. 72)—el Señor sólo una cosa pide a sus criaturas. ¡Sólo les pide que agradezcan sus dones, sus gracias, su amor! ¡Si el alma no desdeña esas gracias con que Dios la previene, *quedará colmada!* ¡Qué monstruosidad la de nuestra vileza recibiendo con desdén el ofrecimiento de amistad que le hace el Todopoderoso! Y sin embargo este desdén se encuentra en la mayor parte de los corazones. Y tanta gana tiene nuestro buen Dios de almas que quieran recibir sus gracias, que al encontrar una parece que no cabe en sí de gozo y hace locuras de amor.»

«Las luces que han afluído a mi alma desde que ando por el *caminito*, dice otra vez (p. 38 39), no me vinieron por los libros, sino del E. S... Todas mis oraciones se pasaron, ya en la sequedad y luchar con las distracciones .. o bien sin hacer actos, *manteniéndome en la presencia de Dios, a quien sentía en mi corazón...* Sin nada ver con los ojos del cuerpo ni del alma, *sentía a Dios presente*, sentía su

mirada sobre mí llena de dulzura y terneza... Me sentía sumergida en Dios...»

Por aquí podrá verse cómo piensan y sienten y hablan las fieles hijas de Sta. Teresa a quienes ella—según las señas que da en el cap. 4.º de las *Fundaciones* y en el cap. 1.º de la 5.ª *Morada*—podría de seguro reconocer por tales.

Testimonios parecidos—y aun mucho más enérgicos y terminantes—podríamos citar en abundancia de carmelitas españolas, no menos autorizadas, que lamentan los gravísimos daños causados con el olvido de la verdad tradicional, suplantada por las innovaciones introducidas con la funestísima «contemplación adquirida»... Basten unos pocos para muestra.

#### CARTAS DE ALGUNAS EXCELENTES CARMELITAS ESPAÑOLAS

«Créame, P.—nos escribía con fecha 19 V 24 una muy experimentada—, es tanto lo que sufro en este asunto, por ver la ceguera que tienen los que debían ver tan claro, que no puede ser más. ¡Ay si fueran las monjas las que hablaran!... ¡Y eso que algunas pobrecitas me *las tienen desorientadas!*... Pero la generalidad de ellas están en lo cierto, y si dicen o piensan de otra manera *es forzada*. A V. R., Padre mío, no le arredre nada; defienda la verdad con todas sus energías, y ya verá cómo el Señor premia su constancia y trabajos.— .. Siento lo que le hacen sufrir... porque no son capaces de reconocer... la verdad (1). El Señor les dé luz clara, para que *vean* y se *unan*, como deben hacerlo, a quien supo entender en toda su pureza la doctrina de mis Santos Padres... ¡Animos!, que Jesús es con V. R.»

*La misma*, con fecha 25 III 925: «... Hemos sufrido mucho al ver anunciada en la «Obra Máxima» la *Carta abierta*... No puede V. R. figurarse lo que he sentido esto... ¡Si tuvieran estos hijos de mi Madre (que así escriben) *un poco de humildad*, de la que aquella Madre querida fué modelo, hace tiempo hubieran callado!... ¡Y mire que es costoso hablar así de unos hermanos! Pero veo que cada vez, más excitada una pasión que ya ni debían conocer, están obran-

(1) Alude a los artículos poco mesurados que en contra de la doctrina que aquí sostenemos—y aun a veces en contra de nuestra humilde persona—venían publicándose en el *Mensajero de Santa Teresa* y en el *Monte Carmelo*, cuyas violencias llegaron luego a extremos del todo inverosímiles, y que apenas se conciben en revistas y personas religiosas, según podrá verse hasta en los últimos números llegados a nuestras manos (Mayo, 1925).

do injustamente y en contra de la verdad, y ofendiendo a quien mejor que ellos conoce lo que tanto hacen gala de defender con apasionado celo... V. R. no sufra, espere en el Señor, que, como digo muchas veces, la verdad triunfará siempre, y tarde o temprano los enemigos tendrán que conocer su engaño... Páguelos V. R... con rogar al Señor por ellos, para que los mire con misericordia».

*Otra religiosa nos escribió un día antes:* «Pido por V. R. y por (que) todas esas cosas que dicen en contra... se estrellen contra la mentira, y salga triunfante la verdad, que es la que V. R. defiende. Dios les (dé) luz y humildad para que dejen esa contradicción, que ellos mismos se están haciendo mal. Si viviera N. S. Madre, que tanto amaba la verdad .. les daría una buena. ¡Que lo haga desde el cielo para que acaben de una vez...!»

«La verdad es — nos escribía con esa misma fecha (24 III 925) *otra Carmelita competentísima*—que nuestra M. Sta. Teresa sufriría mucho si viviera ahora en este destierro.—V. R. amado P., quédese amparado de la verdad que ha procurado defender. El Señor tenga misericordia de nosotros *ahogando* en la caridad tantas pasiones que se parecen al buen celo, y que sin duda en la intención lo es, pero no en los medios, que tanto daño pueden causar a las almas, y me parece que lo están haciendo .. Pido al Señor se digne... remediar estos desvíos de la caridad religiosa... V. R... con entera confianza en el Señor, espere seguro de su bondad su defensa.»

*Otra* (28 III 925): «...Crece cada día el afecto... a V. R... Lo que escribe... parece que es precisamente lo que yo necesito... Lo que me entusiasma cada vez más es la Revista (*Vida Sobrenatural*)... Tenemos en ella un verdadero tesoro. De *las otras* no quiero hablar; me da pena...»

*La misma* (21 Dic. 1924): «...No sabe lo que padezco cuando sale un artículo de esa clase... Pidamos muy de veras de Dios, abra los ojos a tantos ciegos».

*Otra de las muy experimentadas en los secretos del amor divino*, escribía (21 Sept. 1924): «¡Ay, Padre, qué sorpresa recibí el otro día más desagradable! Empecé a leer un artículo en el «M. de Sta. Teresa» que me dejó atónita. No creí que ningún P. C. pudiera atreverse a escribir de un modo tan indigno... ¡Dios mío! esto hará más daño de lo que parece; de aquí resultarán muchas inquietudes y discordias entre Religiosos y Religiosas... No se preocupe V... Las palabras se las lleva el viento; pero la verdad siempre subsiste. Yo pido mucho a Jesús que calme esta tempestad y remedie tantos daños. Mucho me hiere el cora-

zón ver tanta injusticia. Dios le dé a V. fortaleza, luz, amor y paciencia...»

*La misma* (4 de Mayo, 1925): «...Pido mucho a Dios que se remedie esta situación tan violenta. El verdadero espíritu del Señor no es como lo entienden muchos: ¡qué ciegos están!... Es terrible la guerra que le hacen... Hasta parece que miran con prevención lo sobrenatural. Por eso Dios no se manifiesta a ellos».

*Otra religiosa muy espiritual* (Abril, 4, 1925): «...Poca experiencia tengo...; pero en lo poco que puedo hablar le manifiesto que no estoy conforme con ellos. Si fuera como ellos dicen habría ocasiones en que el alma se desorientaría y desesperaría de ver su incapacidad en adquirir lo que ellos aseguran puede el alma con su propio esfuerzo... Difícil que lleguen a un acuerdo, puesto que no admiten que nadie interprete mejor que ellos a nuestros SS. Padres: esto es muy doloroso... Me disgusta mucho su manera de proceder y también que a todo trance quieran y hagan ver que todas sus hermanas secundamos sus pensamientos: de todo habrá, pero no todas sentimos igual».

*Otra, por fin, que lo resume todo*, escribía (21 Sept. 924): «Acabo de leer con lágrimas el primer artículo del Mensajero nuestro. No es para dicho el efecto que me produce el lenguaje disparatado del pobre P. C. El Señor tenga misericordia de nosotros .. V. R. Padre mío, consuéllese con saber que tiene por defensor a la Verdad misma, y que El vela por su causa. El ilumine nuestra ceguera con la luz verdadera de la humildad».

## II.—Testimonios recientes de varios PP. Carmelitas.

Lo mismo en sustancia siguen aun hoy sosteniendo dignísimos hijos de Sta. Teresa y de S. Juan de la Cruz, que saben apreciar como es debido y no violentar la doctrina de sus fundadores, y con quienes, por lo mismo, estamos en casi todo—por lo menos en el fondo—de acuerdo; pues aunque siguen admitiendo el nombre de *contemplación adquirida*, la entienden de modo que bien puede haber dentro de la infusa, y por lo mismo de la *única* que, de acuerdo con la tradición, enseñaron ambos Santos Maestros.

«La tesis del desdoblamiento de la vida interior, dice el P. Jerónimo de la Madre de Dios, C. D. (*La Tradition mystique du Carmel*, en *Vie spir. Mars*, 1924; *Etudes*, p. 150, ss ), es extraña al espíritu del Carmelo .. Sabido es que los teólogos carmelitas enseñan que la contemplación

infusa procede de la gracia santificante, de las virtudes teologales y de los dones del E. S. y que es del todo legítimo desear la contemplación infusa y aun la unión transformante y disponerse a ellas. De estos principios resulta rigurosamente una conclusión *favorable a la unidad de la vida espiritual*.

En confirmación de esto cita, entre muchos, este texto de Juan de J. M.<sup>a</sup> (*Schola orat. tr. de tribus stat. dub. 5*):

«Así como a pesar de la diferencia grande que hay entre la niñez, la juventud y la edad viril, es uno mismo el hombre que va pasando por esos tres estados; así también son de una misma especie, aunque en diferente grado, las virtudes de caridad, paciencia, humildad, etc., en el principiante, el aprovechado y el perfecto».

...Felipe de la S<sup>na</sup>. Trinidad (1616-1687), enseña la misma doctrina en la *Suma de Teol. míst.* que... ofrece a sus hermanos los Carmelitas Descalzos, «cuya vida es una continua contemplación»... En su prólogo tiene buen cuidado de señalar el encadenamiento de las tres vías, que por necesidad tendrá que tratar separadamente. Y advierte también que «si el nombre de *Teología mística* conviene principal y especialmente a sola la vía unitiva, puede sin embargo darse a toda la obra, ya porque las otras vías se ordenan a esa principal, ya porque *con mucha frecuencia* la suavidad de la Teología mística se mezcla *en las otras vías*».

...Antonio del E. S. (1618-1674), en el Prólogo de su *Directorio místico*... emplea las mismas expresiones...: «Nostrates mysticam hanc doctrinam *ex proprio instituto* profiterentur, cum *primarius nostrae regulae spiritus circa contemplationem ac Theologiam mysticam versetur*».

Luego (p. 157 8), lamenta que José del E. S. se haya separado, con vanos pretextos, de esa «tradición constante de la Orden», colocándose en un punto de vista, «demasiado limitado y que no podemos admitir, tratándose de una *cuestión vital* como ésta...»

Pero así y todo, añade (p. 159), al tratar de las tres vías admite en ellas la perfecta unidad, diciendo (*Isagoge*, l. 1, núm. 26): «Cum processus spiritualis animae in Deum sit quidam motus... Nec est dabilis alius modus eundi in Deum, in hoc spirituali progressu».—Y cuando llega a tratar de las diversas purgaciones (ib. l. V. n. 57), reconoce la necesidad que hay de la *pasiva*—que es propia de la mística—por de pronto desde la vía iluminativa, diciendo: «La purificación *activa*... pertenece a los principiantes... La *pasiva*, a los *aprovechados* o proficientes». Si bien cree que «no lle-

na toda la vía iluminativa», porque ésta—según él—«empieza por la contemplación adquirida». Sin embargo, «continúa por la purificación pasiva de los sentidos, a la cual sucede la *contemplación infusa*, y termina por la purificación pasiva del espíritu que dispone al alma para la unión con Dios...»—La cual, por tanto, resultaría imposible sin entrar en la vida mística.

Con razón, pues, termina diciendo el P. Jerónimo: «Resulta claro, de todo este largo estudio, cómo según la tradición carmelitana tomada en su conjunto, la contemplación *infusa o divina* es el ideal a que *debe tender* todo hijo del Carmelo (1). Por lo cual... tratando Tomás de Jesús de la necesidad de la contemplación infusa, dice así (*De Oratione divina*, l. I, c. 3): «Hay que notar que ni las virtudes morales ni las teologales bastan—sin una moción particular del E. S.—para conducir *perfecta y plenamente* al hombre a su último fin sobrenatural. Es verdad que por ellas puede conocer a Dios y participar hasta cierto punto de su poder... Con todo, sin esa moción (propia de los dones) no podrá elevarse a la alta y sublime contemplación de la majestad divina, *ni emprender los demás actos heroicos* y enteramente sobrenaturales, *ni continuar en su perfecto ejercicio* (Cf. S. Thom. 12, q. 68, a. 2) .. Estos dones del E. S. y las operaciones que les corresponden son no sólo sobrenaturales, sino también *absolutamente necesarios para que nuestra alma se perfeccione*—cuanto es posible en esta vida—en el *más perfecto ejercicio de las virtudes intelectuales, morales y teologales*... En la segunda parte de este texto vemos que la oración infusa—o vida mística—es indispensable al hombre para alcanzar «*plenamente*» su último fin, viviendo con esta *eminente* perfección que exige «el cumplimiento de *actos heroicos* y el *más perfecto ejercicio de las virtudes*»... De donde se sigue que no puede haber *Beatos ni Santos que no hayan sido favorecidos con gracias místicas*».

«Según Antonio del E. S. (tr. 3, n. 185; tr. 4, n. 140)—añade en nota (p. 162)—las virtudes heroicas son propias de la vía unitiva, y efecto de la *unión fructiva o pasiva*. Lo mismo dice Felipe de la Trinidad (III, tr. I, d. 4, a. 6).

Muy de acuerdo con esto vemos que el R. P. Teodoro de S. José, C. D. (*Les ascensions de l'âme dans la B. Thérèse de l'A. J.*, 1923, p. 1), dice terminantemente:

«La doctrina tradicional ve en el *estado místico la normal expansión de la vida sobrenatural*.—Esta doctrina fué siempre profesada por la escuela mística carmelitana.»

(1) Cf. *Mensajero de Santa Teresa*, Mayo, 1924, p. 81.

«Aunque Dios llama a todos los hombres a la unión mística, añade (p. 3), no por eso deja de ser soberano dueño de este don; y escoge libremente el momento y el medio de concederlo.»

Y otro discretísimo Carmelita Descalzo, el antes citado R. P. Gabriel de Sta. M.<sup>a</sup> Magdalena (*Le Message de la Petite Thérèse*, 1924, p. 8), resumiendo a San Juan de la Cruz, advierte que «si son pocas las almas que llegan a la unión divina, la falta no está en Dios, que más bien querría que *todos llegasen*, sino en las almas que huyen del sufrir».

«La unión transformante, añade (p. 9), es pues, la expansión normal de la vida espiritual. El camino que allí conduce es a la vez activo y pasivo, pero *pasivo sobre todo*. Esta pasividad resulta de la moción del E. S. que el alma va recibiendo a proporción que en ella crecen los dones juntamente con la gracia y la caridad.»

«Para llegar a la divina luz de la unión de amor perfecta, continúa (p. 16), debe el alma pasar por la *noche oscura*. Tal es el tema fundamental de la *Subida del Monte Carmelo* y de la *Noche oscura*; obras que... forman un díptico... Bajo todas las subdivisiones, un mismo trabajo es el que se nos describe: la progresiva purificación del alma que camina hacia la unión transformante... La subdivisión en activa y pasiva (aplicada tanto a la del *sentido* como a la del *espíritu*), no trata formalmente de dos estados sucesivos, sino de *dos diferentes aspectos de un mismo estado*.. Para el Santo Doctor la noche es a la vez activa y pasiva. La purificación, en cuanto obra del alma, implica la ascesis; pero como obra principalmente de Dios, necesita su intervención directa, bajo la cual el alma resultará cada vez más *pasiva*. Y sin la noche pasiva no se llega a la divina unión, según dice el mismo Santo» (*Subida*, L. 3, c. 4).

### III.—Documentos y testimonios antiguos.

La verdadera tradición carmelitana, como dirá tantas veces Santa Teresa, está en la conformidad con sus santos principios; y éstos eran una continua aspiración a la contemplación mística, que es la verdadera, y «sobrenatural», donde se goza de la íntima unión y comunicación con Dios.—«Todas las que tenemos este hábito, afirmará enérgicamente la Santa (*Mor.* 5.<sup>a</sup>, c. 1), somos llamadas a la... contemplación» (1).

(1) Una importantísima señal que da para conocer si se tiende

Y no sólo a los de su Orden, sino a todos sin excepción anima repetidamente a buscar esa gracia, asegurándoles que sin duda la hallarán si con humildad y perseverancia la buscan; pues, como añade luego, «Dios N. S. *no imposible a ninguno para comprar sus riquezas*, con que dé cada uno lo que tuviere se contenta». Y así no conoce ni enseña sino un solo *Camino de perfección*, y una sola contemplación, que es la mística o infusa.

Lo mismo enseña aun más claramente S. Juan de la Cruz, diciendo que sin recibir esa gracia del Señor nunca saldrá uno de principiante, y así estará siempre lleno de imperfecciones, mientras Dios no le meta en la purgación pasiva de la *Noche del sentido*. — «En esta noche oscura, empieza diciendo al tratar de ella (c. 1), comienzan a entrar las almas cuando *Dios las va sacando del estado de principiantes*, que son los que *meditan en el camino espiritual*, y las comienza a poner en el de los *aprovechados*, que es ya de los *contemplativos, para que, pasando por aquí, lleguen al estado de perfectos*».

Por ahí se comprenderá cómo habla el Santo de principiante a eso de veras, es la indicada por el P. Gracián en sus *Scholios y Adiciones* a la *Vida* de Ribera, diciendo: «Lo que más me encomendó la Santa Madre, viviendo, fué que hiciese lo que pudiese... por conservar la *santa libertad que puso en sus monjas para que pudieran buscar siervos de Dios que las guiasen a la mayor perfección*. Y así, todo el tiempo que las goberné, yo mesmo iba a buscar PP. de la Compañía y Religiosos de otras Ordenes y Clérigos siervos de Dios y espirituales para que las predicasen y confesasen. Y siempre me dijo la Madre que *mientras esta libertad les durase se conservarían en perfección, y, en quitándosela los Perlados, la perderían*; y era esto tantas veces y con tantos encarecimientos, y muchas veces con lágrimas, que no se podría creer.

•Yo le dí palabra dello, y de aquí nació sentir mucho que los Perlados que agora gobiernan quisiesen entrar, con título de nuevas leyes, sujetándolas a solos los confesores que ellos pusiesen. No me pareció mal que *muchas de ellas hayan alcanzado de S. S. del Papa Sixto les confirmase sus leyes*. Y sintiendo los Perlados esta confirmación porque les ataba las manos para no andar quitando y poniendo leyes a las monjas—como han hecho a los frailes, que en cinco años han escrito 380 y tantas leyes, unas contrarias de otras—... les ha salido tan mal que no supieron con qué impugnalle sino con imprimir una carta contra esta *santa libertad*; la cual dejó la Santa Madre en las leyes y confirmándoselas el Papa que les atajó los pasos, que debían de tener en quitársela... Bien sé que son Perlados los que escribieron aquella carta contra el *Breve*; mas, mientras me dure la fe, antes creeré, obedeceré y reverenciaré al Vicario de J. C., que a cualquier otro prelado inferior que quiera impedir la ejecución de sus Letras apostólicas».

*piantes* en rigor, y no, como finge José del E. S. y siguen muchos repitiendo hasta hoy, de principiantes en la vía iluminativa, propia de *proficientes*.—«El estado y ejercicio de los *principiantes*, advierte el mismo Santo (*Llama, canc.* 3, v. 3, § 5), es de meditar y *hacer actos y ejercicios discursivos*... Mas cuando ya el apetito está algo cebado y habituado a las cosas del espíritu... *luego comienza Dios*, como dicen, a destetar el alma y *ponerla en estado de contemplación*... y pasan su ejercicio al espíritu, *obrando Dios en ellos*. Lo cual es *cuando ya cesan los actos discursivos*» —Así que no queda ningún espacio para la soñada *contemplación adquirida*, porque aquí, añade el Santo, es decir, donde cesan los *discursos de la meditación*—, «*ya Dios en este estado es el agente*, y el alma es la *paciente*».—Pues como advierte en *Subida* (l. 2, c. 13), «*faltando lo natural, luego se infunde lo divino... sobrenaturalmente*».

Así aunque es innegable, según él lamenta (ib. l. 1, c. 9), que *de facto*, «no a todos los que se ejercitan de propósito en el *camino del espíritu* lleva Dios a contemplación, ni aun a la mitad», eso no es porque no sean bien *llamados*, sino porque ellos no hacen lo que deben para merecer ser *escogidos*, antes se resisten a lo que ese llamamiento pide. El ser tan pocos los que de hecho llegan a esas alturas, declara expresamente el mismo Santo (*Llama, canc.* 2), «no es porque Dios quiera que haya pocos espíritus levantados... , sino porque halla pocos vasos que sufran tan alta y subida obra».—Y en otro lugar (*Noche*, II. c. 19): «No está la falta, Dios mío, en no nos querer Tú hacer mercedes de nuevo, sino en no emplear nosotros las recibidas en tu servicio, para obligarte a que las hagas de continuo». Por eso termina exclamando en el *Cántico espiritual* (canc. penúlt.): ¡Oh almas creadas para estas grandezas, y *para ellas llamadas!* ¿en qué os entretenéis...» (1)

(1) En el número de Marzo 1925, de *La Vie Spirituelle* (Etudes et documents, p. 127-144), el docto P. Gabriel de Sta. M.<sup>a</sup> Magdalena, C. D., muestra clarísimamente cómo S. Juan de la Cruz «miraba la unión transformante cual término normal de la vida espiritual».—Es, dice, del todo evidente que a ese término, descrito en la *Llama de amor viva*, es a donde mira ya el alma en la *Subida*, en la *Noche* y las primeras estrofas del *Cántico*... Para el Doctor Místico, la evolución normal de la vida espiritual conduce a ese término, y éste es objeto de mérito».

En estas suposiciones que juzgamos certísimas, fácil nos es llegar a un completo acuerdo, como es de desear en fomento de la paz y caridad, con perfecta fidelidad a la tradición y sin ningún menoscabo de la plena verdad.

Su fiel discípula, María de S. Alberto, en sus hermosas *Liras sobre la Noche oscura* (1), en nombre de todo fiel cristiano declara cómo el único camino seguro, que es el de la abnegación, lleva a cuantos son generosos en seguirle, hasta... donde viene el alma a quedar perdida en Dios y gozando de sus inefables comunicaciones, sin soñar para eso jamás en fantásticas *contemplaciones activas*; y así canta:

Negándose a sí mismo,  
 Por no negar a Aquel que nunca niega,  
 Entró en el dulce abismo  
 De aquella noche ciega,  
 Donde halla viva luz el que se entrega.

Aún más terminante está la otra gran émula del Doctor extático y hermana de la anterior, Cecilia del Nacimiento, la cual dice (cf. *Ibid.*, p. 368, 380, 410, 449 50): «Cuánto le importa a un alma subir por los grados del amor, para señorear todas las cosas, habiéndose bien sujetado al Señor de todas ellas, y buscándole con veras y ganándole el corazón. ¡Y qué fácil es a quien bien se determina vencer todas las dificultades con la divina gracia, que tan *aparejado está el Señor a dar* a quien se la pida!... *En todos tiempos y estados jamás se la ha negado* a quien de veras se la ha pedido; ¿pues cómo la negará a los que la buscan y se la piden en el dichoso puerto de la religión?... El alma que con fidelidad busca a Dios, *no se le puede El negar*, que *infinitamente más desea darse que nosotros recibirle*...»

•No oscurece para sólo oscurecer y entenebreceer el alma, mas antes para darle más alta lumbre... No sabe de deleite ni gloria el alma que no sabe de esta oscuridad divina, ni puede llegar a Dios por esta divina manera, la que no sabe dar este vuelo a El y en El. Aunque es imposible darle ella por sí misma hasta que Dios le hace esta misericordia, mas puede disponerse y el Señor la va disponiendo, y con la perfecta resignación en El y abnegación, a que es *muy cierto responder El y darse al alma* puesta de veras en los fundamentos de la verdad, que es conocerle a El y a sí misma... La bondad y piedad de este Señor es tan inmensa, que en muchas maneras y diferentes grados *comunica su divina suavidad* a las almas que tienen su gracia, *conforme a lo que se disponen* y él por su dignación divina quiere comunicarles... Quiere que también intervenga la voluntad del hombre y que un bien tan alto le desee mu-

(1) Cf. Edic. Crítica de las *Obras de S. Juan de la Cruz* (Toledo, 1914), t. 3, p. 340.

cho... *No lo negará a los que de verdad no lo impidieren* y se dispusieron para ello... Verdaderamente está en nuestra falta y en que no nos desnudamos de veras con J. C. y dejamos limpia y pura nuestra alma, para que la esencia suya se junte con la de Dios... ¿Quién no atropellará dificultades a truceo de venir a un estado de tan íntima participación con Dios...?» (1).

El más antiguo documento de esa tradición es el famoso libro de la *Institución de los primeros monjes*, que por mucho tiempo sirvió como de Regla y que se hacía remontar al siglo IV, si bien el P. Wessels, asistente general de los Carmelitas Calzados, lo confina a mediados del XII; o sea entre 1150 y 1155; y que hasta entrado el XVII fué como el principal libro de lectura espiritual para los buenos carmelitas. Y ese libro dice con insistencia que el *fin principal y toda la razón de ese género de vida está* en disponerse, a semejanza de Elías cuando fué a esconderse al torrente *Carith, para recibir la gracia de la contemplación mística y gustar ya un presagio de la Gloria*.

Así en el primer capítulo se dice: «que esta manera de vida no se puede conocer bien si no es por mística experiencia». «*Conversationis hujus ratio in sola experientia consistat; ut nequaquam possit haec ratio plene verborum doctrina nisi ab experto tradi*».

El fin primero o inmediato, añade (cap. 2), y que podemos *adquirir* con nuestros esfuerzos ayudados de la gracia, es ejercitarnos bien en las virtudes y ofrecer a Dios un corazón puro y lo más arraigado y fundado que podamos en la caridad; con lo cual nos dispondremos para lograr de la divina misericordia el segundo y principal fin, que es «*experimentar la virtud de la divina presencia*».

«*Cujus vitae duplex dignoscitur esse finis, unus quidem, quem per laborem nostrum, et virtuosum exercitium, divina adjuvate gratia, adquirimus. Hic autem est offerre Deo cor sanctum... Ad quem finem volens Deus Eliam pervenire, ei dixit: «Abscondere in torrente Carith»... Alius autem hujus vitae finis est ex mero Dei dono nobis colatus: videlicet, non solum post mortem, sed etiam in hac mortali vita aequaliter gustare in corde et experi in mente, virtu-*

(1) La V. Teresa de Jesús M.<sup>a</sup>, emplea, como hemos visto, un lenguaje muy parecido, y así a todos da grandes esperanzas e infunde alientos, con tal de que se resuelvan a hacer cuanto es de su parte.—Lo mismo repitieron a su modo en nuestros días Sor Isabel de la Trinidad y Santa Teresita, la cual sin vacilación insiste en que su *caminito*, con ser realmente tan sobrenatural cuanto sencillo, es para *todos sin excepción*.

tem divinae praesentiae, et *dulcedinem supernae gloriae*. Hoc autem est, *de torrente voluptatis Dei bibere*. Quem finem promisit Deus Eliae, dicens: «*Et ibi de torrente bibes*».—Propter utrunque finem... est... vita eremitica a monacho assumenda, testante propheta: «In terra (inquit) deserta, in via, et in aquosa, sic in sancto aparui tibi—o Deus—ut viderem virtutem tuam et gloriam tuam» (Ps. 62).

«Per hoc enim, quod in terra deserta, in via et in aquosa manere elegit, ut sic *in sancto*, id est, corde puro a peccato appareret Deo, monstrat primum electae per eum vitae solitariae finem, qui est, offerre Deo cor sanctum, id est, ab omni actuali peccato purum (via purgativa). Per autem quod addit: *ut viderem virtutem tuam et gloriam tuam*, monstrat manifeste secundum dictae vitae finem, qui est jam in hac vita aequaliter experiri, seu *mystice videre in corde* virtutem divinae praesentiae, et *gustare dulcedinem supernae gloriae*».

«Ad primum autem horum, videlicet, puritatem cordis, pervenitur per laborem et exercitium virtuosum, divina gratia adjuvante.—Et per munditiam cordis et perfectionem dilectionis *devenitur ad secundum*, scilicet *ad experimentalem notitiam* divinae virtutis, et gloriae coelestis».

Así aunque esto sea puro don de Dios, se viene a lograrlo de El, según sus divinas promesas, y de seguro se llegará a gozarlo procurando de veras la pureza del corazón y guardar como es debido el mandamiento del amor, con lo cual «*pervenitur ad... experimentalem notitiam*»..., puesto que N. S., añade el texto, prometió (Joan. 14, 21), *manifestarse a quien le ama*»

Esta doctrina es la misma que con insistencia enseña Santa Teresa diciendo que, con ser don de Dios, a todos se nos daría, si le amásemos como El nos ama...; y la misma que en una hermosa página—ya citada—resume la M. Mariana Fr.<sup>a</sup> de los Angeles, poniendo seis grados en la purificación y demás disposiciones que podemos adquirir nosotros con la gracia ordinaria, y otros seis del todo infusos por donde serán admitidos a la mística transformación cuantos con diligencia procuren subir esos seis primeros.

Aquí el autor de la «Institución» termina el citado capítulo 2 reduciendo los seis primeros a cuatro, y diciendo: «A todo ermitaño se le dice también (como a Elías): «Sal de aquí (séparate de las cosas pasajeras y caducas del mundo); dirígete hacia el oriente», es decir, obra contra la concupiscencia original de tu carne; «escóndete en el torrente Carith»; no permanezcas más en las ciudades con la muchedumbre: «que está en frente del Jordán», a fin de que por la

caridad quedes separado del pecado... Por estos cuatro grados subirás a la cumbre de la perfección profética y *allí beberás del torrente*» (1).

Esta es la doctrina enseñada por todos los verdaderos santos carmelitas, siempre fieles amantes de su antigua tradición y, por lo mismo también, de la soledad a que se sentían llamados por Oseas para oír la voz de Dios en el corazón... Esta enseñó repetidas veces Santa Magdalena de Pazzis, celebrando las delicias que Dios tiene en alma amante y las que goza el alma en la perfecta caridad, la cual, una vez bien encendida, nos hace remontarnos cual águilas hacia el Sol divino.

Lo mismo dicen en sustancia sus buenos hermanos, o sea los principales autores espirituales de la antigua observancia, que, como menos influidos de Tomás de Jesús, lograron en este punto mantenerse quizá más fieles a la verdadera tradición.

El V. Miguel de la Fuente (1574-1626), en la misma Introducción de su hermoso libro *Las tres vidas del hombre*, dice del modo más terminante: «No basta dejar lo sensible,

(1) «Ut ad perfectionis suae valeamus dona pertingere, formam ad hoc perveniendi per Deum in dictis verbis beato Eliae propositam curemus... adimplere: ...*Recede hinc* (scilicet a rebus caducis mundi et transitoriis), *et vade contra Orientem*; id est, contra originalem tuae carnis cupidinem: *et abscondere in torrente Carith*:—ne in urbibus moreris simul cum turbis:—*Qui est contra Jordanem*;—scilicet per caritatem sis divisus a delictis.—*His namque quatuor gradibus ad culmen propheticae perfectionis ascendens, ibi de torrente bibes*» (Inst., c. 2).—Y aún se insiste añadiendo: «Cum ergo ad finem hunc prophetalis, ac monasticae vitae eremiticae perveneris, et ita in Carith, id est in charitate absconditus fueris, *tunc ibi de torrente bibes*; quia in hac tam perfecta tui conjunctione ad me, potabo te... illo torrente de quo propheta mihi loquens ait: *Torrente voluptatis tuae potabis eos* (Ps. 35)... Vide si ad Deum ex toto corde tuo... revertaris... *Pro terra*, id est, terrenis affectionibus et divitiis a te dimissis *dabit tibi Deus silicem*, id est, fortem et ardentem caritatem... *Pro silice*, id est, forte et perfecta caritate servata a te, dabit tibi Deus *torrentes aureos* (Job. 22): illas videlicet *ineffabiles et suaves delicias spirituales*... Sunt vero hic *torrentes aurei*, id est fulgentes tam ex ardore dilectionis Dei ex qua ad mentem prophetae profluunt, quam ex manifesta noticia Dei, ad quam hominem propheticum secreto perducunt... Cum ad talem Dei noticiam perveneris, erit Omnipotens contra hostes tuos... Quia enim propter caritatem Dei mundum et consortia hominum relinques, ut puro corde Deo inhaereas, *mereberis divino abunde perfrui colloquio, ita ut occulta atiam futura interdum revelentur tibi a Deo*... Ecce docui qualiter ad perfectionem prophetica pervenies, *et finem monasticae vitae eremiticae attingas*» (Ib., c. 7).

sino que es necesario entrar en el atrio interior... y desterrar del alma y sus potencias espirituales sus malos hábitos, y purificarlas de todo vano y desordenado afecto, y echar de ellas las imágenes y formas de las cosas criadas, y adornarlas con excelentes virtudes; que de esta manera podrán entrar al *sancta sanctorum*, que es lo más íntimo, puro y escondido del espíritu donde está Dios, y allí habla al alma y la enseña la *mística teología*, cuando está desnuda y purificada de todo lo sensible e inteligible... en una renunciación total y resignación general de todo lo que no es Dios, mirándole con suma atención... por una introversión sencilla, quieta, pacífica y amorosa... y amándole sin cesar... hasta que el alma toda sea transformada en el mismo Dios».

El V. Fr. Juan de Saint Samson (1571-1636), lego y ciego, pero muy ilustrado con luces superiores, en su *Vrai esprit du Carmel*, c. 1, dice así: «La antigüedad nos hace ver... lo que han sido nuestros mayores... Yo he mostrado claramente nuestro antiguo esplendor y nuestra actual decadencia... Jamás podrá nadie ser verdadero religioso ni carmelita según el deseo de Dios, si no es *entera* y plenamente *espiritual*... No podré inculcar bastante a todos la necesidad que tienen de adherirse a un buen espíritu, ya lo hallen aquí, ya en otra parte, sin apegarse jamás a otro: aborreciendo en esto las *especulaciones* de la naturaleza y *de la escuela* como su propia ruina: pues ahí está la sabiduría del espíritu místico».

«Cuando un hombre ha llegado a su centro, añade (c. 22), entonces como águila amorosa descansa en Dios con gran placer. El goce divino le colma de delicias... Pero mientras permanece en lo que puede lograr con sola su industria (como sería la contemplación adquirida)..., estará muy lejos de ese centro y de perderse en Dios. Pues la meditación tiene sus grados... Después—de la oración afectiva y de las aspiraciones del alma aun dueña de sí misma—, viene la fuerte atracción de su entendimiento, de su voluntad y su memoria de parte de Dios, durante la cual el alma, *mirando a quien así la atrae y la tiene suspendida*, se queda *toda recogida* en virtud de una fuerza que la llena de delicias, de luces y de secretísimos conocimientos, que Dios le hace ver más bien fuera de ella, en Sí mismo que en ella.— Todo esto son ejercicios de una contemplación muy noble y excelente...» (1).

(1) «La mira a que se ordene su enseñanza, advierte el citado P. Jerónimo de la Madre de Dios, C. D. (*La Vie Spirituelle*, Fevr. 1925, p. 441), es a conducir al alma a las alturas de la vida místi-

El P. Esteban de S. Fr. Javier, Provincial de los Carmelitas de Touraine, no repara en decir en su obra *Le Tiers-Ordre*, publicada en París en 1672: «Como la oración es toda nuestra vida, no nos contentamos con hacerla a ciertas horas, sino que la continuamos sin descanso... El verdadero Religioso Carmelita está noche y día pensando en Dios, siempre con hambre insaciable y ardiente sed de El. Y el goce que de El tenemos cuando se nos comunica no hace sino avivar nuestro deseo... Así en el trato con Su Majestad poco trabajamos con el entendimiento. Por eso Santa Teresa, Sta. M.<sup>a</sup> Magdalena de Pazzis, el Bienaventurado Juan de la Cruz, el V. Fr. Juan de Saint Samson, el V. Domingo de S. Alberto y todos nuestros demás místicos, no se detienen a dar preceptos comunes acerca de la oración mental, sino que tratan solamente de *disponernos para gustar lo que es Dios, percibir su mirada, sentir su íntima presencia en el fondo del alma y experimentar sus dulzuras*: ¡Oh qué dichosa vida!»

Conforme a esto el P. Miguel de S. Agustín (1621-1684), carmelita de la estricta observancia, Provincial de Bélgica, en su *Introductio in terram Carmeli* (tr. 2, c. 5), decía: «Los Carmelitas están obligados a tender a la pureza de corazón y a una perpetua conversación con Dios, por la cual... no sólo después de la muerte, sino en esta misma vida mortal pueden gustar en cierto modo... la virtud de la divina presencia y la dulzura de la gloria...»

«La vocación carmelitana, añade (c 44), tiende a conseguir la perfecta posesión de la tierra del Carmelo, a alimentarse felizmente de sus dulcísimos frutos, y gozar de sus bienes. Lo cual es llevar una vida verdaderamente *espiritual, interior, mística, contemplativa*—¿qué digo?—*deiforme y divina*; es gozar de las operaciones de Dios en el alma... Tal es en verdad la vida perfecta en que se gustan los frutos de la tierra del Carmelo, tal es la bienaventuranza comenzada a que con todas sus fuerzas deben aspirar los verdaderos carmelitas» (1).

Ya hemos visto cómo el V. Juan de Jesús M.<sup>a</sup>, General que fué de la Descalcez, y muerto en olor de santidad en 1615—o sea treinta y tres años después que Santa Teresa, y

ca».—«Si por pusilanimidad, por falsa humildad o por error doctrinal, añade (p. 461), os figuráis que la contemplación infusa no es para vosotros..., entonces el V. Juan os dirá: No, no tenéis el verdadero espíritu del Carmelo; no sois descendientes auténticos de Elías y de Teresa».

(1) Véase para más amplia información *La Tradition mystique du Carmel.*, 1. cit., de donde tomamos algunos de estos datos.

cinco antes que Tomás de Jesús, con su innovación desastrosa, empezara a desertar de la verdadera y antigua tradición—, expresamente enseña (*Theol. Mystica, Cánones*, 28-29), que a nadie se le cierra el camino para la divina contemplación; y que todos y muy especialmente los eclesiásticos y prelados deberían aspirar a ella animosos; seguros de poder hallarla en breve con la humildad y pureza de vida.—Y de ella gozarán indudablemente cuando se hallen ya en la vía unitiva: «Cujus proprium est, añade (c. 2), purgata jam mentis acie divina *contemplari et arcano nexu Deo vinciri*, ibique... et voluptate purissima perfrui».

Así esa divina contemplación siempre es infusa e idéntica, siempre obra del don de sabiduría que hace gustar la dulzura de Dios, por más que a veces vaya precedida de consideraciones y ayudada de conocimientos tomados de la imaginación o de los sentidos. «Contemplationis divinae ratio, dice expresamente (cap. 3), ex iis gradibus minime variatur, sive enim cognitio exoriatur a sensibus, sive ab imaginatione, sive a meditatione, sive a lumine infuso, non ideo propria divinae contemplationis forma varia est; sed nunc a sensibus auspicando, nunc, quae mente conceperamus repentendo, nunc iis cesantibus divino tantum lumine perfusi divina contemplamur...: ideo gradus illos minime explanamus nec in eis divinam contemplationem inesse censemus, nisi flante Spiritu Dei ad eam contemplationis, quam mox describemus, sublimitatem assurgant. Ad quam certe si assurrexerint, jam non erit ulla distinctio formae, sed unius rationis, a diversis licet orta principiis contemplatio... Asseruimus, contemplationem esse actum elicitem a sapientiae habitu, uno nempe e septem Spiritus Sancti donis, cujus est Deum contemplari, non quovis modo, sed ex dilectione, cum quodam experimento suavitatis».

En 1625, precisamente cuando empezaba a cundir esa nueva y mala hierba de la *Contemplación adquirida* (que muchos hoy se figuran que basta a llenar el fin principal de la vocación carmelitana sin necesidad de aspirar muy de veras a la infusa), el Rmo. P. Alonso de Jesús M.<sup>a</sup> General de la Descalcez, en medio de los grandes deberes de su cargo, por algo se creyó obligado a publicar su extensa obra titulada: *Peligros y reparos de la perfección y paz religiosa*, donde dice así (T. 1, P. 1, Discurso 1, § 4): «Enseñanos muy bien el Apóstol S. Pablo lo mucho que debemos temer, y las veras con que habemos de huír y excusar los *malos lenguajes y engañosas doctrinas*, cuando haciendo memoria de los grandes trabajos y peligros que había padecido, pone en último lugar, como el más grave de todos, el de los

falsos hermanos (2 Cor. 11)... Declarando (Sto. Tomás), qué falsos hermanos eran éstos... dice... que eran unos que se fingían maestros y predicadores de verdadera y sana doctrina, siendo la que enseñaban contraria a la de Cristo. El peligro que la Iglesia padecía por esta causa en sus principios, era para S. Pablo el más grave y que más pena le daba, de todos sus trabajos, por ser en el que más podían peligrar los fieles, a quien él tanto amaba y deseaba su mayor bien espiritual. De aquí nació que en sus cartas una de las cosas que más encarga y repite a sus discípulos, es que se guarden de semejantes *lenguajes y engañosas doctrinas*; porque si no lo hacen, serán fácilmente engañados, abrazando las falsas por verdaderas... Había ponderado bien David la crecida malicia deste veneno cuando dijo (Ps. 13)... que debajo desas palabras al parecer verdaderas, viene encubierto el veneno, y no cualquiera, sino de áspides, del cual dice el E. S. (*Deut.* 32) que es insanable. Y la causa de ser tan malo de remediar, es porque no se echa de ver, hasta que ya está muy apoderado del corazón, y muy crecido su daño. Por lo cual viene a ser una de las trazas más sutiles y de los medios más sin reparo de cuantos usa el demonio, engañando por aquí a los que, por no valerse de la oración y *luz divina* (infusa), juzgan de las cosas y las aprueban o reprueban por sola la apariencia, sin hacer entero concepto dellas, ni rumiarlas despacio. Y así entre los peligros que se ofrecen en *el camino* de la perfección religiosa, es de los mayores, el de las malas doctrinas, coloreadas con buena apariencia (como esa de la *contemplación adquirida*), por venir en ellas el veneno y ponzoña de áspides insanable, encubierta debajo de tan buena capa. El mal destas no se echa de ver hasta que ya está hecho, y que habiéndose apoderado del corazón deja en él ahogada la semilla provechosa de los buenos sentimientos, lenguajes y trato de desengaño. De donde se sigue el prevalecer y echar raíces los lenguajes contrarios, siguiéndose este daño no sólo en algunos particulares, sino muchas veces en gran parte de las comunidades —Entenderse ha mejor cuán paliado suele venir este mal, y cuán dificultoso tiene el remedio, si se advierte que algunas veces los mismos que hablan estos lenguajes, por falta de luz y por no ponderar la mala disposición en que pueden estar los que los oyen, ni los malos efectos que pueden causar, no los tienen por muy dañosos.

... Lo primero que estos malos lenguajes hacen en las comunidades, es *destruir el trato de espíritu* y de desengaño, y el ejercicio de *verdadera oración*, la cual no se

compadece con los sentimientos y dictámenes engañosos...

...Ha enseñado la experiencia que hasta que en las Religiones faltaron sus Fundadores y los Padres que les dieron sér, defendiendo la verdad con su provechosa y sana doctrina, no *comenzaron a entrar en ellas de golpe las doctrinas anchas*, ni por consiguiente se relajaron. Pero *en faltando ellos y comenzando a haber en las mismas congregaciones personas atrevidas para opinar y sembrar sentimientos anchos...*, *se les fué menoscabando el... fervor*, la entereza y la perfección evangélica que gozaban» (1).

Luego (Disc. 2, § 3), advierte que estas doctrinas «se ensanchan a ensanchar los ánimos .. haciendo *el camino de la perfección* (sólo admite uno) más suave y blando de lo justo... La oración y *contemplación* (tampoco admite más que una), son el único remedio con que se reparan los daños desta mala raíz» —Nos manda N. S. orar, añade, «para que tratando nuestras cosas con Su Majestad, *con particular ayuda y luz* acertemos a hacer verdadera distinción entre lo bueno y... entre lo que tiene apariencia de verdad, aunque no lo es...»

Así vemos que para esto no basta la luz y fortaleza que se consiguen en la oración ordinaria, sino que es menester otra luz superior o infusa. —«Y es menester, prosigue, que *Su Majestad la dé*, y por consiguiente que se le pida, porque para salir bien de las dificultades que de ordinario se nos ofrecen acerca de las virtudes sobrenaturales, y de su ejercicio, *toda la sabiduría humana no vale nada* y la que para esto habemos menester, *se ha de recibir de Dios*, por el medio que Su Majestad la tiene prometida.

...Que como para la *Teología mística* y para la *sabiduría y prudencia divina* hay mucho menos de proporción en las fuerzas naturales de nuestro entendimiento... si esto que tanto *excede a nuestro modo de entender ordinario*, no se procura con el ejercicio de la *meditación atenta*, pidiéndoselo a Dios en nuestra oración, y *recibiéndolo en ella de su mano*, que es el que sólo lo puede dar, será imposible alcanzarlo (sin duda con esa nueva invención de una contemplación activa, que suplanta a la meditación y pretende suplir a la contemplación infusa, única conocida hasta entonces). Porque Su Majestad, que es el Padre y origen primero de las lumbres, reservó y apropió para sí muy particularmente, y por el medio dicho (de la meditación y súplicas) este repartimiento, con el cual juntamente rectifica

(1) ¿Por qué dice esto, sino por lo que, sin duda, entre los suyos notaba ya?

la voluntad, compone y mortifica el apetito sensitivo, alumbrando y esclareciendo de camino el entendimiento de los que se emplean en este ejercicio santo. De donde se colige, que aunque uno con el trabajo de su especulación continúa pudiera alcanzar la ciencia que los ángeles tuvieron en el cielo... si le faltare el trato con Dios en su consideración atenta, y el alcanzar con ella de Su Majestad lo que ha menester para mortificar el entendimiento y la voluntad por el *medio único de la oración*, por donde Su Majestad lo tiene ofrecido, todo esotro no bastará por sí solo para hacerle perfectamente sabio y para librarlo de los peligros...»

«Causa también esta pestilencial raíz en quien del todo se apodera, un hastío y enfado grande en las cosas espirituales... Y de aquí resulta que, perdida la oración y el trato con Dios, ocupado el entendimiento y poseído el ánimo desta aversión y repugnancia, no piense en otra cosa sino en lo que se la causa, y acrecienta más» (ib. § 4).

Luego (2.<sup>a</sup> P. Disc. 2, § 3) muestra cómo mientras los perezosos y cobardes, que buscan un camino ancho, pasan una vida trabajosa sin poder gozar de las consolaciones divinas, en cambio gozarán de éstas *sin excepción cuantos de veras se animen a seguir a J. C.*, que es el único camino, puesto que Dios no es aceptador de personas. Esto de que la mística contemplación es para todos, lo muestra principalmente aprobando y parafraseando varios pasajes de S. Gregorio y S. Bernardo. Explicando este de los Proverbios (18): *Pigrum dejicit timor: animae autem effaeminatum esurient*, dice: «Al flojo y perezoso el temor de las dificultades lo desanima y derriba, y las almas de los afeminados y cobardes padecerán hambre, o porque huyendo de la dificultad no hallarán el descanso que piensan hallar en su ociosidad y remisión, o porque trabajando sin el espíritu y aliento necesario carecerán del consuelo... *que da Dios a los fuertes, con que las cosas más dificultosas se les hacen fáciles.* . . Al paso que estos tibios y pusilánimes, amadores de sí mismos, se van acobardando, a ese les va faltando la *experiencia y el gusto con que a los que tratan de veras y confiadamente de su aprovechamiento, se les hacen cada día, no sólo menos dificultosas, sino fáciles y aun sabrosas* las obras de la verdadera mortificación.—La diferencia de estos dos caminos declaró el Sabio (Prov. 15) por estas palabras: *Iter pigrorum quasi sepes spinarum; via justorum absque offendiculo*... Extendiendo este lugar S. Gregorio a nuestro propósito, dijo (*Moral.*, l. 30, c. 23): *Bene Salomon ait: iter pigrorum, quasi sepes spinarum... Justi non impingunt; quia... inter-*

*nae contemplationis saltu transsiliunt...* Dijo bien Salomón, que el camino de los perezosos está sembrado y como tejido de espinas; porque cuando desean caminar por el camino del servicio de Dios, como faltos de fervor y confianza en Su Majestad, son punzados y heridos de sus temores y recelos vanos... Pero porque esto no suele impedir a los escogidos y fervorosos en su camino, añade, que el camino de los justos es sin tropiezo; porque cualquiera adversidad que les suceda, no es parte para impedirles en él, por salvar ellos las dificultades y malos pasos con la esperanza del favor divino, y con el *salto de la contemplación*.

«Pintó muy bien S. Bernardo (Serm. super verb. *Ecce nos reliquimus...*) el descaecimiento de estos ponderadores de las dificultades. . . y las excusas que dan con color de humildad... por estas palabras: *Ille quidem sic, ego forte non ita... Quasi non omnes peccaverint, aut non egeant gratia Dei...* Y más abajo prosigue el mismo intento diciendo: *Aestimas, o homo, quia personarum acceptio sit apud Deum, et non omnes omnia reliquentes tam copiose consoletur?...* ¿Piensas, oh hombre, que Dios es aceptador de personas, y que no todos los que dejan todas las cosas son consolados con esta liberalidad y abundancia? No seas incrédulo, asiente a la Verdad, de cuyo testimonio no es lícito a ningún fiel dudar, la cual dice: *Cualquiera que dejare al padre, la madre, la casa y la hacienda por mi nombre, recibirá ciento doblado.*—A ninguno exceptúa Cristo N. S. Miserables son sin duda los que *se excluyen a sí mismos* y se exceptúan deste *general beneficio*. Pues los que no esperan el ciento por uno que da Dios a los justos *de contado en esta vida*, se juzgan mucho más indignos de la vida eterna.»

Después de reconocer así tan claramente con estos dos Santos Doctores que *Dios a nadie excluye de las intimas comunicaciones que en esta misma vida ofrece*, prosigue por su cuenta el P. Alonso declarando lo mismo al decir: «¿Pues qué mayor cobardía que perder el ánimo debajo de tal amparo y favor como el divino, *tantas veces prometido y tan liberalmente dado a todos los que de veras lo quieren recibir?* ¿Y qué mayor desamor de sí, que *no querer gozar de esta dichosa suerte* que juzgan por *suma felicidad* en los otros, alegando engañosamente por causa lo que en ellos no es parte para excluirlos della? Tienen estos bien merecidos los daños y pérdidas que padecen, en justo castigo desta su desconfianza y... de tomar por consejeros a otros imperfectos y flacos como ellos. De donde les resulta irse confirmando en su flaqueza con lo que oyen... aferrán-

dose cada día más en este su engaño, haciéndose de camino menos capaces para cumplir con sus propias obligaciones y para vivir en su estado *consolados*. Estos suelen, para apoyar su errado sentimiento, buscar palabras de hombres prudentes, y autoridades de la Escritura y de los Santos, que traídas en torcido sentido, les parece que hacen en su favor... ¡Oh quién fuera poderoso para persuadir, a los que proceden de la manera que acabamos de decir, en daño de sus comunidades... *cuán errado camino llevan... y cuán de cierto se puede prometer el favor y gracia divina...*, si de veras se resuelven a quererse valer della, y de la humilde confianza en Dios, por donde ella *se nos comunica!*

»Oigan los comprendidos en esta culpa lo que muy a medida de su necesidad, dice el E. S. por Isaías (40): *Qui sperant in Domino mutabunt fortitudinem: assument pennas...*

»Oh váleme Dios, si fiados en su amor divino nos determinásemos, negando y aborreciendo prudentemente nuestra carne a imitación de Cristo N. S. y de sus discípulos y seguidores a *correr con fervor y volar con velocidad de águilas por el camino de la perfección, cuán fácil se nos haría, cuán sin trabajo, y cuán gustoso este ejercicio*, advirtiéndolo que los que nos lo hacen dificultoso y áspero son nuestros mismos enemigos, pretendiendo nuestro daño... para lo cual nos persuaden que las cosas de aventajada perfección exceden nuestras fuerzas, que somos flacos y que no podremos con ellas. Pero a éstos el fervor los ahuyenta y vence; conforme a lo que dijo el Eclesiástico: *In omnibus operibus tuis esto velox, et omnis infirmitas non occurret tibi..* La misma experiencia les ha enseñado a muchos esta verdad, los cuales antes que tomasen a pechos el correr con fervoroso espíritu por este camino, les parecía tan dificultoso y se hallaban tan flacos para andarle, que lo juzgaban por imposible; pero luego que con el fervor vencieron esta flaqueza, *se les hizo tan fácil y suave*, no sólo el andar por él, sino el correr *y volar*, que no acababan de maravillarse de tan súbita y extraordinaria mudanza...

... Aunque la verdad que vamos asentando, *la experimentan cada día todos* los que de veras se determinan a negarse para seguir a Dios de veras; pero como las experiencias que hicieron los Santos en sí y en otros a quien gobernaron, deben tener tanta fuerza con los bien dispuestos, pondremos aquí lo que S. Bernardo dice (*Serm. I Dedic. Eccl.*): *«Necesse est, ut unctio spiritualis gratiae adjuvet infirmitatem nostram...* Necesario es que la unción espiritual de la gracia esfuerce nuestra flaqueza, untando

con la gracia de la devoción las duras y penosas cruces de nuestras muchas penitencias y observancias religiosas; porque ni se puede sin cruz seguir a Cristo, ni sin la unción que la compañía puede nadie llevar la aspereza y mortificación de la misma cruz. De aquí nace que muchos abominan y huyen de la penitencia, viendo la cruz, y no viendo esta celestial unción con que se suaviza. Pero vosotros, que estáis experimentados, sabéis bien que vuestra cruz está untada y suavizada con la gracia del E. S., que nos ayuda a llevarla, haciendo deleitable nuestra penitencia, y dulcísima nuestra amargura».

Más delante (§ 9), recordando las palabras del Salvador (Mt. 7, 14): *Cuán angosta es la puerta y cuán estrecho el camino que lleva a la vida, y pocos son los que lo encuentran*, dice que esto «nos declara que la dificultad y estrechura de este camino es mayor de lo que fácilmente se puede significar, y que *engañan o son engañados los que lo facilitan...* siendo cierto que sólo la gracia divina lo suaviza y ensancha, no quitándole lo que lo hace áspero, sino dándonos esfuerzo y valor para vencer su dificultad, y aliviándonos con la *luz y consolación del Espíritu Santo*».

«Llamamos Padre a Dios y decimos que está en los cielos, advierte (§ XI), para que... obremos como hijos espirituales suyos, en quien se eche de ver que habita como en templos suyos, procurando que nuestros pensamientos y acciones no degeneren del espíritu que esto pide... Para que los que *en la oración profesamos trato espiritual y del cielo, no pensemos en otras cosas, sino en las espirituales y divinas, y éstas obremos*», según dice S. Cipriano (De Orat Domin.)

De esta manera de oración tan «sobrenatural» que nos permita tener nuestra conversación en los cielos, es de donde hemos de recibir la luz que necesitamos para no extraviarnos. Y así lo declara después (Disc. 3, § 9) por estas palabras:

«Dijo el E. S. (Prov. 2), que del trato y comunicación con Dios reciben la verdadera ciencia y prudencia los varones espirituales. Esta no se puede alcanzar con solas fuerzas humanas; y así es menester continuamente pedirla a este Señor, que es la fuente y el dador de semejantes dones. Con ésta se junta el don de consejo, por cuyo medio se hace Dios gobernador del alma, y la dispone suavemente para dejarse gobernar del con blandura y facilidad; y así no sólo se llama esta prudencia divina, por ser Dios el que la da y cria en el alma, sino porque por medio de este don de consejo la perfecciona, dejando con ella al alma bien dispuesta.

para ser *divinamente movida con la enseñanza y impulsos de Su Majestad*. . . En los que de esta manera son prudentes se junta la perfecta fidelidad, en lo que Dios les encarga, y su temor filial, con la perfecta prudencia. Cosa que se halla muy raras veces. . . De donde resultan en las Religiones muchos daños y menoscabos de la perfección y prudencia evangélica. . . cuando sus profesores comienzan a regirse por sola esta prudencia natural.»

Guiados de ésta, venderán por costumbres y prácticas legítimas las que están lejos de serlo y creerán defender a su *Orden* cuando con sus «malos lenguajes» sólo defienden una infiltración dañosa.

En vista de esto advirtió ya antes (§ 5) el discretísimo Prelado, muy oportunamente con S. Crisóstomo (Hom. 56 in Gen.): «No atendamos jamás a la costumbre para seguirnos por sola ella, sino que en todas las cosas pongamos los ojos en lo bueno y provechoso para el alma. . . Y S. Cipriano, atendiendo a librarnos de *las malas doctrinas* que se califican con *dañosas costumbres*, nos pide que sólo atendamos a Cristo N. Sr, que es la misma verdad, y a quien el Padre nos mandó que oyésemos (Mt. 17)... «porque no conviene conformarnos con cualquiera costumbre de los hombres, sino con sola la verdad de Dios». . . Ni basta para asegurarnos, que nos aleguen *se hace en la Orden*. . . Porque como dijo muy bien S. Bernardo (*Apolog. ad Gili. Ab.*): «Algunas cosas se ven hacer en la Orden que son ajenas a ella. Porque ninguna Orden o Religión hay que, en cuanto tal, admita cosa desordenada; y así la que lo es, no se ha de tener por de la orden», aunque se haga en ella; y por consiguiente no se ha de seguir. Antes por el mismo caso que se haya hecho algunas veces, la habemos de huir más, para que con el mal uso no crezca y cobre mayores fuerzas. . . Para lo cual (los Prelados) han menester armarse de grande esfuerzo y valor, persuadiéndose que no han de faltar algunos, como dice S. Bernardo (ib.), que salgan a la defensa de semejantes costumbres malas... con color de que miran por el bien de la Orden».

En otro lugar (2.<sup>a</sup> P. Disc. 3, § 12), recuerda cómo Nuestro Señor Jesucristo «puso por conclusión (del *Venite ad me omnes*. . .) la suavidad de la vida evangélica, diciendo que está en recibir su yugo sobre nuestra cerviz, sujetándonos a él, y en él aprender de Su Majestad a ser humildes y mansos de corazón... dando por fruto... el *experimentar la suavidad y ligereza de su yugo*. . .»

«No es de vosotros—advierte por fin con el autor de la *Ep. ad Fratres de Monte Dei*—el cumplir los mandamien-

tos de Dios con tibieza, ni el atender sólo a lo que Su Majestad manda, sino a lo que gusta y quiere, examinando y procurando con entera y puntual ejecución su buena, más agradable y perfecta voluntad. De otros es creer a Dios, conocerle, amarle y reverenciarle con un modo y perfección ordinaria; pero de vosotros es, mediante *los dones del E. S., el alcanzar su sabroso conocimiento, la inteligencia y comprensión aventajada de las cosas divinas y sobrenaturales, llegando a tener noticia y gozar prácticamente de lo más escondido y gustoso de esta divina sabiduría...* Esta es vuestra profesión, buscar al Dios de Jacob, no por el modo común y ordinario que los demás le buscan, sino procurando ver la facie y cara de Dios... que es *aspirar a la contemplación más alta* que de Su Majestad se puede alcanzar en esta vida.»

Otro General de la Descalcez, el P. Juan del E. S. en su *Carta espiritual* publicada en Toledo en 1627, comentando ciertas palabras de S. Gregorio, dice (fol. 12): «¿Quieres, pues, hermano disponer y preparar tu corazón para la *infusión y recibos* de la gracia divina y *dones celestiales* con algún sentimiento, *gusto y experiencia* de lo que son? Da de mano en cuanto te sea posible a los cuidados terrenos. Porque la experiencia de los Santos escogidos de Dios es, que cuando la mente está más pura y abstraída... tanto es mayor, más copiosa y más abundante la *infusión de los dones divinos*.—Lo que importa, pues, es huir cuanto nos sea posible, de todo lo que no nos toca»

«Plegue a Dios, había dicho poco antes (fol. 11), no lo hayamos ya experimentado en *muchas casas*, cuyo *desmedro* en lo uno y en lo otro lo atribuyen *los que bien sienten*, a la falta de recogimiento y oración, con quien anda de ordinario junta la falta de mortificación».

En 1677 el P. Francisco de J. M.<sup>a</sup> C. D., Definidor General, en su libro *Excelencias de la caridad...* (2.<sup>a</sup> P. c. 9, mot. 3), dice: «Así como en el cielo embriaga Dios a los Angeles y a los Bienaventurados... así también a los que por la continua atención con que le miran se le allegan acá, y se le acercan, *les embriaga* conforme a su capacidad y *llena de su dulzura*, conforme a lo que dijo el mismo Señor en los Cantares (V. 4): *Comédite amici, et bibite et inebriámini...* En la frecuencia de este santo ejercicio, decía, como quien lo había experimentado, S. Bernardo, se bebe aquel vino espiritual que alegra el corazón del hombre, y le embriaga de tal manera, que le hace olvidar de todas las cosas...

...En este frecuente y santo ejercicio es donde el cora-

zón y la carne se alegran en Dios vivo, porque son tan grandes estos deleites, que no sólo el espíritu, que derechamente los recibe, sino también la carne y todo el hombre con todas sus potencias y sentidos viene a tomar parte en ellos; porque... cesa el bullicio de los pensamientos, callan todas las cosas, arde el corazón, el ánima se goza, la memoria se aviva, el entendimiento se aclara, y todo el espíritu a veces se arrebatá y eleva sobre sí. No así recrea... la fragancia de los suaves olores al olfato... como el *mirar a Dios presente* con piadosa aplicación y afecto, *llená de suavidad y dulzura el ánimo*.

«Así, añade (mot. 5), el gran Patriarca Sto. Domingo, entre otras cosas que pedía a los suyos... una era, «que siempre hablasen de Dios o con Dios», en que está embebido el traerle siempre presente. . Universalmente se echan de ver efectos admirables en las personas que atienden a la presencia de Dios».

No conoce, pues, ni permite admitir dos caminos, sino uno solo, que es siempre camino de oración; y sin pasar por ninguna suerte de *contemplación adquirida*, en ese «mirar a Dios presente», encuentra ya el principio de las místicas embriagueces de amor.

«¿Cuál es la contemplación a que debe tender el carmelita?», pregunta el P. Jerónimo de la Madre de Dios, C. D. (*La Vie Spir.*, Mars 1924, Etudes, p. 142)... Nadie negará que el más autorizado intérprete de nuestras Constituciones sea el V. P. Juan de Jesús M.<sup>a</sup> (1564-1615), que tuvo parte preponderante en su redacción y cuyas obras son obligatoriamente los libros manuales de los novicios y de sus maestros... Pues bien, Juan de J. M.<sup>a</sup> nos declara expresamente que el fin principal de la Orden es la *contemplación divina, o contemplación de los santos*, que hoy suele llamarse *contemplación infusa*. He aquí en su integridad el célebre texto de la *Istrucción de los novicios* (P. 2, c. 24): «Entre las bienaventuranzas hay que referir a la (6.<sup>a</sup>) pureza de corazón, la *contemplación divina*, que es un acto del entendimiento suspendido en admiración mirando a los espectáculos de la eternidad. *Es un acto producido por el don de sabiduría, el más excelente de los dones; y constituye el fin principal de nuestro Instituto*. Consiste en un purísimo conocimiento de Dios, acompañado de una dulzura inefable; de suerte que viene a ser la contemplación una imagen fiel de la verdadera bienaventuranza futura. De ella, sin embargo, nada diremos aquí, por ser cosa que excede la capacidad de nuestros jóvenes hermanos; pero ellos, así y todo, deben excitar los deseos de alcanzarla. Sepan,

pues, que es un bien inefable que aun en este mismo destierro *es concedido a los que combaten valerosamente*; y así animense a pelear, *aspirando con deseos continuos a la suavísima contemplación*» (1).

Y no sólo para los Carmelitas, sino para todos los religiosos y buenos cristianos reconoció, en sus buenos tiempos, el mismo Tomás de Jesús, la necesidad de aspirar a la vida mística y a la contemplación sobrenatural, a fin de poder guardar con perfección el primer mandamiento.

En la *Instrucción espiritual para la vida eremítica* (publicada en Madrid en 1629), expresamente declara (cap. 1) «que de todos los consejos evangélicos y de la vida cristiana, el fin es el *perfecto cumplimiento de la caridad* y amor divino, conviene a saber, que cuanto en esta vida se permite, *continuamente con todo nuestro corazón y fuerzas actualmente amemos a Dios*, lo cual perfectamente no se puede cumplir, si no es que con una *continua, pura y estable contemplación* conozcamos con más perfección a Dios, su infinita bondad y perfecciones inmensas; porque a la más alta contemplación se sigue el mayor conocimiento de Dios, y al *más alto conocimiento nacido del don de la Sabiduría, cual es el de la contemplación*, se sigue *amor más intenso, ardiente y perfecto*».

Como se ve, aquí aún no conoce más que una sola *contemplación*, que es la causada por el don de sabiduría, y ésa necesaria para el perfecto amor.

Más adelante (c. 11) declara cómo a este amor y a la mística contemplación, se llega pronto con el ejercicio de fervientes jaculatorias y santas aspiraciones con que «poco a poco y en breve tiempo, dice, irá experimentando en sí una sed y hambre de Dios, y destos actos sueltos y interrumpidos subirá en breve tiempo a un *acto continuado de amor* y a una *pura contemplación* hasta tanto que llegue a la perfecta unión con Dios».

Ya hemos visto cómo Felipe de la Sma. Trinidad y Antonio del E. S. sostiene que *todos* los fieles, y muy particularmente los que profesan vida contemplativa, deben aspirar a la contemplación sobrenatural, que con ser don especial de Dios, El benignamente concede a cuantos la desean y dignamente se disponen a recibirla. Y así escribe el P. Antonio (*Direct. myst.*, tr. 3, d. 3, n. 229, 231):

(1) Sin embargo en su núm. de Mayo, 1924, p. 214, *El Monte Carmelo* de Burgos, no reparó en decir: «*Aspira*, pues, el Carmelo a una *santidad ascética*...»

«Quamvis omnes debeant ad contemplationem supernaturalem aspirare et media proportionata ad eam comparandam adhibere, *maxime hoc debent facere, qui ex proprio instituto ad illam obligantur...* Licet... sit beneficium speciale Dei—añade con el P. Felipe—, ipse Dominus benignus et misericors *juxta cujusque desiderium et dispositionem gratiam contemplationis supernaturalis concedit*».

\*\*\*

Esto no es cosa nueva, pues ya el Rmo. P. General Rubeo, en la patente expedida el 14 de Agosto de 1567, autorizando la fundación de los PP. Descalzos, decía: «Quisiéramos que todos los religiosos pertenecientes a esta orden, fuesen otras tantas... antorchas inflamadas, estrellas resplandecientes, capaces de alumbrar y guiar a los que viajan por el mundo. A este fin nuestro mayor deseo es que se empleen en un trato continuo y familiar con Dios y que, por medio de la oración y... contemplación procuren unirse con El de tal modo, que su espíritu, aunque retenido en la carne, viva ya en los cielos... Deseamos que anden en espíritu y en verdad..., olvidados de sí mismos, y *absortos en esas sublimes elevaciones que no pueden explicarse...* y que sin embargo, nos dejan bañados de lágrimas y con el corazón inundado de un suavísimo rocío, abundante en provechos espirituales».

He aquí, pues, el sublime ideal a que debe aspirar el religioso Carmelita, según la verdadera tradición carmelitana.



## CAPITULO XII

---

### Unidad de la vía y homogeneidad de la vida espiritual en la tradición Dominicana.

*Dabo eis cor unum, et viam unam.* (JEREM., 32, 39).

*Haec est via, ambulate in ea.* (Is., 30, 21).

Hemos ya varias veces indicado los grandes inconvenientes y gravísimos daños seguidos de haberse tratado, en estos últimos tiempos, de separar por completo la mística y la ascética, como si se refirieran a dos suertes de *vidas* heterogéneas o radicalmente distintas, o constituyeran dos *vías* del todo independientes, y la segunda bastara por sí sola para conducir a las cumbres de la perfección cristiana. Semejante separación no sirvió sino para desconcierto de los directores y deslumbramiento y desaliento de muchísimos incautos, que así vinieron a huir sistemáticamente y apartarse cuanto pudieron del verdadero camino por donde Dios les llamaba, y del único que podía llevarlos a la plena perfección y santidad a que aspiraban, contentándose con huecos formulismos y rutinas, o con ingeniosos métodos, industrias y habilidades humanas; que es como contentarse con letra sin espíritu, o como reducir, según dice el V. Granada, a puros *artificios* nuestros lo que es obra maravillosa de Dios.

Los grandes maestros de la «Orden de la Verdad» nunca dieron pie a semejantes aberraciones, pues ni enseñaron tal separación ni aun la admitieron siquiera en la forma mitigada en que puede hoy ofrecer sus ventajas, contentándose siempre con la tradicional distinción de las tres llamadas *vías*, *purgativa*, *iluminativa* y *uni-*

*tiva*, como principales *fases* de la vida espiritual, correspondientes a los tres fundamentales estados—que todos reconocen y admiten—de *principiantes, proficientes o aprovechados, y perfectos*.

En esto se fijaron siempre mucho, para dar a cada cual los consejos más conformes con su respectiva situación, y para animarles a todos a proseguir siempre avanzando. Mas, por lo que hace a la *via ascética* y la *mística*, tan unidas y compenetradas las ven, que apenas si aciertan a distinguirlas, ni menos a contraponerlas; y así, casi siempre que mencionan esas palabras las suelen tomar como por sinónimas, llamando *asceta* al místico a quien aconsejan ciertas prácticas o precauciones propias de la fase de iluminación o del mismo estado de frutiva unión y contemplación, y aconsejando al verdadero «asceta», o principiante, aspirar de continuo a la íntima comunicación y unión con Dios, por lo mismo que sólo aquí es donde hallará su ansiado reposo y su perfección verdadera (*Jerem.*, 6, 16). A ésta es imposible llegar sin la fiel imitación de Cristo, que siendo siempre la única *via* segura que debemos seguir, es, a la vez, la *verdad* que nos desengaña y nos encamina, y disipa nuestras ignorancias e ilumina nuestras tinieblas, y la *vida* verdadera que nos anima y fortalece y nos llena de la misma plenitud de Dios, y nos hace ser una cosa con El, que es en lo que está nuestra plena perfección y santidad. Lo demás es como tratar de «disolver a Cristo», lo cual no es propio de un buen espíritu (*I Joan.*, 4, 3).

Los verdaderos maestros dominicos siempre aconsejaron a todos los fieles, aun a los simples principiantes y a los mismos pecadores recién convertidos, aspirar muy de veras a lo más alto de la mística unión y divina contemplación, «disponiendo en sus corazones escalas de santos deseos para subir de virtud en virtud hasta ver a Dios en Sión», o sea en la cumbre del monte Santo. Y para esto confían siempre, más que en las propias industrias—con tenerlas por muy útiles y aun a su tiempo necesarias—, en la bendición del Altísimo (*Ps.*, 83, 8); y por eso recomiendan ante todo, junto con la pureza de corazón, la docilidad en atender a las divinas

mociones e inspiraciones, y una completa fidelidad en seguirlas.

I.—De esto nos dió N. P. STO. DOMINGO admirables ejemplos y consejos: quizá ninguna otra cosa haya inculcado tanto como la necesidad de vivir siempre atentos a la voz del Señor para poder seguirla con toda prontitud y fidelidad, sin menospreciar jamás las visitas divinas ni dejar que resulten vanas las gracias que se nos ofrecen. Pues como el Divino Espíritu *inspira donde quiere*, sin que podamos saber cuándo ni cómo, lo que a nosotros toca, si de veras queremos vivir de El, es atenderle y ser dóciles a sus dulces insinuaciones. Y por eso, N. S. P., donde quiera que estuviese, y aun cuando fuera de camino y en compañía de muchos, tan pronto como sentía en su interior la voz del Amado, procuraba recibirle con el mayor afecto, y en seguida se retiraba, o mandaba a los compañeros que siguiesen andando y lo dejarasen solo, para secundar con más libertad el movimiento de la gracia, desahogando su corazón y no contristando por nada al Espíritu Santo. Y así nos aconsejaba a todos que hiciésemos. Porque si no, tras de perder el fruto de esa visita, mereceremos que El nos castigue con hacerse sordo a nuestras voces por haberlo sido nosotros a las suyas.

Y a fin de que mejor supiésemos apreciar la divina gracia y quitásemos todos los obstáculos que impiden secundar su acción, aconsejaba tanto el espíritu de abnegación y mortificación, y el amor a la cruz junto con el continuo estudio de la Caridad.

Su doctrina puede resumirse toda en estas admirables máximas que se le atribuyen:

1.<sup>a</sup> «No hablar sino con Dios o de Dios, y recibir con presteza las visitas divinas donde quiera que el Señor se digne hacérmolas.»

2.<sup>a</sup> «Estudiar sobre todo en el libro de la Caridad, que éste nos lo enseñará todo.»

3.<sup>a</sup> «Cuando más se mortifican las almas, tanto más las vivifica Dios y las llena de su Espíritu.»

4.<sup>a</sup> «A medida que el alma se aleja de la cruz, se hace incapaz de las consolaciones del Cielo.»

Así pasaba las noches en oración y penitencias, y el día abrasado en celo de ganar almas para Dios.

Y en su *Carta a las Religiosas de Madrid*, les encargaba «combatir al enemigo con *incesantes oraciones*»—: para lo cual es menester el verdadero *espíritu de oración*, o sea que Dios les infunda «*spiritum gratiae et precum*» (Zach. 12, 10).

II.—Muy conforme a esto, su inmediato sucesor el B.<sup>o</sup> JORDÁN DE SAJONIA, aconsejaba siempre la perseverancia en la oración, intercalada con el estudio de la Sagrada Escritura; y para sacar de aquélla más copiosos frutos, quería que con toda docilidad se siguiesen los movimientos de la gracia: «Docebat..., dice el mismo Breviario, ut uberiores in oratione elicerentur fructus, in eo insistendum, ubi major haberetur devotio».

Y en un Capítulo General declaró solemnemente (cf. *De Vitis Fratrum*, 3, 12), que «si con la ayuda de la gracia procuramos de veras despojarnos de nuestra voluntad, de nuestros pareceres y de nuestro amor propio, una vez vacíos de nosotros mismos, *todos vendríamos a quedar llenos del Espíritu Santo y transformados en hombres nuevos*».

Quiere que todos, a imitación de N. P., procuremos vivir de tal modo que logremos ser conducidos del divino Espíritu como lo son los fieles hijos de Dios (1).

Y por fin, escribiendo a la B.<sup>a</sup> Diana (*Carta 28*), decía: «No os creais abandonadas, por sentir grandes sequedades

(1) «Imitemur, añadía (*Vita S. Dominici, LX*), ut possumus, paterna vestigia: simul et agamus gratias Redemptori, quod talem in via hac qua ambulamus, ducem exhibuit servis suis... et deprecemur misericordiarum Patrem, ut *illo nos regente Spiritu quo filii Dei aguntur*, per terminos quos posuerunt patres nostri, ad eandem metam... nos quoque inflexo tramite pertingere mereamur.»

y desolaciones... Hace esto el Señor por algún tiempo para que lo busquéis con más ardor y buscándole le halléis con más consuelo, y encontrándole os unáis más íntimamente con El, y poseyéndole no lo perdáis ya más... Con los dos brazos de la oración y de la compunción lo tendréis estrechado y no le dejaréis que os abandone ya nunca».

III.—Del mismo modo el V. HUMBERTO, V. Mtro. General de la Orden, y el que acabó, por decirlo así, de imprimirle su carácter distintivo, en la preciosa *Epístola sobre los tres Votos*, etc., recomienda con gran eficacia a todos los religiosos que procuren vivir del todo desprendidos de lo terreno y vacíos de sí mismos, y tener de continuo su conversación en el Cielo, para merecer la abundancia de los consuelos espirituales y gozar de la íntima familiaridad divina, y así poder amar y servir a Dios de todo corazón, de modo que en El vengan a vivir como absortos y El lo sea todo en todos:

«Sit vobis Deus, dice (cap. 47), honor, et gaudium, in moerore solatium, et in tribulatione defensio: sit cibus in jejunio, in paupertate abundantia, in infirmitate saluberrima medicina...; sit quies et umbraculum vobis ipse... Semper studeatis habere... affectum Deum diligentem, diligentiam ipsum quaerentem, *sapientiam ipsum invenientem*...»

«Corpus vobis solummodo, añade (cap. 48), sit in mundo; sed *animus sit in coelo*. In tantum mentes vestrae sint intentae superius, ut praesentia velut transacta quodammodo reputetis... Frequenter ad Deum cor dirigite *propter familiaritatis ejus amicitiam* subintrandam.»

Para esto encarga recurrir de continuo a la oración, de modo que ésta venga a convertirse como en un hábito, y que en ella se insista con preferencia sobre lo que más puede excitar el fervor:

«Orationis usum, prosigue, vobis facite, et imprimite: nec tamen tamquam ex consuetudine; sed ex *devotionis dulcedine* adimplete. Orationes furtivas quaerite. Illis quoque orationibus libentius insistite, quae affectum vestrum ad fervorem magis videantur excitare.»

Por esto debemos procurar abnegarnos en todo, para poder en todo complacer a Dios, convirtiendo el propio cora-

zón en un huerto cerrado donde El pueda venir a recrearse; así es como mereceremos sus visitas e ilustraciones y ser elevados a la alta contemplación:

«Voluntates vestras frangite, advierte (cap.51), et mundo vos mortuos aestimate. De cordibus vestris adjicite curiosas cogitationes... Conetur igitur quisque cor habere, quod sit quasi hortus arboribus virtutum virens, ut aphoteca sanctarum affectionum aromatibus redolens, ut coelum divinarum illuminationum sideribus fulgens, ut flos supernum rorem suscipiens, ut arca thesaurum mirificum in se claudens, ut fons devotionis rivulos semper manans, ut speculum dominicam imaginem repraesentans. O beatum cor quod exhibet se solum, in quo Deus sedeat; thalamum, in quo quiescat; sigillum, cui similitudinem suam imprimat; cellarium, quod *vino suo impleat!*... Conetur iterum atque iterum quisque cor habere Deo devotum..., desiderio aeternorum *languidum*, amore *vulneratum*... *contemplatione elevatum*... Toto corde adhaereamus Domino... Ipse namque Deus corda nostra *illustrat*, sapientia gubernat, bonitate ditat, dulcedine cibatur, pulchritudine immutat... et charitate unit..., intuetur probando, alloquitur informando, tangit excitando, *visitat consolando*..., et *aperit irradiando*.»

En estas compendiosas y fecundas insinuaciones de nuestros primeros legisladores podemos decir que se sintetiza toda la maravillosa doctrina que con tanta lucidez expusieron después nuestros grandes Doctores, y acreditaron nuestros santos.

IV.—El V. P. WICHMANN, que habiendo sido Prior en los Premostratenses, en 1233 pasó a nuestra Orden, nos deja ver muy bien en sus admirables *Conferencias* recientemente publicadas (1), el fervor con que entonces religiosos y religiosas procuraban disponerse para las íntimas comunicaciones divinas. En la 3.<sup>a</sup>, que trata de la felicidad que en esta misma vida goza el alma que a Dios ama con puro amor, dice así:

«Occurrit in materia de puritate et fervore divini amo-

(1) *Miracula quaedam et Collationes Fratris Wichmanni inter mysticos nationis Germanicae*, O. P., aetate antiquissimi, Roma, 1924, por el P. M. A. Vanden, O. P.

ris, quam existimo vos *ardentissimo desiderio affectare*. Ad quam materiam summopere credo necessariam summam paupertatem, ut fidelis anima nihil sibi sit, secundum illud Apostoli (2 Cor. 4, 15): *Qui vivit, jam non sibi vivat, sed ei qui pro omnibus mortuus est*... Nihil habeat sibi... nihil sibi velit, nec etiam Deum... Vult tamen eum ardentissimo desiderio, non sibi sed ei. Intelligite: non ad suam delectationem, sed ad ipsius utique gloriam et honorem. Utinam et millesies, utinam sepe cogitaremus, quanta jucunditas, quanta beatitudo animae, quando habet Deum Deo: *Tunc amplexus, tunc óscula*... Jam unus spiritus sunt, et unione inexplicabile uniti et, ut expertum est, quod anima tanta unione unitur Deo, ut cum Aeterno loquatur aeterna... Cum vero vult Deum Deo et non habet, quanta sit ejus afflictio, novit expertus... Et quanto purior causa penae, tanto ferventior, quanto ferventior, tanto major illuminatio animae quasi ex purissimo collirio oculis suis apposito; in qua illuminatione cognoscit Deum et se, et quanto plus cognoscit Deum, tanto plus placet ei Deus, et diligit, et tanto magis vult ei bonum. Et quanto plus cognoscit se, tanto plus displicet sibi ipsa, et se odit, et nihil vult sibi boni, nec alicui creaturae nisi propter Ipsum.. Eia, amantissime Deus, quanto amplius vult anima se impugnari a te, et ab ominis creaturis tuis, ut vindicetur malum quod commisit in te, tanto amabiliorem te invenit erga se, et quanto benigniorem te invenit erga se, tanto magis mergit se in abyssum indignitatis suae, tanto iterum te invenit amabiliorem erga se...»

De esta manera vemos que a medida de la pureza de corazón y fervor del alma viene a ser la alteza de las luces y comunicaciones divinas. Por lo cual termina diciendo: «Omnia quae facitis, facite ad exhibendum Deo caritatem... facite in illa sancta unione de qua dixit (Joan. 17, 11): *Ut sint unum sicut et nos unum sumus*. Facite in unione ea qua estis *membra Christi*... Facite sicut *instrumentum divinae operationis*: es decir, como del todo poseídos del Espíritu Santo; que así es como debe procurar obrar en todo el fiel cristiano para ser santo y perfecto; y cuando lo sea, por lo mismo que vive desprendido de todo, logrará gozar de la dulzura divina: «In otio sanctae contemplationis, añade (Collat. 5), *sanctis in hac vita divinae bonitatis dulcedinem conceditur experiri*».

Finalmente, dirigiéndose a ciertas religiosas (*Epistola ad Udelricam et filias*, ib. p. 30), dice: «.Fr. Wichmannus, prior Rupinensis, O. F. P... Orabo, licet peccator, Deum meum, ut cum pulsaveritis et oraveritis non patiamini repulsam, sed confestim aperiatur vobis tamquam... singulariter dilectis, et appareat Dilectus vobis... suavis et placidus..., et vulneret vos iaculo amoris sui, et non figat sed et transfigat, ut nec minutissima particula cordium et animarum vestrarum ab amoris vulnere vacua relinquatur, sed *toto corde, tota anima, tota fortitudine diligatis* (*Deut.* 6, 5), et gloriatur unaquæque feliciter vestrum dicens: *Caritate vulnerata ego sum* (Cant. 2, 6)».

V.—El B.<sup>o</sup> ALBERTO MAGNO, fué hasta poco ha tenido por autor del famoso tratado *De Adhaerendo Deo* en que se muestra cómo toda nuestra perfección está en vivir tan unidos con Dios, que vengamos a quedar como perdidos en El y del todo poseídos de El, de modo que sólo en El y por El obren todas nuestras potencias. Así quiere que nos despojemos de toda imagen y de todo recuerdo hasta que, cesando los discursos humanos y las consideraciones y afectos sensibles, logremos quedar absortos en altísima contemplación, donde misteriosa e inefablemente venga a manifestársenos de algún modo la misma Trinidad Beatísima... A esta gracia nos recomienda aspirar incesantemente, sin nunca des cansar hasta conseguirla: pues ahí está la perfección de la vida cristiana, dice (c. 3), en gozar ya realmente de un presagio de los goces eternos: *istorum perfecta inchoatio est perfectio in hac vita*.—Hoy se cree que este librito es del benedictino Juan Castel. Mas no por eso deja de ofrecernos singular importancia, pues dicha atribución supone que en él los nuestros vean como reflejado su propio espíritu y la enseñanza de aquel Doctor «Magno» y del Aquinatense.

«En el meditar—se advierte en otro libro atribuído al B. Alberto (*Paraiso del alma*, c. 33), hay trabajo y fruto; en el contemplar, hay fruto sin trabajo... Lo que debe movernos a desear esta contemplación, es la inefable suavidad que en ella se encuentra, la admirable perfección que en ella se adquiere y el principio de toda nuestra bienaventuranza que en ella se cifra... Si alguien procurase desasir el

alma de este bien con que está abrazada, no le sería menos grave que si se viese arrojar del paraíso.»

Esa dulzura y suavidad y ese gusto del cielo se perciben mediante los *sentidos espirituales*, que nos dan el experimental conocimiento de Dios que es propio de la vida mística: «*Per sensus spirituales*, dice (*Compend. theol. verit.*, l. 5, c. 56), *percipit anima spiritualia*, quae in Sponsi sui pulchritudine percipere fas est. Sub ratione splendoris *audit amoenissimam harmoniam*, sub ratione Verbi incarnati *gustat summam dulcedinem*, sub ratione Sapientiae comprehendentis utrumque, scilicet Verbum et splendorem, *odorat summam fragrantiam*, sub ratione Verbi inspirati in corde *tangit summam suavitatem*, sub ratione Verbi incarnati et inter nos corporaliter habitantis, reddentis se palpabile et osculabile, *percipit ardentissimam charitatem*.»

VI.—SANTO TOMÁS DE AQUINO considera siempre las alturas de la contemplación como término de todos los ejercicios de la vida espiritual, al cual se ordena no solamente la oración discursiva en todas sus partes, sino también la misma vida activa exterior, recibiendo todo ello verdadera unidad de la común tendencia a ese término en que está la bienaventuranza incoada que en esta vida cabe, y de que efectivamente logran gozar todas las almas perfectas y santas: «*Aliqua inchoatio beatitudinis*, sicut in *in viris perfectis... in viris sanctis*» (1 2, q. 69, a 2).

«Homo, dice (2 2, q. 180, a. 3), *quodam processu, ex multis pertingit ad intuitum simplicis veritatis*. Sic ergo *contemplativa vita unum actum habet in quo finaliter perficitur*, scilicet *contemplationem veritatis: a quo habet unitatem. Habet tamen multos actos, quibus pervenit ad hunc actum finalem*.»

A estos actos *preparatorios*, con que el alma se dispone para llegar a la *contemplación divina*, pertenecen la *meditación* o consideración, la lección, etc. (*Ib.*, ad 2, et 4). Así señala los diversos *grados* por los cuales, de la consideración de las criaturas, se llega a la «sublime contempla-

ción de la divina verdad» (*Ib*, a. 4, ad 2, et 3). Luego hace ver (a. 6, ad 1; a. 8, ad 2) cómo todos esos actos y los diversos *movimientos* que solían llamar *recto*, *oblicuo* y *circu- lar*, pertenecen a la misma *quietud de la contemplación*, la cual va poco a poco *perfeccionándose*, pasando por muchos grados desde la simple vista o consideración de los reflejos de Dios en las criaturas, en que ya se inicia, hasta la *sublime contemplación de la divina verdad* «*in qua finaliter contemplatio perficitur*» (*ib*, a. 4, ad 3).

«*Utitur inquisitione rationis contemplativus*, advierte otra vez (*in III Sent.*, D. 35, q. 1, a. 2, sol. 2), *ut deveniat ad visionem contemplationis, quam principaliter intendit*; et haec inquisitio, secundum Bernardum, dicitur *consideratio*». «Cum vita contemplativa, prosigue (sol. 3), consistat in operatione quam quis *maxime intendit*, oportet quod sit circa *contemplationem maximi Amati*... Nihilominus tamen et contemplativus considerat alia, in quantum ad Dei contemplationem ordinantur sicut ad finem, puta creaturas, in quibus admiratur divinam majestatem, et sapientiam; et beneficia Dei, ex quibus inardescit in ejus amorem; et peccata propria, ex quorum ablutione mundatur cor, ut *Deum videre possit*».

A mejor lograr la perfecta pureza de corazón, quitando de nosotros las pasiones y perturbaciones que la impiden, se ordenan las mismas prácticas de la vida activa (*Contra Gent.*, III, c. 137). De ahí que, mediante ésta, puedan aun los más refractarios irse disponiendo para la contemplativa (2 2, q. 182, a. 4, ad 3), en que está el término final y coronamiento de la vida cristiana: «*Vita activa est dispositio ad contemplativam*». «*Unde et contemplativa finis est activae, et fini ultimo vicinior*. .; quia *vita aeterna non est nisi quaedam consummatio contemplativae vitae*» (*In III Sent.*, D. 35, q. 1, a. 3, sol. 3; a. 4, sol. 1). «*Vita contemplativa, advierte por fin (2-2, q. 182, a. 4, ad 1), non ordinatur ad qualemcumque dilectionem Dei, sed ad perfectam*».

Así en ella está el ejercicio característico de la perfección verdadera; la cual consiste en unirse al sumo Bien y gozar de El, contemplando a la suma Verdad: «*Tertium studium est ut homo ad hoc principaliter intendat, ut Deo*

*inhaereat, et eo fruatur: et hoc pertinet ad perfectos* (2-2, q. 24, a. 9). En esto es en lo que con preferencia se emplean, y aunque también se ha de procurar en los demás estados de la vida cristiana y a ello se debe tender siempre, no se podrá lograr bien hasta llegar ahí: «Eorum (perfectorum) studium circa hoc maxime versatur ut Deo inhaereant. Et quamvis etiam hoc quaerant et incipientes et proficientes, tamen magis sentiunt circa alia suam sollicitudinem, incipientes quidem de vitiatione peccatorum, proficientes vero de profectu virtutum» (*Ib.*, ad 3).

Esa perfección se logra—como tantas veces se ha dicho ya—mediante el pleno ejercicio de los dones del E. S., que son los que dan el último esplendor a las virtudes, elevándolas a una manera de proceder *sobrehumana* (*De Carit.*, q. un. a. 2, ad 17), y así permiten al hombre obrar con heroísmo y constancia, perseverando en el bien, a pesar de toda suerte de peligros y dificultades (2-2, q. 139, a. 1).

Las mismas virtudes teologales, dice expresamente, necesitan perfeccionarse con los dones. «Per virtutes theologicas... imperfecte anim diligimus et cognoscimus Deum... Secundum quod (anima) est aliquo modo et imperfecte informata per virtutes theologicas, non sufficit ipsa motio rationis, nisi desuper adsit instinctus et motio Spiritus Sancti». (S. Thom.), 1-2, q. 68, a. 2.—Y esta moción y ese instinto divino se muestran en el recto ejercicio de los siete dones.

Mediante ellos se hacen las almas verdaderamente *espirituales*, amigas íntimas de Dios (*Sap.* 7, 27), y por lo mismo *contemplativas* o *místicas*. Y así el oficio del don de sabiduría es *divina amata contemplari* (in III Sent. D. 35, q. 2, a. 1, sol. 3), pues de suyo tiende a ello: *Procedit... ad quamdam deiformem contemplationem* (*ib.*, sol. 1).

En efecto; eso es lo propio de la verdadera amistad: «Hoc videtur esse amicitiae maxime proprium, advierte (*Contra Gent.*, 1. IV, c. 22), simul conversari ad amicum: conversatio autem hominis ad Deum est per contemplationem... Quia igitur Spiritus Sanctus nos amatores Dei facit, conse-

*quens est quod per Spiritum Sanctum Dei contemplatores constituamur»*

Así es como se llega a participar de la condición de Dios y de la verdadera espiritualidad, y se procede a lo divino, según normas divinas y bajo la moción y dirección del mismo Divino Espíritu.

«Cum dona sint ad operandum *supra humanum modum*, oportet quod donorum operationes mensurentur ex altera regula... quae est ipsa Divinitas ab homini participata suo modo, ut jam non humanitus, sed *quasi Deus factus participatione operetur»* (in III Sent. D. 34, q. 1, a. 3). De ahí que, como contemplativo, se eleve el hombre a una altura sobrehumana: «Homo, in quantum es contemplativus, est aliquid supra hominem» (ib. D. 35, q. 2, a. 2, sol 2, ad 1). Y así se hace santo y espiritual por la misma comunicación que tiene del Espíritu Santificador, que le instruye y le mueve, y le dirige y gobierna y le comunica sus divinas propiedades (in Rom., 8, 14; in Joan., 3).—Por lo mismo afirma terminantemente (in Gal. 5, lect. 4, 7), que en la vida espiritual, para no andar vacilantes y expuestos a flaquear, *todo nuestro movimiento debe ser a impulso del Espíritu Santo*.

A estas alturas divinas se llega por tres grados, que todos podemos recorrer si de veras queremos; y así, quien no llega es sólo por su culpa, por no resolverse a hacer cuanto es debido, por no disponerse con la oración y mortificación y con encendidos deseos:

«Primo, dice (*Opusc.* 58, cap. 19), *debemus spiritualiter esurire, Christum ardentem desiderando*... Secundo, *debemus spiritualiter manducare totum Christum, scilicet membra et caput, id est, nosmetipsos et Sanctos, et Salvatorem mundi districta discussione cogitare, nosmetipsos dijudicando, Sanctorum vitam ad imitandum pertractando, incarnationis Christi beneficia devota mente ruminando*... Tertio, *debemus in spirituali manducatione delectari interna dulcedine*... Haec dulcedo spiritualis est quaedam praegustatio gaudii coelestis». *Gustare*, añade (*Opusc.* 61, c. 2), *perfectorum est*.

Y en efecto; esa admirable dulzura la tiene el Señor reservada para los que de veras le temen y le aman, y deseosos de verle y complacerle en todo, suben de continuo a buscarle a donde saben que El suele manifestarse: «al monte de la mirra y al collado del incienso».

«In myrrha, advierte el Santo Doctor (*in Cant.*, IV), *carnis mortificatio, vel mortificationum pro Christo tolerantia; in thure vero sancta devotio orationum accipitur. Mons ergo myrrhae et collis thuris, sunt excelsae animae sanctorum per contemplationem, Promittit ergo Sponsus se ad montem myrrhae venturum, et ad collem thuris, quia illas mentes sua visitatione dignatur inhabitare, quae membra cum vitiis et concupiscentiis mortificant, quae etiam seipsas per sancta orationum studia Deo gratum sacrificium faciunt*».

Las almas que así claman a Dios y así lo desean y lo buscan, de seguro le hallan, pues la buena oración nos introduce en la intimidad divina: «Facit nos familiares Dei (*Exposit. Orat. Domin.*)» «Ergo quisquis ita est vir desiderii, ut cupiat dissolvi et esse cum Christo, cupiat vehementer, sitiatur ardentem, assidue meditetur: is profecto suscipiet Deum». (*Opusc.* 60, *De Humanitate Christi*: inter Op. D. Th.)

Y aunque no todos lleguen a esas alturas de la vida mística, todos deben tender a ellas como a término de su perfección, y todos necesitan participar algo de ellas para poder seguir en buen estado: pues para esto es necesario *algun acto* o ejercicio de los dones (1-2, q. 68, a. 2; q. 69, a. 1; 2-2, q. 133, a. 1; in III *Sent.* D. 35, q. 2, a. 3, sol. 2; D. 36, q. 1, a. 3). Así, «quamvis ad perfectum statum contemplationis non perveniat omnis qui in vita activa est, tamen omnis christianus qui in statu salutis est, oportet quod aliquid de contemplatione participet» (in III *Sent.* D. 36, q. 1, a. 3, ad 3).

Y si esto puede, entretanto, bastar para algunos, otros deben dedicarse a ella como a su principal empleo, y no pocos, por el mismo puesto que ocupan y ministerio que ejercitan, necesitan ser *ya perfectos* y eminentes *contemplativos*:

«Quidam sunt, dice el mismo Santo Tomás (*in III Sent. D. 35, q. 1, a. 1, ad 5*), qui exercitiis activae insistent principaliter, quamvis etiam quandoque *contemplationis actus exequantur*: quidam vero sunt qui postpositis curis activae, principaliter contemplationi student: alii vero qui circa utrumque insistent. Sunt nihilominus et quaedam operationes quae *utrumque requirunt*, sicut *praedicatio et doctrina*, quae a *contemplatione inchoatae in actionem terminant*, sicut a causa in efectum procedentes.»

«Et quia praelatorum est, añade (*ib.*, a. 3, sol. 3), *in utraque vita perfectos esse*, utpote qui medii sunt inter Deum et plebem, a *Deo recipientes per contemplationem, et populo tradentes per actionem*; ideo oportet eos in moralibus virtutibus perfectos esse; et similiter praedicatores: *alias indigne quis praelationis, vel praedicationis officium assumit*.»

«No deben tan sólo, añade (2 2, q. 182, a. 1, ad 1), ocuparse en la vida activa, sino que deben sobresalir—*esse excellentes*—en la contemplativa.»

Y puesto que para la contemplación y para la misma perfección que nos es menester tanto en la vida activa como en la contemplativa nos son necesarios los dones del Espíritu Santo, de ahí que debemos pedirlos siempre y que sean un muy principal objeto de todas las peticiones del *Pater Noster*.

«Petitur, dice (*in III Sent. D. 34, q. 1, a. 6*), per quamlibet petitionem aliquid eorum quae ad aliquod donorum pertinent... Sicut *dona* sufficienter *perficiunt in omnibus* quae sunt activae et contemplativae vitae». «In hac oratione, añade (*ib.*, ad 3), non solum petuntur habitus donorum..., sed per singulas petitiones petuntur ea quae aliquo modo pertinent ad omnia dona.»

Así, para el Doctor Angélico la contemplación mística es cosa de suyo verdaderamente *ordinaria* en la *perfecta* vida cristiana—de la cual son inseparables ciertas experiencias propias de la vida mística—; es cosa ofrecida a todos los fieles y a que todos, si quisieran, podrían realmente llegar; pues no es obra de gracias *extraordinarias*, como lo son las llamadas *gratis datas*, ordenadas a una misión especial que a alguno se confía, y que pueden subsistir sin la santificante, sino de las incluídas en ésta, como ordenadas a la

propia santificación, y que por eso han sido de todos recibidas en el bautismo, para llevarlas a su plena expansión y desarrollo (in III *Sent.* D. 35, q. 2, a. 3, sol. 2; in I *Cor.*, 12, lect. 2). «Santo Tomás, conforme advirtió muy bien el P. Schwalm, jamás pone la contemplación entre las gracias *extraordinarias*. Hacer milagros, profetizar, discernir el Espíritu de Dios y los malos espíritus en los corazones, hablar lenguas desconocidas o entenderlas, curar las enfermedades sin remedios naturales, discurrir con una fe, una ciencia o una sabiduría brillante sobre las cosas de Dios..., tales son las gracias que el Doctor Angélico señala como puestas fuera de las *vías comunes*. Porque esas no señalan etapas en el camino de los justos y de los perfectos . . . Son gracias de utilidad pública y señales milagrosas de un gran designio de Dios. Mas la contemplación, al contrario, entra en el desarrollo normal de la virtud y de la perfección cristiana. Figura en la *Suma* como un *estado* . . . Este no es, ciertamente, el universal de las almas en gracia; pero es la *cumbre* a que el ejercicio de las virtudes *las encamina*; es la tranquila posesión de la verdad, antes asimilada y descubierta paso a paso en la meditación; es el efecto del amor divino triunfando de toda afición interior; es la causa de sus mejores progresos; es una manera de oración *de los aprovechados y de los perfectos*. Tales son las miras de Santo Tomás».

De ahí que en un opúsculo atribuido al mismo Santo Doctor (*Opusc.* 63, *De Beatitud.*, c. 3, *in fine*), se reprendía ásperamente, como a *ciegos y necios*, a los que pasan la vida *buscando a Dios* con las consideraciones y aspiraciones, sin tratar de *gozarlo* como a su verdadera posesión y bien que tienen en sus corazones mismos. Y así, por andar siempre buscándolo sin saber hallarle y gozarle, permanecen siempre *imperfectos*:

«In hac vita, dice, *continue deberemus frui Deo* tamquam re *plenissime propria* in omnibus operibus; et ad omnia opera in omnibus donis, et ad omnia dona. Ad hoc enim, teste Isaia, Filius Dei datus est nobis proprie ad fruendum. *Magna caecitas, et nimia stultitia* est in mul-

*tis* qui semper Deum quaerunt, continue ad Deum suspirant, frequenter Deum desiderant: quotidie in oratione ad Deum clamant et pulsant, cum ipsi, secundum verbum Apostoli, sint templum Dei vivi, et Deus veraciter habitet in eis, cum anima ipsorum sit sedes Dei, in qua continue requiescit. Quis nunquam nisi stultus quaerit instrumentum foris scienter quod habet reclusum; aut quis utiliter uti potest instrumento quod quaerit; aut quis confortatur cibo quem appetit, sed non gustat? Sic etiam vita cujuslibet justi Deum semper quaerentis, sed nunquam fruentis: et *omnia opera ejus minus perfecta sunt.*»

VII.—PERALDO, Arzobispo de Lyon, en su famosa *Summa virtutum*, enseña repetidas veces que la verdadera perfección cristiana supone el ejercicio normal de todos los dones del E. S. que ponen al alma en estado místico y de verdadera contemplación en que empieza a gustar de los frutos del Divino Espíritu y de las mismas bienaventuranzas en que se goza un presagio de la gloria (5. P. I).

Para el estado de *principiantes*, dice (3.<sup>a</sup> P. tr. 2, c. 5), basta el conocimiento de Dios que se tiene por la fe; al de *aprovechados* cuadra el del *don de entendimiento*; y al de los *perfectos*, el que proviene del *don de sabiduría*, mediante el cual se experimenta y gusta la divina suavidad.—«Sunt perfecti—advierte con la Epístola ad *Fratres de Monte Dei*—qui *Spiritu aguntur*, qui a Spiritu Sancto plenius illuminantur».

«Per sapientiam, añade (P. 4, tr. de donis, II), maturi sumus.»

VIII.—Del famoso Mtro. ECKARD, refiere Taulero (*Convivium M. Eckardi*) esta hermosa sentencia: «Quisquis veritate intus destitutus est, foris eam *diligat*, et sic eam *intus inveniet*».—Sólo así es como logrará la felicidad y perfección verdaderas, que están donde reina el Espíritu del Señor.—Y añade que, preguntado: «Unde quis opera Spiritus Sancti in anima sua cognoscere debeat?»; respondit ille: quad ex tribus illa cognoscantur:

Primum est, si indies corporales res atque delectationes, amorque naturalis in ipso decrescant. Secundum, si continue

in divino crescat amore et gratia. Tertium, si ex amore ac strenuitate quadam ad benefaciendum proximis suis, quam sibi ipsi, propensior sit.—Et unde bonus quisque scire poterit, num in oratione vel exercitio suo Deus sibi praesens adsit?—Hoc, inquit ille, similiter ex tribus intelligi potest. Primo, ex objecto illo quod electis suis Deus impendere solet, quod est seculi contemptus, et ad sufferenda quaelibet adversa animi promptitudo. Secundo, ex gratiae augmento, quod pro mutui inter Deum et ipsum amoris praestatur magnitudine. Tertio, ex hoc quod nunquam Deus ab homine discedit, quin novam eï veritatis demonstret viam.—Unde scire potest, si cuncta hominis opera pro gratissima Dei voluntate fiant?—Ex tribus, inquit ille. Primum, si perpetuam habeat conscientiae puritatem. Secundo, si se nunquam extra Dei unionem avertat. Tertium, si Pater coequestis suum in ipso Filium pariat incessanter... Aeternae veritatis discipulus et indagator ita vivere debet, ut quidquid auditu percipit, moribus et vita exprimat.»

Así piensan hoy los críticos que, a pesar de ciertas frases o expresiones desgraciadas que merecieron la condenación de Juan XXII, a que él humildemente se sometió, el fondo de su doctrina es ortodoxa, conforme daba a entender ya el B. Susón, que siempre lo veneró como a su Maestro.

IX.—El Beato ENRIQUE SUSÓN por su parte—aunque cuidando mucho de emplear expresiones más correctas—no se cansa de inspirar a todos sus lectores el encendido amor a la Divina Sabiduría, de que él estaba tan poseído, enseñándonos a buscarla incesantemente, ora camino del Calvario, ora en lo íntimo de nuestros corazones, ordenando todos nuestros trabajos y diligencias a ese fin, y a disponernos bien para recibirla, de cualquier modo que Ella se digne visitarnos, ya que en su íntimo trato y comunicación está nuestra felicidad y la plenitud de todos los bienes, y sin esto nos sería del todo imposible llegar a la verdadera perfección y santidad.

«Escucha en pocas palabras, le enseñaba su dulce Salvador (*Eterna Sabiduría*, c. 22), la regla de una vida pura y perfecta: Mantente apartado de los hombres y libre de recuerdos e imágenes de cosas pasajeras, guárdate de todo lo que pueda turbar tu corazón, ganar tu afecto o inquietar-

te con los cuidados del mundo, y levanta en todo tiempo tu espíritu a una secreta contemplación, en que Yo sea el único objeto de todos tus pensamientos. A este fin ordena todos los demás ejercicios espirituales, las vigiliias, ayunos, austeridades, etc., no practicándolos sino en cuanto a eso te ayuden. Así es como llegarás a la cumbre de la perfección, a donde apenas llega uno entre millares, porque la mayor parte de los cristianos se figuran que todo consiste en las prácticas exteriores. Y así es como se agitan años y años sin realizar ningún progreso, permaneciendo siempre lo mismo, siempre alejados de la verdadera perfección».

A un amigo le escribe diciendo (Carta X): «N. S. Jesucristo no ha llamado a sus siervos para una vida rastrera y ordinaria, sino para la perfección de una santidad sublime; puesto que dijo a sus discípulos: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto...*»

Para esto tienen que ser purificados, iluminados y santificados.—La purificación consiste en desterrar de nuestro espíritu toda imagen creada, aunque sea la del . . . más encumbrado Serafín. Debe el hombre morir a todo lo creado y no dejar entrar en su alma ninguna imagen, ninguna forma de criatura, para poder libremente pensar en sólo el Creador.

A la purgación suceden la iluminación y la claridad de la verdad divina; pues la Verdad es una luz que destierra las tinieblas de la ignorancia. Esta luz llega muchas veces sin intermedio; y hace que el alma sienta satisfacción y gozo, pues la trae imágenes y formas divinas. Cuanto más viva y abundante es esta luz, tanto más perfectamente muere el hombre a las cosas vanas y frágiles de la tierra y se reviste de incorruptibilidad. Las cosas temporales se le hacen repugnantes y no puede pensar en ellas sin fastidio y disgusto.

De ahí viene la perfección del alma. La cual consiste en la completa unión de nuestras potencias y de nuestras fuerzas intelectuales con Dios, al cual nos adherimos por una contemplación sublime, un amor ardiente y una fruición deleitosa del sumo Bien, en cuanto la flaqueza de nuestra condición lo permite.—Para remediar esa flaqueza, debe el alma escoger ciertas imágenes santas y divinas que puedan arrancarla de sí misma y elevarla a Dios. Y entre ellas la primera es la de J. C., Dios y Hombre, autor de todos los santos, y en quien se escuentran la vida, la recompensa y la felicidad del alma.—Quien se transforma en la imagen de J. C. llega a contemplar la gloria del Señor (2 Cor. 3, 18); y levantado por el Divino Espíritu, se remonta sobre la luz

de su dulcísima humanidad para transformarse en la claridad de su eterna Divinidad.

Así que, mi querido amigo, cuanto más fijemos nuestra vista en J. C., y nos conformemos con sus ejemplos, tanto más gozaremos de Dios, y tanto mayor será nuestra felicidad en el Cielo.

Sin esa consideración de los misterios de Cristo y la configuración con sus padecimientos, no es posible entrar en la aita contemplación, propia de la mística.

«Nadie puede llegar a las sublimes alturas de la Divinidad, le decía Nuestro Señor (*Eterna Sabiduría*, c. 2), ni gustar su extraordinaria dulzura, si antes no ha pasado por la contemplación de la amargura y bajeza de mi Humanidad. Sin eso, cuanto más uno se remonte, más abajo cae. Mi Humanidad es el camino que ha de seguir quien desea llegar a lo que tú buscas». «Es menester, le añade (c. 18), que entres por la abertura de mi costado, en mi Corazón herido de amor, y que allí te encierres; es menester que allí busques tu habitación y que allí mores. Entonces Yo te purificaré con agua viva y te enrojeceré con mi sangre, y me juntaré y uniré contigo eternamente». «El alma que quiere poseerme interiormente y gozar tiernamente de Mí, le vuelve a decir (c. 23), debe antes purificarse de sus imperfecciones, adornarse de virtudes, desprenderse de todo, cubrirse de las rosas encarnadas de un ardiente amor, de las hermosas violetas de la humildad y de las blancas azucenas de la pureza. Debe prepararme un lecho con la paz del corazón, pues la paz es el lugar donde Yo habito (*Ps.*, 75, 2), y debe estrecharme entre sus brazos, excluyendo cualquier otro amor, pues Yo lo detesto y no lo puedo tolerar. Debe cantarme el cántico de Sión, es decir, un cántico de ardiente amor y de profunda alabanza, pues quiero abrazarla y debe reposar sobre mi Corazón. Si entonces me busca en silencio, si me contempla y siente un gozo extraordinario, un anticipado gusto de la eterna dulzura, un sentimiento de la eterna bienaventuranza, que lo guarde y lo conserve, que quien no está familiarizado con estas cosas no puede sentirlas».

Y para familiarizarse con eso, «hay que buscar al Espíritu Divino, advertía el mismo B.<sup>o</sup> Susón (*Sermo II*), en lo más profundo de nuestro sér, en lo más íntimo de nuestra alma, y hablarle de espíritu a espíritu, de corazón a corazón. Así dice Nuestro Señor que adoremos *en espíritu y en verdad*. Dios comprende la palabra del corazón, el lenguaje del alma».

Para esto es menester una gran pureza de corazón y un completo desprendimiento de todo lo terreno, sin ningún apego a nada creado. Mas, tan pronto como esto se logre, ya empieza el alma a ser atraída por Dios y elevada a la divina contemplación.

«Así como una pluma que no está pegada a nada, advertía el mismo Salvador (*Eterna Sabid.*, c. 24), es fácilmente levantada en los aires, así también el alma, libre de toda pesadez del pecado, muy fácilmente puede elevarse hacia las cosas celestiales con un ligero soplo de la contemplación espiritual. Por eso, cuando un alma está libre de deseos terrenos y tranquila, toda su atención, en cuanto es posible, quedará fija en el Bien inmutable, y así en todo tiempo me alaba, pues cuando el alma ha llegado a esa pureza, el sentido humano queda en cierto modo transformado, de terrestre que era, en espiritual y angélico, y entonces todo lo que el hombre recibe del exterior, todo cuanto hace y obra, que beba, que coma, que duerma, que vele, no es otra cosa sino una purísima alabanza.»

Y esta divina comunicación, en que está la verdadera perfección y santidad, a todos se nos ofrece, y todos deberíamos aceptarla muy agradecidos. Pues «la Eterna Sabiduría, decía el mismo B.<sup>o</sup> Susón (*Vida*, c. 4), se nos presenta en las Sagradas Escrituras como una amante afable y llena de encantos, que está deseosa de atraer hacia sí todos los corazones; y así nos muestra cuán engañosos son los otros amores, mientras el suyo es tan firme y tan sincero». Por lo cual, al oír él los reiterados llamamientos que la misma Sabiduría nos hace en los Libros Sapienciales, quedaba tan prendado de ella y tan encendido en deseos de buscarla, que ya no pudo descansar más hasta lograr poseerla y ser de ella poseído.

Así debíamos hacer todos. «Todos los buenos cristianos se alegran, advierte él en otro lugar (*Sermo I*), de lo íntimo y familiar que, por su Encarnación, se nos ha hecho Nuestro Señor; de que se nos ha dado con todo cuanto es y puede hacer, y de que «*está aún dispuesto a darse a nuestra alma en todos los momentos*. Nada hay en la tierra tan accesible ni tan fácil de alcanzar como Dios, pues basta para ello nuestra buena voluntad y la fuerza de los deseos, y cuando no queremos dejarlo entrar en nuestro corazón, El se queda a la puerta llamando. La S. M. Iglesia nos exhorta muchas veces a prepararnos para recibir al Señor».

Por no querer hacer caso de esta amorosísima invitación

es por lo que la inmensa mayoría de los cristianos, y aun de los religiosos, se quedan siempre tan faltos de bienes espirituales y tan lejos de su perfección verdadera. Así se le mostró el Señor como un pobre peregrino llamando a todas las puertas, y de casi todas era indignamente rechazado. «He ahí, le fué dicho (*Eterna Sabid.*, c. VI), por qué, siendo tantísimos los llamados a la celestial contemplación, viene a resultar tan corto el número de los escogidos».

X.—Idéntica es en sustancia la doctrina del V. JUAN TAULERO, el admirable «Doctor iluminado», que de tanto y tan merecido crédito gozó siempre entre los verdaderos espirituales, logrando ser quizá quien más influencia ejerció en los grandes místicos posteriores o en quien más se inspiraron los buenos maestros de espíritu, por más que otros, incapaces de entenderle, no le mirasen con buenos ojos.

En su famoso Sermón sobre el tema *Ecce Sponsus venit* hace ver cómo esta voz realmente se dirige a todas las almas que de veras desean agradar a Dios y alcanzar su perfección.

En las *Divinas Instituciones*—resumen de sus enseñanzas—, en que trata de los más altos arcanos de la vida mística, se empieza animando a todos, aun a los mayores pecadores, a que se corrijan y purifiquen bien de todos sus pecados, vicios e imperfecciones, y con todas las prácticas ordinarias de la vida ascética, y especialmente con la continua mortificación, abnegación, humildad, paciencia, resignación y completa entrega en las manos divinas, recogimiento, introversion, abstracción, fidelidad a la gracia y docilidad a las inspiraciones, se dispongan para entrar en íntima comunicación con Dios y llegar así hasta la cumbre de la santidad a que debemos tender siempre; y a la cual, si no llegamos, no es por falta de invitaciones dirigidas a todos, sino por nuestra resistencia al Espíritu Santo, por nuestra dissipación y derramamiento en las cosas exteriores y por no purificar el corazón y desprenderlo de los afectos y apegos que lo llenan y vician.

«La primera cosa que en nosotros pone embarazo a Dios

y su gracia, dice ya en el cap. V, es la naturaleza inmortificada y desordenada... Muy fácilmente por los sentidos nos derramamos..., somos supérfluos en palabras... y perezosos y tibios en la oración, no dirigiendo a Dios ardientes suspiros y deseos. No observamos nuestro interior ni procuramos, mediante la abnegación, corresponder a las divinas inspiraciones, ni asistimos con atención y viveza a la presencia de Dios, y, apartando nuestra mente de aquella simplicísima luz que está dentro de nosotros, nos derramamos en otras muchas cosas; y por eso no somos iluminados ni acabamos de conocernos, y permanecemos en lo interior varios e inconstantes, y fuera en los sentidos insaciables.»

«Estando Dios dentro de nosotros, prosigue (cap. VI), ¿cuál es la causa de que no le sintamos? La causa es porque—con nuestra disipación—no puede obrar en nosotros su gracia... El ojo de nuestra inteligencia está lleno de polvo y lodo, porque no queremos morir a nuestra sensualidad y convertirnos de todo corazón a Dios. Y esta es la razón de que no obre la luz de la divina gracia en nosotros». —Para que ésta obre es menester, pues, renunciar a los vanos placeres del siglo e imprimir en el corazón la memoria de los padecimientos del Salvador. Entonces, añade luego (cap. VII), dejando toda ocupación exterior innecesaria, «se pondrá uno en silencio mental, y esto con varonil y eficaz resignación de la propia voluntad y abnegación en todas las cosas, en verdadera humildad como un muerto... Ejercitándose el hombre en esto, llega a una cierta *quietud* y sosiego de los sentidos exteriores, que antes eran muy activos..., y el espíritu, con sus fuerzas supremas..., llega a una cierta *experiencia sobrenatural*, desde la cual, esforzándose a pasar más allá de la propia naturaleza..., es conducido a una opulentísima perfección..., en que recibe un perpetuo influjo de consolación celestial, y así aprende a mirar virtuosamente todas las cosas... Mientras el propio sentido, el entendimiento y la voluntad no están bastante mortificados..., siempre el hombre permanece rudo, y no merece ser iluminado ni bautizado en el Espíritu Santo.»

«La principal causa de que tan pocos lleguen a este feliz estado, dice (cap. XXV), es porque no perseveran en solicitarle y ponen poco o ningún cuidado en la extirpación de los defectos y vicios, en alcanzar la pureza de corazón y en allegarse perpetuamente a Dios... Todos los demás ejercicios—como la meditación, las oraciones vocales, los ayunos y vigiliass—han de ordenarse como a su propio fin, a esta amorosa unión con Dios, y en tanto se deben tomar con verdadera discreción en cuanto a ella conducen».

Se encuentra este místico tesoro del *Reino de Dios*, asegura luego (c. 28), «aprendiendo uno a ser diligente morador de sí mismo, y a recogerse dentro de sí con una perpetua *introversión*, porque allí verdaderamente se siente resplandecer la luz, allí se oyen las inspiraciones, los movimientos y los instintos del E. S., los cuales debe con diligencia el hombre seguir, porque este Espíritu Divino sin cesar tira, insta y atrae a los suyos... Todo esto debe advertir en sí el hombre interior y devoto para que pueda *sentir a Dios dentro de sí*, y habitando continuamente consigo le dará lugar para que en él disponga y lleve su obra a perfección. No es otro el lugar de Dios sino el interior... El que rehusa ir a donde está el tesoro, no tendrá razón de quejarse que es pobre..., como, ¡ay dolor!, muchos, vanísimamente, se quejan, que nada les concede Dios, que no los atrae ni lo sienten dentro de sí. Porque, ¿con qué razón puede culpar al sol, que no esparce los rayos de su luz en lo más retirado de su casa, aquel que cierra y cubre todas las ventanas por donde ha de entrar?... Al hombre interior... el divino Sol continuamente le envía los rayos de su luz en el nobilísimo centro de su alma y... levanta más y más el espíritu hasta que lo conduce a la esfera de su Divinidad y lo hace totalmente divino».

«El Espíritu Santo, dice en otro lugar (*Serm. 2 de Pentec.*), hace en nosotros dos cosas: nos vacía y luego llena ese vacío hecho... Cuanto más vacíos estemos, tanto mayor capacidad tendremos para recibir... Es menester que salga el agua para que pueda entrar el fuego... Para que Dios entre en nosotros, es menester que salga la criatura... Tan pronto como se realice esa primera operación, ejecutará el Espíritu Santo la segunda, llenando la capacidad del corazón que El mismo ha vaciado».

«*Totam domum* fuisse repletam legimus, advierte otra vez (*Serm. 3.º in Pentec.*)... Ea namque Dei liberálitas est, ut quocumque venerit, omnem capacitatem, cunctosque animae sui capacis angulos adimpleat.

...*Erant omnes pariter in eodem loco*, inclusi et quieti quando Spiritum S. susceperunt. Sic usque hodie idem hic superdulcissimus Spiritus S. unicuique fideli infundit, quoties se totis viribus a creaturis omnibus avertens, ad Deum Creatorem suum convertit. Eodem plane momento, quo hid agit, Spiritus S. cum omni supellectili sua adveniens, cuncta desideria, universam essentiam, et totum animae illius fundum adimplet... Caeterum quamvis in bonis omnibus sit Spiritus S., hunc tamen ejus adventum et operationem non omnes aequaliter sentiunt. Quisquis autem operationem illius

singulari quodam modo sentire, ipsumque per dulcis saporis perceptionem praesentem experiri desiderat, huic imprimis necessarium est, ut sese ad se recipiat intro, recolligatque, a cunctis exterioribus se abstrahat et includat, totumque se Spiritui Sancto in quieto silentio et silenti offerat exhibeatque quiete, ut in ipso operari possit: ita demum paulatim illius operationem sentire incipiet, tantoque se illi manifestiorem redet Spiritus S., quanto ad hoc se studiosius convertet, ita ut eum de hora in horam sentiat apertius, quamvis etiam prius, cum non sentiret, revera illi datus fuerit...

...Quod... *omnes pariter in eodem loco* fuisse scribuntur, satis nos admonet vires nos omnes, externas quam internas, debere colligere, ut in omnibus operandi locum habeat Spiritus S. Magna siquidem ille et mira operatur, ubi locum invenit. Deinde sicut Apostoli sedisse leguntur, quando Spiritum Sm. susceperunt, ita et etiamnum quisquis eundem recipere exoptat, veraciter sedere debet, ita scilicet, ut seipsum et creata omnia in Dei beneplacitum transfundat, tam in adversis quam in prosperis ..

»Denique hoc pacto visitat, deducit, ac provehit Spiritus S. quotquot illi locum exhibent praeparantque, quem seipso implere possit, quique illum domicilii cordis sui patremfamilias esse sinunt, et ipsum ex animo sequuntur. Quam ergo libenter toto affectu nos ipsos et omnia relinquere et abnegare, atque hunc superdulcissimum et liberalissimum Spiritum sequi debemus, qui... *omni adhuc die, imo et qualibet hora, datur omnibus qui illius sunt capaces...*»

XI.—Muy conforme a esto es lo enseñado en los preciosos *Diálogos* de STA. CATALINA DE SENA (cap. 26), donde el Eterno Padre declara cómo en el Puente que une el Cielo con la Tierra, esto es, en J. C., hay *tres escalones* en los cuales, le dice, reconocerás *tres estados del alma* que voy a declararte:

«El primer escalón son los pies, que significan el afecto; porque así como los pies llevan el cuerpo, así el afecto lleva al alma. Los pies de Cristo traspasados te sirven de escalón para que puedas subir al Costado, *donde se te manifestarán los secretos de su Corazón*. Porque en subiendo allí, empieza el alma a gustar los afectos más cordiales, poniendo los ojos de la inteligencia en el Corazón entreabierto de mi Hijo, donde encuentra consumado el amor inefable... Por lo cual, viéndose tan amada, se llena de amor. Y levanta

tada a este escalón segundo, del costado, puede llegar al tercero, esto es, a la boca, donde encuentra la paz después de la guerra que sus culpas le habían causado. En el primer escalón, levantando los pies de la tierra, se despoja del vicio (vía purgativa); en el segundo (vía iluminativa), se llena de amor con la virtud; en el tercero (unitiva), gusta la paz».

Los dos últimos, como es evidente, caen de lleno dentro de la mística, pues pertenecen a almas que están ya levantadas a la contemplación y participan más o menos de la comunicación de los secretos divinos.

Estos escalones se suben mediante la penitencia, la mortificación y la continua oración, la cual de vocal e imperfecta, con la fiel perseverancia se convierte en mental perfecta, o sea en contemplación (*ib.*, c. 66). Y «de ninguna manera, se advierte allí desde un principio (cap. I), gusta tanto la criatura y es tan iluminada de aquella divina Verdad, cuanto por medio de la oración humilde y continua».

Y pues todos tienen a su disposición aquel místico puente, «mira, se le dice (c. 27), cuán grande es la ignorancia y ceguedad del hombre, que quiere pasar por el agua teniendo desembarazado el *camino*, el cual es de tanto placer a los que van por él, que toda amargura se les hace dulce, y muy ligera toda carga. Estando éstos aún en las tinieblas del cuerpo hallan luz, y siendo mortales hallan vida inmortal, gustando con el afecto de amor y luz de la vida eterna, pues prometo refrigerio y descanso a quien se afane por Mí, porque bien conocéis que soy agradecido y justo, y que doy a cada uno según sus méritos... Ni los ojos pueden ver, ni el oído oír, ni la lengua explicar el contentamiento que tiene quien va por este camino, porque *aun en esta vida gusta y participa del bien que le está dispuesto* y aparejado para la eterna. Con que muy loco es quien desecha este bien y elige antes gustar en esta vida las arras del infierno, pasando por abajo, por donde pasa con muchos trabajos sin bien ni refrigerio alguno, pues por su pecado está privado de Mí, que soy sumo y eterno Bien».

Por aquí vemos cómo se van dando allí desde un principio altísimos consejos, propios de la vida mística, hacia la cual se encamina a toda suerte de almas sin excluir a ninguna, por pecadora e indigna que sea, con tal que se resuelva a cambiar de vida y emprender el verdadero camino.

Entrando por éste, luego van endulzándose las lágrimas que todos tienen que derramar, y en vez de ser provocadas por el amor propio o por el temor servil, van siéndolo por purísimo amor de Dios, mediante el cual se sienten las divinas dulzuras y se logra gozar de la comunicación de los más íntimos secretos.

Hasta llegar aquí aún es el alma imperfecta y está expuesta a no pocos peligros y engaños y a retroceder en vez de adelantar.

«En muchos inconvenientes, le advertía el mismo Eterno Padre (*ib.*, cap. 60), caen los que suben la escala sólo con el temor servil y el amor mercenario. Deben, pues, elevarse y proceder como hijos, sirviéndome por puro amor desinteresado... Y, en efecto, si no abandonan el ejercicio de la santa oración y de las demás buenas obras, y con perseverancia van creciendo en la virtud, *llegarán, sin duda, al verdadero amor filial...* Yo os correspondo al amor con que soy de vosotros amado. Si me amas como el siervo, Yo, como Señor, te pago el salario que hayas merecido. Pero no me manifestaré a tí, porque los secretos se manifiestan sólo al amigo que está identificado con uno mismo, y no al siervo... Lo mismo sucede a estos tales, que, mientras permanecen en el amor mercenario, no me manifiesto a ellos. Mas si corrigiendo sus imperfecciones y desarraigando el amor propio, a la luz de la santísima fe procuran reprimir los movimientos del temor servil y del amor mercenario, me complacerán tanto, que llegarán de este modo a ser tratados como amigos. Y así *me manifestaré a ellos*, conforme a lo que dijo mi Verdad: *Si alguien me ama..., me manifestaré a él...* Tal es la condición del carísimo amigo... porque el amor transforma en la cosa amada. Y si es hecho una misma alma, ninguna cosa le puede ser secreta.»

Aquí sólo es donde se halla la verdadera perfección, en la cual se cifra un verdadero comienzo de la felicidad eterna.

«Conoce, hija mía, le decía otra vez el Eterno Padre (*Diálogos*, c. 8), la perfección de este estado unitivo en que el ojo del entendimiento es arrebatado del fuego de mi caridad, en la cual reciben mis siervos las luces sobrenaturales. Con estas luces me aman, porque el amor sigue a la inteligencia, y cuanto más se conoce más se ama, y cuanto más se ama más se conoce, y así lo uno es alimento de lo otro... Este es aquel excelentísimo estado en que, siendo aún mortales, gozan con los inmortales: de suerte que muchas veces

la unión viene a ser tal, que apenas saben si están en el cuerpo o fuera de él, y gustan las arras de vida eterna.»

A estas sublimes alturas somos llamados todos, y si nosotros quisiéramos corresponder a la invitación, podríamos seguramente llegar sin miedo de ser excluidos.

«Todos y cada uno en particular, le había dicho ya a la Santa el mismo Eterno Padre (*Diálogos*, c. 53), habéis sido invitados por mi Verdad cuando en el Templo, con ardiente deseo, exclamaba: *Quien tenga sed, venga a Mi y beba*... Hallaréis de beber, hallando y gustando el fruto de su preciosa Sangre. Y hallándoos en El os hallaréis en Mí, que soy mar pacífico, porque soy una misma cosa con El... Así sois invitados a la Fuente del agua viva de la gracia... Pero debéis perseverar hasta encontrarme a Mí, que os doy agua viva, y os la doy por medio de este dulce y amoroso Verbo, mi Unigénito». «Os conviene, pues, añade (c. 54), tener sed, pues sólo los que la tienen son invitados por esas palabras: *quien tiene sed, venga a Mi y beba*. Quien no tiene sed, no persevera caminando.»

XII. — SAN VICENTE FERRER aconseja despreciar todo lo terreno para quitar cuanto antes los obstáculos que ahogan las divinas inspiraciones e impiden progresar en la virtud; y luego cultivar ésta para conseguir una perfecta pureza de corazón que nos disponga para la contemplación divina. Aquí está toda la perfección: y sin gustar de las dulzuras de Dios siempre será uno todavía muy imperfecto.

«Extirpatis, igitur, dice (*De Vita spirituali*, 1.<sup>a</sup> P., c. 3), multis sollicitudinibus quae impediunt virtutum semina, ne, quantumcumque in agro cordis saepe et saepius seminata *inspiracione divina*, valeant pullulare: jam tibi superest cura virtutibus illis amplius insudare, quae te adducunt ad illam *cordis munditiam*, per quam *interiores oculi*, juxta Salvatoris eloquium (Mt. 5, 8), *aperientur in contemplatione divina*, per quam habeas quietem et pacem...: ut jam non libeat homini aliquid cogitare, nisi de Deo, vel propter Deum »

«Ad hoc ergo, prosigue (c. 4), siŕ totum studium tuum, ut teipsum in pace et tranquillitate cordis possideas». «Sic, dum in seipsum reflectitur, *contemplationis oculus dilatatur*. Et ex tali contemplatione animus ad bona coelestia inardescit» (*ib.*, c. 6).

Privándose, añade (2.<sup>a</sup> P., c. 5), por amor de Dios de

algunos regalos innecesarios, logrará seguramente participar de los consuelos divinos: «Si dimiseris propter Christum haec, non dubito quin tibi parabit in dulcedine Christus Dominus cibum consolationis spiritulibus». Y después de precaver contra el peligroso deseo de favores extraordinarios que halaguen la vanidad (*ib.*, c. 11), encarga olvidarse uno de sí y buscar a J. C. de modo que venga a quedar transformado en El, y con El muerto y resucitado: «Oportet, dice (3.<sup>a</sup> P., c. 1), quod diffidas de te ipso totaliter, et de omnibus bonis tuis... et convertas te totum, et reclines super brachia Jesu Christi pauperrimi... et Jesus Christus crucifixus vivat in corde tuo, et tua anima, et totus transformatus, et transfiguratus, cordialiter sentias in te...; et sis mortuus mundo, et vivus in fide; et quod in illa fide vivat tota anima tua, usque ad resurrectionem (mysticam), in qua Dominus immitet *gaudium spirituale, et domum Sancti Spiritus in animam tuam...*»

«Debes, añade (c. 2), procurar gustar cuanto puedas de la suavidad divina... y pedirla a Dios, diciéndole...: Bone Jesu, fac, ut totis medullis et mente te amem... Da etiam ut... semper reficiar dulcissima tua et ineffabili suavitate.»

Finalmente (cap. 3), entre las «perfecciones necesarias al siervo de Dios», cuenta estas tres, que implican un alto grado de contemplación: «Diuatissima, et continua recordatio beneficiorum Dei...; die ac nocte stare in oratione...; *gustare et sentire de divino dulcore continue.*»

«Consolatio autem spiritualis, advierte en otro lugar (*Ty. Consolatorius*, c. 3), a Deo liberaliter cunctis ad se confugientibus infunditur.»

Si no logramos, pues, gozar de los consuelos reservados a las almas perfectas, no echemos la culpa sino a nuestra propia negligencia y pusilanimidad.

XIII.—«Dios, decía el famoso P. BAPTISTA DE CREMA, O. P. (*De la cognitione et vittoria de si stesso*, l. 1, cap. XIX), no falta a ninguna suerte de hombres, para querer hacerlos perfectos; pero algunos—y muchos por desgracia—se faltan a sí mismos, y echan la culpa a otros, y entre ese número figuran los pusilánimes».

XIV.—A mediados del siglo XVI el P. Marcos CATTÁNEO, Arzobispo de Rodas, escribió, para uso de una hermana suya, religiosa de la Orden, un libro—editado en 1863—que

se titula *Della vera Perfezione*, donde le muestra cómo ha de ir subiendo, a lo largo de las tres vías, «purgativa, iluminativa y unitiva», por una continua abnegación y abstracción de todo lo sensible, y aun de todo lo inteligible (capítulos 24-25), hasta poder entrar, mediante una sabia *ignorancia*, en la gran *tiniebla divina* (capítulos 28-29) y llegar a la cumbre de la *mística teología*, con la cual, dice (cap. 22), se identifica la verdadera santidad y perfección cristiana. Así atestigua que el verdadero y perfecto amor a Dios produce en el alma efectos maravillosos—propios de la vida mística—tales como la «languidez, licuefacción, embriaguez, vulneración, éxtasis, transformación», etc. (capítulos 35-36).

XV.—S. LUIS BELTRÁN en sus *Sermones* de la Resurrección de N. S. muestra cómo el perfecto y fino amor de Dios es ya de suyo *infuso*, pues tiene facilidades maravillosas con que N. S. favorece a quienes de veras le buscan, como las santas Mujeres.

Estas, dice (Serm. II), «como de veras amaban, en ninguna cosa hallaron estorbo para ir a cumplir su deseo... Salen de casa con tinieblas de la noche, y llegan al sepulcro salido el sol; para darte a entender, que no luego que sales de la casa de la culpa en que estabas luego sale el Sol, luego cesan las tinieblas... No se quitan luego las malas inclinaciones y deseos. Es menester primero caminos de virtud en virtud; y antes de llegar al monumento de la vida eterna, *habrá salido el Sol de la vida perfecta* (que no sale cuando nosotros queremos, sino cuando El ve que es llegada su hora), y quitará las tinieblas de la imperfección de la vida pasada (que nosotros con todas nuestras diligencias, propias de la vida ascética, no habíamos podido quitar). Pues cuando llegaron al monumento vieron la piedra quitada... Véis aquí cómo se ha Dios con los buenos en esta vida, que cuando ellos han hecho todo lo que sus fuerzas son bastantes para hacer alguna obra de virtud, y no bastan para ella, *entonces suple con fuerzas del cielo, para que con ellas podáis lo que no pudisteis con las vuestras*. Cuando vos perdéis la esperanza del auxilio de los hombres, *envía Dios el suyo del Cielo*. Y si este auxilio sobrenatural no viene, es sólo por nuestra falta de ánimos, por nuestra poca generosidad, junta con la poquísima confianza y

perseverancia. «¿Cuántas veces os parecerá, prosigue, que las obras de virtud son una piedra tan pesada que vosotros no la podéis revolver?... ¿Cuántos hallaremos que quieren ser semejantes a estas mujeres en desear ver la piedra quitada?... Mas qué poquitos hay que las imiten en el ánimo que tuvieron, que aunque sabían que el sepulcro estaba cerrado... no por eso dejaron de ir su camino... Esta confianza quiere Dios que tengas en El en las cosas árdidas y dificultosas, que aunque os parezca que no hay remedio humano, para alcanzarlo, que entonces confiéis en Dios, que *El lo enviará del cielo, El quitará esa piedra de la dificultad, que halláis, y os será cosa fácil y dulce, lo que os parecía difícil*».

Así se regocijarán viendo cuán largo es el Señor en premiar en esta misma vida a los que de veras le buscan; y al fin siempre favorece más a quien más le ama.

«Oh dichosas mujeres, añade (Serm. III), y cuán gran razón tenéis de alegraros, pues halláis más de lo que buscásteis y deseásteis. Buscásteis al Salvador muerto, y le hallásteis resucitado.—Así es. *buscad a Dios, que yo os aseguro que halléis más contento del que jamás pudisteis pretender*, no sólo en la otra vida, sino también en ésta. Pareceles a algunos que en el servicio de Dios hay mucha tristeza, mucho desabrimiento. Ese hallaréis si servís al mundo y a vuestros apetitos, que os prometen descanso, y os enredan en grandes trabajos. Al revés es en el servicio de Dios: pensáis que os hallaréis tristes...; y .. nunca tuvo nadie tanto consuelo .. Para Dios no hay hombre ni mujer: *aquel que más le ama, le es más agradable, y a ese más favorece*».

A esto vendrá a nosotros si le amamos: *Ad eum venimus...* «Viene Dios a una alma, añade (Serm. de Pentec.), para enriquecerla, como un Rey con toda su Corte, sus tesoros, sus bajillas, sus aparatos; ¿cuál debe de dejarla?, ¿qué rica?, ¿qué favorecida?, ¿qué alumbrada?, ¿qué llena de amor? Pero es menester para tanto huésped desembarazarle el aposento, no ponerle en la casa, puerta, en el zaguán ni en el patio, sino allá en lo último de tu corazón, y en lo escondido de tu alma entrarle: *Fili, prebe mihi cor tuum* (Prov. 23, 26)».

«Desea que le pidáis para daros. A la Samaritana dice: *Tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam*.—No pone duda en el dar, sino en el pedir vos; que si pedís, *sin falta que se os dará*». (Serm. fer. 2, Pentec.).

«La oración advierte el mismo Santo (Sermón para Do-

min. IV p. Oct. Pasc. fer. 2), es de tanta excelencia, que tiene *familiaridad con el mismo Dios*; y está el orador con Dios en una cámara y aposento... Todo lo alcanza .. es la paloma de Noé, que siempre vuelve con ramo verde de olivo de misericordia. *Benedictus Deus, qui non amovit orationem meam, et misericordiam suam a me (Ps. 65, 20)*. Juntas van la oración y la misericordia».

«La oración *amicos Dei et prophetas constituit (Sap. 7, 27)*. El ser amigo consiste en el amor que está en la voluntad, y el ser profeta alumbra el entendimiento».

Así el alma que procura orar como conviene, va poco a poco subiendo hasta la más alta contemplación y las embriagueces de amor.

«Tres maneras hay de oración, añade (*Adic. a. id.*); la primera *vocal*, como los que rezan el Oficio Divino... La segunda es cuando dentro en nuestro corazón, sin pronunciar palabra la boca, *sólo el corazón habla* con el Señor, y dentro de nosotros le pedimos todo lo que hemos menester (*oración afectiva*).—La tercera manera de orar se dice *mental o espiritual*, con que se alza lo más alto de nuestra alma más pura y afectuosamente a Dios con las alas del deseo y piadosa afección; es forzada por el amor, el cual mientras mayor es tiene menos palabras y más comprensoras, y que hacen más al caso; porque el amor que es verdadero no sabe buscar palabras de rodeos ni razones; mas callando obra grandes cosas. De éstos dice el Señor: *Veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate*.—Y no dice el ánima que así ora sino aquello de los Cantares (2, 4)...: *Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem*. .»

XVI.—En conformidad con esto el V. P. Fr. LUIS DE GRANADA nos declara repetidas veces que, con la asidua y ferviente oración, acompañada como debe ir de la mortificación, se alcanza seguramente la íntima comunicación con Dios y la verdadera participación de la mística sabiduría. Así, a la manera que Taulero, con tratar directamente de la vida mística, con ella iba mezclando casi todo lo perteneciente a la ascética, él, tratando principalmente de asuntos ascéticos, con ellos junta a cada paso muchos pertenecientes a la mística, mostrando así muy bien cómo esas materias se hallan en realidad muy unidas y compenetradas.

Por eso cuantas veces trata de la meditación u oración discursiva, que es sin duda alguna lo más característico de la ascética, o *via activa*, suele dar muy oportunamente ciertos avisos relativos a la contemplación infusa, del todo propia de la mística, o sea de la *via pasiva*. Y es porque aun en la oración que suele pasar por más común y ordinaria, si es verdaderamente fervorosa, se va mezclando, más o menos, con lo adquirido lo infuso, con lo activo lo pasivo.

Así declara terminantemente al tratar de la *Devoción* (cap. I, § 2.<sup>o</sup>), que ésta, la oración, la contemplación y las consolaciones espirituales, «aunque en la escuela andan apartadas, en el ejercicio andan juntas, porque por la mayor parte, *donde está la perfecta oración, ahí está la devoción y la contemplación y la consolación y el amor actual de Dios*, con todo lo demás, porque es tanta la semejanza que hay entre estas cosas, que fácilmente hay tránsito y pasaje de las unas a las otras... Siendo esto así, tratar agora de los medios por do se alcanza la devoción, es tratar de los medios por do se alcanza la perfecta oración y la contemplación y las consolaciones del Espíritu Santo y el amor de Dios y la sabiduría del Cielo, y aquella beatísima unión de nuestro espíritu con Dios, que es el fin de toda la vida espiritual, y, finalmente, esto es tratar de los medios por donde se alcanza el mismo Dios en esta vida, que es aquel tesoro del Evangelio, aquella preciosa margarita por cuya posesión el sabio mercader alegremente se deshizo de todas sus cosas (*Mt.*, 13).

En efecto, «oración, advierte muy bien otra vez (*Tr. breve de la Orac.*, Preámb.), es un levantamiento de nuestro corazón a Dios, mediante el cual nos llegamos a El, y nos hacemos *una cosa con El*. Oración es subir el ánimo sobre sí y sobre todo lo criado, y juntarse con Dios y engolfarse en aquel piélagó de infinita suavidad y amor. Oración es salir el ánimo a recibir a Dios cuando viene a ella, y traerlo a sí como a su nido, y aposentarlo en sí como en su templo; y allí poseerlo, y amarlo, y gozarlo. Oración es estar el ánimo en presencia de Dios, y Dios en presencia de ella, mirando El a ella con ojos de misericordia, y ella a El con ojos de humildad, la cual vista es de mayor virtud y fecundidad que la de todos los aspectos de las estrellas y planetas del cielo. Oración es una *cátedra espiritual* donde el ánimo, asentada a los pies de Dios, *oye su doctrina* y recibe las influencias de su misericordia, y dice con la Esposa en sus Cantares (*Cánt.* 5): «Mi ánimo se derritió después

que oyó la voz de su Amado». Porque, como dice San Buenaventura, allí enciende Dios el ánima con su amor, y la unge con su gracia, la cual así unvida, *es levantada en espíritu, y levantada contempla*, y contemplando ama, y amando gusta, y gustando *reposa*; y en este reposo tiene toda aquella gloria que en este mundo se puede alcanzar.

«De manera que la oración es una pascua del ánima, unos deleites y abrazos con Dios, un *beso de paz* entre el Esposo y la Esposa, un *Sábado espiritual* en que Dios huelga con ella, y una casa de solaz en el monte Líbano, donde el verdadero Salomón tiene sus deleites con los hijos de los hombres (III Reg 7; Prov. 8).. Ella es leche de los que comienzan, manjar de los que aprovechan, puerto de los que peligran y *reposo de los que triunfan*. Ella es medicina de enfermos, alegría de tristes, fortaleza de flacos, remedio de pecadores, *regalo de justos*, ayuda de vivos, sufragio de muertos y común socorro de toda la Iglesia. Ella es una *puerta real* para entrar en el *Corazón de Dios*, unas *primicias de la gloria* advenidera, un *maná* que contiene en sí toda suavidad y una escalera como aquella que vió Jacob, que llegaba de la tierra al cielo... Esto es, pues, lo que en este lugar *comúnmente entendemos por oración*, y desta entendemos aquí tratar.»

Y sin embargo, casi todo esto, como es evidente, pertenece de lleno a la oración que llaman «sobrenatural» o infusa, o sea a la *mística contemplación*.

«Estando los hombres en oración, añade luego (*ib.*, § 2), son espiritualmente transfigurados en otros hombres... y allí es donde principalmente se recibe el espíritu de palomas, que es la misma gracia del Espíritu Santo que los hace tales... Mientras más uno se diere a ella, comúnmente más gracia alcanzará; y así creciendo siempre el uso de la oración, crecerán también las riquezas de la gracia, y, por consiguiente, de toda virtud y perfección... Pues como la *verdadera oración* no sea otra cosa sino un allegar nuestro corazón a Dios, claro está que mientras más el hombre se allegare a El, más ha de participar de su claridad y de su luz; y así cada día se hará más perfecto y más semejante a El...

«¡Oh si de nuestra parte no hubiese impedimentos ni desvíos, cuánto más sería lo que dél recibiríamos que lo que recibe del fuego quien a él se allega! Y porque sabía muy bien esto el profeta David, nos aconseja con tanto cuidado que nos alleguemos a El, diciendo (*Ps. 33*): «Allegaos al Señor, y recibiréis lumbre dél».

Por eso con tanta energía protesta una y otra vez contra el creciente abuso de los métodos de oración, en que se llegaba ya como a poner trabas al mismo divino Espíritu; y declara siempre que los por él propuestos se ordenan tan sólo a disponer los corazones para que puedan recibir mejor las visitas divinas y seguir con más docilidad las santas inspiraciones.

«Porque *todo esto*, advierte al empezar a tratar *De la Devoción* (c. I), es obra de gracia y *negocio del Espíritu Santo*, no pretendemos aquí hacer regla general ni atarle las manos para que no pueda llevar por otro camino a quien El quisiere; ni presumimos tampoco de comprender todo lo que para este negocio se requiere, sino solamente dar algunos avisos a los que de nuevo comienzan y ponerlos en el camino; porque después de entrados en él, la experiencia del negocio y la asistencia del Espíritu Santo les serán mejores maestros desta doctrina».

«Entren, añade (c. 5, § 19), por la puerta que hallaren abierta; porque aquélla es por donde Dios quiere que entren».

Así las meditaciones señaladas, advertía poco antes (*ib.*, § 18), «principalmente sirven a los que *comienzan* para que tengan unas como cuerdas a que se puedan asir, con que anden este nuevo y no sabido camino. Mas después de ejercitados en él, no es necesario que perseveren siempre en esos mismos pasos, sino que acudan adonde el Espíritu Santo los encaminare, que suele sacar a sus discípulos de esta escuela para otras mejores. Así hay unos que salen de aquí a la consideración de las perfecciones divinas... Otros hay más bien librados, a quien corta Dios la vena de la demasiada especulación y abre las de la afección, para que, sosegado y quieto el entendimiento, *repose y huelgue* la voluntad en sólo Dios, empleándose toda en el amor y gozo del sumo Bien. Este es el *estado perfectísimo de la contemplación, a que siempre habemos de anhelar*. Aquí con menor trabajo hay mayor gozo y mayor provecho».

Proceder de otro modo, añade (*ib.*, § 17), sería como querer convertir en simples artificios humanos lo que es obra maestra de la gracia divina. «Digo esto, porque hay algunas personas que hacen una como arte de todas estas reglas y documentos, pareciéndoles que así como el que aprende un oficio, guardadas bien las reglas dél, por virtud dellas saldrá luego buen oficial, así también el que estas reglas guardare, por virtud dellas alcanzará luego lo que desea,

sin mirar que esto es hacer arte de la gracia, y atribuir a reglas y artificios humanos lo que es pura dádiva y misericordia del Señor. Y a este yerro ha dado ocasión la mala manera de enseñar de algunos libros espirituales que andan en Romance: los cuales, de tal manera encarecen sus reglas y las enseñan, como si solas ellas sin más gracia bastasen para alcanzar lo que desean. De manera que así como un alquimista enseñaría a hacer oro .. así ellos dicen: Haced tales y tales cosas, y decid tales y tales palabras, y luego por aquí alcanzaréis el amor de Dios.

»Esta es una mala manera de enseñar, y muy ajena al estilo y gravedad de los Doctores Santos... Porque pues *todo este negocio* es gracia y misericordia de Dios, hase de tratar como negocio no de arte, sino de gracia; porque tomándolo de esta manera, sepa el hombre que el principal medio con que para esto se ha de *disponer*, es una profunda humildad y conocimiento de su propia miseria, con grandísima confianza de la divina misericordia... sin tener ninguna repunta de confianza en su manera de ejercicios ni en cosa suya propia.

»Mas aunque esto sea así, no se excluye por esto la doctrina y aviso de lo que se debe hacer; porque aunque el que planta y el que riega no se sean los que hacen crecer las plantas, sino Dios (I Cor., 3), todavía quiere El que se plante y riegue, para que El dé crecimiento».

Entre los importantes avisos que suele dar para recibir bien las visitas divinas y tener debidamente la oración, «el último y más principal, dice en el precioso *Tratado de la oración y meditación*, reproducido por San Pedro Alcántara (1.<sup>a</sup> P., cap. XII, § 8), sea que *procuremos* en este santo ejercicio de *juntar* en uno *la meditación con la contemplación*, haciendo de la una *escalón para subir a la otra*... De aquí se infiere una cosa muy común, que enseñan *todos los maestros* de la vida espiritual (aunque *poco entendida* de los que la leen), conviene a saber: que así como alcanzado el fin, cesan los medios, como tomado el puerto, cesa la navegación; así, cuando el hombre, mediante el trabajo de la meditación, llegase al reposo de la contemplación, debe por entonces cesar de aquella trabajosa y piadosa inquisición, y contento con una simple vista y memoria de Dios, como si le tuviese presente, gozar de aquel afecto que *se le da*... Y debe luego dejar todos los discursos y pensamientos, por muy altos que parezcan, no porque sean malos, sino porque entonces son impeditivos de otro bien mayor; que no es otra cosa que cesar el movimiento llegado al término y dejar la meditación por amor de la contempla-

ción... En este tiempo, pues, deseche el hombre todas las imaginaciones que se le ofrecieren..., no especulando por entonces cosas particulares de Dios; contétese con el conocimiento que de El tiene por fe y aplique la voluntad y el amor... Enciérrese dentro de sí mismo en el centro de su ánima .. y esté atento, como quien escucha... Y aun de sí mismo y de lo que hace se había de olvidar; porque, como decía uno de aquellos Padres, aquella es perfecta oración donde el que está orando no se acuerda que está orando».

Por eso quiere que se tengan en sumo aprecio las visitas divinas y estemos muy atentos a recibirlas y aprovecharlas bien. «Porque es cierto que con este viento navegará el hombre más en una hora, que sin él en muchos días» (*De la Devoción*, c. 9, § 7).

Así censura mucho a los que por ser indignos de ellas y no saber cuánto valen, las menosprecian. «Es el hombre, dice (*ib.*, c. 4, § 1), en gran manera enemigo de condenarse por su propia sentencia; y porque los soberbios, que nunca gustaron de Dios, quedarían condenados por lo que son, si esto se tuviese en algo, han tomado por medio deshacer y menospreciar las consolaciones espirituales, por no quedar ellos dentro de sí mismos confundidos, viéndose tan desnudos y tan ajenos de ellas. ¡Miserables de vosotros, pues no habéis gustado cuán suave es el Señor! Y mucho más miserables, pues por excusar vuestra negligencia sembráis errores de pestilencia, encubriendo la lumbre de la verdad porque no se vea con ella la confusión de vuestra maldad; y de tal manera usáis de la llave de la ciencia, que *ni vosotros entráis en el cielo*, porque no queréis, *ni dejáis entrar a los otros*, pues les cerráis el camino con los yerros que habéis aprendido en la escuela de vuestra negligencia... Dices que en las consolaciones espirituales no consiste la santidad. Verdad es, no está en ellas la santidad, mas son ayuda grande para la santidad; no está en ellas la perfección, mas son instrumentos muy principales para alcanzar la perfección».

«Esta es la causa, había antes advertido (*Ib.*, c. I, § 1), por donde los siervos de Dios pueden, con mucha razón, desear y pedir al Señor estas alegrías y consolaciones espirituales, no por el gusto y contentamiento que hay en ellas (porque esto sería más amor propio que amor de Dios), sino por este provecho que nos traen para el bien obrar».

Declara que, con ser tan grande y tan inestimable la gracia de la contemplación, a todos se nos ofrece y todos po-

dríamos lograrla si de veras la deseáramos y procuráramos con la diligencia con que lo hicieron los Santos. Y todos debemos pedirla y desearla así, por lo mismo que sin ella nos será imposible conseguir la perfección a que somos llamados ni aun cumplir debidamente el mismo precepto de la caridad.

Esta será perfecta, dice (*Memorial*, tr. 7, c. 2), «cuando el hombre..., despreciadas todas las cosas perecederas, en ninguna tome gusto ni contentamiento desordenado, sino que todo su gusto, todo su amor, todos sus cuidados y deseos y pensamientos sean en Dios, por no hallar descanso fuera dél y hallarlo en sólo El; cuando desta manera, muriendo a todas las cosas, viviere a sólo Dios, y con la grandeza de su amor triunfare de todos los otros amores, entonces habrá entrado en la bodega de los vinos preciosos del verdadero Salomón (*Cant. 2*); donde, embriagado con el vino deste amor, se olvidará de todas las cosas y de sí mismo por El..»

»Este amor llaman los teólogos místicos «unitivo», porque su naturaleza es unir de tal manera al que ama con la cosa amada, que no halla reposo fuera della... El principal estudio del siervo de Dios ha de ser trabajar todo lo posible porque la ánima esté siempre unida con Dios por oración, contemplación y actual amor».

«Pues ¿cuál es el hombre que, oídas estas nuevas, y sabiendo que *tan aparejada está la divina gracia para él como para todos los Santos*, no trabaja por entrar por esta puerta a gozar de tan grandes bienes en esta vida?» (*ib.*, c. 1, § 3).

Si esta gracia, tan necesaria y tan inestimable, la pedimos de veras, sin duda se nos dará, pues está prometida a la oración hecha en las debidas condiciones. Y si pidiéndola no la recibimos, es porque no pedimos como se debe o no perseveramos en nuestra petición como perseveraban los Santos; que si lo hacemos, tendremos la misma dicha que ellos.

»Bienaventuradas, pues, exclama (*Oración*, c. 9, § 5), las ánimas que desta manera perseveran; porque, sin duda, cuanto mayor fuere su perseverancia, tanto mayor será su gracia. Una de las cosas principales que han de tener los que han de recibir grandes dones de Dios, es la longanimidad de corazón para aguardar fielmente todo el tiempo que El quisiere; y en el entretanto consolarse con aquella esperanza del profeta que dice (*Habac.*, 2, 3): «Si un poco se tardare, no dejes de aguardarle; porque viniendo, vendrá,

y no tardará<sup>2</sup>. Pues cuando desta manera hayas aguardado un poco de tiempo, y el Señor viniere, dale gracias por su venida; y si te pareciere que no viene, humíllate delante dél, y conosci que no mereces lo que no te dieron, y contentate con haber allí hecho sacrificio de ti mesmo..

... Créeme cierto que este es el paso más peligroso desta navegación, y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos; y que si deste sales bien, en todo lo demás te irá prósperamente.»

Por tanto, «sigue a Dios, como la Cananea, hasta el fin, y no callen las lágrimas de tus ojos, y porfía sin descansar hasta que halles esta preciosa margarita... Considera también cuán fiel es Dios y cuán leal a aquellos que esperan en El (*Mt.*, 13) ... «Mirad, hijos—dice el Eclesiástico (II)—, por todas las naciones del mundo, y decidme: ¿Quién esperó en el Señor y cayó de su esperanza?» (*De la Devoción*, c. 3, § 6).

«El ánima que desta manera anda como cierva herida con la saeta deste amor; la que arde e hierva con este deseo, porque ha recibido ya las primicias y arras del E. S., y gustado ya, con el paladar purgado y limpio, una gota de aquella inefable suavidad y bondad de Dios; esta tal por ninguna vía puede reposar hasta llegar a la fuente de aquella agua de vida que ya probó... Desta manera nos manda el Señor que busquemos y nos promete que alcanzaremos, en aquellas palabras que dice (*Luc.* XI, 9): «Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis, llamad, y abriros han...» No quiere el Señor que se hagan viles sus dones con la facilidad de alcanzarlos. Un tan precioso tesoro... pide un codicioso amador y un avariento negociador... Pues el que desta manera buscare, *tenga por cierto que hallará*. Mas el que careciere de la flor deste deseo, también carecerá deste tan dulce fruto» (*Memorial*, tr. 7, c. 3, § 1)

«Porque sabe el hombre, advierte luego (*ib.*, c. 4, § 1), que este bien deseado está en poder de Dios, y que El es el que en sus manos esconde la luz; entendiendo esto, dáse tanta prisa a importunar a Dios, que día y noche, en los tiempos de la oración y fuera de ellos, y aun en medio de los mismos negocios que trata, nunca cesa de gemir como paloma y solicitar las entrañas de su piadoso Padre pidiéndole esta merced... No descansa ni reposa, ni piensa que vive mientras se ve pobre deste tesoro.»

XVII.—Idéntica es la enseñanza del celosísimo Arzobispo de Braga, Fr. BARTOLOMÉ DE LOS MÁRTIRES, expuesta en su precioso *Compendium mysticae doctrinae*, tan ponde-

rado del mismo V. Granada. Después de tratar brevemente de algunos fundamentos de la vida espiritual, advierte ya (cap. X) que en lo sucesivo se dirige a enseñar a todos el verdadero camino de la contemplación: «Ad inflammandam animam, ac ostendendum, quo pacto progrediendum sit ad veram contemplationem, et unitivum amorem assequendum».

Luego declara repetidas veces la incomparable excelencia de esa gracia, y cómo, con ser tan grande, a todos se nos ofrece, y nos es indispensable para conseguir nuestra plena perfección, y muy especialmente para ser buenos teólogos y directores de almas (cap. XII). Y hace ver cómo a ella se puede ir llegando por ciertos grados que los maestros señalan, y aficionándonos a la lectura de los buenos libros de Mística.

«Cum anima nostra, prosequia dicens (c. X, § I), illam assequitur Theologiae mysticae sapientiam.... tunc aeternae veritatis lumine illustratur, fides ejus certior redditur, spes roboratur, charitas inflammatur.. Uberius namque expertus Divinitatem intelliget, quam plerique eruditissimi Doctores, qui nondum in secretum cubiculum Regis aeterni fuerint admissi, nec corrusco gratiae lumine illustrati: nec mirum, cum Deo charissimi sint, qui se totos illi libere dederint, en in eis Dominus magnifice soleat operari.»

«Multa sunt, añade (cap. 26), quae adhuc ignoras, cum nondum transieris a Theologia intellectus ad Theologiam affectus; a scientia ad sapientiam: quae Theologia merito dicitur *Mystica*, id est *occulta*, quod paucissimis nota sit... Versatur in *experimentalibus de Deo notitiis*... Ideo Gerson (in lib. de *Mystica Theol.*) asserit omnino theologis scholasticis expedire, quamvis devotionis sint expertes, libros *Mysticae Theologiae* saepe legere; ex ea enim lectione gignitur amor, et suboritur quidam ardor experiendi et cognoscendi illa... *Eloquium* namque Domini *ignitum est* Qui si via hac ad contemplationem pervenirent, tunc *absolutissimi theologi* merito dici poterunt, quales fuisse scimus B. Thomam, Bonaventuram, et caeteros quorum merita gloriose recolimus.»

El verdadero camino para lograr todo esto es el de la sincera humildad y conformidad con la voluntad de Dios, el recogimiento, la continua oración y mortificación:

«Vera enim resignatio cum profunda humilitate conjuncta, advertita ya en un principio (c. X, § 2), compendiosissima ad Deum via est. Nil gratius Deo est resignatione propriae voluntatis etiam in rebus minimis... Nullibi Deum certius quam intra te invenire poteris, dummodo intra te habites: ibi enim semper adest, ideo coram oculis ejus humiliter, tamquam casta sponsa, haec verba saepe repetes: *Dominus adest*... Asserva te in teipso, et exultabis, quia tam facile Deum intra te inveneris... Exercitio mortificationis et resignationis jungat assidue spiritualis tyro frequentissimam aspirationum et orationum, et ardentissimi desiderii emissionem; est enim illud brevissimum compendium, quo citissime ad Theologiae mysticae apprehensionem, et unionem divinam valeat pervenire.»

Esta gracia a nadie se niega, y todos podríamos conseguirla por grados si, huyendo de los consuelos exteriores, amamos a Dios de veras, y con toda diligencia la buscamos. Pues se nos irá manifestando a medida que con más ardor le amemos:

«*Quanto aliquis ardentius Deum amat, dice (cap. 24, § 4), tanto plenius Dilectus revelatur: et quanto dilectio est ardentior, tantum divinorum cognitio est profundior, et magis perspicua... Si quis diligenter a delectatione exteriori distrahitur, mox necessario degustare incipit aliquid internae dulcedinis... Quantus autem hic gustus sit, nec is, cui gustare datum est, satis potest exprimere: sola enim noscitur experientia.*»

«Contemplationis gradus, advierte luego (cap. 26), gradatim ascenduntur ab his, qui diligenter in inspiritualibus se exercent... Diu laborandum est ut ad hujus felicitatis conditionem pervenias... Tu ergo *persevera, et sustine Dominum, spe enim tua non frustraberis*. «Perambulemus ergo hanc viam, añade (c. 27); purus animus pura Deum devotione frequentet, frequentando *gustet, gustando probet, quam suavis est Dominus*, quo tandem inebriatus amore, totam in Deum considerationem inflectat, toto in ipsum desiderio pergat, nihil dulcius, nihil jucundius in vita habeat, *quam vacare et videre quoniam ipse est Deus*. Affecta sic ánima Sponsum arctissime complectitur, stringit, et tenet dicens: *Tenui eum, neque dimittam*» (*Cant. 3*).

Así protesta igualmente contra el abuso de los métodos y el excesivo empleo de las consideraciones, con perjuicio y menoscabo de los afectos, que son los que más pronto llevan a la unión con Dios.

«No apruebo, decía (cap. XX), a ciertos maestros espirituales que sólo se cuidan de enseñar a sus discípulos cómo han de meditar y cómo han de dar cuenta de sus meditaciones y prepararse para otras nuevas. Porque de aquí lo que nace es que salgan más sutiles o curiosos, que devotos y virtuosos; pues piensan que han hecho bastante si hallaron alguna consideración nueva, por lo cual, nunca, o muy tarde, llegan a la verdadera unión... Y así, en lo que se ha de poner sumo cuidado, es en que nuestra voluntad enteramente se una con Dios, como Padre y piadoso bienhechor... y las meditaciones no se han de emplear, sino en cuanto sean menester, como leña para encender o conservar el fuego del amor divino, y de modo que nunca lo apaguen; así no hay por qué tener el espíritu atado a ellas, sino libre para volar hacia Dios.»

Sin embargo, añade luego, «hay algunos tan aficionados a especular y meditar, por el gusto que en eso hallan, que a todos quieren persuadir que ese es el mejor camino; y así prescriben ciertas consideraciones por las cuales creen que infaliblemente se ha de pasar, queriendo medir y regir a todos por su natural propio y haciendo de éste una regla universal; no advirtiendo que se puede llegar de varios modos al amor unitivo, que es a lo que Dios llama a todos, y que para eso el camino de los afectos es más breve que el de las meditaciones».

XVIII. — El P. LUIS SOTO MAYOR en su amplísima y doctísima *Exposición de los Cantares* publicada en Lisboa, 1599, dice (p. 10), a propósito del primer versículo, que todos debemos animarnos con el ejemplo de la mística Espoza, a pedir aun las más altas comunicaciones divinas, seguros de que se nos concederán, puesto que N. S. tiene al efecto empeñada su palabra: «Ne quis nostrum exemplo Sponsae hoc tali ac tanto proposito animum despondeat, si quid a Sponso petierit, quantumvis id magnum, arduum, et difficile videatur, praesertim cum ipse sine ulla exceptione etiam atque etiam dicat (Mt. 7, et 18, et 21): *Petite, et dabitur vobis.* » Así bien pueden las almas devotas pedir esos místicos «besos» que en esta misma vida reciben las ya muy adelantadas: «Animae igitur perfectae, añade (p. 28), etiam in hac vita mortali interdum magis minusve sentiunt, et experiuntur, ingruentibus praesertim calamitatibus et

malis, quasi quaedam Sponsi oscula, dulces et inusitatas Dei consolationes, visitationes et illustrationes, et dulcedine quadam mirabili perfunduntur».

Y después de advertir con S. Ambrosio (l. 3 de Virg.), que ni siente el trabajo quien de veras ama: «Neque enim laborat anima, quae Christum sequitur, cum laborantes ad se, ut requiescant, evocet», añade (p. 96): «Idcirco enim Christus D. (Mt. 11) dixit, jugum suum suave esse..., quia scilicet nihil tam est arduum, et difficile, quod non facile et leve sit amanti... Talibus enim animis ipse Sponsus caelestis in dies magis ac magis infundit suavitatem, gratiam et caritatem, quae reddit omnia facilia et levia» — Y no se retardarán mucho esos favores si de veras se piden; puesto que el Señor acude presuroso a los que le invocan: «Mirabilis profecto est, dice (p. 106), atque incredibilis celeritas Dei... Quia enim... Sponsa dixerat, idque ex animo dixerat: *Trahe me*, etc., ut nemo de Sponsi bonitate ac benignitate dubitare aut desperare possit, jam nunc exauditam esse ostendit, et quidem mox et sine ulla mora... Sponsi archanis penitus admissam fuisse, intimisque et ineffabilibus ejusdem mysteriis initiatam... cum ait: *Introduxit me rex in cellaria sua* (Cant. 1, 3).

En estas almas descansa a su vez el Esposo (Cant. 1. 11): «Nam commode potest, advierte (p. 336), hic Sponsi *accubitus* referri ad peculiarem illam assistentiam, consuetudinem et familiaritatem, quam Sponsus divinus *habet cum animabus perfectis*... Qua quidem ratione fit, ut ipse divinus Sponsus nobiscum familiariter quasi cum amicis et sodalibus accumbere, vel etiam dilitiari videatur».

Finalmente (p. 441) declara con S. Crisóstomo (Homil. 4 in Genes.) cómo premia Dios en esta misma vida los santos deseos, cómo «quoties videt animam aliquam multo desiderio promptitudineque intenta spiritualibus inhiantem, liberaliter illam... opulentis donis suis locupletet». Y luego añade: «Cujusmodi quidem desiderium, initium et meritum quoddam est divinae ac beatæ Sponsi fruitionis, siquidem hac ratione anima hominis idonea, habilis et digna efficitur, quae magnam quandam mercedem, hoc est, magnam felicitatem et gloriam consequatur, atque etiam dulcissimis Sponsi fructibus, id est, bonis et donis et *consolationibus abunde fruatur*, non solum in seculo futuro... sed *etiam in praesenti*. Ideoque Sponsa valde perite et prudenter dixit (Cant. 2, 3)... *Quem desideraveram*... ac deinde statim subdit: *Et fructus ejus dulcis*... Quia sc. merito illius desiderii, quo Sponsum desideraverat et quasi esurierat et

sitferat, digna habita est quae divini Sponsi fructu, seu complexu dulcissimo, ne dicam osculo, vel etiam osculis ejus divinis copiose frueretur».

XIX.—JUAN DE SANTO TOMÁS, en su luminoso tratado de los dones del E. S., hace ver, admirablemente, cómo nos han sido infundidos a todos en el bautismo para que con ellos podamos practicar con perfección las virtudes cristianas y entrar en íntima comunicación con Dios mediante la mística sabiduría, sin la cual nunca podríamos ser del todo perfectos ni aun verdaderamente *espirituales*, mientras con ella podemos sentir y gustar más o menos las cosas divinas.

Las almas que logran ser ya movidas del Divino Espíritu, mediante sus dones, sin dificultad se remontan y vuelan hasta la cumbre misma de la santidad, mientras las demás, o sea las que proceden ascéticamente o del modo ordinario, se arrastran penosamente por el suelo:

«Tantum differunt, dice, qui virtutibus ordinariis exercentur, ab his qui donis Spiritus Sancti aguntur, quantum qui solis pedibus laborando ambulant, quasi proprio studio et industria regulati; vel qui pennis aquilae, superiori aura inflatis, moventur, et currunt in via Dei quasi sine ullo labore» (*In* 1.2, q. 68, disp. 18, a. 1).

De aquí que todos debemos procurar ser iluminados mediante los dones del E. S., que son los que perfeccionan y dan esplendor a las virtudes y nos permiten penetrar a fondo las cosas divinas y deleitarnos en ellas con muchas suertes de inteligencias y de sentimientos espirituales; con lo cual, encendiéndonos más y más en amor de Dios, en Él vendremos a quedar transformados.

«Itaque, añade, ista dona quasi poliunt, et deaurant, et splendere faciunt virtutes in his ad quae per se non attingunt; sola enim et nuda fides in obscuritate nos relinquit; et ideo homines ordinario modo procedentes in contemplatione solius fidei, attaediuntur, et non multum possunt perseverare; sed qui contemplativi sunt et penetrare conantur mysteria fidei, oportet uti dono intellectus» (*ib.*, § XII).

«Anima purificata baptismo, in quo recipitur fides, progredere, hoc accipit a Spiritu descendente, ut ei coeli aperiantur, id est, de coelestibus habeat aliqualem intellectum, et

non solum ab rore caligent. Et quanto amplius in hoc crescit, tanto amplius ei coeli aperiuntur, et speculatur gloriam Dei. Et hoc est *optimum signum* apertionis coelorum, et doni Spiritus Sancti, scilicet *valde delectari et intelligere* aliqua de gloria Dei... Ex quibus colligimus *necessarium esse* animae ut ex fidei caligine erumpat, et exiliat ad currendum Deo suo per illuminationem donorum Spiritus Sancti, quibus quasi in vestitu deaurato mens ipsa circumdatur varietate, id est *multitudine spiritualium sensationum*, et *multiplici intelligentia divinorum*... Ergo intellectus ab aenigmatica cognitione fidei ad limpide et clare contemplandum mysteriorum magnitudinem et credibilitatem exurgit in flamma amoris: *Et in splendore ignis flammantis in nocte*, ut dicitur Isaiiae III... Hoc ergo anima perfectionis cupida *intendere et conari debet*, ut Deum praesentem habeat, id est, non solum fidei caligine creditum, sed *illuminatione doni Spiritus Sancti*, quod ex amore perficitur, limpidus cognitum, et ante lumen oculorum mentis frequenter oblatum» (§ 13 14).

«Ex his deducitur donum intellectus maxime deservire contemplationi internae, quia per ipsum acuitur et subtilizatur mens a Spiritu ut intelligat, et in tenebris non ambulat, sed in luce, etiam dum in caligine Divinitatis ambulat...: sic enim *intra in potentias Domini*, et ingreditur speculando gloriam Domini, *transformatur de virtute in virtutem* quasi a Domini Spiritu» (*ib.*, a. 3, § XXII).

Por ser tan necesaria a todos la contemplación, la explica bastante por extenso en su precioso *Catecismo (Explic. de la Doctrina cristiana*, P. 2.<sup>a</sup>, c. 12, § I), diciendo que por ella se afianza el alma en la virtud y se une a Dios, deleitándose en las cosas divinas con cierta espiritual transformación, por la íntima experiencia de su dulzura.

«La contemplación, escribe (p. 147, Madrid, 1724), es lo más vivo y espiritual del entendimiento, con que nos juntamos a Dios, y así *es propiamente acto de don de Sabiduría*, que *por gusto y experiencia que tiene de las cosas de Dios*, le conoce y contempla. — Hácese de dos maneras, o por infusión de Dios, o por trabajo y conato nuestro. Por infusión de Dios, cuando por movimiento superior y que no está en nuestra mano, siente el entendimiento el abrirse una claridad de lo que no había experimentado, y la voluntad dilatársele un afecto que no sabe explicar. Esto cuando se viene así sin obra y trabajo nuestro, es infusión del Espíritu. — Por trabajo... subiendo... por la humanidad de

Cristo S. N., que es la puerta por donde se entra en Dios.»

Así, aunque influido del ambiente de entonces, admite una suerte de *contemplación adquirida*, ésta—a la luz de la tradición—ve que en el fondo es idéntica a la infusa; por eso hay transición de la una a la otra, y en ambas es acto del mismo don de sabiduría.

«No merece nombre de espiritual ni de religioso, añade, el que por lo menos alguna vez al día no se ejercita en algo de esto» (*ib.*, p. 150).

XX.—El P. M. Fr. Juan T. de ROCABERTI, O. P. (*Teología mística*, t. 1.º, Barcelona, 1669; tr. 7.º caps. 1-6) admite, siguiendo y explicando a Sta. Teresa, cuatro grados progresivos de oración: El 1.º es la *discursiva*, «de los que comienzan a tener oración; y destos dice (la Sta.) en la *Vida*, cap. 11, que la tienen muy a sus costas y a su trabajo, porque han de cansarse en recoger los sentidos y en discurrir con el entendimiento».—El 2.º es el *recogimiento activo*, considerando a Dios dentro de nosotros mismos. (*Camino de perf.* c. 28 29).

El 3.º es el *recogimiento infuso*, o «sobrenatural... Consiste en que muchas veces antes que se comience a pensar en Dios suelen estar las potencias recogidas, que no sabéis por dónde ni por dónde no, oyeron la voz de su Pastor» (*Morada* 4.ª c. 3) —El 4.º es la de *quietud*, que nace del mismo recogimiento infuso, produciéndose en el alma una «paz interior tan regalada, que no parece le falta nada, porque la pone Dios cerca de sí». (*Camino*, c. 30 31).

En el tr. 11, hablando de las diversas suertes de *oración afectiva*, muestra en ellas la misma transición gradual de lo activo a lo pasivo, de lo adquirido a lo infuso, haciendo ver cómo *las aspiraciones* pueden llegar a la *unión extática*.

«Frecuentándose a menudo las aspiraciones, dice (c. 8)..., el amor de Dios, con el auxilio divino, va creciendo de cada día, y haciéndose vehemente en el alma, de tal manera que viene a hacerse extático y unitivo y a suspender al hombre del todo, o a lo menos a debilitarle el ejercicio de las potencias cognoscitivas; y entonces pára la oración afectiva en

oración suspensa. La cual llama el docto Gersón (en su *Mist. Teol.* c. 28) *contemplación*; la cual no es otra cosa sino una *suspensión del alma en Dios por ardentísimo amor*.

XXI.—VALLGORNERA, en su famosa *Mystica Theologia D. Th.*, con haber también aceptado y tenido en demasiada consideración la llamada *contemplación adquirida*, entonces tan en boga—aunque tan extraña a la verdadera tradición—, remedia ese engaño diciendo que no sólo esa manera de contemplación, sino aun la misma meditación u oración discursiva es ya un verdadero comienzo de la vida contemplativa o mística (q. 2, d. 6, a. 2).

Así trata bastante por extenso, en la vía purgativa, de todo lo que hoy suele incluirse en la ascética, como de suyo ordenado a la consecución de la mística sabiduría en que está la perfección plena y verdadera:

«Ille dicitur *perfectus*, escribe (q. 4, d. 3, a. 1), qui veram *sapientiam* habet. Doctrina est D. Thomae, fundata in illa auctoritate D. Pauli (I *Cor.* 2): *Sapientiam autem—idest profundam doctrinam—loquimur inter perfectos...* Imperfectis et *incipientibus* ambulare vias Domini *initia sapientiae proponimus*, et perfectionis rudimenta praedicamus, quia necdum sunt sublimioris disciplinae capaces: at *perfectis* non jam exordia sapientiae, sed *occulta et abscondita perfectionis et sanctitatis* loquimur.»

Sostiene con ardor que la verdadera contemplación sobrenatural o infusa a todos se ofrece y todos—en vista de lo necesaria que nos es y de los grandes bienes que nos trae consigo—debemos aspirar a ella, pudiendo no sólo alcanzarla, sino aun merecerla «*saltem de congruo*», por ser del todo «ordinaria» en las almas perfectas (q. 3, d. 3, a. 6). Y por lo mismo no podemos contentarnos con la simple meditación, permaneciendo así estacionados en la vía purgativa, sino que debemos esforzarnos por pasar siempre adelante, creciendo y progresando en los grados de oración lo mismo que en los de toda virtud. Ciertamente que hay que proceder con orden, y no tratando de saltar presuntuosamente por encima de lo que en cada momento nos es más necesario, pre-

sumiendo de poder llegar a lo superior sin pasar por lo inferior; mas procediendo con humildad y constancia, al fin se llega a la cumbre. Y si todos deben tender a eso, mucho más las almas consagradas a Dios.

«*Debent omnes*, dice, en resumen (q. 3, d. 3, a. 3, n. 430 1), ad supernaturalem contemplationem aspirare. . . Contemplatio supernaturalis habet spiritualem decorem: ergo est appetibilis. . . Ex parte principii habet Spiritum S. cum suis donis influentem; habet pro objecto ipsum Deum in se ipso consideratum. . .; finem habet intimam animæ cum Deo summe dilecto unionem fruitivam; subjectum habet intellectum hominis Spiritus Sancti donis illustratum, et ipsa propter se diligitur, cum sit actus vitæ perfectissimus, sibi que sufficientissimus. . . Expedi ad perfectissimam humilitatem, ad perfectissimam mansuetudinem et ad reliquas virtutes in perfectissimo gradu conari. Cur non expedi ad perfectissimam orationem contendere? Profecto expedi magnam sanctitatem desiderare, et nequaquam in infimis desideriis nos continere; expedi etiam hanc summis precibus efflagitare ad gloriam Dei, ut ei magis ac magis placeamus. . .; ergo et divinam contemplationem. . . Vitiosum esset et præsumptuosum quod aliquis in statu imperfectæ virtutis existens, attentaret statim assequi ea quæ sunt perfectæ virtutis. Sed si quis ad hoc tenderet, ut proficiat in virtutem perfectam, hoc non est præsumptuosum, nec vitiosum. . . Et sic nihil utilius contemplatione supernaturali; quamvis enim qui vacant activæ vitæ, multis aliis prosint, multo tamen magis prosunt qui vacant contemplationi, ex cuius abundantia, cum aliquando proximorum salutem vacant, plus unico suadent verbo heroicæ vitæ conjuncto, quam alii multis concionibus: cuius rei signum est evidens quod qui vacant activæ vitæ, ut digne fungantur officiis, orationem seu contemplationem præmittunt; propterea Martha, vitam activam repræsentans, adiutorium sororis suæ Mariæ, vitam contemplativam repræsentantis, tam efficaciter a Domino postulabat.»

«*Debent omnes*, vuelve a decir (q. 4, disp. 1, a. 12), et maxime Deo specialiter consecratæ animæ, ad *actualement fruitivam unionem cum Deo aspirare et tendere*. . . Ideo necesse est quod anima, et specialiter Deo consecrata, quæ perfectionis viam, Deo excitante et adjuvante, fuit ingressa, non sistat in via purgativa, laborum et dolorum difficultate perterrita; nec sedeat in via illuminativa. . .; sed conveniens, imo *necessarium est ut pergat ulterius*, totamque viam, etiam unitivam, percurrat, ut tandem ad suavitatem montis

consensa. Deoque intime unita... *beatitudine inchoata fruatur*. Non enim potest anima alibi quiescere, alibi satiari, quam in hac perfecta sui cum Deo unione. Ad illam Deus animam saepius invitat: unde ait per Isaiam, c. LV: *Omnes sitientes venite ad aquas...*

«Ut anima debite ad Deum tendat, et ut ei intime uniat, non debet statim temere ad ejus dulces amplexus et ad oris osculum aspirare: sed prius velut humilis *ancilla* ad pedum osculum in via purgativa accedat, Magdalenam imitata; deinde velut *filia* dilecta ad osculum manuum prope-ret in via illuminativa; et denique velut *sponsa* dilectissima ad sacrum oris osculum fidenter in via unitiva consurgat: sic enim ipso Domino admittente tam arcte cum eo conjungetur, quod erit unus cum ipso spiritus».

XXII.—El P. PEDRO DE VILLALOBOS (*Escuela espiritual*, Madrid, 1683), reconoce la perfecta unidad de la vida espiritual en cuya segunda fase, o sea en la vía iluminativa, ve ya resplandecer la luz infusa diciendo (lec. 15) que los que en ella andan, o sea los *aprovechados*, «van disponiéndose para *recibir las luces divinas*», mientras los *incipientes* «comienzan a conocer los Misterios»; y los *perfectos* «conocen a Dios por una luz extraordinaria», que, por lo mismo en ellos debe ser *ordinaria*. Porque, en efecto, añade (lec. 25): «la última forma de esta vereda espiritual es... la *contemplación infusa*». Así aunque admite, como casi todos por entonces, cierta otra manera de contemplación llamada *activa* o «adquirida», no puede ser tal ésa en rigor, pues repetidas veces dice (lec. 71) que en ella y por ella «entra la luz divina», la cual «va quitando... dificultades... y perfeccionando al alma en todo».—Así esa contemplación es manifiestamente infusa, aunque lo sea en ínfimo grado; y por eso reclama (lec. 72) una «purgación pasiva... en la cual... sólo Dios es el que hace, y el hombre el que recibe y padece», suspendiendo las «ternuras y consuelos sensibles» con que le «favorecía» en el «ejercicio de la meditación».

De los que así, dejando ésta, entran en esa contemplación, dice (lec. 63), que entran en «estado de iluminación», el cual no es otra cosa que *recibir luz de Dios* en nuestras potencias, para más conocerle y amarle más.—Este estado

llega a tener el alma cuando... habiendo dejado los discursos y imágenes sensibles, se pone en quietud y simplicidad a *mirar a Dios*; porque con esta diligencia quita los impedimentos que estaban interpuestos entre la luz divina y el alma...; pues como todo el tiempo que el entendimiento está ocupado en discurrir acerca de las imágenes sensibles, esté impedido por ellas para recibir las luces divinas, al tiempo que se comienzan a quitar aquellas imágenes y discursos y reducirse a quietud,—en que consiste la contemplación—, comienzan las luces divinas a comunicarse al entendimiento: por eso este estado se llama de *iluminación*, que es lo mismo que estado de contemplación.. Esta *iluminación la hace Dios en el entendimiento*, o confortando esta potencia con alguna virtud..., o ilustrando las especies que representan aquellos misterios o verdades, para que más vivamente los representen... Y como la luz que sirve a la contemplación sea sobrenatural, mayor y más alto será el conocimiento que se tuviere de Dios.. y... mayor será el amor con que se le amará». Así el alma en «este estado de *iluminación*, como se gobierna por la contemplación que es sobrenatural, las virtudes que se granjean en ella son infusas y sobrenaturales, que fortalecen más al sujeto para obrar con más valor y poder atropellar con más dificultades... Este estado... es en el que *manifiesta Dios al alma algunos secretos*».

«Esta contemplación, prosigue (lec. 64), es el último grado de la vida contemplativa, y adonde deben aspirar todos los que estuvieren ocupados en la oración».

«Quedándose a contemplar a Dios en la luz de la fe, añade (lec. 69), es cuando está más dispuesta para que la influencia divina infunda las virtudes y dones sobrenaturales: lo cual hará este Divino Señor por ser Sumo Bien, el cual *siempre anda buscando modos para comunicarse a sus criaturas, si las halla dispuestas para ello*; y no puede haber mayor bien para el hombre, que dejarse gobernar de Dios y ponerse en sus manos, dejando su modo natural de obrar; porque más hace Dios en una hora que mueve al hombre, que el hombre en muchos años que está trabajando a su modo y con su propia industria».

XXIII.—El B.<sup>o</sup> FRANCISCO POSADAS nos asegura que con la oración humilde, frecuente y confiada se logrará gozar de la dulzura divina y hallar en Dios todas las cosas juntas, con su íntima comunicación. Y si no gozamos de ésta, es por falta de virtud y humildad, y por no querer frecuentar

ese trato divino. Así dice en nombre de Nuestro Señor (*Carta del Esposo Cristo*, § XII):

«¿Cómo queréis que os haga finezas y os descubra mis secretos, si estáis llenas de hinchazón y no conocéis lo mucho que os falta de virtudes?... ¿Cómo queréis que os levante a mis brazos, si sois tan grandes a vuestros ojos?» «¿Cuál estáis, prosigue (§ XX), sin la oración? Díganlo vuestras obras... Mis regalos son estar con los hijos de los hombres..., y los vuestros son estar sin mi trato... Ea, tratadme, que soy como la flor, que cuanto más se trata..., arroja más fragancia. Si queréis sentir mis olores, tratadme, no me dejéis de la mano, y veréis cómo camináis al olor de estas fragancias, como lo hacen las Esposas... Orad, que si sois malas, os haré buenas; si tibias, os pondré fervorosas; si imperfectas, hallaréis perfección... Orad, y conoceréis lo que soy para con vosotras».

«Fuera incomportable la vida del espíritu, advierte en otro lugar (*Vida de Santo Domingo*, l. 2, c. XII), si no la visitara la bondad divina con dulces consolaciones, dando (como está escrito) el vino a aquellos que se hallan en el ánimo amargosos».

XXIV.—«Estaban los Apóstoles de asiento en el retiro y oración, dice conforme a esto el P. ULLOA (*Iris de pas*, c. 106): viene a ellos el Divino Espíritu, y viene de asiento y no de paso. Persevera, pues, en la oración y retiro si quieres *gozarle de asiento en tu alma*».

XXV.—El PINY, en su precioso librito *La plus parfaite de toutes les Voies intérieures* (1683), tan alabado de Natal Alejandro—y en que tanto se inspiraron los devotos Padres Caussade y Grou, S. J.—, sostiene que la vía más perfecta y la que más glorifica a Dios es la de un completo abandono en sus divinas manos, para que en todo y por todo haga de nosotros como quiera, y así, a imitación de Jesús, vengamos a ser dichosas víctimas de la voluntad del Padre. Mas esta disposición evidentemente supone al alma en un *estado pasivo*, o sea *místico*, gozando ya de cierta manera de oración infusa. Así el mismo autor hace ver (ch. XV) cómo entonces se tiene el verdadero «espíritu de oración» y ésta viene a resultar *continua*: lo cual es imposible sin cierto influ-

jo especial de los dones, que hacen ya proceder de un modo sobrehumano . . . Y sin embargo sostiene, con razón (ch. XIX), que «esta vía conviene a toda suerte de personas», y que Dios nos llama a cada uno a entrar en ella; aunque es muy cierto que al principio sólo nos conviene la confiada y generosa *entrega* en sus manos divinas para que vaya tomando plena posesión de nosotros, pero sin dejar de buscarle con todas nuestras industrias; sólo cuando el alma se sienta ya *poseída y cautiva* de El, es cuando le toca *abandonarse* a su dulce impulso.

XXVI.—Ya en 1646 ofrecía el P. Luis CHARDÓN a toda suerte de personas su profundísima obra *La Croix de Jésus*, en que, con una lucidez a veces comparable a la de San Juan de la Cruz, trata de los más profundos arcanos de la vida mística, de las portentosas operaciones del Espíritu Santo en el alma puesta en la obscuridad y en el desamparo, y, sobre todo, del misterio de la cruz y de la expiación, del misterio del amor crucificante y del amor separante... Sin embargo, este insigne místico dominico, en la *Advertencia preliminar* dice así:

«*Cuantos me lean* creo que podrán hallar algún provecho en las verdades aquí expuestas, reconociendo la medida de la gracia recibida y, en todo caso, concibiendo *deseos de elevarse a mayores favores: Aemulamini meliora charismata*, nos dice San Pablo... A diferencia de las almas que no se entregan sino a medias, *el alma generosa*, que no se reserva nada, *se eleva hasta las alturas divinas*, que no se explican sino con el silencio. ¡Ojalá pueda yo contribuir de algún modo a esclarecer las santas ascensiones por las cuales se llega hasta ahí!»

«¡Qué felicidad para el alma, exclama luego (1<sup>ra</sup> entr., c. 2), si despojándose de la afición a los objetos que mantienen a la mayor parte de los hombres en una esclavitud digna de llorarse con lágrimas de sangre, se pierde a todas las cosas y a sí misma, para arrojarse en el Corazón de Aquel de quien brotan las aguas vivientes capaces de apagar la sed que el amor de las criaturas no puede apagar! ¡Qué gozo de verse unida con Jesucristo y hecha *digna* de la más adorable unión a que puede llegar el último esfuerzo de la

Omnipotencia Divina en las comunicaciones de su amor *ad extra!*»

«Las gracias, comunicaciones y operaciones de Dios, añade (*ib.*, c. 19), no nos las dispensa su Providencia sino para desprendernos de nosotros mismos y de todo lo creado, a fin de que, purificados de toda mezcla, nos unamos perfectamente a la immaculada pureza de su Bondad. Cuando Dios derrama su amor en nuestros corazones, no es para que permanezca allí ocioso, o como un simple adorno, sino principalmente para que, asistidos de su omnipotente gracia, elevemos nuestra alma hasta su fuente primitiva, por una santidad eminente, semejante a la que es propia de la Divinidad.»

«*De ordinario*, advierte más adelante (3<sup>e</sup> entret., c. 6), se comunica Dios a su criatura en la medida de sus disposiciones. Cuando éstas son más puras, las Personas Divinas se hacen más íntimamente presentes al alma; su unión es más profunda y la posesión que de Ellas tiene el alma es más completa, siéndole principio y objeto de operaciones más elevadas... Aquellos a quienes el Divino Espíritu se comunica (que son cuantos no ofrecen resistencia a sus adorables comunicaciones), están santificados por su acción y de El reciben una vida no sólo sobrenatural, sino sobreeminente y *mística*.»

Mas, «aunque Dios—prosigue (ch. 16)—no es avaro de sus dulzuras y en abundancia las derrama en el corazón de sus amigos, no por eso se compromete a concederlas siempre. Antes se complace en retirárselas, a fin de probar la constancia de las almas, darles ocasión de practicar la virtud, hacer su humildad más meritoria, quitarles la confianza que pudieran tener en sus propias fuerzas y ponerlas en esa dependencia de la gracia que acrecienta su caridad y las dispone a la unión perfecta a que quiere elevarlas».

XXVII.—El P. MASOULIÉ, a pesar de que, por su gran aversión al quietismo, exagera la separación de la ascética y la mística y el alcance de la simple oración discursiva, declara sin embargo expresamente en sus *Meditaciones* (3.<sup>a</sup> P., § 8) que todos pueden hallar el místico reposo, diciendo:

«El alma que ha purificado el corazón y se aleja de las criaturas, entrando dentro de sí y dejando la muchedumbre de ideas y pensamientos, es *introducida* en el feliz reposo que la eleva sobre los sentidos, sobre la imaginación y sobre

la razón, y la hace conseguir la íntima unión con Dios — Entonces, por las luces que El la comunica, por los ardores en que se enciende y por los transportes que experimenta, viene a ofrecer en la tierra una imagen del alma bienaventurada y recibe una participación de la felicidad celestial; porque en este estado, como en el Cielo, su continuo ejercicio y toda su aplicación es conocer, amar y alabar a Dios, a quien mediante tal unión posee.»

XXVIII.—Finalmente, el B.<sup>o</sup> Luis GRIGNION DE MONTFORT, T. O. P., enseña a todos cómo, con la verdadera y filial devoción a la Santísima Virgen y la frecuente y devota recitación del Rosario y consideración de sus misterios, podríamos muy fácilmente hallar a Jesús «en María, con María y por María». Pues «Ella es quien tiene la llave de la mística bodega», donde introducirá seguramente a sus verdaderos devotos. Y si el Divino Espíritu no obra en nosotros las maravillas que obró en los Santos es muy principalmente, dice, porque no halla en nuestros corazones el entrañable afecto que debíamos tener a su dulcísima Esposa, verdadera *Janua coeli*, puerta de este cielo místico, asiento de la sabiduría y Madre del amor hermoso (cf. *La Vraie Dèvotion a la S. Vierge*, 2<sup>e</sup> P., II; infra, Apéndice).

XXIX.—Esta tendencia constante de todos nuestros verdaderos maestros de espíritu a encaminar a todas las almas a la cumbre del monte santo, a donde no es posible subir sino a impulsos del mismo Divino Espíritu y bajo su continua dirección, y esa doctrina tan unánime en identificar la perfección cristiana y la vía unitiva con la verdadera unión mística, es la que a su vez revelan muy claramente en sus vidas y escritos y en todo, tantísimas santas y venerables siervas de Dios como han resplandecido en nuestra Sagrada Orden, llevando en sus mismos virginales cuerpos grabados los misterios del vulnerante amor divino, o sea los *estigmas* de la Sagrada Pasión. Sabido es que, entre los 321 *estigmatizados* que pudo estudiar el Dr. Imbert, los 109 son dominicos, figurando así, dice él, nuestra Orden a la cabeza y siguiendo luego la Franciscana con 102. De los restantes,

14 pertenecen a los Carmelitas, 14 a las Ursulinas, 12 a las Visitandinas, y luego vienen otras varias Ordenes, cada cual con ocho, cinco, cuatro, tres, dos o uno, respectivamente. A esos 109 señalados bien podíamos añadir bastantes más, entre ellos dos o tres posteriores que conocemos.

Ahora bien, en una proporción tan notable de estigmatizados dominicos, creemos debió influir de un modo especial—aparte del fin propio de la Orden, que es la salud de las almas—esa marcada tendencia de nuestros maestros y de nuestra misma legislación a proceder no artificiosa ni mecánicamente o por temor servil, sino en todo con la mayor sencillez, por puro amor y con la santa libertad y pía fidelidad de los hijos de Dios, que no desean sino cumplir en cada caso del mejor modo posible la voluntad del Padre, siguiendo siempre fielmente las dulces mociones y suaves insinuaciones de su amoroso Espíritu, que es quien así configura con Cristo, víctima de amor.

Mas esto exige un grandísimo aprecio de la gracia divina, un continuo y familiar trato con Dios, un ardiente celo de su honra y gloria y una generosa y total entrega en sus divinas manos con el más confiado abandono en sus adorables disposiciones. Sin esto, no será posible hallar ese místico tesoro y esas margaritas preciosas.

XXX.—«No se dan joyas ni perlas, decía en un éxtasis (13 Octubre 1553), de parte del Salvador, Santa CATALINA DE RICCIS, a quien no conoce su valor. Ni Yo concedo tampoco mis dones y favores a quienes no saben apreciarlos. No los doy sino a las almas que los buscan hasta hacerse importunas, pidiéndolos noche y día a fuerza de suspiros y lágrimas». Pero, «¡cuán pocos hay, añade, que se acuerden de Mí! Y es porque el camino de la perdición es ancho y seguido de la mayoría, mientras que el de la perfección es estrecho y difícil al principio. Mas a cuantos entren en él por mi amor, sé hacérselo pronto suave y fácil».

XXXI.—«Al que persevera en la oración, escuela de

toda virtud, cuyo Maestro es el Espíritu Santo, decía la V. HIPÓLITA ROCABERTI, O. P., El le quitará el trabajo de cavar en la consideración de los divinos misterios, porque de la consideración le subirá... al monte de la contemplación.»

«Yo te prometo y te aseguro, añadía, y lo sé por experiencia, que este mismo Divino Espíritu que te hace llorar y dar mil suspiros y gemidos inenarrables, te consolará sin falta; porque es «Consolator óptime». ¡Oh Cristiano diletisimo, si supieses cuán grande Consolador es el E. S! El, por quien es, te lo dé a gustar: es «dulce Huésped del alma»: no le cierres la puerta... no, que perderías todo tu bien, por no querer abrir la puerta de tu corazón a la santa inspiración. Y El se queja, y aun te ruega que le abras diciendo: «*Ecce sto ad ostium, et pulso*». ¡Oh Dios amoroso y paciente! ¡Cuántas veces tocáis!... ¡Oh, qué de misterios hay aquí en cada palabra, sin duda más para contemplarlos que para escribirlos! Quien, empero, por la gracia de este Divino Espíritu, tiene el corazón abierto, cenan los dos juntos y sabe por experiencia lo que dice San Pablo (I Cor. 6, 17), «que el que se llega a Dios, un espíritu es con el mismo Dios». Y este tal amador de Dios, por mucho que trabaje..., el Espíritu Santo le es reposo: «*In labore requies*»; y en el calor del estío de las tentaciones, le hace consuelo y refrigerio. Así que los aprovechantes no tienen qué temer, sino que procuren caminar, pues tienen por sombra al Espíritu Santo, Guía, Maestro, Protector, Escudo de Verdad, del cual está rodeado cada caminante. (*Ps.* 90, 4)».

«El engaño de muchos hombres, advierte la misma V. M. (in *Mat.* 5, 5), es que oyendo estas promesas de N. S. J. C., creen que todo el consuelo se guarda en la otra vida...; y como les parece tan lejos, no arrostran a ello, por ser tan amigos del deleite presente... Verdad es que a los escogidos... en el cielo les está aparejado aquel sumo y grandísimo consuelo y alegría que ha de durar para siempre; pero no por eso los deja Dios ayunos de consuelo en el camino: antes de ordinario estos que sirven a Dios nuestro Salvador están más consolados sin comparación que los que sirven al mundo...

»No tienen número los consuelos que en la oración recibieron, y aun reciben el día de hoy, *todos* los que de veras se dan a la oración mental, y de veras la saben tener. De esta oración no se puede excusar ningún cristiano, ni el casado ni el soldado, ni de ningún estado por negociante y ocupado que sea...

»En verdad, Señor, que aun en esta vida tengo yo expe-

rimentado que, según son los dolores que me enviáis, así son los consuelos espirituales, que de tratar con Vos en la santa oración me dáis».

«Oh alma devota, exclama (*in Joan. 14, 21*), si lo eres de veras muy bien sé, que lo habrás muchas veces experimentado, ir a la oración triste, y salir de ella muy alegre; ir inquieta, y en la oración salir el alma quietísima. Y aunque algunas veces en el principio de tu oración padeces por el demonio (que como con esto le haces el mayor pesar que puedes, él procura de darte molestias), no hagas caso de ello, riete de sus espantajos y fia de J. C., que sin duda te va delante.. Sigámosle; y este Señor, aun en este camino y desierto, *se manifestará a nosotros...* Después que el alma, como otra Magdalena, le busca con mucho amor, sin duda se le manifiesta Jesús, y le llama por su nombre con mucha familiaridad».

XXXII.—La V. M. MARÍA DE LA SMA. TRINIDAD, terciaria Dominica de Aracena (1604-1660: cf. *Vida* por Lorea, c. 9), siendo de edad de 33 años, cuando ya se había ejercitado muchísimo en toda suerte de obras de piedad y de celo, se le mostró un día el Apóstol S. Pablo como director, para desengañarla de lo poco que había podido adelantar procediendo a su modo humano. «Me dijo, escribe ella, que venía a guiarme por unas sendas muy angostas...; que yo era la nada y me llamaba nada; y que siempre me tuviese por nada... Que hasta entonces había obrado con propia voluntad, y aunque no le habían sido a Dios desagradables mis deseos y ejercicios, que había obrado *como niña*: que hasta entonces *había caminado por la vía purgativa*; mas que si de allí adelante me diese a la contemplación muy de veras, llegaría a la *unitiva*, que era la *unión perfecta con Dios* que yo tanto había deseado».

Con esto no sólo llegó a sentir vivísimos dolores, capaces de causarle la muerte, teniendo el corazón como traspasado durante unos siete años, sino que conservó mucho tiempo las llagas de la flagelación y de la corona de espinas (c. X.).

XXXIII.—La M. Sor CATALINA DE JESÚS, M.<sup>a</sup> Y J. HERRERA (1717-1795), que floreció con gran opinión de santidad

en el convento de Santa Catalina de Quito, declara repetidas veces en la admirable *Autobiografía*—aún inédita—que por orden de sus superiores escribió, los grandes deseos que Dios tiene de comunicarse con las almas, y lo mucho que le desagradan la imprudencia de los directores que tratan de cerrarle la puerta para que no entre en ellas, y la falsa humildad y desatención con que algunas, huyendo de la frecuente comunión, o de la especial manera de oración a que las llama, voluntariamente se privan de sus favores.

«La humildad, le decía una vez Nuestro Señor (*Autob.*, 2.<sup>a</sup> P., c. 65), consiste en conocer que de Mí viene a la criatura todo bien, y... que por sola mi bondad le hago favores... Esta es la humildad verdadera; esa otra es falsa, que engendra mal agradecimiento y temores diabólicos. Y es grande atrevimiento de la criatura quererme coartar mi bondad y atajar el influjo de mis favores que derramo a las almas del modo que Yo gusto y quiero. *Búsqüenme todas las almas y verán si con alguna ando corto; y entonces no dudarán de mis favores*».

En cambio, quiere que ellas también le correspondan con generosidad, y así le añade: «Ya no quiero de tí que cuentes las horas de oración...

...Siempre, pero con más abundancia este día—de Pentecostés—, baja mi Divino Espíritu a infundir en los corazones sus dones; y si en El cupiera desconuelo, siendo todo consuelo y consolador, se volvería al cielo desconsolado, por no haber hallado *todos los corazones dispuestos a recibirlo. A nadie se niega, a todos busca; y ya ves cuán pocos le reciben, siendo los más ingratos, que le despiden con descortesía, por no disponerse a recibirlo*».

Otra vez declara ella misma (*ib.*, c. 40) el modo como debemos proceder a lo largo de las tres vías, refiriendo una admirable visión que tuvo repetidas veces, donde, simbólicamente, se le representaban muy al vivo las diversas fases de la vida espiritual. Empezaba encontrándose como en un templo lleno de cadáveres mal enterrados; de allí la llevaban a una embarcación, y después de mucho navegar, sin saber con qué rumbo, iba a dar a un delicioso Paraíso, donde había un misterioso palacio, en el cual la iban introdu-

ciendo en varias habitaciones cada vez más claras y maravillosas, a veces separadas de una inmensidad tan sólo como por medio de cortinas blancas; pero sin poder ella correrlas para observar ni menos penetrar sino adonde era introducida. Allí le mostraron un hermosísimo lecho y le leían ciertos capítulos de un cuaderno o libro, todo lleno de misterios encantadores, pero muchos de ellos tan inefables, que no le era posible referirlos.

Luego le fué dado a entender cómo aquel templo era nuestra misma alma, y los «muertos, los pecados que hubo en ella; porque, aunque esté el alma en otro grado de oración, vuelve repetidas veces a ver los pecados .. que la horrorizan y la hacen temer». Quien de allí la va sacando son «las inspiraciones de Dios, para que, no temiendo demasiado, no flaquee en la virtud, y... alentada, busque el remedio en el sacramento de la Penitencia, para cada día limpiarse más y más... Aquella navegación entiendo es la espiritual, en la que, ya que hemos salido del horror de los muertos, nos embarcan en donde con descanso el alma navega; y aunque todavía no ve a su Amado, conoce que lo lleva allí por guía y piloto que gobierna la nave del alma. Y navega gustosa y sin peligro, y no vuelve al horror de los muertos sin que el Señor la vuelva de cuando en cuando para que se humille, y El tiene gran cuidado de hacerlo cuando conviene. Y así me parece que ha de estar el alma, dejándose gobernar de quien la guía, porque si ella se quiere en algo gobernar fuera de la inspiración o de su director, cae de repente, sin averiguarse después el cómo, en grandes temores, y el enemigo ocurre con grandes turbaciones con que oscurece a la pobre alma. El desembarcarme y llevarme... al paraíso, no me toca, Dios mío, el decir otra cosa, sino que Tú haces lo que quieres con tus miserables criaturas y les das el nombre que quieres, porque eres admirable... Aquel lecho que allí entendí que estaba, es donde Cristo, vida nuestra, se une con su querida alma, cuando allí ha llegado por amor. Aquel lenguaje que se me mostró en el cuaderno que yo no entendí, entiendo ahora ser la subida contemplación que de la Humanidad de Cristo, nuestro bien, se extiende a una inmensidad a donde entiendo pasa el alma cuando Tú, Señor, quieres, y no cuando ella quiere... Aquellas cortinas blancas entiendo que son representaciones de la Humanidad de Cristo, en la cual nos conviene estarnos hasta que Dios quiere, sin atrevernos a otra cosa... Y el pasar de allí a sola aquella inmensidad, toca a

sólo Dios el llevar el alma allá. Y esto entiendo en lo que me sucedió: que quise apartar el velo para ver lo que había más allá y me quedé sin ello...»

XXXIV.—La admirable Sor MARÍA JOSEFA KUMI (1763-1817), religiosa dominica del convento de Wesen (Suiza), oyó una vez que el Salvador le decía (cf. *Vie.*, 1906, ch. 7): «Deja tus sentidos, renuncia a todo lo que es y que no es, a fin de que seas unida a *El que es* por encima de todo sér. Si libre y puramente te desprendes de tí misma y sufres por amor, llegarás a la unión perfecta».

En esto, podemos decir, se resume la enseñanza de nuestros grandes maestros.

XXXV.—Otra admirable sierva de Dios la reciente estigmatizada M. M<sup>a</sup> DOMINICA CLARA DE LA CRUZ (1832-1895), fundadora del convento de dominicas de Limpertsberg (Luxemburgo), y cuya vida toda, a empezar desde el bautismo (en que recibió ya pleno uso de razón y la misión de restaurar la Orden en las provincias del Norte), es un tejido de portentos—, nos da el siguiente testimonio: «En la fiesta de Pentecostés de 1868, dice (cf. *Vie.*, 1910, ch. 9), me hizo ver el Espíritu Santo, en las propiedades de su divina Persona, cosas tan sublimes, que no puedo expresarlas. Reconocí los incomparables tesoros encerrados en sus siete dones y sus doce frutos, y cómo *los derrama en las almas que*, con buena voluntad, *siguen sus inspiraciones*. Mas para esto es indispensable purificar el corazón de todo egoísmo y de toda vana complacencia, a fin de hacerse cada vez más dignos de sus gracias, que *El tiene un ardiente deseo de derramar*».

XXXVI.—«Yo amo a los hombres, decía Nuestro Señor a Sor MARIANA DE SANTO DOMINGO Riosoto (1743-1794: cf. *Vida*, 1901, p. 131-2), diferentemente que ellos a Mí: en más estimo Yo su amor que ellos el mío... Ando por sus puertas mendigando y pidiendo, y dando mucho si me dan los corazones; y con verme cansado y asoleado y sudado, no me los dan. Otras veces me pongo delante de la memoria

de mis queridas esposas, los ojos llenos de lágrimas y llagado en señal de lo mucho que las quiero: pido el corazón, y, no sólo no me lo dan, mas, por no obligarme a ello, apartan la consideración de Mí y me dejan sin respuesta... No quieren, hija, mi amor... Apártate de las criaturas y me tendrás siempre contigo.»

Si, pues, son tan pocas las almas que llegan a las íntimas comunicaciones con Dios, no es porque El no quisiera recibir las a todas, teniendo, como tiene, sus delicias en morar con los hijos de los hombres, sino porque ellas mismas huyen de El por gozar de otros consuelos. «¡Ay, hija, le decía otra vez (*ib.*, p. 200), qué pocas son las que oyen mi voz y me dan el corazón vacío de las cosas de este mundo! Y luego se quejan de Mí; mas ellas no quieren darme su voluntad, sino que Yo me sujete a la suya. Yo quiero ser solo, y los corazones humildes son en los que habito.»

XXXVII.—«Si te amo—añadía un siglo después (en Enero de 1872) a otra santa religiosa, también invisiblemente estigmatizada, del mismo convento de Madre de Dios, de Sevilla, la V. SOR BÁRBARA DE SANTO DOMINGO—, ¿no he de querer comunicarme a tí? ¿Por qué temes? Ven y descansa en mi corazón».

XXXVIII.—Así comprenderemos ya muy bien cómo, según sostiene vigorosamente el P. WEISS (*Apología*, IX, Cf.<sup>a</sup> V, núm. 6), «*la Mística es para todos...* Nadie puede sustraerse a las obligaciones de la mística sin descuidar su propia salvación... No hay condición, ni estado, ni ocupación que autorice a nadie a decir que la mística no le concierne... La mística es necesaria a cuantos quieran practicar de una manera perfecta sus deberes de estado».

XXXIX.—«La contemplación, aseguraba el Padre SCHWALM, O. P. (Préf. a *La Vie avec Dieu*), entra en el desarrollo normal de la virtud y de la perfección cristiana... Es la cumbre a que las almas en gracia tienden con el buen ejercicio de las virtudes... *Los Místicos dominicos están unánimes* en excitar el deseo de esta gracia. Y no es esto

una simple tradición de Escuela; es una doctrina que comparten con San Buenaventura, San Bernardo, Ricardo y Hugo de San Víctor, Casiano, San Gregorio Magno. Los Padres de la Iglesia les habían indicado el camino... Taule-ro, Susón y Santa Catalina de Sena desarrollan las consecuencias prácticas y encaminan a sus lectores a disponerse para recibir el don de la contemplación... mirando gustosos como un deber el atraer a ella las almas fervorosas».

\* \* \*

## CONCLUSION

Ante esta larga serie de testimonios, y otros muchos que podrían citarse, claro está que no merecen tenerse en cuenta unos pocos autores de ínfimo orden, que, dejados llevar de las desastrosas tendencias antimísticas de estos últimos siglos, no repararon en admitir otra *via distinta*, la puramente *ascética*, la cual suelen tener por más «ordinaria, segura y carretera», y con la cual muchos se contentan para llegar y conducir a una llamada «perfección» que no es perfección, por lo mismo que no está en la cumbre del monte santo; una vía que no saca ni puede sacar nunca de la simple fase de *principiantes* (cfr. *Cuestiones místicas*, 4.<sup>a</sup> Cuest.), y en que, por no ir siempre adelantando y poniendo escalas en el corazón, se está en gran peligro de retroceder; y así, por ser tan *trillada* de todos los tibios y perezosos y de los más amigos de comodidades que no de la cruz de Cristo, suele no pocas veces, desgraciadamente, llegar a confundirse en la práctica con aquella de que nos aparta el Sabio diciendo (*Prov.* 14, 12): «Est via quae videtur homini justa: novissima autem ejus ducunt ad mortem».

¡Dios nos preserve de ella!... Y como dió a nuestros grandes Maestros luz para enseñar tan unánimemente la única y estrecha *vía* que conduce a la *vida* (*Mt.* 7, 14), la verdadera *vía santa, recta e inmaculada* (*Is.* 35, 8-9) que se debe siempre seguir (*Jerem.* 6, -16; *Is.* 30, 21), a todos

nos dé fuerzas y generosidad para seguirla fielmente, y se digne conducirnos El mismo por ella, para que, avanzando de veras por este *su camino*, de lleno podamos entrar en aquella *su Verdad* (*Ps.* 85, 11) que es «principio de todas sus vías» (*Ps.* 118, 160) y, a la vez, única verdadera *vía* y verdadera *vida* (*Joan.* 14, 6).





## APÉNDICE

---

### Influencia de la Sma. Virgen en la santificación de las almas.

Ego Mater pulchrae dilectionis...  
In Me gratia omnis viae et veritatis,  
in Me omnis spes vitae et virtutis.  
Transite ad Me omnes...

(*Eccli.*, 24, 24-26).

Con motivo del Congreso Mariano de 1918, escribimos una Memoria titulada *Misión cosantificadora de María como Esposa del Espíritu Santo*, misión que importa mucho dar a conocer para fomento de la verdadera vida interior; y así juzgamos oportuno consignar aquí esa doctrina, como apéndice a la *Mística Tradicional*, para que se vea cuán necesario nos es contar siempre con la intervención de la dulce Madre de la divina gracia, de quien la Iglesia dice que es *Doctrix disciplinae Dei, et Electrix operum illius* (Sap. 8, 4).

#### I

#### 1.—Simbolos con que es representada.

Esa maravillosa influencia santificadora habíamos ya procurado hacerla resaltar en nuestra obra *Desenvolvimiento y Vitalidad*

de la Iglesia (T. I: *Evolución orgánica*, 1911, cap. I), al dar a conocer las principales suertes de símbolos con que en las Escrituras es representada la misma S. Iglesia, de la cual es María compendio y tipo acabado.—Y como en cada uno de esos símbolos aparece esta Virgen benditísima ejerciendo en cierto modo dicha misión o dejándola ver en un aspecto especial, entre todos ellos reunidos e ilustrados con testimonios de los Padres y teólogos, pueden presentárnosla en sus principales aspectos y así darnos de ella una idea lo más clara posible.

Allí, en efecto, podremos ver a María contribuyendo de muy diversas y maravillosas y eficacísimas maneras a nuestra santificación; pues aparece figurando:

1.º En el *símbolo arquitectónico* (p. 147-153), como *mística escala de Jacob* por donde, mediante la contemplación, se sube a la perfección más encumbrada; y también como verdadera «casa de Dios y puerta del Cielo».—Es, según la llamamos en las Letanías, *casa de oro*, donde reina la más pura y preciosa caridad y se sirve a Dios en perfecta santidad y justicia; y es *puerta del Cielo*, por donde fácilmente se puede entrar en las más íntimas comunicaciones divinas. Por eso en otro lugar se la llama: «Puerta dichosa del cielo: *Felix coeli porta*». «La devoción con esta Señora, dice el V. P. La Puente (*Sentimientos*), es *puerta* para la santidad, y a quien Dios da esta devoción, le ha abierto la puerta; y si no la siento, puedo llorar, porque me está cerrada la entrada en el *Sancta Sanctorum*, en el trono del Rey, en la luz increada; (y) debo suplicar a Dios nuestro Señor y al Ángel de mi guarda que se me abra esta puerta, y se me dé esta devoción: *Aperite mihi portas justitiae*».

Es *arca de la alianza*, donde se guarda el «maná escondido» que se reserva para los vencedores, junto con la nueva «Ley del Espíritu de vida» que redime de todas nuestras esclavitudes (*Apoc.* 2, 17; *Rom.* 8, 2). A la vez es *refugio de pecadores*. Dichosos los que a Ella acuden y perseveran de continuo a sus puertas, pues encontrarán la vida y recibirán del Señor la salud! (*Prov.* 8, 34-35).

«María, decíamos (p. 138), es aquel misterioso «*Trono de la gracia*» a que debemos acudir confiadamente para alcanzar la misericordia y encontrar los auxilios oportunos» (*Hebr.* 4, 16); pues con la gracia singularísima que, según el testimonio del Ángel, halló ante Dios, vino a ser el *propiciatorio de oro* donde se aplaca la ira divina.—Y es también el místico «Sagrario del Espíritu Santo», donde El dispensa sus dones y realiza sus mayores portentos de

amor, formando en Ella las almas como las forma en la Iglesia y valiéndose de su Corazón purísimo, cual de un vivo y maravilloso molde, para configurar a los fieles verdaderamente devotos y espirituales con Ella y, por tanto, con el divino Modelo, y formar así perfectos cristianos, al modo como formó al mismo Cristo».

Y en efecto, pues conforme escribe el B.<sup>o</sup> Montfort en su *Secreto* maravilloso: «Con razón llama San Agustín a María «molde viviente de Dios: *Forma Dei*». Pues es el gran molde divino fabricado por el Espíritu Santo para formar al natural un Dios-Hombre por medio de la unión hipostática, y para formar un hombre-Dios por la gracia. Ningún rasgo de la Divinidad falta en esta forma; y quien es vaciado en ella y se deja manejar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo, verdadero Dios, y esto de una manera suave y proporcionada a la flaqueza humana...; de una manera segura, sin temor de ilusiones... ¡Oh qué diferencia entre un alma formada por las vías ordinarias de los que, a manera de escultores, *confían en su habilidad e industria*, y un alma tierna, dócil y sencilla, y que sin fiarse para nada de sí misma, se arroja en María y allí se abandona totalmente a la operación del Espíritu Santo! ¡Cuántas manchas, defectos, tinieblas e ilusiones, y cuánto de natural y humano hay en la primera; y cuán pura, divina y semejante a Jesucristo es la segunda!» (1).

Desde ese *Trono de la gracia* empezó el Autor de ella a derramarla tan copiosamente sobre el Precursor y Sta. Isabel, para seguir derramándola siempre en cuantos son visitados de María, o a Ella confiados recurren.

Es *asiento de la Sabiduría*, que desde allí se complace en comunicarse a los pequeñuelos, a quienes a grandes voces llama para que vengan y gocen de sus regalos y de este modo dejen las cosas propias de la infancia y entren por las vías de la prudencia (*Prov.* 8, 1; 9, 1-6).—Así es también Ella un *vaso espiritual*, y sobremanera *admirable*, como obra portentosa del Altísimo (*Ecclí.* 43, 2), digno de todo *honor*, y que inspira *insigne devoción*; donde sólo se bebe la purísima «agua de la sabiduría saludable», el «vino que alegra los corazones» y el Espíritu de amor y de sabiduría que vivifica y rejuvenece... y es «más dulce que la miel» (*Ecclí.* 15, 3; 24, 27). Verdaderamente es su seno aquella misteriosa «taza

(1) Sobre esta diferencia notabilísima de los que *van* por las «vías ordinarias» de sus propios métodos, habilidades e industrias, y los que *son llevados* por las vías del Espíritu, véase a S. Juan de la Cruz, *Noche*, I, c. 1-6; y nuestras *Cuestiones místicas*, 4.<sup>a</sup>, a. I.

torneada, que nunca está falta de bebidas» (*Cant.* 7, 2), pues contiene en Sí a la misma Fuente de las gracias, para rebosar siempre con ellas y derramarlas en abundancia sobre sus devotos.

Es la mística *Ciudad de Dios*, de que tantas maravillas gloriosas se cuentan (*Ps.* 86, 3), y habrá siempre que contar, sobre todo viéndola irradiar con la misma claridad divina (*Apoc.*, 21, 11); pues Ella es la nueva Jerusalén que San Juan vió bajar del Cielo, adornada como Esposa, para ser digna morada de Dios con los hombres, y para que su nombre gloriosísimo sea grabado, junto con el Nombre nuevo de Nuestro Señor (¿los Sdos. Corazones de Jesús y María?) en todos aquellos ilustres vencedores que merecieren llegar a ser columnas vivas del Templo de Dios (*Apoc.*, 3, 12; 21, 1-3).—Todos los hambrientos de justicia, y especialmente los que hayan tardado mucho en convertirse, tendrán que andar en torno de esta gloriosa *Ciudad* (*Ps.* 58, 7).

Es *mansión de la paz*, y a Sí misma se pone por muro para defensa de cuantos a Ella se acogen, y sus propios pechos, tan llenos de amor y dulzura, los hace servir de torre protectora y salvadora (*Cant.* 8, 10). Así es *Torre de David* y *Torre de marfil*; por la fortaleza inexpugnable, candor y pureza de vida, y altura sublime de perfección y santidad que a sus protegidos comunica e imprime.

2.º En el *símbolo sociológico* (p. 157-68), se nos mostrará, por una parte, como Reina del Cielo, Reina de todos los Santos y Reina y Señora nuestra, que en unión de Ntro. Señor y de aquel Soberano Espíritu que por naturaleza es «Señor y Vivificador», tiene derecho a ejercer en nuestros corazones un imperio absoluto para dirigirlos y gobernarlos a su gusto, que es siempre el de Dios, y configurarlos con el divino Modelo cuya viva imagen lleva Ella en su pecho; y por otra, aparece como verdadera *Madre espiritual* de toda la gran familia de los hijos de Dios: y así como tal tiene el oficio de «criarnos a sus pechos y acariciarnos en su regazo» (*Is.* 66, 12) y educarnos y formarnos a imagen de su Unigénito, cuya carne y sangre es el pan y vino que, para mejor imprimirnos su virtud y condiciones, a la vez que fortalecernos, Ella misma nos preparó (*Prov.*, 9, 5).

Así con gran razón debemos saludarla e invocarla de lo íntimo de nuestros corazones como a «Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra...» Pues como dulce Esposa del Espíritu Santo, que con tanta plenitud se le comunicó para

hacerla Madre de Dios y Madre de los hombres, goza de esas condiciones divinas; y así es también Madre a la vez que tipo y compendio de la S. M. Iglesia.

«María, dice a este propósito el Rmo. P. Maréchaux (*Élévations sur la S. V. Epouse du St.-Esprit*, élév. XX), fué asociada al Espíritu Santo en la producción y nacimiento de la Iglesia, a la cual formó El a semejanza de su amada Esposa... Al descender sobre ésta el día de la Encarnación, la hizo Madre de Dios; y al descender de nuevo el día de Pentecostés, hízola Madre de la Iglesia, y le concedió los dones correspondientes a esta nueva maternidad.—Estos dones no son otros que los mismos del Espíritu Santo en un grado eminente no sólo para su santificación personal, sino también para influir sobre toda la Iglesia y cada uno de sus miembros... Estos dones admirables, tesoros de la Iglesia y riqueza de las almas, Vos, oh María, los poseéis con poder de contribuir a su comunicación... ;Poned en nosotros el temor, que resulta de una impresión de la santidad divina; la piedad, que suaviza el temor; la ciencia, que regula la piedad; la fortaleza, que da el realizar lo que la ciencia indica; el consejo, que dirige el empleo de la fortaleza; la inteligencia, que armoniza las decisiones del consejo; y en fin, la sabiduría, mediante la cual penetra Dios hasta la médula del alma, y en ella consume la semejanza divina».

3.º En el *símbolo sacramental* (p. 188-92), aparece como la *Esposa* por excelencia, la *única*, la *perfecta* en todo, la *inmaculada*, la verdadera *paloma*, hecha tal con la plenitud de gracias y comunicaciones del Espíritu Santo; la *Reina* que está siempre a la diestra del Rey, vestida de oro y adornada de preciosidades, y en pos de la cual son conducidas todas las vírgenes al Rey de la gloria; y por eso es de todas ellas, y de la misma Iglesia—virgen y madre y reina a semejanza suya—tan admirada y alabada y aclamada por dichosísima, viéndola «avanzar como la naciente auro-ra, bella como la luna, escogida como el sol y terrible como un ejército en orden de batalla» (*Cant.* 6, 8-9; 5, 2; *Ps.* 44, 10, 15). Figurada por Eva, la «madre de los vivientes», está asociada en todo al nuevo Adán, para comunicarnos a todos la vida verdadera; y así es nuestra *corredentora*, y es *Madre de la divina gracia*, con poder de comunicarla «a cuantos quiere, cuando quiere y como quiere» según dice S. Bernardino de Sena...

Como predilecta del Señor y nuestra Reina y Corredentora, es

nuestra Mediadora universal ante El, a la cual habemos siempre de recurrir a fin de que, pasando por sus benditas manos, sean en la divina presencia aceptas nuestras pobres oblaciones y salgan bien despachados nuestros ruegos. Así debemos invocarla muchas veces diciéndole con el B.<sup>o</sup> Enrique Susón: «Oh Esposa escogida de Dios..., ilustre Soberana nuestra, Reina del cielo y de la tierra: Vos sois la puerta de la misericordia, siempre abierta y jamás cerrada a nadie; antes perecería todo el universo, que Vos negáseis vuestra ayuda a quien la implore del fondo de su corazón. Así por la mañana al levantarme y a la noche al acostarme, Vos sois la primera a quien mi alma invoca, porque sé que todo cuanto vuestras purísimas manos ofrecieren y recomendaren a Dios, le agradará y resultará precioso a sus ojos, aunque en sí nada valga. Tomad, pues, mis obras, mis pensamientos, mis afectos, mi cuerpo, mi alma y toda mi vida: presentadlos a Dios como cosa que os pertenece, y seré dichoso».

4.<sup>o</sup> En el *símbolo agrícola* (p. 203-6), se nos mostrará ora como «huerto cerrado y fuente sellada», por ser tan verdaderamente «toda para su Amado, que se apacienta entre azucenas»; ora como «fuente de huertos y pozo de aguas vivas», por ser tal la abundancia de gracias en que reboza, que con ellas riega a toda la Cristiandad y muy especialmente a los corazones que se le aproximan. Así todo cuanto Ella produce y hace producir es un paraíso de delicias, con toda suerte de frutos y plantas preciosas (*Cant.* 4, 12-15). Ella es el misterioso «árbol de la vida, que está en el paraíso divino» y del cual se dará de comer a los vencedores (*Apoc.* 2, 7)... Es la única *azucena* que brotó pura e ilesa, entre las espinas del pecado original que a los otros acompaña (*Cant.* 2, 2); y es, en fin la *mística Rosa*, cuya hermosura y fragancia cautivan y embelesan más que las de todas las otras flores, y cuyas hojas—desplegadas en el Santo Rosario—, son, como las del árbol de vida (*Apoc.* 22, 2), *salud de las gentes...*

«Por mi parte, decía el B.<sup>o</sup> Montfort (*Amour de la divine Sagesse*), no he encontrado nada más poderoso para traer el reino de Dios, la Sabiduría eterna, a dentro de nosotros, que juntar la oración mental con la vocal, rezando el Santo Rosario y meditando los quince misterios que encierra».

Y en otro libro recientemente publicado (*Le Secret admirable de T. S. R.*, 1912, p. 2), exclama: «¡Oh cuán dichoso es el sacerdote y el director de almas a quien el Espíritu Santo haya revelado

este secreto!... Entonces lo rezará todos los días y lo hará rezar a los otros; y Dios y su Santa Madre derramarán copiosamente la gracia en su alma para hacerle instrumento de su gloria, de modo que en un mes con su palabra, aunque sencilla, haga más fruto, que los otros predicadores en muchos años.

«Creedme, añade (p. 77); si queréis llegar a un alto grado de oración sin pretensiones ni peligros de ilusiones..., rezad todos los días, si podéis, el Rosario entero, o a lo menos una tercera parte».—Este es, advierte en uno de sus *Cánticos*, un secreto admirable para alcanzar la perfección.

María, «a semejanza de la vid, fructificó el suave olor» de Cristo, que tanto atrae, cautiva y enamora a las almas puras (*Cant.* 1, 2). «Sus flores todas son frutos de honor y de honestidad... Quiénes de Ella comen, quedan cada vez con más hambre santa... Es como la hermosa oliva de los campos», en que se cría el místico óleo de la devoción, piedad y caridad, de la paz, benignidad y alegría pura... con los demás frutos del Espíritu Santo, a quien simboliza ese óleo.—Así «arraiga en el pueblo escogido y florece en la plenitud de los santos. Y como el cedro se ha engrandecido en el Líbano—es decir, entre las almas blancas por la inocencia y encumbradas por la virtud y santidad—, como el ciprés en el monte de Sión, como la palma en Cades, y como los rosales plantados en Jericó...; y también como el plátano que crece junto a las aguas—que son las corrientes de la gracia—y hace sombra en las plazas (para refrigerio de cuantos negocian con los divinos talentos...), y a semejanza del terebinto, extiende sus ramos de honor y gracia». Por fin, «como el cinamomo y el bálsamo y la mirra escogida y todos los más ricos perfumes, exhala un olor suavísimo y embalsama el corazón donde mora» y lo preserva de toda corrupción (*Eccli.* 24, 16-29).

Así, «cuando María arraiga en un alma, dice el Beato Montfort (*Devoción*, 1.<sup>a</sup> P.), produce maravillas de gracia que Ella sola puede producir... La formación y educación de los grandes Santos que florecerán al fin del mundo, a Ella están reservadas; porque sólo a esta excelsa y maravillosa Virgen le es dado producir, en unión con el Espíritu Santo, las cosas grandes y extraordinarias. Si ahora no obra el Divino Espíritu notables maravillas en nuestras almas, es muy principalmente porque en ellas no encuentra una unión bastante grande con su fiel e indisoluble Esposa... No creo que se pueda adquirir una unión íntima con Nuestro Señor ni

una perfecta fidelidad al Espíritu Santo, sin estar grandemente unidos con la Santísima Virgen y muy bajo su protección».

Por su elevación y perfección en todo, es semejante a la palma; y por los frutos de vida que posee, tiene atractivos divinos que nos encienden en deseos de alcanzar los preciosísimos dones que de Ella penden y respirar el olor de cielo que exhala (*Cant.* 7, 7-9).

Ella es el *germen justo* de David (*Jerem.*, 23, 5), y el gracioso *Pimpollo de la raíz de Jesé*, donde nació la *Flor* de toda hermosura en que descansa la plenitud del Divino Espíritu (*Is.* 11, 1-3). Y a Ella, por tanto, hay que recurrir para obtener los carismas, dones y frutos de este dulce Consolador; pues «cuantos aspiren a recibir la gracia y comunicación del Espíritu Santo, afirma San Buenaventura (*In Spec.*, c. 6), deben *buscar la Flor en su Pimpollo*; que en vano la querrán buscar en otra parte.—Y si la *Flor*, por su Divinidad, nos parece excesivamente alta, ese blando *Pimpollo* en que reposa, advertía ya San Jerónimo, fácilmente se dobla a nuestros ruegos y la pone a nuestro alcance.

Si, pues, no llegamos nunca a poseer esa preciosísima Flor y gozar de sus divinos encantos, no echemos la culpa sino a nuestra falta de diligencia en buscarla en María y por María.

«Una de las razones por que son tan pocas las almas que llegan a la plenitud de la edad de Cristo, advierte el mismo Beato Montfort (2.<sup>a</sup> P., 11), es porque María—siempre Madre del Hijo y fecunda Esposa del Espíritu Santo—no está bastantemente formada en sus corazones. Quien desee tener el fruto de vida, Jesucristo, debe tener el *árbol de vida*, que es María. Quien quiera tener en sí la operación del Espíritu Santo, debe tener a su fiel e inseparable Esposa... Cuanto más miréis a María en vuestras oraciones, contemplaciones, acciones y penas..., al menos con una vista general e imperceptible, tanto más perfectamente encontraréis a Jesucristo, que está siempre con María, grande, poderoso, obrador e incomprensible».

Ella es la *Vina escogida* del Señor, que nunca dió fruto amargo, y donde se produce el *vino que germina vírgenes* (*Zach.* 9, 17). Y «en Ella y por Ella» es por donde se entra en la mística *bodega* en que se ordena la caridad (*Cant.* 2, 4).

«A María sola, añade el Beato Grignon, ha dado Dios las llaves de las bodegas del divino amor, y el poder de entrar en las más sublimes y secretas vías de la contemplación, y de hacer entrar a los otros.»

Es también *guarda de viñas*; y para mejor cuidar de las nuestras, dejó que devastaran la suya—la *Vid verdadera*—, destrozada a su vista en el Calvario, cuando contra Ella se volvieron los hijos de su madre, la Sinagoga (*Cant.* 1, 5). Y es mística *Jardineira* que, como fiel e inseparable Esposa del Espíritu santificador, con El *habita en los huertos* de los corazones piadosos, sin duda para cultivarlos, arrancando las malas hierbas y plantando las más preciosas virtudes y regándolas con gracias copiosas, a la vez que allí deja oír su dulce voz, que tanto consuela y alienta y regala y enseña a regalar los oídos divinos (*Cant.* 8, 13). ¡Oh, quién pudiera explicar los misterios encerrados en esa voz, ese cultivo y esa *inhabitación*, que parece propia y exclusiva de solo Dios!... Explíquenla como puedan quienes, a imitación del Beato Grignon, tienen la suerte de sentirla muy al vivo, gozando casi de continuo de esa interior presencia de María...

Es Ella, finalmente, divina *Pastora* que apacienta no sólo a las amadas ovejas y fieles corderos del Buen Pastor, sino también a los mismos *cabritos*, que son los pecadores que a Ella recurren, los cuales son mirados como «suyos»: *hoedos tuos*... Pero a éstos tiene buen cuidado de apacentarlos «junto a las tiendas de los pastores» (*Cant.* 1, 7), para que allí se conviertan en corderos, y así merezcan apacentarse con el bellissimo *Trigo de los escogidos* (*Zach.* 9, 17).—Sus mismas entrañas benditas son «un montón de trigo cercado de azucenas» (*Cant.* 7, 2).

5.º En el *símbolo orgánico-antropológico* (231-242), figura, ya como *cuello* místico de la Iglesia, por donde deben bajar a nosotros todos los influjos de nuestra divina Cabeza, Jesucristo, y subir todas nuestras impresiones, es decir, nuestras súplicas y nuestras oblacones, para que sean bien recibidas; y ora como *corazón* lleno del fuego del Espíritu Santo, de donde a todos los miembros ha de comunicarse, junto con la sangre vivificadora, el ardor de la caridad divina.—Como *cuello*, une realmente y pone en íntima comunicación todos los miembros con la Cabeza; y así es, conforme dicen a una San Germán, San Bernardo, Alberto Magno y San Bernardino, el canal o conducto ordinario por donde deben descender todas las gracias, a la vez que como un intermedio necesario para ofrecer dignamente a Dios todas nuestras oraciones, acciones y aflicciones. Este es, pues, aquel misterioso *cuello*, fuerte «como la Torre de David, de donde penden mil escudos y toda la armadura de los valientes» (*Cant.* 4, 4).—Y como *corazón*,

es el místico «Sagrario del Espíritu Santo», que desde allí parece animar, vivificar, impeler y dirigir todo el cuerpo místico, haciéndonos a todos participar de su íntima comunicación, animación, moción y dirección en la medida que nos encuentra unidos con Ella y bajo su dependencia. Como corazón verdadero es el *primum vivens* y el *últimum moriens*, que no cesa un momento de palpar con latidos de amor purísimo, y así está continuamente repartiendo tesoros de caridad y gracia, de carismas, dones y virtudes, haciéndolos circular por todo el organismo de la Iglesia y comunicándolos muy singularmente a las almas que le están más unidas y configuradas, como víctimas de amor.

«Según una adaptación hermosa, escribe el P. Hugon, O. P. (*La Mère de la divine grâce*, p. 121), María es el corazón de la Iglesia... que jamás interrumpe su acción... María siempre vela sin que nada le haga interrumpir su trabajo de santificación». — «Este corazón, añade (p. 267), depende sin duda alguna de la cabeza, Cristo, y de El recibe el movimiento; mas no por eso deja de ser el órgano encargado de *transmitir la vida* y el *calor vital a todos los miembros*, hasta las últimas extremidades; ninguna gota de esa sangre divina, es decir, ninguna gracia hay que no venga de ese corazón, que es María».

Así imprime a todo el cuerpo místico sus virtudes y sentimientos. Si los primeros cristianos tenían «un solo corazón y una sola alma en el Señor» (*Act. 4, 32*), «María, advierte Marechaux (*Elev. 21*), era el *corazón de ese corazón* y el *alma de esa alma*... Si eran dichosos en sufrir por el nombre de Jesús, este heroísmo se lo inspiraba María, que hace amantes de la cruz a todos sus hijos».

Ella es, advertíamos por nuestra parte (p. 234-5), como el centro y, por decirlo así, el alma de los corazones santos, abrasados en fuego divino, que están ya indisolublemente unidos con Dios y, de este modo, reunidos en torno de Ella, cual de un núcleo viviente, vienen a ser sus cooperadores, formando juntamente el *corazón total*, que nunca ha de morir y donde el Espíritu Santo descansa como en su templo predilecto, o su *Sancta sanctorum*, teniendo allí sus delicias y derramando a manos llenas sus tesoros inagotables. — De ahí que este divino Espíritu de santificación, sin poder ser por Sí mismo *órgano*—pues nada tiene de material para serlo—, y siendo propiamente *alma*, como dice San Agustín, sea a veces llamado, a pesar de eso, *corazón* de la Iglesia, pues lo es por su inmaculada Esposa y por todas las demás almas que siempre van en pos de Ella y le están ya configuradas e indisolu-

blemente asociadas para contribuir, con sus excesos de amor, a la vivificación, iluminación y edificación general, y con los de dolor, a la purificación, expiación y reparación.—Participando de todas las aflicciones del Hijo y sintiéndolas incomparablemente más que si fueran propias, María vino a tener con El un sólo corazón, y un corazón del todo lleno de la plenitud del divino Espíritu, para ofrecerse en grato holocausto al Padre por nuestra salud. Así pudo decir Ella a Santa Brígida (*Revel.*, l. I, c. 24): *Quasi uno corde mundum salvavimus*. Y así, es verdaderamente *Corredentora*, contribuyendo a nuestro remedio y levantamiento, como Eva contribuyó a nuestra perdición y ruina.—Mas en ese corazón salutarífico iban ya comprendidos todos los corazones amantes del de Jesús, todos los llamados a ser en María y con María *víctimas de amor...* que para gloria de Dios y bien de toda la Cristiandad no saben rehusar ningún sacrificio y a todas horas se inmolan y se consumen con ardores de caridad en el dulce fuego del Espíritu Santo.

Así veremos ya cómo, en esta serie de símbolos, va trasluciendo, en cada cual a su modo y cada vez más, esa admirable misión de María, como asociada a la obra del Divino Espíritu en la Iglesia y en las almas, esa acción santificadora, que deseáramos aquí sintetizar, precisar y hacer resaltar todo lo más posible.

## II.—María como hija del Eterno Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo.

En el citado libro (p. 163-189) tratamos de mostrar cómo todas las imponderables grandezas de la Santísima Virgen pueden de algún modo resumirse en estos tres grandes títulos con que a una la invocan y saludan todos los buenos cristianos: a saber, los de *Hija del Eterno Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo*, en los cuales se indican sus admirables relaciones con cada una de las Personas Divinas y las correspondientes misiones para con nosotros.

Como hija perfecta y predilecta del Padre, es, en unión con Jesús, tipo acabado de piedad filial, y espejo y modelo en que debemos siempre mirarnos, a la vez que intercesora y aya de sus pobres hermanitos culpables, débiles, pequeñuelos o imperfectos. Así fué siempre reconocida, por *primogénita entre todas las puras creaturas*, y como tal invocada de un modo singular y con

suma confianza de todos los fieles, que a Ella acuden siempre como a su refugio y amparo.

Como Madre del Hijo, nuestra Cabeza, es verdadera *Madre espiritual* de todo el cuerpo místico de la Iglesia y de cada uno de sus miembros, los fieles cristianos, a quienes con tanto amor y dolor dió a luz en el Calvario.—Y así, por haber estado siempre tan íntimamente asociada a todos los pasos, padecimientos y misterios de Nuestro Señor y Redentor, ha merecido ser justamente llamada *Nuestra Señora* y también *Corredentora* y como tal, es ante El y con El nuestra abogada y mediadora, que puede presentar en nuestro favor y para satisfacción de nuestras deudas todo cuanto hizo y sufrió, ya que todo fué de un valor y mérito indecible a los ojos divinos, y, como Inmaculada, nada tuvo que satisfacer por Sí misma y todos sus tesoros se juntan con los del Hijo y forman un todo maravilloso para nuestro enriquecimiento.

Esta misión corredentora y mediadora de María y su maternidad espiritual son los puntos mejor estudiados y más esclarecidos en la Mariología moderna; y pueden muy bien resumirse en estas palabras de Pío X: «Entre Jesús y María hay perpetua sociedad de vida y de sufrimientos... Siendo a la vez Madre del cuerpo natural y del místico del Salvador, está indisolublemente unida a su Hijo para *merecer, satisfacer e interceder*».

Como Esposa Inmaculada del Espíritu Santo, es su colaboradora en la obra misteriosa de nuestra regeneración y formación espiritual y la gran intendente de que El se vale para dispensarnos todas sus gracias. Así ejerce una función sobremanera admirable, que hemos llamado *cosantificadora*, por lo mismo que este soberano y amorosísimo Espíritu de santificación se complace en que toda nuestra salud nos venga por manos de su dulce Esposa; y así quiere que el nombre de Ella sea cada vez más conocido y alabado, y que todos los fieles la invoquen como a *Madre del amor hermoso y Reina de los corazones*.—Pues como Ella le ha sido siempre fiel, nunca El tuvo por qué repudiarla y dejar de asociársela en su influencia vivificadora, y así como tuvo a bien producir en Ella y con Ella, según dice el Beato Grignón, a Jesucristo, su obra maestra y nuestra cabeza, así quiere seguir formando en Ella, con Ella y por Ella todos los miembros del cuerpo místico, haciéndola de esta suerte cooperar a la regeneración, renovación y crecimiento espiritual de los fieles, o sea a todo el proceso de la santificación de las almas.—Pero esta prodigiosa misión, con ser tan importante y la que, en cierto modo, más necesitaríamos co-

nocer para saber aprovecharnos de ella, procurando siempre al efecto vivir «en María, con María y por María»,—es sin embargo la menos conocida explícitamente, permaneciendo aún casi todo lo relativo a ella entre sombras y vaguedades, o implícito en las muchas invocaciones con que la Iglesia le pide ejercer esos oficios de Esposa del Espíritu Santificador, y en los títulos del todo propios del mismo divino Espíritu, y que sin embargo a cada paso se le aplican ó atribuyen a Ella en toda la liturgia y sobre todo en los muchos pasajes de los Libros Sapienciales con que se la celebra en sus grandes fiestas, como si a Ella perteneciera de un modo singular y maravilloso, por comunicación especialísima, lo que por naturaleza pertenece al Espíritu de sabiduría o a la Eterna Sabiduría.

No debe suponerse, como algunos malamente suponen, que esos pasajes no pueden aplicársele más que en un sentido puramente *acomodaticio*, que no está en realidad contenido en las Escrituras; pues de ese modo no se le aplicarían con tanta insistencia, ni se les reservarían para Ella sola, como cosas propias o especialísimas suyas. Y, pues, como enseña el Doctor Angélico, las palabras de la Escritura tienen una verdad mucho más amplia y fecunda de la que ningún hombre pudiera figurarse, bien pueden dichos pasajes en su sentido primario y principal referirse al mismo divino Espíritu, y de un modo secundario, pero real y verdadero, a sus singularísimas participaciones en la más privilegiada de las puras creaturas.

De esta suerte, al llamar a la Santísima Virgen, por ejemplo, *asiento de la sabiduría*, *Madre de la divina gracia*, o bien *depósito o canal de todas las gracias*, no hemos de figurarnos, como algunos lo hacen, que esós son puros títulos honoríficos, y que de hecho no influye Ella en nuestra santificación sino como un *modelo* de perfección y santidad y como *intercesora* poderosísima; es decir, con una influencia o causalidad, aunque notable, puramente *moral*, sin ningún concurso *físico*.—Pues, como observa muy bien el Padre Hugón (*La causalité instrum.*, c. 6): «Si en el orden de la causalidad moral, la acción de María, aunque inferior y subordinada, es universal como la del Salvador...; si Dios se ha dignado asociar el valor moral de las acciones de María a la dignidad moral de las del Hijo, ¿por qué no asociar también la causalidad física, haciéndola concurrir, como la de Cristo, a la producción de una misma gracia derivada de esa doble mediación?... Entonces se comprendería mejor que María es del todo

madre, *tota mater*, viendo que contribuye físicamente a darnos el sér sobrenatural... Esa maternidad sería más plena, más intensa... La maternidad completa requiere, en efecto, una *acción constante* de la madre sobre los hijos. La *presencia de la Santísima Virgen* en nosotros será realísima y eficacísima si, en vez de reducirse al poder de intercesión, implica una *influencia física incesante sobre las almas cristianas*... Si es verdad que—como dice el Beato Grignión—el Espíritu Santo reduce al acto su fecundidad por medio de María, si influye y obra mediante Ella, por Ella *produce físicamente la gracia en las almas*.

Muy de acuerdo con esto, el Rmo. Abad Maréchaux (*Elévat.*, p. 4) dice terminantemente: «No es María un simple modelo objetivo, sino un ejemplar tal que influye sobre nosotros, y con esta *influencia íntima* nos ayuda poderosamente a adquirir la perfección a que somos llamados. Es un punto de vista de capital interés... el tratar de María como *Esposa del Espíritu Santo*... El cual ha querido realizar en unión con Ella sus dos obras grandiosas, la Encarnación del Verbo y la santificación de las almas, preparándola y habilitándola para las gloriosas funciones de su doble maternidad.—Así es como lleva con justicia María ese excelente título «de Esposa del Espíritu Santo».

Y a esas funciones tan gloriosas y tan maravillosas de la dulce Madre de Dios y de los hombres parece aludir claramente la Esposa de los Cantares (8, 1-2) al decir a su Amado: «¿Quién me dierra verte como hermanito mío, mamando a los pechos de mi madre?... Te asiré y te llevaré a la casa de mi madre; allí me enseñarás y te daré a beber del vino adobado...»

Por donde se ve, conforme advierte la ilustre Abadesa de Solesmes, autora de *La Vie spirituelle* (ch. 21), cómo «siente el alma más vivamente la necesidad de ser guardada por esta Madre, y por Ella abrigada, protegida y sostenida, cuando empieza a sentir al Señor en su corazón... En presencia de María es donde, en efecto, recibirá la mística Esposa las más fructuosas enseñanzas, y, divinamente instruída, aprenderá a amar al Señor con una caridad perfecta».

No es la Virgen, por ser criatura, un obstáculo para la perfecta unión con Dios; antes es un medio eficacísimo para lograrla más propto; pues como toda está vacía de Sí misma y llena de El, a El es a quien se encontrará allí en seguida. «El alma—decía en 1880 una que mostraba saberlo muy bien por experiencia—siente a la Santísima Virgen como un lazo de amor entre Dios y ella,

como un medio divino».—«La siente, añade en 1882, como un lazo bendito que estrecha su unión con Nuestro Señor. Por mi parte digo que no puedo dirigir mis ruegos a esta amadísima Madre, sin que me haga sentir de nuevo o de una manera más viva y profunda la íntima presencia de El... María presenta el alma a su Hijo, que la acoge tiernamente por amor a esta incomparable Madre».

De ahí que la Iglesia, advertíamos por nuestra parte (p. 163-7), no se contente con honrar a la Virgen Santísima como a espejo de virtudes e invocarla como intercesora, sino que le atribuya tantas cosas propias del Espíritu Santo, como son las relativas a sus dones, carismas y frutos, y aun a su influencia íntima. Así, María es llamada «*Sedes sapientiae, Mater boni consilii, Regina pacis, Salus infirmorum, Consolatrix afflictorum, Causa nostrae laetitiae, Stella matutina, Vas spirituale, Vas insignae devotionis*» y también «*Mater pulchrae dilectionis et timoris...*» y «*vita, dulcedo et spes nostra...*»—Todo esto lo es *per se* el mismo Espíritu Santo, verdadero *vivificador, consolador, consejero...*; *agua viva* que lava todas nuestras manchas, refrigera nuestra sed y sana todas nuestras enfermedades; *Paz de Dios, luz* de nuestra mente, *dulce Huésped* de las almas, y prenda viva de nuestra herencia, el cual derrama su caridad en nuestros corazones, ilumina nuestras tinieblas, nos da la verdadera *devoción*, y nos hace ser en todo rigor *espirituales*, nos infunde sus dones de sabiduría, ciencia, consejo, piedad y temor, y produce en nosotros los frutos de caridad, paz y alegría.

En la constante aplicación que a la Virgen se hace de estos gloriosos títulos, propios del Espíritu de santificación, es indudable que se encierran profundos misterios que los teólogos todavía no aciertan a explicar sino diciendo que *todas las gracias*—no sacramentales—*nos deben venir por manos de María*.—Sin embargo, esos misterios se van haciendo sentir con creciente viveza en numerosas almas experimentadas, como si Nuestro Señor quisiera en estos últimos tiempos, según anunciaba el Beato Grignón, dar más a conocer esa especialísima función *santificatrix* de la Virgen, quizá la más prodigiosa de todas, y que hasta ahora no solía manifestarse sino de un modo simbólico.—En efecto, en casi todas las almas que visible y solemnemente tuvieron la dicha de celebrar el místico desposorio, suele verse que la Santísima Virgen era la encargada de darles como la última mano en la preparación necesaria, revistiéndolas de un manto blanco, símbolo de la pureza y santidad que para un tal pacto con el Verbo de

Dios se requiere (Cf. *Evolución mística*, 1.<sup>a</sup> ed., p. 420). Mas hoy, en vez de ese manto, se les hace muchas veces sentir la delicada acción y los amorosos toques, imposibles de describir, que por él se simbolizan... Los que esto sienten sólo aciertan a decir que la Virgen María interviene positivamente en la purificación y santificación, por una parte, disponiendo los corazones para recibir eficazmente la acción del Espíritu Santo, que es como un fuego abrasador que diviniza consumiendo lo terreno; y por otra, moderando o templando maternalmente esa acción, para que resulte más tolerable, y confortando las almas para que la sufran y se dejen labrar, al propio tiempo que con suavidad y dulzura va Ella misma imprimiéndoles su propia imagen en unión con la de Jesús, y haciéndolas así perfectas hijas suyas y del mismo Dios, para que de ese modo vengan a ser dignas de entrar en las místicas bodas».

En confirmación de todo esto, entre los muchos testimonios que se podrían aducir, citábamos el siguiente de un alma (M.) que nos merecía gran confianza: «Me pareció comprender cómo Nuestro Señor había dado el encargo a la Virgen de acabar la obra de mi unión con El, y ella lo aceptaba abrazando mi alma con una ternura, que hasta lo sentía muy sensiblemente a pesar de ser todo esto de una manera intelectual. Luego me pareció que la Virgen presentaba mi alma a la Santísima Trinidad y cómo cada una de las tres Divinas Personas la regalaba con un don especial... Ahora ya me encuentro casi habitualmente como en el seno de la Santísima Trinidad, muy unida al mismo tiempo a la Santísima Virgen, a quien encuentro siempre allí, y sintiendo lo que no se puede expresar».

«La Virgen, añade otra vez, con su presencia sensible templea un poco los rayos de la Divinidad que caen sobre mi alma y la deshacen: si no fuera ese templo maternal de María, no podría resistir.»

«Esta Madre de gracia, decía conforme a esto Sor Isabel de la Trinidad (*Souvenirs*, 1910, p. 269), va a formar mi alma a fin de que su hijita sea una viva y expresiva imagen de su Primogénito.»

Otra buena alma no menos experimentada (D.), pero sin ninguna instrucción, que no sabe más que lo que aprendió en el Rosario, y así es vivo testimonio de lo que, según dice el Beato Grignón, con él se puede adelantar, escribía (Diciembre, 1909): «Siento dentro al Espíritu Santo y a la Virgen de continuo, y me enseñan de una manera muy especial a conocer y amar los mis-

terios del S. Rosario y a la Santísima Trinidad. El Espíritu Santo es quien me enseña, y la Virgen la que me tiene atada del corazón; Ella es la que ha preparado mi corazón para que se apodere de él el Espíritu Santo... Tiene empeño la Virgen Santísima en hacerme según su corazón».—«¡Ay qué buena es esta Madre María!—exclamaba otra vez—¡qué solícita en enseñar a las almas que la buscan! Yo puedo decir por experiencia que Ella es el libro de todas las ciencias que unen a las almas a Dios. En los misterios del S. Rosario encuentro la doctrina de Ella...; en cada uno de los misterios encuentro al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo con la Virgen Santísima... Mi alma permanece empapada o embebida con la Virgen a la vez que con la Santísima Trinidad».

Hemos querido consignar aquí de nuevo estos largos testimonios, porque en realidad nos parecen muy propios para declarar tan importante doctrina y dar a conocer algo de lo mucho y maravilloso que sigue aún encubierto con los velos del misterio e implícito en los sobredichos títulos con que saludamos a Nuestra Señora, Nuestra Reina y Nuestra Madre..., que verdaderamente nos forma en Cristo configurándonos consigo misma.

Así veremos que «María, según dice el P. Maréchaux (*Elév.* 26), se emplea como instrumento del Espíritu Santo, con un amor del todo maternal, en grabar en la Iglesia, esposa de su Hijo, los rasgos de la fisonomía de gracia de que Ella misma ha sido dotada por el Espíritu Santo. Y para hacerlo obra e influye sobre cada uno de los miembros de la Iglesia, y sobre toda ésta en su conjunto... Este delicado trabajo tiende a producir en las almas y en la Iglesia la semejanza de Jesús; pues María es Jesús... puesto más cerca de nosotros y hecho más accesible e imitable. ¡Espectáculo encantador este de ver a María trabajar muy interiormente, como Esposa del Espíritu Santo, en la santificación de la Iglesia!...»

Espectáculo ciertamente admirable que a los mismos Angeles obliga a exclamar diciendo: *¿Quién es ésta..., escogida como el Sol... (Cant. 6, 8)*, que así ahuyenta las tinieblas y todo lo va inundando de luz, de alegría y de vida?

Porque en efecto, como añade la Abadesa de Solesmes (*l. cit.*), «no terminó la misión de Nuestra Señora y Madre con los misterios de la Encarnación y de la Redención, como tampoco quedaron terminados estos misterios, los cuales prosiguen y van completándose, a través de todas las generaciones, hasta la formación del último de los escogidos. María es aún nuestra Madre en la obra de nuestra santificación; por Ella vino a nosotros Nuestro Señor,

y por Ella sigue viniendo el que hasta el fin de los tiempos viene siempre... María coopera constantemente a la formación del cuerpo místico de su Hijo, que es su plenitud... Y, pues, por Ella nos viene el Señor, Ella es para nosotros el conducto de la vida sobrenatural; y así por Ella nos vienen todas las gracias no sacramentales y todas las disposiciones preparatorias a la recepción fructuosa de los sacramentos. Y como cada sacramento no es en realidad sino un acto de Nuestro Señor verificado en y por su Iglesia, ahí también venimos a encontrar a Nuestra Señora en su Hijo. De su corazón maternal nos vino la sangre que enrojece nuestro cáliz y nuestros labios...

•No sin razón la Iglesia, atribuyendo indistintamente los textos de los libros Sapienciales al Hijo de Dios y a su Madre inmaculada, pone en boca de Ella estas nobles afirmaciones (*Eccli.* 24, 24-25): *Ego mater pulchrae dilectionis et timoris...* Es la Madre de estos bienes: luego puede comunicarlos a sus hijos, a los cuales dice también (*Prov.*, 8, 35): *Qui me invenerit inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino.* Ella misma es como una suerte de sacramento que nos comunica la vida y los bienes sobrenaturales.

Es, en efecto, como un *supersacramento* que de algún modo los contiene todos, por haber contenido en Sí al mismo Autor de los sacramentos; y así es tipo de la Iglesia con todos sus poderes santificadores, los cuales ejerce aún sobre esta misma de una manera tan maravillosa como misteriosa.—«Encuentro, decía en 1909 una alma experimentada (M.), a quien hemos citado ya, encuentro que nadie creería lo que la Virgen puede hacer y hace en la santificación de las almas y sostén de la Iglesia; al menos yo no lo hubiera comprendido si no lo sintiera... Alguna vez me parecía sentir que me acercaba a su corazón y de allí me daba a gustar una cosa que yo no sabía lo que era: ¡una delicia tan pura!... Luego pensé si sería como se dice de San Bernardo, que le dió a gustar de la leche de sus pechos... Yo no lo sé; esto parece al decirlo cosa material, ¡y aquello era tan espiritual!... Con esto creo comprender que en la santificación, Ella como Madre, alimenta y sostiene el alma y la Iglesia, mientras el Espíritu Santo ilumina y dirige; pero al llegar a la obra el alma, sin la Virgen, no llega a hacer nada si Ella no se le acerca y la hace obrar y amar lo que siente y comprendé... Estoy tan convencida que sin la Virgen no puede haber nada santo, nada puro, que (no sé si desvarío), pero en el fondo sé que no; es que Dios quiere santificarlo todo con

Ella y por Ella... Parece me quiere hacer entender que la busquen las almas ahí en lo interior del alma, y de un modo especial en la Comunión en que viene con Nuestro Señor».

¡Con El viene entonces!... Y viene a prepararle la morada, a fin de que El pueda tomar plena posesión de nosotros y hacerle compañía y reparar nuestros descuidos y olvidos... Y viene también a darnoslo, a recrearnos y reanimarnos con ese místico pan y vino que nos preparó Ella misma (*Prov.*, 9, 5), para que con la fortaleza que en ese convite recibamos podamos caminar seguros por las *vías de la prudencia* (*ib.* 6), y llegar hasta la cumbre del monte santo de Dios (3 *Reg.*, 19, 8).—Allí es, pues, donde a sus fieles hijos que más se esmeran en imitarla y complacerla, no solamente los cría a sus amorosos pechos y los regala con celestiales dulzuras, sino que los acaricia en su regazo y les hace sentir a veces con placer inefable esa su dulcísima presencia que convierte aún la tierra más seca y estéril en paraíso de delicias... Allí se deja sentir de un modo muy especial la que «mora en los huertos»... de los corazones puros, y cuanto mejor cultivados los tiene y más fragantes y lozanos los encuentra, tanto más alegre se muestra haciendo que se oiga bien su voz para gloria del Señor y consuelo de sus amigos (*Cant.*, 8, 13).

Y por haber producido Ella misma el preciosísimo «Trigo de los escogidos y el vino que germina vírgenes» (*Zach.*, 9, 17), y ofrecérnoslo para vida y alegría de nuestras almas, con razón es comparado su seno a un «montón de trigo cercado de azucenas» (*Cant.*, 7, 2), que son los frutos de santidad y pureza que produce en cuantos con amor le reciben.

Así es tan verdaderamente «Madre de la divina gracia» y Madre y Reina de un modo especial, por una parte, de las vírgenes, muy singularmente representadas por esas *azucenas*; y por otra, del Sacerdocio, ordenado como está todo él al culto y dispensación de la Eucaristía y a la santificación de las almas, alimentándolas y confortándolas en unión con María, y promoviendo así el reinado de Cristo con el de María y por el de María. Pues como dice el Beato Montfort (*Devoc.*, Introd.): «Por la Santísima Virgen María vino Jesucristo al mundo, y por ella debe reinar en el mundo... Esto sucederá a consecuencia del mayor conocimiento que de Ella se tendrá, y de la propagación de su reinado».—Por otra parte, añade (*Secreto*): «María recibió un dominio especial sobre las almas para alimentarlas y hacerlas crecer en Dios. Así como el niño toma todo su alimento de la madre, que se lo da conforme

a su debilidad, así los predestinados reciben de María todo su alimento espiritual y toda su fortaleza.—Y así es como pueden crecer hasta hacerse «perfectos en Cristo» y El viene a reinar en ellos.

Otro ilustre Terciario Dominicano, también celosísimo misionero y fundador de un santo Instituto, a la vez que precursor del mismo B. Montfort en la singular devoción a la Virgen, el piadosísimo Olier, no reparaba en decir (*Pensées choisies*, 1916, p. 95-97): «Ella posee en la eminencia del espíritu y de la gracia todo cuanto hay de grande y de augusto en la Iglesia. Si no ejerce, como ésta, funciones visibles, no por eso deja de obrar de un modo conforme a su estado, sexo y condición de madre. Si no ofrece inmediatamente a Jesucristo bajo las apariencias de pan y vino, ofrécelo inmediatamente a Dios en el Templo. Aunque exteriormente no ejerce las funciones de apóstol..., tiene un celo inmenso por la gloria de Dios, y posee el oculto poder de procurar enviar secretamente, por las vías del Espíritu y del amor divino, celosos misioneros por todo el mundo.—Este apostolado de Jesús en María es el que debe ganar todos los corazones para Dios y renovar la Iglesia toda. Y Jesús... queda encantado en verla *renovar todo el clero y santificar los pueblos* por vías no conocidas... La Santa Madre de Jesús lo ve habitando en Ella y obrando por Ella misma todos los bienes de la Iglesia... Jesús en María hácela como depósito y receptáculo de todos sus beneficios y de sus riquezas; en Ella lo encierra todo, y por Ella quiere derramarlo sobre todos los hombres.—De ahí que Jesús se encuentre en María y María en Jesús, el apóstol y pontífice de toda la Iglesia, la luz y vida de toda creatura».

### III.—Títulos con que es invocada, y textos sagrados que se le aplican.

Ahora podremos ya ver cuán bien le cuadran a la Santísima Virgen todos esos nobilísimos títulos con que los fieles a una la saludan y la invocan, y cuán verdadera y realmente le convienen los hermosos textos sapienciales que la Iglesia le aplica.

Es María un verdadero *vaso espiritual*, que contiene todas las bendiciones de Dios, todos los carismas del Espíritu Santo y todas las gracias tan plenamente, que todos podamos recibir de su plenitud. Y así muy bien merece mirarse como *corazón de la Igle-*

sia, que pone en movimiento todo el mecanismo santificador de este cuerpo místico, y difunde la vida y la energía por todos los órganos, y a todos, «aun a los más nobles, según dice Olier (l. cit. p. 137), los llena de fuerza y de vigor». — «Si los Apóstoles, añade (p. 138), publican el Evangelio en todo el universo, si esparcen las llamas del santo amor, si son victoriosos del mundo y del infierno, Ella es la palabra que los hace elocuentes, la luz que los alumbrá, el amor que los consume y el poder que los hace terribles a los tiranos y a los demonios».

De ahí que esté verdaderamente en Ella de algún modo la «gracia de todo camino y de toda verdad», y por lo mismo, «toda esperanza de vida y de virtud» (*Eccli.* 24, 25).

Por eso con tanto amor convida a todos sus devotos a «pasar a Ella», a entregarse de lleno en sus manos, por la santa esclavitud, para vivir en Ella y quedar colmados de sus tesoros y de los riquísimos frutos de vida que en las almas produce, recibiendo su espíritu más dulce que la miel (*ib.* 26-27); espíritu que es la herencia inestimable de sus fieles hijos y siervos, que son los verdaderos y perfectos siervos e hijos del Señor, los cuales vienen sedientos a las místicas aguas (*ib.*; *Is.* 54, 17; 55, 1), conducidos en todo del divino Espíritu.

A cuantos la esclarezcan y procuren dar a conocer estas verdades para fomentar su devoción, les promete la *vida eterna*; pues esta su verdadera devoción es el «libro de la vida y el testamento del Altísimo» (*Eccli.* 24, 31-32), cuyo conocimiento claro estaba reservado para los últimos tiempos, para el 6.º período apocalíptico; cuando con la solemne definición del misterio de la Inmaculada «fué abierto el Templo de Dios en el cielo y se dejó allí ver la viva Arca del Testamento», y así apareció aquella gran señal: «la Mujer vestida del Sol, con la luna debajo de sus pies, y coronada de doce estrellas», que son sin duda, por una parte, los más celosos apóstoles de esta devoción, figurados por ese místico número del Colegio Apostólico, y por otra, los doce preciosísimos frutos de santidad que produce en los corazones de sus humildes hijos, tan perseguidos del dragón infernal (*Apoc.*, 11, 19; 12, 1, 17).

A esta admirable visión parece referirse aquel misterioso *librito* del Angel fuerte de que nos habla el cap. X del mismo Apocalipsis, donde aparece con la librea de María y de sus más fieles hijos, a saber, con el iris de paz en su cabeza, la cara radiante como el sol y los pies como columnas de fuego, sin duda para ir a

incendiar el mundo...; pero con la particularidad de poner uno de ellos en la mar y el otro en la tierra. Ese *librito*, devorado por el hijo espiritual de María (representado por San Juan), «hace amargo el vientre», es decir, todo lo que es bajo y grosero, propio del hombre animal; pero es *dulce como la miel para la boca* que gusta el místico lenguaje de la Sabiduría, y dispone para «profetizar» a todas las gentes (*ib.* 10-11). ¿No será acaso ese librito el de la *Verdadera devoción a María*, que enseña a sus fieles hijos a *hablar en espíritu* a todo el mundo y a desprenderse de todo lo terreno, y que fué escrito por ese nuevo *Ángel fuerte*, que mientras tenía uno de sus pies como sumergido en un mar de tribulaciones, el otro lo apoyaba en la tierra firme de la perfecta confianza en Nuestra Señora?... El mismo B. Grignón declaró públicamente que él era el enviado extraordinario anunciado por S. Vicente Ferrer (Cf. Quérard, l. cit. ch. 18).

Por su Concepción Inmaculada, su maternidad espiritual y su misión santificadora, aparece realmente *creada en el Espíritu Santo* (*Eccli.*, 1, 9), para ser, por participación plenísima de El, toda amor, y poder así comunicárnoslo a todos en abundancia. Pues como decía el admirable lego de Monserrat, Fr. José de San Benito (*Opera omnia*, P. 1, tr. *de Laudibus* V. M., § I): «Sicut Spiritus Sanctus est totus amor Dei aeternus per naturam, similiter totus amor Dei fuit semper in Maria per communicationem Spiritus Sancti, effusionemque illius in plenitudine omnis gratiae».

Así «será siempre ensalzada en medio de su pueblo, y admirada en la plenitud santa, y alabada en la muchedumbre de los escogidos». Pues Ella misma abrirá su bendita boca en las iglesias, para gloriarse ante el poder del Señor, diciendo: «Yo nací de la boca del Altísimo... Yo hice que naciese en los cielos la luz que nunca falta, y como niebla cubrí toda la tierra» (*Eccli.* 24, 2-6). De este modo ilumina y enseña y alegra a los muy encumbrados ya en santidad, y con su manto protege en toda la tierra a cuantos a Ella recurren.

Mas aunque está en toda la tierra, y en todos busca donde reposar, sólo mora en los corazones puros y humildes, que son la herencia del Señor, y con su poder maravilloso pisa y confunde los de los soberbios (*ib.* 9-11).

Y persiguiendo o ahuyentando a los enemigos y buscando a extraviados pecadores que duermen el sueño de muerte o de la dejadez y tibieza, y deseando consolar a sus fieles devotos que en

medio de las tinieblas y desolaciones con gran confianza la invocan, añade (*ib.* 45): «Penetraré todas las inferiores partes de la tierra, y miraré a todos los que duermen (para ver si quieren de una vez despertar y atender a mis llamamientos) e iluminaré a todos los que esperan en el Señor».

A este fin apareció como señal grande y maravillosa en el cielo; para que todos puedan verla y esperar confiados, viendo tal maravilla divina, la salud y santificación, con tal que no se obstinen en resistir a la luz y despreciar sus amorosas invitaciones. «Apparuit Maria signum in coelo, dice Fr. José de S. Benito (*l. cit.*, n. 8-9)... Signum fuit inter Deum et nos *propter sanctificationem nostram* ab ipso Deo; qui proinde dixit (*Exod.*, 31, 13): «Signum est inter me, et vos in generationibus vestris, ut sciatis, quia ego Dominus, qui sanctifico vos».—«Hoc dicebat de illa Deus in aenigmate, volens *per eam sanctificare omnia* in coelo, et in terra.—¡O signum magnum, et admirabile valde! Signum in profundum inferni, et in excelsum supra!»

Y para que todos sepan dónde y cómo podrán con toda seguridad hallarla y gozar de sus más señalados favores, a grandes voces nos dice (*Prov.*, 8, 17, 21, 32-36): «Yo amo a los que me aman, y los que madrugaren a buscarme me hallarán. Conmigo están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia... En las vías de la justicia ando... para enriquecer a los que me aman y henchir sus tesoros... Ahora, pues, hijos, oidme: ¡dichosos los que siguen mis caminos! Escuchad la doctrina, y sed sabios, y no queráis desecharla. ¡Dichoso el hombre que me oye y está velando cada día a mis puertas!... Pues quien me hallare, hallará la vida... Mas... todos los que me aborrecen aman la muerte».

No hay, en efecto, otro medio de hallar la salud y la vida y los tesoros de la gracia, que el de recurrir a esta Medianera universal instituída por el Altísimo, a esta *puerta del Señor*, por donde todos los justos han de entrar (*Ps.* 117, 20). Pues como advierte el mencionado Fr. José (*l. cit.* n. 15): «Per Mariam Matrem Sapientiae ejus incarnatae, et per ipsam Sapientiam de Maria incarnatam... voluit Deus replere thesauris omnia in coelo, et in terra ad justificationem, glorificationemque omnium electorum suorum; quia videlicet, propter ipsam Sapientiam incarnatam ejusque Matrem Deus fecit coelum et terram, mare, et omnia, quae in eis sunt, et sine ipsis nihil decrevit facere, aut eligere unquam. Et haec est res verissima».

Lo que María nos comunicó de Jesús, observa Mgr. Gay (*Élévat. 33 sur J. C.*), no se sabrá sino en el paraíso. Su puesto, su función, su acción en el Cristianismo, su parte en el Evangelio predicado, y en el Evangelio escrito, y luego y siempre su ministerio en toda la Iglesia; ministerio de mediación, de intercesión, de protección, de *iluminación*, de *dirección*, de *santificación*; ministerio, en fin, de Madre, y de Madre de Dios y de los hombres, habiéndonos criado a todos en angustias y amado hasta el punto de que, para contribuir a reconciliarnos con Dios y salvarnos, Ella, como El, dió a su Hijo, eso es cosa inefable que excede a todo concepto creado. ¡Qué atractivo como María para venir a Cristo! ¡Qué encanto para unir con Cristo y hacer que se permanezca en El! ¡Cómo va a buscarnos lejos, cómo nos gana, cómo nos toma y nos lleva y nos protege y nos guarda! ¡Cuán suave es Jesús en Ella, y por lo mismo cuán poderoso! ¡Cuán exquisitos matices y encantadores aspectos toma vuestro amor para con nosotros en esta mujer incomparable».

Nada extraño que todos a una la admiren y la alaben viéndola *avanzar como la naciente aurora, hermosa como la luna y escogida como el sol* (*Cant. 6, 9*), ahuyentando las tinieblas y preparando en todos los corazones los caminos del Sol de justicia, empezando por el mismo Precursor, encargado de prepararlos oficialmente.

Como *luna hermosa*, nos alumbra y consuela cuando conviene según el plan divino, en medio de nuestras oscuras *noches*, presentando siempre la fase correspondiente para que en cada mes espiritual pueda el árbol de la vida, o sea el alma fiel, dar el fruto debido (*Apoc. 22, 2*). Así a veces se retira Ella también, para que el alma, en plena oscuridad, sufra una de las pruebas más dolorosas y, aprendiendo a esperar contra toda esperanza, al fin merezca verla reaparecer con mayores encantos como *luna nueva*, y como *luna creciente*, y por último como *luna llena* que parece convertir las noches en claro día.—Y *escogida* y pura y radiante como el Sol se mostró al aparecer tan vestida de El, coronada de doce estrellas y con la luna bajo sus pies, que casi parecía confundirse con el mismo Sol divino...

Así como Madre espiritual de todos los hijos de Dios, «Madre de la gracia y de la misericordia», «del amor hermoso y del santo temor, del verdadero conocimiento (o sea de la viva fe ilustrada por los dones de ciencia e inteligencia) y de la santa esperanza»

contribuye de algún modo a infundir y derramar en los fieles, y aun en toda la Iglesia, la vida divina que nos hace ser por participación verdaderos hijos de Dios, y por tanto, dioses, y con ella, las tres sublimes virtudes teologales que nos unen con el mismo Dios, y los siete místicos dones—resumidos ya en ese de temor, «principio de la sabiduría»—, que nos hacen capaces de seguir en todo las mociones del Espíritu Santo y proceder así de un *modo sobrehumano* y divino, como verdaderos y fieles hijos del Altísimo (Rom. 8, 14). Y por eso Ella puede decir que nos forma en Cristo y forma a Cristo en nosotros (Gal. 4, 19). Y de este modo nos hace ser una cosa en El, no sólo por la unidad de la fe—en que entran buenos y malos—, sino también por la consumación de la caridad, con que viene a ser muy singularmente Madre de las almas espirituales, de los discípulos amados, de los que viven y proceden poseídos y movidos del divino Espíritu. Y ahí, en esa *plenitud santa*, es donde Ella es más conocida y admirada, pues es donde mejor muestra lo que es y puede en el Espíritu Santo, y el poder misterioso que tiene de comunicarlo.

«Así como la Sma. Virgen, dice M. Olier (*l. cit.* p. 125-6), es por su consentimiento el principio de Jesucristo en su humanidad, así es también, por sus cuidados y su caridad, el principio de El en su Iglesia. Apenas hubo concebido a N. Sr., marchó a llevarlo y formarlo en el corazón de S. Juan su Precursor, apresurándose a ser de este modo causa de nuestra fe y madre de Jesucristo en los corazones de los fieles... Ella colma de luces el alma de Santa Isabel; y sus palabras producen en S. Juan el efecto de las sacramentales, y no sólo de las del bautismo, que da la gracia de infancia, sino también de las de la confirmación, que da la gracia en plenitud y derrama en las almas todos los dones del Espíritu Santo, el cual las ilumina, las posee, las dirige y las consume en la perfección del santo amor.—Por tanto, la Sma. Virgen, en virtud de sus derechos de Madre de Dios..., a manera de pontífice, imprime el Espíritu Santo en S. Juan, rematando así la obra del Padre Eterno, que de Ella se vale para dar al Precursor el espíritu y la gracia de su ministerio».

De ahí que, como observa el mismo piadoso autor, (p. 146-7), no nos baste considerar a Jesús *con María*, como suele hacerse comunmente, sino que debemos mirarle también *en Ella*, como en trono de su amor, y de sus complacencias, arca de su alianza y vivo depósito de sus gracias, donde gusta muchísimo de ser contemplado y adorado, comunicando a sus bendiciones una suavi-

dad especialísima del sabor de ese precioso canal.—«Como El recibió de su Padre la plenitud de la vida, la comunica en la abundancia que le place; y para eso vive en su divina Madre, la hace madre de los vivientes, y fuente universal de la vida divina, que tiene en Ella como en depósito, para distribuirla por Ella a todos los miembros de su Iglesia. Así los Santos que Dios destinó a renovar la piedad de los fieles, persuadidos de que todos los bienes habían de venirles por María, la honraron siempre como a su tutora, patrona y abogada. Y por eso, cuando se quiere trabajar por la renovación de la fe en las almas, y sobre todo en el santo clero, hay que acudir a María para encontrar a Jesús en el adorable misterio de Jesús en María».

De este modo veremos que es no sólo *vaso espiritual*, por la abundancia de gracias y bendiciones que contiene, sino también *vaso de insigne devoción*, por poder derramarlas con singular dulzura y suavidad sobre las almas privilegiadas que con gran amor y confianza la invocan, y sobre los celosos ministros evangélicos.

«En Ella y por Ella, añade Olier (p. 148 50), distribuye nuestro divino Salvador invisiblemente su espíritu y sus gracias a sus discípulos y a los predicadores de su Evangelio. Por eso aunque no haya permitido que estuviese en la Cena para ser hecha visiblemente sacerdote, quiso que estuviera en el Cenáculo, para allí recibir el espíritu y la gracia apostólica. Por lo cual daba a entender a la Iglesia que jamás sería renovada sino por la participación del espíritu de María, espíritu que, según S. Jerónimo, no lo recibió Ella con medida, como los discípulos y apóstoles, sino en su plenitud... Así el día de Pentecostés, María vino a ser, por la virtud del Espíritu Santo, como el depósito de todos los beneficios y de todas las riquezas de la gracia. Ella es el candelero con siete brazos que alumbrá todo el Templo de Dios, y lo esclarece por la difusión de los dones y luces de que está llena.

«¡Oh qué dichosa es el alma que puede entrar a participar de esta santidad para con Dios, de este celo para con la Iglesia, de esta pérdida de sí misma en Jesús para gloria de su Padre y establecimiento de su reinado en las almas!»

«Oh Virgen santa, exclama S. Juan Eudes (*Coeur admirable*, l. 5, c. 10), llenad nuestros corazones de ese divino Espíritu de que el vuestro está del todo lleno. Haced que recibamos de vuestra plenitud, que sea en nosotros aniquilado nuestro propio espíritu y allí se establezca con perfección el de vuestro Hijo; que

no vivamos ya, ni hablemos ni obremos sino bajo la moción y guía de Jesús».

Como *sedes Sapientiae* y *Mater boni consilii*, María nos hace gustar de los preciosos frutos de esa mística sabiduría, de que tan lleno está su amante corazón, y nos enseña a proceder en todo con esa discreción y cordura de la prudencia del espíritu—que es vida y paz—y a huir de la que el mundo llama prudencia, y es muerte del alma (*Rom.*, 8, 6). ¡Oh qué maravillas, dice el B. Grignón (*Devot.*, 2. P., III), obrará y hará obrar el Espíritu Santo en las almas, donde encuentra a su querida Esposa, comunicándoseles en abundancia y colmándolas de sus dones, y en especial del de sabiduría!

Y como por esta mística sabiduría sanaron cuantos agradaron a Dios (*Sap.* 9, 19), al contribuir la Virgen a comunicárnosla, nos da la verdadera salud; y así con gran razón se llama *Salus infirmorum*.

«Os suplico, añade S. Juan Eudes (*Ib.* l. 11, *medit. pour le 2.<sup>e</sup> jour de l'oct.*), por todas las bondades de vuestro Corazón maternal, que totalmente destruyáis en el de este vuestro indigno hijo cuanto en él os desagrada, y grabéis una perfecta imagen de las santas cualidades del vuestro sacratísimo».

«Oh mi poderosísima Reina, vuelve a decir (*3.<sup>e</sup> jour*), os doy mi corazón; imprimidle una participación del odio infinito que tenéis contra el pecado.»

Por otra parte, así como es comparable, en el día de la santificación progresiva, a la luz de la aurora que crece sin cesar hasta llegar a todo su esplendor, así también es mística *estrella de la mañana*, que se adelanta a la misma aurora y anuncia desde su nacimiento la próxima venida del Sol de justicia, del cual ya Ella tan en abundancia recibe esa luz hermosa con que alegra y consuela a los principiantes, enseñándoles a andar por las sendas de la verdad y equidad.—A la vez, como «estrella polar» o *maris stella*, los guía al puerto de salvación y los preserva de escollos y peligros.—«María, advierte el B. Montfort (*l. cit.* II), como estrella del mar, conduce a sus fieles siervos hacia la vida eterna, y les hace evitar las vías peligrosas...» «Siguiéndola, dice S. Bernardo, no te extraviarás: *Ipsam sequens, non devias...*» «Donde Ella es la conductora, no se infiltrará el maligno con sus ilusiones ni la herejía con sus astucias: *Ipsa tenente, non corrui*».

Así viene a ser tantas veces causa de nuestra alegría, la cual es

uno de los principales frutos del Espíritu Santo; y por lo que de El, como Consolador participa, es *Consolatrix afflictorum*.

Por esa unión y comunicación tan íntima con este soberano Espíritu y por lo que con El coopera a nuestra santificación, es por lo que en la *Salve* tan confiadamente la llamamos no sólo «Madre de misericordia», sino también *vida, dulzura y esperanza nuestra*.—Y ciertamente que lo es de algún modo, como nos lo muestra la experiencia de la piedad cristiana, a pesar de que todo eso de suyo es propio del Espíritu Santificador; porque El se complace en asociarla a su obra, dándole al efecto una participación admirable e inefable de lo que El mismo es por naturaleza.

Como «esperanza nuestra» es «Reina y Madre de la santa esperanza», que produce conversiones maravillosas, haciendo que vuelvan al buen camino aun los que parecían más apartados de él; y así tan confiadamente se recurre a Ella hasta en los casos más desesperados.

\* \* \*

Al ver, pues, ahora la ruina de tantas naciones a causa de la creciente impiedad, cuando el mal parece haber llegado al extremo, debemos más que nunca volver los ojos y el corazón a la dulce Reina de la esperanza, invocándola con el mayor fervor posible, para que se digne poner remedio a tantos males y acelerar la hora de la verdadera paz. Y mientras fomentamos entre los buenos las hermosas prácticas de la santa esclavitud y de la «Asociación de Amor a María» (1), procuremos por nuestra parte renovar muchas veces y con el amor más acendrado nuestra consagración a Ella, como a Reina de los corazones, y sobre todo de los corazones sacerdotales.

«Entregad muchas veces vuestro corazón a esta Reina de los corazones consagrados a Jesús, dice S. Eudes (*Le Coeur admirable*, l. 11, ch. 2), rogándole tome plena y total posesión de él, para darlo totalmente a su Hijo, para grabar en él sus sentimientos, para adornarlo con sus virtudes, para hacerlo según el corazón del Hijo y de la Madre.»

\* \* \*

Y a fin de que reine siempre en España y traiga la salud a to-

(1) Cf. *La Vida Sobrenatural* (Mayo, 1921).

das las naciones, puesto que Dios las hizo *sanábiles* (*Sap.* 1, 14), sigamos el reiterado y encarecido consejo del B. Grignón, de rezar todos los días el Rosario entero, o por lo menos una tercera parte, y hacer por que todos los fieles lo recen en familia meditando sus misterios; que de este modo—como *Doctrina disciplinae Dei*—será Ella nuestra maestra y directora que nos enseñe el verdadero camino de la santidad—la «verdadera mística tradicional»—, y con su bendición y ayuda alcanzaremos nuestra santificación y contribuiremos muy eficazmente a la renovación de la faz de España y de toda la tierra.



*Superiorum permissu*

Obispado de Salamanca, 5 Junii, 1925.

**Imprimatur:** DR. ZEPHYRINUS ANDRES, Vic. Cap.

# INDICE

|                                                                                              | <u>Págs.</u> |
|----------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| PRÓLOGO. . . . .                                                                             | 5            |
| INTRODUCCIÓN: LA VIDA MÍSTICA Y LA VIDA SOBRENATURAL.                                        | 7            |
| <b>CAPÍTULO 1.º: Necesidad de la mística en la vida cristiana.</b>                           |              |
| I.—Exigencias del espíritu cristiano.. . . .                                                 | 14           |
| II.—Los perfectos cristianos y los mundanos. . . . .                                         | 18           |
| III.—La vida religiosa y las bienaventuranzas. . . . .                                       | 24           |
| <b>CAP. 2.º: El camino de la santidad. . . . .</b>                                           |              |
| I.—La verdadera perfección cristiana implica vida mística. . . . .                           | 37           |
| II.—La perfección cristiana y el ejercicio de los dones del E. S. . . . .                    | 43           |
| III.—La verdadera santidad y la oración «sobrenatural»                                       | 53           |
| <b>CAP. 3.º: La Mística de Sto. Tomás de Aquino. . . . .</b>                                 |              |
| <b>CAP. 4.º: Influencia de Sto. Tomás en la mística de S. Juan de la Cruz y Sta. Teresa.</b> |              |
| I.—Al Doctor Común y los buenos maestros de espíritu.                                        | 84           |
| II.—Las tres fases de la vida espiritual. . . . .                                            | 87           |
| III.—El perfecto cristiano. . . . .                                                          | 93           |
| IV.—El morir a sí mismos y el vivir divino en el alma. .                                     | 97           |
| V.—Felicidad y nobleza del alma perfecta. . . . .                                            | 102          |
| VI.—Necesidad de las purgaciones pasivas. . . . .                                            | 107          |
| VII.—Finezas del amor divino y ansias del alma santa..                                       | 112          |
| VIII.—Influencia de los directores. . . . .                                                  | 114          |
| IX.—Los sentidos espirituales. . . . .                                                       | 118          |
| X.—La transformación deífica.. . . .                                                         | 120          |
| <b>CAP. 5.º: Especialidad de la mística de Sta. Teresa. . . . .</b>                          |              |

CAP. 6.º: *Influencia de Sta. Teresa en el progreso de la teología mística.*

|                                                                              |     |
|------------------------------------------------------------------------------|-----|
| I.—Importancia de sus escritos. . . . .                                      | 138 |
| II.—Notas características de la Mística teresiana. . . . .                   | 141 |
| III.—Alteraciones que ahogan o impiden su benéfico influjo. . . . .          | 149 |
| IV.—Insubsistencia de tales afirmaciones. . . . .                            | 151 |
| V.—Cómo empezaron y daños gravísimos que trajeron esas alteraciones. . . . . | 157 |
| VI.—Dos errores trascendentales. . . . .                                     | 164 |
| VII.—El remedio es volver a las fuentes puras. . . . .                       | 170 |

CAP. 7.º: *Unidad y grados de la vida espiritual según las «Moradas» de Sta. Teresa.* . . . . . 173

CAP. 8.º: *Los Fenómenos místicos en su relación con los naturales.* . . . . . 202

CAP. 9.º: *Ideal que se ha de proponer en la formación de los Seminaristas y, en general, de los futuros conductores de almas.*

|                                                                                                |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| I.—Alteza de su vocación. . . . .                                                              | 222 |
| II.—Gravísimos daños seguidos de una formación defectuosa. . . . .                             | 226 |
| III.—Cuánto importa levantar los corazones. . . . .                                            | 228 |
| IV.—No es un sueño dorado, sino un imperioso deber el aspirar a la verdadera santidad. . . . . | 231 |
| V.—Testimonios del V. P. La Puente. . . . .                                                    | 233 |

CAP. 10: *Inanidad de la contemplación adquirida.* . . . . . 245

|                                                                                                             |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| I.—Inconsistencia de esa novedad y discordancias en su exposición. . . . .                                  | 252 |
| II.—Peligros que entraña y extravíos a que expone. . . . .                                                  | 272 |
| III.—Incompatibilidad con la doctrina teresiana. . . . .                                                    | 282 |
| IV.—Daños y decaimientos que produjo. . . . .                                                               | 289 |
| V.—Confusiones y engaños.—Rectificación y conclusiones                                                      | 295 |
| VI.—Necesidad de reducir a la infusa esa manera de contemplación que llaman «activa» o «adquirida». . . . . | 306 |

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                           |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| VII.—Incoherencias y fantasías peligrosas en el protagonista de la contemplación adquirida. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                       | 314 |
| VIII.—Cómo fué iniciador de de la decadencia mística. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                             | 344 |
| IX.—Cómo por sostener esa invención rompió de lleno consigo mismo y con Sta. Teresa. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                              | 351 |
| CAP. 11. <i>La verdadera Tradición Carmelitana.</i> . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               | 384 |
| I.—Testimonios de fidelísimas hijas de Sta. Teresa. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               | 385 |
| II.—Testimonios recientes de varios PP. Carmelitas. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               | 393 |
| III.—Documentos y testimonios antiguos. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                           | 396 |
| CAP. 12: <i>Unidad de la vía y homogeneidad de la vida espiritual en la Tradición Dominicana.</i> . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                 | 417 |
| N. P. Sto. Domingo.-B. Jordán.-V. Humberto.-V. Wichmann.-B. Alberto M.-Sto. Tomás.-Peraldo.-Mtro. Eckard. B. E. Susón.-V. J. Taulero.-Sta. Catalina de Sena.-San Vicente Ferrer.-Baptista de Crema.-M. Cattáneo.-San Luis Beltrán.-V. Granada.-V. Bart. de los Mártires.-L. Soto Mayor.-Juan de Sto. Tomás.-T. Rocaberti.-Vallgornera.-Villalobos.-B. Francisco Posadas.-Ulloa.-Piny.-Chardón.-Masoulié.-B. Grignon de Montfort.-Los Estigmatizados.-Sta. Catalina de Riccis.-V. Hipólita Rocaberti.-V. M. <sup>a</sup> de la SS. Trinidad.-Catalina de J. M. y J. M. <sup>a</sup> J. Kumi.-Dominica C. de la Cruz.-Mariana de S. D.-Sor Bárbara de S. D.-Weiss.-Schwalm. |     |
| Conclusión. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                       | 477 |
| APÉNDICE: <i>Influencia de la Sma. Virgen en la santificación de las almas.</i> . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                   | 479 |
| I.—Símbolos con que es representada. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                              | 479 |
| II.—María como hija del Eterno Padre. Madre del Hijo y Esposa del E. S. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                           | 489 |
| III.—Títulos con que es invocada y Textos Sagrados que se le aplican. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                             | 498 |

## ERRATAS

Página 16, línea 31, dice: al mística, en vez de: la mística;—p. 51, l. 39: pice—dice;—p. 126, l. 27: al modo—el modo;—p. 128, l. 15: esta—esta vida; p. 154, nota, l. 6: aun pasajes—aun en pasajes;—p. 156, l. 19: *unitativa—unitiva*;—p. 164, l. 17: *darse—dar*;—p. 200, l. 22: si no—ni no;—p. 306, nota, l. 2: *reliquat—relinquat*;—p. 385, l. 24: contrario—contraria;—p. 444, l. 4: spiritulis—spiritualis;—p. 460, l. 18: limpidus—limpidius;—p. 460, l. 35: *de don—del don*;—p. 494, l. 21: templo—temple.

**Acabóse de imprimir hoy, vispera del Sagrado  
Corazón de Jesús,  
18 de Junio de 1925.**



# DEL MISMO AUTOR

**El Paraíso y la Geología**, 1890.  
**La Universalidad del Diluvio**.—Vindic. del Card. González, 1896.  
**La Evolución ante la Fe y la Ciencia**.—Conferencia, 1900.  
**Crisis científico-religiosa**.—Discurso, 1900.  
**La Creación y la Evolución**, 1901.  
**Declaración brevísima de «El Cantar de los Cantares»**.  
**La Sulamitis**: María Inmaculada ideal del alma religiosa.  
**Epifanía mística**.  
**Reseña biográfica de M.<sup>a</sup> de la Reina de los Apóstoles**.  
 (Todos estos trabajos *agotados*).

|                                                                                                                                                                                                                                         |        |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------|
| <b>El Diluvio Universal, demostrado por la Geología</b> , Vergara, un vol. en 8. <sup>o</sup> , 674 págs. . . . .                                                                                                                       | 5 pts. |
| <b>La Evolución y la Filosofía cristiana: Introducción general y Libro I: La Evolución y la Mutabilidad</b> , un vol. en 4. <sup>o</sup> , papel vergé, XII-190-560 págs. . . . .                                                       | 8 —    |
| <b>Libro II: La Evolución y la Ortodoxia</b> (aún sin publicar).<br><b>El Hexámeron y la Ciencia moderna</b> , en 4. <sup>o</sup> , 300 (agotado).                                                                                      |        |
| <b>La Providencia y la Evolución</b> , 2 volms. en 4. <sup>o</sup><br>1. <sup>a</sup> Parte: <i>Mecanismo y Teleología</i> (agotada).<br>2. <sup>a</sup> Parte: <i>Teleología y Teofobia</i> , VIII-326 págs. . . . .                   | 4 —    |
| <b>Desenvolvimiento y Vitalidad de la Iglesia</b> , 4 volms.<br>El 1. <sup>o</sup> contiene: <i>Introducción general y Lib. I: Evolución orgánica</i> , IV-418 págs. . . . .                                                            | 4 —    |
| Vol. 2. <sup>o</sup> , Libro II: <i>Evolución doctrinal</i> , IV-152 págs. . . . .                                                                                                                                                      | 4 —    |
| Vol. 3. <sup>o</sup> , Libro III: <i>Evolución Mística</i> (2. <sup>a</sup> edic.), 746 págs. . . . .                                                                                                                                   | 9 —    |
| Vol. 4. <sup>o</sup> , Libro IV: <i>Mecanismo Divino de los Factores de la Evolución Eclesiástica</i> , 448 págs. . . . .                                                                                                               | 4 —    |
| <b>Cuestiones Místicas</b> (2. <sup>a</sup> edic. corregida y aumentada), 1 vol. en 4. <sup>o</sup> , 612 (cartoné, 7,75). . . . .                                                                                                      | 7 —    |
| <b>Cantar de los Cantares</b> : Exposición Mística, 512 págs. . . . .                                                                                                                                                                   | 6 —    |
| <b>Grados de Oración</b> (3. <sup>a</sup> ed. corregida y aumentada), Vergara.                                                                                                                                                          | 3 —    |
| <b>Unidad y grados de la vía espiritual</b> , según las Moradas de Santa Teresa (1923) . . . . .                                                                                                                                        | 0,50   |
| <b>Influencia de Sto. Tomás en la Mística de S. Juan de la Cruz y Sta. Teresa</b> (1924) . . . . .                                                                                                                                      | 0,50   |
| <b>Vida mística de Sta. Teresita del N. J.</b> . . . . .                                                                                                                                                                                | 0,25   |
| Los folletos <b>Unidad de la vía espirit. en la tradic. dominic.— Misión cosantificadora de M.<sup>a</sup> como Esposa del E. S.— Ideal que se ha de proponer en la formación de los Seminaristas</b> (agotados) van ahora incluidos en |        |
| <b>La verdadera Mística tradicional</b> . . . . .                                                                                                                                                                                       | 5 —    |

~~~~~

Hállanse de venta en la Residencia del Autor (Dominicos de Salamanca) y en las Administraciones de *El Smo. Rosario* (Vergara, Guipúzcoa) y de *La Ciencia Tomista* (Claudio Coello, 114—Madrid) y en las principales Librerías Católicas.

P. ARINTERO

TRADICIONAL
MISTICA
Y VERDADERA
MAGIA

G 57195